CONSULADO

Y

IMPERIO

DC201
T5
1846
V.16
c.1

1080045904

9(44)
E4 E4 #162

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular T. XVI. 1

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscritor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscritor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

SE SUSCRIBE.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab. Tipog. de Mellado.

HISTORIA
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

TOMO XVI.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID, 1858.
ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

M. 54691 17029

DC201
T5
1846
V.16

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

Dresde y Vitoria.

Napoleon se dá poca prisa á llegar á Dresde, á fin de dilatar su encuentro con Mr. de Bubna.—Sus disposiciones para el campamento, el bienestar y la seguridad de sus tropas mientras durara el armisticio.—Su vuelta á Dresde y su establecimiento en el palacio Marcolini.—Apenas llegado, le presenta Mr. de Bubna una nota para declarar que, estando aceptada la mediacion de Austria por las potencias beligerantes, se insta á Francia á que nombre sus plenipotenciarios y haga conocer sus intenciones. —En respuesta á esta nota suscita Napoleon dificultades de forma sobre la aceptacion de la mediacion, y elude explicarse relativamente al deseo manifestado por Mr. de Metternich de ir á Dresde.—Conducta del gabinete austriaco al recibir esta respuesta.—Mr. de Metternich se dirige cerca de los soberanos aliados, á fin de concertarse sobre todo lo relativo á mediacion con ellos.—Obtiene la aceptacion formal de esta mediacion, y parte nuevamente, despues de adquirir el conocimiento puntual de las intenciones de los aliados.—Segun lo habia previsto Mr. de Metternich, al saber Napoleon esta entrevista, quiere verle y le invita á ir á Dresde.—Llegada de Mr. de Metternich á esta ciudad el 25 de junio.—Discusiones preliminares con Mr. de Basano sobre la mediacion, sobre su forma, su duracion y la manera de conciliarla con el tratado de alianza.—Entrevista con Napoleon tan célebre como tempestuosa.—Sintiendo Napoleon los arrebatos imprudentes á que se ha entregado, encarga á Mr. de Basano que anude con Mr. de Metternich las

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

DC201
T5
1846
V.16

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

Dresde y Vitoria.

Napoleon se dá poca prisa á llegar á Dresde, á fin de dilatar su encuentro con Mr. de Bubna.—Sus disposiciones para el campamento, el bienestar y la seguridad de sus tropas mientras durara el armisticio.—Su vuelta á Dresde y su establecimiento en el palacio Marcolini.—Apenas llegado, le presenta Mr. de Bubna una nota para declarar que, estando aceptada la mediacion de Austria por las potencias beligerantes, se insta á Francia á que nombre sus plenipotenciarios y haga conocer sus intenciones. —En respuesta á esta nota suscita Napoleon dificultades de forma sobre la aceptacion de la mediacion, y elude explicarse relativamente al deseo manifestado por Mr. de Metternich de ir á Dresde.—Conducta del gabinete austriaco al recibir esta respuesta.—Mr. de Metternich se dirige cerca de los soberanos aliados, á fin de concertarse sobre todo lo relativo á mediacion con ellos.—Obtiene la aceptacion formal de esta mediacion, y parte nuevamente, despues de adquirir el conocimiento puntual de las intenciones de los aliados.—Segun lo habia previsto Mr. de Metternich, al saber Napoleon esta entrevista, quiere verle y le invita á ir á Dresde.—Llegada de Mr. de Metternich á esta ciudad el 25 de junio.—Discusiones preliminares con Mr. de Basano sobre la mediacion, sobre su forma, su duracion y la manera de conciliarla con el tratado de alianza.—Entrevista con Napoleon tan célebre como tempestuosa.—Sintiendo Napoleon los arrebatos imprudentes á que se ha entregado, encarga á Mr. de Basano que anude con Mr. de Metternich las

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

pláticas interrumpidas.—Nueva entrevista en la cual, acreditando Napoleon tanta flexibilidad como antes violencia, consiente en la mediacion, si bien arrancando á Mr. de Metternich una prolongacion de armisticio hasta el 17 de agosto, única cosa á que se atiene en interés de sus aprestos militares.—Aceptacion formal de la mediacion austriaca y señalamiento del 5 de julio para la reunion de los plenipotenciarios en Praga.—Regreso de Mr. de Metternich á Gitschin, cerca del emperador Francisco.—La necesidad de entenderse con Rusia y con Prusia, acerca de la prolongacion del armisticio y del envio de los plenipotenciarios á Praga, produce un nuevo retardo, primero hasta el 8 y despues hasta el 12 de julio.—Napoleon, á quien convienen estas dilaciones, se regocija de ellas afectando sentirlas, y engendra otras partiendo personalmente para Magdeburgo.—Su partida el 10 de julio.—Sabe en el camino los sucesos de España.—Lo acontecido en este pais desde que los ingleses fueron expulsados de Castilla, y desde que los ejércitos del centro, de Andalucia y de Portugal se hallaron juntos.—Proyectos de lord Wellington para la campaña de 1813.—Se propone marchar sobre Castilla la Vieja con setenta mil anglo-portugueses y veinte mil españoles.—Proyectos de los franceses.—Posibilidad de hacer cara á los ingleses y aun de repelerlos á Portugal en obrando con tino.—Nuevos conflictos entre la autoridad de Paris y la de Madrid y funestas instrucciones que dan por resultado.—De estas instrucciones y de la lentitud de José en evacuar á Madrid se sigue una nueva dispersion de las fuerzas francesas.—Se torna á las operaciones en mayo de 1813.—Habiendo sido enviadas al general Clausel al Norte de la Península cuatro divisiones, José que hubiera podido reunir contra lord Wellington setenta y seis mil hombres, no tiene mas que cincuenta y dos mil que oponerle.—Retirada sobre Valladolid y Burgos.—La falta de víveres precipita nuestra marcha retrógrada.—Dos opiniones en el ejército, una consistente en retirarse sobre Navarra á fin de contar mas segura la union al general Clausel, y otra en mantenerse siempre sobre el camino real de Bayona, á fin de cubrir la frontera de Francia.—Ordenes reiteradas de Paris inclinan á José y á Jourdan á este último dictámen.—Numerosos avisos despachados al general Clausel, para instarle á que se incorpore al ejército entre Burgos y Vitoria.—Retirada sobre Miranda de Ebro y Vitoria.—Esperanza de que el general Clausel se incorpore en este punto.—Desgraciada inaccion de José y Jourdan durante los dias 19 y 20 de junio.—Funesta batalla de Vitoria el 21 de junio, y ruina completa de las cosas de los franceses en España.—¿A quién se pueden imputar estos deplorables sucesos?—Irritacion violenta de Napoleon contra su hermano José, y órden de que se le prenda si va á Paris.—Envio del mariscal Soult á Bayona, para reunir el ejército y tomar nuevamente la ofensiva.—Regreso de Napoleon á Dresde al cabo de una excursion de algunos dias á Torgau, Wittemberg, á Magdeburgo y á Leipsick.—Se siguen las negociaciones de Praga.—Mres. de Humboldt y de Anstett

nombrados representantes de Prusia y de Rusia en el congreso de Praga. Llegados allí estos negociadores el 11 de julio, se quejan amargamente de no ver llegar el dia convenido á los plenipotenciarios franceses.—Sentimiento y pena de Mr. de Metternich.—Vuelto Napoleon á Dresde el 15, despues de dilatar el nombramiento de los plenipotenciarios franceses bajo diversos pretextos, designa al fin á Mres. de Narbonne y de Caulaincourt.—Una falsa interpretacion dada al convenio que prolonga el armisticio le suministra un nuevo pretexto para aplazar la partida del último plenipotenciario.—Al ganar tiempo su esperanza es que se dilate hasta el 1.o de setiembre la vuelta á las hostilidades.—Acrecentamiento de las quejas por parte de los plenipotenciarios, y declaracion de Mr. de Metternich de que no se concederá un dia mas que el 10 de agosto para la denuncia del armisticio, y que el 17 para la vuelta á las hostilidades.—Resuelta la dificultad suscitada acerca del armisticio, despacha Napoleon á Mr. de Caulaincourt con instrucciones que originan cuestiones de formas casi insolubles.—Durante este tiempo sale de Dresde el 15 de julio, para ir á ver á la emperatriz en Maguncia.—Hacienda y policía del Imperio durante la guerra de Sajonia: asuntos de los seminarios de Tournay y de Gante, y del jurado de Amberes.—Vuelta de Napoleon á Dresde el 4 de agosto, despues de pasar revista á los nuevos cuerpos que se encaminan á Sajonia.—Vanas dificultades de forma, por cuyo medio se ha llegado á impedir hasta la constitucion del congreso de Praga.—Por última vez declara Mr. de Metternich que sino se han asentado las bases de la paz el 10 de agosto á media noche, será denunciado el armisticio, y se unirá á la coalicion el Austria.—Pensamiento verdadero de Napoleon en este momento decisivo.—No lisongeándose ya de impedir que Rusia y Prusia volvieran á las hostilidades el 17 de agosto, desearia, mediante una negociacion formal con el Austria, retardar la entrada en accion de esta.—Efectivamente entabla con Austria una negociacion secreta, que debe ser seguida por Mr. de Caulaincourt é ignorada por Mr. de Narbonne.—Abertura de Mr. de Caulaincourt á Mr. de Metternich el 6 de agosto, cuatro dias antes de la expiracion del armisticio.—Sorpresa de Mr. de Metternich.—Su respuesta á las cuarenta y ocho horas y declaracion auténtica de las intenciones de Austria dada en nombre del emperador Francisco.—Ventajas ofrecidas á Napoleon é inesperadas del todo.—Nobles esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para decidir á Napoleon á aceptar la paz con que se le brinda.—Contra-proposicion de éste, no enviada hasta el 10 de agosto y juzgada inaceptable por Austria.—Habiendo pasado el dia 10 sin que se adopten las bases propuestas, Austria declara disuelto el congreso de Praga antes de que se instale, y proclama su adhesion á la coalicion.—Experimentando Napoleon un instante de sentimiento, manda á Mr. de Caulaincourt, si bien inútilmente, que prolongue su permanencia en Praga.—Habiendo precedido el emperador de Rusia al rey de Prusia en Bohemia y conferenciado con el em-

perador Francisco, declara inaceptables las últimas proposiciones de Napoleon en nombre de los soberanos aliados.—Vuelta y noble afliccion de Mr. de Caulaincourt.—Partida de Napoleon de Dresde el 16 de agosto.—Su confianza y sus proyectos. —Profundidad de sus concepciones para la segunda parte de la campaña de 1813.—Toma el curso del Elba por linea de defensa, y se propone maniobrar concéntricamente en torno de Dresde, á fin de batir una tras otra á todas las masas enemigas que le quieran atacar de frente, de flanco ó por la espalda. —Proyectos de la coalicion y fuerzas inmensas operantes en esta guerra gigantesca.—Emprendiendo primeramente el movimiento el ejército de Silesia, mandado por Blucher, Napoleon marcha en su contra para repelerle sobre el Katzbach.—Combates del 20, del 21 y del 22 de agosto, á consecuencia de los cuales se ve obligado Blucher á replegarse detrás del Katzbach. —Napoleon sabe el 22 por la noche la aparicion del grande ejército de los coaligados á espaldas de Dresde.—Su vuelta precipitada á este punto.—Se detiene en Stolpen, y forma el proyecto de desembocar por Koenigstein para coger de revés al ejército coaligado y lanzarle al Elba.—Los terrores de los habitantes de Dresde y las vacilaciones del mariscal Saint-Cir en esta circunstancia desvian á Napoleon de la mas bella y fecunda de sus concepciones.—Su regreso á Dresde, é inútil ataque de esta ciudad el dia 26 por los coaligados.—Célebre batalla de Dresde dada el 27 de agosto.—Completa derrota del ejército coaligado y muerte del general Moreau.—Posicion del general Vandamme en Peterswalde á espaldas de los aliados.—Nuevo y vasto proyecto sobre Berlin, que aparta á Napoleon de las operaciones en torno de Dresde.—Desastre del general Vandamme en Kulma, producido por la mas singular concurrencia de circunstancias.—Consecuencias de este desastre.—Renacimiento de confianza entre los coaligados y agravacion de la situacion de Napoleon, cuyas últimas victorias se hallan anuladas.—Su situacion el 30 de agosto de 1813.

Al firmar el armisticio de Pleiswitz no tuvo Napoleon otro pensamiento que el de ganar dos meses para completar sus armamentos y proporcionarlos á las fuerzas de los nuevos enemigos que iba á atraerse; pero no abrigó la idea de la paz ni un solo instante, no queriendo concluirla á ningun precio segun las condiciones pretendidas por Austria. Estas condiciones tantas veces reveladas ya

hacia cuatro meses, ora mediante simples insinuaciones, ora por las declaraciones recientes y formales de Mr. de Bubna, eran, segun se ha visto, las siguientes.—Disolucion del gran ducado de Varsovia: reconstitucion de la Prusia por medio de una extensa parte de este gran ducado y de algunas porciones de las provincias anseáticas: restitucion á Alemania de las ciudades libres de Lubeck, de Brema, de Hamburgo: abolicion de la Confederacion del Rhin: retrocesion al Austria de la Iliria y de las porciones que le habian pertenecido en Polonia. Aunque esta paz continental, preludio seguro de la paz marítima, dejase á Francia, independientemente de la Bélgica y de las provincias rhinianas, la Holanda, el Piamonte, la Toscana, el Estado romano, mantenidos como departamentos franceses, la Lombardia, Nápoles y Westfalia, constituidas como reinos tributarios, Napoleon la rechazaba absolutamente, no á causa de las pérdidas de territorio que eran casi nulas, sino por considerarla como un ataque á su gloria, y sin vacilaciones preferia la guerra contra la Europa en masa. Sin duda era una temeridad insigne respecto de sí mismo, una crueldad respecto de tantas víctimas destinadas á perecer sobre los campos de batalla, un atentado respecto de Francia, expuesta á tantos peligros únicamente por el orgullo de su gefe; pero al fin era una resolucion ya casi fija, y de la cual habia muy poca verosimilitud de apearle. Se necesitaran mejores y mas autorizados consejeros en torno suyo para conseguir que retrocediese de esta determinacion funesta Sin embargo, aunque resuelto del todo, como consta de sus órdenes, de sus comunicaciones diplomáticas y de algunas con-

fesiones inevitables hechas á sus mas íntimos cooperadores, no podia convenirle que penetraran su verdadera idea ni las potencias con las cuales tenia que entrar en tratos, ni la mayor parte de los agentes de su gobierno, de cuyo celo tenia necesidad grande. Con efecto, conocida la verdadera idea de Napoleon por Austria, se decidiera definitivamente en nuestra contra, y acelerara sus armamentos ya bastante activos, é hiciera cundir la desesperacion en nuestros aliados ya sobradamente disgustados de nuestra alianza, é imposibilitara la próroga del armisticio, en que Napoleon ponia esencial empeño y que no desesperaba de obtener á fuerza de dar largas á los negociadores. Declarada á los hombres que componian su gobierno, su resolucion de no aceptar la paz trascendiera al público en breve, y aumentara la aversion inspirada por su política, y extendiera esta aversion á su persona y á su dinastía, y dificultara mas los alistamientos de soldados, é irritara y desalentara al ejército, que, no viendo ya término á la efusion de su sangre, se desahogaria en hablar con mas severidad y audacia. Efectivamente, parecia que la oposicion, comprimida por todas partes, se hallaba refugiada en los campamentos, y que nuestros militares de todas graduaciones querian ejercer la libertad inagenable del espíritu francés como en premio de los sacrificios que se exigian de ellos. Despues de precipitarse por la mañana enmedio de los peligros, se lamentaban por la noche en los bivaques de la fatal obstinacion que hacia correr tanta sangre por una política que empezaba á no serles comprensible. Ya habian admitido que despues de Moscou y del Berezina fuera necesario un

desquite brillante á los ejércitos franceses; pero, restablecido en Lutzen y Bautzen el prestigio de nuestras armas, se sublevaran y quizá sintieran helado su celo al saber que, pudiendo Napoleon conservar la Bélgica, las Provincias rhinianas, la Holanda, el Piamonte, Nápoles y la Toscana, no se contentaba, y queria aun inmolar millares de hombres para guardar á Lubeck, Hamburgo, Brema y mantener el vano título de protector de la Confederacion del Rhin. Por todas estas razones no reveló Napoleon todo su pensamiento á nadie, excepto quizá á Mr. de Basano; y solo dijo á cada uno lo que necesitaba saber para cumplir su particular tarea, reservándose interiormente la extension de sus funestos designios.

Se acaba de ver que Mr. de Bubna tornó á presentarse en el cuartel general con las condiciones del Austria, y que se habian modificado considerablemente, puesto que, remitiendo para el tiempo de la paz marítima el sacrificio de las ciudades anseáticas y de la Confederacion del Rhin, se habia destruido la única objecion que pudieran provocar razonablemente. Sintiéndose entonces Napoleon estrechado de cerca, y temiendo que se le comprometiera á declararse sin demora, con lo cual tuviera encima al Austria antes de poderla oponer resistencia, hubo de firmar el armisticio de Pleiswitz á pesar de lo desventajoso, no para tener tiempo de seguir los tratos, sino de completar sus armamentos. Bajo secreto escribió al príncipe Eugenio y al ministro de la Guerra que firmaba este armisticio, cuyo peligro se le alcanzaba en parte, con el fin de tener tiempo de prepararse contra el Austria, á la cual entendia dar la ley en

vez de recibirla de ella. A uno y otro recomendó que nada descuidasen para que á fines de julio estuvieran prontos el ejército de Italia y el de Magunda destinados á amenazar al Austria, aquel por la Carintia y este por Baviera, y procediesen de modo que *contaran por doble los dias*, pues apenas les quedaban dos meses para llevar á remate los armamentos que las circunstancias hacian indispensables. No obstante ni á uno ni á otro confesó qué ley era la que no queria sufrir del Austria, y hasta les dejó creer que sus exigencias se resentian de exhorbitantes como enderezadas á arruinar el poder y á ofender el honor de Francia. Al príncipe de Cambacéres, á quien dejó confiado el depósito de su autoridad al tiempo de su partida, le escribió que sin duda podia conducir á la paz el armisticio firmado; pero que *no convenia que en esto se viese una razon para aflojar los preparativos de guerra, sino al revés para redoblarlos, pues solo podria ser la paz segura y honrosa, viéndose que éramos formidables sobre todos los puntos.*—Pero tampoco se atrevió á decir al príncipe de Cambacéres lo que entendia por una paz segura y honrosa, y guardóse muy bien de confesarle que no consideraba tal una paz que, independientemente del Rhin y de los Alpes, concedia directa ó indirectamente á Francia la Holanda, la Westfalia, el Piamonte, la Lombardía, la Toscana, Nápoles y los Estados romanos.

Solo á Mr. de Basano, á quien no podia engañar por ser este ministro el conducto de todas las comunicaciones de Francia con las potencias europeas, y del cual no tenia que temer la objecion mas leve, descubrió su verdadero pensamiento,

confiándole el cuidado de recibir en su lugar á monsieur de Bubna. Le dijo que no queria ver á este enviado, para no tenerse que pronunciar relativamente á las condiciones del Austria, le recomendó que le llevara á Dresde, donde tenia que volver el cuartel general francés muy pronto, y que le retuviera allí hasta su vuelta, lo cual hacia que se ganasen diez dias y que se llegara á mediados de junio antes de reunirse los plenipotenciarios. Suscitando despues dificultades de forma, cabia en lo posible que viniera el mes de julio sin pronunciarse sobre el fondo de las cosas. Mostrando luego en el último instante alguna disposicion á entrar en tratos, y alegando el poco tiempo que ya quedaria entonces, aun era posible lograr que se prorogase otro mes la duracion del armisticio, lo cual despues de junio y julio aseguraria todo agosto, y proporcionaria así tres meses para los armamentos, tres meses que las potencias coaligadas aprovecharian sin duda, pero no tanto como Francia, por no estar administradas con la misma actividad ni con el mismo genio.

Resuelto este plan hizo Napoleon partir á monsieur de Basano á Dresde, encargándole que anunciara allí su próxima llegada, y que fuera de las residencias reales le buscara una morada cómoda y conveniente, donde estuviera á la vez en la ciudad y en el campo, donde pudiera trabajar con libertad, respirar un aire puro, y hallarse al alcance de los campos de instruccion establecidos á orillas del Elba. Dispuso que se llevara allí parte de su casa y hasta la Comedia francesa, á fin de desplegar cierta especie de esplendor pacífico, que revelara satisfaccion, confianza y propension al

reposo, propension que nunca habia penetrado en su alma. *Es bueno*, escribió al príncipe Cambacéres, *que se crea que aqui nos divertimos.*

Segun costumbre, no se apartó Napoleon de sus tropas sin asegurarse de su manutencion, de su buena salud y de su instruccion mientras durara la suspension de armas. A tenor de las condiciones de este armisticio se habia reservado la baja Silesia, pais rico en todo género de recursos tanto para el alimento como para el vestido de los hombres. Distribuyó sus cuerpos de ejércitos desde las montañas de Bohemia hasta el Oder del modo siguiente. A Reynier le situó en Gorlitz con el 7.º cuerpo, á Macdonald en Lowenberg con el 11.º, á Lauriston en Golberg con el 5.º, á Ney en Liegnitz con el 3.º, á Marmont en Buntzlau con el 6.º, á Bertrand en Sprottau con el 4.º, á Mortier en los alrededores de Glogau con la infantería de la Joven Guardia, á Victor en Crossen con el 2.º, á Latour-Maubourg y á Sebastiani á orillas del Oder con la caballería de reserva. Al frente del cuerpo destinado á marchar sobre Berlin fué acantonado el mariscal Oudinot en los límites de Sajonia y de Brandeburgo, los cuales formaban del Oder al Elba la línea de demarcacion estipulada por el armisticio. Estos diversos cuerpos debian acampar en aldeas ó barracas, maniobrar, descansar y vivir con holgura, mediante requisiciones hechas sobre el pais, de modo que pudieran subsistir allí tres meses por lo menos y formar provisiones para la época de la renovacion de las hostilidades. Ademas Napoleon prescribió requisiciones de paños y lienzos en la parte de la Silesia que se habia reservado y los producia en abundancia, para reponer

el vestuario ya gastado de sus soldados. Debiendo en todo caso volver la Silesia á la Prusia, puesto que no la queria el Austria, no tenia por que tratarla con contemplaciones mas que para hacer que sus recursos duraran lo que sus necesidades.

Siendo Glogau la única de sus plazas junto al Oder y el Vistula que habia logrado la ventaja de verse libre de bloqueo, renovó su guarnicion y sus provisiones y dispuso que se perfeccionaran sus medios de defensa. Despachó oficiales á Stettin, Custrin y Danzick para noticiar á sus guarniciones los últimos triunfos de nuestras armas, para llevarlas recompensas y velar á fin de que los víveres consumidos cada dia fueran inmediatamente reemplazados por cantidades iguales, segun las condiciones expresas del armisticio. Por una de sus estipulaciones se convino en que la importante plaza de Hamburgo dependiera de la suerte de las armas, y perteneceria al que la ocupara el 8 de junio por la noche. A nuestro poder habia vuelto el 29 de mayo por la llegada del general Vandamme á la cabeza de dos divisiones, y mas pronto tornara á ser propiedad nuestra sin la intervencion singular y un movimiento inexplicable de Dinamarca en tal coyuntura. Fiel nos habia sido esta potencia hasta ahora y nos lo debia, puesto que por conservarle la Noruega estábamos en hostilidades con Suecia. A consecuencia de nuestro desastre de Moscou fué vivamente solicitada por Rusia é Inglaterra para que abandonara la Noruega á Suecia, con promesa de indemnizarla á costa de Francia, si cedia, y con amenaza de derribar la monarquía danesa, si rehusaba. A estas amenazadoras solicitudes de Rusia é Inglaterra se juntaron

las instancias mas suaves del Austria, invitando á Dinamarca á unirse á ella, y prometiéndole la conservacion de la Noruega, si se adheria á su política mediadora. A vueltas de este conflicto de sugestiones de todas clases, recelando Dinamarca que Francia no se encontrase ya en proporcion de sostenerla, pidió lealmente á Napoleon que la autorizara para tratar por su cuenta, con el fin de eludir los peligros de que se veia amenazada, y conmovido éste de su ingenuidad se avino á otorgar lo que pretendia. Hasta la envió los marineros daneses que servian en nuestra escuadra, con el objeto de que su situacion se aproximase mas á la neutralidad. Volviéndose á poner en paz con Inglaterra por mediacion de Rusia y mostrándose de seguida neutral con todo el mundo, abrigaba Dinamarca la esperanza de que aseguraria la conservacion de la Noruega. Muy pronto le fué significado, no solo que nos declarara la guerra, lo cual costaba mucho á su lealtad, sino que además era forzoso que renunciase á la Noruega, salvo una indemnizacion eventual, de manera que ni la defeccion á nuestra alianza la libertara del despojo. Sublevada Dinamarca por estas exigencias volvióse á nosotros, y una de sus divisiones, que se habia mantenido en actitud equívoca y casi inquietante á las puertas de Hamburgo, nos alargó la mano en vez de amenazarnos. Entonces Vandamme, á quien no retenia nada, expulsó la reunion de fuerzas de Tettenborn, compuesta de cosacos, de prusianos, de mecklemburgueses, de soldados de las ciudades anseáticas, y enarboló de nuevo las águilas francesas sobre todo el curso del Elba inferior. Inmediatamente despachó Napoleon al mariscal Davout la

órden de establecerse fuertemente en Hamburgo, Lubeck y Brema, le reiteró el mandato de castigar severamente la rebeldía de estas ciudades, de sacar de ellas los recursos necesarios para el ejército, y de crear junto al bajo Elba un establecimiento militar que completara las defensas de este gran rio, donde íbamos á tener á Koenigstein, Dresde, Torgau, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Esta importantísima línea, objeto de tan vivos debates en la negociacion del armisticio, nos estaba pues asegurada, independientemente de la del Oder, cuya parte mas esencial, la que daba de frente á Dresde, nos pertenecia del todo. Verdad es que algunas tropas de partidarios habian pasado la línea del Elba, y recorrian á la sazon la Westfalia, el Hesse, la Sajonia, sembrando por todas partes el terror de los cosacos, que se habia hecho casi supersticioso. Napoleon formó á sus espaldas un cuerpo de infantería y de caballería, para perseguirlos de muerte y acuchillar sin compasion á cuantos fueran habidos mas acá del Elba. Destinado, segun se ha dicho, el duque de Padua á mandar un tercer cuerpo de caballería, cuando estuvieran completos los dos primeros de Latour-Maubourg y de Sebastiani, se hallaba en Leipsick por entonces con el núcleo de su cuerpo. Cerca de tres mil ginetes contaba y algunas piezas de artillería de tiro. Napoleon le agregó la division polaca de Dombrowski, la division de Teste, cuarta de las de Marmont, dejada atras para llevar su organizacion á cabo, y otra division wurtemberguesa recien llegada, y algunos batallones de la guarnicion de Magdeburgo, sumando así un conjunto de ocho mil ginetes y doce mil infantes. Prescribióle

que se ocupara únicamente en la policía del pais comprendido entre el Rhin y el Elba, en pacificarle, en purgarle de corredores, y que si sorprendia algunos con posterioridad al 8 de junio, último término fijado á las hostilidades, los tratara como bandidos ó los hiciera prisioneros por lo menos, á fin de apoderarse de sus caballos que eran excelentes.

Dedicadas estas primeras atenciones á la ejecucion del armisticio y al bienestar de las tropas mientras, durase, encaminóse Napoleon á Dresde, donde tenia el proyecto de pasar todo el tiempo de las próximas negociaciones, y retrocedió sobre el Elba con la infantería y la caballería de la Vieja Guardia, marchando personalmente al paso de las tropas y por jornadas de etapas. No estuvo de vuelta en Dresde hasta el 10 de junio, lo cual convenia á su cálculo de hallarse lo mas tarde posible en presencia de Mr. de Bubna. A su encuentro salió el rey de Sajonia, y los mismos habitantes de Dresde, al ver la guerra apartada de sus hogares y honrado á su monarca muy á su gusto, le hicieron una acogida que no era de esperar por parte de una poblacion alemana.

Napoleon se apeó en el palacio de Marcolini, que Mr. de Basano habia elegido para su morada. Rodeado de un extenso y hermoso jardin este palacio, se hallaba situado en el arrabal de Friedrichstadt, muy cerca de la pradera de Osterwise, donde podian operar numerosas tropas á orillas del Elba. Alli encontró Napoleon su casa ya instalada y dispuesta á recibirle, y sin ser gravoso á la córte de Sajonia, ni molestarla en lo mas leve, tenia lo que deseaba, aire, verdura y un campo de maniobras. Se propuso tener al levantarse por la

mañana las mismas ceremonias que en las Tullerías, enmedio del dia revistas y maniobras, por la noche banquetes, recepciones, y las obras maestras de Corneille, de Racine, de Moliére, representadas por los primeros actores de la Comedia francesa. Ya al otro dia de su regreso á Dresde, empezaba con la exactitud y la invariabilidad de una consigna militar su vida tal como la habia ordenado. Pero al mismo tiempo Mr. de Bubna, que, llegado de Viena hacia dos semanas, aguardaba sin fruto el momento de verle, le hubo de recordar su presencia por medio de una nota formal, á la cual era fuerza responder pronto y á las claras.

Para comprender esta nota y su trascendencia, es indispensable conocer las últimas circunstancias sobrevenidas en Austria, donde se sucedian como en todas partes los acontecimientos con una rapidez pasmosa, bajo el impulso violento dado por Napoleon donde quiera á la marcha de las cosas. Empleando á Mr. de Caulaincourt en la negociacion del armisticio, á fin de suscitar la ocasion de un ajuste directo con Rusia, Napoleon suministró á esta un arma peligrosa, de que debia hacer funesto uso. Si el emperador Alejandro, menos ofendido por los desdenes de Napoleon, menos prendado del papel nuevo del todo de rey de reyes, pudiera participar de alguna manera de la opinion del príncipe de Kutusoff, inclinadísimo á que saliese de esta guerra firmando con Francia una paz esencialmente rusa, muy oportuno fuera enviarle á Mr. de Caulaincourt, quien habia sido por largo tiempo su confidente y casi su amigo. Pero embriagado con el incienso que los alemanes quemaban ante sus ojos, á pesar de su habitual dulzura

se habia hecho Alejandro un enemigo implacable, al cual era peligroso tratar de dirigirse. En vez de conmoverle de resultas del envio de Mr. de Caulaincourt, solo se logró suministrarle el medio de poner fin á las prolijas vacilaciones del Austria. Con efecto para Alejandro era la ocasion de decir á esta potencia.—Decidios, pues, si por no socorrernos, dejais que se nos bata como en Lutzen y como en Bautzen, nos veremos forzados á tratar con nuestro comun enemigo, á admitir las proposiciones que se adelanta á hacernos, á celebrar con él una paz exclusivamente en ventaja de Rusia, y á entregaros definitivamente á su resentimiento, que no debe ser flojo, pues si no hicisteis bastante para auxiliarnos, de sobra habeis hecho para inspirarle una profunda desconfianza.—Tanto mas oportunamente viniera despues de la jornada de Bautzen este lenguaje con la córte de Viena, cuanto que un nuevo movimiento retrógrado iba á alejar á los coaligados de las fronteras del Austria y á privarles de todo contacto con ella. Ahora ó nunca era el instante de unirse, pues, dado un paso más, ya no se podrian tocar las manos por mucho que se las alargasen unos á otros.

Tales son las razones que se habia resuelto emplear cerca del emperador Francisco y mientras que Mres. Kleist y de Schowaloff negociaban en Pleiswitz el armisticio de 4 de junio, llamóse á Mr. de Stadion, se le hizo reparar la eleccion de Mr. de Caulaincourt para esta negociacion, y aun se añadió á la verdad la mentira, hablándose de supuestas insinuaciones que se habia permitido este personage, cosa que era falsa, y de las cuales se podia colegir que Napoleon pensaba entenderse directamente con Rusia á expensas del Austria. Todo cuanto el envio de Mr. de Caulaincourt permitia suponer en materia de tentativas diplomáticas se dió por consumado, y estrechóse á Mr. de Stadion á declarar á su gabinete que lo que se rehusaba ahora habria necesidad de aceptarlo dentro de algunos dias, bajo la presion de las circunstancias y de las victorias de Napoleon. Mr. de Stadion, que no amaba á Francia y á quien la presencia de monsieur de Caulaincort habia ofuscado sobremanera, se apresuró á pintar á su córte, exagerándolo mucho, el peligro de un acomodo directo entre Francia y Rusia. No contando bastante con la influencia de las palabras escritas, hasta se habia despachado, segun queda dicho, á Mr. de Nesselrode, el mismo que durante cuarenta años no ha cesado de aconsejar á sus diferentes soberanos una política profunda por su paciencia, aunque no siempre conforme á su temperamento irritable. Jóven entonces, modesto, sencillo, menos dogmático que monsieur de Metternich, menos emprendedor, si bien sagaz al nivel suyo, y cortado para ganar la confianza de un príncipe ilustrado como Alejandro, ya habia obtenido sobre su espíritu muy marcado ascendiente. Sin embargo, de haber dejado el czar el vano título de canciller á Mr. de Romanzoff, en memoria de la Finlandia y de la Besarabia conquistadas bajo su ministerio, se trajo á su cuartel general á Mr. de Nesselrode, y ya no dirigia los negocios sino con él ó por su consejo. Desde el 1.° de julio envióle á Viena con la mision de rogar, de suplicar, de amenazar en caso necesario á la córte de Austria, mostrándole la cabeza de Medusa, esto es, á Napoleon abocándose con Alejandro, y renovan-

do junto al Oder la entrevista del Niemen, y quizá en Breslau la alianza de Tilsit. Mr. de Nesselrode se puso al instante en camino, dirigiéndose por la Bohemia á Viena.

No se necesitaba tanto para producir en dos espíritus tan perspicaces como el emperador Francisco y Mr. de Metternich una conmocion decisiva. Efectivamente, restablecida el Austria por la fortuna en una gran situacion, de la cual habia sido precipitada por la espada de Napoleon veinte años antes, corria un grave peligro á pesar de todo. A la sazon la acariciaba todo el mundo, todo el mundo se le presentaba con las manos llenas de los mas magníficos dones. Alejandro le ofrecia, no solo la Iliria y parte de la Polonia, sino tambien la Italia y el Tirol, y la corona imperial de Alemania, que Napoleon habia hecho caer de su cabeza, y mas que todo esto, la independencia. Francia le ofrecia con la Iliria y parte de Polonia, no la Italia, no el Tirol, no la corona imperial, sino lo que le hubiera encantado un siglo antes, la Silesia, sin la independencia, hay que confesarlo, á la cual aspiraba mas que á todo. Asi la eleccion estaba en su mano; pero, si queriendo gozar demasiado tiempo de este papel de potencia universalmente cortejada, no se decidia en hora oportuna, posible era que, despues de halagada y acariciada por todos, acabara por ser tambien de todos maldita y aplastada bajo el comun resentimiento, pues si se llegaban á entender Napoleon y Alejandro, de esto debia resultar una paz esencialmente rusa; nada tendria Austria de Polonia, nada de Iliria, nada de Italia; no se cederia á su deseo de reconstituir la Alemania, salvo algunas indemnizaciones que acaso se otorgaran á Prusia, y lejos de recuperar su independencia, tornaria á caer bajo el dominio de Napoleon mas duro que nunca. Para esto solo se necesitaba un instante, y en la presente coyuntura, cuando todo se estaba decidiendo á estocadas. ¡Y qué estocadas! con cuarenta y ocho horas bastaba para cambiar la faz del mundo.

Lleno Mr. de Metternich de estas cavilaciones, ya habia pensado en llevar á su soberano á Praga, á fin de estar muy cerca del teatro de las batallas y de las negociaciones, y de poder seguir desde lo alto de la Bohemia, como desde un observatorio elevado y vecino, el torrente rapidísimo de las cosas, y de lanzarse á él en caso necesario. La noticia de la eleccion de Mr. de Caulaincourt para negociar el armisticio, le habia afectado hasta el extremo de hacer su emocion visible á los ojos penetrantes de Mr. de Narbonne. No le habian dejado las cartas de Mr. de Stadion la mas leve duda, y en veinte y cuatro horas formaron el emperador y su ministro la resolucion de dejar á Viena por Praga, con grande asombro del público, sorprendido no de la resolucion esta, sino de la prontitud con que era tomada. A causa de las relaciones existentes con Francia habia en cierta manera la obligacion de explicarlo todo, y Mr. de Metternich se apresuró á decir á Mr. de Narbonne que, estando en vísperas de entablarse las negociaciones por conducto de Austria, necesario era que la córte mediadora se aproximara á las partes sometidas á su mediacion; que en Praga se ganarian seis dias respecto de cada comunicacion cuando menos, lo cual importaba sobremanera, debiéndose celebrar la paz del mundo en el término de seis semanas. Esta ra-

zon justificaba el viage á Praga, pero no la partida en veinte y cuatro horas. Informes secretos y el aire forzado de Mr. de Metternich acabaron de revelarlo todo á la vigilancia de la legacion francesa. Por noticias seguras supo Mr. de Narbonne que la córte de Viena aceleraba su partida á causa del temor de un ajuste directo de Francia con Rusia, y estas noticias le explicaban además los nuevos sentimientos que creia haber descubierto en Mr. de Metternich. Con efecto Mr. de Narbonne habia hallado al ministro austriaco muy tibio á vista de ojo, y era natural que asi sucediese, pues si monsieur de Metternich se habia escapado de nuestra alianza, como á fuerza de movimientos alternativos se escapa una serpiente de los apretones de una mano poderosa, no habia desertado enteramente de nuestra causa, y con la cuerdísima intencion de terminarlo todo sin guerra, habia sostenido cerca de los coaligados el sistema de una paz moderada, lo cual era árduo, y fundadamente llevaba á mal que tratásemos de ajustar una paz desastrosa para su patria, mientras se esforzaba por obtenerla muy aceptable para nosotros.

Por lo demás, casi no tuvo tiempo Mr. de Narbonne de hablar á Mr. de Metternich, y partido éste á toda prisa, se hallaba el 3 de junio por la noche con el emperador Francisco en Gitschin, residencia situada á unas veinte leguas de Praga. Al llegar alli encontró á Mr. de Nesselrode, que sabiendo la partida de la córte, retrocedió camino para unirse á ella. Se conciben las palabras que pudieron dirigirse estos dos hombres de Estado á la sazon tan importantes. En nombre del emperador de Rusia y del rey de Prusia suplicó Mr. de

Nesselrode á Mr. de Metternich que pusiera término á tan prolijas vacilaciones, que no dejara que los coaligados fueran nuevamente batidos, pues si acontecia esto, se verian obligados á someterse á Napoleon ó á tratar con él á costa del Austria, y á sancionar para siempre la dependencia de la Europa. Sobre todo aplicóse Mr. de Nesselrode á demostrar á Mr. de Metternich que Napoleon hacia traicion á los austriacos, pues mientras estos sostenian en ventaja suya el sistema de una paz moderada, aquel pensaba en sacrificarlos y en celebrar una paz ominosa para ellos. De consiguiente estrechó con instancia al ministro austriaco á imitar por fin el ejemplo de Prusia y á unirse en virtud de un tratado formal á los soberanos aliados. Mr. de Metternich no tenia necesidad de ser esclarecido ni excitado, pues lo estaba de sobra; pero este ministro, cuyo mérito principal ha estribado siempre en tener un espíritu sin frialdad al par que una política sin pasion, se adheria cada vez mas al sistema de conducta que habia adoptado, el de apurar el papel intermedio de árbitro, antes de pasar al papel de beligerante. Además de que este sistema de conducta satisfacia el honor del emperador Francisco, su honor de soberano y de padre, tenia además la ventaja de contemplar tambien al Austria, de proporcionarla el tiempo que necesitaba para armarse, y mas que nada de hacer posible una conclusion pacífica, pues fuera un excelente resultado reconstituir la Prusia, restablecer la independencia de Alemania, recuperar la Iliria y la parte perdida de la Galitzia, sin correr los azares quizá funestos, nadie lo sabia entonces, de una nueva guerra con Napoleon.

Con una prevision profunda queria Mr. de Metternich evitar la eventualidad muy peligrosa de ver á todo el mundo, cansado de sus contemporizaciones, arreglarse á su costa, y tambien la eventualidad de ser batido por Francia, lo cual temia mucho á pesar de los sucesos del año precedente, y por este motivo aspiraba á tener con una mano á Rusia y Prusia, de modo que no pudieran escaparse, y á contener con la otra á Napoleon para hacerle aceptar una paz á que pudiera asentir la Europa. Así dijo á Mr. de Nesselrode que se habia comprometido á ser mediador y desempeñaria francamente este papel durante los dos meses que tenia delante; que respecto de Francia necesitaba indispensablemente pasar por el papel de mediador antes de llegar al de adversario; que hasta entonces no podia tomar partido; pero que, si sus condiciones razonables de paz eran desechadas al cabo, luego que expirase el armisticio aconsejaria á su soberano que se uniese á las potencias aliadas, y que tentase un supremo y postrer esfuerzo para arrancar de la dominacion de Napoleon á la Europa.

Lo que actualmente se prometieron á tenor de estas miras fué por parte de Rusia no dejarse seducir por el cebo de un ajuste directo, y por parte del Austria declarar la guerra el dia señalado, si las condiciones de la mediacion no eran admitidas por Francia. Aprovechándose Mr. de Metternich de la cercanía de Praga, llamó allí por veinte y cuatro horas á Mr. de Bubna, le explicó bien la situacion de las cosas, le afirmó positivamente que aun no existian compromisos con los beligerantes, le autorizó para empeñar en apoyo de este hecho la

palabra de honor del emperador Francisco, aunque facultándole tambien para significar de la manera mas terminante que los compromisos se contraerian á la postre, si la duracion del armisticio no se empleaba en negociar sinceramente una paz moderada. Al mismo tiempo encargóle que manifestara al gabinete francés que la mediacion del Austria estaba formalmente aceptada por Prusia y Rusia, cosa que obligaba por tanto al mediador á pedir á cada cual sus condiciones y especialmente á Francia, á quien se rogaba que desde luego hiciera conocer las suyas. En esta ocasion debia hacer presente Mr. de Bubna el deseo de Mr. de Metternich de ir un instante á Dresde, para terminarlo todo sobre el terreno en una entrevista cordial con Napoleon. Efectivamente, allí se podia acabar en algunas horas, porque, si Mr. de Metternich lograba persuadir al emperador de los franceses, todo estaria dicho, hallándose los coaligados en la imposibilidad de desechar las condiciones que Austria declarara aceptables.

Tales, y segun se ve, tan importantes eran las cosas que Mr. de Bubna debia comunicar á Napoleon de vuelta en Dresde, y de las cuales solo decia una parte á Mr. de Basano, sabiendo la inutilidad de las explicaciones con este ministro, que recibia y no formaba las opiniones de su soberano. Habiendo llegado Napoleon el 10 de junio, Mr. de Bubna entregó al dia siguiente una nota para declarar que Rusia y Prusia habian aceptado oficialmente la mediacion del Austria; que se ocupaba en pedirlas sus condiciones de paz, y que se esperaba que Francia tuviese á bien enunciar las suyas. Esto no era mas que plantear la cuestion para

conseguir no la inmediata y cabal enunciacion de las condiciones de Francia, sino provocar las conferencias previas, las expansiones confidenciales, preliminar indispensable y mas ó menos largo, segun el tiempo de que se dispone, de las declaraciones oficiales y definitivas.

Si Napoleon deseara la paz, al menos la que era posible y cuyas condiciones sabia, no perdiera tiempo, quedándole para negociar cuarenta dias á lo sumo. Con efecto, se estaba á 10 de junio, y el 20 de julio expiraba el armisticio. Impulsado por su ardor de costumbre llamara á Mr. de Metternich á Dresde, tratara de arrancarle alguna modificacion á las proposiciones de Austria, lo cual era muy posible en el anhelo que la animaba de acabar pacíficamente, y enviara á este ministro una, dos y tres veces al cuartel general de las potencias aliadas, para allanar las dificultades de detalle, siempre numerosas en todo tratado, y que lo debian ser mas en el que iba á abarcar los intereses del mundo entero. Pero daba testimonio evidente de que no la queria, aparte de las pruebas irrefragables contenidas en su correspondencia, el tiempo que estaba perdiendo y que iba á perder todavia. Segun queda dicho, su proyecto se enderezaba á retardar lo mas posible la hora de explicarse, á suscitar con este objeto cuestiones de forma, luego á aparentar que se enmendaba de pronto, cuando estuviera próximo á expirar el armisticio, á mostrarse propicio á ceder entonces, á conseguir en favor de estas manifestaciones pacíficas una próroga de la suspension de armas, á tomarse de este modo hasta el 1.º de setiembre para completar sus preparativos militares, á romper en esta época bajo un motivo hábilmente escogido y capaz de inducir al público á engaños y caer de súbito sobre la coalicion con todas sus fuerzas, á disolverla, y á restablecer mas pujante que nunca su dominacion actualmente disputada. ¡Cálculo perdonable sin duda, y de que está harto llena la historia de los príncipes conquistadores, si se fundara en la realidad de las cosas! Con estas miras no era aun tiempo de recibir á Mr. de Bubna y de responderle sí ó no acerca de las condiciones reducidas á un corto número de puntos, que no se prestaban á ambigüedades. Asi Napoleon resolvió dejar que pasaran cuatro ó cinco dias antes de admitir á Mr. de Bubna á su presencia y de responder á la citada nota, aplazamiento muy concebible sino se hubiera fijado ningun término á las negociaciones, y si para venir á un ajuste se dispusiera de meses y hasta de años, como habia sucedido con el tratado de Westfelia. Pero perder cuatro ó cinco dias de cuarenta para una primera cuestion de forma, lo cual suponia otras muchas, era decir de sobra lo que se queria, ó mas bien lo que no se queria.

No obstante, Napoleon acababa de llegar á Dresde, cansado sin duda, abrumado de atenciones de todas clases, y en rigor se podia comprender que no recibiese el mismo dia á Mr. de Bubna. Por otra parte, no habia soberano en el mundo que estuviese mas dispensado que él de plegarse á las conveniencias de otro, ni que se plegase menos. No tenian, pues, gran significado estas dilaciones de Napoleon respecto de Mr. de Bubna. Solo demostraba con ellas que no tenia prisa, pues cuando la tenia, eran iguales para su persona el dia y la noche, la fatiga y el reposo, y no tener

prisa de la paz en este momento equivalia á no desearla. Mr. de Basano recibió el despacho de Mr. de Bubna, fingió hallarlo grave en demasía, dijo que se le responderia dentro de tres dias ó cuatro, y que al cabo de ellos Napoleon le daria audiencia y se explicaria sobre el contenido de la nota.

En este intérvalo fué preparada y redactada la respuesta. De índole propia era á revelar las verdaderas disposiciones del gobierno francés, todavía mas que el tiempo voluntariamente perdido. Ante todo se objetó á Mr. de Bubna que no tenia ningun carácter para entregar una nota. A la verdad este agente, recibido por Napoleon oficiosamente, y enviado á su lado por serle mas agradable que otro cualquiera, y con especialidad por ser mas agudo que el príncipe de Schwarzemberg que lo era poco, jamás habia sido formalmente acreditado, ni á título de plenipotenciarios, ni de embajador, y por consiguiente carecia de calidad para presentar una nota; dificultad bien mezquina por cierto, dado que ya se habian cambiado con este personage las mas importantes comunicaciones. Sin embargo, redactóse una primera respuesta para Mr. de Bubna, en la cual se sostuvo la necesidad de que la nota presentada llevase la firma de Mr. de Metternich para darla cabida en los archivos del gabinete francés, porque no tenia Mr. de Bubna título alguno capaz de imprimir carácter de autenticidad á la tal nota. Despues de esta dificultad de forma, se suscitaron dificultades de esencia. Se refería la primera á la mediacion misma. Expresábase que sin duda Francia habia aparecido dispuesta á admitir la mediacion de Austria, y aun prometido aceptarla; pero

que una resolucion tan importante no podia suponerse, ni deducirse de una simple entrevista, y se necesitaba un acta final, donde se determinara el objeto, la forma, la extension y la duracion de la mediacion aquella. Ni esto era todo. ¿Cómo se conciliaria la mediacion con el tratado de alianza? ¿Seria el gabinete austriaco mediador, esto es, árbitro, y árbitro á pronunciarse con las armas en la mano en contra de una parte ó de otra, segun era costumbre que lo hiciese un mediador armado? ¿Qué venia á ser entonces el tratado de alianza de Austria con Francia? Sobre este punto habia necesidad de explicarse. Finalmente, cualquiera que la extension de la mediacion fuese, una cuestion habia de forma sobre la cual no consentia el honor que se guardara silencio. Apoderándose el mediador de su papel tan de repente y hasta en ademan tan ejecutivo, ya anunciaba un modo de tratar que no podia convenir á Francia. Con efecto, parecia que se afanaba por meterse entre todas las potencias beligerantes, por llevar solo la palabra de estas á aquellas, no colocando jamás á unas en presencia de otras, y tal era á la verdad el secreto deseo de Austria, para impedir el ajuste directo. Semejante modo de negociar no era admisible. Francia no reconocia en nadie el derecho de tratar por ella sus propios negocios Portarse de esta suerte equivalia á imponerla una paz concertada con otros, y Francia victoriosa tan largo tiempo hasta el punto de dictar condiciones á Europa, no se hallaba reducida á aceptarlas de cualquiera, y menos cuando volvia á mirarla con rostro propicio la victoria. Por llegar á la paz de que necesitaba todo el mundo, se avenia á renunciar á dictar condiciones,

si bien jamás consentiria en que le fueran dictadas, aun cuando para imponerla la ley se juntara toda la Europa.

Muchas notas se llenaron de tales quisquillas, y Napoleon llenó tambien á beneficio de ellas una larga entrevista con Mr. de Bubna. Le concedió esta entrevista el 14 de junio, y el 15 fueron firmadas y entregadas las notas. Mr. de Basano las acompañó con una carta personal para Mr. de Metternich, cuyo tono se resentia de esencialmente contrario al objeto á que se aspiraba, porque Napoleon queria que se ganara tiempo, y la altanería del lenguaje no se adecuaba a conseguirlo. En esta carta imputaba á Mr. de Metternich el tiempo desperdiciado, se quejaba torpemente de que habiéndose firmado el armisticio el 4 de junio, se hallaran el 15 tan atrasados, como si desde los últimos dias de mayo no se hubiese presentado en el cuartel general Mr. de Bubna, pidiendo una entrevista sin poder obtenerla, como si Austria no se hubiese manifestado impaciente de provocar y de dar explicaciones sobre todos los puntos. Finalmente, acerca del deseo expresado por Mr. de Metternich de ir á Dresde, sin eludirlo Mr. de Basano, contestaba de una manera apenas urbana que aun estaban las cuestiones demasiado poco maduras, para que una entrevista de Mr, de Metternich con el ministro de Negocios Estrangeros ó con Napoleon en persona, pudiese tener la utilidad que esperaba ahora y que era de esperar para mas adelante.

Con estas respuestas se hubo de contentar Mr. de Bubna, y las mismas fueron enviadas á Mr. de Metternich á Praga. Un dia se necesitaba para la ida y otro para la vuelta de esta capital de

Bohemia, y si Mr. de Metternich y su soberano empleaban tres ó cuatro dias en resolverse, ya lograba Napoleon llegar al 20 de junio sin que se le apremiara á entrar en nuevas explicaciones. Muy lícito seria á la diplomacia francesa invertir algunos dias en decidirse relativamente al convenio, por cuyo texto fuera la mediacion aceptada, y algunos otros mas para que se juntasen los plenipotenciarios, con lo cual se ganaria hasta el 1.° de julio sin abocarse con la diplomacia europea. Entonces bastaria mostrarse conciliador un instante del 1.° al 10 de julio por ejemplo, para pedir fundadamente que la expiracion del armisticio se trasladase del 20 de julio al 20 de agosto, y agregados los seis dias para la denuncia de las hostilidades, ya se estaria á 26 de agosto, muy cerca del 1.° de setiembre, que era el plazo que Napoleon deseaba. Tales eran sus cálculos y los arbitrios puestos en juego para su logro.

Al par que solo tiraba á perder tiempo en las negociaciones, no propendia por el contrario mas que á emplearlo bien para dar cima a sus vastas combinaciones militares. Cuando contaba con la alianza ó la neutralidad del Austria, el primer proyecto de Napoleon consistia en avanzar sobre el Oder y el Vístula para repeler hacia el Niemen á los rusos y hacerlos volver á entrar en su casa vencidos y separados de los prusianos. Estando hechos todos los preparativos actuales bajo el supuesto de la guerra con Austria, no podia mantener los mismos planes, porque, avanzando solo hasta el Oder, dejara á los ejércitos austriacos sobre sus flancos y sus espaldas. Para la futura línea defensiva no le quedaba por consiguiente mas eleccion

que la del Elba, ó el Rhin, ó el Main á lo sumo. Por razones de gran peso, y generalmente poco conocidas y mal avaloradas, prefirió el Elba. Ante todo conviene manifestar que trasladarse al Rhin ó al Main venia á ser casi la misma cosa, porque, describiendo el Main muchos rodeos por entre el país montuoso de la Franconia, y viniendo despues de un curso poco extenso á caer en el Rhin por Maguncia, sin duda podia servir para defender las avenidas de este rio, cuando se peleaba con ejércitos de setenta ú ochenta mil hombres, pero no ofrecia tal ventaja desde que se combatia con masas de quinientos ó seiscientos mil soldados, pues al cabo de quince dias se les desbordara por la derecha o por la izquierda. De consiguiente no se debia considerar el Main mas que como un anejo de la línea del Rhin, esto es, como el Rhin mismo, y solo á este rio y al Elba quedaba la eleccion reducida. Planteada la cuestion de este modo, se hallaba casi resuelta. Retirarse hácia el Rhin de seguida, equivalia á hacer á Europa un abandono de territorio cien veces mas humillante que los sacrificios que para otorgar la paz eran exigidos. Equivalia, no solo á abandonar las alianzas de Sajonia, de Baviera, de Wurtemberg, de Baden, etc., sino tambien las ciudades anseáticas, que se nos disputaban tan vivamente, y la Westfalia y la Holanda que no se ponian en tela de juicio, pues es de observar que, cuando se está sobre el Rhin, ni siquiera la Holanda se cubre. ¿Y cómo exigir en un tratado el protectorado de la Confederacion del Rhin, si se declaraba, al retroceder sobre este rio, la imposibilidad de defenderlo? ¿Cómo aspirar á las ciudades anseáticas, á la Westfalia y á la Holanda, si se reconocia la incapacidad de seguirlas ocupando? Para elegir por campo de batalla este terreno mas valiera aceptar de seguida las condiciones de paz del Austria, porque, renunciando á la Confederacion del Rhin y á las ciudades anseáticas, se conservaran cuando menos sin disputa la Westfalia y la Holanda, y se sustrajera definitivamente el trono de Napoleon á todos los azares, y lo que aun era de mas precio, la grandeza territorial de Francia. Aparte de estas razones, que políticamente eran decisivas, existia además otra que moral y patrióticamente las igualaba en peso, y consistia que retrogradando sobre el Rhin, se trasladaba á Francia el teatro de la guerra. De seguro, mientras el Rhin no fuera cruzado por el enemigo, se podia considerar que fuera de Francia se proseguia la contienda; pero la proximidad era tanta, que las provincias fronterizas experimentaran casi los mismos padecimientos. Además, alcanzando victorias sobre el alto Rhin, por ejemplo entre Estrasburgo y Maguncia, no estaba seguro Napoleon de que no se dejara forzar en su posicion uno ú otro de sus lugartenientes mas hácia arriba, y entonces se trasladaria la guerra á Francia, y no se hallaria en la situacion de un conquistador batiéndose por la dominacion del mundo, sino en la de un invadido limitado á batirse por la conservacion de sus propios hogares. Repetimos que mas valiera aceptar la paz acto contínuo, pues sobre no ser humillante, y sí hasta infinitamente gloriosa, no exigia de Napoleon un sacrificio comparable al que le impusiera la retirada voluntaria sobre el Rhin. De consiguiente los que le censuran por haber adoptado la línea del Elba, harian

mejor en dirigirle el cargo de negarse á aceptar la paz, ya que traia sacrificios de todas clases cien veces menores que la retirada inmediata sobre el rio citado. Una vez admitido el designio deplorable de continuar la guerra por las ciudades anseáticas y por la Confederacion del Rhin, no se podia evidentemente seguir mas que una conducta, la de ocupar y defender la línea del Elba.

Incapaz era el grande ejército de Napoleon de engañarse acerca de este punto, y cerniéndose como el águila sobre el mapa de Europa, vino a caer sobre Dresde, como sobre la roca desde donde iba á hacer cara á todos sus enemigos. Pronto demostrará la relacion de los sucesos que, si fué allí forzado, no consistió en el vicio de la posicion misma sino en la extraordinaria extension dada á sus combinaciones, en el agotamiento de su hueste, y en las pasiones patrióticas excitadas por toda Europa en contra suya. Seis años antes, con el ejército de Friedland, se mantuviera contra el mundo entero.

Aunque en su parte superior presentaba un obstáculo menos considerable que el Rhin la línea del Elba, tenia, sin embargo, la ventaja de ser menos larga, menos sembrada de accidentes del terreno, mas fácil de recorrer interiormente para llevar socorros de uno á otro punto, y llena desde las montañas de Bohemia hasta el mar de sólidos apoyos, tales como Koenigstein, Torgau, Dresde, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Algunos de estos apoyos requerian trabajos, y por esto Napoleon en sus cálculos militares, mas profundos que sus cálculos políticos, anhelaba de contínuo rolongar el armisticio para reparar la falta de haberlo firmado. Se trataba de saber, si apoyando la línea del Elba por su extrema derecha en las montañas de Bohemia, y si proporcionando Bohemia á Austria el medio de desembocar sobre la espalda de esta posicion, era posible defenderse contra un movimiento giratorio del enemigo. Esta pregunta se dirigian muchos espíritus ilustrados y se la dirigian en voz alta. Pero Napoleon, que á medida que su desventura empezaba á soltar ciertas lenguas tímidas, toleraba estas objeciones, hacia gestos de desden cuando se le decia que su posicion de Dresde podria ser rebasada por consecuencia de bajar sobre Freyberg ó Chemnitz los austriacos. Efectivamente, no se podia meter miedo con posicion semejante al general del ejército de Italia, que hallaba allí agrandada la que habia ocupado tanto tiempo en torno de Verona, y hallaba de nuevo en el Elba el Adige, en la Bohemia el Tirol, en Dresde a la misma Verona, y que fuertemente establecido por aquellos años en el desemboque de los Alpes, habia caido sobre los que se le presentaban por delante ó por detrás alternativamente, maltratando aun mas á los que le acometian por la espalda. Con razon contestaba que no pediria al cielo mas fortuna que la de que, mientras él se hallaba apostado sobre el Elba, intentase la principal masa enemiga desembocar detrás de este rio, pues correria sobre ella y la cogeria toda entre el Elba y la selva de Turingia. Muy luego el próximo desastre de los coaligados en Dresde patentizo la exactitud de sus previsiones, y si mas tarde, segun ha de verse, fué forzado sobre el Elba, no fué por la Bohemia, sino por el Elba inferior, que no supieron defender sus lugar-

tenientes, y despues de muchos contratiempos que le debilitaron de una manera pasmosa. Su pensamiento, siempre profundo y de alcance sin igual en tratándose de las altas combinaciones de la guerra, consistia en establecerse fuertemente sobre los diversos puntos del Elba, de modo de poderse alejar sin recelo algunos dias, ya se necesitase ir al encuentro de la masa que avanzara de frente, ya fuera preciso revolver de pronto sobre la que por Bohemia desembocara á la espalda, y en suma, tornar á empezar, con quinientos mil hombres en contra de setecimientos mil enemigos, lo que habia llevado á remate en su juventud con cincuenta mil franceses en contra de ochenta mil austriacos, y los resultados probarán que, con elementos menos gastados, esta segunda vez triunfara como la primera la incomparable superioridad de sus concepciones. ¡Pero no debia ser otorgada la gloria de renovar los prodigios de su juventud en mas vasta escala, como para castigarle de haber abusado sobremanera de los hombres y de las cosas, de los cuerpos y de las almas!

Para que tuviera todo su valor la línea del Elba, forzoso era dedicar á la fortificacion de los puntos principales el tiempo del armisticio, y darse prisa, ora se lograse ó no prorogarlo. El primer punto era el de Koenigstein, sitio donde el Elba sale de las montañas de Bohemia para entrar en Sajonia. Dos rocas, las de Koenigstein y Lilinstein, situadas como dos centinelas avanzadas, una á la izquierda y otra á la derecha del rio, lo estrechan á su entrada en las llanuras germánicas, y dominan su corriente estrechísima por este pasage. Sobre la roca de Koenigstein, que caia hácia nuestro

lado, esto es, á la izquierda del rio, se alzaba la fortaleza de este nombre, dominando el célebre campo de Pirna, ilustrado por las guerras de Federico el Grande. Nada habia que añadir á las obras de esta ciudadela, solo que, siendo la guarnicion sajona, hubo de atender Napoleon á renovarla poco á poco, y sin afectacion por tropas francesas. Ordenó que se acopiaran allí diez mil quintales de harina y se construyeran hornos, á fin de poder alimentar á diez mil hombres por espacio de nueve ó diez dias, y se va á ver con qué designio. Sobre la opuesta roca, situada á la orilla derecha, la de Lilienstein, casi estaba por crear todo. Napoleon dispuso que se ejecutasen trabajos rápidos, que permitiesen alojar allí en seguridad dos mil hombres, y encargólo al general Roquet, uno de los mas distinguidos de su Guardia. Despues hizo juntar el número de barcas necesarias para echar allí un puente sólido y espacioso, capaz de facilitar el paso á un ejército considerable, y que, protegido por los dos fuertes de Lilienstein y de Koenigstein, estuviese al abrigo de todo ataque. Con su prevision profunda calculaba Napoleon que, si realizando los pronósticos de algunos espíritus alarmados, desembocaba desde Bohemia un ejército enemigo por la espalda, para atacar á Dresde, mientras él se hallara sobre Bautzen por ejemplo, podria pasar por Koenigstein el Elba, y coger de revés á aquel ejército imprudente. Muy luego se reconocerá cuán penetrante vista de lo por venir suponia precaucion semejante.

Despues de Koenigstein y Lilienstein, situados junto al desemboque de las montañas, venia Dresde, centro de las próximas operaciones, Dresde,

que, segun queda expuesto, iba á ser lo que en las guerras de Italia habia sido Verona. Durante su última campaña de Austria, no queriendo exponer á Dresde á que fuera blanco de las operaciones del enemigo, y deseando ahorrar la prueba de un asedio á su plácido aliado el rey de Sajonia, aconsejó Napoleon á los ministros sajones que demolieran las fortificaciones de aquella plaza y las reemplazaran con las de Torgau. Por un descuido harto comun, se destruyeron aquellas sin construir estas, las cuales apenas se hallaban comenzadas. Sensible era sin duda, mas Napoleon enmendó la falta con trabajos, que, si bien improvisados, debian bastar á su objeto. Del recinto de Dresde quedaban los bastiones, y dispuso repararlos y armarlos. A las cortinas suplió con fosos llenos de agua y con fuertes empalizadas. Delante de Dresde, como en todas las ciudades ya antiguas, existian grandes arrabales, cuya defensa importaba tanto como la de la ciudad misma. Hízolos Napoleon envolver con empalizadas, y delante de todas las partes salientes de su circuito mandó construir reductos bien armados, flanqueándose unos á otros y ofreciendo una primera línea de obras, difíciles de ser forzadas. A la orilla derecha, esto es en el Neustadt, ciudad nueva, determinó la construccion de una serie de obras mas ceñidas, que muy pronto debian tener una vasta cabeza de puente casi completamente fortificada. Dos puentes de madera, echados uno mas arriba y otro más abajo del puente de piedra, servian con este para las comunicaciones de la ciudad y de las tropas. Dispuestas asi las cosas, treinta mil hombres debian sostenerse dentro de Dresde durante quince dias contra doscientos mil acometedores, si se encargaba á un caudillo de gran carácter el mando. A estos medios de defensa añadió Napoleon inmensos almacenes, cuyo método de acopio daremos á conocer antes de mucho, asi como extensos hospitales suficientes para el ejército mas numeroso. Ya habia diez y seis mil enfermos ó heridos en Dresde, y atendióse á que evacuaran este punto, para tener dispuestas las diez y seis mil camas que habian de quedar vacantes y además las que se agregaran de nuevo. Con los lienzos de la Silesia habia para proporcionarse el principal material de estos hospitales.

Despues de Dresde pensó Napoleon en Torgau y en Wittemberg. Profesaba la máxima de que con madera se puede todo, y que obras de tierra, provistas de fuertes empalizadas, son capaces de la mas tenaz resistencia. Asi suplió á lo que faltaba en las fortificaciones de Torgau y de Wittemberg, y dió las órdenes precisas para que se diese remate á estos trabajos en el término de seis ó siete semanas. Millares de aldeanos sajones trabajaban dia y noche en Koenigstein, en Dresde, en Torgau, en Wittemberg. Sobre estos dos últimos puntos, á la manera que sobre los otros, acompañaba el establecimiento de almacenes y hospitales á la construccion de obras defensivas. Nada ó casi nada habia que hacer relativamente á murallas en Magdeburgo, una de las plazas mas fuertes de Europa; con terminar su armamento y componer su guarnicion habia bastante. Napoleon resolvió destinar un cuerpo de ejército á estos fines, sin inmovilizarlo del todo, antes bien atendiendo á que, al par de guarnecer la plaza, maniobrase en torno de ella, y sirviese de punto de enlace á nuestras dos prin-

cipales masas de operaciones, la del alto y la del bajo Elba. Con esta mira ideó transferir casi todos sus heridos y el depósito de caballería del general Bourcier á Magdeburgo. Ante todo importaba que nuestros heridos y el depósito de nuestras remontas en Alemania estuviesen al abrigo de todo ataque, y en un sitio que no estorbara el movimiento de nuestras fuerzas activas. Bajo estos diferentes aspectos presentaba Magdeburgo todas las ventajas necesarias, porque, á sus baluartes casi invencibles juntaba esta plaza numerosos edificios para hospitales, y espacios libres para construir caballerizas de madera. Ademas por su situacion se encontraba casi equidistante de Hamburgo y de Dresde, y asi constituia un precioso depósito entre los dos puntos extremos de nuestro línea de batalla. Tras de nombrar por gobernador al general Lemarois, su ayudante de campo y oficial inteligente y vigoroso, le dió por instrucciones sumarias, *que convirtiera á toda Magdedurgo en caballerizas y hospitales*. Calculaba que, haciendo bajar por agua á Magdeburgo á todos los heridos y enfermos que le molestaban en Dresde, y trasladando allí el depósito de caballería del general Bourcier actualmente en Hannover, siempre tendria de quince á diez y ocho mil heridos ó convalecientes y de seis á siete mil ginetes desmontados, tres ó cuatro mil convalecientes curados, y tres ó cuatro mil ginetes en estado de servir á pié, y capaces por tanto de suministrar á la defensa un fondo de guarnicion de siete á ocho mil hombres constantemente seguro. De suerte que, un cuerpo movible de unos veinte mil hombres, establecido en Magdeburgo, para enlazar allí nuestros ejércitos del alto y del bajo Elba, dejando cinco ó seis mil hombres dentro, podria llevar quince mil fuera, y hasta girar en torno á grande distancia, sin que la plaza quedase comprometida. Se ve con cuán sutil y profundo arte sabia combinar sus recursos y los hacia concurrir al cumplimiento de sus designios.

Sin defensa quedaba desde Magdeburgo á Hamburgo el Elba, pues no habia un solo punto fortificado de una á otra de estas ciudades; asunto que ocupaba á Napoleon desde el dia de la firma del armisticio. Despues de concebir diversos planes envió al general Haxo para comprobar sobre el terreno cuál de ellos seria preferible. Al cabo de un exámen pausado, se atuvo á la idea de construir en Werben, mas cerca de Magdeburgo que de Hamburgo, y en la cima del recodo que forma el Elba al torcer del Norte al Oeste y en su punto mas cercano á la capital de Prusia, una especie de ciudadela hecha con tierra y empalizadas, provista de almacenes y de barracas, y en la cual se pudieran mantener bastante largo tiempo tres mil hombres. Finalmente Hamburgo fué objeto de su último y mas importante cuidado.

Se necesitaba que esta gran plaza de comercio, que constituia uno de los principales motivos por los cuales se negaba á una paz urgente, fuese defendida, no solo en palabras contra los negociadores, sino en obras contra los ejércitos coaligados. Por desgracia faltaba tiempo, y allí como en otras partes no se podian ejecutar sino los trabajos mas precisos. Diez años y cuarenta millones se hubieran necesitado para hacer de Hamburgo una plaza que, á semejanza de Danzick, de Magdeburgo y de Metz, pudiera resistir á un largo asedio. Haciendo

Napoleon reedificar y armar los bastiones del antiguo recinto, ahondar é inundar sus fosos, reemplazar sus muros por empalizadas, y enlazar entre sí las diferentes islas que rodean á Hamburgo, preparó allí un vasto establecimiento militar, mitad plaza fuerte, mitad campo atrincherado, donde un hombre firme, como lo probó el ilustre mariscal Davout muy en breve, pudiera oponer una larga resistencia. Debajo de Hamburgo y en el mismo desemboque del Elba quedaba el fuerte de Gluckstadt, cuya custodia fué confiada á los daneses, reducidos entonces por causa de inícuos tratamientos á vencer ó á sucumbir con nosotros.

Así desde las montañas de Bohemia hasta el Océano del Norte, se debia hallar la línea del Elba sembrada de una serie de puntos fortificados, de valor proporcional al papel de cada uno de ellos, y provista de puentes que nos pertenecian de un modo exclusivo, de suerte que se pudiese ir mas allá ó volver mas acá segun conviniera, maniobrar en suma en todas direcciones y ofensiva y defensivamente. Aquí iba á recibir su aplicacion mas sábia la máxima de Napoleon reducida á que no se debia sostener el curso de un rio sino de una manera ofensiva, esto es, asegurándose de todos los pasos y proporcionándose el medio de atravesarlo á todas horas.

Fuerza era proveer al coste de estos trabajos, debiéndose pagar al contado, si se habian de ejecutar pronto. Fuerza era juntar á los establecimientos militares, que acaban de ser enumerados, inmensos acopios á fin de que las masas de hombres, que se iban á mover sobre esta línea, se hallaran provistas de cuanto les fuese necesario. En

esto el espíritu ingenioso de Napoleon correspondió á su voluntad implacable de hacer sufrir á los pueblos las pesadas cargas de la guerra.

Se ha visto que previno al mariscal Davout que tomara cruel venganza de la rebelion de los habitantes de Hamburgo, de Lubeck y de Brema; que inmediatamente hiciera fusilar á los antiguos senadores, á los oficiales ó á los soldados de la legion anseática, á los funcionarios de la insurreccion que no hubieran tenido tiempo de evadirse; y que despues formara una lista de los quinientos principales negociantes, á fin de tomar sus bienes y *de mudar la propiedad*, segun su frase. Al expedir estas órdenes contó con el rigor inexorable del mariscal Davout, y tambien, para honor de ambos, con su probidad y su buen seso. Este llegó algunos dias despues que el general Vandamme, no halló ningun delincuente á quien pasar por las armas, y aun se compuso de manera propia á no hallarlo. La frontera de Dinamarca, situada á las mismas puertas de Hamburgo, ayudóle á salvar á todos los comprometidos. Anteriormente se habian efectuado algunas ejecuciones sensibles, pero fué en la época del primer movimiento insurreccional de febrero y en castigo de los indignos tratamientos usados contra los funcionarios franceses.

A dicha tuvo el mariscal Davout no fusilar á nadie. Faltaba formar las listas de proscripcion, que no traerian consigo la pérdida de la vida, sino de la hacienda, y esta providencia no le parecia mas cuerda que la otra. Los hamburgueses culpables, ó presuntos tales, ocupaban en masa la pequeña ciudad de Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, solicitando volver á sus casas, á cargo

portaran estos setenta mil quintales á Dresde, y se reemplazaran inmediatamente con una cantidad igual sacada de Hamburgo. Merced á combinacion tan acertada, solo tenian que andar la mitad del camino estas inmensas masas de especies. Se habia echado de ver que el calor y el cansancio daban disenteria á nuestros reclutas, y que poniéndolos á racion de arroz se curaban muy pronto: asi recogióse cuanto arroz habia en Hamburgo, Lubeck y Brema, y tambien se tomaron bebidas espirituosas, ganado, caballos, carnes saladas, cueros, paños y lienzos. Estas materias fueron embarcadas por el Elba á tenor del método que acaba de ser indicado, de tomar en Magdeburgo lo que alli se encontraba y de reemplazarlo con lo que se remitia de Hamburgo. Requeridos y pagados con bonos sobre esta plaza todos los bateleros del rio, fueron puestos en movimiento desde principios de junio, en el mismo instante en que bajo pretexto de fatiga se negaba Napoleon á recibir á Mr. de Bubna. De esta suerte el Elba en manos de Napoleon era á la vez una poderosa línea de defensa y un manantial inagotable de provisiones.

Pero no limitó sus precauciones á esta línea sola. Mas allá de Dresde, en Liegnitz, y mas acá en Erfurt, queria tener almacenes bien abastecidos. Aprovechando la riqueza de la baja Silesia, sobre la cual estaba acampado el ejército que habia combatido en Bautzen, y no teniendo por qué contemplar á esta provincia, ordenó que se emplearan los dos meses de suspension de armas en juntar una reserva de víveres para veinte dias y para cada cuerpo, amasando cotidianamente mucho mas pan que el necesario. Detras de Dresde,

en Erfurt, en Weimar, en Leipsick, en Nuremberg, en Wurzburgo, paises sajones ó de Franconia, se hallaba entre aliados y no usó de la abundancia del territorio, sino pagando lo que tomaba. Por disposicion suya se hicieron alli á costa de dinero muy grandes acopios. Sin embargo de estos miramientos fué exceptuada la ciudad de Leipsick, que se habia mostrado hostil á las claras. Echó mano de los tejidos de lienzo y de lana, de los granos, de las bebidas espirituosas, de que los almacenes de esta ciudad se hallaban abundantemente provistos, y además hizo ocupar los establecimientos públicos para crear alli hospitales. A esto añadió la amenaza de prender fuego á la ciudad al primer movimiento insurreccional que estallara. Igualmente fueron llenas de hospitales las ciudades de Erfurt, de Naumburgo, de Weimar, de Wurzburgo. Erfurt, cuya posesion se habia reservado desde 1809, Wurzburgo, capital del gran ducado de este nombre, plazas una y otra capaces de alguna resistencia, fueron armadas á fin de tener una serie de puntos fortificados en el camino de Maguncia, por si sucesos imprevistos entonces hacian necesaria una retirada, pues, segun hemos hecho notar varias veces, Napoleon, que en sus cálculos políticos no admitia la posibilidad de reveses, siempre la admitia en sus cálculos militares. Finalmente, no pudiendo sacar mas que de Francia las armas, las municiones de guerra, y ciertos objetos de equipo, al par que víveres los encontraba en todas partes, celebró contratas pagadas al contado con compañías alemanas para trasportar de Maguncia á Dresde, por los tres caminos de Cassel, de Heisenach y de Hof los objetos de armamento y de

equipo, que no se podia proporcionar en Sajonia.

Tales fueron las providencias imaginadas por Napoleon para que, á la vuelta de las operaciones, su línea de batalla estuviera fuertemente defendida al par que abundantemente aprovisionada. Un postrer cuidado faltaba y consistia en proporcionar el número de soldados á la extension que iba á adquirir la guerra, y Napoleon no lo habia desatendido, porque en su vasto espíritu las medidas todas andaban parejas, sin esperar á que la una engendrase la idea de la otra. Simultáneamente eran concebidas todas con armonía perfecta y sin pérdida de una hora.

Ya se ha visto que, acariciando el pensamiento de que tal vez el Austria accediera á sus planes, tomó no obstante sus providencias bajo la hipótesis contraria, y preparó en Westfalia, junto al Rhin y en Italia, tres ejércitos de reserva capaces de entrar en línea antes de mucho. Destinados estaban los dos meses de armisticio, que pretendia extender á tres, para dar remate á principios de agosto á esta obra comenzada en marzo.

Como se ha dicho, en Westfalia los regimientos reorganizados del grande ejército de Rusia debian componer dos grandes cuerpos á las órdenes de los mariscales Victor y Davout, aquel de diez y seis regimientos y este de doce. A Italia se habian vuelto á enviar los otros regimientos del grande ejército como procedentes del mismo punto. No pudiendo ser reorganizados á la vez los batallones de cada regimiento, se rehicieron ante todo los segundos batallones, despues los cuartos, por último los primeros, á medida que regresaban los cuadros, y sucesivamente se habian compuesto las

divisiones de los segundos, los cuartos y los primeros, de modo que cada regimiento se hallaba distribuido en tres divisiones. Estrechado Napoleon á poner término á tan vicioso estado de cosas, quiso reunir los tres batallones ya listos, y formar las divisiones por regimientos y no por batallones. Solo faltaban los terceros, que á su vez iban á estar disponibles en breve, y entonces todos los regimientos debian constar de cuatro batallones. Cuatro hermosas divisiones formó el mariscal Davout con los suyos, y tres el mariscal Victor. Mientras se completaban tales organizaciones, Napoleon fijó el puesto y el destino de estos dos cuerpos de tropas. El del mariscal Victor dejado atrás hasta ahora, fué encaminado hácia la línea fronteriza del armisticio y acantonado á lo largo del Oder en las cercanías de Crossen, para acabar allí de instruirse y para provisionarse á tenor de las prescripciones hechas á todos los cuerpos.

Pensando Napoleon que para guardar los departamentos anseáticos y el bajo Elba, tendria demasiado con cuatro divisiones el mariscal Davout reforzado por los daneses, pues segun todas las probabilidades sobre el Elba superior debian cargar los grandes golpes, ideó partir el cuerpo de este mariscal dejándole dos divisiones y confiando otras dos al general Vandamme y colocándolas en Wittemberg, desde donde podria atraerlas á sí en caso necesario, ó volverlas al bajo Elba, si al mariscal Davout le hacian falta.

Los demás cuerpos destinados á reforzar la masa de las tropas activas se organizaban en Maguncia. Allí, segun se debe hacer memoria, se dirigian los cuadros sacados de Francia ó de España, que

se llenaban á las márgenes del Rhin con reclutas rápidamente instruidos, y que se reunian tan luego como se lograban dos batallones del mismo regimiento, á fin de evitar hasta donde fuera posible la organizacion viciosa de regimientos provisionales. En Maguncia habia cuatro divisiones, cuya organizacion se hallaba casi terminada y cuyo estado dentro de dos meses seria tan bueno como se podia esperar en la situacion de las cosas. Napoleon las destinaba al mariscal Saint-Cir, herido junto al Dwina en 1812, si bien ya repuesto de sus fatigas y de su herida. Por consiguiente Napoleon iba á aumentar sus fuerzas de Sajonia, contra la aparicion eventual del Austria sobre el teatro de la guerra, con tres cuerpos de tropas, el del mariscal Victor, el del general Vandamme y del mariscal Saint-Cir, que ascendian á unos ochenta mil hombres de infantería, sin contar las armas especiales. Este poderoso refuerzo era independiente del aumento que debian recibir los cuerpos, con los cuales habia abierto la campaña. Además de las cuatro divisiones ya aprestadas en Maguncia, Napoleon habia juntado los elementos de otras dos, que se iban á formar á las órdenes del mariscal Augereau y debian militar unidas á otras dos de Baviera. Esta córte, atraida un momento á semejanza de Sajonia, á la política mediadora del Austria, se habia echado atrás de repente desde que en las márgenes del Inn se le exigieron sacrificios sin compensacion alguna. Apresuróse á renovar sus armamentos, y por su parte podia contar con dos buenas divisiones, á condicion no obstante de que la victoria viniera á contener el espíritu de su pueblo y á alentar la fidelidad de su monarca. Estas

cuatro divisiones, dos francesas y dos bávaras, debian amenazar al Austria hácia el alto Palatinado.

Finalmente, Napoleon vigiló segun su costumbre la ejecucion de las órdenes expedidas al príncipe Eugenio, para que con los cuadros vueltos de Rusia, y los que llegaban cotidianamente de España, se rehiciese en Italia un ejército de sesenta mil hombres, al cual pretendia añadir veinte mil napolitanos. Murat, siempre fluctuante entre los sentimientos mas contrarios, herido por la manera con que Napoleon le trataba, si bien queriendo ante todo salvar su corona, no sabiendo con quien la salvaria mas de seguro, si con Austria ó con Francia, aun hacia esperar el envio de su contingente. Apenas llegado Napoleon á Dresde le intimó que se declarara, y previno á Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia en Nápoles, que se retirara, si al punto no se daban órdenes de marcha al cuerpo napolitano. En los depósitos quedaba con qué suministrar seis ó siete mil hombres de caballería ligera al futuro ejército de Italia, los cuales bastaban en aquella comarca, donde, hallando poca ocasion de cargar en línea la caballería, solo servia principalmente para las exploraciones. Elementos encerraban además los depósitos y arsenales de Italia para una buena artillería. Así Napoleon se lisongeaba de tener en Italia el 1.º de agosto un ejército de ochenta mil hombres, provisto de doscientas bocas de fuego, amenazando al Austria por la Iliria, y teniendo por blanco á la misma Viena. Calculaba que, aun armando trescientos mil hombres el Austria, lo cual era mucho en el estado de su hacienda y con el tiempo de que disponia, no podria presentar mas de doscientos mil soldados de-

lante del fuego, de los cuales necesitaria segregar cincuenta mil para hacer frente al príncipe Eugenio en Italia, treinta mil para hacer frente al mariscal Augereau en Baviera, con lo que no le quedarian mas que ciento veinte mil hombres para agregarlos á la masa de las tropas coaligadas junto al Elba.

Los tres cuerpos de Victor, de Vandamme, de Saint-Cir, sin contar el de Augereau no destinado á maniobrar sobre el Elba, ya le parecian un recurso casi suficiente contra la aparicion del Austria en el terreno de esta lucha formidable. Pero el cuerpo de Poniatowski, llevado á Zittau por la Galitzia y la Bohemia despues de muchas vicisitudes, á la línea donde acampaban nuestros cuerpos de Silesia, era un nuevo recurso de verdadera importancia, aunque no tanto por la cantidad como por la calidad de los soldados. No los habia mas bizarros, mas aguerridos, ni mas adictos á la Francia. De su patria no les quedaba sino la memoria y el deseo de vengarla. Napoleon resolvió darles una, haciéndolos franceses y tomándolos al servicio de Francia. Interin se efectuaba su anexion al ejército francés, los puso bajo la administracion directa de Mr. de Basano, y prescribióle que les satisficiera sus pagas atrasadas, que les proveyera de vestuarios, de armas y de cuanto les fuese necesario, y en suma que les hiciera pasar los dos meses del armisticio en una verdadera abundancia. Recogiendo algunos restos desparramados de tropas polacas, aunque sin tocar á la division de Dombrowski, ni á los varios destacamentos de su nacion distribuidos en las plazas, podian juntar cerca de doce mil hombres de infantería y de tres mil de caballería;

nueva fuerza que se debia agregar á las que habian peleado en Lutzen y en Bautzen.

Finalmente, entre los recursos creados para la campaña de otoño y para la eventualidad de la guerra con Austria, habia que contar el desarrollo dado á la Guardia imperial. A la entrada en campaña solo constaba de dos divisiones, una de la Vieja y otra de la Jóven Guardia. En el momento del armisticio se habia incorporado la tercera, acababa de llegar la cuarta y estaba en marcha la quinta, todas las cuales, unidas á los doce mil hombres de caballería y á las descientas bocas de fuego, debian de componer un cuerpo de cincuenta mil hombres, treinta mil de ellos de la jóven infantería, á la que no entendia Napoleon guardar las contemplaciones que á la Jóven Guardia, y antes bien ideaba emplearla en todas las grandes batallas, que desgraciadamente iban á ser numerosas y sangrientas.

Aun faltaba la caballería de que se habia carecido al principio de la campaña, y fué uno de los motivos para firmar Napoleon el armisticio. Una caballería insuficiente equivale poco mas ó menos á una caballería nula, pues no osa empeñarse por miedo de ser abrumada, y permanece oculta detrás de la infantería, á la cual no sirve ni de esploradora. Esto es lo que en Lutzen y Bautzen se habia observado. Los dos cuerpos de Latour-Maubourg y de Sebastiani no ascendian el 1.° de junio á mas de ocho mil ginetes. Cuatro mil se podian sacar del depósito del general Bourcier y cerca de veinte y ocho mil de Francia, unos llevados por el duque de Placencia, otros en marcha á las órdenes del duque de Padua, y que debian elevar á cuarenta mil

hombres las fuerzas del ejército de Alemania en tropas de á caballo, sin contar la caballería de la Guardia imperial, ni la de los aliados sajones, bávaros y wurttembergueses. Solo acontecia que de los veinte y ocho mil ginetes procedentes de Francia, algunos centenares venian á pie y necesitaban que se les proveyera de caballos. Las turbulencias sobrevenidas á la orilla izquierda del Elba, de resultas de la insurreccion de las ciudades anseáticas, habian dañado extraordinariamente á las remontas. Napoleon dispuso que fueran proseguidas, y con este objeto hizo que se insertara un artículo en el tratado de alianza por el cual Dinamarca unióse definitivamente a Francia. En este tratado prometia Francia mantener siempre veinte mil hombres de tropas activas en Hamburgo, á fin de cooperar á la defensa de las provincias danesas, y en cambio se obligaba Dinamarca á suministrar á Francia diez mil hombres de infantería, dos mil de caballería, unos y otros á sueldo del tesoro francés, y á proporcionar diez mil caballos bajo la condicion de que se pagarian al contado. Aparte de las compras vueltas a empezar en Hannover, este era un nuevo recurso para montar los ginetes que venian á pie de Francia. Por tanto se tenia casi la certidumbre de reunir al cabo de dos ó tres meses cerca de cuarenta mil ginetes de todas armas, no incluyendo diez ó doce mil de la Guardia, ni ocho ó diez mil de los aliados, que debian componer en totalidad alrededor de sesenta mil hombres de á caballo. A cada cuerpo de ejército agregó Napoleon unos dos mil hombres de caballería ligera ó de línea para las exploraciones. Segun su costumbre formó los sobrantes en diversos cuerpos de reserva para pe-

lear en línea. Ya mandaban dos los generales Latour-Moubourg y Sebastiani, que habian hecho la campaña de primavera. El duque de Padua mandaba el tercero, que acababa de llegar y se ocupaba en castigar á los cosacos. A la cabeza del cuarto fué puesto el conde de Valmy, hijo del viejo duque de este nombre. Napoleon quiso crear el quinto con los regimientos sacados nuevamente de España. Desde que dió órden para evacuar á Madrid y concentrar en el Norte de la Península todas las fuerzas francesas, era mucho menos necesaria la caballería, cuyo principal encargo habia consistido en enlazar á los diversos cuerpos de ocupacion unos con otros. Aun habia en la Península treinta y seis regimientos de caballería, veinte de dragones, cinco de húsares y once de cazadores. Napoleon creyó que con veinte habria bastantes, sobre todo no tomando mas que los cuadros y dejando la mayor parte de los hombres en España; y asi ordenó la partida de diez regimientos de dragones, dos de húsares y cuatro de cazadores. Dos destinó á Italia, catorce á Alemania, y recomendó que estos cuadros se trasladaran de seguida á Maguncia, donde se iban á llenar con los individuos sacados de las últimas conscriciones é instruidos ya regularmente. Para montarlos debian servir los caballos procedentes de las requisiciones hechas en Francia y pagados al contado. Aun se prometia Napoleon sacar de aqui unos catorce ó quince mil ginetes, encerrados todos en excelentes cuadros. Ultimo suplemento era este que para el otoño debia elevar por lo menos á setenta y cinco mil hombres el total de su caballería. A estos aprestos para la infantería y la caballería añadió Napoleon los concer-

nientes á la artillería y adoptó sus disposiciones para que esta arma pudiese poner en movimiento mil bocas de fuego de campaña.

Establecido de este modo sobre la línea del Elba, hecha formidable con los apoyos que se habia proporcionado, se lisonjeaba Napoleon de tener cuatrocientos mil combatientes, no incluidas las guarniciones y además veinte mil en Baviera, y ochenta mil en Italia, lo cual elevaria la totalidad de sus recursos á quinientos mil hombres de tropas activas, y á setecientos mil incluyendo los no presentes sobre las armas. Para llegar á estas cifras enormes, suficientes en su mano poderosa para batir á la coalicion aun reforzada por el Austria, habia consentido en un armisticio, que daba á los coaligados tiempo de escaparse de sus persecuciones, y tambien por desgracia de aumentar considerablemente sus fuerzas. Se reducia pues la cuestion á averiguar si en materia de creacion de recursos seria tan provechoso á los coaligados como á Napoleon el tiempo de la suspension de armas. Verdad es que los coaligados no tenian su genio, y en esto cifraba sus esperanzas, pero si la pasion, única cosa que puede suplir al genio, sobre todo cuando es ardiente y sincera. No haciendo Napoleon caso alguno de esta circunstancia, supuso que el tiempo le serviria mejor que á sus enemigos, y con tal esperanza dedicaba tanto arte á emplearlo perfectamente en punto á preparativos militares, y á perderlo en materia de negociaciones.

Su respuesta á Mr. de Metternich el 15 de junio fué interpretada como debia serlo, y el hábil ministro austriaco penetró muy bien que, cuando de cuarenta dias con que se contaba para negociar

la paz general, se perdian desde luego cinco para responder á la nota constitutiva de la mediacion, fuera de los que se iban á perder aun para zanjar las dificultades de forma, habia que deducir que no se tenia gran prisa de llegar á una solucion pacífica. A la verdad podia acontecer que Napoleon no quisiera revelar su verdadero pensamiento hasta la última hora; tambien podia acontecer que entre las dificultades suscitadas hubiese alguna que le doliera formalmente, y por estas consideraciones Mr. de Metternich no desesperaba de la paz del todo, ya bajo las condiciones propuestas por Austria, ya bajo otras que se aproximasen á estas. En uno ú otro caso juzgó que convenia esperar á Napoleon á su turno, empleando no obstante un medio de estimularle. Vivamente insistian los soberanos de Rusia y Prusia en ver al emperador Francisco, con la esperanza de atraerle definitivamente á lo que denominaban la causa europea. Pero, creyendo el emperador Francisco muy propio de su calidad de padre y de mediador observar extremada reserva respecto de los dos soberanos, ya implacables enemigos de Francia, no queria avistarse con ellos, mientras no estuviese obligado á declararnos la guerra. Para Mr. de Metternich no existian las mismas razones de reserva, y este ministro dirigióse á Oppontschna, á fin de conferenciar con los dos monarcas coaligados. Su intencion era aprovechar esta coyuntura para atraerlos á sus ideas, cosa mas fácil sin duda que lograr de Napoleon lo propio, si bien ardua y exigiendo muchos cuidados y afanes, pues querian la guerra de seguida, á toda costa, hasta el derrocamiento de Napoleon, que á lo menos al presente no era el punto

de vista del Austria. Asi Mr. de Metternich partió ostensiblemente, seguro de que al saber Napoleon que se hallaba en conferencias con los dos soberanos, experimentaria vivos celos, y en vez de rehusar que fuese á Dresde, le convidaria á ir con instancia. Esta mira, confirmada pronto por el suceso, pareció tan delicada como justa al emperador Francisco, quien por este motivo aprobó el viage de Mr. de Metternich á Oppontschna.

Mientras este ministro se encaminaba á dicho punto, Rusia y Prusia, se ligaron por un tratado de subsidios con Inglaterra. A tenor de este tratado, celebrado el 15 de junio y revestido con las firmas de lord Cathcart, de Mr. de Nesselrode y de Mr. de Hardenberg, se comprometia Inglaterra á suministrar desde luego dos millones de libras esterlinas á Rusia y Prusia, y á tomar á su cargo la mitad de una emision de papel moneda, llamado *papel federativo* y destinado á circular en todos los Estados aliados. A cinco millones de libras esterlinas debia ascender la suma emitida. De consiguiente cuatro millones y medio de libras esterlinas, esto es ciento doce millones y quinientos mil francos, eran los que Inglaterra suministraba á las dos potencias, á condicion de que de tropas activas mantendrian en pie ciento sesenta mil hombres la Rusia y ochenta mil la Prusia, de que harian al enemigo comun de Europa una guerra á muerte, y de que no tratarian sin Inglaterra ó al menos sin ponerse de acuerdo con ella. Habiendo informado los soberanos de Rusia y de Prusia á lord Cathcart de que se les instaba á aceptar la mediacion de Austria, y de que estaban propicios á ello, salvo las condiciones de paz que de acuerdo

con el gabinete británico fueran determinadas, lord Cathcart no vió aqui infraccion del tratado de subsidios, y hasta reconoció que convenia prestarse á todos los deseos del Austria, dado que probablemente no serian aceptadas por Napoleon las condiciones que esta potencia considerara indispensables, y asi por la via esencialmente pacífica de la mediacion se la arrastraria á la guerra.

Llegado Mr. de Metternich á Oppontschna fué colmado de halagos y de solicitaciones por los soberanos y sus ministros. Para decidirle unos y otros blasonaban de sus fuerzas inmensas, y hasta irresistibles si el Austria se agregaba á ellos, y en este caso daban á Napoleon por perdido y á la Europa por salvada. Tambien decian que con Napoleon era la paz imposible, que evidentemente no la queria, y además seria poco segura, pues si se dejaba pasar la ocasion de abrumarle ahora que estaba debilitado, volveria á tomar las armas tan luego como recuperara sus fuerzas, y se haria eterna la lucha. Estos puntos de vista no eran ni podian ser los del Austria. Esta potencia no se hallaba embriagada á semejanza de Rusia con el papel de libertadora de Europa, ni reducida á vencer ó á morir como Prusia, ni al abrigo de las resultas de una guerra desventurada como Inglaterra: además tenia vínculos con Napoleon que ni el decoro, ni el afecto del emperador Francisco á su hija, permitian romper á no mediar los motivos mas graves. Por otra parte soñaba con la posibilidad de restablecer la independencia de Europa sin una guerra, que juzgaba llena de peligros hasta contra Napoleon debilitado. Por consiguiente su dictámen estribaba en que, si se podia celebrar una paz venta-

josa y que ofreciera seguridades, convenia aprovechar la coyuntura, y no comprometerlo todo por querer tornarlo á ganar de un solo golpe. Si, por ejemplo, renunciaba Napoleon á su quimera polaca, pues asi se calificaba el gran ducado de Versovia, si consentia en reconstituir la Prusia, en devolver á Alemania su independencia por la abolicion de la Confederacion del Rhin, en restituirle su comercio por el abandono de las ciudades anseáticas, valia mas aceptar esta paz que exponerse á los peligros de una guerra tremenda, que al par de eventualidades felices las presentaba tambien horrorosas. Si no se inclinaba á este modo de pensar la Inglaterra, convenia atraerla aunque fuese de mal grado, dándola á entender que se quedaria sola. Por otra parte para ella estaba conseguido el punto mas importante, pues era facil de ver que Napoleon iba á renunciar á la España, puesto que admitia á los representantes de la insurreccion de Cádiz en el congreso, á lo cual no habia jamás asentido. Se necesitaba pues imponer la paz á Inglaterra como á Napoleon, porque era urgente para todo el mundo, y se tenia el medio de lograrlo, amenazando á Inglaterra con tratar sin ella, y á Napoleon con abrumarle bajo las fuerzas reunidas de Europa. Tales eran las ideas del Austria, que estaban lejos de profesar los soberanos de Rusia y Prusia, dominados por las pasiones del momento. Una paz hubieran querido para Francia mucho mas rigorosa, no pareciéndoles por ejemplo que se debian conceder á Napoleon ni la Westfalia, ni la Holanda. Tambien hablaban de quitarle al menos una parte de Italia, para restituirla al Austria, que no tenia necesidad de que la dispertasen este género de apetito, bien que hiciese enmudecer á su ambicion la prudencia. Aun encontrando Mr. de Metternich muy legítimos estos deseos, declaró que Austria, con la esperanza de una solucion pacífica, se limitaria á pedir el abandono del gran ducado de Varsovia, la reconstitucion de la Prusia, la abolicion de la Confederacion del Rhin, la restitucion de las ciudades anseáticas, y no haria la guerra sino en el caso de que estas condiciones fuesen desechadas por Francia. Se le respondió que lo serian inevitablemente, á lo que el ministro austriaco replicó de la manera mas sencilla que, si eran desechadas, entonces su soberano podria venir á ser honrosamente miembro de la alianza, y que estaba resueltísimo á serlo.

Bastaba que Austria asentase de una manera formal estas condiciones para que no quedara otro arbitrio que admitirlas, pues sin su concurso la guerra no ofrecia ninguna eventualidad favorable. Dictando la ley á Rusia y á Prusia, tambien la dictaba a Inglaterra, que pronto se veria obligada á entrar en tratos, si seguia el continente por este rumbo. De consiguiente habia que sujetarse á las voluntades de Austria, y se sujetaban sin repugnarlo, á causa del convencimiento que se abrigaba de que Napoleon desecharia las condiciones imaginadas por ella, y de que cediendo se la tendria mas sujeta de lo que pensaba tener á las otras naciones. El resultado de estas conferencias fué que se aceptaria la mediacion austriaca; que se abocarian con Napoleon por conducto de la córte de Viena; que esta propondria las condiciones citadas; que no declararia la guerra sino en caso de negativa; que permaneceria neutral hasta entonces; y para sim-

plificar la cuestion se aplazaria la paz con Inglaterra, enterándola de la situacion de las cosas; sin embargo, se creia que la paz continental traeria consigo la paz marítima próxima é inevitablemente.

Adoptadas estas bases, Mr. de Metternich regresó á Gitschin, al lado de su soberano, y al llegar, encontró su prevision perfectamente justificada. Con efecto, zozobroso Napoleon de lo que pasaba en Bohemia, sabiendo que eran contínuas las idas y venidas entre Gitschin, residencia de su suegro, y Reichenbach, cuartel general de los coaligados, conociendo tambien que Mr. de Metternich habia debido ver á los soberanos de Rusia y de Prusia en Oppontschna, no juzgó conveniente dedicar su aplicacion á perder el tiempo, hasta el punto de ser ageno á todo lo que se tramaba entre las potencias, y quizá hasta dejar que se anudase á su lado una coalicion tremenda, cuya formacion podia precaver interviniendo oportunamente. Viendo á Mr. de Metternich, con quien tenia mucha costumbre de hablar mano á mano, se lisonjeaba de penetrar los designios de la coalicion cuando menos, lo cual no era para él de escasa importancia, y sobre todo de proporcionarse una próroga del armisticio, único resultado á que aspiraba con empeño, pues de ningun modo queria la paz bajo las condiciones propuestas. De consiguiente, por conducto de Mr. de Basano hizo decir á Mr. de Bubna que recibiria de buen grado á Mr. de Metternich en Dresde, y que hasta creia que ya era necesaria su presencia para el cabal esclarecimiento de las cuestiones, de cuya resolucion se trataba. Inmediatamente escribió Mr. de Bubna á Gitschin,

y de esta suerte, al volver Mr. de Metternich de su entrevista con Alejandro y Federico Guillermo, se halló con la invitacion de ir al lado de Napoleon á Dresde. Como precisamente ni el emperador Francisco ni su ministro deseaban otra cosa, no habia que titubear sobre la aceptacion de la cita dada, y Mr. de Metternich se decidió á ponerse de nuevo en camino. Cuando iba á emprender el viage, le entregó el emperador Francisco una carta para su yerno, en la cual daba poder á su ministro de Negocios Extrangeros para firmar todos los artículos relativos á la modificacion del tratado de alianza y á la aceptacion de la mediacion austriaca. De nuevo estrechaba á Napoleon en esta carta á que se resolviese por la paz, que segun su dicho, era la mas hermosa y única gloria, cuya conquista le faltaba.

Mr. de Metternich llegó á Dresde el 25 de junio, y al otro dia tuvo una primera entrevista con Mr. de Basano, porque ostensiblemente debia negociar con este ministro. Cerca de dos horas emplearon en vanas quisquillas sobre el tratado de alianza, que existia siempre, y sin embargo debia quedar en suspenso, sobre el modo de conciliar el papel de mediador y el de aliado, sobre la forma de la mediacion, sobre la pretension del mediador de ser el único órgano de las potencias beligerantes. Fiel Napoleon á su sistema de ganar tiempo, asi habia ganado dos dias, pero Mr. de Metternich no habia ido únicamente para abocarse con un ministro sin influencia, y además tenia que entregar á Napoleon una carta del emperador Francisco: fuerza era por tanto que le viese, y sin mas dilaciones. Por su parte Napoleon, lleno de una ira,

que la presencia de Mr. de Metternich hacia hervir en sus venas, se hallaba ahora del todo dispuesto á recibirle. No era ya su designio penetrar el secreto de su interlocutor, ni arrancarle una prolongacion del armisticio; realmente su necesidad mas apremiante consistia en decirle su idea y en dar á su pasion desahogo. Recibió á Mr. de Metternich el 28 de junio por la tarde. Al cruzar las antecámaras del palacio Marcolini, hallólas Mr. de Metternich atestadas de ministros extrangeros, de oficiales de todas graduaciones, y especialmente encontró al príncipe Berthier, que deseaba la paz sin osar decírselo á Napoleon, y no sabia manifestar sus deseos sino entre aquellos á quienes conviniera ocultarlos. A la vista de Mr. de Metternich se pintó cierta especie de ansiedad en todos los semblantes. Conduciéndole el príncipe Berthier hasta el cuarto del emperador, le dijo:—¿Y bien, nos traeis la paz? Sed, pues, razonable, sacadnos de esta guerra, porque necesitamos que cese lo mismo que vosotros.—Por este tono se convenció Mr. de Metternich de la exactitud de los informes de sus espías, de que por todas partes se deseaba la paz en Francia, hasta entre las tropas y con ardimiento, lo cual por desgracia no era el modo de disponer á nuestros enemigos á celebrarla. Mas valiera efectivamente acreditar mas amor á la paz delante de Napoleon, y menos delante de Mr. de Metternich; pero tales son las córtes donde no se osa desplegar los lábios; se dice á todo el mundo con frecuencia lo que convendria no decir mas que al soberano. Introducido Mr. de Metternich en el gabinete de Napoleon, le halló de pié, con la espada al lado, debajo del brazo el sombrero, conteniéndose como

quien no se va á contener mucho, urbano, si bien frio.—Ya estais aqui, pues, Mr. de Metternich, le dijo, y venis tarde en demasia.... y seguidamente, segun el lenguaje convenido del gabinete francés, esforzóse en la primera exposicion de la situacion de las cosas, por culpar al Austria del tiempo perdido desde el armisticio, habiendo trascurrido veinte y cuatro dias sin ningun resultado, puesto que se habia firmado el 4 de junio, y ya era el 28. Despues habló por menor de sus relaciones con Austria, se quejó de ella amargamente, y extendióse muy á la larga sobre la poca seguridad de las relaciones con esta potencia.—Tres veces, dijo, he restituido al emperador Francisco su trono; hasta he cometido la falta de casarme con su hija, esperando captarme su amistad, y nada ha bastado á traerle á mejores sentimientos. Contando el año último con su ayuda, celebré un tratado de alianza por el cual le garantizaba sus Estados y me garantizaba los mios. Si me significara que no le convenia este tratado, no hubiera yo insistido, ni me empeñara en la guerra de Rusia. Pero lo firmó al cabo, y despues de una sola campaña, desgraciada por causa de los elementos, ya vacila, y ya no quiere lo que al parecer queria con tanta vehemencia, se interpone entre mis enemigos y mi persona para negociar la paz á lo que dice, si bien realmente para atajarme en mis victorias, y arrancar de mis manos a los adversarios á quienes iba á destruir....—Si no estimábais mi alianza, añadió Napoleon animándose á medida que hablaba, si os era ominosa, si os arrastraba con el resto de Europa a una guerra que os repuguaba, ¿por qué no me lo dijísteis? No hubiera yo persistido para

coartaros; vuestra neutralidad me bastara, y ya la coalicion se hallaria disuelta á estas horas. Pero bajo pretexto de proporcionar la paz, interponiendo vuestra mediacion, os habeis armado, y despues de concluidos ó casi concluidos vuestros armamentos, pretendeis dictarme condiciones que son las mismas de mis enemigos; en suma, os plantais como gentes dispuestas á declararme la guerra. Explicaos, ¿quéreis la guerra conmigo?... ¡Siempre han de ser los hombres incorregibles!... ¡Jamás les han de servir las lecciones!... Envalentonados de resultas de los sucesos del último invierno los rusos y los prusianos, á pesar de sus experiencias crueles, han osado venir á mi encuentro, y los he batido y muy batido, aunque os hayan dicho lo contrario. ¿Acaso queréis que tambien os llegue vuestro turno? Pues bien, os llegará, si tal es vuestro deseo.... Os cito para Viena en octubre.

Esta manera de entrar en tratos, este modo despreciativo de calificar un matrimonio, del que á decir verdad no parecia pesaroso como hombre privado, ofendió é irritó á Mr. de Metternich, sin imponerle mucho, pues mas impresion le causara una fria entereza.—Señor, respondió, no queremos declararos la guerra; pero deseamos poner término á un estado de cosas ya intolerable para Europa, á un estado de cosas que nos amenaza á todos con un trastorno universal á cada instante. V. M. se halla tan interesado en ello como nosotros, porque un dia os podria volver el rostro la fortuna, y en la tremenda movilidad de las cosas, no seria imposible que os encontráseis en trances fatales.—¿Pero qué es lo que pretendeis, repuso

Napoleon, qué es lo que venís á pedirme?—Una paz, respondió Mr. de Metternich, una paz necesaria, indispensable, una paz de que necesitais ni mas ni menos que nosotros, una paz que asegure vuestra situacion y la nuestra.—Y entonces, con infinitos miramientos, insinuando mas bien que enunciando una condicion tras otra, probó Mr. de Metternich á enumerar las ya conocidas y presentadas. Saltando Napoleon á semejanza de un leon, apenas dejaba acabar al ministro austriaco, y á cada enunciacion le interrumpia, como si oyese un ultraje ó una blasfemia.—¡Oh, dijo, os adivino!... Hoy no me pedís mas que la Iliria para proporcionar puertos al Austria, algunas porciones de la Westfalia y del gran ducado de Varsovia para reconstituir la Prusia, las ciudades de Hamburgo, de Lubech y de Brema, para restablecer el comercio de Alemania, y la abolicion del protectorado del Rhin para restaurar su pretendida independencia, la abolicion de un vano título, segun vuestro dicho... Pero estoy en vuestro secreto, sé lo que deseais á vueltas de todo.... Vosotros los austriacos quereis toda la Italia; vuestros amigos los rusos quieren la Polonia, los prusianos la Sajonia, los ingleses la Bélgica y la Holanda, y si hoy cedo, mañana me pedireis todas estas cosas, blanco de vuestros deseos ardientes. Pero para esto aprestaos á levantar millones de hombres, á derramar la sangre de muchas generaciones, y á venir á tratar al pié de las alturas de Montmartre.—Punto menos que fuera de sí estaba Napoleon al pronunciar tales palabras, y aun se supone que se permitió respecto de Mr. de Metternich frases ultrajantes, lo cual éste ha negado siempre.

Entonces Mr. de Metternich trató de patentizar á Napoleon que no se trataba de ninguna de estas cosas; que acaso una guerra imprudentemente prolongada podria engendrar de nuevo pretensiones semejantes; que sin duda habia locos en Europa, á quienes habian exaltado la cabeza los sucesos de 1812; que de estos se hallaban no pocos en San Petersburgo, en Berlin ó en Lóndres, pero que ninguno habia en Viena; que se solicitaba lo que se queria, y no otra cosa; que por lo demás, el medio verdadero de desbaratar las pretensiones de estos locos era aceptar la paz, una paz honrosa, pues la que se ofrecia era no solo honrosa, sino hasta gloriosa.—Algo mas suavizado por estas palabras, dijo Napoleon á Mr. de Metternich, que si no se trataba mas que del abandono de ciertos territorios, podria ceder sin duda; pero que se coaligaban para dictarle la ley, para constreñirle á que cediera, para quitarle su prestigio, y con una singular sencillez de orgullo dió á entender que lo que mas sensiblemente le llegaba al alma no eran tanto los sacrificios exigidos de su persona, como la humillacion de recibir la ley despues de haberla dado de continuo.—Luego con una arrogancia de soldado, que le sentaba perfectamente, dijo á Mr. de Metternich.—Vuestros soberanos, nacidos sobre el trono, no pueden comprender los sentimientos que me animan. A sus capitales tornan batidos, y esto ni les quita ni les pone. Yo soy soldado, necesito honor, gloria, no puedo presentarme rebajado en medio de mi pueblo; tengo que permanecer grande, glorioso, admirado!...—¿Cuándo acabará, pues, semejante estado de cosas, repuso Mr. de Metternich, si tanto los triunfos como los reveses dan igual

márgen para proseguir estas guerras desoladoras? Victorioso, quereis sacar todas las consecuencias de vuestras victorias: vencido, quereis reponeros. Señor, asi siempre estaremos con las armas en la mano, dependiendo eternamente asi vosotros como nosotros de los azares de las batallas!—Pero yo, replicó Napoleon, no me pertenezco, á quien pertenezco es á esa nacion brava, que á mi voz viene á derramar su sangre mas generosa. A tanta adhesion no me cumple corresponder con cálculos personales, con debilidad, debo conservarle entera la grandeza que ha comprado á costa de tan heróicos esfuerzos.—Pero, señor, dijo Mr. de Metternich á su vez, esa nacion brava, cuyo valor admira todo el mundo, tambien necesita de reposo. Acabo de cruzar por medio de vuestros regimientos: vuestros soldados son niños. Habeis hecho alistamientos anticipados, llamando á una generacion apenas formada; y una vez destruida esta generacion por la guerra presente, ¿anticipareis de nuevo? ¿Llamareis á una mas jóven todavía?—Estas palabras, que envolvian el cargo reproducido por los enemigos de Napoleon á menudo, le tocaron en lo mas vivo. Palideció de cólera, se descompuso su rostro, y no siendo ya dueño de sí mismo, tiró ó dejó caer su sombrero, que no alzó Mr. de Metternich, y yéndose á éste en derechura, le dijo:—No sois militar, caballero; no teneis como yo el alma de un soldado; no habeis vivido en los campamentos; no habeis aprendido á despreciar la vida agena y la propia cuando hace falta.... ¡Qué son á mis ojos doscientos mil hombres!—Estas palabras, cuya familiaridad soldadesca reproducimos, conmovieron á Mr. de Metternich de una manera profunda.—

Abramos, exclamó el ministro austriaco, abramos, señor, las puertas y las ventanas, para que os oiga la Europa entera, y nada perderá la causa que vengo á defender á vuestro lado.—Algo mas repuesto dijo Napoleon á Mr. de Metternich con irónica sonrisa: —Despues de todo, los franceses, cuya sangre estais defendiendo, no tienen por qué estar de mí quejosos. Verdad es que he perdido doscientos mil hombres en Rusia, entre ellos cien mil soldados franceses de los mejores: de estos lo siento mucho.... si, lo siento vivamente.... En cuanto á los demás eran polacos, italianos y principalmente alemanes....—A estas palabras añadió Napoleon un gesto harto significativo de que esta última pérdida le conmovia poco.—Sea, repuso Mr. de Metternich, pero convendreis, señor, en que esa razon no es para dada á un aleman.—Hablais en favor de los franceses, interrumpió Napoleon, y os he respondido en su nombre.—Con este motivo empleó mas de una hora contando á Mr. de Metternich que en Rusia fué sorprendido y vencido por el mal tiempo; que todo lo podia prever y superar menos la naturaleza; que sabia batirse con los hombres, pero no con los elementos. No habiendo visto á Mr. de Metternich despues del año de 1812, se ingenió en rehacer á sus ojos el prestigio de su invencibilidad, sobradamente destruido en el espíritu de ciertos hombres, y puso grande esmero en demostrar que nunca se le habia vencido sobre el campo de batalla, lo cual era exacto; y que, si habia perdido cañones, fué por causa del frio que, matando los caballos, destruyó el único medio de trasportar la artillería. Mientras hablaba de este modo, paseándose con agitacion extremada, encontró y echó con el pié á un rincon del cuarto su sombrero que habia quedado en el suelo. En las idas y venidas de esta larga entrevista, volvió á la idea fundamental de su discurso, de que el Austria, á la cual tantas veces absolvió de las penas de que se habia hecho merecedora, á la cual habia pedido por esposa una archiduquesa, falta enorme por su parte, segun decia, aun osaba declararle la guerra, menospreciando tantos buenos procederes.—Falta, replicó monsieur de Metternich para Napoleon conquistador aunque no para Napoleon político y fundador de imperio.—Falta ó no, interrumpió Napoleon, me quereis declarar la guerra. Sea en buen hora. ¿Cuáles son vuestros recursos? ¿Hablais de doscientos mil hombres en Bohemia, y pretendeis que dé crédito á fabulas semejantes? Cien mil tendreis á lo sumo, y sostengo que estos se reducirán á ochenta mil en línea probablemente.—En esto condujo á Mr. de Metternich á su gabinete de trabajo, le enseñó sus notas y sus mapas, le dijo que Mr. de Narbonne habia cubierto el Austria de espías suyos, y que en vano se intentaria asustarle con quimeras; que ni cien mil hombres tenian en Bohemia los austriacos.... Trescientos cincuenta mil hombres propalaban estos que tenian sobre las armas, cien mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera y doscientos mil en Bohemia. Tales eran los decires de hombres no acostumbrados á cálculos de esta especie, é ignorantes de que si Austria contaba trescientos cincuenta mil hombres en sus listas, solo tendria doscientos mil á lo sumo en el fuego, por ejemplo, treinta mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera, ciento ó ciento

veinte mil en Bohemia. Con la experiencia que Napoleon tenia de los desengaños que se sufren en la guerra bajo el aspecto de los guarismos, trató á la ligera las aserciones de Mr. de Metternich, que, ageno á la administracion militar, no podia justificar lo bastante. Dejando este asunto, sobre el cual no era fácil entenderse, dijo Napoleon al ministro austriaco:—Por lo demás, no os mezcleis en esta disputa, en la cual correis muchos peligros y se os presentan muy escasas ventajas; mantenéos aparte. ¿Queréis la Iliria? Pues bien, os la cedo; pero sed neutrales, y me batiré á vuestro lado y sin vosotros. La paz que deseais proporcionar á Europa, se la daré yo de seguro y equitativamente para todos. Pero la paz, que aspirais á celebrar por virtud de vuestra mediacion, es una paz impuesta, que me hace representar á los ojos del mundo el papel de un vencido á quien se dicta la ley.... la ley, cuando acabo de alcanzar dos victorias brillantes. Mr. de Metternich tornó á la idea de la mediacion, de la cual no podia apartarse, esforzóse por presentarla, no como una coaccion que se tratara de hacer sufrir á Napoleon, sino como una intervencion oficiosa, de un aliado, de un amigo, de un padre, que, luego que se conocieran las condiciones propuestas, sin duda figuraria á juicio del mundo como parcialísimo á favor de su yerno. —¡Ah, persistís, exclamó Napoleon con ira, quereis siempre darme la ley!... ¡Pues bien, sea, la guerra!... Pero hasta la vista, en Viena (1).

(1) Esta célebre entrevista es de todas aquellas en que Napoleon ha figurado personalmente, la mas difícil de reproducir por falta de documentos bastantes. Respecto de las otras entrevistas de Napoleon, de que ya se ha dado cuenta en la presente historia, existian documentos numerosos, ora en nuestros archivos diplomáticos, ora en los archivos diplomáticos extrangeros: al contrario sucede respecto de la que nos ocupa ahora, pues, no habiendo Napoleon dirigido nada sobre ella á sus agentes exteriores, falta uno de los medios de informacion mas seguros. Se contenta con hablar de ella á Mr. de Basano, quien mas tarde fué autor de varias versiones publicadas por diferentes escritores con los cuales se hallaba ligado. De consiguiente casi fuera desconocida esta entrevista memorable, si el mismo Mr. de Metternich no hubiera escrito al pormenor y en tiempo útil sus particularidades. Habiendo alcanzado de su benevolencia la relacion esta, que me ha parecido muy severa para Napoleon, si bien generalmente exacta, he conservado en cuanto se acaba de leer todo lo que me ha parecido incontestable, segun el conocimiento que tenia de las negociaciones del momento, y segun las otras relaciones publicadas por los escritores, á quienes Mr. de Basano habia comunicado sus recuerdos. Lo mismo que en todas las ocasiones semejantes, solo he conservado lo que juzgo como al abrigo de toda disputa. Además, lo incontestable se me figura muy suficiente para dar de esta escena histórica una idea que reuna las circunstancias de exacta y completa.

Esta memorable entrevista, que no decidió la cuestion de la paz y de la guerra, segun se verá muy pronto, pero que hizo estallar las disposiciones interiores de Napoleon de una manera tan poco oportuna, duró de cinco á seis horas. Al terminarse casi era de noche, hasta el extremo de que ninguno de los dos interlocutores podia apenas distinguir las facciones del otro. No queriendo Napoleon separarse reñido de Mr. de Metternich, á la despedida le señaló otra cita para los dias siguientes. Lo largo de la entrevista dió mucho en qué pensar á los que frecuentaban la antecámara impe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rial. Aun era mayor la ansiedad de los semblantes que cuando Mr. de Metternich habia entrado. Acudiendo el mayor general Berthier para saber algo de lo acontecido, preguntó á Mr. de Metternich si estaba contento del emperador, á lo cual respondió el ministro austriaco:—Si, estoy contento de él, porque ha ilustrado mi conciencia, y os juro que vuestro soberano ha perdido el juicio.

No fué la violencia de tal entrevista lo que á la sazon hizo mas daño á los negocios del Imperio, sino la triste conviccion que debia Napoleon haber dejado en el ánimo de Mr. de Metternich de que nunca aceptaria las moderadísimas condiciones en que se habia encerrado el Austria. No obstante, por fortuna, cifrando Mr. de Metternich su gloria y su seguridad en obtener por la paz las condiciones que creia indispensables, era hombre para sacrificar á la política, el orgullo, y para no acalorarse mientras quedara una eventualidad de salir airoso. Asi Napoleon podia soltar la rienda á su enojo, con tal que se viniera á la razon á última hora y aceptara la paz aun tan prodigiosamente hermosa que se le brindaba. Disposicion habia á perdonar las explosiones de su carácter á su genio y á su poderío, y hasta de buen grado se tolerara una ofensa á trueque de un gran resultado. Además, cuando se sufria por causa de su humor impetuoso, pronto se lograba el resarcimiento, pues, apenas daba vado á sus pasiones, sentia sonrojo, volvia en su acuerdo al punto y se apresuraba á acariciar á aquellos á quienes mas habia ofendido, y les prodigaba las seducciones para que olvidaran sus extravíos. Antes de mucho debia suministrar un nuevo ejemplo de esto la situacion que bosquejamos.

Apenas separado del ministro de Austria, ya se dolia de haberse abandonado tan por extremo á su natural arrebato, no alcanzando de esta entrevista nada de lo que se habia prometido. Lejos de penetrar los secretos del ministro austriaco, le reveló los suyos, dejándole ver la tenacidad invencible de su orgullo, y perjudicó á su principal objeto, el de la próroga del armisticio, mostrando que este no conduciria á la paz harto á las claras. Asi inmediatamente ordenó á Mr. de Basano que corriera en busca de Mr. de Metternich, y le hablara del objeto esencial de que no habia dicho gran cosa en la entrevista, esto es de la mediacion austriaca, de su forma, de sus condiciones, del plazo en que deberia ser ejercida. Por el lenguaje de Napoleon hasta pudo creer Mr. de Metternich que la rehusaba. Para destruir esta idea tuvo órden Mr. de Basano de emprender de acuerdo con Mr. de Metternich la redaccion de un convenio relativo á los términos de la mediacion, cosa que probaria al ministro austriaco que, á pesar de los arrebatos de Napoleon, no estaba perdido todo, y que no estaba definitivamente fija en la mente del gobierno francés la resolucion de desechar todo arbitrage pacífico.

Con efecto el dia siguiente fué dedicado por Mr. de Metternich y de Basano á debatir la cuestion de la mediacion, y nada se dijo del tratado de alianza, despues de la torpeza de suministrar al Austria el medio de desprenderse artículo por artículo de ella, y no valiendo sus tristes vestigios la pena de irritarse para salvarlos. De la mediacion se habló tan solo, de la manera de ejercerla, y de los sentimientos que animarian al Austria respecto de Francia. Mr. de Metternich renovó la seguridad

de una mediacion esencialmente parcial en favor nuestro, si bien pareció insistir mucho en la forma, que constituia al mediador en conducto único de las partes contratantes. Se ensayó la redaccion del convenio, sin que lograran estar acordes, pues Mr. de Basano queria sobrecargarlo de precauciones que Mr. de Metternich hallaba embarazosas, pero sus pormenores fueron discutidos sin acrimonia y en el tono de gentes dispuestas á entenderse. Todo se pasó á Napoleon, con quien debió Mr. de Metternich tener una nueva entrevista el 30 de junio, para zanjar las últimas dificultades.

Con efecto el 30 volvió á ver Mr. de Metternich á Napoleon en union de Mr. de Basano, y hallóle mudado del todo, á semejanza de un cielo despejado por la tormenta. Se encontraba expansivo, jovial y lleno de un arrepentimiento amable.—¿Persistis en haceros el malo con nosotros? preguntó á Mr. de Metternich con familiaridad graciosa.—Seguidamente y de manos de Mr. de Basano tomó el proyecto de convenio, del cual ya conocia los puntos sujetos á dificultades, y se puso á leer un artículo tras otro; á cada uno de ellos, como si fuera del partido de Mr. de Metternich, decia: —Pero esto no tiene sentido comun, sin cuidarse del amor propio de su ministro, y pareciendo casi siempre que abundaba en las ideas del diplomático austriaco. Dirigiéndose acto continuo á Mr. de Basano, le dijo:—Sentaos y escribid—y dictó un proyecto sencillo, claro y sin ambages, como era capaz de hacerlo. Terminada esta redaccion que orillaba todas las dificultades, preguntó á Mr. de Metternich:—¿Os conviene este proyecto?—Si, señor, respondió el diplomático ilustre, excepto algunas expresiones.—¿Cuáles?—volvió á preguntar Napoleon. Habiéndolas indicado Mr. de Metternich, variólas Napoleon á entera satisfaccion de su interlocutor, esmerándose por complacerle en todo. Finalmente, acordado este proyecto, donde se declaraba que el emperador de Austria, con el deseo y la esperanza de restablecer la paz al menos en los Estados del continente, ofrecia la mediacion al emperador Napoleon, que el emperador Napoleon la aceptaba, y que los plenipotenciarios de las diversas potencias se reunirian en Praga el 5 de julio lo mas tarde, dijo Napoleon á Mr. de Metternich, siempre en el tono mas halagüeño:—Pero esto no basta, necesito una próroga del armisticio.... ¿A la verdad, cómo es posible terminar del 5 al 20 de julio una negociacion que debe abarcar los intereses de todo el mundo, y que exigiria años, si se hubieran de arreglar bien todas las dificultades?—Efectivamente la pregunta era embarazosa, aunque, teniendo voluntad decidida, algunas horas bastaran para entenderse acerca de los puntos mas importantes. Pero á primera vista la pregunta no admitia otra respuesta que un asentimiento. Vencido Mr. de Metternich por todas las condescendencias de aquel dia, no propendia á comprometer la mediacion, á la cual daba tanto precio, por algunos dias de mas ó de menos en la duracion de las negociaciones. Respondió que esperaba conseguir que los rusos y los prusianos asintieran á la próroga pedida, por mas que estuviesen convencidos de que el armisticio, perjudicial para ellos, solo era útil á Francia, y no disputó mas que sobre la extension de la próroga esta. Napoleon queria obtener hasta el 20 de agosto, á fin de llegar al 26 con los seis dias acor-

dados para la denuncia del armisticio. Mr. de Metternich disputaba sobre un término tan largo, no en su nombre, sino en el de aquellos de quienes debia procurar el asentimiento, y repetia que, si de buena fé se obraba, todo se podria terminar en un dia. Napoleon contestaba que á lo menos le hacian falta cuarenta para enterarse de las miras de sus adversarios y dar á conocer las suyas.—Por lo que á mí hace, añadió, podeis estar seguros de que hasta el dia cuadragésimo no os diré mis verdaderas intenciones.—Estonces, repuso Mr. de Metternich, los treinta y nueve dias, que preceden al cuadragésimo, son ociosos.—Habiendo tomado la conversacion este giro agradable, se tocaba evidentemente á un acuerdo, y despues del debate, monsieur de Metternich pareció dispuesto á prorogar el armisticio hasta el 10 de agosto, con seis dias para prevenirse de la vuelta á las hostilidades, lo cual debia llevar al 16 é implicaba una próroga de veinte dias, esto es del 26 de julio al 16 de agosto.—Fingiendo entonces Napoleon hallar del 5 de julio al 16 de agosto los cuarenta dias que necesitaba para las negociaciones, y juzgando bueno en el fondo, aunque desease mas plazo, ganar este tiempo siquiera para la conclusion de sus preparativos, declaró que aceptaba la proposicion del ministro de Austria. De consiguiente añadióse otro artículo, por el cual se dijo que, en vista del poco tiempo que para negociar quedaba, segun los términos del armisticio firmado en Pleiswitz, el emperador Napoleon se comprometia á no denunciarlo hasta el 10 de agosto (lo cual equivalia á ganar hasta el 16 del propio mes con los seis dias requeridos para el aviso prévio), y que el emperador de

Austria se encargaria de obtener el mismo compromiso del rey de Prusia y del emperador de Rusia. Napoleon quiso que se firmara al instante, y acto continuo despidió á Mr. de Metternich colmado de toda clase de halagos. Así, mudado el leon en sirena, supo arrancar al hábil ministro austriaco la única cosa que deseaba de veras, la próroga del armisticio.

No queriendo la paz bajo las condiciones propuestas, no queriendo mas que el tiempo necesario para imponerla á su gusto, veinte dias eran para él una conquista de inestimable precio. No constituia sacrificio alguno por su parte el que al parecer habia hecho de las cuestiones de forma, simplificando tanto el texto del convenio, pues acerca del punto importante de si se abocarian en una conferencia comun todas las potencias contratantes, ó tratarian por conducto del mediador tan solo, habia dejado que la dificultad subsistiese, no diciendo nada en el texto; y le satisfacia reservarlo, pues así le quedaba con que ocupar los primeros dias del congreso, y con que perder el tiempo en que se habia encerrado, sin necesidad de explicarse acerca del fondo de las cosas. A Mr. de Metternich, ardientemente deseoso de que la negociacion se llevara á remate, le tocaba sentir que esta dificultad no se hubiese zanjado al golpe, y que se atravesara como un enorme obstáculo en el camino de las negociaciones. Por tanto, con algunos instantes de dulzura habia reparado Napoleon hasta cierto punto el mal causado por los imprudentes trasportes de su ira, y alcanzado cuanto anhelaba. ¡Feliz este singular genio, feliz la Francia, si hubiera podido emplear esta flexibilidad

maravillosa en sacarla del mal paso, donde la habia metido!

Ahora la habilidad de parte del Austria, tan apasionada por el éxito de la mediacion, consistiera en no dejar á Napoleon un solo pretexto de perder tiempo, y por tanto en responderle sin demora que el convenio constitutivo de la mediacion quedaba aceptado, que lo estaba igualmente la próroga del armisticio, y que, segun se habia estipulado se reunirian los negociadores exactamente el 5 de julio. No fué asi por desgracia. Partido monsieur de Metternich de Dresde el 30 de junio, dia mismo de la firma del convenio, y llegado á Gitschin el 1.° de julio, produjo una grande alegria á su soberano al anunciarle que la mediacion estaba aceptada, lo cual hacia pasar al Austria de la situacion embarazosa de aliada de Francia á la situacion independiente y fuerte de árbitra suya, y le proporcionaba un lustre de que necesitaba á los ojos del público austriaco. No costó pues trabajo á Mr. de Metternich obtener del emperador Francisco la ratificacion inmediata del convenio. Pero ya fuese que no penetrara las intenciones dilatorias de Napoleon, ya que le dominaran dificultades materiales del todo, Mr. de Metternich mismo suministró pretextos á pérdidas de tiempo, solicitando que se difiriera del 5 al 8 de julio la reunion de los plenipotenciarios. Despues de pedir esta moratoria, que no debia encontrar obstáculo por nuestra parte, segun lo que de los proyectos de Napoleon se ha visto, dirigióse Mr. de Metternich á los soberanos reunidos en Reichenbach para anunciarles la aceptacion de la mediacion, para hacerles asentir á la próroga del armisticio, y lograr el

pronto envio de sus plenipotenciarios á Praga.

No habian comprendido los coaligados de Reichenbach toda la trascendencia del armisticio de Pleiswitz al firmarle. De pronto no vieron mas que la ventaja de sustraerse á las consecuencias inmediatas de la batalla de Bautzen, sin ocurrirles pensar en que á Napoleon se proporcionaba ganancia de tiempo. Ahora, ya fuera del peligro y despues de recoger el principal fruto del armisticio, al ver los armamentos de Napoleon desarrollarse de dia en dia, bien que tambien se desarrollaran los de ellos, casi sentian la suspension de armas, á pesar de haberles salvado, y no estaban inclinados á prolongar su duracion de ningun modo. Mediaba además una circunstancia que les disponia peor relativamente á la próroga consentida por Mr. de Metternich, y era la de que para vivir tenian la parte menos fértil de la Silesia, mientras Napoleon se hallaba en la mas abundante, y temian carecer en breve de medios de subsistencia. Por otro lado, á los ojos de los alemanes, y especialmente á los de los prusianos, todo aplazamiento de las hostilidades parecia un paso dado en la política pacífica del Austria, y una especie de traicion. Asi costó no poco arrancarlos su consentimiento, y fué lo bastante para producir una nueva pérdida de tiempo. Con todo, los dos soberanos aliados nada podian negar al Austria, y tan luego como esta quisiera una cosa, por necesidad tenian que concederla. Ahora bien, ya comprometida el Austria con Napoleon á prolongar la suspension de armas, no se le podia hacer el ultrage de declarar imprudente y nulo su compromiso. De manera que fué ratificado, aunque pidiendo, en vista de las circunstancias

y del tiempo ya transcurrido, una nueva moratoria del 8 al 12 de julio para la reunion de los plenipotenciarios en Praga, y prometiendo de seguro que serian puntuales á la cita. Mr. de Metternich participó á Mr. de Basano estas últimas determinaciones, pero al efectuarlo, se expresó en punto al armisticio como de una cosa que se caia de su peso, y no comunicó su aceptacion oficial por los soberanos de Prusia y Rusia.

Nada cuadraba mejor á Napoleon que las dilaciones que no promovia, é hizo responder como si se resignara á ellas, en vez de sentir alborozo. Desde que la córte de Austria pasó de Viena á los alrededores de Praga, habia llamado á Mr. de Narbonne á Dresde, y despues de retenerle algunos dias, le despachó de nuevo á fin de que continuara su papel de embajador en Praga lo mismo que en Viena. Napoleon encargóle que manifestara dolerse de este último retardo, y se quejara al mismo tiempo del descuido que se ponia al parecer en comunicar oficialmente el consentimiento otorgado á la próroga del armisticio, como si este consentimiento pudiera ser dudoso. Además, le autorizó para declarar que, cuando fueran conocidos los negociadores prusiano y ruso y hubieran marchado á su destino, Francia designaria y haria marchar á sus negociadores, y para insinuar que serian Mres. de Caulaincourt y de Narbonne probablemente.

Mientras enviaba estas respuestas se proponia Napoleon sacar de las imprudentes dilaciones, á las cuales se habia prestado Austria, otras dilaciones que se enlazaran hábilmente á aquellas de que él no habia sido causa. De muy atrás tenia

proyectadas ciertas excursiones á los lugares que iban á ser teatro de la guerra, segun su costumbre, y si se le dejaba espacio, queria recorrer las márgenes del Elba desde Koenigstein hasta Hamburgo, y aun ir á pasar algunos dias en Maguncia con la emperatriz, impaciente por verle, y á la cual deseaba dar públicos testimonios de afecto. Mostrándose tierno y solícito por María Luisa, aumentaba para el emperador Francisco la dificultad de olvidar los vínculos de paternidad que le unian á Francia. Resolvió empezar por lo mas útil de sus excursiones, por la que le debia proporcionar la vista de los puntos importantes de Torgau, de Wittenberg y de Magdeburgo. Ya era el 8 de julio. Napoleon, que no abrigaba duda alguna sobre la reunion de los plenipotenciarios prusiano y ruso en Praga el dia 12 lo mas tarde, hubiera podido nombrar los suyos, redactar sus instrucciones y hacerles partir ó tenerlos prontos á que á la primera señal lo hiciesen. Tambien fuera necesario diferir algunos dias sus excursiones y debiera efectuarlo, porque á la sazon ningun interés igualaba al de la pronta reunion del congreso, y además, por el retardo de una semana no fueran menos provechosas las inspecciones locales y las revistas de tropas á que pensaba dedicarse. Al revés, teniendo paciencia un dia solo, recibiera de Praga las comunicaciones que se lamentaba de no haber recibido, conociera los nombres de los plenipotenciarios designados, la época exacta de su reunion, y la aceptacion formal del nuevo término fijado al armisticio. Pero le convenia mejor aparecer obligado á ausentarse sin demora, porque entonces no se veia en la necesidad

de responder hasta su vuelta, y los cuatro ó cinco dias que iba á ganar de este modo, podian considerarse como una consecuencia del tiempo que se fiabia perdido desde el 5 al 12 de julio. Asi declaró de súbito que, habiendo diferido su partida hasta el 9 sin recibir nada de Praga, se veia obligado por los negocios urgentes de su ejército á salir el 10 de Dresde. Al mismo tiempo, de miedo de proporcionar á sus enemigos la manera de que le capturara una tropa de cosacos, á pesar del armisticio, no dijo adonde iba, seguro de que, cuando se supiera que se hallaba en una parte, ya estaria en otra. Tampoco dijo cuanto duraria su ausencia, dando á entender que seria de tres dias á lo sumo, y que por consiguiente no se harian esperar mucho las respuestas que su partida aplazaba inevitablemente. Habiendo asi perdido la diplomacia austriaca por causas superiores á su voluntad ocho dias, aun iba á perder cuatro ó cinco muy á sabiendas, lo cual debia dilatar la reunion de los plenipotenciarios, fijada primero para el dia 5, y luego para el 12, á otro dia indeterminado.

Napoleon partió el 10 por la mañana en direccion de Torgau á toda prisa, no alegando un vano pretexto al decir que se ausentaba para negocios importantes, y engañando solo en punto á la urgencia de estos negocios.

En el mismo instante de salir de Dresde le llegaban las noticias de los últimos sucesos de España, que, á pesar de ser previstos segun lo ya pasado, no debian causar menos agradable sorpresa á nuestros enemigos, sorpresa harto dolorosa para nosotros y muy funesta para el conjunto de las cosas. Hay que dar á conocer estos sucesos, que

or sus consecuencias políticas se enlazan necesariamente á aquellos de que Alemania era teatro.

Despues de la reunion de los tres ejércitos del centro, de Portugal y de Andalucía, aun presentaba la situacion de los franceses en la Península ciertas eventualidades favorables. Manteniéndose el mariscal Suchet con su cuerpo de tropas el mas avanzado en Valencia, y con otros dos cuerpos en Aragon y en Cataluña, era dueño de la parte de España mas esencial para nosotros, y tenia en su poder todas las plazas fuertes. Se hallaba el rey José en Madrid con el ejército del centro, teniendo delante, desparramado á orillas del Tajo desde Tarancon á Almaraz, al ejército de Andalucía, y detrás y sobre su derecha al ejército de Portugal entre el Tormes y el Duero. Nada tenia que temer en posicion semejante si, persistiendo en conservar siempre juntas estas fuerzas recien reunidas, se mostraba pronto á caer sobre los ingleses en masa á la primera aparicion de sus tropas. En enero de 1813 ascendian estos tres ejércitos á ochenta y seis mil hombres, comprendiendo el resto de lo mejor que Francia habia enviado á España. Libre de las resistencias del mariscal Soult, á quien Napoleon habia llevado consigo á Alemania, desembarazado tambien de las obstinaciones del general Caffarelli, se podia prometer una ejecucion mas puntual de las órdenes que expidiera. Por consecuencia de estas mudanzas, el general Clausel mandaba el ejército del Norte, el general Reille el de Portugal, el conde de Erlon el del centro, el general Gazan el de Andalucía. Sin el tremendo efecto producido por los acontecimientos de Rusia, la situacion de José no fuera mala. Pero estos sucesos habian ex-

citado los ánimos singularmente, y despertado en los españoles la esperanza de verse libres de nuestro dominio muy pronto.

Siempre gobernaban las córtes de Cádiz de un modo confuso, bien que con ardiente patriotismo, los asuntos de la insurreccion española, y lord Wellington con mucho concierto y energía los de la insurreccion portuguesa. Segun hemos referido en otra parte, ya habian terminado su constitucion las Córtes, y copiando exactamente la que se habia dado en Francia en 1791, adoptaron una sola cámara y un rey provisto no mas que con el veto suspensivo. Interin lograban que este rey se les restituyese, pretendian representar la soberanía toda, se arrogaron el título de magestad y otorgaron el de alteza á una regencia electiva, compuesta de cinco individuos, é investidos en ausencia de Fernando VII con el poder ejecutivo. Ademas de los franceses y de los escasos parciales de José tenian los córtes en su contra á todos los amigos del antiguo régimen que habian abolido, y se hallaban en perenne conflicto con la regencia, sospechosa á sus ojos por formarla altos personages del clero y de la milicia. Esto explica como, despues de abandonar los franceses á Sevilla y toda Andalucía, prefirieron las Córtes permanecer en el seno de Cádiz, mas confiadas en el pueblo de esta ciudad que en otro alguno. A no ser por las desventuras de Rusia y por la derrota de Salamanca, menos contrariado José y mas provisto de fondos pudiera sacar á fuerza de tiempo gran partido de las divisiones de los españoles.

Una cuestion las habia acrecentado mucho por entonces, y era la del mando de las tropas. Los

triunfos de lord Wellington, y sobre todo, las cualidades acreditadas por el ejército portugués á sus órdenes, sugirieron á algunos miembros de las Córtes la idea de ofrecerle el mando en gefe de las tropas españolas. Al pronto el espíritu independiente y celoso de la nacion opuso obstáculos á este proyecto, pero la esperanza de ver en breve al ejército español igualar y aun superar al ejército portugués, y en particular la victoria de Salamanca, hicieron enmudecer todas las repugnancias, y se nombró á lord Wellington generalísimo. Este ilustre personage puso á su aceptacion dos condiciones, primera que impetraria el asentimiento de su gobierno, segunda que respecto de la organizacion y los movimientos del ejército español ejerceria una autoridad absoluta. Habiendo naturalmente consentido el gabinete británico en que admitiera la autoridad que se le ofrecia, se trasladó á Cádiz durante el invierno para entenderse con la regencia sobre todas las cuestiones que suscitaba el futuro mando. Recibido con grandes honores, si bien atacado al tiempo mismo por los periódicos, órganos de los celos nacionales, sintió mas de una vez haberse expuesto á semejantes tratamientos, y aun rehusara el generalato, á no temer que su negativa causara á la insurreccion un golpe funesto. Sin embargo, concedióscle casi toda la autoridad que deseaba, pero temia no sacar gran partido de los españoles por falta de dinero y de buenos oficiales. Se le prometian fondos, sin medio de suministrarlos, y en cuanto á oficiales vanamente quisiera suplir los que faltaban con oficiales ingleses. Nunca el ejército español, á pesar del ejemplo del portugués, aguantara que se le diesen oficiales extran-

geros para guiarle. Por lo demás, partió mas aplaudido que atacado, y resolvió dedicarse casi exclusivamente al ejército español de Galicia, que debia servir á sus ordenes inmediatas.

Vuelto á la Fresneda en la frontera del Norte de Portugal, empleó todo el invierno en preparar la próxima campaña. Su proyecto consistia en tener alrededor de cuarenta y cinco mil ingleses superiormente organizados, veinte y cinco mil portugueses y cerca de treinta mil españoles instruidos y equipados lo menos mal posible, y avanzar de este modo hácia el Norte de la Península con unos cien mil hombres, á fin de cortar junto á la raiz del árbol el poderío de los franceses en España. Con todo, despues que la concentracion en Madrid de los ejércitos de Andalucía, de Portugal y del centro, reunió allí una fuerza de ochenta á noventa mil franceses, iguales por lo menos á los ingleses y muy superiores á los portugueses y á los españoles, le parecia su empresa muy aventurada, no queria acometerla sino con circunspeccion suma, y á condicion de que los insurgentes de Cataluña y de Murcia, sostenidos por el ejército anglo-siciliano, harian en su favor una fuerte diversion sobre Valencia, y de que las escuadras inglesas, apoyadoras de las bandas de Asturias y de los Pirineos, dieran de contínuo qué hacer á nuestro ejército del Norte. Consultado sobre el proyecto de una invasion al Mediodía de Francia, mientras se combatia con Napoleon en Sajonia, respondió que el primer cuidado de los ingleses debia consistir en forzar á los franceses á que repasaran los Pirineos, y en no entrar en Francia sino detrás de los enemigos; pero distaba mucho de prometer este resultado á la

vista de ochenta y seis mil hombres reunidos á las órdenes de José en torno de la capital española.

Estas ideas del general en gefe británico, fáciles de adivinar aun sin el auxilio de ningun informe, indican de sobra cuál debia ser el plan de los franceses para que fuera esta campaña mas feliz que las anteriores, consistiendo ante todo en permanecer juntos, y despues en elegir bien la posicion donde hubieran de establecerse. Por desgracia la eleccion de sus posiciones delante y detrás de Madrid estaba harto mal entendida. Con efecto, cuando hubiera que replegarse para hacer cara á los anglo-portugueses en Castilla la Vieja, entre Salamanca y Valladolid, era de temer que no se llegara á tiempo, y sobre todo que fuera necesario, para custodiar á Madrid, privarse de fuerzas que se echaran muy de menos en un dia de batalla. Mejor fuera evacuar á Madrid por consiguiente, trasladarse á Valladolid, no conservar allí en punto de material sino lo mas indispensable, enviar enfermos, heridos, víveres y municiones á Vitoria, y estar concentrados de este modo y aliviados al par de todo peso inútil en la nueva capital que se hubiese adoptado. Tal era el dictámen del mariscal Jourdan; pero, aun cuando de gran cordura, sus consejos eran dados sin energía, y se necesitara mucha para vencer la repugnancia de José á evacuar la capital española. Desde que vió huir á Wellington delante de sus tropas, y pudo volver á entrar en Madrid victorioso, ya se creyó otra vez rey de España, y aun no abrigara duda sobre su establecimiento definitivo en este pais á no ser por los sucesos de Rusia. Proponerle que evacuara á Madrid

en tal coyuntura, equivalia á decirle que se transformara otra vez en monarca errante, y restituyera á los españoles todas las esperanzas perdidas, y arrastrara de nuevo por los caminos á una muchedumbre de infelices adheridos á su suerte, y se privara de lo mas saneado de sus rentas, consistente en los derechos de puertas de Madrid y en el producto de dos ó tres provincias comarcanas. Con todo, José tenia tan claro talento que no rechazó absolutamente la idea de abandonar á Madrid, cuando el mariscal Jourdan le habló de ella, y que, si insistiera mas éste, se pudiera evacuar á Madrid por enero, emplear los meses de febrero y marzo en reprimir á las bandas del Norte, y volver por abril para estar juntos contra el duque de Wellington en mayo, tomando un mes entero para dar descanso á las tropas y prepararlas á la campaña decisiva de 1813. Estas ideas, perfectamente concebidas por el mariscal Jourdan, quedaron de consiguiente en proyecto hasta que de París se recibieron despachos de Napoleon, que contenian instrucciones muy puntuales relativamente á esta campaña.

Ya hemos expuesto las ideas de Napoleon respecto de España para la campaña de 1813. Desazonado de una empresa, que habia dividido deplorablemente sus fuerzas, de buena gana renunciara á ella de ser posible, pero habiendo atraido á la Peninsula á los ingleses, ya no estaba en su arbitrio desembarazarse de ellos. Por ejemplo, abriendo las puertas de Valenzay á Fernando VII, tendria á los ingleses en Tolosa ó Burdeos, en lugar de tenerlos en Burgos ó en Valladolid. De consiguiente habia que seguir peleando á este lado de los Pirineos, para no verse obligado á pelear al otro. Pero, segun se ha visto, redujo lo mas posible Napoleon esta tarea para 1813, pues, lejos de enviar socorros á España, de ella, sacó los cuadros y muchos hombres escogidos, manteniéndose no obstante en proporcion de conservar á Castilla la Vieja, las provincias Vascongadas, Aragon y Cataluña. Su proyecto secreto consistia en tratar con Inglaterra, restituyendo la España á Fernando VIII con excepcion de las provincias del Ebro, é indemnizándole con Portugal, que podia muy bien abandonar la casa de Braganza despues de hallar en el Brasil tan excelente asilo. Esto explica la causa de haber consentido Napoleon en admitir por vez primera en un congreso á los representantes de la insurreccion española.

A tenor de estas ideas habia trazado Napoleon sus instrucciones, aunque de un modo harto general siempre, absorbido como se hallaba por los preparativos de la guerra de Sajonia. Despechado de que un correo gastara á veces en ir de París á Madrid treinta ó cuarenta dias, con el empeño especial de someter las provincias del Ebro, que tenia proyecto de agregar á Francia, prescribió restablecer las comunicaciones á toda costa, repitiendo con su fogosidad ordinaria, cuando le ocupaba un pensamiento, que era escandaloso y desdorante que á las puertas de Francia se estuviera mas en peligro que en el seno de Castilla ó la Mancha, y que no se pudiera ir de Bayona á Burgos sin ser desvalijado ó pasado á cuchillo. De consiguiente dispuso que se empleara el invierno en reducir á Mina, á Longa, á Porlier y á todos los caudillos de las bandas que infestaban á Navarra, Guipúzcoa, Alava y Viz-

caya. Para lograrlo mas de seguro, quiso que se evacuara á Madrid, no interesándole ya desde que pensaba restituir á Fernando VII la corona; que el rey José trasladara á Valladolid su córte: que llevara por tanto la masa de las tropas francesas á Castilla la Vieja; que aproximara el ejército de Portugal á Burgos; y que prestase gran parte de sus soldados al general Clausel para destruir las bandas; que trasladase el ejército de Andalucía de Talavera á Salamanca, el del centro de Madrid á Segovia, dejando á lo sumo en esta capital un destacamento, á fin de que no apareciera definitivamente abandonada. Por última disposicion previno que se diera al ejército de Andalucía una actitud ofensiva, para persuadir á los ingleses de que acerca de Portugal se conservaban todavía proyectos. De este modo, trasladando de Madrid á Valladolid la residencia del gobierno y no teniendo mas que un ejército en lugar de tres, esperaba Napoleon avasallar con la cola de este ejército á las bandas españolas que destrozaban el Norte y amenazar á Portugal con la cabeza, de forma de fijar allí á los ingleses y de desviarles de todo designio contra el Mediodía de Francia. Desgraciadamente en este plan habia muchas ilusiones. Ante todo era muy poco probable que pensáremos seriamente en Lisboa, cuando estábamos obligados á evacuar á Madrid, y lord Wellington habia acreditado harto buen seso para que fuera posible lisonjearse de inducirle á tales errores. Ademas no era necesario inspirarle zozobras respecto de Portugal para retenerle en la Península: bastaba con batirle en Castilla, ora en Salamanca, ó en Valladolid, ó en Burgos, ó en cualquiera parte, para clavarle de nuevo

detrás de las líneas de Torres-Vedras. Pero este grande objeto se comprometia evidentemente, prestando al general Clausel el ejército de Portugal con la esperanza de someter las bandas del Norte de España. Estas eran para muy largo tiempo indomables, y fundadamente las representaba José como una Vendée, sobre la cual influirian mas que los medios físicos los morales. De consiguiente se resentia de muy dudoso que con veinte mil hombres mas se pusiera al general Clausel en aptitud de vencer á las bandas del Norte, y se presentaba muy seguro que veinte mil hombres menos colocarian á José en la imposibilidad de ganar una batalla sobre los ingleses. Pero, del todo ocupado en rehacer el poderío militar de Francia, trabajando para ello dia y noche, continuando en no leer la correspondencia de España, mandando desde muy lejos y sin una atencion bastante sostenida, creyó Napoleon que un destacamento de veinte mil hombres concedido al general Clausel le permitiria acabar con los guerrilleros durante el invierno, y que, llegada la primavera, se podrian trasladar á tiempo y todos juntos al encuentro de los ingleses.

Trasmitidas las instrucciones de Napoleon por el ministro de la Guerra desde el mes de enero y reiteradas al siguiente, no llegaron por primera vez hasta mediados de febrero, ni por segunda hasta principios de marzo, es decir alrededor de treinta dias despues de su partida. Ya esto era empezar con una pérdida de tiempo muy infausta, nacida de las circunstancias mismas que afectaban á Napoleon tan vivamente, esto es, de la ocupacion de todos los caminos por las guerrillas. Segun acaba de ser expuesto, mucho costaba á José aban-

donar á Madrid, pues iban á padecer igualmente su autoridad sobre los españoles, sus rentas y las familias de los afrancesados. Pero ya su razon y el mariscal Jourdan le habian puesto en claro que era forzóso resolverse á este sacrificio. Solo sirvieron pues las órdenes de Napoleon para determinarle definitivamente á ponerlo por obra. Sin duda fuera mejor efectuarlo mas pronto, pues las tropas que se iban á prestar al general Clausel estarian antes de vuelta; pero, aunque se sentia José inclinado á esta resolucion por el sano juicio, no pudo adoptarla sino en el postrer apuro. Por tanto ordenó la traslacion de su córte y de su gobierno á Valladolid, dejando en Madrid una division sola. Tan grande era la masa de nueve mil heridos y enfermos que debia llevar consigo, del material que necesitaba poner á buen recaudo, y de familias de empleados que habian de acompañarle que duró cerca de un mes la evacuacion de la capital española. Antes de principios de abril no se pudo llevar el nuevo establecimiento á remate. De este modo fueron distribuidas las tropas. Se trasladó al ejército de Portugal desde Salamanca hasta Burgos. Reducido estaba de ocho á seis divisiones por virtud del envio de los cuadros inútiles y del derrame del efectivo en menos regimientos, ganando en organizacion lo que en fuerza numérica habia perdido. Tres de estas divisiones fueron enviadas al general Clausel para ayudarle á sujetar á las bandas; una fué retenida en Burgos; dos se escalonaron delante de Palencia, prontas á sostener á la caballería á orillas del Esla, y observando al ejército español de Galicia. Trasladado el ejército de Andalucía del valle del Tajo al del Duero, y enlazándose al de Portugal hácia la derecha, ocupó el Duero y el Tormes para estar en guardia contra el ejército anglo-portugués acampado en la Beira. Se hallaba distribuido en Avila, Salamanca, Toro y Zamora. Una de sus divisiones, la del general Leval, quedóse en Madrid para continuar su ocupacion aparente y percibir los productos. Por último una de las dos divisiones del ejército del centro fué establecida en Valladolid mismo, otra en Segovia, á fin de apoyar á la division de Leval, pues quedaba en el aire enmedio de Castilla la Nueva.

Estos tres ejércitos, que todavía en el mes de enero presentaban ochenta y seis mil hombres aguerridos, doce mil de ellos de caballería soberbia, no contaban ya en abril mas que setenta y seis mil á causa de la partida de los cuadros y de los hombres escogidos llamados por Napoleon á Sajonia. Su distribucion en tres ejércitos ofrecia muchos inconvenientes, pues, á pesar de la separacion de los gefes, que habian opuesto á la autoridad de José tan funestas resistencias, aun quedaban en los tres estados mayores tendencias al aislamiento, y hábitos de explotar el pais cada ejército por cuenta propia, que daban margen á extremados peligros. Probablemente se salvara todo con refundir los tres ejércitos en uno, y con ponerlo á las órdenes de un solo gefe, tal como el general Clausel, tan vigoroso en el campo de batalla como sumiso al estado mayor real, y con reunirle entero entre Valladolid y Burgos, y proporcionarle descanso, y reparar su material, y componer sus almacenes. Desgraciadamente no se hizo nada.

Se dejaron los tres ejércitos separados, porque Napoleon no hubiera visto gustoso en manos de su

hermano José la reunion de semejante masa de fuerzas. Así cada estado mayor conservó sus pretensiones, y cuando, por consejo de Jourdan, mandó José á las administraciones de estos tres ejércitos que adoptaran las medidas necesarias para la creacion de los almacenes, cada uno rehusó obedecer al estado mayor general. De París se necesitó una nueva órden, que tardó mas de un mes en llegar á Madrid, para obligar á cada uno de los tres intendentes á atemperarse á las intimaciones del intendente en gefe. Así se perdió el tiempo mas precioso para hacer los abastos. Finalmente, despues de poner á las órdenes del general Clausel tres divisiones del ejército de Portugal para que le ayudaran á sujetar á las bandas, fué menester enviarle otra, y despues dirigir otra mas hacia Briviesca, de manera que el general Reille no conservó mas que una bajo su mando. Y aun la hubo de distribuir en dos, y situar una de sus brigadas en Burgos y otra en Palencia, detrás de la caballería que guardaba el Esla. De suerte que, si los anglo-portugueses llegaban de pronto, solo se les podian oponer dos de las tres huestes, y ya quedaba casi anulado el beneficio de la concentracion por cuya virtud restablecimos nuestras cosas, despues de la infeliz batalla de Salamanca. Compensado fuera en cierto modo el mal de la dispersion, aunque irreparable, si los refuerzos enviados al general Clausel le pusieran en proporcion de aniquilar á las guerrillas; pero aquella Vendée española era tan difícil de vencer como la Vendée francesa, y se hacia patente que sin los medios morales y políticos no alcanzaria la fuerza á lograrlo.

Costeando la marina inglesa de contínuo las

playas de Asturias desde Santander hasta San Sebastian, desembarcando allí armas, municiones, objetos de equipo, comestibles, coadyuvando á la defensa ó al ataque de los puestos marítimos, llevaba á los insurgentes un socorro que duplicaba sus recursos y su audacia. Porlier, Campillo, Mina, Longa, Merino, ora juntos, ora separados, bien informados siempre, evitaban el encuentro de nuestras columnas cuando su número imponia respeto, no las daban alcance sino cuando se dividian para perseguirlos, y entonces tenian el arte de juntarse para abrumarlas. En ningun punto habian obtenido ventajas considerables, pero á la vez destruyeron dos batallones, especialmente en Lerin, y aunque el general Clausel tuviera cincuenta mil hombres que oponerlos, y dedicara la mayor actividad á perseguirlos, por rareza lograba darlos alcance, y casi nunca aseguraba las comunicaciones, dado que, para guardar eficazmente los caminos, se necesitara ocupar todos los puntos, y esto era absolutamente imposible. Recuperado habia el general Clausel á orillas del mar á Castro, y obligado á la circunspeccion á los ingleses, y tratado rudamente á Mina, y reavituallado á Pamplona, actos muy meritorios sin duda, si bien de escasa importancia para los negocios generales de la Península. No se necesitaban menos de tres á cuatro mil hombres de escolta para viajar en seguridad de Bayona á Burgos, si el objeto ó el personage escoltado llamaba la atencion del enemigo; y entretanto, para resultado tan ténue, se consumian las fuerzas de las tropas, que eran el único recurso contra los ingleses.

Mientras se agotaban en correrías inútiles de

este modo, ya habian transcurrido los meses de abril y de mayo, y llegado era el instante de las grandes operaciones, cuando lord Wellington abandonaba sus acantonamientos. En campaña entraba con cuarenta mil ingleses, veinte mil portugueses y veinte y cuatro mil españoles, mejor armados y vestidos estos que de costumbre, y asi tenia á su disposicion mas de noventa mil hombres. Su designio consistia ante todo en hacer que pasara el Esla su izquierda mandada por sir Thomas Graham, y no abordar la linea del Duero, mas difícil de ser forzado con su centro y su derecha hasta que, traspuesto el Esla, se hallara su izquierda á espaldas de los franceses que guardaban el Duero. Ahora marchaba con un parque de sitio, y ya no se exponia á fracasar delante de una obra como el fuerte de Burgos.

Su izquierda ejecutó el dia 11 de mayo un primer movimiento, y extendióse á lo largo del Esla. No estando sostenida la caballería del general Reille mas que por una brigada de infantería, no pudo mostrarse ni atrevida ni vigilante, y asi fué pasado el Esla antes de que tuviera tiempo de saberlo ni de impedirlo. No se apresuraron los ingleses á empujarnos vivamente, porque un ala no queria marchar sin la otra, y solo el 20 de mayo se dirigió lord Wellington con su derecha sobre Salamanca y el Tormes. Señalado fué el 24 al general Gazan, como avanzando á la cabeza de fuerzas considerables.

El ejército francés, que debiera estar concentrado y listo en los alrededores de Valladolid desde el 1.° de mayo, se veia sorprendido en la situacion mas funesta. Sin duda, de ser el mariscal

Jourdan mas jóven y José mas activo y resuelto, no sufrieran que las cosas quedaran en el estado en que iba á hallarlas el enemigo. Así, á pesar de la extremada dificultad de las noticias en España, trataran de estar mas al corriente de los movimientos de los ingleses; á pesar de las órdenes del emperador, que en suma tenian mas carácter de instrucciones, al aproximarse el peligro, pudieran volver á llamar á las divisiones del ejército de Portugal prestadas al general Clausel y aun atraer á éste en persona, como el solo capaz de mandar en gefe durante una gran batalla, ó al menos concentrar mas los ejércitos de Andalucía y del centro, y el resto del de Portugal; finalmente, á pesar de la resistencia de las administraciones particulares, que era menester destruir en caso necesario, pudieran crear en Burgos los almacenes sin los cuales no habia medio de operar libremente en semejante territorio. Pero, disgustado Jourdan del régimen imperial, cuyos abusos tocaba tan de cerca, de una guerra, cuyas funestas consecuencias tenia de muy atrás vaticinadas, resintiéndose ya de los efectos de los años, retenido por su amor á José tan solo, y no aspirando mas que á volver á Francia, se limitaba á señalar con muy raro buen seso las faltas que iban á ser cometidas, sin comunicar valor á José para precaverlas. Juzgando José con discernimiento el vicio de las cosas, sabia á menudo irritarse contra su hermano y jamás desobedecerle, ni obrar como general y como rey con la autoridad de su investidura, y por lo cual no se le castigara á la postre. Jourdan se consolaba sobradamente de cuanto veia con el no disimulado desprecio de un hombre honrado, José se descon-

solaba, pero las cosas no dejaban de seguir su curso feliz á veces, con mas frecuencia infausto, y que debia de parar en desastroso antes de mucho.

Asi lord Wellington, en marcha desde el 11 de mayo por su izquierda y desde el 20 por su derecha, halló al ejército de Andalucía dispersado de Madrid á Salamanca, al del centro de Segovia á Valladolid, al de Portugal de Burgos a Pamplona.

Ningun cuidado urgia tanto como el de llamar de Madrid á la division de Leval y hacer que volviera á pasar el Guadarrama para dirigirse á Valladolid. Esto pudiera mandar el general Gazan sin demora, pero como se trataba de abandonar la capital definitivamente, creyó de su deber marchar á Valladolid, para entenderse con su monarca. De esta suerte se perdieron dos dias, hasta que desde Valladolid se prescribió la evacuacion el dia 25 de mayo. Al mismo tiempo envióse á todas las tropas de las líneas del Duero, del Tormes y del Esla, la órden de retrogradar despacio á fin de dar lugar á que la division de Leval se replegase, y como para apoyar su caballería á lo largo del Esla no tenia el general Reille mas que una de las dos brigadas de la division de Maucune, se le prestó una de las divisiones del ejército del centro, la del general Darmagnac. Con el fin de recoger á la division de Leval, se dejó escalonado el resto del ejército del centro sobre Segovia. El ejército de Andalucía, el mas entero de los tres, se hubo de retirar de Salamanca á Tordesillas, cediendo el terreno poco á poco, para que todas nuestras tropas dispersas tuvieran tiempo de concentrarse. A estas providencias, dictadas por la situacion, se añadió otra, y fué la de avisar al general Clausel de la aproximacion de los ingleses, y pedirle las cinco divisiones del ejército de Portugal, y comprometerle á acudir en persona con algunas tropas del ejército del Norte, á fin de que se pudieran oponer á los ingleses por lo menos ochenta mil hombres. Finalmente, se escribió al ministro de la Guerra Clarke para enterarle del estado de las cosas, y estrecharle á que por su parte mandara la concentracion de las fuerzas. Solo este ministro en Paris desde la partida de Napoleon á Alemania, no sabia mas que repetir sus órdenes sin discernimiento, reducidas como objeto esencial á restablecer las comunicaciones con Francia, á seguir señoreando ante todo las provincias del Norte, y á tomar respecto de Portugal una actitud ofensiva para desviar á los ingleses de toda tentativa contra las costas de Francia. Ni aun temió ordenar algunos dias antes de la aparicion de los ingleses el envio á Aragon de otra de las divisiones del ejército de Portugal, para mantener las comunicaciones con el mariscal Suchet. No habia, pues, que esperar gran socorro del duque de Feltre. El único servicio que podia prestar por su parte era el de trasmitir al general Clausel el anuncio de la marcha de los ingleses, lo cual no era insignificante, dado que al cabo de todo lo que se habia hecho para comunicarse en seguridad con el ejército del Norte, no se podia responder de conseguirlo antes de tres ó cuatro semanas. Por lo demás el general Clausel era tan buen compañero de armas, y tan perfectamente comprendia la importancia de batir á los ingleses que, asi que recibiera el aviso, no dejaria de enviar las divisiones del ejército de Portugal, y de acudir personalmente con las tropas disponibles del ejército del Norte

Por fortuna, para los primeros dias de la campaña se las habian con un enemigo sólido, si bien circunspecto, y no era empresa fácil la de desconcertar á nuestros soldados tan valerosos como bien dirigidos. El general Reille recogió su caballería, retiróse en buen órden sobre Palencia, y con la division de infantería de Maucune, única que le quedaba, con la division de Darmagnac, que le habia sido prestada, puso á cubierto el camino de Valladolid á Burgos, línea de retirada del ejército. Situado el general Villatte junto al Tormes, defendiólo valerosamente y hasta en demasía, porque si era útil retardar al enemigo, se resentia de peligroso aspirar á detenerle, y así perdió algunos centenares de hombres, aunque no sin hacer que perdieran muchos mas los ingleses. Merced á esta actitud y á la prudente lentitud de lord Wellington, pudo el general Leval evacuar á Madrid y repasar sano y salvo el Guadarrama, llevando consigo las últimas reliquias de nuestro establecimiento en la capital española. En Segovia se juntó al ejército del centro. Véanse las posiciones que se ocupaban el 2 de junio: entre Rioseco y Palencia se hallaba el general Reille con su caballería y sus dos divisiones: con cuatro estaba el ejército de Andalucía en Tordesillas junto al Duero: y finalmente, el ejército del centro en Valladolid con una division francesa y otra española. Todos ascendian á cincuenta y dos mil hombres poco mas ó menos, en vez de los setenta y seis mil que pudieran hallarse juntos, si no se renunciara tan pronto á las ventajas de la concentracion por el quimérico proyecto de la destruccion de las bandas.

Una vez agrupados en torno de Valladolid se

podian abrazar tres partidos: primero, detenerse y dar batalla de seguida con cincuenta y dos mil hombres contra noventa mil enemigos, lo cual pecaba de imprudente y de prematuro, proporcionando la eventualidad de recuperar una ó muchas divisiones del ejército de Portugal cada paso que se diera á retaguardia; segundo, retirarse sobre Burgos, y luego sobre Miranda y Vitoria, hasta unirse al mismo ejército del Norte, lo cual era sencillo y poco azaroso: tercero, no abandonar la línea del Duero, maniobrar junto á sus orillas, remontándolo trasversalmente hasta Aranda y aun hasta Soria, desde donde por un camino, que el mariscal Ney habia seguido el año de 1808, se fuera á caer entre Tudela y Logroño, esto es, sobre Navarra, cabalmente en el punto donde se tenia seguridad de encontrar al general Clausel y aun al mariscal Suchet, en el caso de que sucesos extraordinarios exigieran la concentracion general de todas nuestras fuerzas, plan harto atrevido en apariencia, si bien en realidad el mas seguro. Tomados en consideracion y discutidos fueron los tres proyectos. Nadie estuvo por batirse al momento con cincuenta y dos mil hombres en contra de noventa mil enemigos, cuando cabia lisonjearse de tener mas á medida que pasaran dias. No se desconoció el mérito del tercer plan consistente en remontar el curso del Duero hasta muy cerca de Navarra, pero juzgóse temerario y complicado, y sobre todo se le halló el defecto de abandonar el camino de Bayona, y de prescindir del cuidado de las comunicaciones tan recomendado por las instrucciones de París, como si nunca osara cruzar un ejército inglés los Pirineos, dejando un ejército de ochenta

mil franceses á la espalda, y de ciento cincuenta mil incluyendo al mariscal Suchet. Por estas diversas razones fué el segundo plan preferido, el que consistia en retirarse tranquilamente sobre Burgos, escribiendo cartas unas tras otras, para atraer las divisiones prestadas al general Clausel, si no todas, al menos las que recibieran en tiempo útil el aviso que se les despachaba.

De consiguiente se empezó la retirada, y despues de Madrid hubo que abandonar á Valladolid, esta segunda capital recien creada en Castilla la Vieja. Se enviaron por delante el material, los enfermos, los heridos y los afrancesados, y la marcha tuvo que ser muy lenta. Mal aprovisionadas las tropas, viéronse obligadas á extenderse para buscar comestibles, cosa que hacia la retirada poco segura. Por dicha teníamos diez mil hombres de caballería excelente, no era emprendedor el enemigo, y hubo posibilidad de retirarse sin accidente infausto. Aguardando lord Wellington la fortuna, sin correr nunca detrás de ella harto se le alcanzaba que habia que venir á una batalla general y se resignaba á este trance, si bien con la resolucion de no pelear mas que sobre un terreno favorable segun su costumbre, y hasta que llegara la hora crítica le contentaba al parecer un solo resultado, el de empujarnos hácia los Pirineos. Con este designio llevaba siempre por delante su izquierda procedente de las fronteras de Galicia, de modo de amenazar nuestra derecha, entendiéndose todo con la espalda vuelta á los Pirineos, y de determinar así nuestros movimientos retrógrados mas pronto. No se comprende cómo este general tan sensato, se apresuraba á empujarnos sobre

nuestros refuerzos, y no se decidia á darnos alcance, cuando, en vez de setenta mil soldados, solo teníamos cincuenta mil que oponerle.

A las inmediaciones de Palencia llegóse el 6 de junio, y un reconocimiento practicado por José y Jourdan reveló completamente esta disposicion de los ingleses de llevar de continuo su izquierda reforzada sobre nuestra derecha. Se siguió marchando sobre Burgos el dia 7, y se fué á tomar la posicion de Castrojeriz, entre el Pisuerga y el Arlanzon, delante de Burgos. No permitiendo la escasez de las subsistencias que esta posicion se conservara tanto tiempo como se deseara, hubo que replegarse sobre Burgos el dia 9. El general Reille, con las divisiones de Maucune y de Darmagnac se estableció junto al Hormaza, el general Gazan detrás de Urbel á caballo sobre el Arlanzon con el ejército de Andalucía, y el del centro en lo interior de Burgos.

Por falta de víveres se habia tenido prisa de llegar á este punto, y por falta de víveres se hacia tambien forzoso partir de allí sin tardanza. Acumulados en Burgos los numerosos convoyes de enfermos, de expatriados, de conductores de artillería, habian devorado los almacenes poco considerables, que en esta ciudad se habian formado, y apenas podian subsistir algunos dias las tropas. De nuevo se encaminaron estos convoyes sobre Miranda y Vitoria; y una vez adoptada la resolucion de retroceder hácia los Pirineos, erróse en no enviar todo lo que estorbaba á Bayona, á fin de dejar al ejército completamente desembarazado. Se hizo descansar algunos dias á las tropas, con el objeto de consumir las subsistencias aun restantes, y de

ganar tiempo que se ganaba para la concentracion de fuerzas, pues cada dia que trascurria aumentaba las eventualidades de unirse al general Clausel. Además, en Burgos se halló la division de Lamartiniére, que era la mas numerosa del ejército de Portugal y una de las prestadas al ejército del Norte. Cerca de seis mil hombres mas proporcionaba al general Reille, lo cual permitió devolver al ejército del centro la division de Darmagnac, que se le habia tomado temporalmente.

Nueva razon era esta para acercarse al Ebro y llevar el movimiento retrógrado á mayor distancia, porque si no se recuperaban todas las divisiones enviadas al general Clausel, posible fuera juntar una ó dos cuando menos, y semejante refuerzo era de una importancia decisiva. A mayor abundamiento escaseaban los comestibles, y no habia otro recurso que ir á alimentarse mas lejos. Aqui se suscitaba por segunda vez la cuestion de saber si convenia seguir por el camino real de Bayona, para ser fieles á las órdenes que tanto habian recomendado el cuidado de las comunicaciones con Francia, ó si se operaria un movimiento trasversal para desembocar junto al Ebro en Logroño, en vez de llegar allí por Miranda, cosa que hacia la reunion con el general Clausel casi infalible. Sin ninguna de las objeciones que habia provocado al principio, se renovaba así el plan desechado en Valladolid y consistente en ir á Navarra por Soria, con el fin de juntarse al general Clausel mas de seguro. Al presente era el rodeo que habia que dar de tan escasa importancia, y de interés tan capital la certidumbre de la incorporacion al general Clausel, que operaba en el territorio navarro, que apenas se concibe la resistencia á proposicion semejante. Los generales Reille y de Erlon la apoyaron mucho; pero el rey Jose y el mariscal Jourdan, menos inspirados que de costumbre, dominados sobre todo por las instrucciones de Paris repetidas á cada correo, temieron en descubrir las comunicaciones con Bayona, y persistieron en marchar á Miranda y Vitoria en derechura. Tan solo, no teniendo noticias del general Clausel, enviósele ahora bajo la escolta de mil quinientos hombres un aviso para enterarlo de la llegada del ejército hácia Vitoria. De consiguiente prosiguióse retrogradando sobre el Ebro por Bribiesca, Pancorvo y Miranda.

Viendo el general Reille á los ingleses probar de nuevo el 12 de junio á rebasar nuestra derecha, y repetimos que se entienda con la espalda vuelta á los Pirineos, les quiso obligar á que desplegaran sus fuerzas, y se mantuvo detrás del rio Hormaza. Cerca de veinte y cinco mil hombres presentaron los ingleses, pero el general Reille maniobró con tanto vigor y aplomo, á pesar de no tener la mitad de esta suma, que les mató de trescientos á cuatrocientos hombres, sin que perdiera por sí mas de cincuenta, y volvió á pasar el rio Hormaza y aun el Arlanzon en un órden perfecto. Se veia claro que sin mostrarse impacientes los ingleses por darnos batalla, nos querian constreñir á pesar de todo á cederles terreno, rebasando siempre una de nuestras alas. Al cabo determinóse el 13 de junio á marchar de Burgos, y cómo se sabia que lord Wellington venia provisto para esta campaña de un tren de sitio considerable, y cómo no convenia privarse de dos ó tres mil hombres para que se que-

dasen en Burgos, sin esperanza de recuperarlos, se acordó hacer saltar la fortaleza que nos fué el año anterior de tan gran servicio, y que se entregasen al par á las llamas las municiones de que estaba llena y no pudieran ser trasladadas á otro punto.

Mientras marchábamos el 13 sobre Bribiesca, melancolizóse el ejército de resultas de una explosion espantosa, triste signo de una retirada sin esperanza de retorno, y por la retaguardia se supo, que, aun ejecutada esta operacion con las precauciones necesarias, produjo en las tropas y sobre todo en la ciudad estragos de bastante monta. Llegóse el 14 á Bribiesca, el 15 á Pancorvo, el 16 á Miranda. Ya aqui se estaba á las márgenes del Ebro, y dando un paso mas en Vitoria y á la misma falda de los Pirineos. Por su izquierda habia avanzado el enemigo hasta Villarcayo, continuando su maniobra acostumbrada de rebasar nuestra derecha. Al mismo tiempo se supo que, á la primera noticia de la aproximacion de los ingleses, se apresuró el general Clausel á enviar al ejército la division de Sarrut que se acababa de recoger en el camino, la division de Foy que aun estaba sobre el respaldo de los Pirineos entre Mondragon y Tolosa, y que personalmente avanzaba por Logroño remontando el Ebro con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal y con otras dos del ejército del Norte. Se le aguardaba en Logroño para el 20 de junio.

Llegada era la hora de ejecutar un movimiento tan sencillo como el de descender á orillas del Ebro desde Miranda hasta Logroño, lo cual produjera un rodeo de muy pocas leguas, y asegurara la union al general Clausel de una manera positiva.

Pero preocupaba á José y á Jourdan mas que nunca la via recta por Vitoria á Bayona. Temióse no solo descubrirla bajando el Ebro hasta Logroño, sino tambien no protegerla suficientemente permaneciendo en el camino de Miranda á Vitoria, porque podia el enemigo cruzar las montañas algo mas arriba de Villarcayo, trasladarse á Bilbao por Orduña, avanzar de Bilbao á Tolosa, y cortarnos asi el camino de Bayona. Para evitar este peligro queria el mariscal Jourdan conducir el ejército de Portugal por Puente Larrá sobre Orduña, á fin de cerrar el desemboque por donde el camino de Vitoria á Bayona pudiera ser interceptado. Unicamente la obstinacion del ministro de la Guerra en reproducir las primeras órdenes de Napoleon engendraba ese fatal pensamiento, que privara á José de las tres divisiones del general Reille hasta que se traspusieran los Pirineos, y tornara á colocar al ejército, aun despues de unido al general Clausel, en el peligroso estado de inferioridad numérica en que se hallaba ahora. Por supuesto que no se debia esperar que los ingleses nos dejaran trasponer los Pirineos sin darnos batalla, aunque al parecer no abrigasen otro designio que el de hacernos evacuar la España. Propenso estaba el mariscal Jourdan á no suponerles otro intento, y fuerza es confesar que su habitual conducta daba crédito á opinion semejante.

Se permaneció el 17 en Miranda para proporcionar descanso á las tropas. Sin embargo, convenia abrazar un partido, á causa de la imposibilidad de continuar mas tiempo en aquel parage, dando lugar á que el enemigo nos tomara la delantera en las varias gargantas de los Pirineos. Siempre ha-

bian existido en el estado mayor dos dictámenes distintos del todo, consistente uno en dirigirse lo mas pronto posible y mediante un movimiento transversal sobre Logroño y Navarra, á fin de unirse al general Clausel, sin hacer caso alguno del movimiento de los ingleses sobre nuestra derecha, porque no podian pensar en trasponer aquellas montañas, interin no ganaran una batalla decisiva en nuestra contra; y dirigido al revés el otro á fijar atencion extremada en el movimiento con que amenazaban los ingleses nuestras comunicaciones, y á contrariarlo no abandonando el camino real de Bayona, y llamando allí al general Clausel, á quien además se tenia esperanza de ver llegar de un instante á otro. Del primer dictámen participaban el general Reille y el conde de Erlon; y del segundo el rey José y el mariscal Jourdan, dominados por las órdenes de París fatalmente.

Vivísimo fué el conflicto entre las dos opiniones en Miranda, siendo llegado el momento de optar por el uno ó por el otro. Sostenia el general Reille que, habiéndose hecho anunciar el general Clausel junto al Ebro en los alrededores de Logroño, convenia bajar á este punto para unírsele de seguida, y que toda consideracion debia ceder ante el interés grande de la concentracion de nuestras fuerzas, repitiendo como siempre que no era una amenaza seria el movimiento con que los ingleses aspiraban á rebasarnos, interin no nos batieran formalmente. Por el contrario el rey José y el mariscal Jourdan temian mas que nada el movimiento que, trasladando á los ingleses por Orduña sobre Bilbao y Tolosa, los situara entre nosotros y Bayona, al respaldo de la gran cordillera de los Pirineos. Además el convoy donde iban nuestros enfermos, nuestros heridos y los espatriados españoles, se hallaba en Vitoria, y bajar á Logroño equivaldria á dejarlo al descubierto y á entregárselo al enemigo. Ultimamente el general Clausel, á quien se habia citado para Vitoria, podia muy bien encaminarse allí sin ir á Logroño, y quedara tan comprometido como el convoy en este caso.

Fuerza es convenir en que, aun siendo mejor el dictámen del general Reille y del conde de Erlon, segun se verá en breve, habia perdido su mérito aparente desde que el convoy fué enviado á Vitoria, y desde que se previno al general Clausel que se dirigiera á este punto, pues, aun sin participar del recelo de ser rebasados por Orduña, el peligro de dejar al descubierto el convoy y aun acaso al mismo general Clausel con bajar oblícuamente hácia Logroño, ofrecia muy especioso motivo para continuar marchando directamente sobre Vitoria, y no cabe censurar á José y á Jourdan por haber persistido en su opinion primera, sobre todo teniendo en cuenta las órdenes de París, que les imponian el deber imperioso de velar por las comunicaciones con Francia.

No se limitaron José y el mariscal Jourdan á adoptar la marcha directa sobre Vitoria, antes bien quisieron tranquilizar su espíritu de plano en punto al peligro de ser rebasados por Orduña y Bilbao, y ordenaron al general Reille que fuera por Puente-Larrá á Osma, por Osma á Orduña y á Bilbao, mientras el resto del ejército avanzaba inmediatamente sobre Vitoria. Aquí se esperaba que el general Clausel se uniera, ganando de este modo mas de lo que con la partida del general Reille se per-

dia, y que por todas partes se opondria una barrera de hierro al enemigo, tocando asi con los generales Gazan, de Erlon y Clausel en los Pirineos, y teniendo sobre el respaldo de estos montes al general Reille para precaver un movimiento giratorio. Pero, al adoptar semejantes disposiciones, conviniera comunicarlas al general Clausel de otra manera que por conducto de paisanos ó de oficiales destacados: por medio de un regimiento de caballería, arma de que se tenia mucha mas fuerza que la que podia emplearse, conviniera dirigirle á Logroño hasta la indicacion de la verdadera cita, y expedir órdenes positivas para acelerar la partida del convoy de Vitoria, á fin de no tropezarle en el camino y de no caer en una confusion peligrosa (1).

Ni José ni el mariscal Jourdan carecian nunca de seso y juicio; pero, segun hemos dicho en otra parte, les faltaba absolutamente la actividad que multiplica las precauciones, que jamás se fia en las órdenes dadas una vez sola, esa actividad que emana de la juventud y del ardimiento extremado. Determinaron pues que el general Reille se encaminara con las fuerzas que tenia del ejército de Portugal sobre Osma, y que los generales Gazan y de Erlon marcharan con los ejércitos del centro y de Andalucía sobre Vitoria, sin tomar por desdicha ninguna de las precauciones que acaban de ser indicadas.

(1) Nos permitimos indicar estas medidas como las que debieran ser adoptadas, porque generalmente se ha censurado despues á José y al mariscal Jourdan á causa de no haberlas tomado, y porque además el simple buen juicio, basta para conocer la conveniencia y la necesidad de ellas.

En movimiento se puso el general Reille el dia 18 con las divisiones de Sarrut, de Lamartiniére y de Maucune sobre Osma. Pero, apenas en marcha la última de ellas, vióse acometida por una nube de enemigos, de los cuales no se libró sino á fuerza de presencia de ánimo y de energía. El general Reille llegó á Osma, y halló numerosas tropas hácia Barbarosa, ya apostadas en todas las avenidas de las montañas y no permitiendo aproximarse á ellas. Españoles eran del ejército de Galicia, que nos habian tomado la delantera para ocupar los pasos de los Pirineos. Se pudiera creer á tenor de las conjeturas de José y del mariscal Jourdan que iban á trasponer los Pirineos por Orduña, á fin de cortar el camino de Bayona; pero no era tal su designio. Solo querian precedernos junto á la falda de las montañas, para establecerse en posiciones dominantes hácia nuestro flanco, si nos resolviamos á dar una batalla defensiva con la espalda apoyada en los Pirineos, ó llegar cuando mas antes que nosotros á la cuesta de Salinas para mermarnos primero que volviésemos á ganar la frontera de Francia.

Viendo el general Reille interceptado el camino de Orduña, renunció fácilmente á una operacion que censuraba, y decidióse á volver por un movimiento oblícuo al camino real de Miranda á Vitoria. Por su parte José habia levantado el campo la noche del 18 al 19 de junio para dirigirse á Vitoria, y nuestros cuerpos de tropas se hallaban en plena marcha sobre esta ciudad el 19 por la mañana. Vitoria, situada á la falda de los Pirineos

hácia la vertiente española, se alza enmedio de una hermosa llanura circuida por todas partes de montañas. Si se toma posicion con la espalda vuelta á los Pirineos, se tienen á la derecha el monte Arrato, que la separa del valle de Murguia, delante la sierra de Andia, y finalmente á la izquierda las alturas por entre las cuales pasa el camino de Salvatierra á Pamplona. Un riachuelo, llamado el Zadorra, fecundiza toda esta llanura, corriendo primeramente á lo largo de los Pirineos donde nace, torciendo luego á la derecha al pie del monte Arrato, y escapándose finalmente por un desfiladero muy angosto á través de la sierra de Andia.

Al venir el grueso de nuestra hueste de Miranda y de las márgenes del Ebro recorria el camino real de Bayona, que penetra directamente en la llanura de Vitoria por el desfiladero que sigue el riachuelo Zadorra para salir de ella. Aquí llegaba el general Reille oblícuamente, introduciéndose por las diversas gargantas del monte Arrato. Nos pudiera preceder en este punto y ocupar antes que nosotros la llanura de Vitoria el cuerpo con que lord Wellington habia procurado siempre rebasarnos, compuesto de españoles y de ingleses, si el general Reille, que por su movimiento lateral le era opuesto, no le contuviera todo el dia 19, defendiendo vigorosamente el terreno palmo á palmo. De hecho el movimiento prescripto al general Reille é inútil en cuanto al objeto ideado al principio, tuvo no obstante consecuencias felices, pues, no preservándonos del peligro quimérico de ver interceptado el camino de Bayona mas allá de los Pirineos, nos libró del que ofrecia hallarle cortado mas acá de resultas de la ocupacion del llano de

Vitoria. Nuestros tres ejércitos se encontraban juntos sin ningun accidente el 19 por la noche.

Ya urgia fijar las resoluciones. No era de presumir que lord Wellington nos dejara trasponer los Pirineos, sin darnos batalla, porque una vez llegados á la gran cordillera, apoyados en sus alturas, emboscados en sus valles, no éramos ya abordables, y concentrados además sin habérsenos acometido, podiamos caer sobre el ejército inglés con ochenta mil hombres y anonadarle. Una falta gravísima habia cometido lord Wellington á estas horas, consintiéndonos ir tan lejos sin darnos alcance, y proporcionándonos de este modo tantas eventualidades de unirnos al general Clausel; pero no era de suponer que la continuara cometiendo. Se debia pues aguardar como cercana una batalla, á no abandonar de seguida á Vitoria para trasponer la cuesta de Salinas y bajar en direccion del Bidasoa; pero este partido se hacia punto menos que imposible. Volver á pasar los Pirineos sin combate equivalia á huir vergonzosamente delante de aquellos á quienes algunos meses antes se habia puesto en fuga cerca de Salamanca; equivalia á abandonar al general Clausel á los mayores peligros, pues se le dejaba solo en el respaldo de los Pirineos; equivalia á dejar tambien comprometido, si bien no de una manera inmediata, al mariscal Suchet con todas sus fuerzas desparramadas desde Zaragoza hasta Alicante. Asi el honor militar, la salvacion del general Clausel, la seguridad del mariscal Suchet, todo vedaba que se volvieran á pasar los Pirineos, y se necesitaba pelear á su falda, esto es, en la llanura de Vitoria, adonde el general Clausel debia acudir con sus tropas. Si este llegaba á tiem-

po, se podian juntar por lo menos setenta mil combatientes, y mas todavia si el general Foy, que se hallaba entre Salinas y Tolosa, se presentaba igualmente con la division del ejército de Portugal puesta bajo su mando. De consiguiente habia probabilidad de batir á los ingleses, no siendo mas que cuarenta y siete ó cuarenta y ocho mil soldados, aun cuando formaran una masa de noventa mil hombres con los españoles y los portugueses. No obstante podia acontecer que el general Clausel no llegara al punto, y que hubiera que esperarle uno ó dos dias. En este caso se necesitaba ponerse en actitud de hacer cara á los ingleses hasta que el general Clausel llegase, y escoger para lograrlo esmeradamente el terreno y tomar las precauciones oportunas para defenderlo con ahinco. Aqui era menester una vigilancia que por desgracia se habia echado siempre de menos en la direccion de estas tropas.

De las seis divisiones del ejército de Portugal se tenian tres al presente, la de Maucune, que no se habia separado del ejército hasta entonces, y las de Sarrut y Lamartiniére, que se habian incorporado en el camino: otra, la del general Foy, estaba en el respaldo de los Pirineos; y las dos restantes, de los generales Barbot y Taupin, se hallaban aun al lado del general Clausel, que las traia reforzadas por otras dos del ejército del Norte. Con las divisiones del ejército de Portugal ya recuperadas, con los ejércitos del centro y de Andalucía, se contaran sesenta mil hombres sin las pérdidas de la retirada. Pero aun no dandose combates formales, se habian perdido á causa de enfermedades, del cansancio y de la dispersion, de tres á cuatro

mil hombres. No quedaban por tanto mas que de cincuenta y seis ó cincuenta y siete mil combatientes, y habia que distraer parte de ellos para escoltar el convoy que no se podia mantener en Vitoria; de modo que no quedaban mas que unos cincuenta y cuatro mil hombres (1). Pelear con semejante inferioridad numérica, era dejar muchas eventualidades á la mala fortuna; pero como la eleccion no dependia de la voluntad propia, como antes de que llegara el general Clausel podia acometernos el enemigo, convenia servirse lo mejor posible de las localidades para compensar la inferioridad del número, y adoptar medidas, ya que no el 19 por la noche, á lo menos el 20 por la mañana, pues era de esperar que los ingleses, llegados á los Pirineos al par que nosotros, no nos dejaran mucho espacio para que hiciéramos alli asiento. Durante la misma noche del 19 conviniera desembarazarse del inmenso convoy, formado por los enfermos, los heridos, los expatriados y el material, y compuesto de mas de mil carruages, porque constituia un horrible estorbo si habia que venir á las manos, y produciria un desastre seguro si habia que

(1) En las memorias del mariscal Jourdan, recien impresas con las del rey José, se hallan guarismos algo diferentes; pero el mariscal, sin embargo de su veracidad habitual y extremada, disminuyó bastante las fuerzas de los franceses, para atenuar la pérdida de la batalla de Vitoria. Segun cálculos, cuya enumeracion fuera prolija, creemos mas exactos, á lo menos mas aproximados á la verdad, los guarismos que aqui presentamos. De todos modos la diferencia no es mas que de cuatro ó cinco mil hombres. Debemos añadir que el mariscal Jourdan tiene razon sobrada contra los guarismos alegados por el ministro de la Guerra, como que son falsos á todas luces.

apelar á la retirada. Despachándolo aquella misma noche y escoltándolo nada mas que hasta la cuesta de Salinas, donde el general Foy debia encontrarlo, se pudiera conseguir quizá que volviesen á tiempo las tropas que le acompañaran hasta este punto Ya libres de este embarazo, se debieran establecer perfectamente sobre la llanura de Vitoria. Habiendo intentado los ingleses rebasar nuestra derecha de contínuo, probablemente iban á seguir la misma maniobra; y viniendo de Murguía, lo natural era que aspirasen á desembocar por entre los pasos del monte Arrato en la llanura de Vitoria, lo cual les llevaria á las márgenes del Zadorra, que, segun hemos dicho, corre á la falda de dicho monte. Aun cuando este rio fuera poco caudaloso, se podria dificultar su paso, rompiendo todos sus puentes y cubriendo sus vados de artillería; cosa hacedera, pues traíamos una masa enorme de cañones. Ahora bien, se necesitaba no solo hacer difícil este paso, sino casi imposible, pues atravesando el Zadorra, podia el enemigo caer sobre la espalda ó al menos sobre el flanco de nuestra hueste, alineada en el llano de Vitoria, y dando frente al desfiladero por el cual se penetra en ella al venir de Miranda. Este desfiladero, por entre el cual se escapa el Zadorra, segun dejamos ya indicado, y que se llama el desfiladero de la Puebla, era el segundo obstáculo que se debia oponer al enemigo, y se necesitaba estudiar bien el terreno, con el fin de buscar los mejores arbitrios de sustentarlo. Para esto habia una posicion, cuyas ventajas probó el suceso, y que proporcionara la manera de impedir á los ingleses todo acceso á la llanura. Efectivamente, haciéndose algo

atrás, en lo interior de la misma llanura de Vitoria, se encontraba una cumbre, la de Zuazo, que permitia ametrallar al enemigo cuando desembocara del desfiladero ó descendiera de las alturas de la sierra de Andia, y arrollarle allí luego, cargándole á la bayoneta despues de cubrirle de metralla. Bastante próxima esta posicion á Vitoria y á los pasos del monte Arrato, por donde los ingleses amenazaban desembocar sobre nuestra espalda, consentia que se tuviera todo á la vista y al alcance, y se proveyera de pronto á las diversas ocurrencias. Posible era de consiguiente defender la llanura de Vitoria con las tropas que se tenian á la mano y esperar allí al general Clausel sin riesgo, cortando los puentes del Zadorra y ocupando esmeradamente la cumbre de Zuazo. Finalmente á todas estas precauciones se debiera añadir la de enviar al general Clausel no paisanos mal pagados, sino un regimiento de caballería, á fin de renovarle la indicacion del punto de reunion de un modo exacto. Segun ya hemos dicho, contábamos mas caballería de la necesaria sobre el terreno donde se iba á trabar la lucha.

Ninguna de estas diversas precauciones fué adoptada. No se hizo partir el convoy durante la noche del 19, y no se enviaron al general Clausel mas que paisanos, con quienes no debia contarse, y que, si hubieran sido fieles, se expusieran además á ser detenidos. Al dia siguiente 20 de junio, lejos de montar á caballo para reconocer el terreno, ni el rey José ni el mariscal Jourdan se menearon de Vitoria. Atacado se hallaba Jourdan de una calentura violenta, por efecto de la edad, del cansancio y de la pesadumbre. José, que solo veia por los

ojos del mariscal, difirió al dia 21 el reconocimiento de los lugares. Se lisonjeaba, y el mariscal Jourdan lo mismo, de que los ingleses aspirarian con su circunspeccion ordinaria á penetrar por entre los montes para rebasarnos, y no se atreverian á acometernos de frente. Lo único que la enfermedad del mariscal Jourdan no impedia de ningun modo era librarse del convoy embarazoso hasta el punto de no saber en donde colocarse; y asi fué cosa resuelta que partiera el 20. Con el objeto de no conservar mas que la artillería de campaña, se mandó á los ejércitos de Portugal y de Andalucía que aprontaran todos los tiros que no les fueran indispensables para arrastrar los cañones de grueso calibre al otro lado de los Pirineos. Además, como las bandas se escurrian por entre los menores espacios, dióse á este convoy la division de Maucune por escolta, aun sabiéndose que la division de Foy se encontraba sobre el respaldo de la cordillera entre Salinas y Tolosa. De resultas de esta providencia se hallaba el ejército de Portugal reducido de nuevo á dos divisiones, y todo el ejército á cincuenta y cuatro mil hombres.

Asi todas las medidas dictadas el 20 consistieron en hacer salir para Tolosa el convoy que debiera marchar el 19, en situar al general Gazan con el ejército de Andalucía en frente del desfiladero de la Puebla, al conde de Erlon detrás del general Gazan con el ejército del centro, y despues á la espalda hácia la derecha y á lo largo del Zadorra al general Reille con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal, á fin de hacer cara al cuerpo giratorio de los ingleses, que se acercaba por el camino de Murguía. A los descuidos cometidos añadióse el de no cortar un solo puente del Zadorra. Entre nuestros diversos cuerpos de infantería se puso nuestra hermosa caballería, que en el terreno ocupado no podia prestar grandes servicios por desgracia, pues la llanura de Vitoria se halla sembrada de canales numerosos, que donde quiera atajan el ímpetu de las tropas de á caballo. Contábamos de nueve á diez mil ginetes, lo cual reducia á cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro mil combatientes nuestra infantería, casi la mitad menos que la del enemigo.

De este modo fué empleado, es decir, perdido el dia 20. A cada instante lisonjeaba la idea de ver llegar al general Clausel, que se debia esperar por todas razones, pero que nada anunciaba hácia las diversas avenidas, por donde era de creer que asomase. El infortunado José hallábase en ansiedad extremada, sin mostrarse mas activo por esto, pues entre los hombres, cuyo talento no propende á la prevision, la espera produce agitacion, mas no actividad.

Aun no habia parecido el general Clausel al dia siguiente 21, y no cabiendo suponer ocioso al enemigo por largo tiempo, José y Jourdan quisieron reconocer el terreno para aprestarse allí á la lucha que comprendian estar cercana. Algo aliviado el mariscal Jourdan de su calentura, se esforzó por montar á caballo y fué á reconocer en union de José la llanura de Vitoria. A la derecha de nuestra posicion y un poco detrás á la falda del monte Arrato guardaba el general Reille los puentes del Zadorra con las divisiones francesas de Sarrut y Lamartiniére y el resto de una division española. Por esta se hallaba custodiado el puente de

Durana situado en las montañas á la parte de los Pirineos: por la division de Lamartiniere el de Gamarra Mayor situado en el nacimiento de la llanura; y defendia la division de Sarrut el de Arriaga, completamente en el llano y á la altura de Vitoria. Además de la caballería ligera, se hallaban detrás de estas divisiones muchas de dragones, prontas á caer sobre todo el que pasase el Zadorra. Mas valiera cortar los puentes de este riachuelo y defender sus vados con la artillería. Sea como quiera, no podia menos de infundir tranquilidad la presencia de un oficial tan bueno como el general Reille en este punto.

Yendo adelante en derechura hácia á la entrada del llano, á la parte donde desemboca el desfiladero de la Puebla, José y Jourdan treparon á la cumbre de que hemos hablado, la de Zuazo, que cortaba trasversalmente la llanura y dominaba la salida del desfiladero. Al punto, con su práctico golpe de vista, conoció el mariscal Jourdan que allí convenia establecer al general Gazan á la cabeza de todo el ejército de Andalucía, y coronar la cumbre de cañones, y colocar despues al conde de Erlon á la derecha junto al Zadorra, para darse la mano con el general Reille y custodiar el paso de Tres-Puentes, que desembocaba sobre el flanco de la altura de Zuazo. Esta observacion exactísima, hecha el dia antes, salvara al ejército francés y probablemente nuestra situacion en España. De resultas se enviaron oficiales de estado mayor para trasmitir estas órdenes al general Gazan y hacer que las ejecutara á toda prisa.

Pero ya era sobrado tarde, como que entonces mismo empezaba la batalla. Segun se preveia fácilmente, despues de habernos acompañado, por decirlo así, hasta los Pirineos, no quiso lord Wellington dejar que traspusiéramos estos montes sin darnos batalla, á fin de cruzarlos, si le era posible, detrás de un ejército batido. Con dos divisiones de ingleses y con los españoles y portugueses, que formaban su izquierda, dirigió al general Graham sobre el camino de Murguia y por entre los pasos del monte Arrato, para ver de forzar al general Reille junto al Zadorra. Por entre los otros pasos del propio monte encaminó su centro á las órdenes del mariscal Beresford y compuesto de tres divisiones para desembocar asimismo sobre el Zadorra, si bien hácia la mitad de la llanura, lo cual les debia conducir al paso de Tres-Puentes, de cara al conde de Erlon y sobre el flanco de la cumbre de Zuazo. Finalmente, despues de seguirnos por el camino de Miranda, su derecha compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes del general Hill y de la division española de Morillo, debia penetrar por el desfiladero de la Puebla, para salir junto á la misma falda de la citada cumbre. Ya todos estos cuerpos se hallaban en marcha, cuando José y el mariscal Jourdan enviaron al general Gazan la órden de retroceder hasta la altura de Zuazo, desde donde, segun hemos dicho, se podia á la vez acribillar á las tropas que forzaran el desfiladero de la Puebla y á las que cruzaran el Zadorra por el paso de Tres-Puentes.

Cuando el ayudante de campo de José, portador de sus órdenes, llegó al lado del general Gazan, ya éste peleaba con los contrarios, y declaró no serle posible ejecutar lo que se le prescribia. José y Jourdan corrieron á aquel punto y muy en

breve descubrieron lo que pasaba. A la derecha divisábanse las tropas de Beresford, que, despues de cruzar las gargantas mas próximas del monte Arrato, aspiraban á pasar por Tres-Puentes el Zadorra. Delante se veia al general Hill, empeñado en el desfiladero de la Puebla, si bien cautamente, y lanzando á su derecha, sobre las cumbres de la sierra de Andia, á la division española de Morillo, para servir de apoyo á las tropas inglesas, que pretendian forzar el paso.

José y Jourdan ordenaron al general Gazan que enviara á la izquierda la brigada de vanguardia de Maransin sobre las cumbres de la sierra de Andia, para desemboscar de allí lo mas pronto posible á la division española de Morillo; que apoyara á esta brigada con una division entera, si la necesidad lo requeria; y que, luego de recuperadas las alturas, arrollara en el desfiladero de la Puebla á los españoles y continuara por el flanco del general Hill en persecucion de ellos. Con las divisiones de Darricau y de Conroux, debia el general Gazan obstruir el desfiladero, manteniendo la division de Villatte á la izquierda, y aprestando en fin la division de Leval á la derecha, para observar á las tropas de Beresford, que amenazaban por Tres-Puentes al Zadorra. Alineado el conde de Erlon en batalla detrás del general Gazan, debia estar á la mira del propio rio, y pronto á caer sobre las tropas que pretendieran pasar por entre el puesto que ocupaba y el que el general Reille defendia.

Apenas expedidas estas órdenes, extendióse el fuego en vasto círculo por la izquierda, el centro y la derecha. Del todo á la espalda, hácia el general Reille, aun no se oia cosa alguna. El general Gazan, á quien se previno que se desembarazase antes de nada de las alturas de nuestra izquierda, que formaban la extremidad de la sierra de Andia, no hizo acometer bastante concertadamente á los españoles que habian trepado á ellas. Allá envió regimiento tras regimiento, y asi no obtuvo ningun resultado. Guarecidos los españoles detrás de rocas y de bosques, y habilísimos en defender los terrenos de esta naturaleza, opusieron una resistencia tenaz á nuestros regimientos mal empeñados en la lucha. Viéndose el general Gazan estrechado por el mariscal Jourdan á obrar con mayor energía, destacó primero de su frente una brigada de la division de Conroux, y luego otra de la division de Darricau, para sostener á la vanguardia del general Maransin. Estas dos brigadas, muy bastantes si fueran conducidas en masa y simultáneamente sobre la altura situada á nuestra izquierda, quedaron á media ladera, disparando con desventaja contra los españoles bien apostados, y sin servir de nada á la vanguardia de Maransin que estaba perdiendo mucha gente. Dos horas transcurrieron de este modo sin ventaja decisiva, y muy de sentir era tal retardo, pues si se empleara bien el tiempo, y tras de arrojar á los españoles de las alturas de la sierra de Andia al desfiladero de la Puebla, se acosara allí á los ingleses, que pretendian atravesarlo, de seguida se podia correr en ayuda del general Reille, que era vigorosamente atacado.

Reiterando el monarca y el mariscal sus providencias, determinóse en fin el general Gazan á llevar la division de Villatte, alineada algo atrás y á la izquierda, contra las alturas tan mal y tan largamente asaltadas. Aquella division trepó con ra-

pidez y por entre un fuego de arriba á abajo de los mas mortíferos las pendientes de la sierra de Andia, y aun asi arrolló á los españoles de abajo á arriba, y repelióles hasta los bosques de las cumbres. Pero entretanto, viendo debilitado nuestro frente las divisiones inglesas del general Hill, á causa del envio de las dos primeras brigadas del general Conroux y del general Darricau, viendo además una aldea importante situada á nuestra izquierda, la de Subijana de Alava, del todo al descubierto por consecuencia de la partida de la division de Villatte, se echaron encima desembocando briosamente del desfiladero, y lograron tomarla de rebato. Desde entonces tenian invadida la llanura, y ya era muy árduo repelerlos. El mariscal Jourdan discurrió lanzar en su contra una de las divisiones del conde de Erlon, colocado de reserva sobre la derecha y á la espalda. Pero, al ver el conde que las tropas de Beresford amenazaban el Zadorra por Tres-Puentes, habia enviado alli sucesivamente sus dos divisiones. Por tanto ya no quedaba reserva, y para colmo de apuro el fuego, que no habia empezado hácia el general Reille sino muy tarde, se dejaba oir violentamente á la parte del seno de la llanura.

Decididos el monarca y el mariscal por este conjunto de circunstancias ordenaron un movimiento retrógrado sobre la cumbre de Zuazo, desde donde, con un gran fuego de artilleria, era posible detener á los enemigos, que habian invadido la llanura por todas partes, unos hácia nuestra derecha, pasando el Zadorra por Tres-Puentes, otros hácia donde teniamos el frente, desembocando del desfiladero de la Puebla, y otros por último hácia

nuestra izquierda, bajando de las cumbres de la sierra de Andia. Al mismo tiempo el mariscal Jourdan prescribió al general Tirlet, gefe de nuestra artilleria, que situara muchas bocas de fuego sobre la altura de Zuazo.

Mejor ejecutadas estas órdenes que las trasmitidas al general Gazan, produjeron un resultado, que pudiera ser decisivo. Retrocedióse hácia la altura de Zuazo, y el general Tirlet juntó alli cuarenta y cinco bocas de fuego en un abrir y cerrar de ojos. Aguardando á los ingleses, que salian del desfiladero de la Puebla, y á una de las columnas de Beresford, que habia forzado por Tres-Puentes el paso del Zadorra, les cubrió de metralla y sembró la tierra de cadáveres en pocos instantes. Puestas en desórden al principio, se rehicieron las tropas inglesas, avanzaron al paso, y de nuevo fueron repelidas por la metralla. Si en este momento se tuvieran á la mano cuatro ó cinco mil hombres, y se lanzaran sobre las quebrantadas masas de los ingleses, arrollándolas en el desfiladero, se lograra tal vez hacerlas sufrir un sangriento desastre. Por desgracia, en vez de replegarse el general Gazan á la altura transversal de Zuazo, fué á situarse hácia la izquierda y á la mitad de la pendiente de la sierra de Andia, cerca de la division de Villatte, con lo cual dejaba entre sus tropas y las del conde de Erlon un gran claro. Con sus dos divisiones disputaba el conde lo mejor que estaba á su alcance los pasos del Zadorra, mas arriba y mas abajo de Tres-Puentes. De este modo sobre la altura decisiva de Zuazo no habia ma que artilleria sin apoyo. Atacado hácia el fondo de la llanura el general Reille en Durana, en Gamarra-Mayor y en Arriaga, se

defendia muy denodado, y cada vez que le quitaban uno de sus tres puentes, lo volvia á recuperar con sumo arrojo, pero al mismo tiempo anunciaba que muy luego le forzarian los pasos, si no se volaba en su ayuda. Avalorando el mariscal Jourdan la situacion aquella, aconsejó á José que ordenara la retirada, único partido que se podia abrazar entonces. Se intentó dirigirla sobre el camino real de Bayona por Salinas y Tolosa, a fin de salvar la artillería, pues, si habia probabilidades de unirse al general Clausel por Salvatierra y Pamplona, en cambio se abrigaba la certidumbre de perder los cañones, á causa del mal estado de los caminos.

Dada la órden de retirada, se puso en ejecucion al instante, bien que sin el concierto y la uniformidad que hubieran podido precaver los inconvenientes de un movimiento retrógrado. No viendo el conde de Erlon al general Gazan á su izquierda, y divisando á la caballería inglesa pronta á caer sobre la llanura, trató de buscar apoyo retirándose hácia el Zadorra, y asi dejó Vitoria al descubierto. Allá se precipitó la caballería contraria, y produjo una confusion indecible. Aun no estaba fuera todo el convoy, á cuya salvacion se habia destinado una division entera. Por salir quedaban un parque de artillería de ciento cincuenta bocas de fuego, muchas familias fugitivas, bagages y soldados de servicio personal enviados en busca de comestibles. La aparicion de los dragones ingleses causó un terror pánico de los mas vivos sobre estas gentes, que se dieron á la fuga en todas direcciones y lanzando gritos de espanto. Su primer empuje fué hacia el camino real de Bayona y la garganta de Salinas; pero disputando el general Reille con sumo teson el alto Zadorra, va perdiendo, ya recuperando su posicion, se hallaba lidiando sobre este mismo camino y lo cubria de fuego y sangre. Entonces los fugitivos se arrojaron al de Pamplona por Salvatierra. Conociendo su mal estado el general Tirlet, llegado á Vitoria para ordenar la retirada, previendo que por allí no podria pasar la artillería, y menos con el tropel que iba á formarse, sabiendo ademas que no escaseaban de material nuestros arsenales de la frontera, y que solo importaban los tiros, dispuso que se cortaran estos, y que se salvaran los hombres y los caballos, abandonando los cañones.

Asi de resultas del movimiento del general Gazan, y de una especie de instinto de conservacion, que impulsó á los fugitivos al camino de Salvatierra, donde no se oia el cañoneo, la retirada, emprendida primeramente hácia Salinas y Bayona, halló-se al cabo enderezada á Pamplona, esto es, á Navarra. Allá se arrastraron todos con cierta especie de furia, dejando un material inmenso en la misma Vitoria. Desde este instante quedaba el general Reille en una situacion peligrosa hasta lo sumo. Se habia mantenido firme junto al Zadorra cuanto le fué posible, repeliendo á los españoles y á los ingleses mas allá de este riachuelo, siempre que le forzaban uno de los tres puentes, cuya custodia tenia á cargo. Pero, habiendo visto el movimiento de retirada sobre Salvatierra, determinóse á seguir el mismo rumbo. Para salir sano y salvo de su situacion peligrosa, necesitaba contener por una parte á las tropas enemigas que empezaban á cruzar el Zadorra de frente, y por otra á las que ya desem-

bocaban de Vitoria á su espalda. Muy oportunamente habia mantenido de reserva, á alguna distancia de los tres puentes, la brigada de Fririon compuesta del 2.° de ligeros y del 36.° de línea y además de muchos regimientos de caballería. Inmediatamente ordenó que se replegaran en buen órden hácia Salvatierra al general Sarrut, que defendia el puente de Arriaga, al general Lamartiniére, que sustentaba el de Gamarra-Mayor, y al general Casalpaccia, que guardaba con algunos centenares de hombres del 3.° de línea y con los españoles el de Durana, mientras personalmente venia á las manos con los ingleses procedentes de Vitoria. El general Sarrut fué muerto defendiendo el puente de Arriaga. Le reemplazó el general Menne, que fué asaltado una vez y otra, sin que se rompieran sus filas. El general Lamartiniére opuso una calma y una energía singulares al empuje del enemigo victorioso. Entretanto el general Reille, que se afanaba por cubrirlos á todos hácia la parte de Vitoria, recibió de plano el choque de la caballería inglesa; pero la contuvo con los dragones de Digeon, de Tilly, de Mermet, y logró proteger la retirada de su cuerpo de ejército hasta Betono. Allí habia un bosque, y metiéndose por su espesura, le fué dado andar en seguridad parte del camino que conducia al de la capital de Navarra, girando por detrás de Vitoria. A la salida del bosque se descubrió un grueso cuerpo de caballería en espera. El general Reille hizo que le cargaran el regimiento 3.° de húsares y el 15.° de dragones, y acto continuo marchó á toda prisa hácia la aldea de Arbulo. De muerte nos persiguió la caballería enemiga. Con el regimiento 2.° de ligeros y el 36.° de

línea de la brigada de Fririon, formóse el general Reille delante de la aldea, para dar tiempo á que desfilase el resto de su cuerpo de tropas. Acometido por los numerosos escuadrones ingleses, recibiólos en cuadro, y cubrió de cadáveres el terreno. Habiendo ya desfilado todas sus tropas, cruzó la aldea personalmente, y así ganó sano y salvo el camino de Salvatierra, adonde se precipitaban los diversos cuerpos de nuestro ejército y toda la cola del vasto convoy, que tan laboriosamente habiamos llevado de Madrid á Vitoria.

En esta fatal jornada tuvimos alrededor de cinco mil muertos y heridos, y casi fueron iguales las pérdidas de los ingleses; pero entre soldados sueltos, criados y fugitivos dejamos prisioneros de mil quinientos á mil ochocientos hombres: además perdimos doscientas bocas de fuego, no en línea, sino abandonadas á causa de no haber camino para conducirlas, cuatrocientas arcas de municiones, é infinito número de carros y de bagages. Ni aun pudo José salvar su propio coche, que contenia todos sus papeles.

Naturalmente se preguntará donde estaba ahora el general Clausel con los quince mil hombres que hubiera podido traer á este punto, qué se hacia el general Foy, el cual reforzado por muchas pequeñas guarniciones y por el general Maucune contaba otros quince mil hombres, cuya presencia fuera tan útil en la fatal llanura de Vitoria. Estos treinta mil hombres, unidos á los cincuenta y dos ó cincuenta y cuatro mil del monarca, y formando la masa enorme de mas de ochenta mil soldados, pudieran abrumar y repeler á Portugal á los ingleses. ¡Y qué diferencia entonces, no solo para las

cosas de la Península, sino para las de toda Europa! Ejerciendo los ingleses en Alemania tanta influencia sobre las resoluciones de los coaligados, si llegaran á concebir temores por su ejército de España, de seguro facilitaran las negociaciones, hasta satisfacer quizá el mismo orgullo de Napoleon dentro del límite de las concesiones posibles. Pero esta vez, á semejanza de otras muchas, habia faltado direccion, y no fuerza, ni bizarría, ni adhesion á los soldados de nuestro ejército de España. El general Foy, separado de José no mas que por la montaña de Salinas, ningun aviso recibió de los que le fueron enviados, y ni siquiera supo la presencia del ejército en Vitoria mas que por la aparicion de Maucune detrás del convoy que iba escoltando. Si este movimiento de la division de Maucune se ordenara dos dias antes, se hubiera podido dejar el convoy en lugar seguro, y conducir á Vitoria un refuerzo de diez á doce mil hombres. Por lo que hace al general Clausel, tan luego como tuvo noticia de la marcha de los ingleses y de la retirada de nuestras tropas, juntó sus divisiones á toda prisa, llegó el 20 de junio á Logroño, trató de adquirir nuevas de José por todas partes, y solo halló habitantes fugitivos y silenciosos, hasta el extremo de que nadie pudo ó quiso proporcionarle el mas leve informe. Solo encontró agentes ingleses, que hacian preparar comestibles, y á tenor de muchos vestigios hallados en su marcha, inclinóse á creer que el ejército francés se habia trasladado de Miranda á Vitoria. Ya el 21 se determinó á avanza por Peñacerrada hasta el respaldo de la sierra derAndia, por si lograba alargar la mano á José des de este punto, si bien, recelando con fundamento que entre sus tropas y las del monarca se hallaran los ingleses, sin saber donde ni con cuántas fuerzas; aproximóse muy cautamente, no vió á ninguno de los paisanos que le fueron dirigidos, y solo á la caida de la tarde supo que todo el dia se habian estado batiendo los franceses y sin resultado venturoso. Anhelante por saber la verdad de fijo á la mañana siguiente, y por incorporarse á toda costa al ejército francés para darle ayuda, se atrevió á trepar á lo alto de la sierra de Andia y á lanzar una ojeada sobre la llanura de Vitoria. Desde la cima vió nuestro inmenso desastre, y separado de José por los ingleses vencedores, solo hubo de pensar en su salvacion propia. Sin turbarse, volvió á ganar las márgenes del Ebro, lo bajó hasta Logroño, y teniendo siempre entre sus tropas y las de José á los ingleses, que nos perseguian hácia Navarra, adoptó una resolucion de las mas hábiles y mas atrevidas que se han concebido en la guerra, engolfándose hácia la ciudad de Zaragoza, adonde le llevaba la razon de salvar á sus soldados, y la no menos poderosa de cubrir las espaldas al mariscal Suchet y de asegurarle su retirada.

Por su parte José y Jourdan, tras de llegar á Pamplona con un ejército horriblemente descontento de sus caudillos, no desmoralizado á pesar de todo, disminuido solamente en cinco ó seis mil hombres, privado de sus cañones mas no de sus tiros, aun se hallaban en aptitud de oponer fuerte resistencia á los ingleses, aparte de la resistencia natural que les iban á presentar los Pirineos. José, aconsejado por Jourdan, despues de dejar una guarnicion en Pamplona, envió el ejército de Andalucía al valle de San Juan de Pie de Puerto, el

del centro al valle del Bastan y el de Portugal al valle del Bidasoa, de manera de cubrir todas las avenidas y de tomarse espacio para rehacer la artillería, y de poner así término á la distribucion en tres ejércitos diferentes, que de nuevo acababa de ocasionar tan funestos embarazos. Mientras se ejecutaba esta providencia, ayudado el general Foy por el general Maucune hizo cara con habilidad y denuedo á los ingleses, que aspiraron á bajar de Salinas á Tolosa, y repelióles á bastante distancia. Se habia perdido la España, pero todavía no la frontera, y el imperio, invasor tantos años, aun no estaba invadido, por mas que se hallase próximo á estarlo.

Tal fué la campaña de 1813 en España tan tristemente célebre por el desastre de Vitoria, que señalaba nuestros últimos pasos en esta comarca, donde por espacio de seis años habíamos derramado inútilmente nuestra sangre y la de los españoles. Si se quiere pronunciar desapasionadamente el fallo sobre los sucesos de esta campaña, fácil es descubrir las verdaderas causas del revés definitivo que habiamos experimentado. Hay que buscar la primera esta vez como tantas otras en las mismas órdenes de Napoleon, quien, considerando á España únicamente como una parte accesoria de sus inmensas empresas, no destinaba allí las fuerzas necesarias, ó subordinaba el empleo de ellas á cálculos inaplicables á España é incompatibles con el éxito de las operaciones en su territorio. Aunque reducidas allí este año las fuerzas de resultas del llamamiento de gran número de cuadros, despues de la concentracion de los ejércitos de Portugal, de Andalucía y del centro, eran muy bastantes para mantenerse en Castilla, dado que se pudieran juntar ochenta mil hombres contra los ingleses. Pero con la doble idea de conservar las provincias del Norte, que pensaba apropiarse cuando la paz fuera celebrada, y de tener alarmados respecto de Portugal á los ingleses, á fin de apartarlos de toda empresa contra el Mediodía de Francia, sin quererlo, produjo Napoleon de nuevo la dispersion de los tres ejércitos desde Salamanca hasta Pamplona, de modo que despues de recuperar á consecuencia de nuestra concentracion el ascendiente sobre los ingleses, volviamos á perderlo á causa de la imprudente dispersion de nuestras fuerzas. Esta causa esencial de la jornada de Vitoria no se puede buscar mas que en las órdenes de Paris, dadas por Napoleon á distancia de los lugares, antes de serle conocidos los hechos, y reiteradas por el ministro de la Guerra con una tenacidad sin excusa, cuando los sucesos y las objeciones del mariscal Jourdan habian patentizado su peligro. Despues de esta causa hay otra muy antigua, y siempre fecunda sobre la Península en desgracias, y es la falta de unidad en el mando, que hizo que ninguna de las administraciones quisiera prestar obediencia, y que en el camino seguido por el ejército no hubiera nada preparado, y que, al retroceder para unirse al general Clausel, fuera necesario replegarse con una precipitacion, de la cual provino que la incorporacion se presentara mas dudosa y mas árdua y que se aumentaran considerablemente las pérdidas por el camino. De esta falta de unidad tenia la culpa Napoleon, que siempre negaba á su hermano la autoridad indispensable, José, que no sabia tomarla, y los generales, que no se

prestaban á suplirla con su sumision. Despues de estas causas, la falta de actividad de José y de Jourdan, indolente el uno, fatigado el otro por la edad y la pesadumbre, contribuyó sobremanera al infortunio de la campaña. Mas activos, mas prontos en resolverse, pudieran evacuar á Madrid mucho antes, y unirse con mas anticipacion junto á Valladolid ó junto á Burgos. En la misma Vitoria se perdieron dos dias, dos dias preciosos para la partida del convoy y el despojo del campo de batalla, para la eleccion del terreno donde se podia disputar al enemigo la entrada de la llanura, para la reunion del general Clausel. Segun se ha visto, en esta ocasion crítica se hallaba el mariscal Jourdan enfermo, y José no pensó en reemplazarle. Por último las órdenes de detalle, mal ejecutadas por los generales, completaron la série de faltas y de desventuras, que dieron por fruto la catástrofe final de Vitoria. Y es el caso que, debiéndose Napoleon echar encima la mayor parte de estos resultados funestos, pues con un genio tan profundo, con un conocimiento tan cabal de las cosas, con un poder tan acatado, era mas capaz que otro alguno de precaverlo y remediarlo todo, culpó á todo el mundo en vez de culparse á sí propio, y de culpar a José y Jourdan mas bien que á nadie.

No habiendo podido seguir los sucesos de España en ninguno de sus pormenores, absorbido como estaba por la guerra de Sajonia que dirigia personalmente, creyendo sobre esta materia cuanto le escribia el ministro Clarke, que, al par que enviaba á José las cartas mas afectuosas, hacia llegar á Dresde las relaciones mas desfavorables, tenia Napoleon un doble motivo de enojo, en los resultados que no podian menos de ser funestos, y en las faltas que sublevaban su gran seso militar por lo evidentes. Los resultados eran la España perdida; la frontera del Mediodía amenazada; el medio mas poderoso de negociar con Inglaterra anulado, puesto que en el actual estado de las cosas ya nada significaba la cesion de España; nuevos sacrificios que habria que añadir á los solicitados por Austria, y de consiguiente la paz mas difícil que nunca, y en fin, una nueva confianza, una nueva exaltacion infundidas á cuantos juzgaban llegada la hora de abrumar á la Francia. Las faltas eran además de las antedichas, y sobre las cuales no cabia la menor duda, todas las que el ministro Clarke achacaba gratuitamente al desdichado José, y al mas desdichado Jourdan, su gefe de estado mayor. Con efecto, el ministro de la Guerra no dijo que las órdenes de Napoleon, enderezadas á destruir á las bandas y á amenazar á Portugal, órdenes reiteradas por las oficinas de París deplorablemente, fueron señaladas por Jourdan como origen inevitable de ruina; que la resistencia de las administraciones de cada ejército al ordenador en gefe, se denunció tambien como otro inconveniente grave que impediria que se hallara preparada cosa alguna al volver á las operaciones. Nada expuso tampoco el ministro sobre ascender á cerca de cien mil los ingleses, y los franceses á cincuenta mil á lo sumo: antes bien presentaba cálculos que apenas hubieran acogido las gacetas peor informadas. No contaba en el ejército de lord Wellington mas que á los ingleses, los regulaba en cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, prescindia de los portugueses ya casi iguales á los ingle-

ses, y de los españoles, excelentes en las montañas, y contaba al ejército francés, no la fuerza que tenia sobre el campo de batalla, sino la que pudiera tener si las órdenes de París no le hubieran dispersado, y le suponia de ochenta á noventa mil hombres contra cuarenta y cinco mil enemigos. Y es la verdad, que despues del desastre de Vitoria, tuvo valor para escribir á José que debia contar noventa mil soldados para oponer á cuarenta y cinco mil ingleses, y que causaba estrañeza que con tal superioridad de fuerza numérica le hubiesen batido. Este hecho solo basta á dar idea de lo que pasaria al mismo lado de Napoleon, cuando no miraba con sus propios ojos, y dejaba que le informasen ministros cortesanos, no diciéndole mas que lo que halagaba sus oidos.

Se comprende que Napoleon se irritara en grado sumo, al considerar por una parte los resultados, y por otra las faltas verdaderas y las imaginarias imputadas á José y al mariscal Jourdan, que ya le desagradaban sobremanera, y que tenian á su lado un acusador temible en el mariscal Soult á la sazon en Dresde. De un modo sucinto supo los sucesos de España en el instante de partir de la capital de Sajonia, para ejecutar las correrías militares de que hemos hablado. Sucesivamente se enteró en Torgau, en Wittenberg, en Magdeburgo, del por menor de lo ocurrido, siempre por los partes del ministro Clarke. Asi su arrebato rayó en el mas alto punto, ofreciéndole una ocasion de desencadenarse contra José y sus hermanos todos. Se le vinieron á la memoria la abdicacion del rey Luis, la defeccion inminente de Murat que se anunciaba ya harto á las claras, el escándalo dado por el rey

Gerónimo al abandonar el año anterior al ejército, y tales recuerdos le acarrearon las palabras mas amargas. Realmente era llegada la hora de echar de ver cuán enorme falta habia cometido al querer derrocar todas las dinastías, á fin de sustituirles la suya. Pero la justicia obliga á reconocer que su ambicion propia, mucho mas que la de sus hermanos, contribuyó á esta política desordenada, y que despues de darles tronos, ó ejércitos que estuvieran bajo su mando, nada omitió para hacer su tarea mas árdua que lo era de suyo. Con efecto, exigió de ellos una abnegacion de los intereses de sus subordinados, un talento de hacerlo todo con nada ó casi con nada, que era inhumano reclamar por su parte, y que debia producir mas de un escándalo de familia, como la abdicacion del rey de Holanda. Con especialidad respecto de José, despues de sacarle de Nápoles, donde desempeñaba una tarea adecuada á su carácter y á su talento, donde hacia venturoso á un pequeño pueblo y lo era él asimismo, trasladóle Napoleon á España casi sin consultarle, y le lanzó á una guerra espantosa; tras de ayudarle un instante con todas sus fuerzas, enmedio de las atenciones de la guerra de Austria en 1809, de la de Rusia en 1812, le dejó sin socorros, sin dinero, expuesto al odio de sus súbditos, á la desobediencia y aun á veces á la arrogancia de sus generales, no quiso dar oidos á ninguno de sus pareceres, casi todos justificados por los sucesos, y por toda respuesta no cesó de hacer burla de sus pretensiones militares y de sus costumbres, burla que de la córte francesa resonó en la córte española, y contribuyó no poco al descrédito de la nueva dinastía. Y sin embargo, Na-

poleon amaba á su familia, pero echado á perder por una autoridad sin freno, no hacia mas caso de los derechos de sus hermanos que de los de las naciones, y disponia de unos y de otras como de instrumentos inanimados, hasta el momento en que debia encontrar rebeladas á las naciones y casi en estado de defeccion á sus hermanos.

A José le trató de una manera extremadamente rigorosa.—Harto tiempo he comprometido por imbéciles mis negocios, escribió al archicanciller Cambacéres, al ministro de la Guerra y al ministro de Policía, y despues de este preámbulo dió respecto de José las órdenes mas severas y mas humillantes. Ante todo para reemplazarlo en España hizo la eleccion que le podia ser de mayor desagrado, la de Soult, que á la sazon se hallaba en Dresde. Napoleon confirió á este mariscal el título de su lugarteniente en España, con poderes extraordinarios; le ordenó que partiera sin tardanza, que no se detuviera en París mas de doce horas, que solo viera allí al archicanciller Cambacéres y al ministro de la Guerra, y que marchara de seguida á Bayona para juntar allí el ejército y resistir á los ingleses. Nada mas natural hasta ahora. Pero intimó á José que dejara la España al punto, que no se presentara en París de ningun modo, que se retirara á Morfontaine, que se encerrara en este retiro, y no recibiera á persona alguna; encargando al príncipe Cambacéres que prohibiera á todos los altos funcionarios ir á visitarle, como si de su parte se pudieran temer estos movimientos generosos; y á tales intimaciones añadió la de que se le aprisionara, si sus órdenes eran infringidas. Desconfiado respecto de los hombres, desde que tuvo

que serlo respecto de la fortuna, por donde quiera veia tramas próximas á urdirse contra la regencia de su esposa y contra la autoridad de su hijo. Por estas causas no quiso dejar en París al mariscal Soult y ni al duque de Otranto, y bajo diferentes pretextos los tenia sin empleo en la capital de Sajonia. José descontento en París y rodeado de descontentos, disputando quizá alguna vez la regencia á María Luisa, tales fueron las siniestras imágenes que cruzaron por su mente irritada, y le dictaron la órden inútil de prender á su propio hermano. Ciertamente, si José fuera capaz de estos negros proyectos, comenzara por desobedecer en España, y de este modo le fuera mas útil segun todas las probabilidades que obedeciendo servilmente órdenes dadas desde muy lejos y bajo el imperio de fatales distracciones. A menudo el simple buen sentido á la vista de los lugares, y aplicado de una manera exclusiva á su objeto, vale mas que el genio ausente y distraido por empresas exhorbitantes.

Si los acontecimientos de España, que Iban á hacer á los enemigos de Napoleon mas exigentes, le trasformaran en mas conciliador y razonable, se pudiera decir que de una enorme desdicha emanaba una gran ventura, pero no fué asi de ningun modo. Despues de visitar á Torgau, á Wittenberg, á Magdeburgo, despues de pasar revista á los cuerpos de tropas cuya inspeccion se propuso, y de ordenar las obras que habia proyectado junto al Elba, regresó Napoleon á Dresde, para continuar el juego terrible de perder tiempo, y de llegar al término del armisticio sin explicarse acerca de las condiciones de la paz, y de alcanzar de esta suerte

una nueva suspension de armas, fingiendo negociar formalmente á última hora. Prusia y Rusia habian elegido sus plenipotenciarios y los enviaron á Praga, adonde llegaron el 11 de julio, y por consiguiente un dia antes del término señalado para la reunion del congreso. Ninguna de estas dos potencias hizo las elecciones brillantes que se esperaron al principio. Creyóse que Prusia designaria al canciller Hardenberg y Rusia á Mr. de Nesselrode; pero, por sugestion de Inglaterra, evitaron una y otra dar demasiado brillo á este congreso, y quisieron aparecer llevadas allí y dirigidas por el Austria, no haciendo figurar ningun personage que igualara á Mr. de Metternich. Prusia eligió á Mr. de Humboldt, nombre ilustre ya en la ciencia, si bien escasamente conocido aun en la política, siendo este plenipotenciario de Prusia hermano del sábio que es una de las glorias del siglo. Rusia eligió á Mr. de Anstett, alsaciano y francés por consiguiente, individuo de una familia de emigrados, hombre de algun talento, de consideracion no grande, y de sentimientos muy hostiles á Francia. Aun cuando esta última eleccion se resintiese de harto desagradable, como en el fondo la intencion era dejar que Mr. de Metternich lo hiciese todo, solo habia que atender á éste, sin hacer caso de los colaboradores que le fueron agregados. Apenas llegados á Praga estos dos negociadores comunicaron al mediador sus poderes, y se lamentaron del poco miramiento que se les tenia al hacerles estar en espera, y hasta sin anunciar el dia de la llegada de los plenipotenciarios franceses. Aun no se habia dicho nada el 15 de julio, y Mr. de Narbonne, vuelto como embajador á Praga, designado

además como uno de los que debian ser plenipotenciarios, no sabia qué lenguaje usar, ni qué actitud tener, á causa de no recibir poderes ni instrucciones. A todas las manifestaciones de Mr. de Metternich, trasmitidas á Dresde, respondió monsieur de Basano que la culpa era del gabinete austriaco, pues habia dejado partir á Napoleon hacia Magdeburgo sin comunicar oficialmente la ratificacion del nuevo convenio sobre la prórroga del armisticio hasta el 16 de agosto. A este cargo replicó Mr. de Metternich que, habiendo dado á conocer la ratificacion aquella oficiosamente, bien se pudo nombrar los plenipotenciarios, mientras la comunicacion oficial llegaba, y hacerlos poner en camino, con lo cual se cumplieran al menos los deberes de cortesía á que los grandes Estados se hallan obligados unos respecto de otros, lo mismo que los individuos. Mr. de Basano lo volvió á cargar todo sobre Mr. de Metternich, prescindiendo absolutamente de su respuesta.

De vuelta estuvo Napoleon en Dresde el 15 de julio, tras un viage de cinco dias, y habiendo recibido al fin la ratificacion del nuevo convenio por Austria, Prusia y Rusia, no podia dilatar el nombramiento de sus plenipotenciarios. Así encargó á Mres. de Narbonne y de Caulaincourt que le representaran en el congreso de Praga. Imposible era elegir hombres mas sensatos, de mas luces, ni animados por sentimientos mas nobles. Al nombrar á Mr. de Caulaincourt alimentaba siempre Napoleon la secreta esperanza de una avenencia directa con Rusia, y de un tratado de paz, que sacrificando á Alemania en provecho de los dos grandes imperios de Oriente y de Occidente, satisficiera á la vez

á Rusia y á Francia, triste paz, acaso conveniente al amor propio de Napoleon, si bien de ningun modo á los verdaderos intereses de su imperio. Aun cuando esto fuera poco probable, á juzgar solo por la eleccion de Mr. de Ansttet para representar á Rusia, Napoleon no desesperaba del todo, y para este caso único deseaba negociar formalmente. Mr. de Caulaincourt, objeto de tales ilusiones, no participaba de ellas. Este excelente ciudadano, de talento profundamente juicioso, tenia la rara virtud de exponerse, por decir la verdad á caer en desagrado, gustandole agradar sobremanera, y siendo de esta suerte el modelo nada comun del cortesano honrado, para quien nada son los favores de córte, ni aun los mas apetecidos, cuando se trata de ahorrar al príncipe una falta, y al pais una desventura. Por esto dijo á Napoleon que no era de esperar una especie de paz astuta, emanada de la defeccion de unos respecto de otros, en el estado de fuerte cohesion á que habian llegado los diversos gabinetes; que Rusia no se dejaria separar de Austria; que de nada serviria el favor de que habia gozado personalmente cerca del emperador Alejandro; que las concesiones solicitadas por el Austria ofrecian el único medio de llegar á una paz honrosa; que esta paz era indispensable; que suplicaba que no se le enviase á Praga con las manos atadas, para experimentar allí el dolor de ver pasar esterilmente por delante la ocasion de servir y salvar á su patria. Hasta llegó á declarar que sin una latitud suficiente no aceptaria la mision para que estaba destinado. Napoleon, que necesitaba del nombre de Mr. de Caulaincourt para encubrir con el respecto que infundia el tal nombre una negociacion simulada, le prometió poderes ámplios, y contando el negociador ilustre con esta promesa, se sometió á la voluntad de su soberano

Estas dos elecciones, aprobadas universalmente, produjeron en Praga una impresion que atenuaba hasta cierto punto el mal efecto de nuestras eternas moratorias. Aun cuando ya fuera el 16 de julio, y no quedaran mas que treinta dias para los tratos, aun se podia salvar todo, cuando un fatal incidente vino á suministrar a Napoleon el pretexto especioso que buscaba para perder todavia mas tiempo. En Neumarckt habia representantes de las diversas partes beligerantes, reunidos en comision permanente, para el arreglo cotidiano de lo tocante á la ejecucion del armisticio. Cuando el comisionado francés les comunicó el último convenio que lo prorogaba hasta el 10 de agosto, con un plazo de seis dias entre la denuncia del armisticio y la renovacion de las hostilidades, lo cual fijaba para el 17 la desgraciada continuacion de esta guerra, se hicieron de nuevas los comisionados ruso y prusiano y aparecieron como sorprendidos de lo que se establecia. Despues de consultar al cuartel general de los aliados, recibieron del comandante en gefe Barclai de Tolly la confirmacion del convenio, al par que la declaracion de que las hostilidades volverian á empezar el 10 y no el 17 de agosto. Semejante declaracion era tan extraña como imprevista. Segun el verdadero sentido del convenio, no se podia denunciar el armisticio antes del 10 de agosto, si efectivamente se denunciaba este dia, aun debia transcurrir á tenor del primer convenio y de todas las reglas un plazo cualquiera entre el aviso de la vuelta á las hostilidades

y su ruptura. Este plazo, de seis dias en el primer convenio, debia subsistir de derecho para el segundo. La costumbre, la intencion de los primeros contratantes, el texto, todo concurria á hacer esta interpretacion incontestable. Pero veáse lo que produjo el engaño, que iba á suministrar á Napoleon tan funestos subterfugios. Los soberanos de Rusia y de Prusia se hallaban rodeados de espíritus fogosos hasta el extremo de costarles mucho que se acomodasen al primer armisticio, aunque les fuera muy necesario No pudieron negar á las instancias de Mr. de Metternich el segundo: no obstante, al consentir en que se llevara á efecto, apenas se atrevian á confesarlo, y al partir el emperador Alejandro para Trachenberg, donde se debia celebrar una conferencia entre los gefes de la coalicion, dijo al general Barclai de Tolly en globo que habia consentido en una próroga del armisticio hasta el 10 de agosto, pero que no concederia un dia mas siquiera. Al expresarse de este modo y generalmente, no se refirio mas que al término principal el emperador Alejandro, sin pensamiento de excluir el de seis dias, fijado de derecho entre el anuncio y la ruptura de las hostilidades. Pero, llevando Barclai de Tolly hasta el exceso la exactitud y la observancia de las formas, no cedió á manifestacion ninguna, y declaró que no queria tomar sobre sí la solucion de esta dificultad sin dar cuenta al emperador Alejandro.

Al llegar á oidos de Napoleon esta singular disputa, sintió disgusto por de pronto, dudando si realmente seria séria, y si se trataria de quitarle estos siete dias en que tenia tanto empeño, pues con la actividad que estaba desplegando, cada hora

transcurrida le producia resultados de trascendencia. Pero, reflexionando y haciendo memoria de sus debates con Mr. de Metternich y de los cálculos de tiempo que formaron juntos, no pudo conservar la mas leve duda sobre la interpretacion del segundo convenio, y lejos de inquietarse del incidente, determinó aprovecharlo y sacar de aquí un nuevo pretexto, plausible á todas luces, para perder aun algunos dias. Al punto hizo que Mr. de Narbonne declarara en Praga que, habiéndose suscitado en Neumarckt un extraño incidente, disputándose acerca de la inteligencia del convenio, por cuya virtud se iban á reunir y a entrar en tratos, no era propio de su decoro ni de su seguridad negociar con gentes que asi entendian sus compromisos, y que antes de mandar partir á Mr. de Caulaincourt queria una explicacion categórica sobre lo que el general Barclai de Tolly habia dicho recientemente. Estando ya en Praga Mr. de Narbonne, uno de los plenipotenciarios franceses, se hallaban satisfechos a sus ojos los deberes de la cortesía, y podia muy bien el segundo plenipotenciario francés no partir hasta lograr la explicacion pedida, y de modo que fuera plenamente satisfactoria.

Cuando un despacho partido el 17 de julio de Dresde dió á conocer esta nueva dificultad el 18 en Praga, experimentose allí una impresion naturalísima y muy viva. Los dos plenipotenciarios ruso y prusiano aparentaron estar irritados y aun ofendidos, mucho mas de lo que estaban de veras. Pero Mr. de Metternich mostrose consternado, y el emperador Francisco hondamente herido. Uno y otro deseaban la paz, tal como la hemos definido, aunque el emperador creyese en ella menos que el mi-

nistro, y cada eventualidad desvanecida les causaba sincera pesadumbre. Además tenian por humillante el papel que se les hacia representar de esta manera. Se reian de ellos los enemigos de su política mediadora, y se deleitaban en decir que por premio de sus esfuerzos pacíficos no les enviaria Napoleon ni un representante, y que los inventores del congreso de Praga, lejos de llevarlo á buen desenlace, ni aun lograrian reunirlo. Este fatal pronóstico de los adictos á la guerra parecia próximo á realizarse, pues, y bajo el sútil pretexto de que la ratificacion del convenio se habia comunicado oficiosa y no oficialmente, ya habia perdido Napoleon cinco ó seis dias; ahora, bajo el pretexto no ménos frívolo de que los comisionados de Neumarckt, simples agentes de ejecucion y sin autoridad moral alguna, suscitaban una dificultad de interpretacion sobre un texto que les era desconocido, se iban á perder mas dias de nuevo. Y cuando solo se tenian veinte delante, ó veinte y siete con el término disputado, parecia un juego patente y ofensivo sacrificar cinco ó seis á cada coyuntura. Por otra parte no era la pérdida de tiempo lo mas grave, pues, queriendo entenderse de veras, habia bastante con dos dias, aunque no faltasen mas para la expiracion del plazo; lo mas grave consistia en la disposicion que revelaba en Napoleon esta conducta. Burlándose de sus adversarios y del mediador de tal modo, no deseaba la paz evidentemente, y despues de ganar el tiempo con tanto ardor deseado y de emplearlo tan á maravilla, ni aun se tomaba el trabajo de disimular hasta que punto se mofaba de las víctimas de su engaño.—Tal era el lenguaje, fundadísimo por desgracia, que los

parciales de la guerra usaban en todas partes, esmerándose en hacerle ofensivo y amargo para el emperador Francisco y su ministro.

Mr. de Metternich vió á Mr. de Narbonne, y mostróse le hondamente afligido, explicándose de este modo.—La nueva dificultad que acabais de suscitar no es mas formal que la precedente. Amistosamente os anunciamos la ratificacion expresa del convenio, por cuya virtud se prorogaba el armisticio hasta el 16 de agosto: no podiais por tanto dudar de la exactitud del hecho, y esta no era una razon para dilatar el nombramiento y el envio de vuestros plenipotenciarios, cuando debian estar aquí el dia 12 y llegaron el 11 los de las otras partes beligerantes. Hoy los comisionados de Neumarckt, que no son nada, que participan de todas las pasiones de los estados mayores, pretenden interpretar un texto, que les es desconocido, y fingís tomar la cosa en sério hasta el punto de presentaros llenos de alarma, que, á decir verdad, no puede ser muy sincera. ¿Creeis por ventura que, á pesar nuestro y por consiguiente sin nosotros, se queria volver á las hostilidades? ¿Lo creeis de veras? No, ciertamente. ¿Pues entonces, de qué se trata? De una dificultad insignificante, de que pudierais hacer asunto de nuestra entrevista en la primera reunion de los plenipotenciarios, y sobre la cual tuviérais el dictámen favorable de los dos plenipotenciarios prusiano y ruso, y en todo caso la opinion decisiva del mediador que conociais de antemano. No valia esto la pena de perder mas dias, cuando apenas quedan veinte de hoy al 10 de agosto. En semejante conducta no podemos ver mas que una cosa, y es el deseo del emperador

Napoleon de llevarnos de este modo, sin hacer nada, hasta el término del armisticio. Pero que no se engañe, pues no logrará que se prorogue un dia mas la suspension de armas. Por las dificultades que encontrais en Neumarckt podeis inferir las que nosotros hemos tenido que vencer para alcanzar la próroga primera; estad seguros de que no obtendreis la segunda. No se forje el emperador Napoleon ilusiones sobre una cosa todavía mas importante. Llegado el término del 10 de agosto ya no habrá que hablar de paz ni una palabra, y será declarada la guerra. No se lisongee de que hemos de permanecer neutrales. Despues de emplear todos los medios imaginables para atraerle á razonables condiciones, que conoce perfectamente, que le dimos á conocer desde el primer dia, sobre las cuales no hemos podido variar nada porque constituyen el único estado tolerable para Europa, si las desecha, no nos queda otro arbitrio que el de declararnos beligerantes. Si permaneciéramos neutrales, como lo desea en el fondo, no dudamos de que serian batidos los aliados; y tras de su turno vendria el nuestro y lo tendriamos bien merecido. No incurrirémos pues en tal falta. Lo que es hoy, digaseos lo que se os diga, somos libres. Os empeño mi palabra y la de mi soberano, no tenemos compromisos con nadie; pero tambien os afirmo que el 10 de agosto á media noche los tendrémos con todo el mundo, excepto con vosotros, y que tendreis encima á trescientos mil austriacos mas desde el 17 por la mañana. No ha tomado esta resolucion mi soberano á la ligera ni sin pesadumbre, pues es padre y ama á su hija; pero se halla obligado respecto de su pueblo, de sí mismo y de Europa, á

consolidar una situacion permanente, ya que tiene medios de conseguirlo, y mas cuando por otra parte no le quedaria mas alternativa que la de caer algunos dias despues bajo vuestros golpes y en una dependencia peor que aquella en que pusisteis á Prusia. Ya sabemos los riesgos que se corren al querer pelear en vuestra contra, aun siendo numerosos los combatientes, si el emperador Napoleon se halla á la cabeza de los ejércitos franceses; pero, tras de maduras reflexiones, preferimos esos riesgos á la deshonra y la servidumbre. Por consiguiente, no se nos venga a decir despues del suceso que os hemos engañado. Todo es posible hasta el 10 de agosto á media noche, y aun á última hora, pasado el 10 de agosto, ni un dia, ni un instante de respiro; la guerra, la guerra con todo el mundo, y hasta con nosotros.—Bajo la impresion de este lenguaje reposado, triste y grande, dijo Mr. de Narbonne a Mr. de Metternich:—¡Con qué ni un instante de respiro, aun cuando la negociacion esté comenzada!—Solo en el caso, repuso el ministro de Austria, de que las bases de la paz se encuentren admitidas del todo, y no falte mas que arreglar los pormenores.

Mr. de Narbonne, que habia avalorado esta situacion perfectamente, y veia á las claras que ya era imposible jugar con el tiempo ni con los hombres; que procediendo así no se engañaria á nadie, sino á sí propio, escribió á Mr. de Basano que habia que decidirse á la guerra, á la guerra segura y universal con Europa, ó que de no abrazar este partido, si se deseaba la paz, salvas las modificaciones que pudieran introducirse en lo solicitado, habia que negociar formalmente, y aun no darse aires

de hacer burla de aquellos con quienes se estaba tratando, siquiera no se tirase á otra cosa que á una próroga del armisticio. De consiguiente pedia que se hiciera partir á Mr. de Caulaincourt, porque los plenipotenciarios prusiano y ruso amenazaban todos los dias con retirarse, para lo cual tenian derecho, pues ya era el 20 de julio y se hallaban esperando desde el 12, y que todo quedaria concluido si dejaban á Praga. Apenas se lograria entonces que la buena fé de los coaligados respetara el armisticio hasta el 17 de agosto, y si se lograba solo se deberia á la prudencia y á la moderacion de Austria.

No afectaron mucho á Mr. de Basano y menos todavía á Napoleon estos consejos tan juiciosos y dictados por el exacto conocimiento de las cosas. Sin embargo, aunque decidido Napoleon á la guerra mas bien que á las condiciones llevadas por Mr. de Bubna, aun lisonjeándose de que con sus nuevos aprestos batiria á todos los coaligados, por mas que se contara entre ellos el Austria, no era indiferente á la esperanza de una nueva próroga del armisticio, y á fuerza de desearla, se forjaba la extraña ilusion de que tal vez la conseguiria. A la verdad dudaba de inducir á esta próroga á Rusia y Prusia, animadas como parecian estarlo; pero le quedaba una combinacion mejor que la de retardar las hostilidades con todas las potencias, y consistia en dejar que empezasen con Rusia y Prusia, y en diferirlas algunos dias mas con el Austria sola, lo cual le daria espacio para abrumar á las dos primeras, dejando para despues lo de ...arse encima del Austria, *á la que llegaria su turno*, segu Mr. de Metternich habia dicho perfectamente.

Para lograrlo tenia el medio de abrir la negociacion cuando estuviese próximo á expirar el armisticio, de manera de inspirar algunas esperanzas á monsieur de Metternich y al emperador Francisco, de obtener que, mientras se peleaba, se prosiguiera negociando, cosa posible y vista en varias ocasiones, y que probablemente retardaria la entrada en accion del Austria, pues mientras hubiera verosimilitud de que fueran aceptadas estas condiciones, la habia tambien de que Austria no se quisiera poner en guerra con Francia. Asi su pensamiento actual se cifraba en llegar, no á una suspension de armas que detuviera el brazo de todo el mundo, sino á una negociacion continuada que detuviera algunos dias mas el brazo del Austria. Pero para esto convenia hacer algo, y Napoleon, á pesar de la duda subsistente en Neumarckt y que para él no lo era, dispuso expedir á Mr. de Narbonne sus poderes y sus instrucciones, que se habian retenido hasta ahora, con la facultad otorgada á los dos plenipotenciarios franceses de tratar el uno en ausencia del otro. Ya no habia fundamento para decir que la negociacion estaba suspendida, puesto que Mr. de Narbonne podia entablarla por sí solo y hasta conducirla á remate. No obstante, aunque se apreciara el mérito de Mr. de Narbonne en Austria y en Europa, se reputaba al duque de Vicencio Mr. de Caulaincourt como al único iniciado en el pensamiento de Napoleon, y asi, mientras no llegara á Praga, se creia generalmente que la negociacion no se debia tomar en sério. Sobre este punto hizo repetir Napoleon que enviaria al duque de Vicencio, tan luego como el enigma de Neumarckt quedara descifrado; y á fin de aparentar un motivo

especioso para dar tanta importancia á este asunto, mandó que se escribiera á Mr. de Metternich que, comunicándose por conducto de los comisionados de Neumarckt con las plazas de Custrin, de Stettin y de Danzick, tanto para las correspondencias como para los comestibles, necesitaba de una explicacion positiva y terminante, y solo para asegurarse de obtenerla retardaba la partida del duque de Vicencio.

Aspirando Mr. de Basano de continuo á amoldarse á los deseos de su soberano, y á imitar su culpable aunque heróica indiferencia en el seno de los peligros, escribia á Mr. de Narbonne lo siguiente.—Os envio mas *poderes* que *poder*, tendreis *las manos atadas, pero las piernas y la boca libres, para pasearos y para comer*.—¡Con este tono hablaba el ministro del Imperio francés en el instante supremo en que se decidia para siempre sobre la suerte de su soberano y de su patria!

Tras de dedicarse á este juego de palabras, Mr. de Basano permitia á Mr. de Narbonne que procediera al cange de sus poderes, si bien ateniéndose al método de negociar sobre que ya se habia insistido. Por tanto debia ofrecer el cange de los poderes en una conferencia comun, y cumplida esta formalidad, proponer la discusion de las materias en las conferencias á que asistiesen todos los plenipotenciarios, á la vista del mediador, que de este modo seria testigo y parte de las negociaciones, pero no su exclusivo conducto. Por último; debia proponer la redaccion de protocolos que hicieran constar la autenticidad de las conferencias. Si se zanjaban todas estas cuestiones de forma, que no dejarian de dar largas, tenia Mr. de Narbonne la órden de presentar por

primera base de negociacion el *uti possidetis*, esto es, la conservacion de lo que poseia cada uno en el estado presente de la guerra, cual si no se hubieran consumado los sucesos de 1812 y de 1813.

Solamente la cuestion de forma debia absorber mucho tiempo, dado que los coaligados habian tomado sobre ella su partido, é insistir en esta materia equivalia á gastar sin fruto no pocos meses, cuando no se tenian mas que diez y ocho dias delante. Efectivamente, al saber Mr. de Metternich que Mr. de Narbonne habia recibido sus poderes, no se consoló mas que á medias de la ausencia del duque de Vicencio, sobre todo cuando tuvo noticia de que Mr. de Narbonne queria presentar y cangear sus poderes en una reunion general de los plenipotenciarios, abocándose bajo la presidencia del mediador entre ellos, y no prestándose á aceptarle por conducto único de sus comunicaciones. Segun se ha visto, este último punto habia adquirido suma importancia desde que Napoleon, al elegir á Mr. de Caulaincourt, insinuó claramente el pensamiento de entenderse de una manera directa con Rusia á costa del Austria. A contar de este instante, Rusia y Prusia, por no ser sospechosas y menos acusadas de entrar en los designios de Napoleon, afectaban tener mas empeño que la misma Austria en una forma de negociacion que hiciera que por conducto del mediador pasara todo. Asi Mres. de Humboldt y de Anstett, y con especialidad éste, se apresuraron á entregar á Mr. de Metternich sus poderes, sin quererlos entregar á otro. Tranquilo Mr. de Metternich desde entonces en punto á la negociacion directa entre Rusia y Francia, contra la que se quiso asegurar al ir á Praga, se adhiriera

á los deseos de Francia en esta cuestion de forma, solo por dar principio á las negociaciones; pero esto no dependia de su voluntad, empeñandose Rusia y Prusia en que estuviese mas tranquilo de lo que le haria falta. Asi no dejó de manifestar á Mr. de Narbonne que de buen grado consintiera en que se efectuara en comun el cange de poderes, á no ser porque ya los plenipotenciarios ruso y prusiano le habian presentado directamente los suyos, y porque de esta suerte se habian legitimado, y de seguro no querian ya volver atras de lo hecho, aun cuando no fuera mas que por amor propio. Les propuso en efecto que cedieran sobre este punto, y se negaron á su demanda, y á pesar de las autorizaciones enviadas á Mr. de Narbonne, la negociacion no adelantó un paso. Mr. de Metternich expresó de nuevo á Mr. de Narbonne su pesadumbre, repitiéndole que el mal tendria remedio hasta el 10 de agosto á media noche, si bien llegada esta hora, ya seria irremediable.

Durante estas inútiles idas y venidas, no conservando ya Napoleon la esperanza mas leve de la posibilidad de una negociacion separada con Rusia, pensaba cuando mas en retener al Austria inactiva algunos dias despues del 17 de agosto, á fin de lograr tiempo de abrumar primeramente á los rusos y á los prusianos, salvo lo de batir posteriormente y á su turno á los mismos austriacos, si eran tan poco perspicaces que se prestaran á un cálculo de esta especie. Lo que es en la paz no pensaba de ningun modo, pues á ninguna costa queria abandonar las ciudades anseáticas incorporadas constitucionalmente al Imperio, ni renunciar al titulo de protector de la Confederacion del Rhin llevado con

cierta especie de ostentacion hasta entonces, ni reconstituir la Prusia al dia siguiente de haberle vuelto las espaldas. Cruelmente le costaba cada uno de estos sacrificios; y sin embargo, aun despues de las victorias de Lutzen y Bautzen, era imposible que la terrible catástrofe de 1812 no tuviese algunas consecuencias, si no para Francia, al menos para su persona, y convenia que se resignase á pagar su falta con un disgusto, fuera el que fuera. Tras de tan grandes desventuras debia tener á dicha no ser castigado mas que en su orgullo, y no estar obligado á sacrificar ninguna cosa que Francia debiese sentir de veras, pues segun hemos expresado y se nos permitirá repetirlo, cuando se le dejaban, además del Rhin y los Alpes, la Holanda, el Piamonte, la Toscana, Roma, á título de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardía y Nápoles, á título de principados de familia, se le otorgaba mas de lo que debia desear y de lo que debia poseer Francia. Aqui se presentan algunas reflexiones que ya hemos indicado, si bien es fuerza reproducirlas en el momento decisivo de una manera mas completa, para avalorar sanamente las determinaciones de Napoleon. Si se examina una tras otra sus pretensiones territoriales se reconocerá cuan poco razonable se mostraba al sostenerlas. Hasta Holanda, la menos fuera de razon de todas, no podia ser incorporada material y moralmente al Imperio sino á costa de mucho trabajo. Al segregar de ella lo que Napoleon tomó al rey Luis en 1810, para castigarle por sus resistencias, es decir, lo que está situado á la izquierda del Wahal, que es el Rhin verdadero y constituye la barrera mas poderosa, se habia adquirido

cuanto era deseable bajo el aspecto de las fronteras, quedando siempre la grave dificultad moral de fraccionar un pais tan homogéneo como Holanda, y cuyas partes todas están formadas para vivir juntas. Relativamente á la porcion, de allende el Wahal, que se dilata hasta el Texel y comprende á Gorcum, Nimega, Utrecht, Rotterdam, el Haya, Amsterdam, el Texel, esto es, la grande Holanda, imposible era agregarla á la geografía militar de la Francia; y así Napoleon, en sus mas hábiles combinaciones para la defensa del territorio, jamás pudo hallar la manera de cubrir el Zuidazeo, ni de formar una frontera sólida desde Wesel hasta Groninga. No teniendo para proteger esta parte de Holanda mas que la débil línea del Issel, no vió mas recurso que ordenar las inundaciones; y á la verdad es, no solo inhumano, sino impolítico, pensar en poseer un pais que no se puede conservar mas que anegándolo. Teniendo Napoleon en el Océano la Rochela, Brest, Cherburgo, Amberes y Flesinga, poseía cuanto podia anhelar contra Inglaterra; y los terrenos, medio islas y medio continentes, que se extienden de Nimega á Groninga, de Bergop-Zoom al Texel, con una raza libre, altiva, sensata, rica, llena de recuerdos bastante gloriosos para quererlos confundir con los de otra nacion, merecian que se les dejara independientes entre todas las potencias de Europa, á fin de que prosiguieran siendo la via mas lata y mas libre del comercio marítimo. ¿Y por ventura, aun fijándose en el Piamonte, se podia calificar de muy prudente la aspiracion de poseer un territorio mas allá de los Alpes, esto es, mas allá de nuestras fronteras naturales, y que debia enagenarnos para siempre á

los italianos, al modo que la posesion de la Lombardía no ha cesado de enagenárselos al Austria, y de valernos odios en vez de influjo, y de escapársenos inevitablemente al primer reinado débil de las manos? Sin embargo, en un sistema de grandeza á la manera de Carlo-Magno, grandeza que en los tiempos modernos no es mas que un puro anacronismo, pues cuando Carlo-Magno reinaba sobre el continente desde el Elba hasta el Ebro, abarcaba en sus vastos Estados á paises medio salvages, que aun no tenian existencia histórica alguna, en tal sistema se puede concebir el aditamento de la Holanda, especie de apéndice marítimo de nuestro territorio como es apéndice continental el Piamonte, útil á quien se propone bajar frecuentemente de los Alpes; mas dentro de este sistema ya falso, ¿qué se habia de hacer de Toscana y de Roma? ¿Qué de la Iliria, de Lubeck y de Hamburgo? Esto no era mas que un prurito de conquistas insensatas, sin plan y sin límites y sin mas duracion que la de la vida de un conquistador como Atila ó como Alejandro, para dar márgen á su muerte á una division de territorios entre sus generales ó sus vecinos. Bajo tal sistema qué, no estribando sobre ningun principio político, no podia tener ningun límite territorial, donde podia hacer entrar todo salvo no guardar nada, no cabia decir que el imperio de Napoleon fuese verdaderamente menos grande porque no se incluyeran en su territorio Lubeck ó Hamburgo. Napoleon, con estas ciudades o sin ellas, era tanto como Carlo-Magno, pues el que además de Bruselas, de Amberes, de Flesinga, de Colonia, de Maguncia, de Estrasburgo, poseia á Amsterdam, Utrecht, el Texel, Turin, Flo-

rencia, Roma, sin contar á Cassel, Milan y Nápoles, era tan grande y aun mas grande que Carlo-Magno, de la grandeza fabulosa que tenia razon de ser en el siglo nono, y no en el siglo XIX, y que despues de su Carlo-Magno tendria inevitablemente su Luis el Benigno. No se concibe que otorgándose á Napoleon lo principal de esta quimérica grandeza, la comprometiese por Hamburgo, por Lubeck, ó por un vano título como el de protector de la Confederacion del Rhin. Se comprende que no quisiera ceder sin duda, si estuviera comprometido el honor de las armas, pues vale mas perder provincias á trueque de salvarlo; pero ya se habia conseguido esto en Lutzen y Bautzen, donde las desdichas de nuestros veteranos fueron vengadas por mancebos; á salvo estaba tambien la verdadera grandeza, y aun la inútil y exagerada; solo tenia que padecer el orgullo. Triste es decir que Napoleon estaba pronto á sacrificar á este sentimiento personalísimo no solamente la sólida grandeza de la Francia, la que durante la revolucion habia conquistado sin su ayuda, sino tambien la grandeza ficticia, fabulosa, que le habia agregado con sus insignes proezas ¡A este sentimiento iba á sacrificar su esposa y hasta su hijo!

No obstante, estas cuestiones agitaban á Napoleon profundamente, y si con la facultad de distraerse en mil trabajos de todas clases, facultad que poseia en el mas alto grado, llegaba á mostrar sereno el rostro, si plenísimo de sus vastas y profundas concepciones militares, conseguia adquirir confianza, á veces sentíase turbado y de contínuo pensaba en el grave asunto que acaba de ser expuesto. Siempre á la carrera en torno de Dresde; haciendo

con su vientre abultado, que empezaba ya á molestarle, excursiones de treinta y cuarenta leguas por dia, la mitad de ellas á caballo; yendo á estudiar á lo largo de las fronteras de Bohemia los campos de batalla, que muy pronto se debian cubrir de sangre; llevando consigo á sus generales; enviándolos solos á veces para obligarles á estudiar el terreno, le ocupaban la mente las mismas ideas, y ya por el camino, ya de vuelta en la capital de Sajonia, platicaba sobre ellas con los personages de todas las profesiones que le acompañaban en sus campañas. Absoluto por su poder, era dependiente por su perspicacia de los espíritus que se hallaban en rededor suyo, pues le era imposible ver en todos los semblantes la desaprobacion sin experimentar la necesidad de combatirla, de disiparla, de vencerla, y tenia mucho que hacer á menudo. Con efecto, mostrándose todos muy sumisos, muy aplicados á agradarle, el sentimiento del peligro desataba la lengua á los mas alentados, y ya que no otra cosa, entristecia á los mas tímidos el rostro.

Echando de ver cada uno en la situacion lo que segun su estado militar ó civil le atañia, revelaba los peligros que le llamaban la atencion mas particularmente. Los militares, que hallaron superior la posicion del Elba, cuando solo tenian que habérselas con los prusianos y los rusos, se espantaban de tener en contra á los austriacos, y de hallarse junto al Elba con la posibilidad de que estos los rebasaran hácia la parte de Bohemia, y de que asi estuvieran los enemigos sobre la espalda, entre nosotros y la Turingia. Los políticos veian claramente al Austria, arrastrada por el espíritu público de Alemania y estimulada por su interés propio, muy

próxima á imitar á Prusia, y á completar asi la union de todos los Estados en nuestra contra; y nos veian reducidos á luchar contra Europa exaltada por el odio con Francia abatida por el cansancio. Asi unos y otros opinaban que se admitieran la mediacion y sus condiciones, cualesquiera que fuesen estas, aun suponiéndolas mucho menos ventajosas que lo eran realmente. Sin duda no quisieran admitir á ningun precio la Francia privada de sus fronteras naturales; pero si se les revelara que directa ó indirectamente poseeria á Maguncia, Colonia, Amberes, Flesinga, Amsterdam, el Texel, Cassel, Turin, Milan, Florencia, Roma, Nápoles, de seguro suplicáran á Napoleon de rodillas que aceptase. Mas se les mantenia en la ignorancia del verdadero estado de las cosas: vagamente se hablaba delante de ellos de sacrificios contrarios al honor, y sin saber cuales eran de fijo ya se les alcanzaba que aun era Francia sobrado temida para que se osara ofrecerla menos que sus fronteras naturales, y bajo este supuesto muy inferior á la realidad á pesar de todo, preferian sacrificios de amor propio al peligro de una lucha tremenda contra una coalicion formada por toda la Europa.

Asi los políticos al igual de los militares hablaban entre si de este asunto, ora en los bivaques, ora en las antecámaras de Napoleon, se callaban cuando aparecia, y á veces no se interrumpian mas que á medias, para suministrarle coyuntura de anudar la conversacion si se dignaba proseguirla con ellos, cosa que no descuidaba de hacer casi nunca. Abundantes respuestas le ocurrian para los militares, pues, si tenian razon en señalar el atre-

vimiento de nuestra situacion junto al Elba, donde podiamos ser rebasados á la parte de Bohemia en el caso de una guerra con Austria, se engañaban muchos de ellos al proponerle la línea del Saale, línea muy corta, no incluyendo mas que el espacio contenido de Hof á Magdeburgo, fácil de forzar sobre todos los puntos, y expuesta á ser rebasada hácia Baviera como la del Elba hácia Bohemia. Adoptando esta línea pudiéramos ser rechazados hasta el Rhin en ocho dias, y fuera inconsecuencia bien extraña la de abandonar en las lides lo que Napoleon se obstinaba en defender temerariamente en las negociaciones. No habia medio entre renunciar de seguida á Alemania y asentir á las condiciones de Mr. de Metternich, ó disputarla con las armas como se disputaba diplomáticamente, y no habia otro modo de lograrlo mas que junto al Elba. Ahora bien, situado en Dresde, teniendo á su derecha á Koenigsberg, á su izquierda á Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, pudiendo abrumar á los que intentaran rebasarle, como lo hizo en Dresde antes de mucho, aun contaba Napoleon inmensas eventualidades en su apoyo. Verdad es que siempre quedaba el peligro de batirse á tanta distancia del Rhin y contra la Europa entera, y de verse en el aire enmedio de la Alemania sublevada, si uno de sus lugartenientes se mostraba débil ó torpe en la vasta línea de Koenigstein á Hamburgo: y siendo esto cierto, se necesitaba de buen juicio para reconocer y de valor para decir que la falta de Napoleon era política, y aconsejarle que abandonara la Alemania, cosa que daria la certidumbre de una paz inmediata y gloriosa. Por no establecer la cuestion de este modo se in-

curria contra Napoleon en verro, porque verdaderamente, de querer guardar la Alemania, solo se podia conseguir junto al Elba. Asi, no atreviéndose á sostener que resueltamente convenia entrar de nuevo en la línea del Rhin, se exponian el príncipe Berthier y los mariscales Soult, Ney y Mortier á ser refutados victoriosamente, cuando en sus conferencias numerosas proponian una línea entre el Rhin y el Elba, vencíalos Napoleon con su lógica apremiante, y guardaban silencio, si bien quedándoles siempre el convencimiento de un gran peligro, pues lo era sin duda batirse contra Europa, no junto al Rhin para la defensa legítima de nuestro territorio, sino junto al Elba y á impulsos del designio usurpador de la dominacion universal. De otro modo pasaban las cosas cuando se trataba de la cuestion esencialmente política de la paz y la guerra. Aqui Napoleon conocia harto bien su error, pues jamás le ocurria alegar una razon valedera. No decia la verdad, vagamente hablaba de sacrificios, que moderados en la apariencia por de pronto, muy luego vendrian á ser inmoderados é inadmisibles si cedia, y sin expresarlo de lleno, daba á entender que Austria se atrevia á reclamar la Italia. Entonces se acaloraba, hablaba del honor del Imperio, y exclamaba que mas valia perecer que sufrir tales condiciones, y menos de parte del Austria, que, despues de darle una archiduquesa en matrimonio, despues de aceptar en 1812 su alianza, se aprovechaba del primer revés para volvérsele en contra, como si semejante conducta, suponiendo que fuese cuál Napoleon la describia, se debiera calificar de muy criminal en una potencia, que, por largo tiempo batida y despojada de una gran parte de sus estados,

se valia de la ocasion para recuperar lo que le era posible, y sobre todo contra un conquistador sin moderacion ni mesura.—Ignorando sus contradictores el arcano de las negociaciones, suponiendo siempre que se trataba de sacrificios de gran monta, y superiores por tanto á los que se nos pedian de veras, concediendo que era desagradabilísimo ceder y con especialidad á gentes, que en cierto modo nos tendian un lazo, se acogian á la necesidad urgente de la paz, y aqui todas las ventajas estaban de su parte. Por apóstol constante de la paz habia encontrado Napoleon á Mr. de Caulaincourt, quien le suplicaba de continuo que no se obstinase contra la tempestad, y que prescindiera de una desazon momentánea por salvar á la Francia, al ejército, á sí propio, y á su hijo. Mr. de Caulaincourt era infatigable en esta valerosa y cívica empresa, y la acometia sin reposo y con admirable perseverancia. Un grande auxiliar habia hallado Mr. de Caulaincourt en el duque de Otranto, Mr. Fouché, que, aun aspirando á reconquistar el favor imperial perdido, ya inspirado por su buen seso, ya tambien acaso por el peligro con que la caida del Imperio amenazaba á todos los hombres de la revolucion, no vacilaba en sostener atrevidamente que habia que celebrar la paz. Segun Mr. Fouché no se trataba de averiguar de qué clase, secreto que incumbia á los plenipotenciarios encargados por Napoleon de esta tarea; pero, despues de Lutzen y Bautzen, refiriéndose á cierta especie de notoriedad pública, pensando en el temor que no habia cesado de imponer Francia, no ofrecia duda en su concepto que aun serian excelentes las condiciones; y si, como lo hacia presumir todo, se dilataba Francia

allende el Rhin y los Alpes, se le concedia mas de lo que necesitaba y de lo que apetecia. De consiguiente, salvo algunos pormenores, se debia aceptar la paz con que se nos brindaba, pues se hallaba exasperada Europa, y agotada Francia empezaba á participar de la exasperacion de Europa contra un sistema que no consentia mas bienestar al vencedor que al vencido.—En una de estas conversaciones, á la cual asistian Mr. Daru, Mr. de Caulaincourt, Mr. de Basano, y hasta el mismo rey de Sajonia, se permitió decir Mr. Fouché á Napoleon que, si no daba la paz de seguida, se haria muy en breve odioso á la Francia, y que habria peligro, no solo respecto de su persona, sino de su hijo y de su dinastía; que se perderia, si no aprovechaba la primera coyuntura para deponer las armas; que por honor venia Francia á hacer el último esfuerzo, no queriéndose retirar batida de su gran desafio con Europa, si bien despues de las victorias de Lutzen y Bautzen, ya consideraba su honor bien puesto, y se daria por satisfecha con tener el Rhin y los Alpes, cuya posesion no le disputaba ya ni Inglaterra; pero, que si á pesar de la posibilidad evidente de conseguir una paz de esta clase, todavía se porfiaba en seguir la guerra, se consideraria sacrificada á un sistema personal de Napoleon, sistema insensato, y que detestaba tanto como Europa, trayéndole iguales padecimientos.

Tan atrevidas proposiciones causaron á Napoleon una irritacion extremada, y no supo responder mas que diciendo que se ignoraba el secreto de las negociaciones; que las potencias beligerantes le pedian cosas inadmisibles; que, si las otorgaba, le creeria tan debilitado la Europa que muy luego

le exigiria todo lo que no podia concederse, ni aun por ninguno de sus contradictores; que, para conservar lo necesario, habia que defender hasta lo supérfluo, mostrándose indomable, resignándose todavía á dar una ó dos batallas, á trueque de sustentar la grandeza adquirida á costa de veinte años de derramamiento de sangre, y sabiendo arrostrar la guerra algunos dias mas para conseguir una paz sólida y verdadera. En suma, en esta conversacion asi como en cuantas se suscitaron sobre tal materia, ocultando siempre los verdaderos hechos, dejando ignorar siempre que en realidad no se trataba mas que de Hamburgo y del protectorado de la Confederacion del Rhin, su arte consistia en sostener que todo ó nada; que convenia defenderlo ó abandonarlo todo, y como abandonarlo todo no queria nadie, su deduccion era que todo habia que defenderlo. Sin duda la fuerza de su talento y de su lenguaje conseguia embarazar á sus interlocutores, que, ignorando el secreto de las negociaciones, no podian responderle; pero no lograba convencerlos, y les dejaba atemorizados ante la fatal resolucion que ponian en claro su actitud y sus discursos. A veces admiraban su carácter indomable detestando su orgullo funesto, y se iban silenciosos, descontentos y generalmente desconsolados. Solo uno de ellos, aparentando no parar mientes en el peligro, afirmaba que el genio del emperador era inagotable en recursos, y triunfaria de todos sus enemigos, y recuperaria tan grande y mas que nunca su prepotencia de 1810 y de 1811. Se adivina que este interlocutor era Mr. de Basano, menos excusable que otro alguno, pues solo él sabia el secreto de las cosas, solo él sabia que por Ham-

burgo y por el título de protector de la Confederacion del Rhin se corria el peligro de perderlo todo. No obstante, para reducir á lo justo su responsabilidad, que de otro modo seria muy pesada, conviene decir que apenas influia en las resoluciones de Napoleon, poco impresionado al parecer por sus magníficos vaticinios, y que solamente lograba excitar en Mr. de Caulaincourt signos de impaciencia poco lisonjeros y poco disimulados.

No solo en Dresde habia encontrado Napoleon estas contradicciones, atenuadas á pesar de todo por la sumision de aquel tiempo, sino en la misma capital de Francia. Oyendo mas que otro alguno los clamores de la opinion pública el ministro de Policía, duque de Rovigo, y no temiendo los accesos de enojo de Napoleon, de los cuales tenia ya costumbre de no hacer caso, se atrevió á escribirle muchas veces lo que ninguno de sus ministros osaba manifestarle, esto es, que la paz era urgente; que no habia que esperar un nuevo esfuerzo, semejante al que acababa de conseguirse, de la Francia ya fatigada; que todos los enemigos del gobierno, desalentados y dispersos hasta entonces, ya recuperaban los brios y la esperanza; que los revolucionarios, oprimidos bajo los recuerdos de 1793 por largo tiempo, los Borbones, olvidados de muy atrás y del todo, nuevamente aspiraban á hacer figura, y que estos últimos divulgaban manifiestos que eran leidos con cierta curiosidad y sin ira. Todas estas aserciones eran verdaderas; y saltaba á los ojos que la idea de otro gobierno que el de Napoleon, idea á que ningun espíritu habia dado cabida en el curso de catorce años, ni aun á la vuelta de Moscou, prolongándose situacion semejante, empezaba á penetrar en la mente de muchas personas, y se iba á hacer general, si seguia la guerra; que, así como al lado del general Bonaparte se habia buscado en 1799 un refugio contra la anarquía, se iria pronto á buscar al lado de los Borbones un refugio contra la guerra perpétua. Mas ó menos á las claras, mas ó menos hábilmente, esto fué lo que el ministro de Policía, duque de Rovigo, procuró dar á entender á Napoleon con una osadía honrosa, aunque fuera mas meritoria y de mas provecho, si Napoleon diera mas importancia á lo que venia por su conducto. No se aventurara el príncipe Cambacéres á decir otro tanto, aun cuando fuera mas allá en su pensamiento, pues entonces tomara mas en sério la cosa, y de consiguiente con menos paciencia. Sin embargo, cansado Napoleon de las cartas del duque de Rovigo encargó al príncipe Cambacéres que le significara que le producian molestia, y que, manifestando tanto amor á la paz se le dañaba mas que se le servia; que se coadyuvaba á hacer á sus enemigos mas exigentes, acreditando la especie de que Francia no podia ya hacer la guerra; que solo él sabia cómo era menester gobernarse para dar la paz á Francia con seguridad y con honor; que, ingiriéndose el duque de Rovigo en este asunto, se entrometia en lo que ignoraba, y en suma que se callara, porque no aguantaria largo tiempo semejantes indiscreciones.

Dura y todo esta reprimenda no era de índole propia á intimidar ni á desalentar al duque de Rovigo, porque no tomaba mas en sério los arrebatos de Napoleon que este la política de su ministro de Policía, y muy pronto se debia permitir otra tentativa, á la verdad no mas venturosa, pero que de-

mostraba hasta qué punto la necesidad de la paz era universalmente sentida, dado que penetraba por entre el despotismo, que envolvia entonces á toda Francia, y pesaba tan ominosamente sobre ella.

Despues de cerrar la boca Napoleon al duque de Rovigo, dió un empleo al duque de Otranto. Ya habia hallado uno para el mariscal Soult en España, y encontró otro para el duque de Otranto de resultas de un accidente tan singular como lamentable. Despues de la herida que recibió en Portugal el general Junot en la cabeza, nunca recuperó sus facultades físicas y morales. Durante la campaña de Rusia, no se le vió su habitual ardimiento, aunque no fuera tan censurable como se le supuso, y las reconvenciones que por Napoleon le fueron dirigidas, le acabaron de quitar el juicio. Enviado á Laybach como gobernador de la Iliria, de pronto dió señales de locura, hasta el extremo de ser preciso llevarle á la fuerza á Borgoña, su pais nativo, dondo murió de allí á poco. Napoleon nombró á Mr. Fouché gobernador de la Iliria, empleo poco amoldado á la gran situacion de este antiguo ministro, si bien aceptólo por considerar buena toda manera de volver á entrar en funciones. Al paso por Praga debia de ver á Mr. de Metternich, y de aprovecharse de las antiguas relaciones para sostener cerca de este ministro las pretensiones de la Francia Harto pequeño era el recurso en comparacion del designio, é incapaz de compensar el mal efecto que iba á producir en Austria un nombramiento de esta clase, harto demostrativo de la poca disposicion á renunciar á la Iliria.

Incontrastable Napoleon, por mas que á veces

estuviera agitado, en su manera de negociar, reducida, segun se ha visto, á ganar tiempo, ora para obtener si era posible una nueva próroga del armisticio, ora al menos para diferir algunas semanas la entrada en accion del Austria, ora para romper el congreso por una cuestion de forma, y no tener que decir á Europa y sobre todo á Francia, que rehusaba la paz á causa del protectorado del Rhin y de Hamburgo. Para salir airoso de este manejo, hizo que con la abertura de las negociaciones coincidiera un segundo viage, que tenia resuelto para fines de julio, con el objeto de visitar á la emperatriz en Maguncia, y que no podia menos de introducir nuevos tropiezos en el curso de las negociaciones. Con efecto habia citado á María Luisa en Maguncia para el 26 de julio, con ánimo de permanecer algunos dias á su lado, y sobre todo de pasar revista á las divisiones destinadas á formar los cuerpos de los mariscales Saint-Cir y Augereau. Al marchar dejó los poderes para Mr. de Caulaincourt, que debia dirigirse á Praga tan luego como de los comisionados reunidos en Neumarckt se recibiese una respuesta satisfactoria relativamente al término exacto del armisticio: á estos poderes añadió instrucciones, acordadas con Mr. de Basano, para que, ya en Praga, pudiese Mr. de Caulaincourt emplear de una manera especiosa los seis ú ocho dias que iba á durar su proyectado viage á orillas del Rhin.

Ya era el 24 de julio, y no se calculaba que la respuesta de Neumarckt llegase antes del 25 ó del 26. Mr. de Caulaincourt debia de partir al dia siguiente, de perder uno ó dos dias en entablar relaciones con los plenipotenciarios, de dedicar

cinco ó seis á discutir sobre la presentacion de los poderes y sobre la forma de las conferencias. Si, á impulsos de su pacífico celo, se manifestaba monsieur de Caulaincourt apremiante, y pedia autorizacion á Mr. de Basano para ir mas lejos, Mr. de Basano le debia permitir que hiciera algunas concesiones respecto del cange de los poderes y de la forma de las negociaciones, si bien prohibiéndole expresamente entrar en el fondo de las cosas. Fácil seria llegar de esta suerte hasta el 3 ó el 4 de agosto, dia probable de la vuelta de Napoleon á la capital de Sajonia, y entonces él mismo trazaria la conducta que se habia de seguir ulteriormente.

Despues de fijar á tenor de estos datos las instrucciones, Napoleon adoptó sus providencias para partir el 24 de julio por la noche. Al mismo tiempo expidió algunas órdenes relativas á sus tropas. Los dos meses perdidos para las negociaciones no lo fueron naturalmente para los aprestos militares. Bien acampada, bien mantenida, bien ejercitada, habia ganado la infantería bajo todos conceptos, y particularmente bajo el de la fuerza numérica Del todo habia cambiado la caballería; era numerosa y hallábase bastante bien montada. Se veian en mejor estado los potros, casi todos heridos á la entrada de la campaña. Nuestros ginetes, tan prontos en formarse, ya sabian servirse de sus caballos y cuidarlos. Además de la caballería ligera agregada á cada cuerpo de ejército, contaba Napoleon cuatro excelentes cuerpos de caballería de reserva á las órdenes de los generales Latour-Maubourg, Sebastiani, de Padua y de Valmy. Formada la Guardia de cinco divisiones de infantería,

presentaba además doce mil ginetes con doscientas bocas de fuego bien servidas. Mil quinientos guardias de honor habian llegado á las órdenes del general Dejean á Dresde. Esta bizarra juventud que al pronto no habia partido con las mejores disposiciones, ya entrada en línea, solo aspiraba á distinguirse á los ojos del grande ejército. Excelente era el cuerpo del general Vandamme, que Napoleon habia visto en Magdeburgo, compuesto de reclutas, si bien dentro de los viejos cuadros vueltos de Moscou. Las cuatro divisiones organizadas en Maguncia y destinadas á ir por Wurzburgo, Hof, Freyberg y Dresde á Koenigstein, avanzaban hácia este punto, y ofrecian un aspecto satisfactorio, aunque llenas de jóvenes como toda la hueste. Enviadas de todas partes las provisiones llegaban por el Elba á Dresde, donde en la actualidad se habian reunido mas de cincuenta mil quintales de granos y harinas. Merced á la actividad del mariscal Davout, ya salian por decirlo así de debajo de tierra las fortificaciones de Hamburgo; ya contaban en batería doscientas bocas de fuego, que iban á ascender á trescientas muy pronto. Así todo se llevaba á remate á tenor de las miras de Napoleon, y el progreso de sus designios no le predisponia á la paz de ningun modo, lo cual autorizaba á monsieur de Basano para decir que las fuerzas del emperador eran inmensas, y su genio cada dia mas grande; que Europa debia temblar de resultas, y que no tocaba al mas fuerte hacer sacrificios al mas flaco.

Aspirando Napoleon á comunicar algo de animacion á sus campamentos, donde salvo las horas dedicadas á las maniobras, estuvieran ociosas sus

jóvenes tropas durante dos meses, para ocuparlas ideó una especie de ejercicio tan activo como provechoso, ordenando que tiraran al blanco; y á fin de interesarlas mas en este ejercicio importante, quiso que se distribuyeran premios proporcionados á su puntería. Los seis mejores tiradores de cada compañía recibirian un premio, y se unirian despues todos los del mismo batallon para competir juntos y optar á otro premio triple que el precedente. Los de los batallones se debian unir por regimientos, los de los regimientos por divisiones, los de las divisiones por cuerpos de tropas, y concurrir de nuevo á premios sucesivamente mas altos, de modo que los mejores tiradores de un cuerpo de ejército podian alcanzar premios que subian hasta cien francos. Todos estos premios representaban un desembolso de cien mil francos, gasto insignificante á todas luces, y mas ofreciendo la ventaja inapreciable de mejorar la puntería, de ocupar y de distraer á los hombres, y de proporcionarles la ocasion y el medio de agasajar á sus camaradas. Tambien dispuso Napoleon que se pagara el sueldo á los oficiales, á fin de que pudiesen disfrutar de los pocos dias que les quedaban de descanso, y ¡ay, que para la mayor parte de ellos eran los últimos de su vida! Se aproximaba el dia del santo de Napoleon, como que se celebraba el 15 de agosto, y quiso que el dia 10 se festejara, á fin de que, debiendo comenzar el 17 las hostilidades, no estuviesen demasiado cercanos los regocijos á las nuevas escenas de matanza que preveia. En todos los campamentos se habian de dar el dia 10 comidas á sus expensas y en honor suyo. Los oficiales debian comer en casa de los mariscales, juntos los soldados

y en mesas servidas al aire libre. Abundantemente habia de circular el vino, bebiéndose ora á la salud de Napoleon, ora al triunfo de las armas de Francia. Asi procuraba Napoleon amenizar en cierto modo la guerra, y mezclar los regocijos á la muerte. Para Maguncia salió el 24 de julio, dejando tras si invariablemente previstas y providenciadas todas las cosas.

Al cabo el dia 26 respondieron los comisionados de Neumarckt de una manera satisfactoria relativamente al dia fijo de la vuelta á las hostilidades, y despues de conferenciar sobre este punto con el emperador Alejandro, y especialmente á consecuencia de las vivas observaciones de Mr. de Metternich, reconocióse que el general en gefe Barclai de Tolly habia comprendido mal las palabras de su soberano, y que, si podia ser denunciado el armisticio el 10 de agosto, no espiraba hasta el 16 sin embargo, lo cual retardaba hasta el 17 la vuelta á las hostilidades. Segun se ha visto, esta mala inteligencia provino de la falta de claridad con que el emperador Alejandro dió á conocer una concesion que le embarazaba ante los partidarios impacientes de la guerra, y de la poca propension de estos á interpretar en el sentido de la paz las estipulaciones dudosas. A la sazon se hallaba el emperador Alejandro en Trachenberg, pequeña ciudad de Silesia, adonde se habia dirigido desde Reichenbach con el rey de Prusia, y con la mayor parte de los generales de la coalicion, para conferenciar con el principe de Suecia sobre el plan de las operaciones futuras. Esta reunion, muy deseada por los dos soberanos, con el designio de encadenar definitivamente al antiguo mariscal Berna-

dotte á su causa, y de poner término á sus vacilaciones prolijas, distaba mucho de agradar á los oficiales rusos y alemanes, y menos á éstos. Se hablaba de conferir al príncipe real un mando importante, y se le preparaban honores extraordinarios en su camino, á fin de tocarle por el lado sensibilísimo de la vanidad que henchia su alma. Estas contemplaciones á un hombre, que á los ojos de los alemanes y de los rusos no tenia otro mérito que el de ser general francés y que estaba lejos de figurar entre los de mas valía, excitaban hasta el mas alto punto los celos nacionales en los estados mayores aliados. Al decir de ellos, sus monarcas pretendian declarar que un general francés, mediocre y todo, valia mas que los generales de la coalicion sin excepcion alguna, y que era título de honor exgrimir las armas contra el pais propio. Con imponderable disgusto miraban la perspectiva de militar bajo su mando.

Desgraciadamente usaban del mismo lenguaje respecto de otro general francés, grande hombre de guerra, dotado de verdaderas virtudes cívicas y militares, y no remunerado á semejanza de Bernadotte con una corona por premio de servicios escasos, sino con el destierro por premio de servicios inmensos, y que vencido por el fastidio, la holganza, la irritacion que le inspiraba un rival dichoso, y el horror que le hizo sentir la campaña de Moscou, se dejó persuadir á abandonar la América por la Europa. Este general era el ilustre Moreau. Habia llegado á Estockolmo, atraido allí por Bernadotte, que parecia estimulado á proporcionarse imitadores. Rodeado en aquella capital de funestos consejos, agitado, combatido, desgraciado, consultándose acerca de si obraba bien ó mal, caminaba sin echarlo de ver á un abismo, dominado por sentimientos confusos que creia honestos, á causa de que, bajo la sincera indignacion que experimentaba, no descubria por cuanto entraban el ódio y la ociosidad en su conducta. Mucho se hablaba de esta llegada, y se decia que el general Moreau estaba destinado á ser consejero del emperador Alejandro. De aquí nacia un nuevo motivo de desagrado para los militares rusos y alemanes, quienes mortificados por dobles celos, preguntaban si quizá creerian sus soberanos que para vencer á los generales franceses, no habia suficiencia mas que en otros generales franceses.

Sea como quiera, el antiguo mariscal Bernadotte habia ido á Trachenberg, y viajando, no con sencillez extremada, á semejanza de los soberanos de Rusia y Prusia, sino con deslumbrador fausto, y á semejanza de un soberano que recorriera sus Estados en una ocasion solemne. Habiendo pasado revista á algunas de sus tropas, que ya se aprovechaban del armisticio para dirigirse á Prusia, asomó cerca de Stettin, donde habia una guarnicion francesa. Su cabeza inflamable comenzaba á persuadirse de que Napoleon, aborrecido por Europa y ominoso para Francia, no podia reinar ya mucho, de que los Borbones, olvidados por largo tiempo, no podrian ser repuestos á los ojos de la generacion presente, y de que por lo tanto le tocaria reemplazar á Napoleon sobre el trono de Francia. En su orgullo no comprendia el insensato que tras de la gloria se apoderaria de los ánimos solamente la tradicion antigua, y que la medianía manchada de sangre francesa no estaba llamada á suceder al ge-

nio sin ventura. Mientras bajo los muros de Stettin se presentaba á caballo á la vista de la guarnicion francesa, se oyeron algunos tiros sin que se pudiese averiguar quien los habia disparado. Oficiales de Bernadotte fueron á quejarse al bizarro general Dufresne, comandante de la plaza, de esta violacion del armisticio.—No es nada, respondió aquel gefe con ironía, la gran guardia ha descubierto un desertor y le ha hecho fuego.—

Conducido de parada en parada en medio de escoltas numerosas y de una espléndida comitiva, el príncipe de Suecia fué objeto en Trachenberg por parte del emperador Alejandro y del rey de Prusia de una acogida extraordinaria, como si les llevara el genio de Napoleon ó el de Federico el Grande. Por lo demas debia aquellas atenciones afectadas menos á sus talentos que á los temores que sobre su fidelidad habia inspirado y al deseo de presentar á un lugarteniente de Napoleon, fatigado de su predominio hasta el punto de volver las armas en su contra. Si á la cualidad de francés y de lugarteniente de Napoleon, juntara la de ser hermano suyo, aun fueran mayores los homenages, pues se hallara su defeccion mas significativa. Hasta el dia en que se rompió con Dinamarca y se adjudicó la Noruega á Suecia de una manera definitiva, alternadamente el nuevo sueco habia prometido, vacilado, y aun amenazado; pero al fin acababa de abrazar su partido y de poner en movimiento veinte y cinco mil suecos. Por galardon de este refuerzo, excelente sin duda, pues no habia soldados mas briosos, ni animados de mejores sentimientos que los suecos, queria imponer extrañas exigencias. Deseara ser generalísimo, ó á lo menos

mandar á todos los ejércitos no mandados por los dos soberanos en persona. Se le resistió blandamente, y poco á poco se le trajo á pretensiones de menos bulto, por la razon muy obvia de que los puntos ocupados necesariamente no permitian que los diversos ejércitos operaran bastante cerca unos de otros, para que los pudiese guiar un solo caudillo. Despues de los debates que duraron desde el 9 al 15 de julio, se convino en el plan de campaña de que se va á dar cuenta, fundado en la cooperacion de los austriacos, pues aun cuando se les hubiese encargado que negociaran por todo el mundo, la conviccion generalmente esparcida de que Napoleon no aceptaria su sistema de pacificacion, induciá á considerar sus tropas reunidas en Bohemia, en Baviera, en Estiria, como inevitablemente destinadas á obrar en union de los ejércitos prusiano y ruso.

Avalorando el peligro de venir con Napoleon á las manos, se propusieron abrumarle por la masa de fuerzas, y no se desesperaba á la verdad de reunir ochocientos mil soldados, en primera línea quinientos mil de ellos, y maniobrando concéntricamente sobre la capital de Sajonia. Tres grandes ejércitos activos estaban encargados de expulsar á Napoleon de la posicion de Dresde, donde se alcanzaba que iba á establecer el centro de sus operaciones. Un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, formado en Bohemia con ciento treinta mil austriacos y ciento veinte mil prusianos y rusos, y puesto por lisongear á la córte de Viena á las órdenes de un general austriaco, debia operar sobre el flanco de Napoleon por la Bohemia. Otro de ciento veinte mil soldados, á las órdenes del ge-

neral Blucher en Silesia, y compuesto en número igual de rusos y prusianos, debia marchar en derechura por Ciegnitz y Bautzen sobre Dresde, interin otro de ciento treinta mil hombres y confiado al príncipe de Suecia, compuesto de suecos, de prusianos, de rusos, de alemanes y de ingleses se encaminaria desde Berlin hácia Magdeburgo. Acordóse que estos tres ejércitos marcharan prudentemente, evitaran los encuentros directos con Napoleon, retrocedieran cuando asomara para caer sobre aquel de sus lugartenientes que hubiese dejado sobre sus flancos ó su espalda, retrogradaran de nuevo cuando fuera en auxilio del lugarteniente amenazado, se arrojaran de seguida sobre otro, se dedicaran á agotarle asi de fuerzas, y cuando le creyeran suficientemente debilitado, se aprovecharan de un momento favorable para echársele encima y ahogarle en los cien brazos de la coalicion. Si á pesar de la recomendacion hecha á todos los gefes de no cometer temeridad alguna, de mostrarse cautos respecto de Napoleon y atrevidos contra sus lugartenientes, llegaban á ser batidos, no por esto debian desalentarse, pues quedaban trescientos mil hombres de reserva prontos á cubrir las bajas del ejército activo y á hacerle indestructible, á fuerza de renovarlo de contínuo. En suma, resolvióse vencer ó morir hasta el postrero. Prusia tenia reservas en Silesia, el Brandeburgo y la Pomerania; Rusia en Polonia y Austria en Bohemia. Esta última potencia debia reunir además un ejército de observacion en Baviera, otro activo en Italia, y bajo la hipótesis desgraciadamente harto verosímil de una ruptura con nosotros, permitia que se formaran cálculos sobre sus fuerzas como ya unidas á la coalicion, lo cual daba márgen á decir falsamente que ya estaba comprometida al cabo con nuestros enemigos, y que la negociacion de Praga no era mas que una engañifa asi por su parte como por la nuestra.

Este plan, basado sobre las maniobras probables de Napoleon y demostrativo de que habia dado lecciones á sus adversarios, de las cuales sabian sacar fruto, habia salido de la cabeza, no del príncipe de Suecia, sino de los generales rusos y prusianos habituados á nuestro modo de hacer la guerra. Bernadotte no estaba satisfecho de la parte que le incumbia, á pesar de ponérsele al frente de ciento treinta mil hombres, cien mil de los cuales podian concurrir á un mismo campo de batalla, empresa muy superior á sus facultades, pues nunca habia dirigido mas de veinte mil soldados, y siempre á las órdenes de otro caudillo. Además de este ejército hubiera querido mandar el de Silesia y tener al mismo Blucher bajo su mando, creyendo que se debia esta distincion á su categoría régia y á sus talentos militares. Pero semejante pretension debia encontrar obstáculos insuperables. En torno de Blucher se reunian los oficiales alemanes mas distinguidos y mas patriotas, y mas comprometidos en las sociedades secretas alemanas, gentes á quienes Bernadotte desagradaba á todas luces, por francés, por traidor á su patria, por especulador que de un año atrás estaba poniendo como á subasta sus servicios harto dudosos, por general en fin presuntuoso, sin embargo de ser su mérito muy cuestionable. A todos sublevaba la idea de obedecer á tal caudillo, y en Trachenberg usaban del lenguaje mas injurioso para el príncipe de Suecia. No

hubo pues mas arbitrio que aplicarse á hacerle entender la necesidad de renunciar á pretension tan extraña, debiendo operar los tres ejércitos muy distantes unos de otros, para que se les pudiera someter á un gefe, y solo por satisfacerle, se acordó que en el caso de que el ejército de Silesia fuera llamado á cooperar con el del Norte, pues asi se denominaba el suyo, podria dar órdenes al uno y al otro. Se indujo á Blucher y á sus oficiales á admitir esta eventualidad, por desagradable que les fuese, manifestándoles que los dos ejércitos destinados á encontrarse y á operar juntos eran el de Silesia y el de Bohemia, teniendo por objeto comun á Dresde, y que por el contrario el del Norte, amenazando á la vez á Hamburgo y á Magdeburgo, tendria muy pocas probabilidades de hallarse con el de Silesia, que, si miraba tambien al Elba, era por mas arriba.

Tras de estos acuerdos, despidióse á Bernadotte embriagado con un incienso quemado por manos reales, y el emperador Alejandro y el rey de Prusia volvieron á Reichenbach, para aguardar el desenlace de las negociaciones, en cuyo resultado no creian el uno ni el otro, cuyo éxito feliz deseaba poco Alejandro, siempre irritado contra Napoleon y muy lisonjeado por la idea de guiar á la Europa, y cuya feliz terminacion aceptara Federico Guillermo, si alguna fé pudiera darla, á impulsos de su constante y prudente desconfianza de la fortuna. A su retorno fué cuando los comisionados de Neumarckt dieron la respuesta, que acaba de ser mencionada, y que ya no consentia pretexto alguno para retener por mas tiempo á Mr. de Caulaincourt en Dresde.

Este digno y animoso personage recibió el dia 26 de Mr. de Basano las instrucciones que le habia dejado Napoleon antes de marchar á Maguncia. Aunque nada se dijera en ellas de lo sustancial de las cosas, tan detalladas de buena voluntad estaban las dificultades de forma, y tan á las claras expuestas como un medio de perder tiempo, que Mr. de Caulaincourt quedó consternado. Solo con la intencion de promover una paz, indispensable en su concepto, habia aceptado el papel de plenipotenciario en Praga, papel mas penoso para él que para nadie, porque despues de haber gozado el especial favor del emperador Alejandro, se le debia hacer muy sensible no obtener, si le encontraba, mas que una frialdad ofensiva, y experimentar, si no le encontraba, la misma frialdad por parte de sus agentes mas vulgares. Tan costoso se hacia á su decoro como á su patriotismo exponerse á tratamientos semejantes, para no prestar servicio alguno y para representar una insulsa comedia. Sin embargo, se puso en camino con la simple esperanza de conjurar al menos en parte los efectos de la mala voluntad de su soberano, y al salir de Dresde le dirigió la siguiente carta, que debe conservar la historia.

«Dresde 26 de julio de 1813.

»Señor.

»Necesito desahogar mi corazon antes de salir de Dresde, para no llevar á Praga mas que el sentimiento de los deberes que V. M. me ha impuesto. Son las dos de la tarde. Solo me entrega el se-

ñor duque de Basano las instrucciones, que las respuestas de Neumarckt y las órdenes de V. M. no le han permitido darme antes: tan distintas son de los ajustes á que parecia asentir V. M. al determinarme á aceptar esta mision, que no vacilaria en renunciar otra vez al honor de ser su plenipotenciario, si, despues de perdido tanto tiempo, no se contaran en Praga las horas, mientras V. M. está en Maguncia, y todavía estoy yo en Dresde. Cualquiera que sea, pues, mi repugnancia á negociaciones tan ilusorias, me penetro ante todo de mis deberes, y obedezco. Mañana estaré en camino, y pasado mañana en Praga, segun se me ordena; pero permitidme, señor, que las reflexiones de vuestro fiel servidor tengan aqui nueva cabida. Tan nebuloso se presenta el horizonte político de un dia á otro, tan grave es el aspecto de todo, que no puedo resistir al deseo de suplicar nuevamente á que, antes del término fatal, adopte una resolucion favorable, segun me lo hace esperar su ministro. Ojalá se convenza V. M. de que el tiempo apremia, de que la irritacion de los alemanes es extremada, y de que la exasperacion de los espíritus, mas que el miedo de los gabinetes, comunica un movimiento acelerado é irresistible á los sucesos. Austria está ya muy comprometida para que retroceda, si la paz del continente no la tranquiliza. V. M. sabe de seguro que en mi súplica no abogo por la causa de esta potencia; que no pido que se la galardone por su abandono en nuestros reveses; que no quiero apartar sus ciento cincuenta mil bayonetas del campo de batalla, aun cuando esta consideracion merezca no ser desatendida; lo que ruego á V. M. que evite á toda costa es el levantamiento de Alemania, á la cual podria guiar el antiguo ascendiente de la córte de Viena. Cuantos sacrificios hagais con este objeto y por consiguiente sin demora á una paz inmediata, os harán, señor, mas poderoso que os han hecho vuestras victorias, y sereis el ídolo de los pueblos, etc.»

Por desgracia no debia ser de ningun provecho este lenguaje de un hombre honrado, que al ver una gran parte del mal no lo veia del todo, pues no ciento cincuenta mil austriacos, sino trescientos mil eran los que se trataba de traerse encima, y se trataba de arrostrar, no el levantamiento de Alemania, sino el de toda Europa. Sin embargo, no renunciando á intentar el bien, por débil que fuera la esperanza de realizarlo, marchó el duque de Vicencio á Praga, donde se le aguardaba con impaciencia. Digna de su persona fué la acogida que allí se le hizo y de la reputacion que se habia ganado en Europa. Al saber su partida de Dresde suspendieronse todas las pláticas hasta su llegada. Despues de ponerse en comunicacion con los plenipotenciarios prusiano, ruso y austriaco, volvió con Mr. de Metternich al viejo tema de que ya Mr. de Narbonne habia hecho uso algunos dias, sobre no ser posible entregar los poderes ni someter las materias que se habian de discutir sino á una comun asamblea, delante y bajo la presidencia del mediador, bien que en conferencia de todos con todos. Esta dificultad séria á no dudarlo, si aun se abrigase la esperanza de una avenencia directa con Rusia, no debia merecer tanta insistencia por nuestra parte, no pudiéndose ya hacer la paz sino por Austria y á su gusto. Hasta nos era mas cómodo tener al mediador por órgano principal que abo-

carnos con dos plenipotenciarios mal dispuestos y poco solícitos en facilitar una paz, deseada solo por Austria. Lo patentizaba el deseo evidente de Mr. de Metternich de atraer á Mr. de Humboldt y á Mr. de Anstett á una concesion acerca de esta cuestion de forma, para hacer al menos posible la apertura del congreso. Cuando él mismo queria un abocamiento directo de los plenipotenciarios franceses con los plenipotenciarios prusiano y ruso, bien se descubre que ya no abrigaba temor alguno. Por lo demás, hablando ingénuamente con Mr. de Caulaincourt, al modo que con Mr. de Narbonne, le demostró la inutilidad de discutir á la larga sobre las formas seguidas en Munster, en Tetschen, en Sistow, puesto que los dos plenipotenciarios tenian empeñado el amor propio y el interés en la via donde habian entrado; el amor propio, á causa de haber ya entregado sus poderes al mediador; el interés, á causa de no querer que se les acusara de pactar secretamente con la diplomacia francesa, y de que tratar por medio de notas entregadas al mediador era el único medio que no se prestaba á falsas interpretaciones. Por estos motivos no consentirian en ceder, segun dijo, y tambien porque no anhelaban tanto la paz que acallasen por conseguirla su interés y su amor propio, y que por consiguiente serian inútiles cuantas discusiones se tuvieran con ellos; que á mayor abundamiento veia á las claras que Napoleon no tenia el deseo mas leve de llegar á un resultado; que, mientras se empeñara en batallar sobre terreno semejante, habia que inferir su aversion á dar hácia la paz un solo paso; que asi era ocioso agitarse por obtener sobre cuestiones de forma concesiones, que á nada conducirian relativamente para lo sustancial de las cosas; que era necesario esperar y esperar hasta la última hora, porque con un carácter tan extraordinario como el de Napoleon todo era posible; que podria muy bien suceder que el último dia y en el postrer momento enviara de improviso órdenes para tratar sobre bases aceptables, y brotar de súbito la paz de una situacion actualmente desesperada, que bajo este supuesto, poco verosímil sin duda, si bien admisible, aguardaria hasta el 10 de agosto á media noche; que renovaba la seguridad formal de que hasta entonces no se comprometeria con nadie, pero que el 10 de agosto á media noche estaria irrevocablemente con nuestros enemigos; que en nombre de su soberano firmaria un tratado de alianza con las potencias coaligadas, y figuraria entre el número de nuestros adversarios mas resueltos á vencer ó á morir.

Mr. de Metternich repitió estas cosas, que ya habia dicho á Mr. de Narbonne, con un tono tan reposado al par que tan firme, con testimonios tan afectuosos para Mr. de Caulaincourt y con una sinceridad tan manifiesta (pues no hay que imaginar como el vulgo que un diplomático miente por necesidad) que Mr. de Caulaincourt no podia resistir á evidencia tanta. Asi con su veracidad característica escribió al punto á Mr. de Basano á quien temia poco, y á Napoleon á quien temia mucho, para enterarles una vez mas de la situacion verdadera, y de cuán grande y aun cierto era el peligro de una próxima adhesion del Austria á la coalicion, lo cual hacia completa y definitiva la union de Europa contra nosotros; situacion peligrosa, pero sostenible en 1792, cuando nos estrenabamos

en la carrera de las revoluciones, cuando estábamos llenos de pasion y de esperanza, cuando éramos injustamente atacados y no duramente opresores; situacion al revés desastrosa, cuando estábamos agotados de fuerzas, cuando estábamos en falta contra todo el mundo, cuando todo el mundo sentia contra nosotros la indignacion que constituyó en 1792 nuestro empuje. Tan vivo y tan sincero era el convencimiento de Mr. de Caulaincourt sobre este punto que, conociendo la ambicion de Mr. de Basano, queriendo apelar á esta ambicion en auxilio de la honradez muy efectiva de este ministro, y suponiendo que acaso seria sensible al honor de firmar en persona la paz del mundo, le instaba á ir Praga, como revestido con la confianza del emperador, con todos sus poderes, sin necesidad de perder las últimas horas que aun quedaban para consultar lo que fuera de su agrado, y á ser objeto de un arrebato universal de reconocimiento llegando á celebrar una paz que iba á salvar á tantas víctimas y probablemente entre el número de ellas á la misma Francia.

Mr. de Basano, que era tan buen ciudadano como se lo permitia su completa sumision á su soberano, sin duda cediera á tanta razon y á tanto patriotismo, si tuviera voluntad propia; pero, no reconociendo mas que una en el mundo, la de Napoleon, con la cual no disputaba mas que con la de Dios mismo, se contentó con satisfacer las vivas instancias de Mr. de Caulaincourt, concediéndole algunas facilidades para tratar la cuestion de forma, sin salir á pesar de todo de las latitudes que se le habian trazado. Asi por ejemplo permitió á los dos negociadores franceses que entregaran una

copia certificada de sus poderes al mediador, para que éste la trasladara á los plenipotenciarios prusiano y ruso, de modo que esta primera comunicacion se efectuara segun el método deseado por nuestros adversarios, si bien prosiguió exigiendo que el cange definitivo de los poderes se verificara en una comun conferencia. En cuanto á la forma de la negociacion misma, se avino á que los plenipotenciarios prusiano y ruso procedieran por notas oficiales, pues lo querian asi para poner su responsabilidad a cubierto, si bien á condicion de que los plenipotenciarios franceses pudieran discutir estas notas en conferencias, donde se hallaran reunidas las partes contrarias.

Miserables eran estas sutilezas y muy indignas de una situacion tan grave. Mr. de Basano escribió á Napoleon á Maguncia, que concedia estas latitudes á fin de que todas las cuestiones de forma estuviesen zanjadas á su vuelta á Dresde, y de que hallase las discusiones preliminares terminadas, por si le convenia entonces dar un giro sério á la negociacion en los cinco ó seis dias restantes (1).

(1) Por si á alguien se le hiciese cuesta arriba creer que se tratara de hacer tan ilusorias como decimos las negociaciones de Praga, insertamos el siguiente extracto de una carta de Mr. de Basano al emperador, fechada en Dresde el 1.º de agosto á las cuatro de la mañana.

«Trasmito á V. M. los despachos de sus plenipotenciarios.

»He creido que debia responderles sin aguardar las órdenes de V. M. Estamos á 1.º de agosto: mi carta no partirá hasta hoy por la mañana; los plenipotenciarios no la recibirán hasta mañana, y habrá transcurrido tiempo bastante, para que, segun las instrucciones que V. M. me ha dejado, se llegue al 10 de agosto sin empeñarnos

Napoleon se hallaba al presente en Maguncia adonde se habia encaminado, segun queda dicho, para pasar algunos dias al lado de la emperatriz y para ver de paso á las tropas que venian de marcha, los trabajos emprendidos, y en suma, todo lo que necesitaba de su presencia para ser perfeccionado ó llevado á remate. Habiendo partido en la noche del 24 al 25 de julio llegó el 26 por la tarde á Maguncia, donde le esperaban una brillante cór-

mucho. Me ha parecido que entraba menos en la intencion de V. M. el llevar tan lejos las discusiones sobre cuestiones de forma *que pusieran de manifiesto el proyecto de ganar tiempo*, en razon de que naturalísimamente llegarémos al instante de la vuelta de V. M. á Dresde, sin que la negociacion haya hecho progresos reales, ni este comprometida ninguna de las cuestione. Apenas estará encentada la del abastecimiento de las plazas.

»De las tres cuestiones suscitadas, la relativa al cange de los poderes y al sitio de las conferencias, se resolverán por sí mismas.

»Respecto del método que debe emplearse (desde esta palabra se halla escrita la minuta de puño y letra de monsieur de Basano) para negociar, he creido que no podiamos diferir durante muchos dias la respuesta, sin cargar sobre nosotros estos retardos, al par que de hecho, si Mr. de Metternich insiste en una proposicion que atenta contra todos los derechos y todos los usos, no se le podrán imputar mas que á él todos los obstaculos en que la negociacion tropiece.

»Aunque las declaraciones hechas á Mres. de Vicencio y de Narbonne y á Mr. André no tengan quizá por objeto hacer su actitud de mediador mas imponente, en las miras de V. M. pudiera entrar que desde su llegada á este punto se diera un giro mas grave á las negociaciones, para que no osara el ministro austriaco romperlas. Bajo este supuesto he juzgado que convendria á V. M. hallar las discusiones preliminares casi terminadas.»

te, ida allí por comitiva de la emperatriz desde la capital de Francia, y muchos de sus agentes que fueron á recibir sus órdenes directas. Desconsolada encontró á la emperatriz y ocultando sus lágrimas al público, si bien no vacilando en derramarlas á presencia de su glorioso esposo, porque le tenia sincero cariño, temblaba por su vida y por su fortuna, temia por sí propia que la nueva declaracion de guerra del Austria dispertara entre los franceses todos los odios populares bajo los cuales habia sucumbido la desgraciada María Antonieta: desearа retener en la alianza francesa á su padre, á quien amaba y por quien era amada, pero ni podia vencer la tranquila inflexibilidad del emperador Francisco, ni menos el fogoso humor de Napoleon, y hacia lo que hacen las mugeres en su impotencia, se entregaba al llanto. Desconocido ha quedado el secreto de la entrevista de Napoleon con María Luisa (†), y quizá ha quedado desconocido á causa de ser nulo, pues Napoleon no queria cargar á la emperatriz con lo mas leve, tratándose los negocios en Praga de modo que no podia prestar allí ningun servicio. Verla anhelaba y consolarla y darla públicos testimonios de ternura, cosa que debia ser de buen efecto así para Austria como para Europa: tambien, á impulsos de su habitual desconfianza, anhelaba penetrar si ella habria recibido de la corte de Viena alguna comunicacion clandestina que pudiera ilustrarle acerca de los designios de Aus-

(†) El príncipe Cambacéres, confidente y director de la emperatriz regente, declara en sus Memorias tan sencillas como verídicas, que nada logró saber relativamente á este punto.

tria. Pero en todo caso resentianse de completamente inútiles tales esfuerzos, porque Austria habia dicho todo su secreto por boca de Mr. de Metternich, secreto limitado á significar en suma que, bajo ciertas condiciones enunciadas cien veces, detendria á Europa, la obligaria á deponer las armas, promoveria la paz, y no solo continental, sino tambien marítima, y que fuera de estas condiciones, declarándose al punto nuestra enemiga, tomaria parte en la coalicion universal que se formaba contra nosotros. Por consiguiente nada tenia que averiguar Napoleon de María Luisa, pero proporcionóla el placer de pasar algunos dias a su lado, y entreanto despachó sobre el terreno una porcion de asuntos civiles y militares. Con aquella prepotente mano de donde se podian escapar el bien y el mal de idéntico modo, dejó efectivamente que brotaran el mal y el bien con la acostumbrada prodigalidad de su genio. A Maguncia habia querido ir el duque de Rovigo para hacer en favor de la paz una nueva tentativa, ilustrando á Napoleon sobre el estado de la opinion pública y sobre el peligro que corria de enagenarse al cabo el afecto de Francia. Verdaderamente la opinion pública se hallaba en una ansiedad indecible, empezando á temer que, reunido tan tarde el congreso, no diese ningun resultado. Llenos estaban los enemigos de Napoleon de esperanza, y llena la mayoría del pais de pesadumbres y de siniestras aprensiones. Ya se habia desvanecido el afecto, se generaba el odio, é imponia silencio á la admiracion. En la baja Alemania y en Holanda, se gritaba ¡*viva Orange*! en toda Alemania ¡*viva Alejandro*! en Francia aun no se osaba gritar ¡*vivan los Borbones*! pero su recuerdo se despertaba poco á poco, y de mano en mano se trasmitia un manifiesto de Luis XVIII, publicado en Hartwell y que produjera efecto general sin duda, á no presentar numerosos vestigios de las preocupaciones de la emigracion. Todos estos pormenores se proponia comunicar el duque de Rovigo al soberano, a quien servia fielmente, pero no queriendo Napoleon ser molestado por lo que llamaba el vocerío de lo interior, negóse á recibirle y le mandó que no se moviese de Paris bajo pretexto de que su presencia era allí necesaria.

Usando de los procederes harto comunes á todo gobierno que se aferra en sus errores, y que en las manifestaciones de la opinion pública ve actos dignos de ser reprimidos y nolecciones acreedoras á ser meditadas, desplegó contra el clero varios rigores muy extraños por la osadía ostentada en la arbitrariedad. Naturalmente el clero no desperdiciaba ocasion alguna de multiplicar sus demostraciones hostiles, en Bélgica sobre todo, y asi provocaba las faltas del poder con las suyas. Puesto en cuestion el concordato de Fontainebleau con notable mala fé en la correspondencia secreta de los cardenales, se consideraba por todo el clero como un acto no consumado. Se obstinaba en no reconocer á los nuevos prelados que Napoleon habia nombrado y que siempre se negaba a instituir Pio VII á pesar de sus promesas. Para evitar escándalo se mantenian lejos de sus nuevas sillas los mas prudentes. Trasformado Mr. de Pradt en enemigo del Imperio desde su desairada embajada á Varsovia, y poco ganoso de atraerse disgustos por agradar al gobierno, se abstuvo de presentarse en Malinas, cuya mitra arzobispal se le habia dado. Pero, que-

riendo ir á sus diócesis los nuevos obispos de Tournay y Gante y oficiar públicamente en sus santas iglesias; provocaron una especie de sublevacion por parte del clero y los fieles. Al verles aparecer junto al ara, se huyeron los sacerdotes y los asistentes, y dejaron á los prelados delante del tabernáculo casi solos. En el desórden figuraron los seminaristas de Tournay y de Gante bajo la direccion de sus profesores. Entre los culpables se designaba tambien á una asociacion de señoras, que bajo el nombre de *Beguinas* vivian como en comunidad en Gante, aunque no sujetas al rigor de la clausura, y se las acusaba de haber ejercido en esta ocasion una grande influencia sobre la conducta del clero.

Napoleon ordenó disolver á las *Beguinas*, encerrar en las cárceles del Estado á algunos miembros de los cabildos de Tournay y de Gante, confinar á los demas á seminarios lejanos, proceder de igual modo relativamente á los profesores, y coger á todos los seminaristas que pasaran de diez y ocho años y enviarlos á un regimiento á Magdeburgo, con motivo de estar sujetos á la ley de la conscricion, de la cual habian sido dispensados excepcionalmente para ser ministros del altar y no fautores de bullicios, gracia que debia cesar á arbitrio del soberano, cuando no los considerara dignos de ella. Al seno de sus familias se habian de enviar los que no llegaran á diez y ocho años. Habiéndose reunido personas piadosas para proporcionar sustitutos á los otros, Napoleon prohibio la sustitucion para este caso. Expresa recomendacion hizo á fin de que tuvieran cumplido y pronto efecto estas diversas prescripciones, y se ejecutaron puntualmente.

A cosa mas extraordinaria aventuróse Napoleon todavía, no admitiendo ya límites á su voluntad ni dentro ni fuera. Muchos años habia que la recaudacion de los derechos de puertas de Amberes se hallaba maleada por dilapidaciones en que se veian comprometidos diferentes empleados municipales. Notorias eran las dilapidaciones é hicieron perder á la ciudad de Amberes de dos á tres millones de francos. Con razon ó sin ella, los acusados sometidos á juicio eran considerados por el gobierno como verdaderos autores de estas concusiones; pero la opinion pública del pais mostrábase tan hostil al gobierno, que no vacilaba en declararse á favor de individuos, á quienes se condenara en otro tiempo cualquiera y á las claras, y en cubrirlos con cierta especie de indulgencias, como si en los hombres perseguidos por la autoridad imperial no pudiera haber mas que víctimas interesantes. Arrastrados por este sentimiento, ó viciados por la corrupcion, segun pretendió el juez de derecho, los jurados absolvieron atrevidamente á los empleados municipales acusados, con aplausos de la provincia, y ya defraudada la ciudad de Amberes en tres millones, vióse expuesta además á pagar los cuantiosos gastos de la causa. Se comprende la indignacion de un gobierno regular apegadísimo á mantener en todos los ramos de la administracion el órden mas riguroso. Pero por legítima que fuese la indignacion experimentada por Napoleon al ver impunes á hombres á quienes creia delincuentes, y condenada no mas que la ciudad de Amberes, ya víctima de graves dilapidaciones, debiera admitir sin embargo que, siendo notorio el crímen perseguido, acaso no figuraban como sus perpetradores

los individuos acusados, y aun suponiéndolos tales, que la declaracion del jurado tenia que ser sagrada como cosa juzgada, juzgada bien ó mal, pero irrevocablemente. Al saber Napoleon este fallo sintió una cólera extremada, y devolviendo guerra por guerra, al modo que para contrariar á su gobierno se habia prescindido de toda justicia, determinó saltar por encima de toda legalidad y anular el veredicto del jurado. De índole propia á sublevar la opinion universal era este acto extraordinario y sin ejemplo; mas Napoleon no lo tuvo asi en cuenta, y persistió en seguir adelante, imaginando que la sinceridad de su indignacion justificaria la extraña audacia de su acto; tan pronto se pervierten las ideas cuando se contrae la costumbre de sobreponer la voluntad propia á las leyes.

A pesar del dictamen del ministerio de Justicia, y especialmente de la consulta del archicanciller Cambacéres, quien consideraba que lo único posible era mudar la ley si era mala, y privar al jurado del conocimiento de esta clase de delitos si se le creia incompetente para juzgarlos, apoyándose en un artículo de las constituciones del Imperio, que facultaba al senado para anular los juicios atentatorios á la seguridad del Estado, quiso Napoleon que se formara un senatus-consulto para dar por nula la resolucion del jurado de Amberes, y someter á otro tribunal no solo á los acusados ya absueltos, sino tambien á algunos de los jurados á quienes se acusaba de haber cedido á la corrupcion en este negocio. No se podian acumular á la vez mas irregularidades, pues aun admitiendo que el artículo 55 de la constitucion de 16 de termidor, año X (4 de agosto de 1802) estuviera todavía vigente, no-

torio era que el juicio de que se trataba ahora no figuraba entre el número de los que se tuvieron á la vista al calificarlos de atentatorios á la seguridad del Estado, y sobre todo que, al arrogarse el derecho de anular la decision de un tribunal cualquiera, se habia querido derogarla, y no perseguir en manera alguna á los que la habian dictado. A Napoleon fueron sometidas estas objeciones, pero ningun caso hizo de ellas, y exigió que el senatus-consulto se redactara sin demora y se llevara al senado tal como lo habia concebido. Aun fué mas lejos: convencido en la ceguedad de su despotismo de que cuando un poder se propone un fin honesto no debe consentir que le embarace ninguna regla, firmó é hizo publicar una carta sellada, donde, iniciando personalmente en la cuestion al consejo privado é indicándole la providencia, echaba sobre sí la responsabilidad toda. El informe del consejero de Estado, á quien se encargó la presentacion del senatus-consulto, contenia esta frase, que expresa toda la opinion de Napoleon en punto á la soberanía, y que no se admitiera nunca, ni aun antes de 1789, en términos tan absolutos.—«Nuestra legislacion ordinaria no ofrece ningun medio de extinguir una decision semejante. Se necesita, pues, que intervenga la mano del soberano. El soberano es la ley suprema y siempre viva; y es propio de la soberanía encerrar en sí todos los poderes para asegurar el bien y para precaver ó reparar el mal.»

Arrogándose de esta suerte el derecho de proveer á todo, de distribuir la justicia, de cambiar en caso necesario cuando no le conviniera la existente, prodigaba con la misma mano soberana el bien que podia efectuar en su camino. Habiendo

administrado mal su fortuna el primer presidente del tribunal de casacion, Mr. Muraire, magistrado ilustre, vino á caer en una situacion muy triste para un empleado de su categoría. Su yerno, destinado á ser antes de mucho un sensato y animoso ministro de Luis XVIII, Mr. Decazes, dirigióse á Maguncia, para apelar á la beneficencia imperial, y Napoleon, que tenia á la sazon muy grandes razones para ser avaro de su dinero, le dijo.—¿Pues qué, Mr. Muraire se halla en tales apuros?.. Poco importa. ¿Cuánto os hace falta?—Dicho esto, examinó lo que se necesitaba para sacar á Mr. Muraire de su situacion, y le concedió algunos miles de francos de su tesoro particular, que entonces era el último recurso con que contaba para su ejército, segun se ha visto.

Napoleon aprovechóse de su residencia en Maguncia, para dedicar alguna atencion á su hacienda. Aun no habia producido grandes resultados la medida de la venta de los bienes municipales, adoptada y convertida en ley, por ser necesario proporcionar salida á los nuevos bonos de la caja de amortizacion antes de emitir sumas considerables de ellos. Efectivamente, si no se tomaba esta precaucion oportuna, se acumularian en la plaza y decaerian de precio muy pronto. Asi era necesario acelerar la enagenacion de los bienes municipales, única que podia proporcionar la salida deseada. Antes de que estos bienes fuesen vendidos, habia que escogerlos, y hacerlos admitir en la categoría de bienes enagenables, y tasarlos, y habia tambien que dar á las municipalidades el valor de ellos en rentas sobre el Estado, y que tomar posesion de los mismos á fin de sacarlos á pública subasta. Por mucho que se apresurara esta série de operaciones administrativas exigia tiempo, y hasta su terminacion relativamente á cada parte de bienes no se podia empezar la venta. Emitidos los bonos antes de que fuesen buscados para darles este empleo, muy pronto flotaran sobre la plaza, y perdieran del veinte al treinta por ciento, y originaran la caida de las acciones del Banco y de las rentas sobre el Estado, únicos valores que circulaban entonces, y arruinaran la especie de crédito muy restringido de que se gozaba, y de que habia necesidad, restringido como era y todo. Por cuenta de su tesoro tomó Napoleon cerca de setenta y dos millones de estos nuevos bonos, diez el Banco, setenta y tres la caja de servicio, lo cual sumaba un recurso de ciento cuarenta y cinco millones, realizado de antemano, y no traia consigo ninguna emision de bonos, porque los guardaron en sus carteras las tres cajas que los tomaron á su cargo. Pero esto no bastaba para los inmensos gastos precisos, pues los pagos del tesoro en los seis primeros meses ya pasados excedieron á los ingresos habituales en mas de doscientos millones. No se atrevió monsieur Mollien á emplear los nuevos bonos de la caja de amortizacion en sus pagos, por temor de envilecerlos. Por de pronto solamente se emitieron algunos sobre la plaza, á fin de popularizarlos, y no perdieron mas que el cinco ó seis por ciento, ágio muy moderado, pero divulgarlos mas se resentia de dificil y peligroso. No se podian dar ni á los rentistas ni á los empleados por ser cantidades poco sufridas las devengadas por unos y por otros, y por no prestarse á ello el corte de estos bonos, y por evitar el clamoreo que los comparara á los asig-

nados. Menos se podian aplicar al pago del sueldo del ejército, que se satisfacia en el extrangero y en cantidades muy divididas. Sin embargo, Napoleon para esta clase de pago hizo uso en cierta proporcion de billetes de la caja de servicio, pagaderos en Paris ó en los departamentos, que ofrecian á los oficiales con familia la ventaja de enviar dinero á Francia con seguridad y sin coste, y daban tambien al Tesoro la facilidad de cubrir sus atenciones con un papel de vencimiento bastante largo. Por combinaciones de esta clase pudo la caja de servicio tomar sola á su cargo sesenta y tres millones de los nuevos bonos, que debia guardar en su cartera. El único pago que con este nuevo valor pudo realizarse fué el de los grandes suministros hechos por los ricos empresarios que trabajaban para la guerra y para la marina. Teniendo estos que proseguir sus importantes negocios con el Estado, no debian mirar tan de cerca el método del pago, y ademas tan necesitados estaban de dinero, que preferian recibir un valor expuesto á perder del diez al quince por ciento á no recibir nada. Además habia una especie de asentistas obligados, que vinieron á figurar como tales á pesar suyo, y eran los propietarios, arrendadores ó negociantes, á quienes por via de requisicion se habian tomado comestibles, ó caballos, ó telas, á condicion de pagarles al contado. Tanto á los unos como á los otros se podian entregar los nuevos bonos de la caja, pues unos harian que fuesen descontados por los fuertes capitalistas, y otros los guardarian para comprar bienes municipales con ellos. Pero Mr. Mollien, siempre inclinado á los medios regulares, preferia hacer esperar á los asentistas y á los que por via

de requisicion tuvieron que facilitar objetos de cualquiera especie, lo cual podia cubrirse con el pretexto de las liquidaciones no terminadas, á emitir un papel expuesto á ser calificado de asignado tan luego como su introduccion en el público pareciera mas ó menos forzada. Asi los asentistas, acostumbrados á gritar á la puerta de las administraciones, empezaban á murmurar y á quejarse de la falta de pago y á alegarla como escusa de la falta de puntualidad en todos los servicios. Esto dió márgen á la intervencion personal de Napoleon, quien por entonces no prestaba oidos mas que á lo que se relacionaba con las necesidades de sus tropas.

Dirigiéndose á Mr. Mollien sostuvo que la pérdida del nueve ó diez por ciento sobre un valor semejante, con especialidad cuando debia mantener su curso un interés subido y puntualmente pagado, nada era en sí y no igualaba al inconveniente de hacer esperar á personas, que necesitaban ser atendidas en sus reclamaciones. Aquellos á quienes el metálico no fuera indispensable tendrian en la mano una manera de emplear ventajosamente los bonos, y aquellos que no pudieran pasar sin dinero contante, los realizarian al descuento, y el resultado siempre seria el mismo, limitado al inconveniente de hacer bajar del nueve al diez por ciento uno de los tres valores circulantes. Por ejemplo las rentas sobre el Estado, vistas á doce francos la víspera del 18 de brumario, á treinta al dia siguiente, despues de 1806 á noventa, y que se cotizaban á setenta al presente, no arrastrarian en suma consigo la ruina del Estado ni de los particulares de resultas de estas variaciones. La fijeza y el pago del interés consolaban á los tenedores de

estas rentas, quienes concluiran por no alarmarse con tales fluctuaciones, no resintiéndose de ellas mas que los que se vian obligados á vender los créditos suyos. Este era un inconveniente parcialísimo y al cual debian resignarse los que necesitaran de dinero.

Tal era la argumentacion especiosísima de Napoleon contra el ministro de Hacienda, argumentacion que se elevara casi á verdadera, si la baja de estos bonos se pudiera limitar al diez, al doce y aun al quince por ciento. ¿Pero quién era capaz de decir donde pararia, en el caso de aventurarse á una emision de importancia? Esto era lo que monsieur Mollien temia y de lo que Napoleon no hizo caso alguno, pues dispuso que se esparcieran en París alrededor de treinta millones de bonos de la caja de amortizacion para el pago de los suministros, y en los departamentos alrededor de diez y ocho ó veinte millones de los mismos bonos para el pago de las requisiciones. De este modo se introducian algo forzadamente en la circulacion unos cincuenta millones. A fin de abrirle mas pronto la salida de la compra de bienes municipales, previno Napoleon al archicanciller Cambacéres que ejerciera acto de autoridad sobre el consejo de Estado, y arrancara á la comision de lo contencioso, cuyas formas eran las mismas de la justicia, las cuestiones relativas á los bienes municipales, y las trasladara á la comision encargada de la administracion municipal, y dirigiera esta comision en persona, y despachara prontamente esta clase de negocios por medio de un exámen sumario y no interrumpido.

Napoleon, siempre en trabajo mental para el

alistamiento de hombres, despues de prestar este socorro algo violento á su hacienda, inventó conscriciones de nueva especie, con la esperanza de hacerlas tolerables, dándoles el carácter de urgencia y utilidad locales. Por ejemplo, hallándose amenazada la frontera de los Pirineos á causa de los últimos sucesos de España, ideó Napoleon levantar treinta mil hombres de las cuatro últimas clases en todos los departamentos situados desde Burdeos hasta Montpellier, á fin de libertar de invasion esta parte del territorio. Como el que los recien alistados iban á defender era el suyo, discurrió que en cierto modo era pedir á los campesinos que defendieran sus chozas, á los ciudadanos que defendieran sus propias ciudades, y que la urgencia de la necesidad haria enmudecer las quejas, pues no podria decirse, como de todos los alistamientos de aquel tiempo, que Napoleon tomaba los hombres, para llevarlos á morir junto al Elba ó al Oder en servicio de su ambicion. Habiéndole parecido ingeniosa la idea, quiso aplicarla á los departamentos del Norte y del Este, siempre dirigiéndose á los departamentos de la antigua Francia, los cuales sufrian de veinte años atrás todo el peso de la guerra, y pedirla unos sesenta mil hombres, bajo el mismo pretexto de peligro local y apremiante. Pero como estas conscriciones debian concluir por asemejarse á una general muy pronto, y por causar el mismo efecto, resolvió Napoleon aplazar la segunda de dos á tres meses. Solo llamó sin demora alguna á los treinta mil hombres pedidos á los departamentos proximos á los Pirineos.

Estas providencias, civiles unas, militares otras, concebidas la mayor parte antes del viage á

Maguncia, fueron allí inmediatamente resueltas ó especialmente examinadas con los agentes llegados de la capital de Francia, para ser definitivamente decretadas en Dresde. Añadiendo Napoleon á este trabajo el de revistas continuas de tropas, y de inspecciones de material no interrumpidas, poco tiempo le fué dado dedicar á su esposa, si bien la colmó de testimonios de cariño, testimonios sinceros al par que calculados, á fin de que la nueva guerra con Austria no inspirase á la opinion pública nada erróneo acerca de un matrimonio que siempre consideraba útil á su política, y á fin de dejar al emperador Francisco bajo el peso de las mismas obligaciones respecto de su hija, pues le excusaba menos de ser buen padre, mostrándose personalmente buen esposo. Fuerza es decir tambien que cedia á la inclinacion de su corazon mismo, porque le conmovia el afecto que inspiraba sin duda á esta noble hija de los Césares, y correspondíala hasta el punto que se lo permitian las vastas y fuertes distracciones de su alma. Hasta queriendo contemplarla, no la dijo lo muy positiva y formal que debia ser la guerra; y dejóla partir con dudas sobre este asunto, al propio tiempo que, escribiendo á Milan al príncipe Eugenio, á Danzick al general Rapp y al mariscal Davout á Hamburgo, les confesó lo que habia de cierto, intimándoles que se encontraran prevenidos para el 17 de agosto. Deseando además proporcionar á la emperatriz una distraccion agradable, y predisponerla hasta donde fuera posible contra las crueles inquietudes de entonces, la prescribió un viage por el Rhin de Maguncia á Colonia, que debia hacer enmedio de los homenages de las poblaciones de ambas riberas, determinando además que, despues de pasar algunos dias en Paris, emprendiera otro viage á Normandía, para presidir en Cherburgo la imponente ceremonia de la introduccion de las aguas del Occéano en la célebre dársena comenzada en el reinado de Luis XVI y terminada bajo el suyo. Y llevó su atencion hasta el extremo de recomendar al príncipe Cambacéres que la hiciera partir antes de la expiracion del armisticio, para que no tuviera conocimiento de las hostilidades hasta muchos dias despues de su ruptura, y quizá tras de algun gran suceso adecuado á tranquilizarla. De esta suerte queria distraer, consolar y hacer que amase Francia á esta jóven, madre y tutora de su hijo, regente del Imperio, destinada á reemplazarle, si llegaba á sucumbir al golpe de una bala enemiga. ¡Ah, por qué los siniestros presentimientos de que daban prueba tan delicadas atenciones no contribuyeron á vencer la obstinacion fatalísima, á la cual iba á sacrificar su hijo, su esposa, su trono y su persona!

Despues de pasar del 26 de julio al 1.º de agosto al lado de María Luisa, la abrazó en presencia de toda su córte, y dejándola anegada en llanto, se puso en camino hácia Franconia. Ya habia inspeccionado en Maguncia á las divisiones del mariscal Augereau, que se acababan de formar á orillas del Rhin. En Wurzburgo se hallaban dos de las divisiones del mariscal Saint-Cir, actualmente en marcha hácia el Elba, y que debian tomar la posicion de Koenigstein. Le parecieron excelentes, bastante bien instruidas, y animadas de los sentimientos que podian desearse. Visitó la plaza de Wurzburgo, la ciudadela, los almacenes, en suma el esta-

blecimiento militar todo entero, del cual pretendia hacer uno de los puntos mas importantes de su línea de comunicaciones: desde allí se dirigió á Bamberg y á Bayreuth, donde vió sucesivamente las otras divisiones del mariscal Saint-Cir y las divisiones bavaras destinadas á formar parte del cuerpo de Augereau. Despues de fijar sus ojos investigadores en todas las cosas, expidió las órdenes precisas é hizo los estímulos necesarios, volvió á marchar á Erfurt, y llegó á Dresde el 4 por la noche. Desde muy temprano se hallaba el dia 5 en pie y con las manos á la obra, estrechado como estaba á emplear útilmente los últimos dias del armisticio.

Con la vista de las tropas que habia inspeccionado en el camino y con sus incesantes meditaciones sobre el plan de la próxima campaña, acrecentóse su confianza en su ejército y en su genio. Al ver próximo el momento de la terrible lucha, reflexionando acerca de sus eventualidades, y haciendo memoria de cuán fácilmente arrostraban sus soldados la muerte, de cuán felices combinaciones hallaba su mente en lo mas recio del peligro, allí donde no encontraban mas que faltas que cometer sus adversarios, no sabiéndose dar cuenta de las pasiones generosas que habia excitado en contra suya, y cuyo ardimiento podia compensar la direccion poco hábil entre sus enemigos, sentia interiormente cierta especie de calor de alma que animaba toda su persona, que centelleaba en sus ojos, y que le daba el aspecto del regocijo, de la esperanza y de la osadía. Asombrados se mostraban sus lados, y de resultas estaban mas zozobrosos que alegres los de mas seso (1).

(1) Veanse las singulares palabras escritas por Mr. de

Vivas como nunca habian llegado á ser las instancias de Mr. de Caulaincourt y de Mr. de Narbonne dirigidas á que se les invistiera con poderes, para tratar de un modo sério, el dia mismo de la llegada de Napoleon á Dresde. Manifestóse molestado por ellas, y reconvino á los dos negociadores por haberse dejado estrechar demasiado de cerca por Mr. de Metternich, segun su dicho. Faltos de orgullo los encontraba al permitir que el ministro austriaco les manifestase que en tal ó cual caso se uniria Austria á los enemigos de Francia para declararle la guerra, como si hubiera ofensa en anunciar francamente lo que se haria, si no eran otorgadas ciertas condiciones. A tanto llegaba en

Basano á Mr. de Vicencio, y que demuestran lo que damos aquí por seguro: «Mañana parte el emperador é irá á dormir á Bautzen.... Aquí estamos en expectativa de los sucesos y con la mejor esperanza. Todo el ejército se halla en movimiento: donde quiera se nota confianza: ni el rey de Sajonia, ni su familia abandonan á Dresde.... S. M. no quiere próroga de armisticio y está pronto á la guerra. Lo está mas que el Austria: no tiene motivos de aguardar por sus subsistencias, y no quiere perder un tiempo precioso y dejar que se le meta así en el invierno....» (con efecto ya habia renunciado Napoleon á la próroga del armisticio, y no queria mas que dilatar la entrada en accion del Austria).... «Nuestra posicion es conocida por Mr. de Bubna, quien llegará mucho antes que el correo portador de este despacho.» «*No se ha ocultado á Mr. de Bubna la secreta alegría que experimenta S. M. al hallarse en circunstancias tan árduas, si bien dignas de su genio....* S. M., que fia en la Providencia, entrevé los grandes designios que ha fundado sobre su persona. Sus planes están fijamente acordados, y por donde quiera no descubre mas que motivos de confianza.» (Despacho de Mr. de Basano al señor duque de Vicencio, enviándole sus plenos poderes con fecha de 13 de agosto de 1813).

Napoleon la embriaguez del poderío que no queria que se osara hablar de declararle la guerra, como de cosa natural y aun inevitable en ciertos casos. Pretendia que no se hiciera esto mas que temblando, lo cual se verificaba sin duda, que no se hablase de ello mas que con cierta especie de temor respetuoso, como de una desgracia, cuya posibilidad casi no se concebia. Pero despues de estas reprimendas, tan poco merecidas como fuera de su lugar entonces, se ocupaba de cosa mas séria. Al cabo de la dificultad experimentada para prorogar el armisticio la vez primera, ya no creia posible que se prorogara nuevamente, y ademas se encontraba pronto a la lucha. En adelante seria el tiempo mas provechoso para sus enemigos que para su persona, y le urgia descargarles el golpe antes del invierno. Un deseo solo tenia en materia de aplazamientos, y se limitaba á dilatar la entrada en accion del Austria, lo cual le conviniera mucho, pues asi lograra la posibilidad de abrumar separadamente á los rusos y á los prusianos, y de revolver de seguida sobre los austriacos para intimidarlos é impedirlos tomar partido, ó destrozarlos á su turno. Pero no habia mas que un modo de disponer al Austria á semejante conducta, y era la apariencia de una negociacion sincera y aun de fundadísimas esperanzas de una solucion pacífica. De consiguiente Napoleon adoptó la determinacion de realizar el pronostico de Mr. de Metternich, quien habia dicho que, con un carácter extraordinario como el suyo, no se debia desesperar de nada, y que acaso el último dia y á última hora saldria de esta negociacion un desenlace venturoso, á pesar de ser al presente ilusoria hasta el extremo de re-

sentirse de ofensiva. Mientras los plenipotenciarios continuaban perdiendo el tiempo en discusiones pueriles sobre la forma de las negociaciones, decidióse á encargar secreta y exclusivamente á Mr. de Caulaincourt de una comunicacion formal al Austria, como á la única potencia con la cual fuera posible entonces una negociacion directa. Si resultaba la paz de semejante paso, Napoleon no habia de sentirlo, con tal de que se segregaran las condiciones á que no asentia de ningun modo, y se lisonjeaba de que tal vez se prestase el Austria á proceder en este sentido, si bien a la hora suprema, cuando se viera definitivamente colocada entre la paz y la guerra. Por tanto fijó las condiciones que se debian presentar confidencialmente á Mr. de Metternich en esta forma. Hechos estaban en su mente y en la opinion general los sacrificios del gran ducado de Varsovia, de España y de Iliria, y ya no envolvian ninguna novedad punzante para su orgullo: además no debian costar nada al territorio del imperio, pues ni la Iliria habia quedado mas que eventualmente en nuestras manos, y jamás fué incorporada al territorio constitucional de Francia. Lo que se le hacia á Napoleon cuesta arriba, segun ya hemos dicho, era rehacer mas grande despues de su defeccion á la Prusia, renunciar al título de protector de la Confederacion del Rhin llevado con ostentacion ya hacia muchos años, y por último abandonar á Lubeck, Hamburgo, Brema, ciudades agregadas al territorio francés en virtud de senatus-consultos. En su concepto cada uno de estos sacrificios le presentaba como vencido á los ojos del mundo, pues necesario era que lo estuviese para galardonar una defeccion, para recons-

tituir fuera de su influjo a Alemania, y para abandonar una parte de lo que denominaba territorio constitucional del Imperio. Segun ciertas palabras de Mr. de Bubna, que á impulsos del deseo de promover la paz atenuaba sus dificultades, habia pensado Napoleon que tal vez á última hora determinaria al Austria á concederle estos puntos importantes, ó que al menos, dejándola entrever una negociacion sincera, se podria negociar al mismo tiempo de batirse, cosa que implicaria la vuelta á las hostilidades con los prusianos y los rusos, y un nuevo aplazamiento con los austriacos.

A tenor de estos datos, y con la prescripcion de guardar secreto para con Mr. de Narbonne, á fin de que la negociacion tuviera caracter de mas íntima todavía, ordenó á Mr. de Caulaincourt que se presentara á Mr. de Metternich, le asaltara de improviso y á quema ropa, y le dijera que se trataba de aprovechar los cinco dias restantes para asegurarse del fondo de las cosas, especialmente en lo relativo al Austria; que se pedian á ésta francamente las condiciones bajo las cuales entraria con Francia en negociacion ó en guerra; que se la estrechaba á declarar al punto estas condiciones sin divagar inútilmente; que era muy corto el tiempo que aun quedaba para perderlo en vulgares sutilezas; que por tanto convenia enunciar con la mayor exactitud lo que se queria, para que con exactitud idéntica se pudiese responder y sin demora, por un *si* ó por un *no*. Mr. de Caulaincourt debia hacer notar á Mr. de Metternich hasta qué punto era esta negociacion secreta, puesto que Mr. de Narbonne la ignoraba; y debia insistir en que fuera pesconocida para los plenipotenciarios ruso y prusiano, aun en el caso en que llegasen á estar acordes. Con efecto, bastaria reproducir en la negociacion oficial las condiciones estipuladas secretamente con Austria en la negociacion oculta, á fin de que fuesen adoptadas; y como al cabo quedaba para negociar no solo hasta el 10 de agosto, sino hasta el 17, si se respondia acto continuo á la actual proposicion enviada el 5 de Dresde, y que debia llegar el 6 á Praga, y de la cual se podia tener contestacion el 7, cabia en lo posible que el 9 se enterara Mr. de Metternich de la adhesion definitiva de Francia á las ideas de Austria; y que de este modo y cabalmente la víspera de su disolucion se diera de improviso al congreso un carácter inesperado de formalidad y eficacia.

Desgraciadamente, al dirigir por último á Austria esta abertura, tardía aunque no sin esperanza de buen suceso, añadió Napoleon una nota por demás ofensiva para la negociacion de oficio, como que se decia en ella á las claras que las dificultades de forma suscitadas por los representantes de las potencias beligerantes revelaban su verdadero designio, que no era otro que el de arrastrar al Austria á la guerra, sirviéndose para conseguirlo ó de su mala fé ó de su engaño, suposiciones todas tan poco lisongeras para los unos como para los otros. Mres. de Caulaincourt y de Narbonne debian entregar juntos á Mr de Metternich esta extraña nota, y despues de entregada, Mr. de Caulaincourt debia coger á Mr. de Metternich aparte; y de hacerle la proposicion de que se acaba de dar cuenta, avistándose con él á solas.

De Dresde partieron el 5 de agosto los despachos comprensivos de órdenes tan contradictorias,

llegaron el 6 á Praga, sorprendieron á Mr. de Caulaincourt sobremanera, y le llenaron de gozo mezclado de tristeza por desgracia, pues con los pocos dias ya restantes desesperaba de llevar á buen término esta negociacion *in extremis*, y por otra parte la nota oficial hacia temer un escándalo que dañara mucho al éxito de sus afanes. Esta nota, destinada á ver la luz pública, ofendió á Mr. de Metternich, quien manifestó lo mucho que temia su efecto, así de parte de su soberano como de las córtes de Rusia y Prusia: pero su asombro fué extremado, cuando, despues de dejarle los dos plenipotenciarios franceses, tornó á ver á los pocos minutos á Mr. de Caulaincourt en su casa, llevándole con gran secreto una comunicacion tan importante como se ha dicho. Tan tardía era y tan acostumbrado estaba á desesperar de las intenciones de Napoleon acerca de la paz, que se le hizo muy dificultoso creer que fuese sincera, y solo este motivo le impidió entregarse á la alegria que sintiera y manifestara en otro caso. De seguida expresó su sentimiento de que no se hubiera intentado este paso algunos dias antes, pues, sin violar el secreto recomendado, fuera posible entonces sondear á Prusia y Rusia acerca de algunos puntos delicados, y llegar á la conciliacion de las dificultades, que verosímilmente dividirian á las córtes beligerantes. Sin embargo, puesto que se pedian al Austria las condiciones, que apoyaria con toda su influencia, y cuya adopcion estaria resuelta á exigir por parte de Rusia y de Prusia, iba á consultar á su soberano, y esperaba responder en el término de veinte y cuatro horas.

Efectivamente, Mr. de Metternich dirigióse á

Brandeiss, residencia actual del emperador Francisco, hallóle muy irritado como todos lo estaban en Praga por consecuencia de la nota oficial del 6 de agosto, y le produjo una sorpresa igual á su ira, al noticirle el paso inesperado del primer negociador francés. Todo lo extraordinario cuadraba perfectamente al caracter impetuoso é imprevisto de Napoleon, pero un paso de tan pacíficas apariencias, é inventado á última hora, naturalmente daba márgen á la desconfianza. El emperador Francisco y su ministro discurrieron acerca de si por parte de Napoleon era un acto de fuerza ó de astucia, de si con miras elevadas sabia al fin imponer silencio á su orgullo para llegar á un avenimiento con las potencias europeas, ó queria provocar alguna exigencia excesiva por parte de los coaligados, para poder usar ante el público francés un argumento que le justificara de haber preferido la guerra á una paz humillante. Reconocieron que en ambos casos convenia responder sin vacilaciones, pues, si deseaba la paz, se le debian explicaciones francas, y si trataba de provocar una proposicion inadmisible, importaba confundirle, dirigiéndole las condiciones ya fijadas hacia tiempo y que de seguro no encontraria deshonrosas la Francia. Estas condiciones estaban tan indicadas, cuando se queria reconstituir la Alemania, y devolver con este objeto alguna fuerza á la Prusia, que no era posible introducir ninguna variante. Segun hemos repetido muchas veces consistian en la reparticion del gran ducado de Varsovia, sobre cuya suerte habia ya fallado la fortuna en Moscou, y la mayor parte del cual debia de volver á Prusia; en la abolicion de la Confederacion del Rhin contra la que reclamaba

toda la Alemania, para no depender de una autoridad extrangera, y en el restablecimiento de las ciudades anseáticas, contra la que se clamaba asimismo para recuperar su comercio, y últimamente en la restitucion de la Iliria, consentida por Napoleon ya hacia tiempo, y vivamente deseada por Austria, á fin de proporcionarse algunas salidas al mar. Todo esto era tan necesario para que Alemania volviese á hallar alguna independencia, quedando sin embargo muy expuesta aun á la influencia de Napoleon, que conservaba á Maguncia, Colonia, Wesel, Gorcum, el Texel y la Westfalia, que no se podia imaginar ni proponer otra cosa. Se habia platicado lo suficiente con Rusia y Prusia para tener seguridad de su adhesion a estas bases, y restableciéndose las ciudades anseáticas, apareciendo Napoleon determinado del todo al sacrificio de España, se abrigaba la certidumbre de atraer á la paz á Inglaterra, que no queria continuar sola en guerra con Francia. De consiguiente resolvióse dar á conocer á Napoleon las condiciones de que se trata, y que á mayor abundamiento no eran nuevas, exigiendo el secreto que él habia exigido, y pidiendo una respuesta dentro de cuarenta y ocho horas, porque despues del 10 de agosto por la noche, ya no seria tiempo.

Vuelto Mr. de Metternich el 7 á Praga, de pronto fué llamado otra vez á Brandeiss por su soberano, que se sintió poseido de una vacilacion repentina antes de prestarse á estas comunicaciones particulares. Pero bien examinado todo, el emperador y su ministro persistieron en lo acordado, y despues de perdido un dia por desgracia, llevóse la respuesta á Mr. de Caulaincourt, siempre sin que

Mr. de Narbonne lo supiera. Mr. de Metternich le dijo que su soberano se habia preguntado, si éste paso tan inesperado como tardío de Napoleon *era un acto de fuerza ó de astucia*; que, si era un acto de fuerza, segun se complacia en pensarlo de su yerno, le debia una respuesta franca; y que, si era un paso de astucia, tampoco juzgaba oportuno omitir la respuesta, ya que sus condiciones eran tales que se podian publicar á la faz del mundo, y particularmente de Francia. Por tanto le hizo la declaracion verbal que sigue, autorizándole para trasmitirla sin demora, y tras de dictársela por sí propio. Tanta es su importancia que vamos á reproducirla á la letra.

INSTRUCCIONES PARA EL CONDE DE METTERNICH FIRMADAS POR EL EMPERADOR FRANCISCO.

«Mr. de Metternich pedirá al duque de Vicencio, bajo su palabra de honor, que su gobierno guarde el secreto mas absoluto sobre la cuestion de que se trata.

»Conociendo por explicaciones prévias y confidenciales las condiciones, que para llegar á ajustes pacíficos establecen al parecer las córtes de Rusia y de Prusia, y uniéndome á sus puntos de vista, pues juzgo estas condiciones como necesarias al bienestar de mis dominios y de otras potencias, y como las únicas que puedan conducir á la paz general de seguro, no titubeo en enunciar los artículos que abarcan mi *ultimatum*.

»Aguardo un sí ó un no durante el dia 10 de agosto.

»Resuelto estoy á declarar el dia 11, segun se

hará por Rusia y por Prusia, que se halla disuelto el congreso, y que junto mis fuerzas á las de los aliados para conquistar una paz compatible con los intereses de todas las potencias, y que desde entonces haré abstraccion absoluta de las condiciones actuales, sobre las que decidirán en lo venidero las armas.

»Ninguna de las proposiciones, que se hagan despues del dia 11, se podrá enlazar á la negociacion presente »

Condiciones bajo las cuales juzga el Austria la paz hacedera.

«Disolucion del ducado de Varsovia y su reparticion entre Austria, Rusia y Prusia, y consiguiente adjudicacion de Danzick á esta última potencia.

»Restablecimiento de Hamburgo y de Lubeck como ciudades libres anseáticas, y ajuste eventual y enlazado á la paz general sobre las otras porciones del 32.º distrito militar, y sobre la renuncia al protectorado de la Confederacion del Rhin, á fin de que la independencia de todos los soberanos actuales de Alemania se encuentre bajo la garantía de todas las grandes potencias.

»Reconstruccion de Prusia con una frontera sostenible junto al Elba.

»Restitucion de las provincias ilíricas al Austria.

»Garantía recíproca de que tal como se fije por la paz el estado de posesion de las grandes y pequeñas potencias, no podrá ser alterado ni perjudicado por ninguna.»

Despues de esta comunicacion de tanta importancia, que da al traste con todas las mentiras, aventuradas por ciertos narradores sobre este asunto, añadió Mr. de Metternich algunas explicaciones de gravedad extremada. Así dijo que hasta el 10 de agosto se mantendria el Austria sin compromiso respecto de las potencias beligerantes; que hasta entonces podria tratar confidencialmente con Napoleon, segun lo hacia ahora, y adoptar varias de sus proposiciones, y hasta imponerlas á las córtes coaligadas, á las cuales no le ataba ningun tratado; pero que á contar desde el dia 11, estaria ligada con ellas, no podria dar oidos á nada sin comunicárselo al punto, y se veria obligada á no admitir ninguna proposicion de paz sino con su acuerdo.

Muy séria atencion merecian tales observaciones, pues la diferencia existente entre tratar el 10 y el 11 ó el 12, consistia en depender solo del Austria, que deseaba la paz á causa de temer la guerra, ó en depender de las potencias beligerantes, que no querian la paz á causa de que esperaban mas de la guerra, y que participaban de todas las pasiones de entonces. Al trasladar exactamente el duque de Vicencio las comunicaciones recibidas, acompañólas con nuevas instancias expresadas en el lenguaje mas selecto y sentido.

«Señor, decia á Napoleon, *quizá cueste algo esta paz á vuestro amor propio, pero nada á vuestra gloria*, pues nada cuesta á la verdadera grandeza de Francia: os ruego que concedais esta paz á Francia, á sus sufrimientos, á su noble adhesion hácia vuestra persona, á las circunstancias imperiosas en que os hallais. Dejad que pase esta fiebre

de irritacion contra nosotros, que se ha apoderado de toda Europa, y que excitarán en vez de aplacar hasta los mas decisivos triunfos. Os lo suplico, añadia, no por el vano honor de firmarla, sino por la certeza en que estoy de que nada podeis hacer mas útil á vuestra patria, ni mas digno de vos y de vuestro gran carácter.»—Se va á ver qué efecto iban á producir estas nobles súplicas de un corazon noble.

La respuesta llevada por Mr. de Metternich y transcripta el dia 8, no podia estar á la vista de Napoleon hasta el 9, y no lo estuvo realmente y eso á las tres de la tarde. Se necesitara que, suscribiendo á los sacrificios solicitados y que no eran mas que sacrificios de amor propio, segun dijo Mr. de Caulaincourt perfectamente, se resolviera sin tardanza y despachase la respuesta el mismo dia 9 por la tarde, á fin de que llegando á la mañana siguiente á Praga, con los poderes para Mr. de Caulaincourt, se pudieran firmar las bases de la paz antes del 10 á media noche. Por desgracia Napoleon no hizo nada de esto. Ante todo no quiso creer en aquella situacion del Austria, libre hasta el 10 de agosto á media noche, y comprometida desde esta hora, y dependiente de la voluntad de sus nuevos aliados en vez de depender solo de la suya; é imaginó que este era un vano lenguaje diplomático de que se hacia uso para intimidarle, ó apresurar sus determinaciones. No importándole mucho por otra parte evitar la guerra á costa de sacrificios, que le eran desagradables por extremo, creyendo por una deplorable confianza en sus fuerzas, no se dió prisa á tomar y á hacer notorias sus resoluciones. Todo el dia lo empleó en decidirse,

pensando que ejecutarlo el dia 10 seria demasiado pronto; que, no debiendo empezar nuevamente las hostilidades hasta el 17 de agosto, habia tiempo de entenderse de sobra; que Austria haria lo que quisiera de sus aliados, tanto el 10 como el 11 ó el 12, á tal de que fuera antes del 17, y que así podia permitirse veinte y cuatro horas de reflexion sin el menor tropiezo. Veinte y cuatro horas empleó de consiguiente, no en luchar consigo propio, sino en lisonjearse, en dejar que pasara el tiempo crítico de la negociacion de este modo. ¡Y él que tantas veces habia aprovechado el instante propicio sobre el campo de batalla, que habia debido á esta prontitud en resolverse sus mas insignes triunfos, ahora iba á desperdiciar el momento político mas importante de su reinado! ¿Y qué hacia Mr. de Basano durante estas horas fatales? ¡Como no pasaba aquella noche á los pies de su soberano, repitiéndole de viva voz las ardientes y patrióticas súplicas de Mr. de Caulaincourt! Aun cuando para vencerle fuera necesario adular insensatamente su indómito orgullo, y persuadirle de que, aun despues de una paz de esta especie, seria mas poderoso que nunca, mas poderoso que antes de Moscou, al proferir Mr. de Basano semejantes lisonjas, se mostrara adulador patriótico y útil y se aproximara mas á la verdad que dejando creer á Napoleon que la gloria consistia en no ceder nunca.

Pero nada oyó Napoleon parecido á esto, y durante estas horas escasas, horas que se llevaron su grandeza, y la nuestra tambien por desgracia, no oyó mas que el eco de sus propias ideas. Despues de manejar y de revolver toda la noche sus estados de tropas con Mr. de Basano, y de persuadirse de

que podia hacer cara á todo, creyó que debia persistir en sus miras y no conceder á la paz ningun sacrificio sobre los que tenia en la mente. Véanse las condiciones á que se atuvo al cabo. Desde luego consentia en sacrificar el gran ducado de Varsovia, como un ensayo de Polonia condenado por el suceso, pero no queria galardonar lo que denominaba una traicion, restituyendo alguna grandeza á la Prusia. Admitia que se le concediera la mayor parte y aun la totalidad del ducado de Varsovia, si Austria y Rusia se brindaban á hacer este sacrificio en su obsequio, pero queria repeleria mas allá del Oder y quitarla el Brandeburgo, Berlin y Postdam en ventaja de la Sajonia, es decir, su suelo nativo y su gloria, y trasladarla entre el Oder y el Vistula, y hacerla asi potencia polaca mas bien que alemana, y dejarla que eligiera capital entre Koenigsberg y Varsovia, sin cederla á Danzick que tornaria á ser ciudad libre. En su lugar queria poner entre el Oder y el Elba á Sajonia, y adjudicar á esta potencia cuanto hay desde Berlin á Dresde. Por lo que hace á Lubeck, Hamburgo y Brema, formaban parte del territorio constitucional del Imperio, y no consentiria ni que se mentase este asunto. A su ver equivalia á sujetarle á una humillacion el despojo de la investidura de protector de la Confederacion del Rhin, puesto que se reconocia no ser mas que un título absolutamente vano. Pronto estaba á restituir la Iliria al Austria, si bien reservándose la Istria, esto es Trieste, única cosa deseada con ardor por el Austria. Ademas pretendia conservar muchas posiciones á otro lado de los Alpes Julios, tales como Villach, Goritz y en suma todos los desemboques por donde se podia bajar á Iliria,

diciendo que no estaba seguro de Venecia sin señorear tales posiciones, esto es, que no se hallaba seguro en su casa, si no tenia las llaves de la agena. Bajo estas condiciones admitia la paz sin darse por ajado, y consentia en volver á entrar en la línea del Rhin con sus tropas Bajo otras preferia luchar años y años contra la Europa entera. Tales fueron las proposiciones emanadas de las meditaciones de esta noche funesta.

Sin embargo, como ninguna probabilidad habia de que Austria pudiese obtener de sus futuros aliados el abandono de Berlin por la Prusia, á fin de componer con Sajonia una Prusia falsa, sin pasado, sin consistencia, sin realidad, autorizó á Mr. de Caulaincourt para renunciar á este primer proyecto si no era aceptado, y consintió en dejar á la Prusia, ademas de lo que se le concediera del ducado de Varsovia, todo lo que poseia entre el Oder y el Elba, si bien manteniendo á Danzick como ciudad libre, y no aguantando ya que se hablase de ningun modo de Lubeck, de Hamburgo, de Brema, de la Confederacion del Rhin, y finalmente no restituyendo la Iliria sin retener la Istria, y sobre todo Trieste, pues siempre repetia que desear la posesion de Trieste equivalia á desear la de Venecia.

Durante el dia 10 por la mañana envió Napoleon á buscar á Mr. de Bubna, que formaba sinceros votos por la paz y que desgraciadamente se prestaba algo á las miras de su interlocutor poderoso con la esperanza de ablandarle. A conocer le dió la negociacion secreta entablada con Mr. de Metternich, comunicóle sus estados de tropas, le manifestó á las claras su inclinacion ó hacer está

campaña de Sajonia, de cuyo resultado se prometia tanta pujanza como gloria, mostróse tal como se encontraba, confiado, alegre, tan propenso á la paz como á la guerra, y de consiguiente dispuesto á poner poco de su parte á fin de que saliese una ú otra de las negociaciones de Praga; y despues de revelar sin vano alarde, ni fanfarroneria, esta fatal energia de su alma, expuso sus condiciones, solicitando casi á cada una de ellas un asentimiento, que de seguro no podia otorgar Mr. de Bubna, si bien no lo negaba sobrado perentoriamente para desvanecer toda clase de ilusiones. Con especialidad sobre dos puntos, el de las ciudades anseáticas y el de la Confederacion del Rhin, no habiendo hallado Mr. de Bubna tan absoluta á su córte como respecto de los otros, pareció que flaqueaba algo, y Napoleon se figuró que podria obtener la paz sin sufrir estas condiciones, que le eran particularmente insoportables, salva acaso la necesidad de ceder á la posesion de Trieste. Así no desesperó de una paz concluida sobre estas bases, y en todo caso su partido se hallaba adoptado, y no sentia de ninguna manera seguir la lucha; y aun calculaba que en la continuacion de la guerra tornaria á conquistar, no toda su gloria siempre intacta, sino todo su poderío, todo el que bajo las ruinas de Moscou se quedó sepultado.

Despues de esta entrevista despidió Napoleon á Mr. de Bubna, encargándole que escribiera á su gabinete en el propio sentido, y envió á Mr. de Caulaincourt sus últimas resoluciones. No podia llegar antes del dia 11 el correo portador de ellas. Ningun caso hizo Napoleon de semejante retardo, y aguardó la respuesta cualquiera que fuese, tomando sus disposiciones para la renovacion de las hostilidades el 17 de agosto.

De consiguiente el dia trascurrió en Praga sin que se recibiera nada de Dresde, muy á satisfaccion de los negociadores de Rusia y de Prusia, muy á pesar de Mr. de Caulaincourt, y con gran sentimiento de Mr. de Metternich, quien, sin embargo de tener abrazado su partido, no veia sin susto por Austria la terrible prueba de una nueva guerra con Francia. Muchas veces fué á casa de Mr. de Caulaincourt durante aquel dia, á fin de saber si de Dresde habia llegado alguna respuesta, y hallando siempre á Mr. de Caulaincourt triste y taciturno, á causa de no poderle decir nada, le hubo de repetir que, pasada media noche, ya no seria árbitro sino beligerante, y que se hallaria reducido á solicitar la paz cerca de sus nuevos aliados, en lugar de podérsela imponer moderada y aceptable para todo el mundo.

Despues de esperar todo el dia 10 sin fruto, Mr. de Metternich firmó al cabo la adhesion del Austria á la coalicion, y al dia siguiente por la mañana anunció á Mr. de Caulaincourt y á Mr. de Narbonne, siempre ignorante de la negociacion secreta, con un sentimiento que saltó á la vista de todos, que estaba disuelto el congreso de Praga, y que desde entonces Austria, forzada por sus deberes respecto de Alemania y de sí propia, se veia en el compromiso de declarar la guerra á Francia. Por su parte anunciaron que se retiraban los negociadores prusiano y ruso, descargando sobre Francia la responsabilidad del mal éxito de las negociaciones, y salieron de Praga con no disimulada alegria. Universal fué esta á no dudarlo, y excepto Mr. de

Metternich, á quien no se ocultaban las consecuencias posibles de una ruptura con Napoleon, aun arrostrándolas de frente, excepto el emperador que sentia el corazon oprimido al pensar en su hija, los austriacos de todas las clases manifestaron trasportes de entusiasmo. Sin medida estallaron las pasiones germánicas de que participaban todos y á que se vieron forzados á poner freno, como habian estallado en Breslau y en Berlin algunos meses antes.

Al fin en el curso del dia 11 recibió Mr. de Caulaincourt el correo tan deseado la víspera, y al ver lo que llevaba sintió menos su llegada tardía. Aun cuando no desesperase de obtener de Mr. de Metternich algunas concesiones, de ningun modo se lisonjeaba de conseguir la traslacion de Prusia mas allá del Oder, y aun prescindiendo de esta concesion quimérica, no creia poder conservar á Napoleon ni la ciudad de Hamburgo, ni el protectorado de la Confederacion del Rhin, ni menos el puerto de Trieste. Con todo, dejándoselo al Austria, conviniendo respecto de las ciudades anseáticas en un ajuste suspensivo, que hiciera depender su restitucion de la paz con Inglaterra, no miraba como imposible atraer á Mr. de Metternich á las proposiciones de Francia. Asi corrió á su casa, le halló triste, conmovido, desconsolado á causa de que llegaba muy tarde, sorprendido y desazonado de que se hubiera revelado á Mr. de Bubna el secreto de una negociacion que se habian prometido mútuamente mantener oculta del todo, no juzgando aceptables las condiciones de Napoleon, si bien dando á entender, á consecuencia del indicio bastante claro de que no eran irrevocables, que, mostrándose absoluto acerca de la restitucion de Trieste al Austria, del restablecimiento de Prusia hasta el Elba y de la abolicion del protectorado de la Confederacion del Rhin, seria posible aplazar la cuestion de las ciudades anseáticas hasta la paz con Inglaterra, lo cual atenuaria en mucho este sacrificio para Napoleon, cubriéndolo con el inmenso brillo de la paz marítima. Pero estas condiciones modificadas en tal sentido que hubiéramos podido imponer á las partes beligerantes hace veinte y cuatro horas, añadia Mr. de Metternich, no dependen ya de nosotros, y nos vemos reducidos á proponerlas sin saber si conseguiremos que sean aceptadas. Mr. de Metternich se mostraba además pesaroso y agitado, porque, si con su rara perspicacia descubria grandes probabilidades de realzar en la ocasion presente á su patria, no se le ocultaban tampoco las numerosas eventualidades de perderla, arrojándose á una guerra espantosa. Aunque imprudentísimo Napoleon á los ojos de los hombres de seso, tan grande se presentaba á la imaginacion del mundo que aun se le temia profundamente, á pesar de juzgarle extraviado por la pasion y expuesto á todas las faltas en que hace que se incurra.

A la verdad no podia seguir la negociacion de oficio, pues el congreso estaba roto, y declarada oficialmente la guerra por Austria á Francia. Se acababan de alejar los plenipotenciarios ruso y prusiano, y no era oportuno que los plenipotenciarios franceses continuaran en Praga. Se convino en que, si Napoleon se prestaba á ello, se haria partir á Mr. de Narbonne solo, explicando á éste su partida aislada lo mejor posible, y en que Mr. de

Caulaincourt se quedaria por el contrario, para esperar el resultado de las aberturas de que Mr. de Metternich se hallaba encargado respecto de los soberanos de Rusia y de Prusia, que dentro de dos ó tres dias llegarian á Praga. Muy desagradable era para Mr. de Caulaincourt esta prolongacion de residencia, pues su posicion iba á ser falsa del todo, cuando el emperador Alejandro se hallara en Praga, y no pudiera verle. Pero cuanto dejaba á la paz algun resquicio le parecia tolerable y hasta apetecible, y asi consintió en permanecer alli de buen grado. Refiriendo lo acontecido en su entrevista con el ministro austriaco, dirigió á Napoleon nuevas instancias á favor de la paz, le rogó que continuara esta negociacion por difícil que se hubiese hecho despues de entablada, no ya con el Austria sola, sino con todas las potencias beligerantes, le estrechó á que le diera alguna latitud para seguir los tratos, y sobre todo á que le enviara poderes auténticos para firmar lo que se estipulase, pues en aquel instante supremo cualquiera falta de forma, se podria interpretar como un nuevo subterfugio, y daria márgen á que se le despidiera definitivamente. Mr. de Caulaincourt repitió una vez mas á Napoleon, en lenguaje tan firme como sumiso y respetuoso, cuanto un hombre de bien y un buen patricio pueden exponer para ahorrar un yerro mortal á su soberano.

Estas comunicaciones enviadas á Dresde hallaron á Napoleon del todo prevenido á la guerra, y tan poco afligido como poco asombrado de la ruptura del congreso. El mismo dia en que lo declaró disuelto el Austria antes de que se reuniera y anunció su adhesion á la coalicion, fué denunciado el

armisticio por los comisionados de las potencias beligerantes, lo cual fijaba la vuelta de las hostilidades para el 17 de agosto. Casi era ya nula la posibilidad de reanudar por vias secretas las negociaciones rotas con tanto ruido, y Napoleon obró como si no contara con ella. Acto continuo previno á Mr. de Narbonne que saliera inmediatamente de Praga, pues siendo este diplomático á la vez plenipotenciario en el congreso y embajador francés en Austria, no podia figurar mas tiempo ante una córte, que acababa de declarar á Francia la guerra. A Mr. de Caulaincourt le autorizó para permanecer en Praga, no dentro de la ciudad misma, sino en sus alrededores, á fin de que este antiguo embajador de Francia en Rusia no se hallase en el propio sitio que el emperador Alejandro, no conviniendo *ornar su triunfo*, segun sus expresiones, triunfo que nosotros le habíamos proporcionado á causa de una obstinacion ciega; consintió en que sus últimas proposiciones fuesen trasmitidas á Rusia y Prusia, no en su nombre, sino en nombre del Austria, que las presentaria como suyas, pues, segun añadia, no convenia á su decoro proponer cosa alguna á las potencias beligerantes. A Mr. de Caulaincourt le envió poderes en forma, pero ninguna latitud para los tratos, siendo invariables sus condiciones respecto de las ciudades anseáticas, del protectorado del Rhin, y aun de Trieste, con que pretendia quedarse al restituir la Iliria al Austria. Debilísimas eventualidades de venir á parar á la paz eran todas no pudiendo el Austria admitir proposiciones semejantes, y aun cuando quisiera admitirlas, no pudiendo ya echar en la balanza el peso decisivo de su espada, por haberla dejado tiempo de com-

prometerse con la coalicion á pesar de sus reiterados consejos.

Pero á Napoleon no le hacian fuerza ninguna estas razones; ni las instancias de Mr. de Caulaincourt produjeron sobre su ánimo la impresion mas leve. Respetaba el carácter y la franqueza de este personage, le trataba con mayor consideracion que á Mr. de Basano, pero le escuchaba poco, á causa de comprender que profesaba ideas distintas de las suyas. Acababa de celebrar el 10 el dia de su santo, fijado comunmente para el 15 de agosto: á todo el ejército habia dado festines, y distribuido no pocos premios por el tiro al blanco, y ahuyentando lo posible las siniestras imágenes de la muerte del espíritu de nuestros soldados, á quienes tan fácilmente se proporcionaban distraccion y recreo. Del todo preparados estaban sus cuerpos de tropas, y desde el 11 empezaron á salir de sus acantonamientos para concentrarse bajo las órdenes de sus gefes, y trasladarse á la línea adonde se les destinaba á la pelea. Descansados, reforzados y completos se hallaban los cuerpos antiguos; su organizacion terminaban entonces los nuevos; aunque jóven se habia hecho excelente la caballería y aun numerosa. Concluidas estaban ó á punto de concluirse las obras de Koenigstein, de Lilienstein, de Dresde, de Torgau, de Wittenberg, de Magdeburgo, de Werben, de Hamburgo. Ya estaban reunidos sobre los puntos donde hacian falta los vastos acopios, que se hubieron de remontar por el Elba desde Hamburgo hasta Magdeburgo, y desde Magdeburgo hasta Dresde. Esta capital rebosaba de granos, de harinas, de bebidas espirituosas y de carne fresca y salada. Acelerados fueron todos los

convoyes, y se dictaron órdenes para que el 15 de agosto no se viese ya carro alguno por los caminos de Alemania y ni un solo barco sobre el Elba, á fin de que los cosacos no encontraran en que ejercitar la rapiña, y solo pudieran *saquear el pais*, segun Napoleon escribia al mariscal Davout. Personalmente pensaba marchar del 15 al 16 de agosto hácia Silesia y la frontera de Bohemia, donde tenia esperanza de ver empezar las hostilidades. Por lo demás á nadie dejó duda acerca de la renovacion de la guerra. Al general Rapp escribió á Danzick para animarle, y tranquilizarle sobre el éxito de esta nueva lucha, y conferirle poderes extraordinarios, y recomendarle que jamás rindiera la plaza, y prometerle que levantaria el bloqueo muy pronto. Otro tanto hizo respecto de los gobernadores de Glogau, de Stettin y de Custrin. Al mariscal Davout escribió á Hamburgo y al general Lemarois á Magdeburgo, que estuviesen en guardia, porque iba á comenzar de nuevo la guerra y seria terrible, si bien estaba en disposicion de hacer cara á todos sus enemigos, inclusa el Austria, y esperaba poderlos castigar antes de tres meses por sus indignas proposiciones. A nadie dijo en qué habia estado en que la paz se llevara á remate, á causa de no atreverse; ni aun informó sobre este punto al verdadero gefe del gobierno de la regencia, al archiçanciller Cambacéres, contentándose con enviarle á decir que pronto se le darian á conocer las exigencias del Austria, sobre las cuales habia necesidad de guardar secreto por entonces, bien que habian sido exhorbitantes hasta el extremo de resentirse de ofensivas. Respetando Napoleon algo menos al duque de Rovigo, aventu-

róse á comunicarle una mentira de bulto, pues osó escribirle que se habia pretendido arrebatarnos á Venecia, fundándose aparentemente en su tema ordinario de que pedir á Trieste equivalia á pedir á Venecia, como si se supusiera que pedir a Magdeburgo equivalia á pedir á Maguncia, por hallarse una ciudad en el camino de la otra. No queriendo que la emperatriz experimentara zozobras, prescribió al archicanciller que la hiciera marchar á Cherburgo, á fin de que no supiese la ruptura y la vuelta á las hostilidades hasta despues de ganada alguna gran batalla y de parados los mas espantosos peligros.

A la sazon presentóse en Dresde uno de los lugartenientes de Napoleon mas útiles en un dia de batalla, y doblemente deseable en las circunstancias actuales bajo el aspecto de la guerra y de la política; era el rey de ápoles. Ademas de que, pudiendo presentar como treinta mil ginetes en línea la caballería de reserva, necesitaba que un gefe de mérito superior la mandase; para Napoleon era un grande alivio y un motivo de seguridad verdadera el haber sacado á Murat de Italia Se ha visto que, cansado del yugo de Napoleon, ultrajado de resultas de sus tratamientos ofensivos, alarmado por la suerte de la dinastía imperial, pensó ligarse al Austria y á la política mediadora de esta potencia, á fin de salvar de un desastre general su trono, y que, desconfiando hasta de su esposa, acabó por recatarse de ella y por caer en enfermizas agitaciones. Tambien se ha visto que, para completar Napoleon el ejército de Italia y para poner la córte de Nápoles á prueba, le pidió una division de sus tropas, y que Murat, en intrigas a la sazon

con Austria, y queriendo además guardar bajo su mano á su ejército entero, se negó á los deseos de su cuñado. Pero con su método de costumbre, hizo Napoleon que Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia, intimase á Murat que se atemperara á sus prescripciones bajo pena de guerra. Entonces, no sabiendo Murat á qué partido arrimarse, ora viendo á Napoleon batido y en ruina, y derrocados todos los tronos de los Bonapartes, excepto quizá los de aquellos que operaran su defeccion á tiempo, ora viéndole vencedor en Lutzen, en Bautzen y en otros puntos, desarmando á Europa con la victoria y las concesiones, sacrificando á la paz á España y á Nápoles en caso necesario, habia caido en un verdadero estado de locura, cuando le determinaron á obedecer los consejos de su esposa y las cartas del duque de Otranto, con quien mas de una vez estuvo en secretas intrigas. Pero, no queriendo que la reconciliacion se efectuase á medias, ya que se decidia a ponerse en marcha, fué á colocarse á la cabeza de la caballería del grande ejército, y llegó á Dresde la víspera de la entrada en campaña. Napoleon le recibió con semblante halagüeño, y aparentando no hacer caso de lo acontecido, fingiendo no dar ninguna importancia á las versatilidades de un cuñado tan valeroso como inconsecuente, perdonando en suma, si bien con cierta muestra de desden, que Murat discernia á las claras, y que sentia sin expresarlo.

Llevóle, pues, consigo y salió en direccion de Bautzen la noche del 15 al 16 de agosto, á fin de hallarse en las avanzadas veinte y cuatro horas antes de la vuelta á las hostilidades, y no conservando evidentemente ninguna esperanza de ver

que surgiera la paz de los esfuerzos reunidos de Mr. de Caulaincourt y de Mr. de Metternich. Efectivamente, bien débil era la esperanza, tanto á causa de las mismas condiciones como del tiempo tristemente perdido. Inmediatamente despues de recibir Mr. de Caulaincourt las últimas comunicaciones de Dresde, y de haber alegado algunos pretextos para explicar a Mr. de Narbonne la prolongacion de su permanencia en Praga, fué en busca de Mr. de Metternich para presentarle sus poderes y suministrarle asi la prueba de que estaba autorizado para negociar formalmente, aunque bajo la condicion de que las proposiciones, que se trataba de hacer adoptar á las cortes de Rusia y de Prusia, fuesen presentadas en nombre del Austria, y no en nombre de Francia. No podia ofrecer gran satisfaccion tocante á lo sustancial de las cosas, puesto que Napoleon persistia casi en todas sus proposiciones. Sin embargo, si aun fuera libre el Austria pudiera admitir las proposiciones francesas, porque recuperando la Iliria, y además la parte de la Galitzia que se le habia tomado para constituir el gran ducado de Varsovia, obteniendo una especie de reconstitucion de la Prusia por medio de la disolucion de este gran ducado, quedando desembarazada lo mismo que sus aliados del fantasma de la Polonia, que durante años habia mantenido siempre Napoleon á los ojos de sus antiguos desmembradores, probablemente discurriera que sacaba muy bastante de las circunstancias, y no arrostrara los azares de la guerra por Trieste, y menos por Hamburgo, que interesaba á Inglaterra y á Prusia mas que á ella. Desgraciadamente ya no era libre, y no queriendo faltar á la palabra dada á sus nuevos

aliados, no podia hacer mas que dirigirles consejos, sin que le quedara el recurso de negarles su alianza, otorgada desde el 10 de agosto por la noche. Diciendo Mr. de Metternich mas de lo que habia dicho nunca, ahora que de sus conferencias no resultaban inconvenientes, confesó al duque de Vicencio que algo modificadas estas proposiciones condujeran a la paz ocho dias antes, segun todas las verosimilitudes, pero que, dependiendo ya de la voluntad agena, y no pudiendo nada sin sus aliados, desesperaba de conseguir que fuesen admitidas. Habló de las pasiones de que se hallaban animados, de las esperanzas que habian concebido, del efecto que les produjo la batalla de Vitoria, y fácil era de conocer en la conmocion que experimentaba la sinceridad de su pesadumbre. Con efecto, para Inglaterra protegida por el mar y para Rusia protegida por la distancia, no podia al cabo tener consecuencias mortales la lucha, pero para Prusia y Austria, á las cuales nada resguardaba de los golpes de Napoleon, y que habian pasado respecto de su persona de la alianza á la guerra, podia traer resultados desastrosos, y á Mr. de Metternich se le alcanzaba perfectamente que, por mucha razon que le asistiese en esta coyuntura para probar á rehacer la situacion de su patria, se le dirigirian sangrientos cargos, si quedaba Napoleon victorioso. De consiguiente es muy presumible que, si todavía fuera libre, aceptara las condiciones propuestas, salvas algunas alteraciones, y ya era notorio, que perdiendo tiempo con obstinacion lastimosa, se habia producido mayor daño quizá que persistiendo en pretensiones excesivas.

Sea como quiera, se convino en que tan luego

como el emperador Alejandro y el rey de Prusia llegasen á Praga, les haria Mr. de Metternich por cuenta de su soberano las aberturas de que se acaba de dar noticia, y daria la respuesta antes del 17 de agosto. Para hacer decorosa la posicion del duque de Vicencio, al cual se prodigaron siempre los miramientos de que era digno, determinóse que fuera á aguardar la respuesta de Mr. de Metternich á la quinta de Koenigsal, situada cerca de Praga y perteneciente al emperador Francisco. De este modo se ahorraria de estar en el mismo punto que el emperador Alejandro, y de presenciar todo el júbilo de los coaligados, que recibian con trasporte la nueva de la vuelta á las hostilidades y de la adhesion de Austria á la coalicion europea.

Ya desde el 11 de agosto acudio á Praga una parte de los estados mayores prusiano y ruso, para concertar las operaciones militares con el estado mayor austriaco: un ejército de mas de cien mil hombres, prusianos ó rusos, entraba en Bohemia para unirse al ejército de Austria; se abrazaban los oficiales de las tres huestes, se felicitaban de pelear juntos para contribuir á lo que llamaban la libertad comun, y donde quiera estallaba una alegria por decirlo asi convulsiva, pues era una mezcla de esperanza, de temor y de resolucion desesperada.

Su entrada hizo el emperador Alejandro el dia 15 en Praga, y fué recibido alli con los honores debidos á su categoria y al papel de libertador de Europa, que entonces le atribuia todo el mundo, excepto no obstante el gobierno austriaco, harto ofuscado por tan entusiastas demostraciones, y poco dispuesto á cambiar la dominacion de Francia por la de Rusia. Tan luego como este monarca se

halló en Praga, y antes de que llegase el rey de Prusia, le enteraron el emperador Francisco y Mr. de Metternich del secreto de la negociacion clandestina, nacida al lado de la negociacion oficial durante los últimos dias del congreso de Praga, y le pidieron su dictámen. No era oportuno hablar de paz en este momento. Alejandro se hallaba embriagado de esperanza de resultas de la batalla de Vitoria, y sobre todo, despues de la adhesion del Austria. Quizá se lisongeara de poder sustentar sin el auxilio de esta potencia la lucha, habiendo recibido numerosos refuerzos durante los dos últimos meses, y acrecentando tambien considerablemente la Prusia sus armamentos. Pero con el Austria, con las noticias trasmitidas por los ingleses acerca de sus progresos en España, de su próxima entrada en Francia, no dudaba de ser pronto vencedor de Napoleon y de reemplazarle en Europa. Se hallaba la cabeza de este jóven soberano en un estado de encandescencia extraordinaria, y para tocar al término de su ambicion, no habia peligros que no estuviera resuelto á arrostrar, ni halagos que no estuviera propicio á prodigar tanto á sus antiguos como á sus modernos auxiliares. Con efecto, se mostraba solícito y lleno de aparente deferencia hácia todos, y lejos de engrandecerse, se esmeraba en presentarse menos grande y menos poderoso que lo era, por miedo de producir ofuscacion y desagrado. Con mucho respeto y suma condescendencia hacia el emperador Francisco, sin ostentar el intento de destronar á Napoleon, esto es, á María Luisa, manifestó la esperanza de conquistar en breve por medio de la guerra mejores condiciones, y una independencia de Alemania infinitamente mas garan-

tida. Por otra parte, le asistia una razon muy poderosa para alegarla ante Austria, y consistia, en que, sin el abandono de las ciudades anseáticas, seria imposible alcanzar la adhesion de Inglaterra, á cuya potencia se hallaban estrechamente ligados, y además tenia un cebo muy seductor para hacerlo brillar á sus ojos, y consistia en la posibilidad de restituirle parte de Italia, si se lograba la victoria. Por consiguiente, sin esperar la llegada del rey de Prusia, hizo responder Alejandro por escrito y por conducto de Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt que, despues de conferenciar entre si SS. MM. los soberanos aliados, pensando *que toda idea de paz verdadera era inseparable de la pacificacion general, que SS. MM. se habian lisongeado de preparar con las negociaciones de Praga, no habian hallado en los artículos, que proponia ahora S. M el emperador Napoleon, las condiciones que pudieran conducir al grande objeto en que tenian puesta la mira, y que por tanto SS. MM. juzgaban inadmisibles las condiciones.* Esto equivalia á decir á las claras que eran miradas como del todo inaceptables por Inglaterra.

Mr. de Bender, empleado de la legacion austriaca, fué encargado de llevar en persona esta respuesta á la quinta de Koenigsal á Mr. de Caulaincourt y de entregársela por escrito. Aun aguardándola Mr. de Caulaincourt en esta forma, quedó consternado, porque en su buen seso, y en su noble patriotismo, no auguraba mas que grandes desventuras de la continuacion de esta guerra. Seguidamente hizo sus preparativos de viage, vió por última vez á Mr. de Metternich, con quien cruzo nuevas é inútiles expresiones de sentimiento, convino con él en que se podria abrir un congreso, donde se negociase mientras se menearan las armas, débil esperanza que para unos y otros dejaba la eventualidad de firmar su destruccion propia despues de un desafio horroroso, y se fué á unir con Napoleon en Lusacia. Lleno el corazon de cierta especie de desesperacion, escribió á Mr. de Basano, para expresarle en lenguaje explícito y amargo el disgusto de que se le hubiese empleado en una negociacion ilusoria, y llegado á presencia de Napoleon, manifestole con respeto grave, si bien con conviccion firme, el dolor que experimentaba por haber visto desperdiciada esta ocasion única de obtener la paz. De una manera ligera procuró Napoleon consolarle relativamente á esta ocasion frustrada, prometiéndole proporcionar otra mas excelente antes de mucho, y le volvió al ejercicio de sus funciones, que nominalmente eran las de caballerizo mayor, pero que, despues de la muerte del mariscal Durot, participaban de las de gran mariscal y aun de las de ministro de Negocios Extrangeros y de embajador extraordinario. Los honores podian tocar á este gran corazon, sensible sin duda á los favores de la córte, pero no eran capaces de hacerle olvidar de ningun modo los infortunios de su patria.

Tal fué esta célebre y desgraciada negociacion con Austria, empezada y seguida bajo el influjo de las mas funestas ilusiones, y con una torpeza que solo pueden explicar en un espiritu tan penetrante como el de Napoleon las pasiones. Segun lo hemos dicho, segun lo habian sustentado Mres. de Caulaincourt, de Talleyrand y de Cambacéres en el consejo celebrado en las Tullerias, se necesitaba

ó anular al Austria en esta coyuntura, probarlo á lo menos colmándola de contemplaciones, afectando no quererla comprometer en una guerra con que no tenia que ver nada, y sobre todo no pidiéndola ninguna porcion de sus fuerzas, para no suministrarla por sí un pretexto de armarse; ó bien en el caso de apremiarla a tomar parte antes de tiempo en los sucesos, de facilitarla un motivo para aumentar sus fuerzas, de llevarla como de la mano al papel de mediadora, se necesitaba prever sus deseos, nacidos de su situacion misma, y resignarse a satisfacerlos, lo cual no fuera al cabo muy costoso. Pero impulsarla á empuñar la espada y figurarse que la exgrimiria en nuestro apoyo y no en el suyo, á nuestra voluntad y no á la de ella, era el colmo de las ilusiones, de las ilusiones que se forjan asi los espíritus levantados como los pequeños, cuando han menester engañarse á sí propios. Si á esta falta se añade la de haber firmado el armisticio de Pleiswitz antes de haber repelido á los coaligados sobre el Vistula y lejos de los austriacos, segunda falta inherente, como se ha visto, á este mismo deseo obstinado de eludir las condiciones de la córte de Viena, se tienen averiguadas las causas verdaderas que trajeron á tan fatal desenlace los sucesos al principio venturosisimos de la primavera de 1813.

Por los demás ya resonaba el cañon sobre una línea de ciento cincuenta leguas, desde Koenigstein hasta Hamburgo, y excitado Napoleon por el estruendo de las armas, olvidóse muy pronto de las idas y venidas, de las expresiones y las réplicas de los diplomáticos, para no pensar mas que en sus vastos designios militares, de los cuales se debia

prometer resultados de la mayor trascendencia. Llegada era la hora de dar á conocer su plan y sus fuerzas para esta segunda parte de la campaña de Sajonia. Pero, á fin de comprenderlo mas de lleno, conviene que se conozcan ante todo el plan y las fuerzas de nuestros enemigos.

Se hace memoria de que en Trachenberg se convino por los coaligados en que tres ejércitos principales marcharian contra Napoleon y obrarian todos ofensivamente, si bien con cautela, á fin de evitar los lances de compromiso; en que, con esta mira, aquel contra el cual se dirigiera Napoleon aflojaria el paso, mientras procuraran los otros dos lanzarse sobre sus flancos y su espalda, y abrumar asi á los lugartenientes que tuvieran el cargo de su defensa. Estos tres ejércitos debian ser los de Bohemia, Silesia y el Norte, que con la agregacion de los cuerpos de Baviera y de Italia ascenderian á quinientos sesenta y cinco mil hombres de tropas activas, arrastrando consigo mil quinientas bocas de fuego, sin contar doscientos cincuenta mil hombres de reserva distribuidos en Bohemia, Polonia y la Vieja Prusia. Con efecto se habia casi llegado á estos guarismos enormes durante el armisticio, no menos provechoso para la coalicion que para Napoleon, pues los rusos recibieron los refuerzos y el material que no tuvieron tiempo de allegar en la precipitacion de su marcha de invierno, y los prusianos lograron igualmente espacio para armar é instruir á sus inumerables voluntarios, y finalmente el Austria pudo organizar su ejército que apenas existia sobre el papel en el mes de enero, de modo que, aparte de la ventaja política de decidir al Austria, aun tuvo el armisticio de Pleiswitz para

los coaligados la de duplicar el número de las tropas que iban á oponernos.

Las fuerzas de la coalicion se hallaban distribuidas en esta forma. Cerca de ciento y veinte mil austriacos, veteranos la mitad de ellos, estaban en Bohemia, alineados á la falda de las montañas, que separan esta provincia de la Sajonia, y prontos á cruzar sus desfiladeros. Setenta mil rusos á las órdenes de Barclai de Tolly y sesenta mil prusianos á las del general Kleist, aguardaron le declaracion del Austria para trasladarse de Silesia á Bohemia é ir á formar con los austriacos el grande ejército destinado á rebasar la posicion de Dresde, mediante una marcha por Sajonia. El punto de mira de este ejército, llamado de Bohemia, era Leipsick, y los coaligados no comprendian que Napoleon, acometido de frente por otros dos ejércitos sobre el Elba, se pudiera mantener firme contra un ataque tan formidable como el que se le preparaba hácia la espalda con doscientos cincuenta mil hombres. Por deferencia al Austria, y para decidirla por todos los medios imaginables, inclusos los de la lisonja, confirióse el mando superior del ejército de Bohemia al príncipe de Schwarzemberg, que habia negociado en calidad de embajador el matrimonio de María Luisa, y habia mandado el cuerpo auxiliar austriaco en 1812, y acababa de ser enviado á París muy recientemente. Estos papeles contradictorios embarazaban algun tanto á este personage, que debia á Napoleon el baston de mariscal sin haberlo merecido, y era llamado á merecerlo contra el mismo que le habia hecho alcanzarlo. Asi experimentaba un temor singular de verse delante de un adversario como Napoleon, bien

que en el consejo áulico hubiese hablado mucho del quebrantamiento de las tropas francesas, y segun costumbre se consolaba de una posicion falsa con los deleites del orgullo satisfecho. A la verdad era un honor insigne para su persona el de ejercer tan vasto mando ante los ojos de los soberanos coaligados, y no desmerecia distincion tamaña bajo ciertos aspectos, pues descollaba por lo juicioso, no le faltaba práctica de la gran guerra, y poseia una flexibilidad que le hacia idóneo para manejar los diversísimos caractéres de que la coalicion se componia. A esta lisonja respecto del Austria añadióse una especie de cuidado no menos capaz de conmoverla. Por un artículo secreto del tratado de subsidios celebrado con el gobierno británico en Reichenbach, se convino en darle un socorro pecuniario, si tomaba parte en la guerra, y llegado lord Cathcart á Praga libró letras de cambio sobre Lóndres, á fin de que lo mas pronto posible se le facilitasen los recursos rentísticos de que necesitaba.

Tras de este ejército principal venia el de Silesia. Componíase de los cuerpos rusos de los generales Langeron y Saint-Priest, que juntos subian á mas de cuarenta mil hombres, del cuerpo prusiano del general de York, que contaba treinta y ocho mil poco mas ó menos, y finalmente de otro cuerpo ruso, el del general Sacken, fuerte de diez y siete á diez y ocho mil hombres. En totalidad presentaba una masa como de cien mil combatientes. Le tocaba cruzar el límite que habia separado en Silesia á las tropas beligerantes durante el armisticio, cruzar el Katzbach, el Bober, y aun repelernos sobre Bautzen, si Napoleon no asomaba por

este lado. Mucho se le recomendó á Blucher la prudencia, aunque, rodeado de los oficiales prusianos mas fogosos, teniendo por gefe de estado mayor en lugar del general Scharnhorst muerto de sus heridas, al general Gneisenau oficial agudo y dado á obrar por el primer impulso, no tenia á su lado quien le recordara sus juiciosas instrucciones.

El ejército del Norte reunido en torno de Berlin era el tercero de los activos, y el que debia mandar el príncipe real de Suécia. Fuerte de unos ciento cincuenta mil soldados de todas las naciones, comprendia veinte y cinco mil suecos y alemanes á las órdenes del general Steding, diez y ocho mil usos á las del príncipe Woronzow, diez mil corredores, los mas de ellos cosacos, á las de Wintzingerode, cuarenta mil prusianos á las del general Bulow, otros treinta mil prusianos á las del general Tauenzien; estos destinados particularmente al bloqueo de las plazas, y por último una mezcla de ingleses, de hannoverinos, de alemanes, de anseátas, de insurgentes de las provincias sometidas á nuestra dominacion, que bajo el mando del general Valmoden ascendian á veinte y cinco mil hombres. Parte de este numeroso ejército debia permanecer delante de las plazas de Danzick, de Custrin, de Stettin, otra debia de observar á Hamburgo, y la postrera mas numerosa, fuerte de ochenta mil hombres, debia dirigirse hácia Magdeburgo, y pasar por allí el Elba, si le era posible, y amenazar á Napoleon por su flanco izquierdo, mientras el gran de ejército de Bohemia le amenazaba por su flanco derecho. Se esperaba que, marchando concéntricamente en su contra, deteniéndose cuando se arrojara sobre una de las tres huestes, al par que avanzando sobre el punto donde no se hallara en persona, y procurando ganar algun terreno de continuo, se acabaria por estrecharle cada vez mas de cerca, y por encontrar quizá una ocasion de acometerle todos juntos para abrumarle bajo una tremenda masa de fuerzas.

A estos tres ejércitos activos, que formaban quinientos mil hombres y tenian consigo mil quinientas bocas de fuego, se agregó un conjunto de veinte y cinco mil soldados con destino á observar la Baviera, y otro de cincuenta mil encargados de hacer cara al príncipe Eugenio á la parte de Italia. Por lo demás, esperándolo todo el Austria, si bien no dando importancia alguna á lo que en esta region sucediese, dispuso que de Viena se sacara lo mas precioso en materia de archivos, de armas y objetos de arte. Con razon creia que la suerte del mundo se decidiria junto al Elba, entre Dresde, Bautzen, Magdeburgo, Leipsick, y resignábase á ver, lo que era poco probable, al príncipe Eugenio dentro de Viena, mas bien que á alejar sus tropas del verdadero teatro de la guerra.

Estos dos ejércitos de Baviera y de Italia elevaban las fuerzas activas de la coalicion á quinientos setenta y cinco mil hombres. A esta masa conviene añadir las reservas. Austria tenia sesenta mil hombres entre Presburgo, Viena y Lintz. Rusia contaba en Polonia cincuenta mil hombres á las órdenes del general Benningsen y otros cincuenta mil á las del príncipe de Labanoff, prontos unos y otros á entrar en línea cuando su intervencion fuera necesaria. Aun tenia Prusia alrededor de noventa mil reclutas que acababan de instruirse, lo cual presentaba un último fondo de doscientos cincuenta mil hombres,

destinados á reparar las pérdidas que la guerra hiciese experimentar á las tropas que vinieran antes á las manos. Aunque las marchas debiesen aclarar muy luego las filas de estos ejércitos numerosos, fuerza es decir que los ochocientos mil y mas hombres se hallaban todos en torno de banderas, y que en breve tendria que habérselas Napoleon con esta inmensa masa, no nominal, sino efectiva. Jamás en la historia se habian visto semejantes porciones de soldados puestas en movimiento, y nunca tampoco el motivo lo habia merecido tanto, para la coalicion por lo menos.

Ahora se puede juzgar hasta que punto se habia engañado Napoleon al admitir el armisticio de Pleiswitz. Lo habia firmado por dos razones, segun hemos dicho, por sustraerse á las apremiantes instancias del Austria, relativamente á la paz, y porque acostumbrado á no hallar actividad en nadie mas que en sí propio, no comprendiendo los prodigios que la pasion podia operar entre sus adversarios, creia que durante estos dos meses llegarian quizá doscientos mil hombres á sus filas, y ni la mitad á las de sus contrarios. Al revés habia sucedido, pues, como va á verse, no añadió mas de ciento cincuenta mil hombres á sus tropas, bien que sin contar el acrecentamiento de valor moral que debian á dos meses de instruccion y de reposo, al par que la coalicion se reforzó con mas de cuatrocientos mil soldados, incluyendo las fuerzas del Austria. Asi no habia sido el calculo exacto. No por esto habia dejado Napoleon de emplear los dos meses con actividad admirable, y además sus planes eran hábiles de sobra para desbaratar los de sus enemigos.

Segun se ha dicho, la posicion del Elba, no obstante la facilidad de que se rebasara desembocando de la Bohemia sobre Leipsick, fué adoptada por Napoleon como la mejor y hasta como la única admisible. Dresde, tan fortificada como podia estarlo desde que se hicieron saltar sus murallas, debia servirle de centro de operaciones y de principal establecimiento. Allí tenia sus arsenales, sus almacenes, sus depósitos y tres puentes. A siete ú ocho leguas hácia su derecha, en el punto donde el Elba se mete por las montañas de Bohemia para penetrar en Sajonia, poseia los puestos fortificados de Koenigstein y de Lilienstein con un puente sólido y almacenes, á fin de poder maniobrar á eleccion sobre las dos márgenes del rio. Hácia su izquierda, en Torgau, quince leguas mas abajo de Dresde, tenia obras, víveres y puentes, y lo mismo en Wittenberg y en Magdeburgo. Este último punto era además una vasta plaza, regularmente fortificada, dentro de la cual habia depositado los enfermos y heridos de la campaña de la primavera, además de inmensos acopios de víveres y de municiones. El puesto improvisado de Werben llenaba el vacio dilatado entre Magdeburgo y Hamburgo, y por último Hamburgo cubria el bajo Elba. Posible era sin duda pasar este rio entre Magdeburgo y Hamburgo, á causa de la distancia que separa estas dos ciudades, distancia que el puesto de Werben llenaba imperfectamente; pero el enemigo que se propusiera acometer esta empresa, teniendo sobre los flancos las dos importantes plazas de Hamburgo y de Magdeburgo, y además de frente un cuerpo considerable, de cuya posicion y de cuyo papel se va á dar noticia muy luego, no podia en-

savarla, mientras el grande ejército colocado bajo la mano de Napoleon no perdiera su punto de apoyo de Dresde, lo cúal originaba que en esta capital misma, donde Napoleon mandaba en persona, se hallase el nudo todo de la inmensa accion militar que iba á empeñarse.

Establecida así la línea de defensa sobre el Elba, falta saber cómo estableció allí Napoleon sus fuerzas. Adivinando los proyectos del enemigo, cuál si hubiese asistido á las conferencias de Trachenberg, descubrió perfectamente que tendria encima tres ejércitos poderosos, uno hácia la derecha, en Bohemia, otro de frente en Silesia, y otro á la izquierda hácia la parte de Berlin, amenazando el Elba entre Hamburgo y Magdeburgo. A estos diversos ataques proveyó de una manera que no dejaba que desear nada. El nuevo cuerpo del mariscal Saint-Cir, fuerte de treinta mil hombres distribuidos en cuatro divisiones y recientemente llegado de Maguncia á Dresde, fué situado en Koenigstein, mas acá del Elba, es decir á la orilla izquierda, para cerrar las avenidas por donde el enemigo con su grande ejército podia bajar de Bohemia á Sajonia por nuestra espalda. El cuerpo del general Vandamme, fuerte asimismo de treinta mil hombres, destacado del ejército del mariscal Davout y llevado de Hamburgo á Dresde, fué situado á la altura del cuerpo del mariscal Saint-Cir, si bien mas allá del Elba, para custodiar sobre la derecha del rio los desfiladeros de las montañas de Bohemia que desembocaban en Lusacia. Un poco mas lejos de este punto, siempre á la falda de las montañas de Bohemia, en el desfiladero de Zittau, fueron apostados los cuerpos de Poniatowski y del

mariscal Victor, cuya formacion se habia llevado á cabo durante la suspension de armas. Por último á mayor distancia todavía, esto es en Silesia, sobre la línea fronteriza del armisicio, junto al Katzbach y el Bober se hallaban el 11.º cuerpo del mariscal Macdonald, el 5.º del general Lauriston, el 3.º del mariscal Ney, el 6.º del mariscal Marmont, con la fuerza total de cien mil hombres. Detrás, cerca de Bautzen, se encontraban la Guardia imperial, elevada durante el armisticio de doce á cuarenta y ocho mil hombres, y los tres cuerpos de caballería de reserva de los generales Latour-Maubourg, Sebastiani y Kellerman, con veinte y cuatro mil ginetes perfectamente montados. A la izquierda tres cuerpos, el 12.º de Oudinot, el 4.º de Bertrand, el 7.º de Reynier, recibieron la órden de oponerse al ejército del Norte, mandado por Bernadotte.

Teniendo distribuidas así sus tropas, resolvió Napoleon acudir de la manera siguiente á las diversas eventualidades de esta formidable campaña. El ejército del príncipe de Schwarzemberg, el mas numeroso de todos con mucho, el que amenazaba nuestro flanco derecho por los desemboques de la Bohemia, podia bajar por dos avenidas, una mas acá del Elba, es decir, detrás de nosotros, por el camino real de Peterswalde, y otra mas allá de este rio, es decir, á nuestro frente, por el camino real, que pasando por Zittau, lleva de Bohemia á Lusacia. Necesariamente debia hacer su aparicion por una de estas dos avenidas, y Napoleon se hallaba prevenido de igual modo para cualquiera de los dos casos. Con sus cuatro divisiones ocupaba el mariscal Saint-Cir mas acá del Elba la calzada de

Peterswalde. Una de estas cuatro divisiones tenia en custodia el puente echado entre las rocas de Koenigstein y de Lilienstein; otras dos ocupaban el campo de Pirna, bajo cuyo fuego pasa el camino real de Peterswalde, y la cuarta con la caballería ligera del general Pajol, vigilaba todos los caminos accesorios, por donde aun mas á la espalda se podia coger de revés á Dresde. De consiguiente si el enemigo queria descender por detrás de la capital de Sajonia, ora para atacarla, ora para dirigirse sobre Leipsick, despues de aprovecharse el mariscal Saint-Cir de las ventajas del terreno para contener la marcha de los coaligados, debia poner una guarnicion en los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, replegándose de seguida sobre Dresde con sus cuatro divisiones. Junto á esta ciudad y á la cabeza de unos treinta mil hombres, unidos á nueve ó diez mil convalecientes, de batallones de marcha y de guardias de honor dispuestos por Napoleon para guarnecer este punto, debia defenderse allí en un campo atrincherado laboriosamente preparado de antemano, sosteniéndose muchos dias sin tener que operar prodigios. En todo caso las cosas estaban prevenidas de modo de proporcionarle socorros prontos y decisivos. Con sus tres divisiones mas allá del Elba, una en Stolpen sobre el camino de Zittau, otra en Rumburgo cerca de Zittau mismo, y la otra en Bautzen, podia el general Vandamme enviar una de ellas en el término de veinte y cuatro horas de Stolpen á Dresde, y traer allí las otras dos solo en doble tiempo. Así el mariscal Saint-Cir seria reforzado al segundo dia con diez mil hombres y con veinte mil al tercero, lo cual elevaria su fuerza total á cerca de setenta

mil combatientes, y á sesenta mil por lo menos establecidos sobre un buen campo atrincherado. De esta suerte se hallaria al abrigo de todos los ataques. Pasados dos dias, esto es, á los cuatro desde la aparicion del enemigo, de Gorlitz debia acudir Napoleon á la cabeza de cuarenta y ocho mil hombres de la Guardia, de veinte y cuatro mil de la reserva de caballería, y de otros veinte y cuatro mil del cuerpo del mariscal Victor, dejando en Zittau el cuerpo de Poniatowski. Así al cuarto dia estarian bajo los muros de Dresde ciento setenta mil hombres, fuerza muy bastante, dado el terreno, para hacer que se arrepintiesen de su audacia los coaligados, que hubiesen querido rebasar nuestra posicion, y para exponerlos á que ya no tornaran á ver á Bohemia.

En el caso contrario de que el enemigo pensara bajar de Bohemia á Lusacia, no mas acá sino mas allá del Elba, no por detrás de Napoleon sino por delante, y en desembocar por Zittau sobre Gorlitz ó Bautzen, la misma distribucion debia producir una concentracion de fuerzas igualmente pronta. Napoleon habia resuelto situar en el desfiladero de Zittau al cuerpo de Poniatowski fuerte de unos doce mil hombres, y muy cerca al cuerpo del mariscal Victor para sostenerle, sumando así por lo menos treinta y seis mil soldados, agolpados en una posicion fuerte y situada á la misma salida de las montañas y esmeradamente elegida de antemano. En un dia la Guardia y la caballería de reserva, que estaban en Gorlitz, y la division de Vandamme, que estaba en Rumburgo, podian auxiliar con ochenta mil hombres á los treinta y seis mil apostados en Zittau. Un dia mas bastaba para

que la llegada del general Vandamme con sus otras dos divisiones y el repliegue de uno de los cuatro cuerpos establecidos junto al Bober, llevaran otro socorro de cincuenta mil hombres. Tambien por este medio se juntaban ciento setenta mil combatientes para oponerlos en dos dias á este segundo desemboque, dispuestos de manera que se pudieran defender hasta que su concentracion se efectuara.

Tales eran las precauciones tomadas sobre las dos hipótesis que presentaban mas verosimilitudes. Con todo, si no se realizaba ninguna de ellas, si en vez de querer desembocar el ejército de Bohemia tan cerca de Napoleon por detrás ó por delante, dejando un cuerpo en Bohemia, iba á unir su masa principal al de Silesia y á acometernos de frente junto al Bober con doscientos cincuenta mil hombres, para darnos una inmensa batalla, los cuatro cuerpos de Ney, de Lauriston, de Marmont, de Macdonald, que formaban un total de cien mil hombres, podian defenderse junto al Bober, ó replegarse sobre el Neisse y el Sprea, y adquirir allí un refuerzo de ciento cincuenta mil hombres, mediante su reunion con la Guardia, con la reserva de caballeria, con Victor, con Poniatowski, con Vandamme. De esta suerte, sin tocar á Saint-Cir siquiera, se debia juntar una fuerza igual á la del enemigo en el tercer supuesto, el único imaginable despues de los otros. Añádase en todos los casos la ventaja de la presencia de Napoleon, su arte de aprovecharse de las ocurrencias, la casi certidumbre de ganar una gran batalla bajo su direccion al primer encuentro, y se concibe que se lisongeara de tener todas las eventualidades en su abono.

¡Qué capitan habia calculado en ningun tiempo con tanta exactitud, con tanta universalidad de prevision los movimientos de tan vastas masas opuestas á otras todavia mas vastas!

Faltaba una sola hipótesis para la cual no habia tomado precaucion alguna de intento, y era la de que, aspirando los coaligados á rebasar á Napoleon, en vez de bajar inmediatamente sobre su espalda por Peterswalde, lo ejecutasen á mas distancia, esto es, por el camino de Leipsick, y probaran á situarse entre el grande ejército y el Rhin con audacia. Esto inquietaba poco á Napoleon, y se sonreia solo al pensarlo, habiendo dicho con profundidad extremada.—*No es del Rhin, sino del Elba de donde me importa que no se me corte.*—No volveria mas el enemigo que se atreviera á avanzar entre mi y el Rhin, al par que el que lograra establecerse entre mi y el Elba me cortaria de mi verdadera base de operaciones.—¡Con efecto, quién hubiera tenido la audacia de marchar sobre el Rhin, dejando detrás á Napoleon con cuatrocientos mil hombres, á Napoleon no vencido! Lejos del campo de batalla se podian forjar tales ensueños, y se forjaron sin duda; pero á la primera marcha se debia retroceder de espanto, como los sucesos lo probaron en breve.

Estando previstos y parados todos los golpes sobre su espalda, su derecha y su frente contra los dos ejércitos de Bohemia y Silesia, preparó Napoleon sobre su izquierda una operacion importante, con la mira de hacer cara al ejército del Norte, y de producir un resultado brillante al cual atribuia gran precio, el de ocupar la capital de Prusia, entrar allí en triunfo por medio de uno de sus lugar-

tenientes, y tomar asi una venganza de las pasiones germánicas, no cruel, sino humillante. Al mariscal Oudinot encargó que marchara desde Luckan sobre Berlin con su cuerpo, con los dos de los generales Bertrand y Reynier y con la caballería de reserva del duque de Padua. Estos tres cuerpos de infantería, unidos á una porcion de la caballería de reserva, debieran elevarse á setenta mil hombres, si bien no subian realmente mas que á sesenta y cinco ó sesenta y seis mil entre todos. A la verdad contaban con refuerzos de monta. Se hallaban enlazados á nuestro ejército principal que operaba delante de Dresde por el general Corbineau á la cabeza de tres mil caballos y de dos mil hombres de infantería ligera. Este era un vínculo, y no un apoyo; pero mas lejos y hácia la izquierda, esto es, á la altura de Magdeburgo, debia encontrarse el general Girard, el mismo que en Lutzen habia reparado una falta cometida en España, con un cuerpo de doce á quince mil hombres, formado de la division de Dombrowski y de la parte disponible de la guarnicion de Magdeburgo, cuya ingeniosa composicion dimos á conocer mas arriba. Situado se hallaba este general delante de Magdeburgo con cinco mil hombres de la division de Dombrowski, completada y descansada en Hesse, con ocho ó diez mil de la guarnicion de Magdeburgo, y debia establecer la comunicacion entre el mariscal Oudinot y el mariscal Davout y seguir al primero en su movimiento ofensivo, y de elevar el ejército de éste á cerca de ochenta mil hombres. Semejante masa no parece que debiera temer cosa alguna ni de los talentos ni de las fuerzas del príncipe real de Suecia, que tenia muchos allegadizos entre sus tropas, y no podía juntar actualmente mas de setenta mil hombres sobre un mismo campo de batalla, y que probablemente habria de hacer cara muy pronto á otro formidable enemigo, al mariscal Davout, próximo á salir de Hamburgo con veinte y cinco mil franceses y con diez mil daneses, y á amenazar á Berlin por el Mecklenburgo, al par que el mariscal Oudinot le amenazara por Lusacia. Asi tenia éste las mayores probabilidades de entrar antes de mucho en la capital de Prusia, y de que se le incorporara el mariscal Davout con treinta y cinco mil hombres, lo cual pondria á las órdenes del postrero, destinado á mandar en gefe, una masa de ciento diez á ciento quince mil soldados, y bastaria para desbaratar los proyectos del príncipe real de Suecia. Por tanto mientras Napoleon hacia cara á la derecha y de frente á las gigantescas fuerzas de la coalicion, debia penetrar en Berlin por su izquierda, y herir el foco de las pasiones germánicas, y castigar á Prusia por su abandono y al príncipe real de Suecia por su traicion, y alargar las manos á sus guarniciones del Oder y del Vístula. Sin duda era este un extremo brillante y que debia de seducir á Napoleon sobremanera: con todo, el movimiento que ordenaba á su izquierda se resentia de muy largo, pues los cuerpos que debian ejecutarlo se hallaban muy distantes unos de otros, y su cooperacion dependia de muchas circunstancias, y podian no salir todas felices. Sus generales, sin ser menos bizarros, ya no abrigaban aquella confianza que sostiene en las situaciones azarosas, sus tropas eran jóvenes y estaban mezcladas, y aunque tambien lo estaba el conjunto de Bernadotte, con quien

tenian que venir á las manos, como compuesto de gentes de todas procedencias, le unia el vínculo mas poderoso, la pasion. Por último, si era batido uno de sus lugartenientes, se necesitaba andar mucho para llevarle socorro. A decir verdad, la habil red tendida por Napoleon solo parecia floja por este lado: pero el deseo ardiente de entrar en Berlin de nuevo, de tener siempre tendida hácia Danzick la mano, de hallarse otra vez junto al Vístula á la primera batalla ganada, habia alterado aquí algun tanto la perfecta rectitud de su juicio militar, al modo que habia extraviado completamente su juicio político la preocupacion de rehacer toda su grandeza de un solo golpe.

Este defecto produjo otro en la parte de su plan ya trazada y la mas fuertemente concebida. Verdaderamente habia alejado mucho de la capital de Sajonia á los cuatro cuerpos que guardaban su frente delante del Elba. Desde las márgenes del Bober, donde estaban apostados los cuerpos de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauriston, hasta las márgenes del Elba, esto es, desde Lowenberg á Dresde, habia seis dias de marcha. Sobrada era la distancia para que Napoleon tuviese tiempo de socorrer con su reserva á los cuerpos que se hallaban en Lowenberg ó á los que estaban en Dresde. Mientras se pudiera mantener entre unos y otros, ora en Gorlitz, ora en Bautzen, no existia peligro, pues le era posible trasladarse en menos de tres dias á Lowenberg ó retrogradar sobre Dresde, y acudir de este modo adonde quiera que se necesitase para precaver ó reparar un descalabro. Pero, si era atraido á una de las extremidades, si era llamado á Dresde por ejemplo, podia

acontecer que junto al Bober cayera una gran desdicha sobre alguno de sus lugartenientes, y que llegase demasiado tarde para remediarla, necesitando seis dias por lo menos para asomar allí con refuerzos, ó que, si estaba en la extremidad opuesta, es decir en Lowenberg, se hallara á su turno la capital de Sajonia en peligro de ser socorrida muy tarde. En suma, para maniobrar concéntricamente en torno de Dresde, á la manera que tiempos antes en torno de Verona, con una reserva situada en el centro y conducida alternativamente á todos los puntos de la circunferencia, era de mucha extension el círculo y de mucha longitud el radio.

¿Se podia atribuir á descuido en un espíritu llegado á tan prodigiosa experiencia, á tan rigorosa exactitud en sus cálculos? No por cierto, sino al peligroso deseo de facilitar el movimiento sobre Berlin y el Vístula. Efectivamente, habia discutido por largo tiempo consigo propio acerca de si debia establecer junto al Bober ó junto al Neisse, esto es, en Lowenberg ó en Gorlitz su cuerpo mas avanzado, y aun cuando prefiriera ponerlo en Gorlitz, lo cual le proporcionara situar su reserva en Bautzen y redujera á la mitad el camino que tenia que andar para socorrer á los unos ó á los otros, renunció á efectuarlo por el motivo, constituyente del secreto de todas sus resoluciones (1), de que, llevando á Gorlitz su cuerpo mas avanzado, no oponia bastantes obstáculos á un movimiento que se sintieran tentados á ejecutar los ejércitos coaliga-

(1) Esta grave deliberacion de Napoleon consigo propio se halla comprobada por largas notas escritas de su puño sobre su plan de campaña, y en las cuales expresó

dos por su derecha, para detener al mariscal Oudinot en su marcha. Por el contrario en Lowenberg los cien mil hombres de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauriston, impedian absolutamente á los ejércitos enemigos de Bohemia y de Silesia trasladarse por la Lusacia al Brandeburgo y socorrer á la capital de Prusia. Asi este deseo de un resultado tan maravilloso, este deseo de tender un brazo hácia Berlin y sobre el Vistula, echaba á perder de continuo sus combinaciones militares, á la manera que ya habia pervertido sus resoluciones políticas, y le impulsaba á debilitar por su mucha extension un círculo de defensa que, mas restringido, fuera invencible. Muy pronto la guerra, que da inmediato pago á los cálculos malos ó buenos, debia galardonar estos con triunfos brillantes y de castigar aquellos con desastres ruidosos. Pero no anticipemos nada sobre los sucesos, cuya triste relacion ha de venir harto pronto.

Lejos estaban de igualar las fuerzas de Napoleon á las de la coalicion. Los cuerpos de Saint-Cir, de Vandamme, de Victor, de Poniatowski, agrupados hácia su derecha, los de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauriston, alineados hácia su frente, la Guardia y la reserva de caballería, situadas en el centro, podian formar bajo su mano una masa movible de doscientos setenta y dos mil hombres sobre las armas. Las tropas de Oudinot,

todos los motivos de sus diversas resoluciones, mucho antes de que el resultado justificara las unas y condenara las otras. Por tanto no hay aquí una sola idea que se le atribuya falsa ni aun conjeturalmente, pues las intenciones que le atribuimos se hallan todas corroboradas por escrito.

de Girard, de Davout, dirigidas hácia Berlin, formaban otra de ciento diez á ciento quince mil soldados, cosa que elevaba á trescientos ochenta y siete mil combatientes, ó á trescientos ochenta mil por lo menos, las fuerzas activas totales que se iban á oponer á la coalicion. Si se añaden veinte mil hombres en Baviera, sesenta mil en Italia, y además las guarniciones de las plazas del Elba, del Oder y del Vistula, tales como Koenigstein, Dresde, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Werben, Hamburgo, Glogau, Custrin, Stettin, Danzick, comprendiendo cerca de noventa mil hombres, se suma el guarismo de quinientos cincuenta mil combatientes, muy inferior al de ochocientos mil que lograron juntar los coaligados. Verdad es que las reservas de estos se hallaban incluidas en el guarismo de ochocientos mil hombres; pero, estrechando bien sus cuadros del Rhin, no podia Napoleon sacar mas de cincuenta mil soldados de reserva, y de esta suerte sus recursos, mas bien exagerados que reducidos, no presentaban un total de seiscientos mil hombres contra ochocientos mil adversarios. Con todo estas fuerzas bastaran y aun sobraran en sus manos, si las causas morales estuvieran á su favor como estaban en su contra; pero exasperados sus enemigos se hallaban resueltos á vencer ó á morir, y sus soldados, heróicos sin duda, bien que batiéndose por honor, eran conducidos por generales, cuya confianza estaba quebrantada, y que empezaban á sentir que no tenian razon contra Europa, y contra Francia y contra el buen sentido. ¡Inferioridad moral funesta, y harto mas enorme que la inferioridad material del número!

Despues de inspeccionar personalmente Napoleon sus puestos de Koenigstein y de Lilienstein, y de asegurarse con sus propios ojos de si la posicion tomada por Saint-Cir y Vandamme, sobre su espalda, y su derecha, se ajustaba á sus miras, se trasladó el 15 de agosto á Gorlitz, donde halló la Guardia y la reserva de caballería. Desde allí tuvo empeño en ver la garganta de Zittau, de cuya defensa estaban encargados Victor y Poniatowski. Tras de establecer á este sobre una montaña denominada de Eckartsberg, que da frente á la salida del desfiladero y permite obstruir el paso, adelantóse en persona algunas leguas mas lejos, escoltado por la caballería ligera de su Guardia, á fin de reconocer un pais adonde era posible que se penetrara mas tarde. Se proponia tomar lenguas acerca de la direccion seguida por el enemigo. Con efecto ningun síntoma revelaba si los coaligados desembocarian hácia la espalda por Peterswalde sobre Dresde, ó hácia nuestra derecha por Zittau, ó sobre nuestro frente por Liegnitz y Lowenberg. Aun cuando Napoleon estuviese rodeado de una nube de enemigos en movimiento, nada sabia de su marcha, por ser cortina difícil de penetrar el espeso muro de las montañas de Bohemia, que hácia la derecha le separaba de ellos. Aplicaba pues con singular atencion los oidos, acogiendo los mas leves rumores, y no adquiriendo mas que versiones contrarias, segun costumbre. No obstante habia acuerdo sobre el punto de que un cuerpo de ejército prusiano y ruso habia pasado de Silesia á Bohemia para obrar en union del ejército austriaco. Segun se ha visto mas arriba, este era el cuerpo que debia completar el grande ejército del príncipe de Schwarzemberg, juntándose á las tropas austriacas. Esta noticia muy divulgada inspiró por un momento á Napoleon la idea de entrar precipitadamente en Bohemia por el camino de Zittau á la cabeza de cien mil hombres, y de arrojarse sobre los prusianos y los rusos antes de que se unieran á los austriacos. Es muy cierto que bajo su mano tenia cien mil hombres con Poniatowski, con Victor, con la Guardia y con la reserva de caballería, y que dirigiéndose velozmente hácia la derecha sobre Leftmeritz, pudiera cortar en dos la larga linea que debian formar los coaligados antes de hallarse juntos en torno de Commotau. De consiguiente le fuera posible descargar un golpe formidable desde el principio de la campaña, y prendado el mariscal Saint-Cir de esta idea mas brillante que justa le impulsaba vivamente en su correspondencia á ponerla por obra. Pero podia suceder que, entrado Napoleon en Bohemia, ya encontrara concentrados á los coaligados sobre su derecha, entre Toepliz y Commotau, y por tanto al abrigo de sus golpes, y en aptitud de tomarle la delantera en Dresde, bajando hácia allí por Peterswalde, de modo que, mientras penetrase en Bohemia para sorprenderlos, ya hubieran salido de aquel territorio con ánimo de rebasarle; ó, bien pudiera suceder además que los hallara sobre el camino en masa, y que tuviera que combatirlos siendo considerables sus fuerzas, en una posicion que le fuese desventajosa, pues, si vencia, le era imposible perseguirlos hácia lo interior de Bohemia, y si quedaba vencido, le era forzoso volver á pasar delante de ellos el desfiladero de Zittau. Para dar batalla mas valia esperarlos á su salida de las montañas de Bohemia, y en-

contrarlos sobre la orilla derecha ó la orilla izquierda del Elba en el momento mismo en que desembocaran por este punto, porque batiéndolos se les acorralaba en las montañas, y se podia aprovechar su atascadura en los desfiladeros para quitarles soldados y cañones á miles. Trasponer personalmente las montañas para ir á guerrear á Bohemia, equivalia á escoger para sí la posicion falsa, que convenia dejarles tomar á ellos, aguardándolos á la salida de aquellos montañas sobre una ú otra orilla del Elba. Asi Napoleon se inclinaba poco á la singular idea que el mariscal Saint-Cir sostenia calorosamente. Solo cediera á ponerla en planta, si indagara por datos seguros que tenia en efecto á su alcance sesenta ú ochenta mil prusianos y rusos, todavía separados de los ciento veinte mil austriacos á los cuales iban á juntarse.

Entregado á una verdadera efervescencia mental á la vista de tantas eventualidades diversas, montó Napoleon á caballo el 19 de agosto por la mañana, y seguido de la caballería ligera de la Guardia penetró en Bohemia, á la cabeza de algunos miles de ginetes, haciendo la guerra como un jóven, como en otros tiempos la hacia en Italia ó en Egipto Metióse por las gargantas de los montes mas allá de Gabel, y aun mostróse á la entrada del hermoso llano de Bohemia á los bohemios, sorprendidos de verle. Hizo prender á los curas y á los alcaldes para hacerles preguntas, y supo de boca de todos que las tropas rusas y prusianas procedentes de Silesia, se hallaban á lo largo de la falda de las montañas dentro de Bohemia, para unirse á los austriacos y bajar probablemente á Sajonia por detrás de Dresde. En este movimiento debian cru-

zar los coaligados el Elba entre Leitmeritz y Aussig, y todo anunciaba que ya estaban á orillas ó mas allá del rio, en las inmediaciones de Toeplitz. Aun cuando fuese buena la operacion de lanzarse sobre ellos, ya habia pasado el tiempo de practicarla, y convenia apresurarse á volver á Sajonia para pelear en torno de Dresde, sobre el campo de batalla preparado con prevision tan cumplida. Sin embargo, Napoleon hizo gala de presentarse y de darse á conocer á los habitantes, á fin de que el ruido de su presencia en Bohemia resonara hasta en el cuartel general de los coaligados. Véase cual era su intencion al obrar de este modo.

Evidentemente el plan de los coaligados consistia en entrar en Sajonia, despues de cruzar el Elba en Bohemia, y en descender sobre Dresde, á fin de tomar esta plaza, ó en trasladarse á Leipsick, para situarse entre el Rhin y el ejército francés. Nada podiamos desear qué mejor nos acomodase, pues, empeñándose de esta manera á espaldas de Napoleon los coaligados, se exponian á tenerle sobre sus comunicaciones, y á encontrarse en un abismo, si en tal posicion llegaban á perder una batalla. Siendo esto asi, importaba á Napoleon arrojarse de pronto sobre el ejército de Silesia, que tenia delante, á fin de ponerle fuera de juego por algun tiempo, y de volver de seguida á atender de plano á las cosas que se preparaban detrás de Dresde. Para el éxito de tal proyecto le era útil retener un momento la marcha de los aliados, inducirles á vacilaciones, hacerles perder de esta suerte uno ó dos dias, que serian para él ganados, teniendo que correr sobre el Bober antes de tornar junto al Elba. No habia mejor modo de conseguirlo que pre-

sentarse en Bohemia, porque su presencia en aquellos lugares debia provocar mil conjeturas alarmantes ó por lo menos embarazosas.

Despues de emplear todo el dia 19 en correr á caballo, ora por la llanura, ora por las gargantas de los montes, volvió á pasar los desfiladeros de *Riesen-Gebirge*, y tomó la vuelta de Zittau. Al dia siguiente 20 de agosto ocupóse en preparar por sí mismo el cuerpo de Poniatowski y el de Victor á la entrada del desfiladero de Zittau, de manera que ambos pudiesen resistir por lo menos tres dias á los mas vigorosos ataques. Además Napoleon aseguró sus comunicaciones con el general Vandamme, situado entre Zittau y Dresde hácia Stolpen, á fin de que pudiera correr en un solo dia á Zittau ó á la capital de Sajonia. Tomadas todas estas providencias tenia la intencion de aguardar otro dia mas la manifestacion completa de los proyectos del enemigo, sin abrigar el mas leve temor á pesar de todo, pues donde quiera estaban adoptadas las precauciones de suerte de no dar márgen á ninguna zozobra. Con efecto ochenta mil hombres en marcha hácia la parte de Berlin bajo las órdenes del mariscal Oudinot, apoyados por treinta y cinco mil del mariscal Davout, Saint-Cir y Vandamme á la parte de Dresde y en acecho sobre las dos márgenes del Elba; dos cuerpos en Zittau guardando las gargantes de Bohemia; cien mil hombres junto al Bober á las órdenes del mariscal Ney y en espera del contrario que intentara pasar este rio; por último Napoleon en Gorlitz, centro de todas estas posiciones, con la Guardia y la reserva de caballería, situado á medio camino de los diversos puntos amenazados, presentaban una tela admirablemente tejida, desde

cuyo centro estaba pronto el que tan hábilmente la habia preparado á caer sobre el imprudente que se aventurara á agitar sus extremidades.

De vuelta Napoleon en Gorlitz el dia 20, supo de pronto que el ejército de Silesia tenia invadido desde el dia 15 el pais neutral, que hubiera debido respetar hasta el 17, lo cual constituia una violacion del derecho de gentes, que el ardiente patriotismo del general Blucher no excusaba de ningun modo. Este ejército se encaminaba hácia el Bober. Al instante puso Napoleon en movimiento la caballería y tres divisiones de su Guardia, dejando en Gorlitz las restantes, y tomó sus providencias para estar sobre el Bober al dia siguiente 21. Con el socorro que llevaba al mariscal Ney iba á tener ciento treinta mil hombres, con los cuales habia muy de sobra para hacer que Blucher se arrepintiera de su temeridad y de la infraccion que se habia permitido contra el derecho de gentes. Despues de renovar por última vez sus instrucciones á Poniatowski, á Victor, á Vandamme, y á Saint-Cir, partió muy confiado y lleno de esperanza.

Habiendo empezado las hostilidades en Silesia antes de la época fijada por el armisticio, apenas salian de sus cantones los cuatro cuerpos del mariscal Ney cuando se presentaron los contrarios. Dos de estos cuerpos se hallaban junto al Bober, los de Macdonald y Marmont, el primero á la derecha hácia Lowenberg, y el segundo á la izquierda hácia Buntzlau. Otros dos estaban todavia mas comprometidos, pues se encontraban al otro lado del Katzbach, el de Lauriston en las cercanías de Goldberg, el de Ney entre Leignitz y Haynau. Casi rebasados estos dos últimos á causa de la aparicion

súbita del cuerpo de Langeron sobre su flanco derecho, se hallaban en muy inminente peligro. Mucho costó al cuerpo de Lauriston replegarse del Katzbach al Bober, si bien lo hizo con sangre fria y con denuedo, é incorporóse á Macdonald en Lowenberg sin ningun accidente. Ney, que era el avanzado hácia nuestra izquierda, en vez de replegarse simplemente sobre Buntzlau, para repasar el Bober por este punto, se vino á desplegar audazmente entre el Katzbach y el Bober, y á desafiar á Blucher, que se encarnizaba contra Lowenberg. Al verle el general prusiano se le fué encima, y quedando asi Lowenberg ya libre, bajó hácia Buntzlau, pasó por alli el Bober y juntóse á Marmont.

Nuestros cuatro cuerpos se hallaban mas acá del Bober el dia 20 de agosto, los de Lauriston y Macdonald en Lowenberg, los de Marmont y Ney en Buntzlau, despues de causar al enemigo mas daño que el que habian sufrido. Llegado alli Napoleon el dia 21 por la mañana, quiso tomar la ofensiva sin demora. Cerca de ochenta mil hombres habia presentando Blucher, a causa de quedarse el general ruso Sacken, con quien reuniria cien mil soldados, algo detrás sobre su derecha. Napoleon que tenia ciento treinta mil bajo su mando, empleó la mañana en disponer que se echaran sobre el Bober puentes de caballetes, y en expedir todas sus órdenes para una marcha pronta y vigorosa, porque no habia que perder tiempo, esperando ser llamado antes de mucho á la espalda por el grande ejército de Bohemia. De consiguiente resolvió desembocar de Lowenberg con Macdonald y Lauriston, atravesando el Bober por este punto, y atraer sobre su izquierda á Ney y á Marmont,

despues de hacerles cruzar por Buntzlau el mismo rio.

A cosa de medio dia pasóse el Bober por Lowenberg, y se marchó de prisa. La division de Maison, que formaba nuestra cabeza de columna, arrolló por delante á las tropas del general de York, sin darlas respiro en ninguna parte. Todo el cuerpo de Lauriston le seguia apoyado por el mariscal Macdonald. A nuestra izquierda los mariscales Ney y Marmont desembocaron de Buntzlau y fueron á estrecharse hácia nuestro centro. Viéndose Blucher tan vigorosamente acometido, no dudó que tenia á Napoleon delante, y se apresuró á obrar á tenor de sus instrucciones, que le prescribian no aventurar nada cuando tuviera enfrente á tan formidable adversario. Cubrióse con un escaso raudal de agua, que corre entre el Bober y el Katzbach, y que se llama el Haynau. Ya este dia le costó de dos á tres mil hombres.

Al siguiente, que era el 22, prosiguió Napoleon su marcha ofensiva. En derechura se encaminaron los cuerpos de Lauriston y de Macdonald sobre Goldberg, para repeler á Blucher mas allá del Katzbach, mientras le empujaran en la direccion misma Ney y Marmont, marchando siempre sobre nuestra izquierda. Nuevamente atacó la division de Maison al enemigo con el mayor empuje. Animadas las tropas por la presencia de Napoleon, manifestaban donde quiera ardor extremado. El enemigo quiso defenderse, pero rebasándole Lauriston con el resto de su cuerpo, mientras Macdonald le amenazaba por el centro, se le obligó á abandonar la escasa corriente detrás de la cual se habia refugiado y á repasar el Katzbach para ir á tomar posicion en Gol-

berg. Sus pérdidas fueron este dia de bastante monta.

A pesar de la resistencia que Blucher trataba de oponernos, y a pesar de sus cien mil hombres, se veia á las claras que no se le habia puesto en aptitud de hacer cara á Napoleon, y que la accion principal no seria por este lado Con efecto, aquella misma noche recibió Napoleon del mariscal Saint-Cir un correo, que, despues de andar cuarenta leguas para darle alcance, le anunciaba el ataque de masas numerosas, y que evidentemente el grande ejército coaligado de Bohemia desembocaba por Peterswalde a espaldas de Dresde, ya pensara en tomar esta ciudad, ya abrigara la idea de trasladarse á Leipsick, para ejecutar la audaz tentativa de situarse entre el Rhin y los franceses. Asi se realizaba una de las dos hipótesis previstas por Napoleon y la mas apetecible, pues todo estaba preparado esmeradamente para contrariarla. Napoleon no experimentó ni afliccion ni sorpresa, si bien tuvo de resultas de la noticia una razon apremiante para acelerar sus movimientos. Aquella misma noche detuvo á su Guardia, que estaba todavia en marcha, y que no habia pasado de Lowenberg por fortuna, á fin de que despues de un breve descanso, se pusiera en camino y pudiera estar de vuelta en Dresde á los cuatro dias, esto es, el 26 de agosto. Habiéndose visto el cuerpo del mariscal Marmont menos comprometido, se hallaba tambien menos fatigado, y sin perder instante retrocedió camino para viajar con la Guardia. Ademas despachó Napoleon gran parte de la reserva de caballería, y por último, escribió al general Vandamme y al mariscal Victor, para que uno y otro se replegaran

sobre el Elba, dejando en las gargantas de Zittau al príncipe Poniatowski. De este modo se debian hallar bajo los muros de Dresde en el espacio de cuatro dias ciento ochenta mil hombres, y lo menos ochenta mil en los dos primeros. De consiguiente no habia que experimentar ninguna zozobra.

Despues de expedir estas órdenes el 22 por la noche, quiso Napoleon que el 23 por la mañana los cuerpos de Lauriston, de Macdonald y de Ney, que con la caballería del general Sebastiani formaban una masa de ochenta mil hombres por lo menos, empujasen una vez mas al enemigo hácia adelante y le repeliesen á larga distancia del Katzbach. Al despuntar el dia se desplegaron á lo largo de este rio el cuerpo de Lauriston á la derecha, el de Macdonald en el centro, la caballería de Latour-Maubourg á la izquierda, interin tres leguas mas abajo se trasladaba Ney á Liegnitz con su cuerpo y la caballería de Sebastiani. Blucher habia colocado las tropas rusas de Langeron y las tropas prusianas de York detrás del Katzbach y sobre las alturas de Wolfsberg. La division de Girard atacó las márgenes del rio hácia Niedereau, y tuvo una vivísima refriega con la division prusiana del príncipe de Mecklenburgo. Despues de desmontar el general Girard la artillería del enemigo y de quebrantar su infantería á cañonazos, acometióla de pronto á la bayoneta. Destrozados y acorralados sobre el Katzbach los prusianos, se cubrieron con su caballería, que muy luego fué rechazada por la del general Latour-Maubourg, y al cabo repasaron el Katzbach, yendo el general Girard detrás de ellos. Habiendo operado sobre la derecha el

general Lauriston el paso hácia Seifnau, asaltó las alturas de Wolfsberg, las tomó tres veces a los rusos, y las volvió á perder otras tantas. Pero el regimiento 135.º de la division de Rochambeau se hizo dueño de ellas por un postrer esfuerzo, y la accion quedó decidida en nuestro favor desde entonces. Viéndose Blucher rebasado al mismo tiempo á distancia de dos ó tres leguas sobre su derecha, por el movimiento del mariscal Ney sobre Leignitz, se replegó hácia Jauer á toda prisa.

Esta inútil violacion del derecho de gentes costó cerca de ocho mil hombres al general prusiano, y á nosotros la mitad a lo sumo. Por desgracia no quebrantó la moral de un enemigo que lidiaba con el encarnizamiento de la desesperacion. Napoleon, que habia experimentado el inconveniente de dejar muchos mariscales juntos cuando no los dominaba su presencia, y que preveia rudas batallas para las cuales convenia tener al mariscal Ney bajo su mano, resolvió traerle consigo y confiar al general Souham el tercer cuerpo. Asi sobre aquel punto no iban a quedar mas que un mariscal y dos tenientes generales. El mariscal era Macdonald, gefe del cuerpo 11.º y los generales Lauriston y Souham, gefes de los cuerpos 5.º y 3.º Al conferir Napoleon el mando superior a Macdonald, dióle por instruccion que tuviera sus tropas ligeras en observacion entre el Bober y el Katzbach, al par que acampara con el grueso de sus fuerzas detras del primero de estos dos rios, entre Lowenberg y Buntzlau, y que estableciera puestos de correspondencia á la derecha en las montañas de Bohemia, á la izquierda en las llanuras de Lusacia, á

fin de estar informado constantemente de los movimientos mas leves del enemigo. Su encargo principal consistia ante todo en defender el Bober contra Blucher, y despues en interceptar los caminos, que van de Bohemia á Prusia, á fin de impedir los destacamentos que pudiera enviar el enemigo hácia Berlin contra el cuerpo del mariscal Oudinot. Siempre ocupado, segun se ve, en la marcha de este mariscal sobre la capital de Prusia, para la cual ya habia extendido demasiado el circulo de sus operaciones, proseguia Napoleon dedicando sacrificios sensibles á este objeto, porque dejaba á Macdonald á cuarenta leguas de Dresde, y aunque desembarazado del enemigo en este instante, podia ser atacado de nuevo con mayor empuje, y correr grandes peligros mientras se acudiera en su socorro.

Tomadas estas disposiciones, y habiendo visto Napoleon á Blucher en retirada sobre Jauer, partió para Gorlitz á eso de medio dia, ínterin la Guardia, el cuerpo de Marmont y la caballeria de Latour-Maubourg marchaban al mismo punto al paso de las tropas. A medida que se aproximaba alli se multiplicaban las noticias, y le pintaban por extremo conmovida la ciudad de Dresde. El rey de Sajonia, la poblacion y hasta los mismos generales destinados á la defensa de este puesto importante, se manifestaban asombrados de la inmensa masa de enemigos, que descendian a espaldas de esta capital de las montañas, y procedentes de Bohemia. Unánimes estaban las relaciones en decir que las cumbres, que rodean á Dresde a la márgen izquierda del Elba, se hallaban cubiertas de soldados de todas las naciones. Alli se veia asomar en la cima

de los montes la lanza de los cosacos tan temida por los habitantes pacíficos.

Efectivamente, el grande ejército de la coalicion, el que compuesto de prusianos, de rusos y de austriacos, en número de doscientos cincuenta mil hombres, se debia aprovechar de la Bohemia para coger la vuelta á la posicion del Elba, habia ejecutado el plan acordado en Trachenberg, y despues de operar su concentracion entre Tetschen y Commotau, acababa de desembocar en Sajonia por todos los desfiladeros del *Erz-Gebirge*. Habian marchado en cuatro columnas formadas segun el sitio ocupado por las tropas. Los rusos procedentes del fondo de Bohemia, puesto que partian de Silesia, no pudieron pasar el Elba y tomaron la calzada de Peterswalde, que sigue á lo largo del campo de Pirna, y baja hácia Dresde sin que desde ella se pierda de vista el rio citado. Marchando el cuerpo prusiano de Kleist delante de los rusos, fué por el camino de algo mas á la izquierda (la izquierda de los coaligados al desembocar en Sajonia), que era menos expedito, si bien todavía muy practicable, y pasaba por Toeplitz, Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde. Los austriacos, mas avanzados como que partian de su casa, tomaron la calzada de Commotau á Marienberg y Chemnitz, que se halla á la izquierda de los anteriores y forma el camino real de Praga á Leipsick. Por Carlsbad y Zwickau debian caer sobre este punto las tropas austriacas recien levantadas, componiendo á las órdenes del general Klenau la cuarta columna.

Pero no bien emprendida la marcha, modificóse el plan acordado en Trachenberg por los coaligados, á causa de la instabilidad de los consejos

militares de la coalicion, donde nadie mandaba por no ser nadie completamente capaz de hacerlo. Sin duda se habia conferido el mando nominal al príncipe de Schwarzemberg para lisongear al Austria, pero en el fondo sentia el emperador Alejandro no haberlo tomado en persona, y aun hubiera querido hacerlo al fin suyo, especialmente desde la llegada á su campo del general Moreau y del general Jomini, con cuyo auxilio creia poder dirigir los asuntos de la coalicion gloriosamente.

Vuelto el general Moreau de América, segun hemos dicho, al cundir la noticia del desastre de Napoleon en Rusia, sin otro objeto que la vaga esperanza de volver á pisar el suelo nativo por vias honrosas, formó un proyecto que no carecia de eventualidades de éxito venturoso. Habiendo sabido que el emperador Alejandro tenia mas de cien mil prisioneros franceses, todos exasperados contra el autor de la expedicion á Moscou, discurrió que bien se podrian armar cuarenta ó cincuenta mil de ellos, para trasladarlos por medio de la marina inglesa á la Picardía, y respondia de derrocar el trono imperial marchando sobre Paris á su cabeza, con tal de que los soberanos aliados le proveyesen de un tratado de paz, en que dejando á la Francia libre para elegir un gobierno, se le concedieran los Alpes y el Rhin como sus límites naturales. Amante Moreau de la libertad, odiando el gobierno despótico que pesaba á la sazon sobre Francia, creyéndose superior á los lugartenientes de Napoleon, presumia que los atropellaria á todos presentándose á la cabeza de soldados franceses, anunciando una paz honrosa, una libertad prudente, y el término de la espantosa carnicería, á la

cual obligaba Napoleon á Europa con su ambicion desapoderada. Sin vínculos con los Borbones, no inclinándose á ellos de ningun modo, admitia no obstante que se procurara conciliar a esta familia con la revolucion francesa, y que se la llamara para establecer un gobierno sólido y liberal al mismo tiempo y que pusieran fin á los largos disturbios de Francia (1). Con estas ideas habia llegado á Estokolmo, y su antiguo camarada Bernadotte le envió al cuartel general, aparentando dar oidos á sus escrúpulos al par que enconando sus odios, y prometiendo que hallaria satisfaccion á todos sus deseos al lado del emperador Alejandro. Este recibió al general proscripto con imponderables honores, trátole como amigo, y sosegó sus escrúpulos afirmándole que no se miraba de mal ojo ni á la Francia ni á su grandeza; que la coalicion se hallaba pronta á que siguieran prevaleciendo las excelentes condiciones del tratado de Luneville, que no se pensaba en imponerla ninguna forma de gobierno, y que por el contrario, se apresurarian todos á reconocer el que eligiera por sí propia, aun cuando fuese la república. Desechando como impracticable el proyecto de armar á los prisioneros

(1) Escribo estas páginas, no sobre conjeturas ni sobre interpretaciones de los amigos del general Moreau, sino á tenor de cartas suyas. Harto grave es la culpa del general Moreau para que se exagere, y es digno por sus eminentes servicios de otros dias, por su antiguo desinterés, por su gloria, de que se reduzca á lo que fue verdaderamente el acto culpable que ha empañado una de las mas hermosas vidas de los tiempos modernos. Las cartas que tengo en la mano, escritas con sencillez perfecta, establecen lo que refiero de una manera incontestable.

franceses, por una pendiente insensible, de la cual fueron esmeradamente segregadas todas las apariencias criminales, indujo al infortunado Moreau á la resolucion lastimosa, no de servir contra Francia, sino de permanecer al lado de los soberanos que la hacian la guerra, diferencia que podia sugerirle una ilusion, que no lo era en suma, pues no habia modo de que residiera á su lado durante esta cruel guerra, sin que los ilustrara á lo menos con sus consejos. Para llevar esta seduccion á remate, valióse Alejandro de su hermana, la gran duquesa Catalina, viuda del duque de Oldenburgo, princesa notable por el talento, el carácter y los atractivos exteriores, y tratando ambos á Moreau como amigo, le cegaron así y le aturdieron con las mas hábiles lisonjas y le arrastraron definitivamente al camino donde iba á encontrar la mas cruel muerte, la que se debia llevar con su vida, ya que no su gloria, al menos su inocencia. Desde que Alejandro tenia á Moreau á su lado, se lamentaba de no ejercer el mando general en persona. Le hubiera querido nombrar su gefe de estado mayor, para dirigir la guerra con su ayuda. Pero no era posible imponer el general Moreau al príncipe de Schwarzemberg, ni como superior ni como subordinado, ni destinarle un papel que ni para él ni para los generales de la coalicion fuese grato. Hallábase Moreau de esta suerte en el campo de los coaligados bajo el título de amigo privado del emperador Alejandro, viviendo ora á su lado, ora al de la gran duquesa Catalina establecida en Toeplitz, no gustándole hacer figura en aquellos consejos militares, donde se hablaba tan á la larga, y donde los asistentes se mostraban bulliciosos de

un patriotismo que era para él un cargo, y tan llenos de ideas teóricas que no cuadraban á su genio práctico y sencillo, limitándose á dar directamente sus consejos al emperador Alejandro, logrando raras veces que prevalecieran entre el caos de los dictámenes contrarios, y ya cruelmente castigado de su culpa con la posicion falsa, molesta, casi humillante, que tenia en medio de los enemigos de su patria.

El general Jomini, suizo de nacimiento, escritor militar de mérito superior, y oficial de estado mayor con la práctica de la guerra, de un juicio tan seguro, como elevado, ya en Ulma, ya en el Berezina, ya en Bautzen, prestó al ejército francés mal recompensados servicios. Especialmente en Bautzen, despues de señalar al mariscal Ney el verdadero punto adonde convenia emprender la marcha, recibió un castigo en vez de un premio, á causa de los malos oficios del príncipe mayor general, cuya susceptibilidad habia herido á menudo. Vivo, irritable, habiendo querido muchas veces hacer dimision de su cargo y entrar al servicio de Rusia, que se habia apresurado á responder favorablemente á sus deseos, no se supo contener al experimentar la última ofensa que se acababa de inferirle, y durante el armisticio se pasó á los rusos, sin llevar, como se ha dicho, planes que ignoraba, sin faltar á su patria, puesto que era natural de Suiza, si bien incurriendo en el yerro de no sacrificar agravios aun fundados á una antigua confraternidad de armas, y preparándose asi pesares que debian entristecer su vida. Alejandro, conocedor de su mérito, le hizo la mas brillante acogida al verle á su lado. Allí hablaba sin rebozo, con el

calor de un espíritu ardiente y poseido de convencimiento, desagradaba á los generales aliados con encomios á Napoleon y á los franceses á quienes casi sentia haber abandonado, y sin contemplaciones censuraba todos los proyectos militares que en Trachenberg se habian convenido. No le costó trabajo probar al emperador Alejandro que marchar sobre Leipsick era una insigne locura; que situarse sobre las comunicaciones del enemigo cuando se tenia la seguridad de no comprometer las propias, y no se receleba un encuentro decisivo, podia ser una excelente manera de maniobrar, pero que no era este el caso, porque ya en Leipsick, se correria el riesgo de ser cortados del a Bohemia, se tendria á Napoleon sobre la espalda y á a cabeza de trescientos mil hombres siempre victoriosos hasta entonces, y si en esta posicion se perdia una batalla, no tornarian ya los vencidos, estando ocupada por Napoleon la Bohemia, y teniendo en sus terribles manos el Elba hasta Hamburgo. Consultado el general Moreau halló este dictámen perfectamente exacto, y renunciose á marchar sobre Leipsick de resultas. En vez de apoyar á la zquierda determinóse apoyar á la derecha y acercarse á las márgenes del Elba. Las dos primeras columnas, una de las cuales habia pasado por Peterswalde y otra por Zinnwald y Altersberg, caminaron muy cerca de Dresde; pero hubo necesidad de llevar la tercera por Marienberg y Sayda á Dippoldiswalde, y la cuarta por Zwickau y Chemnitz á Tharandt. De este modo se trasladaron sobre Dresde, sin saber lo que harian allí á punto fijo, pero, permaneciendo pegados de continuo á las montañas de Bohemia, tenian la seguridad de conservar sus comunicacio-

nes, de ser como una espada de Democles suspendida sobre la cabeza de Napoleon, y de poder en caso necesario, y si la ocasion se presentaba propicia, arrojarse sobre Dresde y tomarla, causando asi el mayor daño posible á los franceses. Mientras se ejecutaba este movimiento trasversal de izquierda á derecha, siguiendo la falda del Erz-Gebirge, se supo la aparicion de Napoleon en Bohemia, circunstancia que hizo temer su marcha sobre Praga, y puso mas de manifiesto la conveniencia de retroceder camino hácia el Elba. Luego ya en Dippoldiswalde, conocióse la marcha de Napoleon sobre el Bober y la situacion peligrosa de Blucher. Este era el caso de intentar algo, y de aprovecharse de la ausencia de Napoleon para descargar un gran golpe, para apoderarse por ejemplo de Dresde, lo cual aconsejaban los espíritus atrevidos, y temian los espíritus pusilanimes, y harian depender los espíritus juiciosos como el de Moreau del estado en que se hallasen las defensas de esta ciudad.

De este modo el grande ejército de los coaligados habia llegado á desplegar sus masas imponentes en torno de la hermosa capital de Sajonia. Primero descubrióse la columna rusa de Wittgenstein, que bajando mas cerca del Elba por Peterswalde, encontró al mariscal Saint-Cir delante del campo de Pirna. Lo que se llama campo de Pirna consiste en una meseta bastante elevada, pegada al Elba, cortada casi por todas partes á pico, apoyada hácia la izquierda en el fuerte de Koenigstein, y hácia la derecha en el castillo de Sonnenstein y en la ciudad de Pirna. Despues de cruzar las montañas el camino real de Bohemia por Peterswalde, se mete hácia Hollendorf en caminos hondos, luego vuelve á subir hácia Berg-Gieshubel á otra meseta mas abajo de la de Pirna, pasa casi bajo su fuego, si bien á una distancia que hace el transito posible, de modo que la posicion de Pirna, invencible por su esencia, no facilita el medio de obstruir absolutamente el camino de Peterswalde. Solo si un ejército establecido en la posicion esta, además de tener un asilo seguro en el campo de Pirna, halla tambien allí un puesto desde donde puede molestar y aun detener, maniobrando con acierto, al enemigo, que aspira á seguir el camino de Peterswalde, ora para bajar á Sajonia, ora para volver á subir á Bohemia.

Despues de ocupar el mariscal Saint-Cir con su su primera division los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, entre los cuales se habia echado un puente sobre el Elba, situó su segunda division en el camino de Peterswalde, de modo de contener la marcha del enemigo, y de poderse replegar á tenor de las órdenes que tenia sobre Dresde. Esta segunda division habia defendido palmo á palmo la meseta de Berg-Gieshubel, con notable aplomo en soldados apenas formados. Durante este tiempo la tercera division del mariscal Saint-Cir observaba el otro desemboque, el que desde Toeplitz viene á pasar á Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde, y finalmente la cuarta, situada á la derecha de este último punto, y vigilando el camino real de Freyberg, servia de apoyo al general Pajol, que andaba á sablazos con las vanguardias de la caballería austriaca procedentes de los desemboques mas lejanos.

Habiendo confiado el mariscal Saint-Cir el dia 23 de agosto, segun acaba de decirse, á su segun-

da division, 42.ª del ejército, la custodia de los dos fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, y todos los puestos de las márgenes del Elba, á fin de impedir que el enemigo pasara de una orilla á otra, se replegó ordenadamente á Dresde, donde además de la guarnicion, se encontraban tres divisiones de infantería, la caballería de Lheritiér y la de Pajol. Estas fuerzas, apoyadas en obras de campaña y en las defensas de la ciudad, eran capaces de oponer una resistencia séria al enemigo, aun cuando contara ciento cincuenta mil hombres desde los primeros dias y doscientos mil en los siguientes. Las tres divisiones del mariscal Saint-Cir no debian tener menos de veinte y uno ó veinte y dos mil hombres (1). De la guarnicion se podian sacar cinco ó

(1) Con su espíritu por lo comun poco indulgente, y con el deseo de justificar su papel durante la campaña de 1813, ha presentado inexactamente el mariscal Saint-Cir los sucesos de este año en sus Memorias, notabilísimas por otra parte. Su intento ha sido probar donde quiera que Napoleon no tenia plan alguno, que á nada habia provisto, y que en ninguna parte habia fuerzas suficientes. Así supone que su segunda division tendria cinco mil hombres á lo sumo, lo cual reduciria á quince mil soldados las tres divisiones encargadas de la defensa de Dresde. Estos asertos son inexactos, porque las divisiones del mariscal se componian de doce batallones, y suponiendo que estos batallones, que aun no se habian batido, contasen no mas que quinientos hombres cada uno, sumaran en totalidad seis mil hombres. Ahora bien la division 42.ª (segunda del mariscal Saint-Cir) se halló á las órdenes del general Mouton-Duvernet el 29 por la mañana en Kulma con mas de ocho mil hombres en batalla, lo cual resulta de una lista pasada el dia mismo é inserta por el general Haxo en la relacion circunstanciada sobre el lance de Kulma. No es pues admisible que las otras no contaran mas de cinco

seis mil soldados, á la verdad alemanes algunos, para trasladarlos á la orilla izquierda, y bien podian juntar los generales Lheritiér y Pajol unos cuatro mil caballos. Así el mariscal Saint-Cir disponia de treinta y uno á treinta y dos mil hombres, con mucha artillería montada para ayudar á la artillería de posicion. De consiguiente poseia medios para disputar la plaza al enemigo, y dar tiempo á Napoleon de maniobrar en torno de ella, como lo juzgara mas útil al mayor bien de las operaciones.

Sobre tal estado de cosas fundó Napoleon sus cálculos al recibir en Gorlitz el pormenor de lo acontecido á la parte de Dresde. No podia saber todo lo que acaba de ser expuesto acerca de los movimientos del enemigo, si bien por la presencia de masas considerables á espaldas de Dresde sabia que entre los diversos planes posibles habian escogido los coaligados el consistente en rebasarle, trasladándose á la orilla izquierda del Elba y bajando á Sajonia por Peterswalde. Habiendo previsto este movimiento como uno de los mas verosímiles habia situado en Dresde, segun se acaba de ver, con qué rechazar un primer ataque y con qué detener al grande ejército del príncipe de Schwarzemberg muchos dias al menos. Estos datos seguros le bastaban, é imaginó al punto una de las combinaciones mas bellas y mas formidables que bro-

mil hombres. No es exageracion calcularlas siete mil, y sobre todo al principio de las operaciones, lo cual supondria seiscientos hombres á cada batallon, poco mas ó menos. De consiguiente, solo en infantería de su cuerpo, y sin incluir la division dejada en Koenigstein, debió tener el mariscal Saint-Cir veinte y un mil ó veinte y dos mil hombres sobre Dresde.

taron jamás de su genio, y que, si era ejecutada á tenor de sus miras, podia terminar la guerra en un dia solo con uno de los mas terribles golpes que hubiese descargado nunca.

Napoleon volvia de Silesia precedido ó seguido por las masas mas movibles de su ejército que hacia refluir hácia el Elba. Para rebasarle el contrario habia cruzado este rio en lo interior de Bohemia, al amparo de las montañas que separan su territorio del de Sajonia. Convenia castigarle de este movimiento temerario volviendo á pasar el Elba y echándosele encima con masas abrumadoras. Dueño de los puentes de Dresde, podia Napoleon cruzar tranquilamente el rio por este punto, y acometer de frente á los coaligados llevando consigo cien mil hombres, y repelerlos violentamente hácia las montañas de donde eran venidos. Pero con aquel golpe de vista exclusivamente suyo, alcanzóse á Napoleon que habia cosa mejor que poner por obra. En vez de desembocar de frente por Dresde, lo cual solo diera márgen á un ataque directo, resolvió remontarse á Koenigstein, que habia ocupado de antemano, y abastecido, y enlazado á la roca de Lilienstein por un puente de barcas, y establecerse en Pirna, despues de cruzar el Elba por aquel sitio, é interceptar la calzada de Peterswalde, y bajar de seguida sobre las espaldas del enemigo con ciento cuarenta mil hombres, y empujarle sobre Dresde, y cogerle de este modo entre el ejército francés y el Elba. Si se lograba este plan extraordinario al par que sencillo, y que una admirable prevision habia hecho practicable, asegurándose de antemano de todos los pasos del Elba, y no se concibe lo que pudiera impedir que

se lograra, cabia en lo posible que no quedase coalicion al cabo de tres ó cuatro dias, pues podian caer prisioneros sus ejércitos y sus soberanos.

Con el espíritu inflamado por la meditacion de este plan, apresuróse Napoleon á escribir en cifra á Mr. de Basano, para exponerle la formidable combinacion recien ideada, y recomendarle que la guardara profundamente secreta, al par que dispusiera á todo el mundo á coadjuvar á su logro, haciendo que se tuviera paciencia hasta que llegasen los socorros, pues iba á emplear dos dias por lo menos en concentrarse en Koenigstein, y en multiplicar allí los medios de paso, para facilitar el movimiento de los ciento cuarenta mil hombres que llevaba y en apostarse por último convenientemente sobre la calzada de Peterswalde. Tambien escribió al mariscal Saint-Cir á fin de trazarle una vez mas todos los medios de defensa que presentaba la ciudad de Dresde, y fué el 25 de agosto á establecerse en Stolpen sobre la derecha del rio, á igual distancia de Koenigstein y de la capital de Sajonia. Allí hizo refluir á cuantos abandonaron á Zittau para tomar la vuelta del Elba, y á cuantos llegaban de las orillas del Bober con el propio destino

Establecido en Stolpen dictó á tenor del nuevo plan todas sus disposiciones. Ya el cuerpo de Vandamme, fuerte de tres divisiones, se habia replegado sobre Koenigstein á la primera aparicion del grande ejército de los coaligados. La mitad de una de sus divisiones, la del general Teste, se habia desparramado á lo largo del Elba, de Koenigstein á Dresde, para impedir que el contrario tornara á pasar el rio y mantenerle encerrado en la orilla izquierda. Napoleon dejó esta media division en su

puesto, y reforzóla con una numerosa caballería, ordenándola que impidiera el establecimiento de toda clase de puentes. A Vandamme previno que con sus otras dos divisiones pasara por el puente echado entre Koenigstein y Lilienstein, y asaltara el campo de Pirna, bajo el cual habia desfilado el enemigo sin ocuparlo con fuerza bastante, y lo señoreara, y allegara allí la primera division de Saint-Cir, la de Mouton-Duvernet, dejada en Pirna, y fuera á ponerse á caballo sobre la calzada de Peterswalde. Así debia tener además de sus dos divisiones la mitad de la otra de Teste y la primera de Saint-Cir. Para proporcionarle cuatro divisiones enteras tomó Napoleon al mariscal Victor la brigada del príncipe de Reuss, y agregó á ella la caballería de Corbineau, lo cual componia un cuerpo de mas de cuarenta mil hombres, treinta y seis mil de ellos de infantería y cerca de cinco mil de caballería. De seguida dispuso á toda su Guardia y al mariscal Victor vuelto de Zittau junto á Stolpen de modo de seguir al general Vandamme tan luego como se apoderara del campo de Pirna, aceleró la marcha del mariscal Marmont, é hizo reunir todas las barcas que se pudieron haber á las manos, para echar entre Koenigstein y Lilienstein dos puentes suplementarios. Establecidos estos, con el general Vandamme, con Victor, la Guardia imperial y Marmont, debia tener bajo la mano ciento veinte mil hombres que lanzar sobre las espaldas del enemigo. Su proyecto consistia en repasar por Koenigstein el Elba, mientras enviaba á la caballería de Latour-Maubourg á repasarlo por Dresde, con el fin de engañar al príncipe de Schwarzemberg y de persuadirle que todo el ejército francés iba á desembocar

por este último punto. Así tendria mas de cuarenta mil hombres en Dresde y ciento veinte mil en Pirna, para formar el estuche, dentro del cual queria coger al ejército coaligado. Para estar mas seguro de la custodia del Elba, de cuya corriente convenia hacer un obstáculo insuperable, no se contentó con la mitad de la division de Teste y con la caballería de Latour-Maubourg distribuidas entre Koenigstein y Dresde, sino que ordenó al mariscal Saint-Cir que despachara la caballería de Lhéritier y dos batallones de infantería, para que fueran á guardar á Meissen, distante ocho leguas de Dresde, á fin de que cuando estuviera acorralado sobre esta ciudad el enemigo, no encontrara paso por mas abajo. Finalmente habiendo reblandecido los caminos la lluvia, siendo difícil juntar barcas entre Koenigstein y Lilienstein, y estando fatigadas las tropas, creyó Napoleon poderlas dar un dia de descanso sin comprometer cosa alguna, pues todo parecia tranquilo en torno de la capital de Sajonia. Por tanto determinó que Vandamme no pasara el Elba entre Koenigstein y Lilienstein para asaltar el campo de Pirna hasta la caida de la tarde del 26 de agosto.

Desgraciadamente durante este tiempo se empezaban a turbar los ánimos en Dresde, al ver cómo se desplegaban las masas del ejército coaligado. Del 23 al 25 no se descubrió mas que la primera columna, la que habia seguido la calzada de Peterswalde. Se presentaron á su vez en los dias siguientes las demás columnas, y las alturas de Dresde aparecieron cubiertas de tropas. No faltaba á esta reunion mas que la última columna austriaca, la de Klenau, que habiendo marchado por Carlsbad

y Zwickau, tenia que andar mas largo camino para asomar encima de Dresde. Acudidos sobre el terreno los consejeros de Alejandro, se dividieron en opiniones como de costumbre, y los mas atrevidos, con el general Jomini á la cabeza, al ver las tres divisiones de Saint-Cir en la llanura, aconsejaron caerles encima, para entrar en Dresde detrás de ellas y destruir de un solo golpe todo nuestro establecimiento sobre el Elba. Sin duda era la proposicion seductora, y consultado Moreau respondió con su habitual seguridad de juicio, que se tendria razon en hacer esta tentativa, si Saint Cir fuera capaz de aguardar al descubierto el choque de masas enormes, y si no tuviera nada á su espalda, ya en obras de defensa, ya en reservas de tropas, si bien, no siendo de suponer esto, seria grave exponerse á un revés al principio de las hostilidades. Enmedio de este conflicto, dijo el príncipe de Schwarzemberg que en todo caso convenia dilatar un dia la empresa, por no haber llegado aun su cuarta columna. Al dia siguiente 26 de agosto se remitió la adopcion del mejor partido.

Esta acumulacion sucesiva de tropas coaligadas en torno de Dresde se descubria desde lo interior de la ciudad, y causaba alli cierta especie de terror. Mensages tras mensages se dirigieron á Napoleon para estrecharle á acudir en persona al frente de todas sus reservas, á fin de rechazar el tremendo ataque con que se sentian amenazados. En respuesta á tales instancias envió á Murat, quien despues de un reconocimiento, en que estuvo á pique de caer prisionero, corroboró la presencia de un ejército muy numeroso, manifestando la intencion de atacar á Dresde, y nada mas pudo ver porque no

conocia las defensas de la ciudad, ni tampoco era capaz de emitir un dictámen bien ilustrado sobre su valia. Cada vez mas solícito Napoleon por acudir con socorros, y negándose á abandonar un plan del cual esperaba resultados inmensos, escribió al mariscal Saint-Cir detallándole de nuevo sus medios defensivos, consistentes en un campo atrincherado compuesto de cinco reductos y vastos terraplenes, en el antiguo recinto de la ciudad rehecho por medio de un foso lleno de agua y de fuertes empalizadas, y por último en las barricadas construidas al emboque de todas las calles, y le dijo que, tomado el campo atrincherado quedaba el recinto, despues del recinto los emboques de las calles barreadas, y que treinta mil hombres bien mandados debian defenderse alli de seis á ocho dias, y hasta quince, si eran muy resueltos.—Un hombre menos hábil, si bien mas adicto que el mariscal Saint-Cir, prometiera defender la plaza mientras le quedara un soldado, y cumpliera su palabra, porque la salvacion de Francia y su grandeza dependian en esta coyuntura de una resistencia tenaz de cuarenta y ocho horas. Por desgracia, temiendo el mariscal contraer compromisos temerarios, se contentó con escribir que haria cuanto estuviera de su parte, aunque no podia responder de nada en presencia de las masas enemigas de que se veia rodeado (1). Cuando ofrecia hacer cuanto estuviera de su parte, se podia tener por seguro que cumpliria su promesa, y que en cuan-

(1) Hasta ahora se han referido estos sucesos incompleta ó inexactamente, y con una lisonja ó una denigracion respecto de Napoleon que han alterado la verdad. Jamás ha sido bien determinada su gran concepcion, la de

to estuviera de su parte seria una defensa tan tenaz como inteligente. Pero tan grande era el interés de la conservacion de Dresde que, descontento Napoleon de la reserva de este mariscal, hizo partir á su oficial de ordenanza Gourgaud á dicha ciudad con el encargo de verlo todo, de oir á todos, y de tornar acto contínuo al galope, á fin de que pudiera tomar su resolucion con perfecto conocimiento de causa.

El jefe de escuadron Gourgaud, oficial bizarro y agudo, no tenia un juicio bastante frio para desempeñar bien semejante encargo. Cuando llegó á Dresde en el curso del dia 25 de agosto, se hallaban alarmadas la poblacion y la córte. Hasta los mismos generales comenzaban a perder su sangre fria y por donde quiera reinaba la mas viva ansiedad. En tropel se abandonaba por las gentes la ciudad principal, llamada ciudad vieja, que, hallándose situada á la márgen izquierda del Elba, estaba expuesta á los ataques del enemigo, para dirigirse al arrabal de la orilla derecha, llamada ciudad nueva. Allí se prepararon los alojamientos del monarca y de Mr. de Basano: aun los mismos magistrados se trasladaron al propio sitio; y la poblacion entera imitaba su ejemplo, sin saber donde se hospedaria. Se comprende que esta infeliz poblacion se espantara ante un ataque de doscientos mil hombres y de seiscientas bocas de fuego, y que deseando, como alemana que era, el triunfo de los coaligados,

desembocar por Koenigstein, á causa de no conocerse su correspondencia. En esta correspondencia y en la atenta lectura de las órdenes y de las contestaciones, se funda la relacion que va á ser leida, y se puede contar con su cabal exactitud.

no lo deseara al presente, y pidiera el socorro de Napoleon á voz en grito. Propenso á turbarse el monarca y rodeado de una familia numerosa tan tímida como él, se encontraba especialmente poseido de susto. El mariscal Saint Cir y el general Durosnel, encargados de la defensa, uno como gefe del cuerpo 14.º, otro como gobernador de Dresde, acosados á preguntas por el oficial de ordenanza Gourgaud, no le parecieron convencidos de la fuerza de la posicion, y le hicieron un relato poco adecuado á tranquilizar á nadie. Este oficial, cuyo espíritu se inflamaba con facilidad suma, volvió á partir al galope la tarde del 25, llegó á Stolpen á las once de la noche, trazó la mas viva pintura de los peligros que amenazaban á Dresde, hasta el punto de quebrantar el juicio de Napoleon habitualmente tan firme, y de hacerle olvidar las poderosas consideraciones que habia presentado al mariscal Saint Cir por sí propio. Efectivamente, Napoleon no necesitaba mas que dos dias para bajar por Koenigstein sobre las espaldas del enemigo, y de todos modos no era posible que Dresde no resistiera dos dias, teniendo que oponer á los asaltadores el campo atrincherado, el recinto de la ciudad y las embocaduras de las calles fuertemente barreadas. Aun suponiendo que sucumbiera la ciudad vieja, se podia tener por seguro que no sucumbiria la ciudad nueva situada á la orilla derecha del Elba, con tal de que se quemara el puente de madera la mayor parte, y que por tanto siempre se hallaria el enemigo en un verdadero callejon sin salida, é indudablemente se le precipitaria á un abismo, desembocando sobre sus espaldas. Sin embargo, el sacrificio de la ciudad vieja era cruel ba-

jo el aspecto humanitario, fatal bajo el aspecto político, pues equivalia á hacer nuestra alianza muy funesta á Sajonia, y Napoleon no consideraba aceptable este recurso extremo de defenderse en la ciudad nueva. Por lo demás, aunque tuviera su plan muy en el alma, y aunque ninguna otra combinacion igualara su grandeza y sus resultados probables, le quedaba una combinacion distinta y fecunda tambien en consecuencias, y consistia en no lanzar por Koenigstein toda la masa de sus fuerzas sobre las espaldas del enemigo, sino tan solo al general Vandamme con sus cuarenta mil hombres, y en desembocar directamente á la cabeza de cien mil sobre Dresde. De positivo, dueño Vandamme del campo de Pirna, á caballo sobre la calzada de Peterswalde, cayendo sobre los coaligados vencidos delante de la capital de Sajonia, les debia hacer sufrir enormes destrozos, pues cogeria á todos los que trataran de pasar nuevamente por Peterswalde, y arrollaria á los demás sobre caminos mal expeditos donde fuera muy difícil la retirada. Este nuevo plan sin duda presentaba menores ventajas, pero aun las prometia muy grandes, y era menos aventurado, pues, juntando Napoleon en Dresde cerca de cien mil hombres, salvaba la ciudad, le proporcionaba el medio de batir al enemigo bajo sus muros, y además tenia a Vandamme emboscado en Koenigstein para completar la victoria y sacar sus últimas consecuencias. Asi decidióse por este plan menos vasto, si bien mas seguro; y de este modo, mas audaz que nunca en política, lo fué menos que de costumbre en punto de guerra, debiendo suceder á la inversa, pues cuanta menos fuese la prudencia que en política habia acreditado, mayor audacia debia ostentar en sus operaciones militares, habiéndose colocado en la necesidad de alcanzar triunfos inauditos ó de perecer sin remedio. ¡Pero singular contraste! Napoleon se mostraba personalmente desconfiado de la fortuna, en el momento en que, negándose á la paz, le habia entregado su existencia toda.

Abrazado su partido á media noche, con una celeridad que no le abandonaba nunca, dictó sus órdenes en un instante. A Dresde envió su vieja Guardia llegada ya á las cercanías de Stolpen, la caballería de Latour-Maubourg llegada igualmente á este punto, la media division de Teste dejada á la orilla del Elba, y les recomendó que marcharan toda la noche para estar en Dresde a la punta del dia, cruzar los puentes, é irse á situar detrás del cuerpo del mariscal Saint-Cir. Iguales instrucciones dió á la Jóven Guardia y al mariscal Marmont, que aun estaban sobre el camino de Lowenberg, y al mariscal Victor, que habia abandonado á Zittau con el fin de trasladarse á Koenigstein. Al mismo tiempo trazó al general Vandamme cuanto debia ejecutar á otro dia. Con sus cuarenta mil hombres habia de cruzar el puente echado entre Lilienstein y Koenigstein de antemano, de desembocar sobre la orilla izquierda del Elba, de asaltar el campo de Pirna, de señorearlo, y de atravesarse de por medio en el camino de Peterswalde. A estas instrucciones añadió el auxilio de un consejero de luces, el del general Haxo, a quien encargo que sirviera de guia y de mentor al bullicioso Vandamme. Expedidas las órdenes todas, tomó Napoleon algunas horas de descanso, y al asomar el dia, se encaminó al galope hácia Dresde. Allí estuvo á eso de las

nueve de la mañana del 26 de agosto, primero de los dos dias justamente célebres.

Al poco descubrió una batería, que desde la orilla derecha del Elba debia disparar sobre la orilla izquierda menos elevada que la otra, á fin de apoyar la extremidad de la línea del mariscal Saint-Cir. Dispuso que se reforzara y situara lo mas ventajosamente posible, y luego entró en Dresde seguido por los bizarros coraceros de Latour-Maubourg. Al verle fué extremado el entusiasmo entre las tropas y los habitantes. Un hospital de heridos franceses habia cerca del gran puente de piedra, y en sus alrededores solian estar los convalecientes, viendo trabajar á sus camaradas en las obras de defensa. Al descubrir á Napoleon estos jóvenes, arrastrándose como podian sobre sus miembros mutilados, agitando unos sus gorras, otros sus muletas, prorrumpieron en gritos de ¡*viva el emperador*! con un verdadero fanatismo militar. Obligados á recibirle como á su salvador los habitantes, le saludaron con iguales voces, pidiéndole que amparara á sus mugeres y á sus hijos contra los horrores de la guerra. A mayor abundamiento la postrera morada que hicieron en su territorio los coaligados, y especialmente los rusos, casi les reconciliaron con los franceses, que los trataban con mucha menos dureza. Ya algunas balas caidas sobre el puente y sobre la Plaza Mayor les advirtieron del peligro, y Napoleon se les presentaba en este instante como su libertador verdadero. Dirigióse á la mansion del rey de Sajonia para tranquilizarle, le instó vivamente á no sentir zozobra sobre el éxito de aquella jornada, y luego se trasladó al frente del campo atrincherado, con el fin de

unirse al mariscal Saint-Cir que estaba á la cabeza de sus tropas, y tomaba sus disposiciones tácticas con su habilidad de costumbre.

Ya hemos dado una primera idea de la situacion y configuracion de Dresde. Se halla la ciudad principal á la izquierda del Elba, y por tanto cuando se llega de las orillas del Rhin es la primera que se descubre. Una série de alturas, desprendidas de las montañas de Bohemia, envuelven á la ciudad y forman en torno una especie de anfiteatro. Sobre este anfiteatro se encontraban los coaligados procedentes de Bohemia para cogernos por la espalda. Asi la tenian vuelta á Francia, como si llegasen de este punto, y nosotros á Alemania, como si estuviésemos encargados de pelear por ella. Pegada á la ciudad Vieja nuestra línea de defensa, presentaba un semicírculo cuyas dos extremidades tenian el Elba por apoyo, la extremidad izquierda en el arrabal de Pirna, y la extremidad derecha en el arrabal de Friedrichstadt. Esta línea consistia primeramente, segun hemos dicho, en cinco reductos construidos en la parte saliente de los arrabales, y enlazados por cerramientos y terraplenes, y esto se llamaba campo atrincherado; despues en el antiguo recinto compuesto de un foso y de empalizadas, y últimamente en las embocaduras de las calles que se habian barreado. En la línea exterior de los reductos habia situado el mariscal Saint-Cir sus tropas. Habiendo quedado su primera division con Vandamme, situó la segunda 43.ª del ejército, en la primera mitad del circuito de la ciudad, partiendo desde la barrera de Pirna hasta la barrera de Dippoldiswalde; y colocó la cuarta, 45.ª, en la otra mitad del circuito que

terminaba en el arrabal de Freidrischtadt. Delante del arrabal de Pirna se hallaba un extenso jardin público, llamado el *Gross-Garten*, de cuatrocientas quinientas toesas de anchura, siendo su longitud de mil á mil y doscientas, y que, con relacion á las disposiciones de esta jornada, presentaba una aguda punta saliente delante de nuestra izquierda. Allí habia establecido el mariscal Saint-Cir su tercera division, la 44.ª, si bien con la precaucion de no dejar mas que simples puestos en la parte avanzada del jardin, y de colocar el grueso de la division á retaguardia, á fin de que no fuera cortada del recinto de la ciudad, al cual no se hallaba el *Gross-Garten* inmediatamente enlazado. Con arte infinito habia prevenido el mariscal Saint-Cir sus puestos, de manera que se auxiliasen unos á otros, y entre los reductos, algunos de los cuales no se flanqueaban lo bastante, dispuso la artillería montada para llenar con fuegos movibles los huecos dejados por los fuegos fijos. Los rusos de Wittgenstein y de Miloradowitch, procedentes a las órdenes de Barclai de Tolly de Peterswalde y dando frente á nuestra izquierda, debian atacar entre el Elba y el *Gross-Garten* por las barreras de Pirna y de Pilnitz. Los prusianos, á las órdenes del general Kleist debian atacar el *Gross-Garten*. Los austriacos, procedentes de los desemboques mas distantes, y conducidos por Freyberg sobre Dresde, formaban la izquierda de los aliados, por consiguiente daban frente á nuestra derecha, y debian atacar entre las barreras de Freyberg y de Dippoldiswalde. Al menos esto era lo que se podia inferir de la distribucion aparente de las fuerzas enemigas sobre el semicírculo de las cumbres.

Despues de recorrer Napoleon esta línea bajo un fuego de tiradores bastante vivo, aprobó todas las disposiciones del mariscal Saint-Cir y le dió á conocer sus instrucciones. Acababan de llegar los coraceros y los seguia la Vieja Guardia; pero la Jóven, compuesta de cuatro hermosas divisiones, no podia llegar aquel dia á Dresde hasta muy tarde. Aun se hallaban los mariscales Victor y Marmont á mayor distancia. El proyecto de Napoleon consistia en poner parte de la Vieja Guardia en las diversas barreras, á fin de custodiarlas contra toda ventaja imprevista del enemigo, y de no empeñar esta tropa de preferencia hasta el último extremo. Con el resto de la Guardia, mantenida en la plaza principal de la ciudad, debia aguardar los sucesos. Cuando tuviera á la mano la Jóven Guardia se proponia emplearla personalmente á tenor de sus necesidades. Con toda la caballería de Latour-Maubourg situó á Murat en la llanura de Freidrischtadt, que se extiende delante del arrabal de este nombre y formaba la extrema derecha de nuestra línea de defensa, para ocupar el espacio que la cuarta division del mariscal Saint-Cir no podia llenar por sí sola. Entre esta division y la segunda, esto es, hácia el centro, parecian las fuerzas insuficientes, y Napoleon envió allí parte de la guarnicion de Dresde, compuesta de westfalianos. Al general Teste ordenó que volviera á entrar en la ciudad con su brigada establecida junto al Elba, para dar apoyo á la caballería de Latour-Maubourg en la llanura de Friedrischtadt.

Resueltamente se esperaba de este modo el ataque de los doscientos mil enemigos que se tenian delante, y cuyo empuje se debia suponer que

fuese violento, pues no se podrian lisongear de apoderarse de Dresde mas que por un golpe de vigor extremado. Sin embargo, ya era medio dia y no sonaba mas que un fuego de tiradores hácia nuestra izquierda, á la parte del *Gross-Garten*. Este fuego se habia empeñado entre los prusianos y la division 14.ª hábilmente mandada por el general Berthezène.

Fácil es de adivinar por qué los coaligados mostraban tanta lentitud este dia, estribando en haberse suscitado en el seno de su estado mayor un nuevo conflicto de opiniones. Se convino la víspera en aplazar toda resolucion para el dia siguiente 26 de agosto, ora á fin de dar tiempo de que llegara la cuarta columna, la del general Klenau, ora á fin de leer mas en claro los designios de los franceses. Todo les pareció mudado el 26 por la mañana, pues en lugar de estar Saint-Cir desplegado sobre la llanura, cuerdamente se habia replegado junto á las obras de la ciudad, y no parecia facil empresa la de forzarle en posicion tan bien escogida. Además, se debia suponer que Napoleon no era hombre para abandonarle sin socorros, y que por tanto los cinco ó seis mil y aun quiza los diez mil hombres que habria que sacrificar para apoderarse de Dresde, probablemente serian sacrificados sin fruto, lo cual era un principio triste para el grande ejército coaligado, sin contar los peligros que se podrian correr del lado de Pirna, y de los cuales nadie á la verdad tenia una idea clara entre los coaligados. En este nuevo estado de cosas el general Jomini, que tenia el espíritu ardiente bien que juicioso, arrimóse al dictámen del general Moreau, el emperador Alejandro al de estos dos

varones, y pareció determinado el repliegue sobre las alturas de Dippoldiswalde, para establecerse en este punto, de espaldas á las montañas y en una posicion segura al par que amenazadora. Pero dominado por las pasiones de su ejército el rey de Prusia dijo en tono de tenacidad fria que, despues de hacer á espaldas de Napoleon una tentativa tan ambiciosa, seria una conducta que denotaria tanta debilidad como ligereza, y que ademas ultrajaria singularmente el patriotismo de sus soldados, la de retirarse sin intentar siquiera una demostracion contra Dresde. A esto replicó el general Jomini que la guerra no era un asunto de sentimiento, sino de cálculo, que la ciudad se debió atacar el dia antes, esto es, el 25 de agosto; que entonces habia probabilidades de fortuna; pero que hoy no habia las suficientes para que se sacrificasen seis mil hombres. Moreau aprobó este dictámen; Alejandro aparecia vacilante segun costumbre, y mostrábase descontento y áspero el rey de Prusia, cuando un habitante de Dresde cogido en las avanzadas y puesto en el caso de noticiar lo que supiese, declaró que Napoleon acababa de entrar en la capital de Sajonia, que no habia ido allí solo, y dió tales pormenores que no cabia en lo posible abrigar la mas leve duda acerca de este dato. Por su parte la columna rusa llegada por Peterswalde descubrió mas allá del Elba las masas del ejército francés que acudian á Dresde; de modo que todo auguraba una resistencia de las mas tenaces. Desde entonces ya tenia que haber uniformidad de pareceres, pues no quedaba mas arbitrio que el de tomar de seguida la posicion de Dippoldiswalde. Aun reconociendo el príncipe de Schwarzemberg que habia razon pa-

ra obrar de esta suerte, respondió que la retirada no era tan fácil como se suponia, que llegada la última su cuarta columna y muy avanzada hácia la izquierda, se hallaria en peligro si se retrogradaba demasiado de prisa, porque en el movimiento de conversion á la espalda que se iba a operar para alejarse de Dresde y establecerse junto á las montañas, tendria que trazar el arco de círculo mas largo y que cruzar muchos valles; y que á causa de ella convenia ejecutar con mucha lentitud el repliegue. A mayor abundamiento prometio dar contraórden acerca de todo proyecto de ataque. El generalísimo austriaco, que tenia al general Radetzki por principal redactor de sus disposiciones, habia expedido la víspera la órden convenida para efectuar este dia una fuerte demostracion sobre Dresde, cosa malísimamente ideada en todos los casos, pues conviniera un ataque furioso ó nada. Ora por la dificultad de que circularan de prisa las órdenes entre una masa de doscientos mil hombres, ora por la repugnancia á alejarse sin batirse, la órden de atacar no se revocó á tiempo, y habiendo sonado la hora de las tres de la tarde en todas las iglesias de Dresde, movieronse á la vez las numerosas columnas de los coaligados, y muy pronto se oyó un violento cañoneo, con grande asombro de los soberanos que solo pensaban en retirarse Iniciado asi el movimiento de derecha á izquierda, ya no era posible contenerlo, y asi hallóse empeñado el ataque en todo el circuito de la capital de Sajonia.

Formando el cuerpo de Wittgenstein la derecha de los coaligados, opuesto por consiguiente a nuestra izquierda, avanzó entre el Elba y el *Gross-Garten* enfrente del arrabal de Pirna. Habia que cruzar un gran arroyo canalizado y denominado el *Land-Graben*, qué llevaba al Elba las aguas de las alturas vecinas. Los soldados de la division 43.ª, segunda de Saint-Cir, disputaron vivamente el terreno. Independientemente de una batería francesa, situada al otro lado del Elba, tenian los rusos á su derecha nuestro primer reducto construido delante de la barrera de Ziegel, á su izquierda nuestro segundo reducto construido delante de la barrera de Pirna, y enfrente baterías de artillería montada, cuyos fuegos movibles les aguardaban en todos los claros del terreno. Sumo trabajo les costó de consiguiente el avance: sin embargo cruzaron el *Land-Graben*, despues se dirigieron entre el Elba y el *Gross Garten*, ayudados por los progresos que en este último punto hicieron los prusianos. Efectivamente, despues de violentos esfuerzos, acabaron por apoderarse de este jardin, merced al número. Mas de veinte y cinco mil eran contra una sola division, la 43.ª, que constaba de seis á siete mil hombres, y que no queria obstinarse en aquella defensa hasta correr el riesgo de ser cortada de la ciudad. Retrocedió poco á poco de manera de cubrir el mas largo tiempo que fuera posible las partes de nuestra línea que se extendian á derecha é izquierda, y replegóse entre las barreras de Pirna y de Dohna, disputando tenazmente el jardin del príncipe Antonio, situado detrás del *Gross-Garten* y que formaba la punta saliente del arrabal de Pirna. Allí fué á enlazarse á la division 45.ª, cuarta de Saint-Cir, encargada de defender el resto del recinto.

Tal era el estado de las cosas en esta parte de la

línea á las cinco de la tarde. Por este lado se habia acercado el enemigo sobremanera á los reductos, bien que sin tomar ninguno de ellos. Hacia el centro habia hecho mas progresos el ataque. Habiendo descubierto los austriacos una inmensa masa de caballería, que ya cubria la llanura de Freidrischtadt sobre su izquierda, asestaron todos sus esfuerzos contra nuestro centro, y atacaron dos reductos, el tercero y el cuarto, allí construidos, uno delante del jardin de Moczinski enfrente de la puerta de Dohna, y otro delante de la puerta de Freyberg. Atacando con cincuenta piezas de artillería cada uno de estos reductos acabaron por apagar sus fuegos, y aprovechando seguidamente algunos pliegues del terreno, rompieron tan mortífero fuego de fusilería, con especialidad sobre el jardin de Moczinski, que forzaron á nuestros soldados á evacuarlo. Ya lo tenian ocupado entonces. Este era el único de nuestros reductos de que se habian apoderado; pero un esfuerzo enérgico les podia hacer señores del cuarto, y del quinto que le seguia, y á su derecha ya los rusos se hallaban al pié del primero y del segundo, y apercibidísimos al asalto.

Grave se presentaba el peligro, aun siendo ya tarde y quedando poco dia para operar á los contrarios. A pesar de la órden de economizar la Vieja Guardia, Friant, que mandaba á los granaderos de este cuerpo y se hallaba de reserva en el arrabal de Pirna, no temió comprometer algunas compañías de aquellos valientes en el lance. Abriendo tales veteranos con osadía las barreras de Pilnitz y de Pirna, dispararon á quema-ropa sobre las cabezas de las columnas rusas, y luego rechazaron á la bayoneta á los destacamentos mas cercanos. A la

extremidad opuesta, esto es en la barrera de Freyberg, obraron los fusileros de igual modo, y destrozaron á los austriacos. Por fortuna estos actos de energía no costaron mucha gente á la Vieja Guardia, á la cual tenia empeño Napoleon en guardar contemplaciones, reservando para la Jóven el honor y la educacion de los grandes peligros.

Pero las columnas de esta Jóven Guardia llegaban ahora, impacientes de venir á las manos con el enemigo, y llenando á Dresde con los gritos de ¡*viva el emperador*! Cuatro excelentes divisiones presentaban de ocho ó nueve mil hombres cada una, dos de ellas á las órdenes del mariscal Mortier, y otras dos á las del mariscal Ney. Al verlas Napoleon acude y las dispone en persona. Envia á las divisiones Decouz y de Roquet á la barrera de Pilnitz, para arrollar á los rusos, que no cesaban de ganar terreno, á las divisiones de Barrois y de Parmentier á la barrera de Pirna, para arrollar á los prusianos, que despues de tomar el *Gross-Garten* daban ya la mano á los austriacos cerca del reducto del jardin de Moczinski. Al mismo tiempo hace Napoleon que á Murat, á quien se acababa de incorporar la infantería del general Teste, se le trasmita la órden de cargar sobre la llanura de Friedrischtadt con toda su caballería.

En un instante cambia la escena. Se abren las barreras de Ziegel y de Pilnitz, y dos divisiones de la Jóven Guardia salen como torrentes para arrojarse sobre los rusos y los prusianos. Primero se despliegan para hacer fuego, despues se forman en columna y cargan á la bayoneta á las fuerzas enemigas. Sorprendidos se ven atajados los rusos y repelidos sobre el *Land-Graben*, teniéndolo que

repasar desordenadamente. Una de estas divisiones tuerce á la derecha sobre el jardin del príncipe Antonio, atacado por los prusianos, y los expulsa de allí á la bayoneta. Acto continuo va á juntarse con las tropas de la division 41.ª, para volver á tomar el reducto situado á la extremidad del jardin de Moczinski. Los soldados de la Jóven Guardia y los de las divisiones 43.ª y 44.ª desembocan de este jardin en muchas columnas, se arrojan sobre el reducto, unos por la gola, otros por los espolones, lo reconquistan y cogen prisioneros á seiscientos austriacos. En el mismo instante el general Teste, con la brigada que le queda, sale por la puerta de Freyberg, y se apodera de la aldea de Klein-Hamburgo, mientras Murat, desplegándose con doce mil ginetes á nuestra extrema derecha, ahuyenta de la llanura de Freidrischtadt á los austriacos, y los obliga á volver á ganar las alturas. Vivamente repelidos los coaligados por todas partes reconocen en estos actos vigorosos la mano de Napoleon, y adoptan el partido de la retirada, abandonándonos tres ó cuatro mil muertos ó heridos y dos mil prisioneros. Peleando nosotros á cubierto, no habiamos perdido mas de dos mil hombres.

Napoleon se hallaba encantado de esta primera jornada, pues, aun cuando no hubiera sentido zozobra acerca de la conservacion de Dresde, le satisfacia sobremanera haber salido de este ataque tan á poca costa, haber sacado al mismo tiempo de su terror á los habitantes de la ciudad y á la córte de Sajonia, y preveia con júbilo una brillante jornada para el dia siguiente. Sin duda esta tentativa del 26 de agosto no podia ser el último esfuerzo del

enemigo, y como aun se aguardaban aquella noche cuarenta mil hombres por lo menos, además de los que se acababan de recibir durante la tarde, se creia Napoleon en aptitud de dar el 27 una batalla decisiva. Habiendo subido muchas veces en el curso del dia á una torre de la ciudad, desde donde se descubria mas en claro el semicírculo de las cumbres que rodean á Dresde, ideó de pronto una de las mas excelentes maniobras que habia ejecutado nunca. A nuestra izquierda formaban los rusos la extrema derecha de los coaligados, y estaban alineados entre el Elba y el *Gross-Garten*. Algo mas á la izquierda y aproximándose al centro, se hallaban los prusianos á las órdenes del general Kleist, repelidos del *Gross-Garten* y replegados sobre las alturas de Strehlen. Completamente en el centro se hallaba una parte de los austriacos, frente por frente de los arrabales de Dippoldiswalde y de Freyberg y sobre las alturas de Racknitz y de Plauen. Allí, entre el centro y nuestra derecha, se descubria una angosta y profunda garganta, sirviendo de lecho al riachuelo Weisseritz, que desagua en el Elba entre la ciudad vieja y el arrabal de Freidrischtadt. Mas allá de esta garganta, llamada valle de Plauen, á la extrema izquierda de los aliados y á nuestra extrema derecha, estaba alineada la mayor parte de los austriacos, separados asi del resto del ejército coaligado por una especie de abismo, por entre el cual era imposible socorrerlos. Ademas, este lado del campo de batalla era mas adecuado que los otros para las maniobras de caballería. Abarcando Napoleon de una ojeada las ventajas que ofrecia esta circunstancia local, determinó reforzar á Murat con todo el cuerpo del mariscal Vic-

tor, lanzarle por medio de un rodeo á la derecha y de una manera fulminante sobre los austriacos que, privados de socorros, serian inevitablemente precipitados sobre la garganta de Plauen, y despues de destruir de esta suerte la izquierda de los coaligados, se proponia empujar á Ney con toda la Jóven Guardia sobre su derecha, para rechazarlos en masa hácia las alturas de donde habian bajado. De este doble movimiento debia resultar una doble ventaja, la de arrebatarlos á la derecha el camino real de Freyberg, el mas ancho y el mejor para operar la retirada, y el de acorralarlos á la izquierda sobre el camino de Peterswalde, donde Vandamme los esperaba á la cabeza de cuarenta mil hombres, y reducirlos asi para retornar á Bohemia á caminos mal practicables, adonde no volverian sin experimentar pérdidas enormes.

Formadas estas combinaciones con maravillosa celeridad de espíritu en un instante, llenaron á Napoleon de una satisfaccion que brillaba en su rostro, y no era mas que el júbilo anticipado de un gran triunfo casi seguro para el dia siguiente. Antes de tomar descanso ni alimento expidió sus órdenes sin levantar mano (1). A la derecha situó al general Teste á las órdenes del mariscal Victor, á uno y otro á las de Murat, que asi iba á tener veinte mil hombres de infantería y cerca de doce mil de caballería, con órden de rebasar á los austria-

(1) Con su habitual severidad ha representado el mariscal Saint-Cir á Napoleon en sus Memorias como falto de todo plan para el dia siguiente, siendo asi que existe una série de cartas, ignoradas del mariscal sin duda, cuya fecha es del 26 de agosto á las siete de la tarde, á la hora de terminar la primera batalla, y en las cuales se hallan consignadas todas las órdenes para el dia siguiente con la mas rara exactitud y la mas perfecta prevision del resultado. Conviene pues no fallar sobre estos grandes sucesos sin ver antes los mismos documentos, y no algunos, sino todos á ser posible. Sin esto, por muy buen juez que uno sea y por cerca que de los sucesos se halle, solo se emiten juicios erróneos.

cos por su izquierda y de empujarlos sobre el valle de Plauen á todo trance. Al mariscal Marmont, que llegaba entonces, le previno que se estableciera hácia el centro en la barrera de Dippoldiswalde, cerca del jardin de Moczinski, teniendo detrás la Vieja Guardia y la reserva de artillería. Sus tres divisiones debia de juntar el mariscal Saint-Cir y de ponerlas en columna cerrada entre la barrera de Dippoldiswalde y la barrera de Dohna, con la derecha hácia el mariscal Marmont y la izquierda hácia el *Gross-Garten*. Estos dos cuerpos, situados cerca de Napoleon, que tenia pensado mantenerse en el centro, lo cual hizo saber á todos sus lugartenientes, para que fueran á buscar sus órdenes á este punto, no debian recibir instrucciones mas que sobre el mismo terreno y de su propia boca. Finalmente Ney á la extrema izquierda, con toda la Jóven Guardia y parte de caballería á las órdenes de Nansouty, tenia el encargo de desfilar por detrás del *Gross-Garten* con cerca de cuarenta mil hombres, de girar en torno de este jardin, de expulsar á los rusos del llano que se extiende desde Striesen á Dobritz, y de arrollarlos sobre las alturas cuando les quebrantara lo bastante el desastre de la izquierda de los coaligados. Salvo lo que aconsejaran los sucesos, operando Napoleon por sus dos alas, cada una de las cuales iba á quitar á los coa-

ligados uno de sus principales caminos, queria permanecer inmóvil en el centro con cincuenta mil hombres, reservándose disponer de ellos en caso necesario, sin temor de debilitar el centro de su línea, apoyado como estaba en la ciudad y en fuertes reductos. Con efecto habia dado órdenes para que todos los reductos, y con especialidad los del centro, fuesen rearmados y reforzados en hombres y en artillería. Previendo además un violento combate de artillería en el centro, llevó allá mas de cien bocas de fuego de la Guardia, independientemente de las baterías de Marmont y de Saint-Cir.

Con ciento veinte mil hombres poco mas ó menos iba Napoleon a combatir á doscientos mil enemigos, pues los coaligados no bajarian de este número luego que los austriacos del general Klenau se encontraran sobre el terreno. De estos doscientos mil hombres habia ciento ochenta mil delante de Dresde, y veinte mil á las órdenes del príncipe Eugenio de Wurtemberg delante de Pirna. Aun mas hubieran podido juntar los coaligados, si no dejaran cerca de treinta mil hombres entre Praga y Zittau para guardar este desemboque, donde habia quedado el príncipe Poniatowski. Pero para contrapesar la desigualdad del número tenia Napoleon la ventaja de sus combinaciones y los cuarenta mil hombres de Vandamme situados en Pirna con mayor utilidad que en Dresde.

Despues de dictar estas disposiciones de la manera mas precisa, fué Napoleon á cenar á la morada del rey de Sajonia con sus mariscales y á recibir las felicitaciones de toda la córte, muy satisfecha, ahora que estaba irrevocablemente ligada á nuestra suerte, de ver al enemigo alejado de la capital y amenazado con una próxima y gran derrota. Napoleon no reveló sus proyectos á nadie, si bien anunció una batalla decisiva para el dia siguiente, no vaciló en decir que para la coalicion seria funesta, é hizo gala de singular alegría toda la noche. No se retiró hasta muy tarde, á fin de gustar algo de reposo entre dos batallas.

Lejos estuvo de terminar la jornada tan alegremente en el campo de los soberanos aliados. Allí se acusaban unos á otros de resultas del desastre sufrido delante de Dresde, se atribuia á la contra-órden decidida y no dada, y no prevalecia el dictámen de renovar la temeraria tentativa, que acababa de costar inútilmente cinco ó seis mil hombres al ejército combinado. Ir á tomar en Dippoldiswalde, sobre la pendiente de las montañas de Bohemia, la posicion amenazadora aconsejada por Moreau, no era practicable en el momento, pues equivaldria á proclamar una verdadera derrota, y declararla mas grave que lo era en efecto. Pero resolvióse continuar firmes sobre las alturas que circuyen á Dresde, donde ocupaban una posicion inmejorable. Apoyados para resistir en la capital de Sajonia, los franceses habian tenido la ventaja del terreno, y los coaligados discurrian tenerla á su turno, sustentándose sobre el semicírculo de las alturas, y si les atacaban los franceses los rechazarian en desórden hácia los arrabales, donde aspiraron á penetrar sin fruto. A nadie le ocurrió pensar en aquel abismo de Plauen, mas allá del cual se encontraba parte del ejército austriaco, y adonde sería imposible llevarle socorros, si le aconteciere una desgracia. Solamente el príncipe de Schwarzemberg, temeroso de no ser bastante fuer-

te en el centro, retiró parte de las tropas que tenia al otro lado del valle de Plauen y debilitó así su ala izquierda cuando debiera reforzarla, si bien es verdad que contaba con la llegada de la segunda mitad del cuerpo de Klenau, para restituir á dicha ala la fuerza de que la privaba por de pronto. Con estas disposiciones tan diversas aguardaba cada cual la jornada del dia siguiente.

Este dia, 27 de agosto, llovia copiosamente, y en los intérvalos de lluvia una espesa niebla cubria el campo de batalla, circunstancia lamentable para los soldados de ambas huestes, bien que ventajosa para las combinaciones de Napoleon. En maniobras trascurrieron las primeras horas de la mañana. De nuestro lado, y empezando por la derecha, el general Teste, puesto bajo las órdenes del mariscal Victor, fué á establecerse con los ocho batallones de que disponia en frente de la aldea de Lobda y de la entrada del valle de Plauen á fin de estorbar que los granaderos austriacos de Bianchi desembocaran por este punto, al modo que lo hicieron el dia antes. Con sus tres divisiones, reducida una de ellas á una sola brigada, formóse el mariscal Victor en columna á la falda de las cumbres, aguardando á que Murat ejecutara su movimiento giratorio sobre la izquierda de los austriacos, y á caballo el mismo Murat desde por la mañana, tomando con la gruesa caballeria de Latour-Maubourg el camino prolongado de Priesnitz, apresuróse á trepar sin ser descubierto á la meseta donde debia maniobrar segun le estaba prescripto. Marmont en el centro, teniendo detrás á la Vieja Guardia y al frente una formidable artillería, fué á situarse á la falda de las alturas de Racknitz, á fin de recibir de

viva voz las instrucciones que le diera Napoleon establecido á su lado. Algo á la izquierda, pero siempre en el centro, habiendo reunido Saint-Cir sus tres divisiones, diseminadas en torno de la ciudad el dia antes, tomó posicion delante del *Gross-Garten*, pronto á atacar las alturas de Sttehlen. Finalmente, á la extrema izquierda, con la Jóven Guardia y la caballería de Nansouty, desfiló Ney en columnas por detrás del *Gross-Garten*, para ir de seguida á medirse entre Gruna y Dobritz con los rusos.

Del lado de los aliados la distribucion era la misma que el dia antes, salvo algunas rectificaciones de posicion, y aguardaban casi inmóviles el ataque de los franceses, cuyos preparativos divisaban por entre la niebla. Comenzando á la parte de su derecha, el conde de Wittgenstein se hallaba opuesto con el grueso de los rusos al mariscal Ney entre Prohlis y Laubnitz: tenia sus masas sobre las alturas, y sus avanzadas en el llano. Detrás á la derecha y en torno de Prohlis, se encontraba la caballería de la guardia rusa á las órdenes del gran duque Constantino; detrás y á la izquierda, entre Torna y Leubnitz, estaban los granaderos á las órdenes de Miloradowitch. Barclai de Tolly mandaba estas reservas. Algo á la izquierda, y hácia el centro, se hallaban los prusianos de Kleist, entre Laubnitz y Racknitz, teniendo detrás la guardia prusiana y sus vanguardias en la llanura, á los alrededores de Sttelen y en frente del mariscal Saint-Cir. Del todo en el centro estaban desplegados los cuerpos austriacos de Colloredo y de Chasteler desde Racknitz hasta Plauen y dando frente al mariscal Marmont y á la Vieja Guardia. Allí en Rack-

nitz mismo se hallaba el emperador Alejandro con el general Moreau, ya su fiel compañero, y casi pudiendo distinguir á Napoleon situado en la barrera de Dohna. A la izquierda y contra el valle de Plauen estaban alineados en columnas los granaderos de Bianchi, destacados del cuerpo de Giulay para reforzar el centro, y teniendo detrás y hácia Coschitz las reservas austriacas á las órdenes del príncipe de Hesse-Homburgo. Finalmente, mas á la izquierda, al otro lado de este valle de Plauen, tan hondo, tan difícil de cruzar, se hallaban en Tolstchen los restos del cuerpo de Giulay, algo mas lejos en Rosthal y Corbitz la division de infantería de Alois Litchenstein, y del todo á la izquierda entre Comptitz y Alffranken la division de Meszko, formando parte del cuerpo de Klenau que aun estaba en marcha á esta hora. Estas eran las tropas que Victor y el rey de Nápoles iban á tener encima.

Desde que se tomaron las posiciones y se pudieron divisar los objetos por entre la niebla, comenzó el cañoneo, y se hizo violento muy pronto, pues entre las dos huestes no habia menos de mil doscientos cañones en batería. Napoleon dispuso que jugara la artillería en el centro sobre todo, donde no habia mas que este medio de accion. A la derecha el general Teste se apoderó de Lobda, de donde expulsó á los tiradores austriacos, y penetró hasta la entrada del valle de Plauen. El mariscal Victor, que habia andado parte de la noche, despues de dar algo de descanso á sus tropas, se formó en muchas columnas, y acometió la empresa de trepar á las cumbres para aproximarse á las aldeas de Tolstchen, Rosthal, Corbitz, de las cuales

debia hacerse dueño; y Murat, habiendo cruzado por el pequeño camino de Priemitz la ladera de la meseta, desplegó sus sesenta escuadrones sobre la derecha de la calzada de Freyberg, amenazando la izquierda de los austriacos. A las diez y media de la mañana ya estaba casi terminado este movimiento.

En el centro Saint-Cir situado algo á la izquierda de Marmont y la Vieja Guardia, abandonó las tapias del *Gross-Garten* que le servian de apoyo, quitó la aldea de Sttelen á los prusianos, y trató de seguirlos sobre las alturas de Leubnitz. Entre este punto y Sttelen trabóse un combate de los mas vivos, á causa de echársele encima los prusianos. Mas allá del *Gross-Garten*, despues de desfilar Ney por detrás de este jardin, enderezándose á la sazon sobre su derecha, con la izquierda hácia adelante, operó el despliegue de sus fuerzas entre Gruna y Dobritz, y luego avanzó á Reick, arrollando por delante á las vanguardias de Wittgenstein. Marchando á la cabeza de treinta y seis mil hombres de una soberbia infantería y de cinco á seis mil caballos, se presentaba con la actitud resuelta que le era natural

Salvo el lance formal empeñado hácia Sttelen entre Saint-Cir y los prusianos, limitóse todo á cambiar un fuerte cañoneo en la mayor parte de la línea hasta las once de la mañana, y se empleó especialmente el tiempo en maniobrar sobre las dos alas. Entretanto no sabian qué partido tomar los coaligados, no pudiendo descubrir lo que pasaba á su izquierda, mas allá del valle de Plauen, y viendo la marcha sostenida é imponente de Ney hácia su derecha. Por sugestion del general Jomini se

propuso al emperador Alejandro que se lanzara sobre Ney la masa de los prusianos por el flanco, asi que se le viese llegar á Prohlis, mientras Barclai de Tolly le acometia de frente con las reservas rusas. Discurríase que llevando á un tiempo contra este mariscal de cincuenta á sesenta mil hombres, se conseguiria abrumarle. Pero cayendo personalmente Saint-Cir con veinte mil hombre sobre los prusianos y cogiéndolos por la espalda, pudiera originar á su turno eventualidades muy distintas, y quizá harto funestas para los aliados. Alejandro juzgó buena la idea que se le proponia; el príncipe de Schwarzemberg acogióla por su parte; se acomodaba al ardimiento de los prusianos, y despacháronse emisarios al frio y metódico Barclai de Tolly, para persuadirle á que concurriese con todas sus fuerzas á una maniobra que se consideraba decisiva.

Pero mientras amenazaba al mariscal Ney este peligro mas ó menos verdadero, otro seguro, y no dependiente de la concurrencia de una porcion de voluntades, amenazaba á la izquierda de los coaligados. A eso de las once y media, mas allá del valle de Plauen, Victor y Murat entrados en línea, y despues de concertar bien su ataque, empezaron á ejecutarlo con tanta celeridad como energía. El mariscal Victor llevó sobre su izquierda la division de Dubreton, una de cuyas brigadas debia arrebatar la aldea de Toltschen á los granaderos de Weissenwolf, al par que la otra arrancaba la de Rosthal del poder de la division de Alois Lichtenstein. Sobre su derecha dirigió la division de Dufour, reducida á una brigada, contra la aldea de Corbitz, por donde pasaba el camino real de Freyberg, y donde

el resto de la division de Alois Litchtenstein se encontraba. A la division de Vial la mantuvo en reserva. Continuando Murat su maniobra mas allá de Corbitz y al otro lado de la calzada de Freyberg, trataba de avanzar hasta Comptitz y de rebasar la izquierda de los austriacos formada por la division de Meszko. Cuando al parecer habia ganado Murat bastante terreno sobre la izquierda de los austriacos, dió al fin la señal el mariscal Victor, y se marchó con paso veloz hácia las tres aldeas designadas. Al pronto hicieron los austriacos un fuego mortífero con cincuenta cañones, y cuando estuvieron mas cerca nuestras columnas de ataque las recibieron con el fuego de la fusileria. Guiados nuestros reclutas por oficiales vigorosos no se desordenaron á pesar de la metralla y de las balas. Presurosamente avanzaron sobre las tres aldeas, se apoderaron de las tapias de los jardines extendidos delante, y desde allí las acometieron sin demora. Las dos brigadas de la division de Dubreton entraron en Toltschen la una, donde peleó cuerpo á cuerpo con los granaderos de Weissenwolf, y en Rosthal la otra, donde tuvo que habérselas con parte de la division de Alois Lichtenstein. Despues de un combate harto corto, cayeron estas dos aldeas en nuestras manos. A la derecha la division de Dufourt asaltó a Corbitz, se apoderó de ella, é hizo allí dos mil prisioneros. Entonces los austriacos se replegaron hácia atrás sobre el terreno que se eleva en forma de glasis, y se les siguió á este punto. De pronto descubriendo la division de Aloys Lichtenstein un hueco entre la division de Dubreton, declinada algo á la izquierda hacia Toltschen, y la division de Dufour, que se habia quedado en Cor-

bitz, sobre el camino real de Freyberg, trató de penetrar por aquel vacío. Pero la division de Vial, de reserva en el centro, se adelantó para hacerle cara, interin aprovechando Murat la oportunidad, con el golpe de vista de un superior general de caballería, lanzó la division de Bordesoulle sobre la division de Alois Lichtenstein. Al galope cayeron los coraceros de Bordesoulle sobre los austriacos formados en cuadro, y privados del uso de sus fuegos por la lluvia. Dos cuadros fueron rotos y acuchillados en un instante. Desembarazada la division de Dufour de este modo, tornó á emprender la marcha á lo largo de la calzada de Freyberg, mientras á la izquierda se esforzaban las dos brigadas de Dubreton por empujar hacia el abismo de Plauen á los austriacos. En vano quisieron los granaderos de Weissenwolf mantenerse firmes, pues fueron precipitados al Weisseritz, y quedaron sin libertad mas de dos mil de ellos. Renovando al mismo tiempo la caballería de Bordesoulle sus cargas sobre la division de Alois Lichtenstein, llevóla hasta la cima de las alturas entre Altfranken y Pesterwitz, y despues la precipitó sobre Porschappel en lo mas hondo del valle de Plauen. Allí se cogieron porcion de hombres y de cañones. A la derecha Murat, que no habia perdido de vista á la division de Meszko, para impedir que se juntara á Alois Lichtenstein, la empujó sobre Comptitz, con el objeto de lanzarla mas allá de las alturas. Tres mil ginetes austriacos, situados sobre los flancos de la division esta, se le echaron á la sazon encima. Les opuso los dragones de la division de Doumerc, y destrozólos. De seguida acometió con sus coraceros á la division de Meszko, y por el camino real de

Freyberg fué batiéndola mas de una legua. Ora hacia alto esta division sin ventura para recibir las cargas de nuestros ginetes y sostenerlas á la bayoneta, pues no cesando de caer á torrentes la lluvia, imposibilitaba los disparos, ora se retiraba lo mas de prisa que le era posible. Finalmente, rebasada y rodeada por nuestros escuadrones, se vió reducida á rendir las armas con seis ú ocho mil hombres. A la sazon eran las dos de la tarde, y ya Murat habia muerto ó herido á cuatro ó cinco mil contrarios, capturado doce mil prisioneros, y cogido mas de treinta cañones. Por tanto era completo el desastre del ala izquierda enemiga, y sin exageracion se puede decir que ya no existia esta ala.

Mientras se consumaban estos sucesos á la izquierda de los coaligados, sobrevenia un extraño accidente en el centro. Habiendo empeñado allí Napoleon un violento fuego de artillería contra los austriacos, que tenian muchos cañones y una posicion dominante, y no hallando suficiente este fuego, hizo llevar treinta y dos piezas de á doce de la Guardia, mandadas por el coronel Griois. Dirigiendo en persona estas baterías bajo las balas de los contrarios, las situó lo mas cerca posible del blanco adonde debian asestar sus tiros. En este momento se hallaba el emperador Alejandro frente por frente, en Rackwitz mismo, teniendo al general Moreau á su lado. Haciendo éste notar el peligro de aquella posicion al emperador de Rusia, le aconsejó que se situara á alguna mas distancia. No bien le habia dado tal consejo é inducido á que lo siguiese, una bala disparada de las baterías, cuyo fuego excitaba Napoleon en persona, le hirió en

las dos piernas y le derribó al suelo con su caballo. ¡Extraño golpe de fortuna! ¡Le acababa de herir una bala francesa, casi disparada por Napoleon! ¡Qué de castigos, merecidos unos, inmerecidos otros, caian á la vez sobre la cabeza de este infortunado, que hubiera debido morir de mejor muerte! El emperador Alejandro corrió adonde el general Moreau yacia, le estrechó en sus brazos, le hizo llevar á otra parte, y quedó con turbacion honda de resultas de este incidente, cuyo anuncio produjo una impresion general entre los coaligados al cundir de boca en boca. A esta noticia añadióse en breve la del desastre sobrevenido hacia la izquierda, á la cual era imposible llevar socorro por entre el valle de Plauen, y la de la negativa de Barclai, quien no habia querido ejecutar la maniobra que contra Ney se le propuso, alegando que sobre aquel terreno reblandecido por la lluvia, y cortado de canales, no podia hacer bajar su artillería sin perderla. Al mismo tiempo un oficial procedente de Pirna llegaba á anunciar, que desembocando Vandamme de Koenigstein, habia arrebatado al príncipe Eugenio de Wurtemberg aquel puesto.

Impresionados por un terrible desastre á la izquierda, violentamente cañoneados en el centro, con el peligro de ser rebasados hácia la derecha por el movimiento del mariscal Ney, que avanzaba sin obstáculo desde Reick sobre Prohlis, y temiendo ver muy pronto en manos de Vandamme el camino de Peterswalde, se pusieron á discutir sobre el partido que se debia adoptar los generales coaligados en torno del emperador Alejandro y del rey de Prusia. Obstinarse querian los mas fogosos,

pero aterrado el príncipe de Schwarzemberg por la pérdida de mas de veinte mil hombres á su izquierda, privado de municiones por el retraso de sus convoyes, ignorando qué suerte haria sufrir Murat al resto del cuerpo de Klenau, hallándose lanzado sobre sus espaldas al galope, se negó rotundamente á seguir la batalla. De consiguiente ordenóse la retirada hácia las montañas de Bohemia, por las cuales se habia penetrado en Sajonia, sin fijarse bien respecto de la direccion que seguiria cada columna. Cedióse el terreno poco á poco, tornando á pasar por encima de las alturas que rodean á la ciudad de Dresde.

A la vista de tal espectáculo estalló en nuestras filas el mas vivo gozo. Murat, galopando siempre á la derecha sobre el camino real de Freyberg, acumulaba á cada instantes prisioneros y carros de bagages y de artillería. En el centro se cañoneaba mas vivamente al enemigo, y moviéndose Saint-Cir y Ney hácia la izquierda, trepaban las alturas detrás de los rusos. A las seis de la tarde habiamos cogido á los coaligados de quince á diez y seis mil prisioneros, por lo menos cuarenta cañones, y sobre el terreno quedaban de diez á once mil contrarios muertos ó heridos, por el fuego de artillería la mayor parte, salvo los que sucumbieron bajo las bayonetas de Victor y bajo los sables de Murat. De consiguiente los coaligados perdieron de veinte y seis á veinte y siete mil hombres, sin contar los rezagados y los extraviados, que íbamos recogiendo á miles. Tan excelente jornada, último favor de la fortuna, en esta campaña horrorosa, nos costó de ocho á nueve mil hombres, alcanzados por las balas de artillería casi todos. Principalmente se debia á Napoleon,

que de una ojeada descubrió en el hondo valle de Plauen el medio de aislar y de destruir á una de las alas del ejército enemigo, y despues de Napoleon á Murat, que ejecutó esta bella maniobra con éxito maravilloso. A no ser por este accidente del terreno, dominado por donde quiera el campo de batalla de Dresde, no fuera sostenible para nosotros; pero, apoderándose Napoleon con la mirada del genio de una particularidad local por esencia, lo transformó de repente en teatro de victoria para sus armas y de confusion para los contrarios. Feliz inspiracion fué esta de que aun aguardaba mayores resultados que los ya obtenidos. Teniendo emboscados cuarenta mil hombres á cuatro leguas sobre su izquierda, no podia pensar sin alegría involuntaria en el efecto que producirian estos cuarenta mil hombres, cayendo improvisamente sobre las espaldas de los enemigos derrotados, y al aplaudirse por la victoria de la jornada del 27 de agosto, se prometia y prometia á todo el mundo muy otros trofeos para el dia siguiente. ¡Ah, bien lejos estaba de sospechar que una combinacion destinada á producir los mayores resultados, no seria en breve mas que un manantial de desdicha! ¡Ya en estos últimos tiempos no le debia otorgar la fortuna mas que triunfos envenenados, trato comun que reserva á los que abusan de ella!

Napoleon volvió á entrar en Dresde á la caida de la tarde, enmedio de los entusiastas gritos de la poblacion, arrobada de júbilo al verse libre de los doscientos mil coaligados, que, antes de sacarla del dominio de los franceses, la sujetaran á todos los horrores inherentes á un asalto. Habiendo sufrido Napoleon doce horas de continua lluvia, tenia

caidas las alas de su sombrero sobre los hombros, estaba cubierto de barro y radiante de satisfaccion. Fué á la morada del rey de Sajonia, quien le manifestó las mas viva alegría, y enmedio de este gozo sincero en unos, fingido en otros, demostrativo en todos, no cesaba de dirigir una pregunta á cada uno de los que tenia á su lado. En el momento de caer la bala, que hirió al general Moreau, enmedio del grupo del emperador Alejandro, habia echado de ver Napoleon muy á las claras por el brillo de los uniformes que aquel grupo era el de los soberanos, y no cesaba de preguntar á todos.—¿Quién habrá muerto en aquel escuadron brillante....?— Poco despues lo supo á consecuencia del incidente mas extraño. El ilustre herido tenia un perro, que se habia quedado en la choza, donde se le hizo la primera cura. Este perro llevado á Napoleon tenia un collar donde se leia: *Soy del general Moreau.* ¡De este modo supo Napoleon la presencia y la muerte del general Moreau en las filas de los coaligados! Entretanto dió sus órdenes, para que, despues de calentarse alrededor de grandes hogueras y de descansar toda una noche, se pusieran en marcha sus cuerpos de ejército al despuntar la aurora del 28, á fin de perseguir al enemigo á todo trance, y de alcanzar todos los resultados de la insigne victoria del 27.

Habiendo retrocedido los coaligados hasta la cima de las alturas que rodean á Dresde, se pusieron á discutir sobre la direccion que darian á su retirada. Unos querian detenerse en el desemboque de las montañas de Bohemia, segun el general Moreau lo habia aconsejado antes de la batalla, otros querian retirarse de seguida á Bohemia y aun mas allá

del Eger, y de este dictámen participaba especialmente el generalísimo príncipe de Schwarzemberg, que anhelaba reorganizar su ejército, y reponerle del rudo golpe recien experimentado. No era proponible lo de permanecer sobre la vertiente de las montañas delante de un enemigo victorioso, y acostumbrado como Napoleon á sacar tan grande partido de la victoria. Asi la primera y mas inevitable de las resoluciones consistia en volver á pasar las montañas, salvo el determinar hácia donde se dirigiria el movimiento retrógrado posteriormente. Abrazóse pues la resolucion imprescindible. Restaba saber que caminos se seguirian para volver á pasar las montañas. Si no perdido, muy comprometido al menos estaba el camino real de Peterswalde. Con efecto, ejecutando el general Vandamme las órdenes de Napoleon el 26 de agosto, habia cruzado el Elba por Koenigstein, asaltado la meseta de Pirna débilmente guardada y establecídose en este campo, desde donde dominaba el camino de Peterswalde, sin interceptarlo enteramente á pesar de todo. A la verdad en el curso del dia envióse al conde Ostermann para socorrer al príncipe Eugenio de Wurtemberg, pero se ignoraba la fuerza de Vandamme, no se sabia si mandaba á veinte, treinta ó cuarenta mil hombres, ni si en el intérvalo habria conseguido bajar del campo de Pirna para cerrar los desfiladeros del camino de Peterswalde. Renunciar á pasar por este punto ofrecia el doble inconveniente de dejar allí al príncipe de Wurtemberg sin apoyo y al conde Ostermann lo mismo, y de trasladarse en masa á caminos secundarios, mal practicables, y donde los rusos iban á formar una aglomeracion funesta con los prusianos y los austriacos. De consiguiente determinóse que el grueso de los rusos á las ordenes de Barclai de Tolly marchara en pos del conde Ostermann por el camino de Peterswalde, y lo tornara á abrir á viva fuerza, si estuviese cerrado; que los prusianos y parte de los austriacos tomaran el camino de al lado, el de Altenberg, Zinnwald, Toeplitz, por donde habia ido la segunda columna de los coaligados; y que finalmente el resto del ejército austriaco fuera por la calzada de Freyberg á ganar el camino real de Leipsick á Praga por Commotau. De esta suerte los enemigos iban á entrar nuevamente en Bohemia formando tres columnas, en lugar de las cuatro que componian al tiempo de la partida. Se convino en que, despues de descansar toda la noche, se emprenderia la marcha al dia siguiente 28 desde muy temprano, á fin de llegar á los desfiladeros de las montañas antes de ser estrechados muy de cerca por los franceses.

Al menos en las primeras horas fueron ejecutadas estas disposiciones segun se habian acordado. A otro dia por la mañana se movieron en tres columnas y en las direcciones indicadas, al par que, emprendiendo tambien su movimiento los cuerpos franceses, marchaban detrás de estas mismas columnas, bien que á bastante distancia, por consecuencia del triste estado de los caminos. A cada paso dejábanse heridos, rezagados, carros destinados á ser presa de los franceses. De todos los corazones se habia apoderado la tristeza. En los sucesos de estos últimos dias contemplaba el rey de Prusia la prosecucion de su mala fortuna ordinaria: Alejandro se preguntaba si no era una triste ilusion el principio de ventura con que se habia

contado, y si al lisonjearse de vencer á Napoleon no se habian concebido esperanzas exhorbitantes. Asi avanzaban todos, recelosísimos de los choques á que se hallaban expuestos antes de trasponer aquella cortina de altas montañas que tenian enfrente, al par que los acosaba detrás un enemigo victorioso; no sospechando nadie ni entre los perseguidos, ni entre los perseguidores lo que iba á acontecer dentro de cuarenta y ocho horas.

Descubriendo Barclai de Tolly en la marcha un tropel excesivo sobre el camino de Peterswalde, y conociendo que se le estrecharia de cerca muy pronto, comenzó á temer que perderia un tiempo precioso, si encontraba dificultades á la parte de Peterswalde, y que ya no podria acogerse al camino de Altenberg en sazon oportuna; de consiguiente ideó cambiar de improviso de direccion con el grueso del ejército ruso, y de torcer á la derecha para ganar de nuevo el mismo camino de Altenberg que debian seguir los prusianos y parte del ejército austriaco, a riesgo de producir alli un hacinamiento espantoso. Acto continuo envió al conde Ostermann la órden de que se replegara hácia el mismo rumbo, y de que dejara al príncipe Eugenio volver solo por el camino de Peterswalde á Bohemia.

Estas providencias ocasionaron entre el conde Ostermann y el príncipe Eugenio de Wurtemberg un vivísimo conflicto. Habiéndoselas con el general Vandamme sobre la posesion del camino de Peterswalde, con razon no queria el príncipe Eugenio quedar alli solo, y expuesto á encontrar á dicho general sobre su flanco ó sobre su espalda, y aun quiza de frente, pues los franceses descendidos

de la meseta de Pirna se presentaban por todas partes. Además decia que si al cuerpo de Vandamme, que habia motivo para considerar muy fuerte, se le dejaba libre la entrada en Bohemia, probablemente se iria á situar en Toeplitz, al desemboque de los caminos seguidos por las diversas columnas en retirada, y podria causarlas graves apuros. Por su parte el conde Ostermann temia comprometer las tropas de la Guardia que se le habian confiado, y resistia por este motivo á las apremiantes instancias del príncipe Eugenio de Wurtemberg. Vencido por las buenas razones de éste y por su oferta de tomar por sí propio la parte mas fuerte del peligro, determinose al cabo á seguir el camino de Peterswalde y á forzarlo, si la necesidad lo requeria, para tomar la delantera á Vandamme en el desemboque de Toeplitz. Al mismo tiempo comunicó á Barclai de Tolly la resolucion que adoptaba, no disimulandose los inconvenientes de ella, si bien creyendo ahorrar asi grandes peligros al resto del ejército coaligado.

De consiguiente el 28 por la mañana, el príncipe Eugenio y el conde Ostermann trataron de caminar sobre la meseta de Gieshubel, situada mas abajo de la de Pirna, y separada solo de ella por el arroyo de Gotleube. Se necesitaba atravesar por diversos pasos difíciles hasta lo sumo, donde se podia encontrar á los franceses, especialmente en Zehist, pequeña aldea que se descubre á la entrada de la meseta de Gieshubel, bajo una altura que se denomina el Kohlberg, y que estaba ocupada por un batallon francés en este momento. El príncipe Eugenio hizo asaltar y señorear aquella cumbre, y aprovechóse de tal ventaja para que desfilase todo

su cuerpo. Vandamme dispuso que la posicion se recuperase, pero ya no tenian interés en poseerla los dos cuerpos rusos. Siguiendo por la meseta de Gieshubel hácia adelante, en Gross-Cotta y en Klein-Cotta pasaron al lado de los franceses descendidos del campo de Pirna en harto débiles destacamentos, y consiguieron trasponer los obstáculos todos, aunque perdiendo alguna gente. Llegados á la postre á la extremidad de la meseta, se deslizaron por la rampa de Gieshubel, y sin graves accidentes pudieron ganar el camino de Peterswalde, salvándose de un gran peligro á costa de algunas pérdidas de escasa monta.

Les valió esta fortuna la circunstancia de haberle sido muy penoso á Vandamme arrastrar su artillería á causa del mal tiempo; y asi no pudo hacer otra cosa el dia 26 que trepar á la meseta de Pirna, hubo de invertir el 27 en ocuparla solidamente, y en la mañana del 28 fué sorprendido por la aparicion de los rusos antes de conocer los sucesos de la capital de Sajonia. Pero, avisado muy luego de la victoria del dia antes y reuniendo sus divisiones, se puso á perseguir á los rusos, les dió en Gieshubel un fuerte combate de retaguardia, les mató unos mil hombres, y llevólos batidos hasta Hollendorf, á alguna distancia de Peterswalde. Llegado á este punto aguardó impacientemente las órdenes de Napoleon acerca de la direccion que debia imprimir á sus movimientos ulteriores.

Tales fueron las operaciones del enemigo la mañana del 28 y durante una parte del mismo dia. Entretanto Napoleon, en pié desde muy temprano, expidió sus primeras órdenes por escrito, y encomendó al mariscal Mortier y al mariscal Saint-Cir

que con la Jóven Guardia y el cuerpo 14.º se trasladaran á Gieshubel, uno de los desfiladeros del camino de Peterswalde para incorporarse allí á Vandamme; al mariscal Marmont que siguiera á los coaligados por el camino de Altenberg; y á Murat, que tenia el cuerpo de Victor consigo, que los diera caza por el camino real de Freyberg á todo trance. En los mismos despachos anunció Napoleon su presencia, y prometió mandar sobre el mismo terreno lo que aconsejasen las circunstancias. Con efecto desde la punta del dia fué al lado del mariscal Marmont á caballo, para observar con sus propios ojos la retirada del enemigo.

Llegado á las alturas de Dresde junto al mariscal ya citado, vió á las columnas de los coaligados encaminándose a las montañas del *Erz-Gebirge* llenas de maleza. Le llamó la atencion el movimiento trasversal de izquierda á derecha ejecutado por las tropas rusas de Barclai de Tolly, para trasladarse del camino de Peterswalde al de Altenberg, movimiento de cuyas resultas se iban á encontrar juntas en la misma direccion gran parte de las columnas rusas, prusianas y austriacas. Delante de tales masas el cuerpo del mariscal Marmont era insuficiente á todas luces, y Napoleon previno al mariscal Saint-Cir que declinara de Dohna á Maxen para aproximarse al mariscal Marmont y perseguir al enemigo de comun acuerdo. Dada esta órden de viva voz, trasladóse Napoleon á Pirna, para ver lo que allí pasaba, y determinar lo que se debia hacer sobre el camino de Peterswalde.

A eso de medio dia llegó á Pirna, hizo una comida ligera, y sintióse acometido de pronto de los dolores de entrañas á que la humedad le sometia;

pues á la verdad el dia antes habia aguantado torrentes de lluvia durante largas horas. Sin embargo, estos dolores no eran de naturaleza que le impidiesen dar órdenes y hacer lo que exigian imperiosamente las circunstancias (1). Pero en este momento recibió despachos que aguardaba con impaciencia de los alrededores de Berlin y de las márgenes del Bober. El mariscal Oudinot, que de muchos dias atrás debia haber entrado en la capital de Prusia, se hubo de detener delante de las inundaciones, y además, por no acometer al enemigo en masa, resultó bastante maltratado uno de sus cuerpos de tropas. El mariscal Macdonald acababa de ser sorprendido por Blucher á orillas del Bober, y de experimentar pérdidas de cuantía. Asi la fortuna apenas dejaba á Napoleon tiempo de disfrutar su hermosa victoria de Dresde, y de pronto se anublaba el horizonte en torno suyo, despues de presentarse perfectamente sereno. Siempre habia tenido á sus ojos suma importancia la marcha á Berlin bajo el aspecto moral, bajo el aspecto político y bajo el aspecto militar. Debia deslumbrar los ánimos, herir en el corazon á la Prusia, castigar á Bernadotte, ponernos en comunicacion con las plazas del Oder, y aun quizá con las del Vistula, todas las cuales tenian necesidad de ser avitualladas de nuevo. Añadiéndose el revés de Macdonald al de Oudinot, podia contribuir á hacer mas árdua y mas dudosa aquella marcha sobre Berlin, en la que Napoleon ponia tanto empeño, y creyó que debia regresar á Dresde sin demora, á fin de dictar las providencias que la situacion requeria. Al par que Berlin le llamaba, el movimiento sobre Peterswalde exigia menos su presencia, segun lo que se acababa de anuncirle. Efectivamente, al salir de Dresde por la mañana, pudo creer que, ocupando Vandamme á Pirna y á Gieshubel, opondria allí una barrera de hierro á la columna rusa, y que llegando Saint-Cir y Mortier por su espalda, la coparian toda entera. Pero acababa de saber que la columna rusa habia tenido tiempo de volver á ganar el camino de Peterswalde, y que por tanto ya Vandamme no podria hacer otra cosa que perseguirla

(1) Ignorando los aduladores de la memoria de Napoleon, por serles desconocida su correspondencia, los verdaderos motivos de su repentina vuelta á Dresde, y no queriendo tampoco admitir que pudiese cometer una falta, han atribuido á una indisposicion súbita aquel retorno. Las numerosas órdenes expedidas por Napoleon el mismo dia 28 y el 29 demuestran que la indisposicion no le impidió atender á sus negocios, y testigos oculares, y el mariscal Marmont especialmente, afirman que no estaba enfermo. Refiriéndonos de mejor voluntad á los documentos auténticos que á las relaciones frecuentemente contradictorias de los testigos oculares, creemos haber adquirido la prueba por las mismas cartas de Napoleon de que la indisposicion supuesta no le impidió de ningun modo hacer lo que debia, y nos hemos convencido de que el verdadero motivo de su vuelta á Dresde, tan fatal dos dias mas tarde, no provino mas que de los despachos recibidos de los alrededores de Berlin y de Lowenberg. Sobre esto no dejan las órdenes del 29 y del 30 ninguna duda. Mas adelante demostraremos tambien por la simple exposicion de los hechos que sobre esta importante época no se han publicado mas que errores, cosa que ha hecho hasta ahora inexplicable del todo la catástrofe del general Vandamme. Esperamos que, despues de la relacion que haga nuestra pluma quede muy en claro, y que se atribuya este gran infortunio á la verdadera causa, que fué menos accidental y mas general de lo que se supone comunmente.

vigorosamente, y consideró que bastaban sus lugartenientes para sacar de la victoria de Dresde todas las consecuencias que era lícito esperar todavía. Juzgó que bastaba dejar á Vandamme todas las divisiones que ya le habia confiado, hacerle bajar á Bohemia por el camino de Peterswalde, empujarle hácia Toeplitz, donde se hallaria sobre la línea de retirada de los coaligados, prontos á desembocar de los desfiladeros de las montañas y vivamente perseguidos por Saint-Cir, Marmont, Victor y Murat. Verosímil era que, emboscado Vandamme en Kulma ó en Toeplitz, hiciera mas de una buena presa, y que trasladándose entre Tetschen y Aussig de seguida, se apoderara de gran parte del material de los coaligados, cuando quisieran volver á pasar el Elba. En esta posicion debia prestar Vandamme otro servicio, el de ocupar el camino directo de Praga, al cual daba Napoleon sumo precio, porque, despues de los despachos de Oudinot y de Macdonald, pensaba en una marcha fulminante sobre Berlin ó sobre Praga, á fin de caer de pronto sobre el ejército del Norte, ó de dar cima á la derrota del de Bohemia; y aun si á la sazon volvia a Dresde, no entraba por poco el designio de contrapesar durante un dia las ventajas y los inconvenientes de la marcha sobre una ú otra de estas dos capitales. Considerando, pues, la situacion bajo este nuevo aspecto, dejó al general Vandamme no solo sus dos primeras divisiones, de Philippon y de Domenceau, con la brigada de Quyot, que formaba la mitad de la division de Teste, sino tambien la primera division de Saint-Cir 42.ª del ejército, que de algunos dias atrás se le habia prestado, y agregó á estas fuerzas la brigada de

Reuss del cuerpo de Victor, para compensar la media division de Teste que le fué quitada. Además añadió la caballería del general Corbineau. Asi debia tener Vandamme el valor de cuatro divisiones de infantería y de tres brigadas de caballería, sumando en totalidad cuarenta mil hombres por lo menos. Napoleon le previno que persiguiera vivamente á los rusos hácia Bohemia, y bajara á Kulma, y ocupara por un lado á Toeplitz, á fin de molestar á los coaligados á su salida de las montañas, y por otro á Tetschen y á Aussig, á fin de guardar los pasos del Elba y el camino de Praga (1). Tambien le previno, y esto demuestra sus verdaderas intenciones, que subiera á Tetschen el segundo puente de barcas echado en Pirna. En cuanto á lo demás le anunció órdenes ulteriores. Sin embargo, situó al mariscal Mortier en Pirna con cuatro divisiones de la Jóven Guardia, para que pudiera socorrer en caso necesario al general Vandamme, del

(1) Citamos la órden textual, que patentiza la intencion del emperador.

«A una legua de Pirna, 28 de agosto de 1813, á las cuatro de la tarde.

«Señor general Vandamme, el emperador manda que os dirijais sobre Peterswalde con todo vuestro cuerpo de ejército, con la division de Corbineau, con la division 42.ª y finalmente, con la brigada del 2.º cuerpo mandada por el general príncipe de Reuss; de cuyo modo tendreis de aumento diez y ocho batallones. Pirna será guardada por las tropas del duque de Treviso, que llegará esta misma noche. Tambien tiene órden este mariscal de relevar vuestros puestos del campo de Lilienstein. El general Baltús con vuestra batería de á doce y vuestro parque llega

cual solo distaria siete ú ocho leguas. Al mismo tiempo hizo que se recomendase á Saint-Cir, á Marmont, á Victor y á Murat, que siguieran acosando á los coaligados con la punta de la espada, y que los empujaran con violencia hácia las montañas, á fin de que no pudieran trasponerlas sino desordenadamente. Dadas estas instrucciones partió para Dresde en carruage, y prescribió á la Vieja Guardia que se le incorporara en este punto.

Durante el mismo dia 28, Saint-Cir, Marmont, Victor y Murat fueron pisando los talones á los coaligados Saint-Cir cogió heridos y rezagados. Marmont apoderóse en Possendorf de dos mil prisioneros y de trescientos ó cuatrocientos carros. En Dippoldiswalde dió un combate venturoso, y tambien capturó ó mató á algunos centenares de hombres. Murat y Victor cogieron por su parte heridos, rezagados, prisioneros, cañones, carros, y por lo menos cinco ó seis mil hombres entre todos. Las pérdidas experimentadas por los enemigos el dia antes, y que se podian calcular en veinte y cinco mil hombres, se elevaban á treinta y dos ó treinta y tres mil de resultas de la jornada del 28. Visibles

esta noche á Pirna, enviad en su busca. El emperador desea que reunais todas las fuerzas que pone á vuestro cargo, y que con ellas entreis en Bohemia y destroceis al príncipe de Wurtemberg si se os opusiere. Parece que se dirige sobre Annaberg el enemigo á quien hemos batido. *S. M. cree que sobre la comunicacion de Tetschen, de Aussig y de Toeplitz le podriais tomar la delantera, y apoderaros asi de sus equipages, sus hospitales, sus bagages, y finalmente, de cuanto marcha detrás de un ejército.* El emperador manda que se alce el puente de barcas delante de Pirna, á fin de que en Tetschen se pueda echar otro.

eran las señales de desaliento en los contrarios, y hacian esperar resultados importantes, si se les perseguia vivamente.

Al dia siguiente 29 de agosto, excitado Vandamme por las órdenes recibidas la noche antes, resolvió no dar ningun respiro á los rusos, y hacerles expiar la fortuna que tuvieron de pasar impunemente por delante de sus tropas bajo la meseta de Pirna. Este general, dotado de gran golpe de vista, de vigor, de experiencia de la guerra, denigrado por desdicha á causa de sus costumbres soldadescas algun tanto fuera de medida y de su carácter violento, no habia sido tratado con favor alguno, y se quejaba de no ser mariscal todavía, grado que merecia mucho mejor que varios de sus contemporáneos á quienes no se lo hizo esperar Napoleon. Habiendo originado la dificultad de las circunstancias, y la necesidad de reemplazar á los hombres de guerra, de quienes se hacia tan enorme consumo, que se fijara la atencion del emperador sobre su persona, se lisongeaba de alcanzar al fin las recompensas que de muy atrás creia tener merecidas, y experimentaba una abundancia de celo, que, utilísimo en cualquiera otra coyuntura, podia al presente arrastrarle fuera de los límites de la prudencia. Resueltamente avanzó, pues, desde la mañana del 29 sobre la retaguardia de los rusos. A la cabeza marchaba la brigada de Reuss, mandada por un jóven príncipe aleman, militar de la distincion mas elevada. Vandamme la dirigia acompañado del general Haxo. Entre Hollendorf y Peterswalde, Vandamme y el príncipe de Reuss atacaron á una columna rusa que intentaba oponer resistencia, la rebasaron y despues de desor-

denarla, quitáronla dos mil hombres. Por desgracia una bala de cañon derribó al joven príncipe de Reuss sin vida. Lo sintió el ejército entero, pues á la circunstancia de oficial muy brillante unia la de ser adictísimo á los franceses.

Despues de esta proeza continuó Vandamme persiguiendo á los rusos á todo trance. Detrás de ellos cruzó las montañas, bajó á la llanura, y á eso de medio dia llegó á Kulma, desde donde descubria la inmensa cuenca, en que empezaban á desembocar las columnas enemigas vivamente acosadas. A su vista los soldados del príncipe Eugenio de Wurtemberg y del conde Ostermann, á quienes no habia cesado de perseguir y de coger muchos miles de prisioneros, hicieron alto y fueron á tomar posicion delante de su tropa, á fin de custodiar el desemboque de Toeplitz, como que conocian toda su importancia. Desde las alturas de Kulma divisaba Vandamme este desemboque, adonde tenia órden de tocar en caso necesario, y adonde le llamaba el deseo de obstruir el paso á las columnas enemigas, que habian tomado los caminos laterales al de Peterswalde. Desgraciadamente solo tenia á la mano su vanguardia; el resto seguia formando una larga cola en las gargantas, y las tropas rusas que miraba en frente, mas numerosas que por la mañana, y aun reforzadas con nuevos cuerpos, aparecian resueltas á mantenerse firmes en su puesto. De consiguiente suspendió por unos instantes su marcha, para aguardar sus fuerzas todas. Véase lo acontecido durante este tiempo en las filas de los coaligados.

El emperador Alejandro habia pernoctado en Altenberg, á la falda de las montañas del *Erz-Gebirge*, y especialmente de la que se llama Geyersberg, cruzóla el 29 por la mañana, y llegó muy temprano al respaldo de ella. Descubriendo desde allí hácia la izquierda la posicion de Kulma, sobre la cual se detuvo Vandamme en frente de los rusos, á la derecha á Toeplitz y la cuenca del Eger, que va á desembocar en el Elba, pudo avalorar el peligro de una retirada precipitada, ejecutada desordenadamente, amenazada de flanco por el cuerpo de Vandamme que se sabia ser numeroso, y que podia serlo mas de hora en hora. Perdido habia al consejero en quien habia depositado tanta confianza, al general Moreau, á quien llevaban moribundo los soldados sobre sus hombros, y le quedaba el general Jomini, á quien Moreau le habia recomendado como idóneo para dar un buen consejo, á pesar de lo bullicioso. Predispuestísimos el general Jomini y otros muchos á censurar á los austriacos y especialmente al príncipe de Schwarzemberg, se quejaban con amargura de que se pensase llevar mas allá del Eger la retirada, declaraban excesivo semejante movimiento retrógrado y aun peligroso, sobre todo apareciendo Vandamme en el desemboque de la calzada de Peterswalde sobre el flanco de las columnas en retirada. El emperador Alejandro que empezaba á entender algo mejor la guerra y que solo tenia la falta de dejarse llevar de los dictámenes contrarios hasta el extremo de caer en vacilaciones interminables, avaloró el reparo y manifestóse dispuesto á tomarlo en cuenta. Antes cuando habia menos exasperacion contra los franceses, cuando se estaba debajo del influjo del genio trascendental de Napoleon, se sentia muy poca inclinacion á apelar de una derrota, se consideraba co-

mo una sentencia á que habia que someterse, y se rendian fácilmente las armas al primer cuerpo de tropas que se hallaba por el camino despues de perdida una batalla. Mucho se habia cambiado al presente. Se hizo extremada la pasion á la resistencia, ya disminuido el prestigio de Napoleon cediase menos al desaliento, y se concebia nuevamente de buen grado la resolucion de pelear á la menor vislumbre de esperanza. Asi todos los generales que se hallaban en torno opinaron, que si se presentaba una ocasion cualquiera de tornar á emprender la lucha, convenia aprovecharla, y que apareciendo un cuerpo francés hácia la izquierda, se debia hacer alto para combatirle, en vez de trasladarse á otro lado del Eger. Además se trataba hasta entonces de un cuerpo aislado, que verosimilmente seria socorrido, pero que acaso no lo fuera, y ofreceria una presa fácil en tal caso. Participando de este dictámen Barclai de Tolly y el general Diebitch, gefe de estado mayor ahora, dióse órden á las columnas del príncipe Eugenio de Wurtemberg y de Ostermann, para que se mantuviesen firmes delante de Kulma, por mucho que fuera su cansancio. Se les anunció que iban á ser reforzadas, y en efecto se les enviaron muchas columnas de infantería rusa y prusiana, que llegaban por el camino de Altenberg con la caballería de la Guardia. No paró en esto. Actualmente desembocaban las tropas austriacas en mayor número que las rusas, por haber sido las primeras que tomaron el camino de Altenberg en derechura. Antes que otro alguno llegó el cuerpo de Colloredo. Pero este general, á quien se pidió que fuera á situarse delante de Kulma y á espaldas de las líneas rusas,

alegó las instrucciones del príncipe de Schwarzemberg, que le prescribian retirarse mas allá del Eger, y hubo que recurrir al príncipe de Metternich, que estaba en Duch, palacio del célebre Wallenstein, donde á la sazon se hallaban los soberanos, y se hizo dar la órden de que todas las tropas austriacas convergieran á la izquierda, para que se colocaran en batalla con las tropas rusas descendidas de Peterswalde.

Con todo, estas órdenes no podian hacer que entraran en línea fuerzas considerables hasta dentro de algunas horas, y despues de reflexionar Vandamme un instante, aun cuando vió que se detenian y aumentaban sensiblemente las tropas fugitivas, resolvió desalojarlas del puesto donde al parecer querian establecerse para proteger los desemboques del Geyersberg contra nosotros. Obrando de esta suerte obedecia á la vez á órdenes terminantes y á la indicacion de las circunstancias, pues las órdenes le prescribian que fuera hasta Toeplitz, y las circunstancias debian empeñarle en cerrar el desemboque de las montañas á las columnas batidas, puesto que no se le habia enviado á aquellos lugares mas que para oponer obstáculos á su retirada. Teniendo siempre bajo la mano la brigada de Reuss, con la cual habia marchado desde por la mañana y sin llevar al lado otra fuerza, expulsó á los rusos de Kulma, donde aspiraron á mantenerse firmes, y de la aldea de Straden adonde se replegaron acto contínuo. Tomada esta aldea, hallóse delante de una segunda posicion situada detrás de un barranco y de apariencia bastante fuerte. Por un lado, esto es, hácia nuestra derecha, se apoyaba en las montañas, por el centro en la al-

dea de Priesten construida sobre el camino de Toeplitz, y finalmente á la izquierda en praderas cortadas por canales y en la aldea de Karbitz. Vandamme quiso atacar sin demora la aldea de Priesten para no consentir que se estableciesen allí los rusos; pero encontró por vez primera una resistencia obstinada, y fué repelido de resultas de una carga del regimiento de guardias de Ismailow. Como no tenia consigo su artillería de grueso calibre ni sus masas de infantería, vióse obligado á aguardar á la division de Mouton-Duvernet, 42.ª del ejército, y mejor hiciera sin duda en diferir todo lance hasta la llegada de su cuerpo de tropas, á fin de no empeñarlo sino con fuerzas suficientes. Pero sus otras divisiones no podian llegar sobre el terreno hasta muy tarde, y siempre á impulsos del anhelo de cortar la retirada al enemigo, le acometió con nueve batallones del general Mouton-Duvernet, únicos reunidos á la sazon de los catorce de que la division se componia. Con estos nueve batallones, encaminados á la derecha hácia el bosque, restableció la pelea, y arrolló sobre la aldea de Priesten á los rusos. Pero de pronto fué atacado por cuarenta escuadrones de la Guardia de estos, recien entrados en línea, y desplegados unos á nuestra derecha hácia la falda de las montañas, otros á la izquierda en la llanura de Karbitz. Los batallones de Mouton-Duvernet contuvieron á la caballería rusa á lo largo de las montañas, los escuadrones de Corbineau la cargaron por el lado de las praderas, y sin embargo, lejos de avanzar tampoco ahora, lo mas que pudimos conseguir fué conservar el terreno ganado. A las dos de la tarde apareció la primera brigada de la division de Philippon, primera de Vandamme. Esta brigada, dirigida por el general Pouchelon, envió á la derecha al regimiento 12.º de línea para sostener á Mouton-Duvernet, y hácia el centro al 7.º de ligeros para atacar á Priesten. No pudieron apoderarse de la posicion estos regimientos, recibidos por un fuego horroroso. Llegando entonces la segunda brigada de Philippon á las órdenes del general Fezensac, empeñóse de igual manera y con sumo empuje, aunque sin mejor suceso. Al querer atacar á Priesten el 7.º de ligeros de la primera brigada de Philippon fué acribillado de metralla, cargado luego por la caballería rusa, y salvado por la segunda brigada, que el general Fezensac pudo rehacer bajo el fuego del enemigo. Tras de reconocer Vandamme sobrado tarde que estos ataques sin concierto no producirian ningun fruto, abrazó el partido de asentar su línea algo á la espalda sobre la eminencia de Kulma, que dominaba el llano, como situada en el desemboque de la calzada de Peterswalde. Habiendo querido avanzar los rusos, fueron ametrallados á su vez por veinte y cuatro bocas de fuego, que puso en batería el general Baltús, llegado con la reserva de artillería. Bajo esta metralla y ante las cargas de nuestros ginetes retrogradaron y fueron á tomar la posicion de Priesten sobre el camino de Toeplitz, y la derecha en las praderas de Korbitz. Frente por frente estábamos nosotros, teniendo como ellos á un lado las montañas, á otro las praderas, y en el centro la posicion dominante de Kulma, donde era fácil defenderse.

No se podia culpar á Vandamme por haber probado á arrebatar la posicion á los rusos, puesto

que tenia órden de empujarlos hasta Toeplitz, y además debia conocer la urgencia de cerrar el desemboque del camino de Altenberg sobre este púnto; pero se le podia reconvenir por haberse comprometido en el ataque antes de que tuviese todas las fuerzas á la mano, y esto mismo se explica por la prolongacion de su columna en las montañas y por el deseo natural de desalojar al enemigo antes de que se consolidara en la posicion escogida. A mayor abundamiento el general Vandamme se detuvo y resolvió guardar bien á Kulma, donde no podia ser forzado, teniendo á su disposicion hasta cincuenta y dos batallones y como ochenta bocas de fuego en bateria. Su designio era aguardar á que Mortier, situado á su espalda en Pirna, llegase en su ayuda, y á que Saint-Cir y Marmont, situados á su derecha á la otra parte de las montañas, las traspusiesen detrás de los coaligados. Para que se consumasen estos movimientos solo se necesitaban doce ó quince horas, y con el concurso de todas estas fuerzas se lisonjeaba de ofrecer al emperador grandes resultados al dia siguiente 30 de agosto. ¡Ilusion triste y lamentable, aunque bien fundada y tanto como lo pudo ser en tiempo alguno la mas razonable esperanza! Aquella misma noche escribió á Napoleon para enterarle de su situacion, y pedirle socorros, y anunciarle que hasta que le llegaran se mantendria inmóvil en Kulma.

Las cartas escritas en este punto el 29 por la noche no podian llegar á Dresde hasta el 30 por la mañana, y las órdenes expedidas en respuesta de estas cartas no se podian ejecutar bastante pronto para que Vandamme fuera socorrido el 30 á tiempo. Ya el 29 por la tarde habia recibido Napoleon

las nuevas procedentes aquella mañana de Petersvalde; y supo que los rusos se retiraban á toda prisa; que Vandamme los acosaba con la punta de la espada, y que les habia quitado algunos miles de hombres. Suponiendo por virtud de estas noticias á los coaligados en completa derrota, contando con que la viva persecucion de Saint-Cir, de Marmont y de Murat les obligaria á cruzar desordenadamente las montañas, y con que situado Vandamme en su respaldo, los capturaria á millares, y aun acaso cerraria el principal desemboque de Altenberg del todo, reiteró á Saint-Cir, á Marmont y á Murat la órden de empujar vivamente al enemigo en todas direcciones, y á Mortier de estar alerta y pronto á correr á Kulma, si Vandamme necesitaba allí de su auxilio. Llena la cabeza de los recuerdos de lo pasado, haciendo memoria de la facilidad con que tiempos antes capturaba á los prusianos ó á los austriacos vencidos, no queriendo tomar en cuenta la pasion que les animaba ahora y les hacia tan inaccesibles al desaliento, ya calculaba haber tomado suficientes precauciones para alcanzar aun muy grandes resultados de la victoria de Dresde. Además le absorbia entonces una combinacion inmensa (1), mediante la cual y aprovechando el ru-

(1) Cuando queria analizar bien sus ideas, trasladábalas al papel, sabiendo, como todos los hombres que han meditado mucho, que redactar las ideas propias es profundizarlas mas. Por tanto habia dictado su proyecto en una nota admirable con el título siguiente: *Nota sobre el estado general de mis negocios el 30 de agosto*, muy semejante á las que escribio en Moscou por octubre de 1812, y revelando todo su pensamiento á la hora misma en que Vandamme estaba en Kulma. Vése en esta nota la verda-

dísimo golpe descargado sobre el ejército de Bohemia, esperaba avanzar al camino de Berlin á cinco jornadas de Dresde, destrozar el ejército del Norte, abrumar á un mismo tiempo á la Prusia y á Bernadotte, avituallar de nuevo las plazas del Oder, comunicar aliento á las del Vistula, é imprimir de este modo nueva faz á la guerra, cuyo teatro se trasladaria por un instante al Norte de Alemania. Asi Berlin y las plazas del Oder y del Vistula, que ya le habian inclinado á extender de sobra el círculo de sus operaciones, le preocupaban nuevamente, é iban á desviarle de lo que debiera mirar como objeto esencial y exclusivo durante algunas horas. Sin duda, como se avalorará muy luego, su concepcion era singularmente magna, si bien intempestiva por desgracia nuestra, y prematura lo menos en dos dias. Absorto en sus cálculos y en el ardor de la concepcion primera, expidió las órdenes siguientes el 30 de agosto por la mañana. Previno al mariscal Mortier, situado en Pirna, que le volviera á enviar á Dresde dos divisiones de la Jóven Guardia, y que fuera con las otras dos á socorrer á Vandamme; á Murat que le devolviera la mitad de la gruesa caballería, y continuara persi-

dera causa del descuido que produjo la desgracia de Vandamme, sobre todo cotejándola con las órdenes dadas el mismo dia á Murat y á Mortier; y se conoce cuán ridícula es la fábula de la indisposicion inventada por ciertos narradores, y acogida anhelosamente por los que se complacen en creer que en historia los sucesos de mas bulto emanan de las causas mas insignificantes, aficion singular y que acredita muy medianos alcances. ¡Tanto peor con efecto para los que mas creen en las causas pequeñas que en las grandes!

guiendo con la restante por el camino de Freyberg al enemigo; al mariscal Marmont que le empujara vivamente sobre el desemboque de Altenberg y de Zinnwald, donde segun todos los informes se aglomeraban en tropel las columnas de los rusos, de los prusianos y los austriacos; al mariscal Saint-Cir que ayudara á Marmont en esta maniobra, ó que aspirara mejor á ganar por un camino lateral la calzada de Peterswalde para juntarse á Vandamme; y asi esperó que sufrieran algun desastre los coaligados, acosados por la cola, amenazados por el flanco y retenidos por la cabeza. Tambien previno que á las tropas que pedia se les hiciera pasar al punto el Elba, y no ocultó á Murat que era con el designio de marchar sobre la capital de Prusia.

Mientras concebia estos proyectos y expedia estas órdenes, no formaban tan vastas combinaciones en Toeplitz los coaligados, y solo pensaban en libertarse del peligro á que imprudentemente se habian expuesto al bajar hacia la espalda de Dresde. La resistencia, que opusieron á Vandamme el dia 29 con fortuna, les hizo recuperar alguna esperanza. Cuantas fuerzas les llegaron de las tropas rusas y austriacas por el camino de Altenberg á Toeplitz, fueron enderezadas sobre la izquierda y situadas detrás de Priesten y Karbitz, para oponer á Vandamme una barrera de hierro. De consiguiente se lisonjeaban de impedirle que desembocara de Kulma, y aun tal vez de hacerle sufrir un desastre, lo cual les indemnizaria algun tanto de las jornadas del 26 y del 27 de agosto, y daria lugar á que todas los columnas pasaran en seguridad las montañas. Sin embargo, les quedaba una grave zozobra relativa al cuerpo prusiano de Kleist, que de-

bia haber seguido al cuerpo austriaco de Colloredo, segun el primer proyecto de retirada, y pasado en su compañía por Dippoldiswalde, Altenberg, Zinnwald y Toeplitz, impidiéndoselo el movimiento trasversal de Barclai de Tolly, quien como ya se ha visto, se trasladó de repente del camino de Peterswalde al de Altenberg, para evitar el encuentro de Vandamme. Retrasado en su marcha, y obligado á esperar á que el camino estuviese expedito, aun se hallaba el cuerpo de Kleist sobre el respaldo del Geyersberg el 29 por la noche, y se recelaba que le acaecieran las mayores desdichas, porque el cuerpo de Saint-Cir le pisaba completamente los talones. Despues de conferenciar el rey de Prusia con el emperador Alejandro, envió al coronel Schoeler, uno de sus ayudantes de campo, cerca del general Kleist, para informarle de la presencia del cuerpo de Vandamme en Kulma, y dejar á su eleccion el camino que prefiriera tomar con el fin de salvarse, y prometerle que tendria espacio para trasponer la montaña y desembocar en la cuenca del Eger (1). Tan comprometido se consideraba á este cuerpo que se recomendó al par al coronel Schoeler que trajera por entre los bosques

(1) El historiador ruso Danilewski ha querido atribuir al emperador Alejandro una combinacion profunda, consistente en hacer que bajara Kleist sobre las espaldas de Vandamme; pero Mr. de Wolzogen en sus Memorias tan instructivas como amenas, ha desmentido esta asercion completamente, y para hacerlo tenia mas autoridad que otro alguno, como que se hallaba presente cuando se dió á Mr. Schoeler la órden á que se alude. Esta órden pues se halla reducida á las proporciones y á la significacion que aquí le damos.

al jóven príncipe de Orange, el cual hacia esta campaña con el ejército prusiano, y estaba al lado del general Kleist. A la verdad no se queria entregar en manos de Napoleon trofeo semejante, si el cuerpo de Kleist quedaba prisionero. Asi Mr. de Schoeler se puso en camino sin demora para volver á pasar las montañas, é ir á desempeñar el difícil cargo que se le confiaba á todo riesgo. Tales eran las esperanzas de los unos y los temores de los otros el 29 de agosto á media noche.

A la mañana siguiente se hallaban los dos ejércitos en la misma posicion que el dia antes. En frente de Vandamme estaban los coaligados con su izquierda, compuesta de los rusos, muy cerca de las montañas; su centro, formado tambien por los rusos, delante de Priesten y frente por frente de Kulma, y su derecha, compuesta por los austriacos y la caballería de los coaligados, en las praderas de Karbitz. Dispuestos se mostraban á tomar la ofensiva para proteger el paso de Kleist por las montañas, ocupando fuertemente á los franceses; pero ignoraban por qué camino aspiraria á salir éste del abismo en que estaba amenazado. A Vandamme le suponian treinta mil hombres á lo sumo, mientras tenia cuarenta mil bajo la mano. De consiguiente no podian vacilar en dar principio al ataque, y resolvieron hacerlo al punto.

Por el contrario Vandamme, habiendo descubierto mas á las claras desde la punta de la aurora la desproporcion entre sus fuerzas y las del enemigo, y esperando á cada instante la aparicion del mariscal Mortier sobre sus espaldas y la del mariscal Saint-Cir sobre su derecha, se queria limitar á la defensiva hasta la llegada de sus refuerzos. Asi se

lo envió á decir á Napoleon á las seis de la mañana. Con la orden de empujar al enemigo hasta Toeplitz, y con su carácter osado, todo lo mas que se le podia exigir era que se detuviese en Kulma. Ya no debia pensar en remontarse hasta el mismo Petersswalde, pues la posicion de Kulma era bastante fuerte para defendida por cuarenta mil hombres contra cualesquiera contrarios; y detrás, entre Kulma y Petersswalde, no habia que precaver ningun peligro, encontrandose allí Mortier y debiendo desembocar de un instante á otro. Asi la única resolucion indicada consistia en no aventurarse en la llanura para ir á Toeplitz y en mantenerse sobre Kulma.

Véase cómo el general Vandamme habia distribuido sus tropas. A su derecha, y en frente de los rusos, á la misma falda del Geversberg tenia nueve batallones de la division de Mouton-Duvernet, y algo á la espalda, pero tirando hácia el centro, la division de Philippon con catorce batallones. Sobrado fuerte era por tanto á esta parte de las montañas, de donde sin cesar descendian columnas enemigas a cada instante. En el centro y delante de Kulma, fuente por frente de Priesten, tenia la brigada de Quyot de la division de Teste, y algo detrás la brigada de Reuss. Detras de Kulma tenia la brigada de Doucet de la division de Dumonceau, y á la izquierda, hácia las praderas, la brigada de Dunesme, perteneciente asimismo á la division de Dumonceau, para servir de apoyo á la caballería. Finalmente, el general Kreutzer, con el resto de la division de Mouton-Duvernet, fué enviado á Aussig, bastante lejos hácia la espalda, para guardar el paso del Elba, conforme á las órdenes de Napoleon. Asi, con veinte y tres batallones á su derecha y á lo largo de las montañas, con diez y ocho en el centro, con siete ú ocho a la izquierda, sosteniendo á veinte y cinco escuadrones alineados en la llanura, y finalmente, con una artillería formidable, se debia creer seguro, especialmente hallandose junto á la calzada de Petersswalde, de donde se lisonjeaba que desembocara Mortier de momento en momento, De consiguiente estaba con el espíritu exento de zozobra, y sin embargo, muchos corazones experimentaban siniestros presentimientos, sin que se supiera la causa. A las ocho rompieron el fuego los tiradores enemigos, y los nuestros contestaron al punto, si bien nada auguraba todavía un sério lance. Muy pronto vióse hácia nuestra izquierda á los ginetes rusos del general Knorring cruzar una cumbre que dominaba las praderas, y luego caer sobre una batería montada, que estaba algo delante de nuestra línea de caballería. Tres piezas nos fueron arrebatadas, y fué sumamente maltratado un batallon del regimiento 13.º de ligeros que trató de defenderlas. Entonces la brigada de caballería ligera del general Heinrodt, guiada por el intrépido Corbineau, cargó y repelió á los coraceros rusos. Pero, desplegándose en su apoyo los batallones de la infantería austriaca de Colloredo, se vieron obligados los cazadores del general Heinrodt á replegarse. Herido en la cabeza el general Corbineau tuvo que abandonar el campo de batalla.

Entonces Vandamme sacó del centro la brigada de Quyot, y llevóla á la izquierda para servir de sosten á la brigada de Dunesme y á nuestra caballería. Apenas llegaba por la izquierda á la llanura,

fué asaltada por toda la caballería de Knorring. El general Quyot formó esta valiente brigada, que constaba de seis batallones, en seis cuadros, y durante mas de una hora sostuvo sin moverse todos los asaltos de la caballería enemiga. Habiendo querido esta rebasar nuestros cuadros y acercarse á Kulma, cargóla á su turno la brigada de cazadores de á caballo del general Gobrecht, y la repelió sobre la infantería austriaca. Los esfuerzos á nuestra izquierda indicaban el proyecto de conducirnos, tras de rebasarnos, á la calzada de Peterswalde, si bien hasta el presente ninguno de tales esfuerzos se había logrado, y siempre firmes en el centro y en la derecha, donde segun se veia ni aun atacarnos osaba el enemigo, al parecer no debíamos temer nada.

No obstante, á eso de las diez de la mañana, sintióse de improviso cierto tumulto á nuestras espaldas. Se oyeron detonaciones de fusil de tiradores y ruido de numerosos carros de artillería; al cabo se divisaron espesas columnas, y Vandamme lleno de júbilo creyó naturalmente que fuese Mortier, llegado de Pirna. ¡Vana ilusion y terrible desengaño! ¡Acude y reconoce el uniforme de los prusianos! ¡Era el general Kleist que llegaba por la calzada de Peterswalde! ¿Quién le pudo sacar de un espantoso peligro para lanzarle de este modo sobre nuestras espaldas? ¡Una casualidad, un movimiento feliz de desesperacion! Véase con efecto lo acontecido.

Al recibir el aviso del coronel Schoeler, comunicó el general Kleist á sus oficiales la presencia de los franceses en Kulma, y como se hallaba entre el camino de Peterswalde á la izquierda, ocupado

por Vandamme, y el camino de Altenberg á la derecha, atestado todo el dia por los rusos y por los austriacos, é interceptado por el cuerpo de Marmont en este instante, no le quedaba mas arbitrio que seguir directamente hácia adelante los senderos que conducian al respaldo de las montañas, á riesgo de encontrar á Vandamme sobre su camino. Además, teniendo al cuerpo de Saint-Cir inmediatamente á la espalda, si se paraba un momento, podia ser acometido y abrumado. Ante este triple peligro, á impulsos de un trasporte de entusiasmo, abrazaron los prusianos el partido de trepar la montaña que se alzaba delante de ellos, y abrirse paso ó morir si por este camino daban en manos de Vandamme. Sin que les siguiera Saint-Cir anduvieron toda la noche, y sobre su izquierda divisaron un camino de travesía, que, juntándose por Furtenswalde y Streckenwalde á la calzada de Peterswalde, les condujo sobre las mismas espaldas de Vandamme sanos y salvos. Viéndole asaltado de frente por cien mil hombres, y hallándose con treinta mil por lo menos sobre su espalda, entonces mismo acababan de empezar el ataque, lisonjeándose y no dudando de un prodigioso resultado.

Conservando Vandamme una rara presencia de ánimo ante esta perspectiva y despues de consultar al general Haxo, comprende que no le queda mas que un arbitrio, el de remontar la calzada de Peterswalde y atropellar á las columnas prusianas, abandonando su artillería. Nada vale tal sacrificio, si logra salvar su ejército á esta costa. Inmediatamente da las órdenes que emanan de resolucion semejante. Prescribe á la brigada de Quyot, lleva-

da á la llanura sobre la izquierda, que se repliegue, y lo mismo á la brigada de Reuss, dejada delante de Kulma: á ambas ordena que se formen en columnas cerradas para romper las filas de los prusianos, mientras la brigada de Dunesme persiste con la caballería en retener á los austriacos de Colloredo y á los rusos de Knorring en la llanura, y mientras Mouton-Duvernet y Philippon llegan á acometer á los prusianos á su turno, retrocediendo camino á lo largo de las montañas. Resuelto Vandamme á sacrificar su artillería, la pone en batería hácia el centro sobre la eminencia de Kulma, con órden de hacer de ella un uso desesperado contra los rusos. La brigada de Doucet debe sostener esta artillería el mas largo tiempo que pueda, á fin de retirarse todos juntos cuando se logre abrir calle, abandonando los cañones, si bien salvando los hombres y los caballos.

Estas órdenes son ejecutadas al punto. Las brigadas de Quyot y de Reuss abandonan el llano á la izquierda para volver á ganar la calzada de Peterswalde, mientras Philippon y Mouton-Duvernet se repliegan despacio. Ante este espectáculo prorumpen en gritos de alegría y nos siguen los sesenta batallones rusos, que tenemos delante á nuestra derecha y hácia el centro. Mouton-Duvernet y Philippon los contienen. Baltús los ametralla por el centro desde las alturas de Kulma; pero á la izquierda en el llano cae una formidable masa de enemigos sobre la valiente brigada de Dunesme, que ya queda allí sola y se defiende con bizarría. Detrás cargan violentamente á los prusianos las brigadas de Quyot y de Reuss, al procurar volver al camino de Peterswalde en columna cerrada. Este movimiento produce en las tropas del general Kleist un tropel espantoso, resultando un indescriptible conflicto, en que los hombres pelean cuerpo á cuerpo, se sofocan y se matan á cuchilladas y á bayonetazos. En el mismo instante una brigada de caballería, la de Montmaire, seguida por algunos soldados de los trenes, se lanza sobre la artillería de los prusianos, y la toma. Llevado el general Fezensac hácia este punto por Vandamme con los restos de su brigada, coadyuva al comun esfuerzo. Así se logra destrozar la primera línea de Kleist y abrir paso, y aun hay probabilidad de salvarse, si Mouton-Duvernet y Philippon, replegándose ordenadamente, pueden acudir á tiempo de contribuir á forzar la segunda línea de los prusianos. Pero sobreviene un accidente que desbarata los cálculos todos de Vandamme sin ventura. Cargada nuestra caballería á muerte sobre la izquierda del camino y rechazada sobre la derecha se precipita hácia este punto y seguida por una multitud de soldados de los trenes, que se habian separado de sus piezas. En su carrera desordenada, ginetes y artilleros se echan encima de Mouton-Duvernet y Philippon, siembran la turbacion en sus filas, y determinan con su ejemplo un movimiento general de retirada hácia los bosques. Entonces todo toma la direccion esta. Despues de acribillar el general Baltús de metralla á los rusos, se retira hácia el mismo lado con la brigada de Doucet y con sus tiros. En la llanura no queda mas que la brigada de Dunesme, acometida por todas partes y defendiéndose heróicamente, si bien sucumbe al cabo. Prisioneros ó muertos quedan parte de los soldados de esta brigada, los demás procuran ganar el asilo

de las montañas. Vandamme y Haxo con heridas, y quedando los últimos en medio del peligro, caen prisioneros. El general Kreutzer, situado en Aussig y descubriendo desde lejos la terrible refriega, abraza el partido de retirarse y se salva por milagro con algunos batallones. Excepto algunas escasas columnas, que se replie_an ordenadamente, muy pronto no se ve por donde quiera mas que una nube de hombres, escapándose cada cual segun puede, y logrando en efecto ocultarse á la vista del enemigo, merced á aquellas montañas llenas de matorrales, donde es imposible perseguirlos.

Tal fué esta desastrosa jornada de Kulma, que nos costó de cinco á seis mil hombres muertos ó heridos, siete mil prisioneros, cuarenta y ocho bocas de fuego, dos generales bajo diversos conceptos ilustres, y que, aun cuando costara seis mil hombres á los aliados, les repuso de su desastre, les devolvió la esperanza de la victoria, y borró en un instante de su mente las insignes jornadas del 26 y del 27 de agosto.

¿Qué razon cabe dar de esta singular catástrofe? ¿Cómo se explica que, rodeando tantos cuerpos franceses al ejército coaligado, hasta el punto de que uno de ellos, el de Vandamme, se encontraba ya sobre su línea de retirada, y hallándose embarazado en las gargantas del Geyersberg, y teniendo allí á uno de sus destacamentos tan encerrado que no se podia idear de que modo hallaria escape, se mudara de suerte el semblante de las cosas que el cuerpo francés, destinado á asegurar la pérdida del enemigo se perdiera, y que el autor de esta pérdida fuera cabalmente el destacamento prusiano, á quien se suponia sin recurso, y que pasara así la

victoria de unos á otros en un instante, con todas sus consecuencias militares, políticas y morales? ¿Fué culpa de Vandamme por haberse comprometido demasiado, ó de Mortier y de Saint-Cir que no le socorrieron á tiempo, ó acaso de Napoleon por haber abandonado de sobra los sucesos á sí mismos? ¿Por ventura dependia del genio militar que hubiesen desplegado los generales enemigos en esta circunstancia? Casi han respondido los hechos expuestos con toda verdad á estas preguntas, y explican por sí solos este cambio de fortuna, uno de los mas prodigiosos de cuantos menciona la historia.

Vandamme con muchos vicios equilibrados por grandes dotes, casi no tuvo culpa alguna de lo acontecido en estas jornadas. Situado desde los principios en Pirna, con el encargo especial de trasladarse á espaldas del enemigo, de contínuo debia tener la mente fija en esta sola idea. Viendo desfilar por delante muchas columnas rusas el 28 de agosto, recibió la órden formal de acosarlas con la punta de la espada, de marchar á Bohemia detrás de ellas, y de ir hasta Toeplitz para cerrar á los coaligados su principal desemboque. Sabia que le rodeaban cuerpos franceses por los flancos y por la espalda, prontos á aparecer de un instante á otro. De consiguiente dióse prisa, siguió á los rusos, y milagro fué que no avanzase hasta Toeplitz en alas de su ardimiento, pues tenia órden para efectuarlo, y estaba seguro de no alcanzar mas que en Toeplitz los grandes resultados que se prometia Napoleon de su presencia en Bohemia. Sin embargo, despues de aspirar á empujar al enemigo mas allá de Priesten, y de cometer la falta, á la verdad

muy excusable y de ninguna gravedad para el desenlace de los sucesos, de atacar sin conjunto, se supo detener en Kulma, aunque tenia á Toeplitz delante, á Toeplitz que le señalaban como blanco de sus fines sus instrucciones y su legítimo deseo. Despues de hacer alto, se estableció en una posicion muy fuerte, resguardada por todas partes, excepto por una, aquella por la cual debia llegar Mortier al terreno, y aguardó allí solicitando órdenes y socorros. ¿Qué partido podia haber abrazado? ¿Por ventura el de retrogradar á Peterswalde y á Pirna? Esto fuera abandonar su puesto y prescindir de su encargo, y contravenir no solo á la letra, sino al espíritu de sus instrucciones, pues estaba encargado de obstruir el camino á los contrarios, y se lo volviera á abrir de esta suerte. Cuanto era de ceder á la prudencia lo habia cedido absteniéndose de ir á Toeplitz y parándose en Kulma. Si en esta posicion de Kulma, de la cual tuvo el buen seso de no moverse, apareció el general Kleist en vez del mariscal Mortier sobre sus espaldas, accidente fué extraordinario, del cual no se le puede hacer responsable sin afrenta de la justicia. Respecto de lo acontecido posteriormente, Vandamme conservó toda su presencia de ánimo en el momento de la catástrofe, y adoptó lo única resolucion posible, la de retroceder camino atropellando á los prusianos, resolucion que se hizo impracticable de resultas de la inevitable confusion de una situacion de esta especie. Por tanto no habia de qué reconvenirle, y la suposicion de que se perdió por correr demasiado de prisa detrás del baston de mariscal, que merecia mas que otros por sus servicios militares y no desmerecia á pesar de sus violencias, es una calumnia contra un desventurado mas digno de lástima que de censura.

Si Vandamme no fué culpable, si toda su desgracia provino de que en lugar de un cuerpo francés apareció un cuerpo prusiano sobre sus espaldas ¿habrá que acusar á los diversos gefes de las tropas francesas que pudieran haber concurrido, y especialmente al mariscal Mortier y al mariscal Saint-Cir, únicos que se hallaban al alcance de Kulma? Establecido en Pirna el mariscal Mortier, y bajo la alternativa de ser llamado de nuevo á Dresde ó impelido á Toeplitz, se debia mantener entre ambos puntos, y con mas espontaneidad y vigilancia pudiera acudir en persona al socorro de Vandamme. Pero, atento á la estricta observancia de sus deberes, destinado á ser dirigido á una de las dos partes, natural era que aguardara en inmovilidad completa la expresion de la voluntad de Napoleon, y en cuanto á la órden terminante de auxiliar á Vandamme con dos divisiones, hay que decir que no llegó á sus manos sino en el curso del dia 30, esto es, cuando la catástrofe se hallaba ya consumada. Por tanto lo de increpar á este mariscal es absoluta imposible.

Lo propio se deseara poder manifestar respecto del mariscal Saint-Cir; pero es el que se encuentra mas sujeto á cargos, y en su favor se pueden alegar muy pocas excusas. Encaminado directamente detrás de Kleist, debiera estar de continuo sobre su huella, no perderle de vista un instante, y si llenara deber tan positivo, siguiendo al general Kleist la pista, á la hora en que éste cargara sobre Vandamme, viera caer á su turno un cuerpo francés sobre sus espaldas, y probablemente quedara

prisionero y destruido, en lugar de contribuir á aprisionar y á destruir á Vandamme. Por desgracia el mariscal Saint-Cir, espíritu díscolo aunque eminente, no mostrando zelo mas que respecto de las operaciones de que se hallaba directamente encargado; no sabiendo fuera del fuego mas que criticar á sus vecinos y á su soberano; complaciéndose en todas ocasiones en rebuscar dificultades en vez de aspirar á vencerlas, invirtió en trasladarse á Maxen todo el dia 28, no avanzó el 29 mas que hasta Reinhards-Grimme, no anduvo en jornada tan decisiva para la persecucion mas que legua y media, empleó este preciosísimo tiempo en consultar al estado mayor acerca de si debia ir detrás de Marmont por el camino de Altenberg, é ínterin le llegaba la órden terminante de perseguir de muerte al enemigo en todas direcciones, dejaba que desapareciera Kleist y se encaminara sobre las espaldas de Vandamme. Cuando al dia siguiente 30 recibia la órden de unirse por un camino lateral á este caudillo, órden tan indicada que á la simple vista del mapa se la enviaba Berthier desde Dresde, se movia al cabo, y por el camino que habia conducido á Kleist sobre las espaldas de Vandamme y que debiera llevarle sobre las espaldas de Kleist, asomaba para oir el cañon que anunciaba nuestro desastre. Asi perdió todo el dia 29 en murmurar y en lamentarse de no tener órden alguna, cuando existia la constante y muy suficiente de seguir al enemigo sin tregua (1).

(1) Aunque no soy dado á prestar asenso á los juicios malévolos, que emiten unos contemporáneos sobre otros, y aunque desconfio particularmente de los del duque de Ragusa, ligeros por lo comun y rigorosos, despues de estudiar bien los hechos y de leer las órdenes y las correspondencias, no se puede menos de reconocer por casi justo el que pronunció sobre la conducta del mariscal Saint-Cir en esta coyuntura. Duele hallar en falta á un hombre tan distinguido, pero se debe la verdad á todo el mundo, y necesario es saberse resignar á decirla sobre este personage, cuando no se calla sobre hombres de la altura de Moreau, de Masena y de Napoleon en la presente historia.

No es el mariscal Marmont el único en juzgar severamente la conducta del mariscal Saint-Cir en tal circunstancia. En una relacion aun manuscrita, y digna de la que hizo sobre el año de 1812, emitió el general Fezensac en términos muy templados, si bien muy positivos, igual juicio que el mariscal Marmont sobre el papel representado por los diversos actores del suceso de Kulma. Con efecto, son tan patentes los hechos, que no hay posibilidad de interpretarlos de dos modos. No pereció el general Vandamme de resultas de avanzar demasiado, pues tenia órden de ir á Toeplitz y se detuvo en Kulma. Allí, con cincuenta y dos batallones era invencible, y lo continuara siendo á no caer treinta mil prusianos sobre su espalda. ¿Quién se hallaba encargado de perseguir á estos prusianos? No Mortier, que estaba á la izquierda de Pirna y con órden de permanecer en este punto; no Marmont, que estaba á la derecha sobre el camino de Altenberg y con órden de perseverar allí fijo, sino al mariscal Saint-Cir, que se hallaba entre el uno y el otro, con órden de perseguir á los enemigos sin tregua y en todas direcciones, segun por las reiteradas instrucciones de Napoleon le estaba prescripto. Ahora bien, el 28 se detuvo en Maxen, lo cual en rigor podia concebirse. Pero el 29 lo empleó en andar legua y media, y envió á indagar si deberia seguir á

Por su parte el mariscal Marmont empujó al enemigo tan vivamente como pudo, y aun sostuvo muchos combates venturosos, pero se hallaba harto lejos de Vandamme para ir en su ayuda. Situado completamente á la derecha, no podia tener as-

piraciones de cruzar las montañas antes que Saint-Cir, sin exponerse á caer solo enmedio de los contrarios como en el fondo de un abismo. De consiguiente no habia por que dirigirle ningun cargo. Murat se hallaba en la imposibilidad de ejercer el

Marmont, á quien acababa de encontrar sobre su derecha. Admitiendo que necesitara de este dato, mientras lo recibia, su principal deber era no perder la pista del enemigo, y no dejarle la libertad de que tan fatalmente hizo uso para abrumar á Vandamme. Cuando al dia siguiente le llegaba la órden, dictada per el mas simple buen sentido, de procurar unirse á Vandamme mas bien que seguir á Marmont, ya no era tiempo y Vandamme se hallaba derrotado. Sin la mala voluntad de que se ha acusado en otras épocas al mariscal Saint-Cir, y por el solo hecho de la suspension de su marcha el dia 29, fué autor sin duda involuntario, bien que visible del desastre de Vandamme. Aun creyendo indispensable pedir al estado mayor que le iluminara, no debió detenerse, y á su raro talento y á su consumada experiencia no se podia ocultar que, interin enviaba á buscar una órden, se salvaria el enemigo, y aun si el enemigo no hiciera mas que salvarse, débil fuera la trascendencia del perjuicio; pero, al ponerse en salvo, destruyó á Vandamme y el destino de la campaña. Con suma pena se halla en falta á un personage histórico tan noble como el mariscal Saint-Cir; pero la historia no debe ser una lisonja para los vivos, ni para los muertos. Solo está obligada á ser verídica sin malevolencia y sin debilidad.

Aquí insertamos algunas cartas extractadas de la correspondencia de Napoleon y del mayor general Berthier:

El emperador al mayor general.

»Dresde 27 de agosto de 1813 á las siete y media de la tarde.

«....Enviad á reconocer positivamente la situacion del

mas leve influjo sobre el deplorable suceso consumado en Kulma, pues corria por el camino real de Freyberg con sus escuadrones.

Finalmente queda entre el número de los actores responsable de esta catástrofe el mismo Napo-

mariscal Saint-Cir. Manifestadle mi disgusto por no haber tenido noticias suyas en toda la mañana: debiera haberme enviado un oficial de hora en hora para enterarme de lo que pasaba.»

Al mayor general.

«Delante de Dresde, 28 de agosto.

«Dad órden al mariscal Saint-Cir para que marche sobre Dohna. Se situará sobre la altura, y seguirá la retirada por las cumbres entre Dohna y el llano. El duque de Treviso seguirá sobre el camino real. Inmediatamente que la incorporacion con el general Vandamme se efectue, continuará el mariscal Saint-Cir su camino para trasladarse con su cuerpo y el del general Vandamme hácia Gieshubel, y el duque de Treviso tomará posicion sobre Pirna. Por lo demás, yo iré allá tan luego como sepa que el movimiento se ha comenzado.»

Al mayor general.

»Dresde 29 de agosto de 1813 á las cinco y media de la mañana.

«Dad órden al rey de Nápoles para que se traslade á Frouenstein y caiga sobre los flancos y la espalda del enemigo, y junte á este fin su infantería, su caballería y su artillería.—*Dad órden al duque de Ragusa para que siga al enemigo sobre Dippoldiswalde y en cuantas direcciones haya tomado.—Dad órden al mariscal Saint-Cir para que siga al enemigo sobre Maxen y en cuantas direcciones haya tomado.*—Instruid á estos tres generales de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leon, que, presente sobre el terreno y observando sin reposo á sus lugartenientes, pudo hacerles convergir sobre el punto comun, y con su presencia alcanzara de cierto lo que preveia y esperaba con fundamento. Mas fué apartado el dia 28 de este gran deber por las noticias que le llegaron de los

su posicion respectiva, para que sepan que se sostienen mútuamente.»

Al rey de Nápoles.

«Dresde 29 de agosto de 1813 á las cinco de la tarde.

«Hoy 29 á las seis de la mañana ha atacado el general Vandamme al príncipe de Wurttemberg cerca de Hollendorf; le ha cogido mil quinientos prisioneros, cuatro cañones y le ha batido y rechazado; todos eran rusos. El general Vandamme marcha sobre Toeplitz con todo su cuerpo. Ha sido muerto el general príncipe de Reuss, que mandaba una de nuestras brigadas.—Os escribo esto para vuestro gobierno. El general Vandamme me envia á decir que cunde el espanto entre el ejército ruso »

El mayor general al mariscal Gouvion Saint-Cir.

«Dresde 30 de agosto de 1813.

»Señor Mariscal.

«He recibido vuestra carta fechada en Reinhand-Grimme, por la cual me participais que estais detrás del 6.° cuerpo. En semejante estado de cosas la intencion de S. M. es que apoyeis al 6.° cuerpo, si bien seria preferible que pudierais hallar un camino sobre la izquierda, entre el duque de Ragusa y el cuerpo del general Vandamme, que ha alcanzado grandes triunfos sobre el enemigo, y le ha hecho dos mil prisioneros.»

alrededores de Lowenberg y de Berlin, y tambien, fuerza es decirlo, por la confianza de que, con las órdenes expedidas, se hallaban suficientemente preparados y asegurados los resultados apetecidos. Con efecto ochenta mil hombres á las órdenes de Saint-Cir, de Marmont y de Murat, empujando á los coaligados hacia las montañas, y cuarenta mil hombres á las órdenes del general Vandamme y destinados á recibirlos sobre el respaldo, formaban un conjunto de precauciones tan completas como las que siempre habia tomado para asegurar las consecuencias de sus victorias. Si los coaligados fueran tan fáciles de desconcertar cual nuestros enemigos en otros dias, si se mostrasen menos obstinados en la pelea, y menos prontos á recobrar la confianza, en vez de inspirarles Vandamme la idea de detenerse, los cogiera como á rebaños fugitivos delante de un animal ansioso de devorarlos. Remontándose Napoleon á lo pasado, creyó ó hubo de creer que ya habia hecho de sobra para proporcionarse los mas insignes triunfos. Por desgracia habian cambiado los tiempos, y para consumar la ruina del grande ejército de Bohemia, no sobrara con que Napoleon vigilara hasta el último instante el cumplimiento de sus designios. En cualquiera otra circunstancia no dejara de hallarse al lado de Vandamme con toda su Guardia, de llevar de la mano á Saint-Cir y á Marmont, y de proseguir la victoria hasta que diera de sí todo el fruto. Pero se hallaba distraido, trasladado mentalmente y con violencia á otra parte, no como tantos otros héroes por el deseo de la molicie y de los deleites, sino por la pasion habitual de su vida, por la pasion de alcanzar á un mismo tiempo todos los resultados, á

las veces los mas contradictorios y opuestos. Berlin y Danzick, como Moscou un año antes, eran los prismas engañosos que extraviaban á la sazon su genio. Por herir en Berlin á la Prusia y á la Alemania, por tener siempre fundamento para decir que su predominio se extendia desde el golfo de Tarento hasta el Vístula, abrigó desde los principios de esta campaña la idea de enviar á Berlin un cuerpo de sus tropas, de conservar una guarnicion en Danzick, y en obsequio de esta idea dejó, segun se ha visto, que se introdujera en la profunda combinacion de su plan de campaña un vicio oculto, el de ensanchar singularmente el círculo de sus operaciones, cuyo centro se hallaba en Dresde, de situar á Macdonald en Lowenberg en vez de situarle en Bautzen, de dirigir á Oudinot á Berlin en vez de establecerle en Wittenberg, gran falta que le impedia acudir á tiempo adonde quiera que se necesitara de su persona, para dar cima a sus propios triunfos y reparar los desastres de sus lugartenientes. Produciendo de continuo la misma causa iguales efectos, al saber una desgracia sufrida por Macdonald, quiso auxiarle lo mas pronto posible; tambien quiso guiar personalmente el ejército de Oudinot á Berlin, y alejándose por este doble motivo de Pirna y de Kulma, donde debiera estar en persona con su Guardia, dejó por rematar sus mas importantes victorias, para ir en pos de otras nuevas, y de esta suerte se expuso á malograr todos los objetos por quererlos abarcar á una misma hora. ¡Siempre se vé en los infortunios de Napoleon una misma causa, y siempre es uno el orígen de sus errores!

Y esta es la única parte de cargos que se le

pueden hacer en punto al desastre de Kulma, pues en los pormenores no cometió ninguna falta. Por lo que hace á sus enemigos, su mérito contribuyó poco al resultado; se retiraron de prisa con la idea de ir mas allá del Eger, y si hicieron alto delante de Kulma, fué improvisamente, y á la vista de un cuerpo de tropas, cuya posicion aventurada al par que alarmante para ellos, les inspiro la idea de no pasar adelante sin contenerle. Y á pesar de todo, no salieran airosos, si la casualidad mas grande, la de un cuerpo prusiano comprometido y lanzado á un acto de desesperacion para salvarse, no les proporcionara una combinacion involuntaria, imprevista y de consecuencias inmensas, combinacion cuyo mérito se ha querido atribuir al emperador Alejandro, por mas que solo se debiera al sentimiento enérgico de los prusianos, resueltos á morir ó á abrirse calle. Asi, no al genio de los coaligados, que distaban mucho de carecer de habilidad militar por otra parte, sino á la pasion patriótica que les animaba é impulsaba á airarse contra la derrota, hay que atribuir su rapidez en aprovechar la ocasion de Kulma. Otra leccion profundamente moral cabe deducir de estos prodigiosos sucesos, y es que conviene guardarse de empujar á la desesperacion á los hombres, porque, provocando tal sentimiento, se les comunican fuerzas sobrenaturales, que dan por tierra con todos los cálculos, y sobrepujan á veces al mismo poder del arte mas consumado.

Aquellos coaligados, que al abandonar el campo de batalla de Dresde, se consideraban como batidos por completo, y se preguntaban tristemente si al aspirar á vencer á Napoleon habian aco-

metido la empresa de luchar contra el destino, de pronto al aspecto de Vandamme vencido y prisionero, se juzgaron restituidos á una situacion excelente, y creyeron ver á lo menos equilibrada la balanza de la fortuna. No obstante, contando lo que les costaron las dos jornadas de Dresde, la persecucion del 28 y del 29, y la misma jornada del 30, entre muertos, heridos y prisioneros perdieron mas de cuarenta mil hombres, y despues de todo la derrota de Vandamme solo nos hacia perder entre prisioneros, heridos y muertos de doce á trece mil hombres. Pero la confianza volvió á tener cabida en su alma, se entregaron al gozo, y lejos de querer abandonar la partida y de dejar espacio á Napoleon para que fuera á herir á los ejércitos de Silesia y del Norte, se hallaban resueltos á no concederle ningun respiro y á combatirle sin tregua. Cuarenta mil hombres no se contaban por nada en aquellas inmensas hecatombes; lo era todo el sentimiento de venir á las manos con los enemigos, y lejos de ser ya el sentimiento de la derrota el de los coaligados, casi era el del triunfo. Para ellos equivalia casi á vencer el no ser vencidos, y al revés para Napoleon equivalia á no haber hecho cosa alguna el no aniquilar á sus adversarios. ¡Su salvacion habia enlazado á estas condiciones extremas y punto menos que imposibles!

Añadamos al concluir esta relacion dolorosa que el único hombre que se habia opuesto á Napoleon algun dia, Moreau, expiraba en Tann, muy cerca de su residencia. Se le cortaron las dos piernas, y sufrió esta operacion con un valor sosegado, que era su cualidad distintiva. No obstante, habia padecido horriblemente. Trasladado en hombros de

soldados enemigos de su patria, hizo una travesía de veinte leguas, aquejándole crueles dolores. Del otro lado de las montañas acudieron todos los soberanos, el rey de Prusia, el emperador de Austria, el emperador Alejandro, en torno de su lecho de muerte, y le prodigaron muestras de estimacion y de sentimiento. Los personages mas ilustres, monsieur de Metternich, el príncipe de Schwarzemberg, los generales de la coalicion, le visitaron á su turno. Alejandro le tuvo largo tiempo estrechado en sus brazos, á causa de haber concebido una verdadera amistad hácia su persona. Embarazado mas bien que envanecido por tales demostraciones, Moreau, cuya alma extraviada un instante fué siempre honrada, preguntándose á sí propio sobre el mérito de su conducta, decia de contínuo.—¡A pesar de todo no soy delincuente! ¡Yo no queria mas que el bien de mi patria!... ¡Yo queria arrancarla de un yugo humillante!.—Asi mientras se rodeaba su agonía de respetos, ocupado en otra cosa, se examinaba, se juzgaba ante el tribunal de su propia conciencia, y no tenia descanso sino cuando lograba hallar excusas para una conducta que le valia tan señaladas distinciones. Otro grito se le escapó á menudo, y fué el siguiente.—¡Ese Bonaparte es siempre afortunado!—Pronunció esta frase en el momento de darle la bala, y repitióla frecuentemente antes de exhalar el postrer suspiro... ¡Bonaparte afortunado!... Lo habia sido y podia parecerlo á los ojos de un rival moribundo, pero muy pronto iba á fallar la Providencia sobre su propia suerte, y á condenarle á un fin mas triste quizá que el de Moreau, si hay fin mas triste que el de expirar en las filas de los enemigos de su pa-

tria. ¡Funestas ilusiones del odio! Se envidia, se aborrece, se persigue, creyendo feliz al enemigo á quien se detesta, al par que, doblada la cabeza bajo el peso de la vida, todos caminan por entre los mismos dolores ó desventuras casi iguales. ¡Se envidiarian menos los hombres si supieran cuán análoga es á menudo su fortuna bajo apariencias diferentes, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirian en comun para sostener su peso agoviante!

LIBRO CINCUENTA.

Leipsick y Hanau.

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlin durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde.—Fuerzas é instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleon del Bober sobre el Elba.—Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, habia movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto.—Lanzándose el general Blucher sobre la division de Charpentier y la caballería de Sebastiani, destrozólas sobre la meseta de Janowitz.—Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrental de muchos dias lo hizo casi desastroso.—Captura y destruccion de la division de Puthod.—El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres.—Su movimiento retrógrado sobre el Bober.—Sucesos hácia la parte de Berlin.—Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.° 7.° y 12.°—Composicion y fuerza de estos cuerpos.—Ejército del príncipe real de Suecia.—Llegada delante de Trebbin.—Primeras posiciones del enemigo tomadas en los dias 21 y 22 de agosto.—Aislamiento en el dia 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.° cuerpo en Gross-Beeren.—Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg.—Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados.—La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleon se volviera de Pirna á Dresde el 28 de agosto y apartara su atencion de Kulma.—No sabiendo aun lo acontecido á Vandamme, habia formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania.—Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto.—Obligado Napoleon á restringir sus miras al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tria. ¡Funestas ilusiones del odio! Se envidia, se aborrece, se persigue, creyendo feliz al enemigo á quien se detesta, al par que, doblada la cabeza bajo el peso de la vida, todos caminan por entre los mismos dolores ó desventuras casi iguales. ¡Se envidiarian menos los hombres si supieran cuán análoga es á menudo su fortuna bajo apariencias diferentes, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirian en comun para sostener su peso agoviante!

LIBRO CINCUENTA.

Leipsick y Hanau.

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlin durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde.—Fuerzas é instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleon del Bober sobre el Elba.—Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, habia movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto.—Lanzándose el general Blucher sobre la division de Charpentier y la caballería de Sebastiani, destrozólas sobre la meseta de Janowitz.—Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrental de muchos dias lo hizo casi desastroso.—Captura y destruccion de la division de Puthod.—El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres.—Su movimiento retrógrado sobre el Bober.—Sucesos hácia la parte de Berlin.—Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.° 7.° y 12.°—Composicion y fuerza de estos cuerpos.—Ejército del príncipe real de Suecia.—Llegada delante de Trebbin.—Primeras posiciones del enemigo tomadas en los dias 21 y 22 de agosto.—Aislamiento en el dia 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.° cuerpo en Gross-Beeren.—Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg.—Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados.—La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleon se volviera de Pirna á Dresde el 28 de agosto y apartara su atencion de Kulma.—No sabiendo aun lo acontecido á Vandamme, habia formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania.—Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto.—Obligado Napoleon á restringir sus miras al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saber el desastre de Kulma, reorganiza el cuerpo de Vandamme y confia el mando al conde de Lobau, y envia al mariscal Ney para que reemplace al mariscal Oudinot á la cabeza de los tres cuerpos retirados á Wittemberg, y se propone establecerse con sus reservas en Hoyerswerda, á fin de empujar por un lado al mariscal Ney sobre Berlin y de tomar por otro una posicion amenazadora sobre el flanco del general Blucher.—Partida de la Guardia hácia Hoyerswerda.—Noticias inquietadoras de Macdonald, que apartan una vez mas á Napoleon de la ejecucion de su último proyecto, y le obligan á trasladarse á Bautzen sin demora.—Llegada de Napoleon á Bautzen el 4 de setiembre.—Pronta retirada de Blucher durante los dias 4 y 5 de setiembre.—No bien Napoleon ha restablecido al mariscal Macdonald sobre el Neisse, se ve en la necesidad de volver á Dresde por consecuencia de la segunda aparicion del ejército de Bohemia sobre la calzada de Peterswalde.—Su entrevista con el mariscal Saint-Cir el dia 7 en las avanzadas.—Proyecto para el 8 de setiembre.—En este intérvalo recibe Napoleon la noticia de una nueva desgracia acontecida sobre el camino de Berlin.—Habiendo llegado al mariscal Ney una órden para trasladarse á Baruth, hubo de hacer el 5 de setiembre un movimiento de flanco delante del enemigo con los cuerpos 4.°, 7.° y 12.°—Este movimiento, feliz el 5, no se logra el 6 y produce la desgraciada batalla de Dennewitz.—Retirada el 7 de setiembre sobre Torgau.—Desbandamiento de parte de los sajones.—Napoleon recibe esta noticia con calma, pero empieza á concebir inquietudes acerca de su situacion.—Aviso indirecto, dado por conducto de Mr. de Basano al ministro de la Guerra, para que las plazas del Rhin sean armadas y abastecidas.—A tenor del plan acordado con el mariscal Saint-Cir el dia 7, Napoleon empuja vivamente el dia 8 á los prusianos y á los rusos, á fin de repelerlos á Bohemia.—Por consejo del mariscal Saint-Cir se sigue el 9 y el 10 el camino viejo de Bohemia, el de Furstenwalde, por el cual se tiene esperanza de rebasar al enemigo.—La imposibilidad de que pase la artillería por el Geyersberg estorba dar cima al movimiento proyectado.—Ignorando que en este momento se hallan separados los austriacos de los prusiacos y los rusos, y estrechado á reparar los desastres de sus lugartenientes, se detiene Napoleon y torna á Dresde.—Evidencia del plan de los coaligados, consistentes en correr sobre los ejércitos franceses tan luego como Napoleon se aleja, y en retirarse cuando acude, en cansar de este modo sus tropas, con el fin de envolverle mas tarde y de abrumarle cuando se le juzgue suficientemente debilitado.—Deplorable realizacion de estas miras.—De trescientos sesenta mil quedan reducidos á doscientos cincuenta mil hombres las fuerzas de Napoleon en tropas activas sobre el Elba.—Considerando tal estado de cosas, estrecha Napoleon el círculo de sus operaciones, trae á Macdonald con los cuerpos 3.°, 5.°, 8.° y 11.°, cerca de Dresde, establece al conde de Lobau y al mariscal Saint-Cir sobre el campo de Pirna, detrás de excelentes obras de campaña, á fin

de que ya no pueda jugar el enemigo con sus apariciones por el camino de Peterswalde, envia un fuerte destacamento de caballería á sus espaldas, para dispersar las tropas de los partidarios, reorganiza el cuerpo de Ney junto al Elba, sitúa al mariscal Marmont y á Murat en Grossenhayn para proteger el arribo de sus provisiones y se concentra en Dresde con toda la Guardia, de manera de no ponerse ya en movimiento á consecuencia de vanas demostraciones del enemigo.—Tercera aparicion de los prusianos y de los rusos sobre Peterswalde.—No estando concluidas las obras mandadas ejecutar entre Pirna, Gieshubel y Dohna, se ve Napoleon obligado de nuevo á acudir al camino de Peterswalde para repeler al enemigo hácia Bohemia.—Pronta retirada de los coaligados.—Vuelta de Napoleon á Pirna y sus desvelos por asentar bien su posicion, con el fin de no agotarse en correrías infructuosas.—Su resolucion de establecerse sobre el Elba, de Dresde á Hamburgo, durante el invierno.—Proyectos del enemigo.—Hallándose Napoleon estrechado por todas partes sobre el Elba y aproximándose el invierno, piensan los soberanos aliados en poner término á la guerra con una tentativa decisiva á espaldas de la posicion que ocupamos.—Blucher hace prevalecer la idea de emplear en Bohemia la reserva del general Benningsen, y de que, reforzado de este modo, baje hácia Leipsick el grande ejército de los aliados, mientras va él en persona á juntarse á Bernadotte, á pasar unidos el Elba por las cercanías de Wittemberg y á subir hácia Leipsick con los ejércitos del Norte y de Silesia.—Primeros movimientos para llevar á cabo este designio.—Napoleon descubre al punto la intencion de sus adversarios, y hace que todas sus tropas vuelvan á pasar á la izquierda del Elba.—No deja mas que á Macdonald con el cuerpo 11.° á la derecha de este rio, encamina á Marmont y á Souham, al uno por Leipsick y al otro por Meissen, hacia el bajo Elba, á fin de apoyar á Ney, y envia á Lauriston y á Poniatowski por el camino de Praga á Leipsick para sostener á Victor contra el ejército de Bohemia.—Espera de algunos dias con el objeto de que se marquen mas á las claras los proyectos del enemigo.—Habiendo desaparecido Blucher para juntarse á Bernadotte y pasar el Elba por Wurtenburgo, Napoleon sale de Dresde el 7 de octubre con Macdonald y la Guardia, y baja hácia Wittenberg con el designio de batir á Blucher y á Bernadotte ante todo, y de marchar despues contra el gran ejército de Bohemia.—Excelente y profunda concepcion de Napoleon enderezada á arrollar á Blucher y á Bernadotte sobre Berlin y á sorprender de seguida á Schwarzemberg, remontando la orilla derecha del Elba, para repasar este rio por Torgau ó Dresde.—Movimiento pronunciado de Blucher y de Bernadotte sobre Leipsick, que cambia todos los proyectos de Napoleon.—Viendo éste á los aliados juntarse sobre Leipsick en masa, se apresura á tomarles allí la delantera, para interponerse é impedir que se junten unos á otros.—Vuelta del grande ejército francés sobre Leipsick.—Terrible batalla, la mas grande del siglo y probablemente de los siglos, dada bajo

los muros de Leipsick durante tres dias.—Retirada de Napoleon sobre Lutzen.—Explosion del puente de Leipsick, que produce la destruccion ó el cautiverio de una parte del ejército francés.—Muerte de Poniatowski.—Marcha sobre Erfurt.—Defeccion de Baviera y llegada del ejército austro-bávaro á las cercanías de Hanau.—Movimiento acelerado del ejército francés, y batalla de Hanau.—Humillacion del ejército austro-bávaro.—Vuelta de los franceses sobre el Rhin.—Su estado deplorable al llegar á Maguncia.—Operaciones del mariscal Saint-Cir junto al Elba.—Triste capitulacion de Dresde.—Situacion, fuerzas, conducta heróica é infortunios de las guarniciones francesas, inútilmente dejadas sobre el Vistula, el Oder y el Elba.—Carácter de la campaña de 1813.—Espantosos augurios que se pueden sacar de ella.

Junto al Katzbach en Silesia, y hácia Gross-Beeren en Brandeburgo habian pasado los graves y poco previstos sucesos que, llamando la atencion de Napoleon de pronto, le apartaron de Kulma. Una especie de desastre acababa de sufrir el mariscal Macdonald, dejado por Napoleon en persecucion de Blucher, y llevado fué el mariscal Oudinot bajo el cañon de Wittenberg á consecuencia de un combate desgraciado, cuando Napoleon le creia próximo á entrar en la capital de Prusia. Conviene saber cómo habian ocurrido estos sucesos, para formarse idea exacta de la situacion, y comprender las combinaciones que habian absorbido á Napoleon durante los dias 28, 29 y 30 de agosto, impidiéndole correr al lado del infeliz Vandamme con todas sus reservas.

Despues de repeler Napoleon del Bober al Katzbach al ejército de Silesia, dejó al mariscal Macdonald para continuar la persecucion el tercer cuerpo, fuerte de veinte y cinco mil hombres y mandado por el general Souham desde la partida del

mariscal Ney, el 5.º cuerpo, fuerte de veinte mil hombres, y puesto siempre bajo las órdenes del general Lauriston, finalmente el cuerpo 11.º, fuerte de diez y ocho mil hombres, y confiado al general Gerard, desde que el mariscal Macdonald tenia el mando superior de los tres cuerpos reunidos. A esta masa de infantes habia que añadir la caballería del general Sebastiani, que podia presentar una reserva de cinco á seis mil caballos y que era independiente de los destacamentos de caballería ligera agregados á cada cuerpo de tropas. Asi el total se elevaba á setenta mil hombres, sin contar los diez ú once mil polacos del príncipe Poniatowski, apostados en la frontera de Bohemia detrás y á la derecha del mariscal Macdonald, para guardar la avenida de Zittau. Por instrucciones habia dado Napoleon al mariscal Macdonald que rechazara á Blucher sobre el Bober, entre Lowenberg y Buntzlau, de manera de tener al ejército de Silesia alejado de Dresde, y de impedir que enviara destacamentos á Berlin el ejército de Bohemia. Napoleon no dudaba que Macdonald desempeñaria perfectamente su tarea con ochenta mil hombres victoriosos. Tampoco el mariscal abrigaba la menor duda sobre este punto, y prosiguió avanzando contra el general Blucher en ademan atrevido

Un incidente poco importante á primera vista introdujo desde los principios una funesta mudanza en esta situacion al parecer tan ventajosa. Al partir Napoleon dirigió al mariscal Ney la órden de seguirle á Dresde; pero no especificando bastante á las claras que se trataba de la persona del mariscal Ney y no de sus tropas, fué dirigido por el ca-

mino de Dresde el tercer cuerpo, apareciendo que el ejército francés por su ala izquierda emprendia la retirada. Impaciente asi por carácter como por posicion de volver á tomar la ofensiva, infirio Blucher del movimiento retrógrado de una pórcion de nuestra línea que no estaba allí Napoleon, y que convenia tornar contra el ejército francés privado de su presencia y tambien probablemente de algunas de las fuerzas que habia desplegado un momento. Por su parte Macdonald quiso restituir á sus tropas la actitud que acababan de tomar, y siguió adelante sin hacer gran caso de las circunstancias. De esta doble disposicion debia resultar un choque violento é inmediato.

Habiendo hecho desde luego el tercer cuerpo del general Souham una marcha á retaguardia y despues otra á vanguardia, con el objeto de volver á Liegnitz, dejó en este inútil movimiento algunos hombres por los caminos. De regreso estaba en su primera posicion el 25 de agosto por la noche. No se habia movido de Goldberg el 11.º cuerpo del general Gerard que formaba el centro, y tampoco habia abandonado el general Lauriston su puesto con el cuerpo 5.º que formaba la derecha. Teniendo el mariscal Macdonald toda su gente en línea, determinó trasladarse desde el dia siguiente 26 sobre Jauer, punto que debia ocupar á tenor de sus instrucciones. Aun cuando Napoleon no quisiera establecer mas allá del Bober su ejército de Silesia, deseaba que tuviera sus avanzadas junto al Katzbach, desde Jauer hasta Liegnitz, á fin de vivir mas holgadamente y de interceptar mas á golpe seguro á todo destacamento enviado de Bohemia á la capital de Prusia.

Véase cómo el mariscal Macdonal procedió en la ejecucion de su movimiento. Aunque en Goldberg se hallara sobre uno de los brazos del Katzbach, y por consiguiente á bastante distancia del Bober, tenia sobre su derecha un punto de este rio ocupado por los contrarios, el de Hirschberg en las montañas. Del 11.º cuerpo destacó una division, la del general Ledru, con la órden de que remontara el Bober hácia nuestro lado, esto es, por la izquierda, mientras la division de Puthod del cuerpo de Lauriston lo remontara por la derecha, de modo de sorprender á Hirschberg por la una y la otra. Interin se operaba este movimiento sobre nuestra extrema derecha y completamente en las montañas, abrazó el mariscal Macdonald el partido de marchar sobre el Jauer en persona con los cuerpos de Gerard y de Lauriston, disminuidos en una division cada uno. Para llegar á Jauer no tenia que atravesar ningun raudal importante, si bien necesitaba trasponer algunos barrancos mas ó menos hondos, sobre los cuales podia encontrar fuerte al enemigo. Se lisonjeaba Macdonald de desembozcarle, ya por un ataque directo de los generales Lauriston y Gerard sobre el mismo Jauer, ya por un movimiento lateral de los generales Souham y Sebastiani sobre Liegnitz.

Efectivamente, previno al general Souham que partiera de Liegnitz con el tercer cuerpo, y tomara el camino de esta ciudad á Jauer, que viene á caer sobre el mismo flanco de esta poblacion, cruzando la meseta de Janowitz. Esperaba que veinte y cinco mil hombres atacando de flanco al enemigo, le quitarian hasta la idea de resistir al ataque de frente que ejecutaran los generales Lauriston y

Gerard en su contra. Desgraciadamente habia inmensa distancia entre el camino que iba á seguir el general Souham sobre la meseta de Janowitz y el que tenian que recorrer los generales Lauriston y Gerard para marchar sobre Jauer en derechura. El general Gerard, que de los dos era el que se hallaba menos lejos, debia remontar la profunda quebrada del Wutten-Neiss, pequeño rio torrentoso, que desde Jauer va á desagüar en el Katzbach, rodeando la meseta de Janowitz. Para establecer algun enlace entre las dos principales masas de sus fuerzas, señaló el mariscal Macdonald al general Sebastiani un camino intermedio, el de Kuntzlau á Jauer, que siguiendo al principio la quebrada del Wutten-Neiss, y cruzando despues este rio, desemboca sobre la meseta de Janowitz. Todas las órdenes fueron expedidas para que se ejecutasen el 26 por la mañana sin retardo.

Una lluvia tempestuosa, que habia durado toda la noche, hizo salir todos los rios de madre, y casi quedaron impracticables los caminos. Anhelante el mariscal Macdonald por volver á tomar la ofensiva, no paró la consideracion en el mal tiempo, y exigió que sus órdenes fueran cumplidas. Mientras las divisiones de Ledru y de Puthod remontaban las dos orillas del Bober hasta Hirschberg, los cuerpos de Lauriston y de Gerard marchaban sobre Jauer, bajando y subiendo alternativamente los bordes de los barrancos que habia que trasponer para llegar á esta pequeña ciudad. No obstante las dificultades que les oponia la lluvia, desalojando nuestros ágiles tiradores á los del enemigo, les obligaron á replegarse por todas partes. No se presentaron tan faciles las cosas hácia la izquierda.

Despues de ponerse en camino el general Sebastiani algo tarde, aun no se hallaba á la entrada de la quebrada del Wutten Neiss, cuando el general Gerard habia penetrado en ella y cuando el general Lauriston, que marchaba paralelamente á este, ya iba muy adelante. Por su parte el general Souham, encontrando en Liegnitz al Katzbach desbordado, buscó un paso mas arriba y asi fué á tomar el mismo camino que el general Sebastiani. Durante algun tiempo estuvieron de veinte y tres á veinte y cuatro mil infantes y de cinco á seis mil caballos con cien bocas de fuego sumidos en una quebrada profunda, hasta que, trepando por su borde, pudieran desembocar sobre la meseta de Janowitz. En este instante, practicando un reconocimiento bajo esta meseta la caballeria prusiana, y no divisando á nuestras tropas, avanzó mucho por la quebrada del Wutten-Neiss. Mientras el general Gerard caminaba por la orilla opuesta de este rio, descubrió los escuadrones prusianos, que ya habian rebasado su izquierda, é hizo que se les disparase por la espalda. Causa fué la no interrumpida lluvia de que apenas salieran cuarenta tiros; pero bastaron para advertir á los escuadrones prusianos del mal paso en que estaban metidos, y desandaron camino al galope. Acercando el general Gerard su artillería y disparando de una orilla á otra, sembró el desfiladero de buen número de estos imprudentes ginetes.

Este incidente sugirió al mariscal Macdonald la idea de lanzar de seguida algunos batallones de la division de Charpentier y una de las dos del general Gerard sobre la meseta de Janowitz, á fin de apoderarse de ella y de ayudar de este modo á los

generales Souham y Sebastiani á desplegarse. Dada la órden fué ejecutada al punto. Con una de sus brigadas y una batería de reserva de á doce, pasó el general Charpentier el Wutten-Neiss por Nieder-Kraya, trepó la meseta, y se desplegó allí á pesar de las avanzadas prusianas. Inmediatamente se le incorporó la caballería del general Sebastiani, que fué sucesivamente á tomar posicion sobre su izquierda. A seguirle se aprestaba el general Souham, si bien despacio, segun lo permitian el tiempo, la naturaleza del terreno, y el número de tropas acumuladas en desfiladero tan angosto.

Sobre este mismo punto llegaba Blucher á la sazon con la mayor parte de sus fuerzas. Contando con la posicion de Jauer, no habia dejado allí mas que el cuerpo de Langeron, y llevó á la vez á York y á Sacken sobre la meseta de Janowitz para resistir al movimiento de flanco que le amenazaba. A la vista de nuestras tropas, subiendo el borde de la quebrada del Wutten-Neiss para establecerse en la meseta, pensó que no podriamos oponerle á un mismo tiempo mucha gente, y que acometiéndonos con cuarenta mil hombres, nos destrozaria fácilmente dentro de la quebrada, de la cual aspirábamos á salir. Ante todo hizo que le precediera una artillería poderosa, cuyo fuego aguantó la brigada de Charpentier con sangre fria, y al cual respondió con su batería de á doce. Aun hizo mas el enemigo, pues lanzó en su contra diez mil caballos. Formada en cuadro nuestra infantería, en vano quiso oponerles sus fuegos apagados por la lluvia: reducida á sus bayonetas, usólas con valentía, y atajó el ímpetu de la caballería contraria. Desquitando el general Sebastiani su lentitud con su denuedo, cargó y rechazó á esta caballería, pero fué rechazado á su turno, y no pudo resistir largo tiempo á fuerzas triplicadas. Vióse obligado á operar un movimiento retrógrado, y así dejó la izquierda de la brigada de Charpentier al descubierto. Entonces Blucher, que no habia podido romper esta valerosa brigada con sus ginetes, arrojó en su contra mas de veinte mil infantes. Muchas cargas recibió y sostuvo á la bayoneta; pero, agoviada por el número en breve, perdió terreno, y acabó por ser repelida hasta el borde de la quebrada del Wutten Neiss. A pesar de su firme continente, se vió obligada á bajar de este punto y hallose revuelta con la caballería de Sebastiani, que tambien se iba replegando, y con la cabeza del cuerpo de Souham, que llegaba entonces. Ya se concibe el tropel y el desorden que esto produjo, y cuantas pérdidas debieron experimentarse, sobre todo en cañones, pues atollada nuestra artillería en las tierras, fué privada de sus caballos, muertos por el fuego enemigo casi todos.

Necesario fué que emprendiésemos la retirada arrollados en tan estrecho paso vivamente hasta la aldea de Kroitsch, donde el Wutten-Neiss se junta al Katzbach, y donde Blucher no se atrevió á perseguirnos.

Esta refriega sobre un mismo punto, la cual nos habia costado unos mil hombres, bastó para convertir en cierta especie de derrota general una operacion que sobre el resto de nuestra línea se habia logrado. Efectivamente, atacando los generales Lauriston y Gerard con extremada energía las posiciones ocupadas y abandonadas por Langeron sucesivamente, ya habian dado vista á Jauer, á pe-

sar del mal tiempo, é iban á señorearla, cuando les detuvo la noticia de lo acontecido á su izquierda. Bajo pena de imprudencia, viéronse, pues, obligados á retroceder y volvieron hasta Goldberg, donde entraron á eso de media noche en un estado muy triste, habiendo encontrado en el camino los restos de las tropas batidas sobre la meseta de Janowitz, y necesitando cruzar por entre un monton de carros atascados, y de heridos llevados muy trabajosamente á causa de lo horroroso del tiempo. No hubo mas arbitrio que vivaquear segun se pudo bajo la continua lluvia, unos en Goldberg, otros fuera, los mas sin víveres ni abrigo, y en suma en un estado miserable.

Para contratiempos de esta especie son buenos los veteranos. En medio del fuego los bisoños, guiados por oficiales bizarros, son mas impetuosos sin duda, porque conocen menos el peligro; pero al primer descalabro se llenan de asombro, se hacen atrás al primer sufrimiento, sobre todo si llevan poco tiempo en las filas, y basta un revés para turbar todas sus ideas y convertir su valor temerario en abatimiento profundo. Sin embargo, con víveres fuera posible retener á nuestros reclutas en los cuadros, y se lograra restituirles la confianza luego que el sol asomase, á beneficio de un nuevo impulso dado por enérgicos gefes. Pero fué preciso pasar una noche horrible sin alimento, sin abrigo, y con la certidumbre de tener encima al dia siguiente á ochenta mil hombres victoriosos ó que creian estarlo. Por la mañana el cielo cargado de agua continuó derramando sobre nuestros soldados torrentes de lluvia. Por fortuna el Katzbach, que habian repasado el dia antes, les servia de resguardo contra

la persecucion impetuosa de Blucher. Tan desbordado iba el rio, que apenas pudo hacer que lo pasara su caballería. Asi se logró la retirada sin tener encima a la infantería de los contrarios, bien que bajo la persecucion de una nube de ginetes, que no podian detener nuestros fusiles porque no daban lumbre. Mas firmes nuestros reclutas ante el enemigo que ante el mal tiempo, opusieron con sus bayonetas una barrera de hierro á los ginetes rusos y prusianos, y alcanzaron asi á contenerlos. No obstante, obligados á alejarse á toda prisa, dejaron atrás gran parte de su artillería atascada, y sucedió que muchos de ellos retraidos o moribundos de hambre se desparramaron para vivir por las aldeas y fueron cogidos ó iniciados bien temprano en el peligroso y corruptor oficio de merodeadores. Cubierto el cuerpo del general Souham por la caballería del general Sebastiani, pudo retirarse por entre la llanura y ganar á Buntzlau sano y salvo. Mas vivamente perseguidos los cuerpos de los generales Lauriston y Gerard, y no teniendo gruesa caballería que les cubriese, hallaron abrigo en los bosques que separan el Bober del Katzbach, entre Goldberg y Lowenberg. Alli pasaron la noche algo mas resguardados, si bien no mejor alimentados que la precedente. Llegando estos dos cuerpos delante de Lowenberg el dia 28, probaron á pasar el Bober sin fruto. No estaba destruido el puente, pero para llegar á sus avenidas habia que cruzar una inundacion que se extendia no menos de tres cuartos de legua, y no quedó otro recurso que volver á bajar la orilla derecha de este rio para atravesarlo por Buntzlau, donde ya estaban Souham y Sebastiani. Por primera vez al cabo de tres dias se en-

contraron techos y comestibles, aunque muy disputados, siendo cincuenta mil hombres cuando menos los acumulados en un solo punto.

Firme, cuerdo, experimentado, leal, el mariscal Macdonald, aunque desgraciado casi siempre desde la funesta jornada del Trebbia, no incurria en el error de engañarse acerca de su mala fortuna. Así, vuelto á Buntzlau, no consideraba aplacada la cruel fatalidad que le perseguia, y temblaba por la division de Puthod, aventurada sola mas allá del Bober sobre la altura de Hirschberg. No podia inspirar zozobra la division de Ledru, pues habia seguido la orilla izquierda que nos pertenecia; pero, si la division de Puthod no se habia aprovechado del puente de Hirschberg para venir mas acá del Bober, evidentemente estaba comprometida su suerte. Esto era lo que debia suceder en efecto. Habiendo remontado dicha division el Bober por una orilla, mientras la division de Ledru lo remontaba por la otra, no habia usado del puente de Hirschberg cuando todavia era tiempo, y se habia visto separada por inmensas masas de agua de sus compañeros de armas, que vanamente la tendian las manos desde lo alto de la orilla izquierda. Por la derecha ideó bajar el 29 enfrente de Lowenberg cerca de Zopten. Reducida allí de seis mil á tres mil hombres por el cansancio, el hambre, el frio de las noches y el abatimiento, fué acometida por las tropas de Blucher, rehusó rendirse, defendió-e denodadamente, y acabó por ser capturada ó destruida. Oyendo desde Buntzlau el infortunado Mocdonald, mas infortunado aun que la division asaltada, el fuego de la artillería, adivinando el sacrificio que se consumaba, queria remontar con algunas tropas la orilla derecha hasta la altura de Zopten, pero se le hizo conocer el peligro y quizá la inutilidad de este socorro, y viose forzado á dejar que fueran inmolados á su vista los infelices soldados perdidos por virtud de su mala estrella.

Juntos se hallaron todos el 30 á la orilla izquierda del Bober, pero en número de cincuenta mil hombres á lo sumo, en vez de los setenta mil que se contaban algunos dias antes, y despues de dejar cien piezas de artillería entre el fango. De los veinte mil hombres que faltaban, solo tres mil habian perecido en el fuego; pero el enemigo se habia apoderado de siete ú ocho mil, y no bajaban de nueve á diez mil los desbandados, que habian tirado ó perdido sus fusiles y no tenian ganas de coger otros. Sucediendo una prueba demasiado repentina de los padecimientos de la guerra á una ciega confianza, de pronto se despertó en sus corazones el sentimiento que experimentaban al abandonar sus techos seis meses antes, el del odio hácia el hombre que los sacrificaba á una ambicion desapoderada, apenas salidos de la adolescencia. Bizarros lo eran siempre, y todo se podia esperar de ellos si se lograba que volvierán á ingresar en las filas, cosa muy árdua. Irritados y disgustados preferian vivir saqueando el pais contrario á tornar á empuñar las armas por un dios cruel, que, al decir de ellos, devoraba su juventud sin compasion y sin motivo. Macdonald se vió, pues, junto al Bober con cincuenta mil soldados desalentados, y nueve ó diez mil rezagados detrás de la hueste, y alegando la falta de fusiles para no volver á las filas. Poniatowski habia quedado sano y salvo en Zittau con sus diez mil polacos.

De diversas especies eran las causas de esta desventura; habíalas accidentales y generales. Consistian las causas accidentales en el mal tiempo, en la órden equívoca dada al mariscal Ney y que produjo un movimiento retrógrado inútilmente fatigante para las tropas, atrajo prematuramente al enemigo, y empujó al mariscal Macdonald á tomar una ofensiva precipitada: quizá consistian tambien en algunas faltas del general en gefe, que envió dos divisiones sobre Hirschberg para expulsar de allí al enemigo, cuando sola nuestra presencia en Jauer bastara para alejarle; y que durante la batalla dejó demasiadamente aisladas las dos fracciones de sus tropas, y tomando para juntarlas el partido de ocupar la meseta de Janowitz, no lo hizo con fuerzas suficientes: y que habia en fin, menospreciado las dificultades engendradas por el mal tiempo y el estado de los caminos. Consistian las causas generales, mucho mas formidables todavía, en el patriotismo de los coaligados, en su ardimiento de volver de contínuo á la carga tan luego como veian la eventualidad mas leve de empezar de nuevo la lucha de una manera ventajosa, y sobre todo en la juventud de nuestras tropas, impetuosas entre el fuego, pero demasiado nuevas para los contratiempos de la guerra, poseidas del sentimiento de que se les sacrificaba á una ambicion loca, olvidándolo delante del enemigo, si bien experimentándolo mas vehementemente al primer descalabro, y arrojando sus armas en la retirada, despues de portarse bizarramente en la pelea, á causa del despecho, del desánimo y de la extenuacion moral y física.

Estas mismas causas produjeron en el camino

de Berlin un desastre no de tanto bulto aunque funesto asimismo por las consecuencias.

Se ha visto la importancia que daba Napoleon al envio de un cuerpo á la capital de Prusia, á fin de repeler al ejército del Norte del teatro de la guerra, de sujetar á una humillacion á Bernadotte, de sorprender la imaginacion de los alemanes al entrar en la principal de sus capitales, de herir en el corazon al Tugend-Bund, de disolver las diversas agregaciones de que creia compuesto el ejército de Bernadotte, y de alargar por último la mano á nuestras guarniciones del Oder y del Vistula. Para alcanzar estos varios fines dió al mariscal Oudinot además del 12.º cuerpo, que mandaba directamente, el 7.º confiado al general Reynier, y el 4.º confiado al general Bertrand. Compuesto el 12.º de dos buenas divisiones francesas y una bávara ascendia á diez y ocho mil hombres: veinte mil contaba el 7.º formado de la division francesa de Durutte y de otras dos sajonas; y otros tantos tenia el 4.º donde solo se encontraba una division francesa, si bien excelente, la del general Morand, al lado de dos extrangeras, la italiana de Fontanelli, y la wurtemberguesa de Franquemont. Con seis mil caballos formaba el duque de Pádua la reserva de caballería. Se juntaban, pues, alrededor de sesenta y cuatro mil hombres en lugar de los setenta mil que se esperaron al principio, entre los cuales habia muchos *montones*, como Napoleon decia, pues en el efectivo total entraba por lo menos una tercera parte de soldados de todas las naciones, algunos muy medianos, y los mas pésimamente dispuestos. No dejaba menos que desear su composicion bajo el aspecto de los gefes. Tan valiente y determinado

el mariscal Oudinot como el que mas sobre el campo de batalla, jamás habia ejercido un mando de tamaña importancia, tenia la noble modestia de desconfiar de sí propio, y apenas se atrevia á hacer sentir su autoridad á sus lugartenientes, los generales Reynier y Bertrand. Sabio y sólido el general Reynier, segun ya hemos tenido ocasion de decirlo, si bien desgraciado, estaba lleno de pretensiones, se creia superior á la mayoría de los mariscales, se lamentaba de no ser mas que teniente general con amargura, y á semejanza de Vandamme se mostraba impaciente y quizá de sobra por ganar una dignidad que se le habia hecho esperar tanto. Honrado el general Bertrand con el favor de Napoleon un dia y otro, justificandolo con una esmerada aplicacion á sus deberes, con la valentía mas segura de todas, la de la adhesion, pero mas idóneo para los trabajos de ingeniero que para la direccion de las tropas, dotado de talento, bien que no teniéndolo siempre exacto, era un subordinado deferente en apariencia, mas obsequioso que sumiso. Embaradísimo el mariscal Macdonald por la necesidad de dominar estas pretensiones diversas, no osaba hacerlo mas que con infinitas contemplaciones, poco compatibles con el vigor y la prontitud del mando Hallandose mas próximo que Napoleon á los lugares, y recogiendo todos los rumores del pais, no se engañaba acerca de la fuerza del enemigo y de la dificultad del terreno. Sabia que Bernadotte, con cierta porcion de gentes de todas clases y allegadas de prisa, tenia no obstante, un excelente cuerpo sueco, un solidísimo cuerpo ruso, y sobre todo, un cuerpo prusiano, el del general Bulow, muy numeroso, muy animado, y muy

dispuesto á batirse. Además de este cuerpo de Bulaw tenia otro cuerpo prusiano á las ordenes del general Tauenzien, destinado primeramente al bloqueo de las plazas, y del cual se habia sacado lo mas selecto para emplearlo en la guerra ofensiva. Estas tropas juntas formaban un total de cerca de noventa mil hombres, y delante de Berlin se hallaban acampadas. Bajo el mando del general Walmoden habia destacado el príncipe de Suecia unos veinte mil hombres, comprendiendo lo que merecia el nombre de *retazos*, para hacer frente, detrás de los numerosos canales de Mecklemburgo, al cuerpo de ejército que habia salido de Hamburgo á las órdenes del mariscal Davout. El resto de los ciento cincuenta mil hombres mandados por el príncipe de Suecia fué dedicado al bloqueo ó al sitio de las plazas del Oder y del Vistula.

Perfectamente se hallaba enterado el mariscal Oudinot de semejante estado de cosas, y con razon le traia caviloso. Por la naturaleza del terreno subia de punto la dificultad de su encargo. Avanzando hacia Berlin, entre el Elba y el Sprea, habia que caminar por entre una doble línea de aguas alternativamente estancadas ó corrientes, las cuales podian designarse una por el riachuelo Dahna, que desagua mas arriba de Berlin en el Sprea, y otra por el Nutha que se lanza en el Havel junto á Postdam. En el seno del angulo formado por esta doble línea de aguas, se hallaba el ejército del Norte establecido en una posicion excelente, la de Ruhlsdorf, cubierto por una artillería poderosa, y guardado á lo lejos por una innumerable caballería. No era posible aventurarse por entre este laberinto de bosques, de arenas, de estanques, de riachuelos,

sin correr siempre un doble peligro, el de ser desbordado ó rebasado, si se marchaba por un camino solo, ó el de ser separado, si se querian abarcar muchos, en dos ó tres cuerpos, á quienes la falta de comunicaciones trasversales haria incapaces de que se prestasen mútuos socorros.

Desconfiando el mariscal Oudinot al partir para esta empresa á un mismo tiempo del enemigo, de los lugares, de sus lugartenientes y de si propio, de buen grado cediera á otros el peligroso honor que se le habia destinado. Sin duda le habia escrito Napoleon que dentro de pocos dias tendria en Berlin mas de cien mil franceses, porque segun sus cálculos, hechos por desgracia desde lejos, se incluian los treinta mil hombres del mariscal Davout, y los diez mil que á las órdenes del general Girard debian salir de Magdeburgo. Pero antes de que esta reunion pudiera llevarse á cabo, se necesitaba que la primera dificultad estuviese superada, la de penetrar sobre Berlin, y se debia superar con un ejército muy inferior al del enemigo, y por entre un pais casi impenetrable. De consiguiente el mariscal Oudinot no habia tomado estas promesas muy en sério, y siempre se veia en medio de un pais de los que ofrecian mas dificultades, y obligado con sesenta y cuatro mil hombres á marchar contra Berlin al cual protegian noventa mil soldados. Con sus tres cuerpos se hallaba el 18 de agosto en Baruth, á tres jornadas de la capital de Prusia. Pero teniendo que atraer á la division de gruesa caballería del general Defrance, que debia formar parte de la reserva del duque de Padua y acababa de juntarse al ejército por Wittemberg, operó un movimiento trasversal de derecha á izquierda, y trasladóse de Baruth á Luckenwalde. Despues de allegar su caballería gruesa, volvió á tomar su camino al Norte, avanzando entre Zossen y Trebbin, por el centro de aquella doble línea de aguas, que van á convergir á Berlin, segun se ha dicho.

Enfrente de Trebbin estaba el 21, á algunas leguas del ejército contrario, que empezaba á concentrarse á medida que se angostaba el terreno y nos íbamos aproximando. Entre las dos líneas de agua se alzaba una série de colinas llenas de matorrales, y en sus laderas se desarrollaban dos caminos por los cuales se podia ir hácia la capital de Prusia. Siguiendo uno de estos dos caminos, el de la izquierda, que pasaba por Trebbin, habia que cruzar un riachuelo, y que trepar despues á una altura cubierta de bosques para llegar á Gross-Beeren. Enteramente separado el de la derecha del otro, despues de trepar tambien colinas, iba á desembocar por Blankenfelde a alguna distancia de Gross-Beeren sobre la derecha. El mariscal Oudinot resolvió seguir á la vez estos dos caminos, por precaucion ante todo, pues no queria ser desbordado si descuidaba alguno de ellos, y luego por condescendencia, pues á sus lugartenientes les gustaba mucho marchar separados, y se lisonjeaba de que, vencidos los obstáculos, se juntarian en masa para acometer al enemigo.

A Trebbin atacó el dia 21 con el 12.º cuerpo, dirigió el 4.º del general Bertraud sobre Schultzendorf, y encaminó el 7.º del general Reynier entre uno y otro hacia una aldea llamada Nunsdorf. Bastante bien atrincherada la pequeña ciudad de Trebbin se hallaba ocupada por un destacamento

de las tropas de Bulow, y el cuerpo de Tauenzien guardaba el camino de la derecha, el de Blankenfelde. Empezó el mariscal Oudinot por abrumar á Trebbin con sus proyectiles, y despues envió allí una brigada de la division de Pacthod, mientras el 7.° cuerpo amenazaba tomar la vuelta á la posicion por Witstock. Estos movimientos combinados produjeron su efecto. En un arrabal de Trebbin penetró la brigada de la division de Pacthod á bayoneta calada, y viéndose desbordados los prusianos por el 7.° cuerpo, nos abandonaron esta pequeña ciudad, volvieron á pasar el riachuelo, de cuya defensa estaban encargados, y se replegaron sobre las colinas de la espalda. Hácia el camino de la derecha el general Bertrand ocupó á Schultzendorf con el 4.° cuerpo.

Forzoso fué el 22 cruzar el riachuelo disputado el dia antes, trepar despues las colinas sobre las cuales se elevaban los caminos de Berlin, trepar además en el de la derecha las alturas á cuyo largo pasaba el camino de Blankenfelde. Por dos puntos se aproximó el mariscal Oudinot al riachuelo, por el de Wilmersdorf y el de Witstock. Habiendo restablecido el paso la division de Guilleminot del 12.° cuerpo y la division de Durutte del 7.° por medio de caballetes, asaltaron con osadía los reductos del enemigo, y los ocuparon sin perder mucha gente. Los evacuaron las tropas de Bulow definitivamente, retirándose á la posicion central escogida por el príncipe de Suecia. Al lado opuesto y despues de un vivo cañoneo, apoderóse el general Bertrand de la posicion de Juhnsdorf, que conducia á Blankenfelde. Se habia dado, pues, un nuevo paso en aquella maleza, donde estábamos obligados ó á marchar divididos por dos caminos laterales, casi sin comunicaciones entre uno y otro, ó á marchar sin precaucion contra un movimiento de flanco, si se tomaba un solo camino. A la verdad se podia obviar este inconveniente, avanzando con la masa de las fuerzas por un camino solo, y no dirigiendo por el otro mas que algunos destacamentos de tropas ligeras, si bien se necesitara dislocar los diferentes cuerpos, y ejercer para hacerlo asi sobre sus caudillos una autoridad que no osaba arrogarse el mariscal Oudinot, comandante directo del cuerpo 12.°, y mas bien consejero que gefe del 4.° y del 7.°

Todo anunciaba que positivamente se estaba cerca del enemigo y que se le iba á encontrar cara á cara dentro de poco. Una vez traspuesto el riachuelo, á cuyas orillas se habia peleado el dia antes, ya habia que seguir la ladera de colinas llenas de matorrales, y que desembocar en una aldea llamada Gross-Beeren, frente por frente de la posicion central de Ruhlsdorf ocupada por el ejército del Norte. Hacia el camino de la derecha habia que operar un movimiento semejante sobre la ladera de las colinas de Juhnsdorf y de Blankenfelde, y si se lograba allí vencer la resistencia del enemigo, sin duda se rebasaba la posicion de Gross-Beeren por este lado.

Esperando el mariscal Oudinot no encontrar al enemigo hasta despues de pasar de Gross-Beeren y de tener tiempo de juntarse, por exceso de condescendencia dejó una tarea distinta á cada uno de sus lugartenientes. Decidió que sobre el camino de la derecha señoreara el general Bertrand á Blankenfelde, para dirigirse á Gross-Beeren de segui-

da; y que sobre el camino de la derecha el general Reynier, que habia forzado el riachuelo Trebbin el dia antes y trepado las colinas de la otra parte, fuera por la ladera de ellas y siguiendo el linde de los bosques hasta Gross-Beeren, é hiciera alto para tomar esta posicion. Relativamente á su persona, en vez de ir detrás del general Reynier con el 12.° cuerpo, á fin de servirle de apoyo, imaginó pasar por Atensdorf á la otra vertiente de las colinas que debia recorrer éste, como si temiera importunar á sus lugartenientes con su presencia. Despues debia desembocar sobre Gross-Beeren, si bien á dos leguas de distancia hácia la izquierda, distancia casi igual á la que debia separar al general Bertrand de este punto hácia la derecha.

Cada cual se puso en movimiento á la mañana del 23 de agosto, segun la direccion que le estaba señalada. Presentándose el general Bertrand sobre el camino de la derecha delante de Blankenfelde, halló al general Tauenzien fuertemente establecido sobre aquella altura, y vióse obligado á empeñar un violento cañoneo en su contra. Por espacio de cerca de tres leguas siguió el general Reynier sobre el camino de la izquierda con el cuerpo 7.° la ladera de las colinas, cuyo respaldo recorria el mariscal Oudinot, y desembocó delante de Gross-Beeren tras de caminar sin gran trabajo. Inmediatamente atacó esta aldea, y desalojó de allí á la division del general de Borstell. Con una impaciencia de triunfo, malísima consejera, avanzó mucho mas allá de esta aldea, en vez de establecerse en su recinto, y divisó en posicion sobre Ruhlsdorf á todo el ejército del príncipe de Suecia. Delante de él y á la derecha tenia la division de Borstell, replegada sobre

el grueso del cuerpo prusiano de Bulow, en el centro si bien declinando algo hácia la izquierda, al ejército sueco, y finalmente, á la izquierda del todo á los rusos, esto es, sin contar el cuerpo de Tauenzien, un conjunto de cerca de cincuenta mil hombres, cubiertos por una artillería numerosa. Para hacer cara á esta línea formidable, solo tenia diez y ocho mil hombres, seis mil de ellos franceses, excelentes soldados, y doce mil sajones, no iguales ni con mucho á los que habian hecho bajo sus órdenes la campaña de Rusia. A la verdad no sentia ganas de medirse con semejante masa de enemigos; pero habiendo avanzado tanto para darles caza, por fuerza los habia de tener encima muy pronto.

Con efecto, los prusianos del general Bulow ardian en impaciencia por venir á las manos y por cubrir con sus cuerpos el camino, por donde queriamos llegar á la capital de Prusia. Bernadotte vacilaba. Por primera vez iba á chocar en contra de los franceses, y los temia aun mas que á su conciencia. Temblaba á la idea de que en un dia solo desapareciera el prestigio de que habia aspirado á rodearse en medio de extrangeros, blasonando de ser autor principal de los triunfos de Napoleon. Tambien temia comprometer al ejército sueco, sabiendo que no podia reemplazarlo si era destruido. De consiguiente para él se trataba de jugar su fortuna, su corona en un instante, y le dominaba una perplejidad que hasta hacia que se dudara de su valor de soldado. Desconfiando el general Bulow á semejanza de todos los prusianos, todavia mas de la lealtad de Bernadotte que de su denuedo, no aguardó su voz de mando, y marchó sobre el general Reynier á la cabeza de los treinta mil hombres

que le reconocian por gefe. Hizo que le precedieran muchas bocas de fuego, y para romper las filas de su adversario mas a golpe seguro, dirigió á la division de Borstell sobre su flanco. No pudiendo ya cejar Bernadotte, al par que no queriendo comprometer sus fuerzas todas, contentóse con destacar su caballería y una artillería numerosa contra la izquierda de los franceses, al mismo tiempo que la division de Borstell amenazaba su derecha El general Reynier, que una vez en el peligro, se portaba con el valor de un oficial veterano del ejército del Rhin, se mantuvo firme, con la esperanza de que se le socorriera en breve. Para mejorar de posicion ejecutó un movimiento retrógrado, y apoyando su derecha en las casas de Gross-Beeren, y su izquierda en una altura, desde donde su artillería caia á plomo sobre el enemigo, mostró muy buen continente. A pesar de una espesa metralla se adelantaron resueltamente los prusianos, animados por el doble deseo de salvar á Berlin y de hacer una presa que creian segura. La division de Durutte opuso heróica resistencia; pero los sajones, conscritos la mayor parte de aquel año, juntando á la debilidad de su edad un espíritu detestable, trabajados por oficiales que traian á su memoria que Bernadotte los habia mandado y tratado como á hijos en 1809, no resistieron largo tiempo, y dejaron á la division de Durutte sin apoyo. Esta no tuvo mas arbitrio que retirarse, si bien lo hizo en buen órden y quitando al enemigo la gana de perseguirla. Por su parte la division de Guilleminot del 12.° cuerpo, avanzando por el respaldo de la posicion con el mariscal Oudinot al frente, se hallaba en Atensdorf á la hora del mas violento ca-

ñonco. Se apresuró á correr al fuego, y metióse hácia su derecha por entre los bosques, para socorrer á Reynier por el camino mas corto. Llegando demasiado tarde para hacer cambiar el aspecto de la pelea, sirvió á pesar de todo para contener al enemigo, y se replegó de seguida, asaltada muchas veces por la caballería rusa, aunque sin ser rota. Cada cual se retiró al punto de partida de la mañana, el 12.° cuerpo á Thyrou, el 7.° á Wittstock. En buen estado se encontraba el 12.°, no asi el 7.° desorganizado por la completa derrota de los sajones. Mas de dos mil de estos aliados fueron cogidos con quince bocas de fuego: algunos miles se habian desbandado, unos para juntarse á los suecos, otros para escaparse por retaguardia. Entretanto el general Bertrand, que mandaba el 4.° cuerpo, habia hecho esfuerzos portentosos para vencer la resistencia de Tauenzien en Blankefelde, y todo sin fruto. No lo hubiera alcanzado sino llevando aquellos esfuerzos hasta el último extremo, pero lo creyó ocioso, discurriendo que el triunfo del cuerpo principal en Gross-Beeren obligaria á Tauenzien á levantar el campo. De esta suerte cada cual habia combatido sin armonía ni concierto, contando inoportunamente con su vecino, unos como Bertrand y Oudinot sin compensacion alguna, otros por el contrario como Reynier con una compensacion notable.

No obstante este descalabro, si se hubieran tenido algunas tropas esclusivamente francesas y de espíritu seguro, no se siguieran grandes consecuencias, pues al cabo de todo en línea solo se habian perdido dos mil hombres. Pero con una mitad del total efectivo en tropas italianas y alema-

nas, siempre dispuestas á abandonarnos, y otra mitad de reclutas franceses, al principio confiados de sobra, y ahora llenos de sorpresa de resultas del desastre, era difícil continuar avanzando sobre Berlin en presencia de noventa mil hombres. Ya mas de diez mil aliados, sajones unos, bávaros otros, habian desertado de nuestras filas, y corrian hácia el Elba lanzando el grito de *sálvese el que pueda*. Ante tal estado de cosas juzgó el mariscal Oudinot que convenia emprender la retirada, y aproximarse al Elba. Al dia siguiente 24 de agosto dió principio al movimiento retrógrado, ejecutólo en buen órden, aunque siempre acosado vivamente por los prusianos, ébrios de alegria y de orgullo, acusando á Bernadotte de traicion ó de cobardía por no mostrarse tan ardiente como ellos, y corriendo sin consultarle en persecucion de sus enemigos, mas vencidos á sus ojos que lo estaban realmente. Detenerlos pudiera el mariscal Oudinot y reprimir quiza su ardimiento: sin embargo, no estando ya en camino de la capital de Prusia, y debiendo renunciar á la esperanza de entrar en ella, le pareció poco prudente aventurar una accion dudosa con soldados alterados, y menos cuando el resultado solo podia consistir en mantenerse entre Berlin y Wittenberg, sobre un pais que no le ofrecia apoyo ni recursos. Por tanto abrazó el partido mas seguro, el de venir á situarse bajo el cañon de Wittenberg, donde tenia la certeza de no correr ningun peligro, donde cubria el Elba, donde hallaba con que subsistir en abundancia, y podia finalmente restablecer la moral de sus soldados. Todos llegaron allí del 29 al 30 de agosto, siempre disputando fuertemente el terreno á medida que se retrogradaba. Durante este tiempo la division activa de Magdeburgo salió de esta plaza, fué acometida por el general Hirschfeld y por los corredores rusos de Czernicheff y agobiada por el número muy luego, y volvió á las órdenes del general Girard al punto de partida, despues de perder unos mil soldados y algunos cañones. En las cercanías de Hamburgo el mariscal Davout, salido de la plaza con treinta mil hombres, diez mil de ellos daneses, avanzó en direccion de Schwerin, forzando al cuerpo anglo-aleman que tenia delante á replegarse, y dispuesto á arrollarlo tan luego como tuviera noticia de un triunfo del mariscal Oudinot en los alrededores de la capital de Prusia. Pero en la duda se veia obligado á proceder con circunspeccion suma, y á evitar un contratiempo, y sobre todo un desastre.

No habiendo podido penetrar hasta Berlin el cuerpo principal á las órdenes del mariscal Oudinot, ya era un delirio la reunion en esta capital de cien mil hombres, segun Napoleon lo habia esperado. Sin duda se habian cometido faltas: el mariscal Oudinot no tuvo sus cuerpos bastante unidos: no gustaban marchar juntos sus lugartenientes, y cayó en la flaqueza de prestarse en demasía á este gusto. De cierto resaltaban estas faltas en la ejecucion del movimiento sobre la capital de Prusia; pero apenas hay que decir que la culpa esencial era de Napoleon, que despreció en demasía lo que llamaba el *remiendo* de Bernadotte, y le opuso un verdadero *remiendo* á su turno, donde, por una mitad de franceses prontos á la pelea, habia otra mitad de alemanes y de italianos prontos á desbandarse, y que finalmente contó de sobra con la reunion en

Berlin de cuerpo procedentes de puntos tan distantes como Wittenberg, Magdeburgo y Hamburgo. Evidentemente valiera mas no aventurar á Oudinot sobre la capital de Prusia, lo cual permitiera no mantener al mariscal Macdonald sobre el Bober, y aqui como siempre la exageracion de los designios políticos de Napoleon, hizo caducar los planes del caudillo; reflexion que á fuerza de repetida se hace fastidiosa, y que repetimos ó pesar nuestro porque este triste asunto la engendra de continuo, y porque solo ella explica los errores de tan gran capitan.

Estos graves desengaños, y no una enfermedad inventada por aduladores, sorprendieron á Napoleon al dia siguiente de sus victorias del 26 y del 27 de agosto, y llegando uno tras á otro á su noticia, le llevaron de Pirna á Dresde, y le retuvieron alli el 29 y el 30 de agosto, mientras Vandamme quedaba sin apoyo en Kulma. Estos desengaños tenian suma trascendencia, pues era una muy diferente la situacion de la que habia esperado Napoleon al tratar de extender desde el Elba al Vistula su brazo; como que en vez de Macdonald victorioso y persiguiendo á Blucher en Silesia, se tenia encima á Blucher victorioso y á Macdonald derrotado; en vez de cien mil hombres dentro de Berlin, se tenia á Oudinot replegado en Wittenberg y privado de mas de diez mil hombres, á Girard repelido á Magdeburgo con pérdida de mil soldados, á Davout, en fin condenado á fluctuar al frente de treinta mil hombres enmedio de los pantanos del Mecklemburgo. Ignorando todavia el 30 de agosto el desastre de Vandamme, que no supo hasta la mañana siguiente, concibió despues de profundas meditaciones un nuevo plan de los mas extensos,

de los mas fuertemente combinados, porque hasta ahora distaban mucho los reveses de sus lugartenientes de haber desconcertado su genio ni quebrantado su confianza en la fortuna. Mas de una vez pensó en correr á Praga, en herir á Austria sobre una de sus capitales, y en romper hasta cierto punto la coalicion en la cabeza del ejército principal donde residian los tres soberanos aliados. A la verdad, si despues de la batalla de Dresde siguiera á todo trance al ejército de Bohemia, ya muy abrumado, probablemente disolviera la coalicion de golpe, y sin duda lo ejecutara, á no ser por las noticias recien llegadas de Silesia y de la capital de Prusia. A ello le convidaba sin tregua el mariscal Saint-Cir, el mas agudo de sus lugartenientes, cuyos raros talentos avaloraba en lo justo, aunque le desagradara su espíritu criticon, y desconfiara á veces de la exactitud de sus miras. Pero contra este plan le ocurrian graves objeciones. Ante todo habia que cruzar las montañas de Bohemia, dar mas allá batalla, con el peligro de que se acababa de escapar milagrosamente el grande ejército de los coaligados, el de no tener mas que espantosos desfiladeros para la retirada, en el caso de ser batido. Despues se necesitaba ir á tomar á Praga, cuyas defensas restauradas á toda prisa podian oponer una imprevista resistencia. Aun dando este obstáculo por vencido, se habria dilatado la línea, ya larga de sobra, todo lo que Praga dista de Dresde, distancia mas agravada por el terreno y por las montañas. De este modo se hallara Napoleon mas lejos de su ejército de Silesia, mas lejos de su ejército del bajo Elba, y en la imposibilidad de socorrerlos si experimentaban reveses. Estas obje-

ciones le apartaron siempre con fuerza del proyecto de trasladarse á Bohemia, y no pensó en ejecutarlo mas que un instante, cuando viéndose en Zittau, espero caer enmedio de los cuerpos, que iban á formar el ejército del príncipe de Schwarzemberg, de improviso. Pero á la sazon era cosa inadmisible, hallándose Macdonald vencido y Oudinot rechazado de Berlin á Wittenberg y habiendo que alejarse de ellos para acometer semejante empresa; asi Napoleon solo pensó en acercárseles desde que supo sus reveses, y de pronto, con aquella fecundidad inagotable, que era uno de los atributos de su genio poderoso, ideó llevar de Dresde á Berlin el nuevo centro de sus operaciones.

Habia que batir á Blucher, pues el primer choque en su contra durante los dias 22 y 23 de agosto no tuvo consecuencias; habia que batir á Bernadotte, quien lejos de experimentar reveses obtuvo ventajas, debiendo ser tan útil como satisfactorio rebajar su orgullo, castigar su traicion y destruir su falso renombre. Graves motivos eran estos para dirigir nuestros golpes hacia este lado. Encaminándose Napoleon hacia Berlin con su Guardia y con la mitad de la reserva de caballería, es decir con cuarenta mil hombres, recogia al paso á Oudinot, abrumaba á Bernadotte, entraba en la capital de Prusia, llamaba allí á la division de Girard, al cuerpo de Davout, rehacia de este modo la concentracion de cien mil hombres con que habia contado tanto, la dirigia sobre Stettin y Custrin, donde nuestras guarniciones tenian necesidad de ser avituallas de nuevo, alentaba á las del Vístula, y acto continuo podia volver en persona á Luckau, entre Berlin y Dresde, pronto a caer sobre el

flanco de Blucher, si éste habia osado trasladarse junto al Elba.

Siete ú ocho marchas separaban á Napoleon de la capital de Prusia: de diez y ocho á veinte dias necesitaba para ir y volver á lo sumo, y para cubrir á Dresde en su ausencia habia tomado las siguientes disposiciones. Allí queria dejar á Vandamme con el primer cuerpo, como que el 30 por la mañana, momento de estos proyectos, ignoraba el desastre de Kulma; además de Vandamme á Saint-Cir, Victor y Marmont con una porcion de la reserva de caballeria. Se proponia colocar estas fuerzas, constituyendo un ejército de cien mil hombres, y calculaba que éste, apoyado sobre Dresde é inmediato á Macdonald, el cual debia ser traido segun este plan hasta Bautzen, se hallaria en aptitud de resistir á un nuevo ataque del ejército de Bohemia, ataque poco verosímil tras del desastre reciente experimentado por éste, al menos en el espacio de quince dias. Asi Napoleon esperaba tener tiempo de hallarse de vuelta despues de descargar sobre Berlin un golpe decisivo, y á su aproximacion se debia desvanecer todo nuevo proyecto contra la capital de Sajonia. Ciertamente Blucher noticioso de la batalla de Dresde y de que tenia á Napoleon sobre el flanco, pues lo estaria en el camino de Berlin, no se atreveria á pasar de Bautzen. Y en todo caso, aproximándose Macdonald al Elba, y estando éste y Murat espalda con espalda, ninguno de los dos tenia que recelar un peligro sério.

Terminada la expedicion á la capital de Prusia, el proyecto de Napoleon consistia en establecerse en Luckau, entre Berlin y Dresde, atraer allí

el cuerpo de Marmont y toda la reserva de caballería, dejar en Dresde y en el campo de Pirna sesenta mil hombres y en Bautzen otros tantos, mientras con igual número estuviera pronto á correr ó á Berlin, ó á Bautzen, ó á Dresde, segun la necesidad lo exigiera, cosa que podia hacer en tres dias de una rápida marcha. Desde esta posicion estaba seguro de proveer á todo, porque, situado á tres jornadas de la capital de Prusia, se hallaria además sobre el flanco de Blucher y bastante cerca de Dresde para llegar á tiempo, si se presentaba el ejército de Bohemia. Hasta es probable que segun este plan consiguiese trasladar la guerra al Norte de Alemania, pues, encontrandose la reunion del Norte disuelta y Bernadotte castigado, los prusianos querrian volver á ganar su pais á fin de defenderlo, y atraerian allí á los rusos, y de este modo se hacian sufrir los horrores de la guerra á los alemanes mas hostiles, y descubriendo algo el alto Elba, se cubriria el bajo del todo, es decir á Hamburgo, donde existia la línea de comunicacion mas excelente, la de Hamburgo á Wesel. Verdad es que en este caso quedaba la eventualidad de ver trasladados al alto Rhin á los austriacos, probabilidad poco verosímil, porque no se atreverian á avanzar tan lejos, pudiendo caer Napoleon sobre sus espaldas. Ademas éste se hallaria autorizado á hacer valer para con ellos los cuidados que ponia en alejar la guerra de su territorio, y podria sacar de aquí una nueva ocasion de negociaciones, cosa no imposible, siendo los austriacos los menos comprometidos entre todos sus adversarios, los menos implacables, los únicos dispuestos á tratar razonablemente.

Tal era su plan, el 30 de agosto por la mañana, plan ya escrito y acompañado con órdenes redactadas del todo (1), cuando la noticia del suceso de Kulma vino á trastornar sus vastas concepciones. Cruelmente le afligió el desastre de Vandamme: con el del Katzbach y el de Gross-Beeren iban ya tres graves descalabros, que igualaban en importancia y aun sobrepujaban á los triunfos alcanzados en torno de Dresde, como que el prestigio de la victoria habia pasado á la parte de los coaligados, y á la de Napoleon no quedaba mas que el prestigio siempre brillante de su antigua gloria. Por primera vez pensó que acaso habia blasonado en demasía de sus fuerzas, rehusando las condiciones que se le habian ofrecido en Praga, y avaloró mejor el inconveniente de la juventud en sus soldados, del contagio de los sentimientos germánicos entre sus aliados, del desaliento entre sus lugartenientes. ¡Quizá llegó hasta el extremo de dolerse de haber desgraciado, ó desacreditado, ó prodigado en el fuego á generales en gefe de la altura de Massena, Davout y Lannes! Sin duda tenia aun caudillos valerosos, héroes como Ney, Oudinot, Macdonald, Victor y Murat, bien que estaban poco acostumbrados al mando en gefe: no los probaba mas que en un instante poco propicio á alentarlos, en un instante en que las pasiones de Europa, la fortuna, el viento del triunfo, todo en fin se habia vuelto contra nosotros.

Mas de un dia estuvo por decirlo asi aterrado

(1) En la secretaría de Estado existen este plan escrito y las órdenes expedidas de resultas, y escribimos con documentos tan irrefragables á la vista.

bajo estos golpes repetidos; pero no fué atacada de esterilidad su mente inagotable: su energía, su imaginacion y hasta sus ilusiones, se reanimaron al dia siguiente, y formó un nuevo proyecto, menos vasto que el precedente, aunque tambien fuertemente concebido. Ante todo quiso dar otro gefe á los tres cuerpos destinados á marchar sobre la capital de Prusia, y escogió al mariscal Ney, á quien nadie superaba en bravura sobre el campo de batalla, si bien no habia dirigido grandes ejércitos hasta entonces. Napoleon hizo la eleccion esta porque el alma confiada é intrépida del mariscal Ney aun no habia sido atacada del desaliento, ya tan visible en nuestros demas generales. A Wittenberg le envió dirigiéndole las palabras mas animadoras y las instrucciones mas puntuales. Véase á qué plan general correspondian estas instrucciones.

Napoleon le previno, despues de reunir y de reanimar á los cuerpos 4.º, 7.º y 12.º, quedando Oudinot al frente de este último directamente, que se encaminara á Baruth, á dos jornadas de Berlin y aguardara allí las órdenes del cuartel general. Personalmente determinó trasladarse á Hoyerswerda, distante tres jornadas de Baruth y dos de Dresde, con la Guardia, la mayor parte de la reserva de caballería y el cuerpo de Marmont. Apostado allí en Lusacia, entre Berlin y Gorlitz, podia, segun fuera de su agrado, ó declinar hácia la izquierda sobre Berlin y ayudar á Ney á penetrar en este punto, lo cual le volvia á su vasto plan del 30 por la mañana, ó lanzarse á la derecha sobre el flanco de Blucher y abrumarle, si éste porfiaba en estrechar á Macdonald y venia á inspirar zozobra

por Dresde. Imposible era de seguro imaginar una combinacion mas sábia ni mas adecuada á las circunstancias, pues Napoleon tenia la certidumbre de que, uniéndose á uno de sus lugartenientes, el que hacia cara á Bernadotte ó el que hacia cara á Blucher, conseguiria al frente de aquel ó de éste la victoria. Solo esta vez no se situaba mas que á dos cortas jornadas de Dresde, dudoso como estaba de las disposiciones del ejército de Bohemia. Si avanzaba de nuevo, repuesto del desastre de Dresde por el triunfo de Kulma, retornaba seguidamente para descargar un segundo golpe como el del 27 de agosto. Si era Blucher quien se mostraba atrevido, desde Hoyerswerda caia sobre su flanco, y le tornaba á rechazar sobre el Oder por largo tiempo. Finalmente, sino aparecian emprendedores ni el ejército de Bohemia ni el de Silesia, en su mano estaba empujar desde Hoyerswerda á Ney sobre la capital de Prusia y sin necesidad de seguirle. En efecto, bastaba que le apoyara hasta Baruth, pues encontrándose el impetuoso Ney con retaguardia semejante, era muy capaz de arrojarse sobre Bernadotte, de atropellarle por completo y de entrar en la capital de Prusia. Una vez consumado este grande acto, Napoleon quedaba libre de volver á Hoyerswerda, desde donde amenazaria á Blucher ó á Schwarzemberg, en suma, á aquel de los dos que intentara alguna cosa. Todo era no solamente profundo, sino verdadero y exacto en estas combinaciones, y ni una habia que no se lograra diez años antes de una manera explendente, cuando nuestros soldados estaban á prueba de las duras alternativas de la guerra, cuando nuestros generales se sentian llenos de confianza, cuando Napoleon

se hallaba en el caso de responder de los demás como de sí propio, cuando menos resueltos á vencer ó á morir sus contrarios, no se manifestaban propicios á perseverar aun en medio de las mayores derrotas. Pero actualmente, en el estado moral de nuestros enemigos y de nosotros, hasta con generales y soldados que conservaban el heroismo, todo se resentia de inseguro (1).

Despues de expedir las órdenes oportunas tomó Napoleon las mas hábiles disposiciones para que Dresde no quedara descubierto durante su ausencia. Ante todo reorganizó el cuerpo de Vandamme, del cual habian vaentrado numerosas reliquias. Además habian regresado aisladamente ó en tropa la division 42.ª restituida al mariscal Saint-Cir y que habia sufrido poco, y unos quince mil hombres de todas armas y pertenecientes al primer cuerpo. Todos los franceses habian retornado á las filas, excepto los quedados fuera de combate ó los cogidos por los contrarios. Se habian perdido el material de artillería y por desgracia algunos de los oficiales mas distinguidos. No se sabia el paradero de Haxo ni de Vandamme, y hasta se suponia muertos á uno y á otro. Habiendo remanecido el secretario del general Vandamme, Napoleon hizo que se apoderaran de sus papeles, á fin de extraer de ellos su correspondencia militar y de arrancar

(1) Por no conocer la correspondencia de Napoleon ni de sus lugartenientes, se le han atribuido con relacion á esta época los proyectos mas quiméricos y menos razonables; pero merced á la posesion y al estudio de esta correspondencia, no le atribuimos ningun proyecto, ningun cálculo que no sean ciertos, y están demostrados por auténticas pruebas.

la prueba de las órdenes enviadas á este infortunado; y hasta incurrió en la debilidad de negar la que le habia expedido para que avanzara sobre Toeplitz, y sin ensañarse contra Vandamme, y antes bien compadeciéndole, escribió no obstante á todos los gefes de cuerpo que la instruccion dada á este general consistia en detenerse sobre las alturas de Kulma; pero que, arrastrado por demasiado ardimiento, se habia empeñado en el llano y se habia perdido por exceso de celo. La relacion auténtica que hemos presentado demuestra la falsedad de estas aserciones, inventadas para conservar á Napoleon una autoridad sobre los animos de que en este momento necesitaba mas que nunca.

Su primera atencion fué buscar para este cuerpo tan maltratado un caudillo valiente como Vandamme, si bien mas circunspecto. Eligió al ilustre general Lobau, que á una rara energía juntaba un notable discernimiento militar y un gran tino, ocultos bajo formas toscas y marciales. Efectivamente, el conde Lobau poseia y merecia la entera confianza de Napoleon, que siempre le tenia á su lado, ora para los golpes vigorosos, ora para las comisiones que exigian juicio, exactitud y franqueza. Juntando este intrépido y agudo soldado, tan conocido de los hombres de nuestra generacion, á una talla de granadero y á un rostro de mastin la mas profunda sutileza, salia de todas las comisiones que Napoleon le confiaba sin engañarle y sin producirle desagrado, componiéndose para decir la verdad de modo de no comprometerse y de no comprometer á nadie. A su rara destreza, á su extremada bravura, unia el talento y el gusto de la organizacion de las tropas, en lo cual era sobresa-

liente. No se podia hacer eleccion mas acertada para restituir al primer cuerpo el espíritu militar que debia haber perdido en el desastre de Kulma. Napoleon distribuyó este cuerpo en tres divisiones de diez batallones cada una, le devolvió la mitad de la division de Teste momentáneamente segregada, le quitó la brigada de Reuss tambien prestada por de pronto, y ya con los soldados vueltos á las filas, ya con algunos batallones de marcha y procedentes de Maguncia, todavía proporcionóle un efectivo de diez y ocho mil hombres. De los arsenales de Dresde, adonde se habia llevado un inmenso material para estos cuidados, sacó para reemplazar los fusiles perdidos y las setenta y dos bocas de fuego abandonadas sobre el campo de batalla de Kulma. A los que lo necesitaban les proveyó de vestido y calzado, y nada omitió por restablecer la moral de los hombres, ya con estímulos, ya con revistas, ya con esas pequeñas satisfacciones materiales que constituyen la felicidad del soldado. Encargado fué el conde de Lobau de operar esta resurreccion dentro de algunos dias, pensando Napoleon servirse del primer cuerpo para la defensa de Dresde durante su próxima ausencia.

A la conservacion de Dresde proveyó de esta manera. En vez de dejar allí al 14.º cuerpo solo, como cuando marchó á Silesia, dejó el 14.º, del mariscal Saint-Cir en el campo de Pirna, el 2.º del mariscal Victor, en Freyberg, y por último, el 1.º, del conde de Lobau, en lo interior mismo de Dresde, donde tendria mas facilidad para reorganizarse. El 14.º cuerpo, que, despues de tornar á recibir la division 42.ª, contaba ya cuatro, debió guardar á Koenigstein y Lilienstein, el puente del Elba echado entre estos dos fuertes, el campo de Pirna, el desfiladero de Peterswalde, y las avenidas secundarias de la Bohemia, que venian á caer sobre la derecha de la calzada de Peterswalde. El mariscal Victor en Freyberg vigilaba sobre la gran calzada de este punto y sobre el camino de Toeplitz por Altenberg. Entre uno y otro galopaba la caballería de Pajol para ejercer una activa vigilancia. Si tornaba á aparecer el ejército de Bohemia, estos dos cuerpos estaban encargados de oponer una resistencia moderada, suficiente solo para retardar sin comprometerse la marcha del enemigo, y de replegarse sobre Dresde, dando allí la voz de alerta. Se debian de ir á situar el mariscal Saint-Cir sobre la izquierda del campo atrincherado, donde ya habia peleado valerosamente el 26 de agosto, y el mariscal Victor sobre la derecha, donde el 27 habia decidido el buen éxito de la batalla. Atacados formalmente, sus órdenes eran las de meterse detrás de los reductos, elevados de cinco á ocho y mucho mejor armados. Habiendo notado Napoleon durante el ataque de Dresde muchos defectos en su establecimiento, nombró un comandante especial para cada uno, aumentó su artillería, preparó artilleros de relevo para servirlos, prohibió que en ninguno de ellos se dejaran arcas de municiones y con sacos de tierra hizo construir cierta especie de reductos que hicieran veces de almacenes de pólvora durante la pelea. Su armamento distribuyólo en artillería de posicion necesariamente inmóvil y en artillería montada que se trasladaria de la orilla derecha á la orilla izquierda del Elba, segun fuese el ataque por la una ó por la otra. Esmeradamente recomendó que hubiera tropas de reserva

detrás de cada reducto, para volverlo á tomar en el instante mismo en que se perdiera, y decidió por último que el primer cuerpo, á las órdenes del conde de Lobau, se colocaria todo entero detrás de los de Saint-Cir y Victor de reserva, para desembocar á última hora, segun lo ejecutó el 26 la Guardia, sobre el enemigo que se creyera triunfante. Vése, pues, que era una repeticion muy mejorada de la jornada del 26 de agosto y que prometia igual buen suceso, porque los tres cuerpos de Saint-Cir, de Victor y de Lobau juntaban cerca de sesenta mil hombres, es decir, mas que los que Napoleon tuvo el 26 para resistir á los doscientos mil del ejército de Bohemia. Añadiendo la circunstancia de que en vez de hallarse á cuatro ó cinco jornadas, como al tiempo de la primera aparicion del enemigo, no se hallaria mas que á dos situándose en Hoyerswerda, Napoleon se alejaba sin zozobra en punto á la conservacion de Dresde, si el ejército de Bohemia renovaba su reciente maniobra, operando por la orilla izquierda del Elba. Si por el contrario variaba de marcha y acometia por la orilla derecha, cayéndole encima Poniatowski, Macdonald y Napoleon mismo, estarian aptos para abrumarle. Una vez adoptadas estas sábias disposiciones, despachó el 2 de setiembre la caballería de la Guardia á las órdenes de Nansouty con dos divisiones de infantería de la Jóven Guardia a las de Curial, y llevólas sobre Koenigsbruck, á la izquierda del camino de Bautzen y en la direccion de Hoyerswerda. Contaba con hacer partir en la misma direccion el dia 3 á la Vieja Guardia de Dresde y al resto de la Jóven Guardia de Pirna. Tambien tenia el proyecto de emprender la marcha

personalmente el dia 4 para trasladarse á Hoyerswerda. Mr. de Basano debia permanecer en Dresde, enterado de todo, hasta de los movimientos militares, que comprendia regularmente, á fin de que con aquella adhesion activa que compensaba en su persona una sumision demasiado ciega, trasmitiese a cada uno y siempre á tiempo el aviso de lo que le interesaba.

Ocupado estaba Napoleon en dar sus órdenes el 3 de setiembre, cuando recibio de Bautzen despachos urgentes del mariscal Macdonald. Este, segun Napoleon decia, se hallaba desconcertado por la marcha vehemente de Blucher en su contra. Blucher, que no era hombre para dormirse despues de un triunfo, tan luego como bajaron algo las aguas, apresuróse á seguir el avance, con objeto de sacar las mayores consecuencias posibles del feliz suceso que á orillas del Katzbach habia logrado. Situando parte de su infantería hácia las montañas, y parte en el camino real de Breslau á Dresde, lanzando su inmensa caballería á las húmedas llanuras, que riegan sucesivamente el Bober, el Preiss, el Neisse, el Sprea, y rebasando constantemente el flanco izquierdo del mariscal Macdonald, obligóle á retrogradar de Lowenberg á Lobau, y de Lobau á Gorlitz. De ochenta mil hombres disponia contra Macdonald, que solo habia conservado cincuenta mil con armas, y que no pudo proporcionarse sesenta mil en estado de venir á las manos, sino retirando del desemboque de Zittau á Poniatowski. A pesar de su intrepidez conocida, temia el mariscal Macdonald que trajesen consigo nuevas desventuras el desaliento de sus soldados, la actitud de sus generales por consecuencia de la derrota y el

impulso retrógrado de todos. Socorros pedia á voz en grito, pudiendo acontecer que dentro de veinte y cuatro horas, segun expresaba, se viese repelido desde Gorlitz sobre Bautzen y aun quiza sobre Dresde.

Napoleon, que no empleaba mucho tiempo en adoptar su partido, juzgó que no era propicio aquel momento para dirigirse á Hoyerswerda, es decir á la izquierda del camino real de Silesia y sobre el flanco de Blucher, pues Macdonald se hallaba muy apretado para que se tardase en maniobrar ni una hora. Socorrerle directamente por el camino mas corto era la única operacion adaptada á las circunstancias. Se proponia unírsele en Bautzen, reanimarle, conducirle adelante y repeler destrozado á Blucher mas allá del Neisse, del Queiss y de todos los rios que habia pasado. Buscando sobre todo Napoleon una batalla contra aquellos de sus enemigos que osaran permanecer á alcance de su brazo, esperaba hallarla en este reencuentro con Blucher, y discurria que, hallándose este ya tan lanzado, no podria detenerse bastante pronto para escaparsenos de nuevo.

Resuelto de este modo, hizo que se modificara el movimiento dado el dia antes á las dos divisiones de infantería de la Jóven Guardia y la caballería que las seguia. De Koenigsbruck, adonde las habia encaminado, llevólas por Camenz á Bautzen. Acto continuo mandó partir á la Vieja Guardia de Dresde á Bischofswerda, y á Stolpen al resto de la Jóven Guardia, que al mando de Mortier aguardaba sus órdenes en Pirna. Igual movimiento directo sobre Bautzen fué prescripto á la caballeria de reserva de Latour-Maubourg y á la infantería del

mariscal Marmont. Puestas las tropas el 3 en marcha debian estar en Bischofswerda por la noche y en Bautzen al dia siguiente. Napoleon mismo se dispuso á partir de Dresde en la noche de 3 al 4, empleando todo el dia en expedir sus órdenes segun costumbre, y reservándose para dormir el tiempo que pasara dentro del carruage. A Macdonald avisó del movimiento considerable que se operaba bácia Bautzen, y le recomendó el secreto, á fin de que Blucher desprevenido diera en el grueso del ejército francés de plano. En Dresde prohibió que se dejara pasar á un solo paisano por los puentes, esperando impedir asi que llegara á oidos de Blucher la noticia de la partida de la Guardia, y finalmente envió á decir á Ney que, torciendo un instante de Hoyerswerda, se hallaria de retorno en aquella direccion al cabo de tres ó cuatro dias, y que siempre le señalaba á Baruth como punto de reunion, y que posteriormente se partiria desde alli hácia la capital de Prusia.

En la noche del 3 de setiembre dejó Napoleon á Dresde, se detuvo algunas horas en Harta, y llegó á Bautzen al dia siguiente por la mañana. Delante hizo que fueran setenta furgones, con municiones, fusiles, zapatos, á fin de dar á los soldados de Macdonald parte de lo que habian perdido. Trató bien al mariscal este, sin cargar la mano sobre las faltas que á orillas del Katzbach se pudieran haber cometido, tomando en cuenta respecto de todos lo dificilisimo de las circunstancias, y sabiendo que en situacion semejante convenia realzar los corazones á fuerza de infundirles aliento, en vez de abatirlos con la pesadumbre de las recriminaciones. Por otra parte el mariscal Macdo-

nald inspiraba tanta estima que la reconvencion expirara en la boca, si se tratara de dirigírsela por acaso. Lejos de mostrarse Napoleon, ocultóse de intento, queriendo esperar para dejarse ver á que la caballería de la Guardia y la de Latour-Maubourg hubiesen llegado, y se pudiera caer sobre Blucher con fuerzas bastantes.

Por desgracia, en el seno de aquellas poblaciones germánicas donde no contábamos sino enemigos, y aun entre aquellas á las cuales obligaba nuestra presencia á seguir de aliadas, no habia secreto posible mas que en provecho de nuestros adversarios. Muchos avisos partidos de Dresde, ya para el ejército de Silesia, ya para el de Bohemia, hicieron saber, no los designios de Napoleon, que solo por él y por sus lugartenientes eran conocidos, sino los movimientos de la Guardia empezados desde la mañana del 2 de setiembre. Esta indicacion bastaba para adivinar que Blucher iba á ser blanco de los golpes de Napoleon. Asi el general prusiano, á pesar de lo fogoso, fiel al plan de ocultarse tan luego como Napoleon asomara, se preparaba á retrogradar, y aunque no se habia pronunciado ya en retirada, avanzaba con tiento. Llegado á Gorlitz, empujó hácia Bautzen á sus avanzadas, pero detuvo su cuerpo de batalla en Gorlitz mismo, y personalmente fué á situarse sobre una altura que se llama Lands-Krone, y desde la cual se descubre toda la comarca desde Gorlitz á Bautzen.

Habiendo llegado Latour-Maubourg y Nansouty el 4 de setiembre á cosa de medio dia, Murat se puso á la cabeza de sus escuadrones, y cayó al galope sobre las avanzadas de Blucher encontradas en los alrededores de Weisenberg á la caida

de la tarde. Inmensos torbellinos de polvo anunciaron su aproximacion, é inmediatamente reconoció Blucher en este vivo impulso la presencia del soberano, á cuya vista no se retrocedia nunca. Acometidas vigorosamente sus avanzadas fueron rechazadas, dejando algunos centenares de hombres sobre el campo. Suspendida fué la persecucion á causa de la noche. Blucher tomó sin demora el partido de repasar el Neisse al dia siguiente, y de no dejar en Gorlitz mas que una retaguardia, que ocupase la ciudad situada de nuestro lado, ínterin se preparaba todo á fin de destruir los puentes.

A la cabeza de sus vanguardias se dirigió Napoleon la mañana del 5 mas allá de Reichenbach, para ver si al cabo podria coger á los prusianos de modo de quitarles la gana de volver tan pronto al avance despues de su partida. Pero á la primera ojeada tuvo el disgusto de reconocer que Blucher se iba á sustraer de nuevo á nuestra aproximacion como los dias 22 y 23 de agosto. Con efecto siguió adelante, y su única satisfaccion fué la de coger ó matar al entrar en Gorlitz á unos mil enemigos. Despues de cruzar la ciudad á paso de carrera, se halló con los puentes del Neisse cortados, y con la retaguardia prusiana acabando de destruir el que la habia servido para libertarse de nuestros golpes.

Desde entonces fué evidente para Napoleon que, de perseguir mas largo tiempo á los aliados, solo sacaria fatigar inútilmente sus tropas y alejarse mas y mas de Dresde. Por consiguiente determinó hacer alto en Gorlitz, pasar allí dos ó tres dias para restaurar los puentes, dar descanso á sus soldados, y reanimar con su presencia al cuerpo de

Macdonald, cuya moral estaba muy quebrantada.

Sin embargo, despachos llegados de Dresde el 5 por la tarde, le hicieron variar su resolucion de nuevo, y le obligaron á no pasar en Gorlitz los dos ó tres dias que habia proyectado. Se le anunciaba efectivamente otra aparicion del ejército de Bohemia sobre el camino de Peterswalde, es decir á espaldas de Dresde, ni mas ni menos que en la época reciente de las batallas del 26 y del 27 de agosto. Otra vez el oficial de ordenanza Gourgaud era órgano de los temores del mariscal Saint-Cir, y narrador muy animado de lo que acontecia en Dresde. ¿Significaba una verdadera bajada del ejército de Bohemia para dirigir un segundo ataque en contra de la capital de Sajonia, á pesar de la ruda acogida que se le hizo en el primero? ¿O se reduciria mas bien á una simple demostracion de su parte, siendo verosímil que, informado á tiempo del movimiento de Napoleon sobre Bautzen, aspirara á llamarle otra vez á Dresde, á burlarse de la prontitud de sus determinaciones, de la agilidad de sus soldados, á cansar á él y á ellos, á agotarlos en movimientos infructuosos, ya contra un ejército ya contra otro, no concediendo jamás la ventaja de que se aproximara bastante á alguno para darle alcance y batirle? Esta última hipótesis era la mas probable, y si Napoleon tuviera esperanza de alcanzar á Blucher, no se apartara de este enemigo para correr sobre el príncipe de Schwarzemberg con la certidumbre de que no habia de aguardarle. Por desgracia ningun sacrificio hacia Napoleon en detenerse, dado que Blucher, tan veloz en marchar hácia atras como hácia adelante, ya estaba fuera de alcance, y natural era que, no teniendo que llevar en Gorlitz nada útil á cabo, se encaminase adonde se presentaba á la sazon un síntoma de peligro y una esperanza de batalla, por leve que fuese aquel y por dudosa que fuese esta. De consiguiente ordenó á su Guardia que no avanzara mas lejos y que tomara descanso, para estar prevenida á ejecutar sus órdenes á otro dia, y personalmente volvió de Gorlitz á Bautzen, para estar mas á la mano de las noticias, y avalorar mas á golpe seguro los informes enviados desde el campo de Pirna. No perdiendo un instante viajó toda la tarde y noche, y llegó el 6 á Bautzen á las dos de la madrugada. De cierto no se podia acreditar mas actividad ni despreciar menos la fatiga, pues salido de Dresde el 3 de setiembre por la noche, llegado á Bautzen el 4 por la mañana, habiendo corrido hasta Weissenberg el mismo dia, y hasta Gorlitz el 5, retornaba durante la noche del 5 al 6 á Bautzen. Desgraciadamente, yendo á pié sus tropas, no podian seguir mas que de lejos la celeridad de sus movimientos.

Efectivamente Napoleon halló en Bautzen los pormenores enviados en nombre del mariscal Saint-Cir por Mr. de Basano, y segun los cuales el grande ejército de Bohemia habia al parecer desembocado de pronto de Peterswalde, con la derecha sobre Pirna, el centro sobre Gieshubel y la izquierda sobre Borna, en todo el ademan de una resolucion seria, y con un vigor de ataque tal que el mariscal Saint-Cir habia considerado oportuno replegar sus cuatro divisiones, retirándose ordenadamente. A la vista de tales peligros, y sobre todo no reteniéndole en Bautzen nada provechoso, Napoleon respondió que iba á partir sin tardanza, de

manera de estar la misma noche del 6 en Dresde, y que haria que le siguiera toda su Guardia. Sin embargo, no siendo fácil engañarle, y no tomando aun esta nueva demostracion por muy seria, expidió sus órdenes en conformidad de lo que pensaba. Siempre fijo en el movimiento sobre Hoyerswerda, desde donde podria al mismo tiempo apoyar á Ney hácia la capital de Prusia y contener á Blucher hácia Gorlitz, no llevó decididamente á la parte de Dresde mas que á la Guardia jóven y vieja, contando unos cuarenta mil hombres de todas armas. A Marmont, que para unírsele estaba en marcha, le dirigió hacia Comenz y Koenigsbruck, desde donde seria fácil llamarle á Dresde ó empujarle sobre Hoyerswerda. Le agregó un fuerte destacamento de caballería para dar caza á los cosacos y enlazarle con Ney y Macdonald. Despues de restablecer á Poniatowski en el desemboque de Zittau, ordenó á este mariscal que se situara en Bautzen, y volviera á armar sus soldados desbandados, y guardar finalmente por lo menos la línea del Sprea con un efectivo que podria elevar á setenta mil hombres, si lograba recoger sus merodeadores. Lícito era esperar que Macdonald se mostrara menos pronto á la retirada y Blucher al avance, estando á dos y no á cinco jornadas de Dresde. Con una modestia que le honraba, el mariscal Macdonald suplicó mucho á Napoleon que le exhonerara del mando en gefe, ofreciendo permanecer y hacerse matar como general de division á la cabeza del 11.º cuerpo, si bien no queriendo ya una responsabilidad harto pesada, y quejándose quizá con la injusticia del infortunio de la poca ayuda de sus lugartenientes. Ya Napoleon no tenia eleccion porque

los generales desaparecian como los soldados, á causa del espantoso consumo que hacia de los unos y de los otros. Oyó á Macdonald, le consoló, le trató como hubiera tratado á un general victorioso, y despues de infundirle aliento lo mejor que pudo, salió para Dresde el dia 7 por la mañana. Mr. de Basano le salió al encuentro, para emplear el ocio del camino en hablarle de los negocios del Imperio y de las noticias llegadas del cuartel general del mariscal Saint-Cir sobre Pirna.

Tras de permanecer una ó dos horas en Dresde, dirigióse á este último punto y se detuvo cerca de Mugeln, donde se hallaban las retaguardias del mariscal Saint-Cir. Véase lo que habia acontecido hácia este lado. Los prusianos y los rusos, sin los austriacos, desembocaron por el camino real de Peterswalde, cuya configuracion hemos dado á conocer oportunamente, y trataron de apoderarse por una parte de la meseta de Pirna, y por otra de la meseta de Gieshubel, y empujaron delante de ellos las cuatro divisiones de Saint-Cir, que ocupaban estas diversas posiciones. Desembocando otro cuerpo á las órdenes del conde Pahlen por el camino de Furstenwald, que habia seguido Pleist cuando los sucesos de Kulma, vino hácia Borna, allí donde, menos enhiestas las montañas, se empiezan á convertir en llanuras. Una inmensa caballería lanzada en esta direccion inquietó mucho á la de Pajol, y á no ser por la energía y el arte de éste, le causara enormes destrozos.

Viéndose estrechado Saint-Cir de esta suerte, replegó su division 42.ª del campo de Pirna á Pirna mismo, y dejando algunos batallones en la fortaleza de Koenigstein, segun costumbre, se trajo las

divisiones 43.ª y 44.ª de Gieshubel á Zehits, y la 45.ª que sostenia á Pajol, de Borna á Dohna.

En esta posicion hallóle Napoleon, no desconcertado, sobre todo menos afectado que aparentó estarlo, y dispuestísimo á volver á tomar la ofensiva. ¿Qué significaba esta nueva aparicion del enemigo? ¿Era una continuacion de la táctica, por cuyo medio aspiraba á agotar las tropas francesas, ó bien un verdadero ataque? Mucho importaba examinar en union de un general tan inteligente como el mariscal Saint-Cir esta cuestion oscura. Con suma confianza y cordialidad le preguntó Napoleon sobre el asunto, pues, aun cuando su carácter no le gustaba gran cosa, tenia en mucha estimacion sus luces, y además en las circunstancias presentes necesitaba contemplar á todos, y especialmente á los hombres de guerra, ya harto fatigados. Por todas estas razones habló con el mariscal Saint-Cir á la larga, y al parecer no quedó convencido de que fuese de veras este último ataque, ni otra cosa que una de las alternativas de los perpetuos vaivenes, que á la sazon semejaban constituir la única táctica de los coaligados. A mayor abundamiento Napoleon no anhelaba otra cosa, segun dijo, que reparar por medio de una accion decisiva todo el daño que le causaron las jornadas de Kulma, del Katzbach y de Gross-Beeren, si bien dudaba con fundamento que, despues de la leccion recibida en Dresde, se expusieran los coaligados á otra de la misma clase. Evidentemente no se querrian presentar de nuevo con la cabeza en la capital de Sajonia y la cola en los desfiladeros del Ertz-Gebirge, y en cuanto á irlos á buscar á mayor distancia, esto es á Bohemia, se resentia de juego aventurado

de sobra, pues consistia en tomar para sí la mala posicion de que huian ellos despues de haberla experimentado. Mas verosímil parecia que, si tornaban á comenzar una empresa á nuestras espaldas, fuese mas atrás todavía, esto es por el camino real de Commotau á Leipsick, y la aparicion de algunos corredores por tal rumbo, notada de dos á tres dias á esta parte, ya inclinaba á Napoleon á pensar en igual sentido, lo cual probaba su sagacidad profunda, segun se verá en breve. Por lo demas repitió que se alegraria mucho de tener encima otra vez al ejército de Bohemia, entre Dresde y Peterswalde, aun cuando no osaba lisonjearse de ello; que no otra cosa le habia llevado á aquel punto; que sus reservas estaban en marcha; que al dia siguiente por la mañana se hallarian en Dresde y por la noche en Mugeln, y que se obraria á tenor de las circunstancias.

El mariscal Saint-Cir opinaba de distinto modo, creyendo en un ataque determinado del príncipe de Schwarzemberg, á juzgar por el vigor con que las divisiones del cuerpo 14.º acababan de ser empujadas dos dias, y sobre todo le asombraba verle avanzar tan cerca de Dresde, si era para una demostracion tan solo. Sostuvo, á la manera que ya lo habia hecho, que hácia Bohemia debia aspirar Napoleon á ganar una gran batalla, y que seria la mas decisiva, á causa de la presencia de los soberanos, cuyo valor convenia quebrantar pronto; á lo cual respondia fundadamente Napoleon que en todas partes la hallaria buena, mejor sin duda contra los soberanos juntos, pero que no dependia de su albedrío tenerla donde deseaba, y que la daria donde se la quisiera brindar la fortuna.

Aun estaba el mariscal Saint-Cir muy fijo en una idea, exactísima á no resentirse de poco verosímil, á saber que á la sazon se habian separado los austriacos de los prusianos y los rusos, pues solo á estos últimos se veia delante, sin un solo destacamento austriaco, en cuyo caso, no contra ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres, sino contra ochenta ó noventa mil á lo sumo habria que venir á las manos, y asi la coyuntura no podia ser mas propicia para caer encima de los coaligados y abrumarlos. Sin embargo, aqui habia una contradiccion singular, pues la separacion de los aliados excluia la idea de una tentativa formal contra Dresde, y Napoleon creia mas bien que, si se habian alejado los austriacos era para preparar una marcha ulterior sobre Leipsick, trasladándose hácia las direcciones capaces de conducir á este punto. Estos raciocinios entre dos militares tan competentes revelaban de lleno en medio de que oscuridades se ve obligado á dirigirse un general en gefe, pero no importaban de ningun modo respecto de la conducta que debia ser observada, pues se estaba de acuerdo en tener con el ejército de Bohemia un gran choque, si queria venir á las manos de seguida, y solo impedia emprenderlo en el instante la ausencia de las reservas, ocupadas en atravesar el espacio entre Bautzen y Dresde. Napoleon se separó del mariscal Saint-Cir para tornar de nuevo el mismo dia á la capital de Sajonia, donde tenia que dar órdenes de todas clases a los diferentes cuerpos de tropas. Se convino en que al primer movimiento del enemigo enviaria el mariscal un oficial que se lo avisara (1).

(1) En el mariscal Saint-Cir aplaudimos sobremanera, además de su mucho talento, la gran independencia de su carácter, solo deploramos que adoleciera de una inclinacion excesiva á la contradiccion, que le hizo cometer mas de una falta en su carrera, tan gloriosa por otra parte. Pero vamos á citar una prueba extraña de inclinacion semejante á propósito de las jornadas, cuya relacion acaba de leerse. Difícil es ver jornadas mas activamente empleadas, si bien no fueran venturosas, pues Napoleon partió de Dresde el 3 por la noche, durmió tres ó cuatro horas en Harta, llegó el 4 por la mañana á Bautzen, pasó allí el dia para asistir á la persecucion del enemigo, durante el dia 5 avanzó hasta Gorlitz para asegurarse por sus propios ojos de si los prusianos querian hacer cara, á la noticia de una nueva aproximacion del ejército de Bohemia regresó á Bautzen aquella misma noche, llegó allí á las dos de la madrugada del 6, expidió allí todas sus órdenes este dia, y fué á dormir á Dresde, donde entró ya de noche, y el 7 por la mañana dirigióse al lado del mariscal Saint Cir para tener la conferencia de que se acaba de dar noticia. Marchando durante las noches, pasando los dias á caballo ó en su gabinete, para fijar las direcciones á una multitud de cuerpos, de los cuales recibia informes á cada instante, Napoleon acreditaba la actividad de un jóven en esta coyuntura. Sin embargo, véanse las palabras textuales del mariscal Saint-Cir en sus Memorias, t. IV, pág. 136 ... «Le quedaba la facultad (despues de la retirada de Blucher) de marchar sobre Schwarzemberg, que avanzaba por la orilla derecha sobre Rumburgo, y de cuya marcha presumo que estaba enterado, como en los dias 3 y 4 lo fué por el cuerpo 11.° de la del ejército ruso. No obstante, los dias 5, 6 y 7, despues de la retirada de Blucher, estuvo en una indecision completa; el 7 hizo que el mayor general escribiera al mariscal Gouvion Saint-Cir una especie de carta de reconvenciones....» Su bus-

Para comprender mejor la dificultad del mando conviene decir que Napoleon y el mariscal Saint-Cir tenian actualmente razon el uno contra el otro. Efectivamente véase lo acontecido entre los coali-

gados. A la primera noticia llegada de Dresde de una marcha de Napoleon á Lusacia, ejecutaron los austriacos un movimiento retrógrado correspondiente en Bohemia al que Napoleon ejecutaba al

car en esta última frase el secreto del juicio emitido por el mariscal Saint-Cir, se puede ver qué grado de exactitud tiene su aserto, tras de la narracion que dejamos hecha. Napoleon marchó el 5 sobre Blucher, regresó el 6 llamado por el mismo mariscal Saint-Cir, no invirtió mas que algunas horas en cerciorarse de si el llamamiento era fundado, horas no perdidas pues despachó órdenes de continuo, y dedicó el 7 á conferenciar con el mariscal, trasladándose a su lado. De consiguiente no perdió los dias 5, 6 y 7 en irresoluciones. Es falso el supuesto de que Napoleon debia estar enterado del pretendido movimiento del ejército austriaco sobre Rumburgo, es decir sobre la orilla derecha del Elba, pues por una parte el ejército austriaco no ejecutó el movimiento de que se trata, y no volvió atrás mas allá de Tetschen, y por otra pudiera muy bien no conocer Napoleon este movimiento aun cuando se efectuara, pues la cortina de montañas y la mala voluntad de los alemanes nos condenaban á ignorarlo todo, hasta el extremo de que, estando juntos Napoleon y el mariscal Saint-Cir el 7 en Mugeln detrás de Pirna, no sabian si tenian delante á los austriacos, á los rusos y á los prusianos, ó solo á los prusianos y á los rusos. De suerte que en el pasage que acabamos de citar es todo inexacto, asi el juicio como las aserciones, y lo ponemos de manifiesto, no como aduladores de Napoleon, papel que dejamos a otros, ni como detractores del mariscal Saint-Cir, pues al revés estimamos mucho su talento y su independencia, sino como historiadores persuadidísimos de las dificultades de la historia. Sin duda parece que debia saber la verdad un testigo de este mérito, colocado tan cerca de los sucesos, habiendo pasado al lado de Napoleon una parte de los dias, durante los cuales supone que no hizo nada, y sin embargo, véase como se ha expuesto á emitir juicios falsos, por no haber leido lo que Napoleon escribió

punto citado, y volvieron á pasar el Elba detrás de la cortina de montañas, entre Tetschen y Leitmeritz. Este movimiento tenia un doble objeto, primeramente el de proveer á los casos imprevistos, con especialidad el de una operacion de Napoleon sobre Praga, y despues el de reponerse algun tanto del rudo sacudimiento experimentado por el ejército austriaco en la batalla de Dresde. Se habia dejado á los prusianos y á los rusos en el camino real de Peterswalde, con ánimo de atraer alli á Napoleon por efecto de demostraciones muy pronunciadas, de libertar asi al ejército de Silesia contra

en el curso de estos dias. Nueva prueba es esta de que no conviene aventurarse á juzgar á los hombres que han figurado en los grandes sucesos, sin conocer sus órdenes, y sobre todo sus correspondencias que contienen las verdaderas razones de su conducta. Y al ver á un personage como el mariscal Saint-Cir, que habia mandado ejércitos, que sabia por experiencia cuán insensatas determinaciones atribuyen á menudo á los que mandan las gentes mal informadas, se convence uno de que no hay que fallar sino en vista de documentos auténticos y tras la compulsacion de los que existen y se pueden haber á las manos. Esto hemos hecho nosotros con atencion escrupulosa, no permitiendonos afirmar sino sobre datos seguros, cotejados unos con otros, no aspirando á ensalzar ni á denigrar á estos ó á aquellos, no figurando como aduladores ni como detractores de Napoleon, convertido para nosotros en un personage puramente ideal, no buscando mas que la verdad, buscandola con pasion, diciéndola en provecho de Napoleon cuando es favorable, y en su daño cuando le condena. La verdad constituye el objeto, el deber y hasta la felicidad de los historiadores veraces. Cuando se sabe avalorar la verdad y cuanto es hermosa, y aun cómoda, porque solo ella lo explica todo, no se quiere, no se busca, no se ama, no se presenta mas que á ella, ó al menos lo que por tal se juzga.

el cual se dirigia, y de proseguir el plan convenido en Trachenberg, mostrándose muy emprendedores donde no estuviera y muy prudentes donde se hallara, hasta el momento en que, ya extenuado por inútiles correrias, se encontrara el medio de abrumarle. Wittgenstein y Kleist, que mandaban á los órdenes de Barclai de Tolly á los rusos y á los prusianos y estaban llenos de ardimiento, no ejecutaron á medias las demostraciones que tenian á cargo, sino que atacaron á las cuatro divisiones del mariscal Saint-Cir á fondo, hasta el extremo de necesitar éste de todo su aplomo, de todo su talento en la guerra defensiva, para salir libre de una derrota. Mientras los cuerpos prusianos y rusos batallaban de esta suerte en Peterswalde, quebrantado todavia Klenau de los golpes recibidos en Dresde, se hallaba entre Commotau y Chemnitz ocupado en rehacerse, enviaba partidarios ora á Zwickau, ora á Chemnitz, y preparaba la operacion decisiva que, sin atreverse aun á intentarla, meditaban siempre los coaligados á nuestras espaldas, si bien ahora en la direccion de Leipsick y no ya en la de Dresde.

Razon tenia Napoleon al creer que no se pensaba en un segundo ataque contra la capital de Sajonia, y que, de emprenderse una nueva marcha sobre nuestras espaldas, se ejecutaria mas lejos, esto es, por Leipsick; y engañandose el mariscal Saint-Cir acerca de estos particulares, tenia razon al discurrir que los prusianos y los rusos se hallaban á la sazon separados de los austriacos, y que podia ser una buena ocasion de acometerlos. A este último dictámen no objetaba Napoleon cosa alguna, y decia muy sensatamente que cualquiera

que fuese la verdad del caso, no quedaba mas arbitrio que aguardar todo el dia 8, para ver qué rumbo tomaba el enemigo, y para dar tiempo á que llegasen la Guardia y la caballeria de reserva. Raro es que solo haya que seguir una conducta, especialmente cuando la situacion se presta á suposiciones contrarias. Asi sucedia ahora, y Napoleon regresó á Dresde el 7 por la noche, pronto á volver á la primera señal en persona, si bien queriendo entretanto velar sobre los movimientos de sus innumerables cuerpos de tropas. Efectivamente, mientras permanecia en acecho, para coger en falta al ejército de Bohemia, ocurrian nuevos sucesos hácia sus alas.

Sin duda se hace memoria de que, al partir de Dresde, primero para dirigirse á Hoyerswerda, y luego para caer sobre Bautzen, citó Napoleon al mariscal Ney para Baruth, con el designio de unírsele, y de apoyar de resultas su movimiento sobre Berlin ó de ir allá en persona. Atraido á Dresde á causa de la aparicion de las cabezas de columnas de Wittgenstein y de Kleist, no creia, segun acaba de verse, en su intencion formal de empeñarse de nuevo sobre las espaldas de la capital de Sajonia, y de consiguiente, para cuando estuviera tranquilo del todo relativamente á este punto, ideaba tornar á sus proyectos sobre la capital de Prusia, y estaba impaciente por saber lo que el mariscal Ney habia ejecutado hacia esta parte.

Este mariscal, enviado para tomar el mando de manos del mariscal Oudinot llegó el 3 de setiembre á Wittenberg, dia mismo en que Napoleon se encaminaba sobre Bautzen, y queriendo ponerse en marcha el dia 5 lo mas tarde, pasó revista á

sus tres cuerpos de tropas, que desde el desastre de Gross-Beeren habian perdido mucho en material, en fuerza numérica y en disposiciones morales.

El material se habia reemplazado por medio del depósito establecido en Wittenberg; la fuerza numérica no pudo ser restablecida, porque en la batalla de Gross-Beeren se perdieron como doce mil hombres, unos muertos ó heridos, otros dispersos y que andaban completamente á la desbandada por los caminos. Se volvieron á recoger los que eran franceses, y se les puso un fusil al hombro; pero estos formaban la minoría, y asi los tres cuerpos de tropas ascenderian á lo sumo, aun incluyendo la caballería del duque de Padua, á cincuenta y dos mil hombres, en lugar de los sesenta y cuatro mil que contaban á la vuelta á las hostilidades. En cuanto á las disposiciones morales ya no tenian aquella ciega confianza en sí mismos, que las jornadas de Lutzen y de Bautzen les habian inspirado, y que el primer revés sufrido acababa de quebrantar de una manera profunda. No estaban satisfechos los gefes. Aunque deseoso el mariscal Oudinot de que se le exhonerase del mando, no podia ver con gusto el envio del mariscal Ney, que parecia ser una condenacion de su conducta. Descontento el general Reynier del mariscal Oudinot, propensisimo á estarlo tambien del mariscal Ney, juntando á su propio enojo el de los sajones á quienes mandaba, no podia ser un lugarteniente animado de muy buena voluntad, aun cuando siempre dispuesto á cumplir su deber sobre el campo de batalla. Por último, del general Bertrand invariablemente adicto al servicio del emperador,

era de quien el mariscal Ney tenia que recelar menos, si bien esperara una situacion mas independiente que la que le habia tocado. A todo esto el mariscal Ney, no habiendo ejercido casi nunca el mando en gefe, aunque hubiese tenido numerosas reuniones de tropas bajo sus órdenes directas, no fijándose en sus instrumentos y apremiadísimo á emplearlos, pasó revista á sus tres cuerpos el dia 4, y les anunció que al dia siguiente se emprenderia la marcha. Citado á Baruth, debia trasladarse de Wittenberg á Juterbock, escurriéndose en cierto modo de izquierda á derecha, con el fin de ocultarse del ejército enemigo, que se hallaba entero delante de Wittenberg, provisto de una inmensa caballería, y teniendo asi ojos por todas partes.

Delante de Wittenberg estaba alineado el ejército francés en semicírculo, con el 7.º cuerpo del general Reynier á la izquierda, el 12.º, del mariscal Oudinot en el centro, el 4.º, del general Bertrand, á la derecha. Tan estrechados se veian por el ejército del Norte que las avanzadas se hallaban en choque continuo. Obrando aqui el mariscal Ney muy hábilmente, dejó su derecha formada por el 4.º cuerpo delante del contrario durante la mañana toda del 5, y emprendió el movimiento proyectado con el centro, compuesto del cuerpo 12.º Por detrás de su derecha llevóle en direccion de Zahna, y fué á arrebatar este punto al cuerpo prusiano de Tauenzien. Un riachuelo habia que cruzar en la aldea misma de Zahna; forzado, fué á pesar de alguna resistencia, y se desembocó al otro lado. El 7.º cuerpo, que formaba la izquierda, apoyó los esfuerzos del 12.º sobre Zahna, y

luego que hubieron desfilado uno y otro, habiendo ocupado ya el 4.º bastantemente al enemigo, levantó su campo y se juntó al resto del ejército que en un dia hallóse asi en Seyda, á cinco leguas de Wittenberg sobre la derecha. Este movimiento, ejecutado pronta y valerosamente, nos costó unos mil hombres y doble número á los prusianos. Sin embargo, se trataba de saber, si precedidos, flanqueados, seguidos por una inmensa caballería, observados en todos nuestros movimientos, nos seria posible continuar esta marcha de flanco sin ser asaltados por el enemigo, y heridos en el mismo flanco que le presentábamos inevitablemente.

Si Napoleon formara generales en gefe, en lugar de formar admirables lugartenientes, sola clase de alumnos que podia salir de su escuela, puesto que nunca les permitia ser otra cosa, no se expusiera á ver interpretadas sus órdenes como lo fueron en esta coyuntura. Aun cuando hubiera prescripto al mariscal Ney que se trasladara á Baruth, lo cual implicaba la necesidad de un movimiento de flanco y absolutamente á la vista del contrario, menos sumiso difiriera la ejecucion de sus órdenes mas bien que aventurarse á una batalla general, dada en posicion falsa y contra fuerzas infinitamente superiores. Pero, acostumbrado el mariscal Ney á no examinar el valor de las órdenes de Napoleon, no pensando mas que en atemperarse puntual y hábilmente á ellas, haciéndose aun mas confiado de resultas de su operacion feliz del dia 5, prosiguió su movimiento de izquierda á derecha sin vacilacion alguna.

Sobre Juterbock habia que penetrar al dia siguiente, y luego hasta Baruth ya no quedaba mas

que una marcha. Determinó el mariscal Ney que el general Bertrand, que continuaba formando la derecha del ejército con el 4.º cuerpo y estuvo menos empeñado el dia antes, marchara el primero sobre Juterbock á las ocho de la mañana, y que le siguiera el general Reynier con el 7.º y el mariscal Oudinot con el 12.º Estando el enemigo tan sobre aviso y tan cerca, fuera mejor marchar en masa, perfectamente apretados unos con otros, sobre todo operando un movimiento de flanco y de dia con cincuenta mil hombres y contra ochenta mil combatientes. Pero los tres cuerpos se hallaban á dos horas de distancia unos de otros, y para colmo de desventura, caminaban por una llanura arenosa, y con un viento que levantaba nubes de polvo, totalmente impenetrable á la vista.

Desde las ocho de la mañana hasta medio dia, continuaron el avance, siempre hostigados de flanco por una numerosa caballería, que iba conteniendo la nuestra no sin gran trabajo. No cabia dudar que Bernadotte estaria enterado de nuestro proyecto, y que para obstruirnos el camino de Juterbock se moveria en masa, segun la direccion que habia tomado y segun el número de sus ginetes. Pero si se llegaba al desfiladero de Dennewitz, que habia que cruzar indispensablemente antes de que alli se encontrase al enemigo en masa, se podia muy bien forzar el paso este y llegar á Juterbock los primeros. Entonces todo el ejército francés se hallaba fuera de peligro, y el príncipe de Suecia quedaba reducido á seguirle a la cola, sin esperanza de darle alcance.

Repentinamente fueron asaltados á eso de medio dia por la metralla, partida del seno de una

nube de polvo. Sin saberlo se hallaban en presencia del cuerpo de Tauenzien, empujado la víspera por delante, estándolo todavía ahora, y ya tocaban al desfiladero de Dennewitz, único paso algo difícil que habia que superar en el curso de esta llanura. Véase en qué consistia el desfiladero.

Trasversalmente, y delante de nosotros, corria un arroyo poco profundo, si bien muy pantanoso, yendo de Niedergorsdorf á Juterbock, y que no se podia cruzar mas que por dos puntos, por Dennewitz ó por Rohrvech. Llegado á este sitio, despues de correr de nuestra izquierda á nuestra derecha, torcia para penetrar rectamente por delante de nosotros hasta Juterbock, pequeña ciudad ante la cual corria, describiendo diversos contornos. Cruzando á Dennewitz el camino real de que necesitábamos para nuestros parques en aquel océano de arena, habia que forzarlo sin remedio en Dennewitz mismo. Allí acudió el general Bertrand atraido por la metralla, y habiéndose disipado un momento la nube de polvo, reconoció á los prusianos. Se le alcanzó que habia que arrollarlos y que trasponer el desfiladero de Dennewitz á pesar de ellos. A su turno acudió el mariscal Ney, vió que no habia que hacer otra cosa, é inmediatamente dispuso que se llevara á cabo.

A la cabeza marchaba la division italiana de Fontanelli. Seguido este general de algunos batallones entró en Dennewitz, atropellando á un destacamento prusiano, y pasó de esta suerte el arroyo. Pero no en la misma aldea de Dennewitz, sino al otro lado, y sobre excelentes posiciones extendidas delante de nosotros hácia la izquierda, era donde habia determinado resistirnos el enemigo, oponiéndonos cuantas fuerzas tenia á la sazon juntas. Por fortuna en aquel instante solo tenia el cuerpo de Tauenzien sobre el terreno; el de Bulow avanzaba á toda prisa; los suecos y los rusos movíanse tambien diligentes, pero aun se hallaban á larga distancia. Si por su parte precipitaban su marcha todos los cuerpos franceses, no era imposible que llegaran á tiempo de cruzar el desfiladero, destrozando á Tauenzien y quizá á Bulow de igual modo.

Apenas pasó de la aldea de Dennewitz la division italiana, cayeron sobre ella miles de ginetes con una artillería numerosa, pero no se dejó arrollar por tales fuerzas. A la salida de Dennewitz nos hallábamos sobre una llanura limitada en el horizonte por bosques, y terminada á la izquierda por alturas, encima de las cuales habia un molino. Hácia la derecha se descubria á Juterbock en lontananza. Siempre habilísimo el mariscal Ney sobre el terreno, dirigió personalmente las disposiciones todas. A la izquierda y junto al molino de Dennewitz situó á la hermosa division de Morand, cuyo valor duplicaba este caudillo con su presencia, en el centro á la division italiana, y á la derecha y en direccion de Juterbock á la division wurtembergüesa. Bien apostada nuestra artillería sobre las partes salientes del terreno, contuvo á la de Tauenzien, y aun obligóla á que callara. Entonces la numerosísima caballería enemiga se arrojó sobre la nuestra, que respondió á la carga, si bien fué rota. Vivamente perseguidos algunos de nuestros escuadrones, se precipitaron por entre los huecos de los batallones italianos, que no se atrevieron á disparar los fusiles por miedo de herir á nuestros ginetes. Privándose así dos de estos batallones de sus

fuegos fueron destrozados por la caballería contraria, cosa que produjo algun desórden en nuestra línea. Ante este espectáculo el general Bertrand tomó dos batallones del regimiento 13.º, avanzó á la izquierda, y cubriendo nuestra línea quebrantada, dió lugar á que se rehiciera. Le cayó encima toda la caballería prusiana y rusa, pero la recibió en cuadros, é hizo impotentes todos sus esfuerzos. Sin embargo, conviniera que llegaran nuestros cuerpos, dado que se aproximaban los del enemigo, y ya desde la aldea de Niedergorsdorf, situada mas arriba de Dennewitz, se veia desembocar el cuerpo de Bulow, fuerte de veinte y cinco mil prusianos muy animosos. Anticipándose el general Bulow á las órdenes de Bernadotte, como en Gross-Beeren, habia andado muy de prisa, y sus cabezas de columnas asomaban hácia nuestra izquierda, al par que no se descubria ni á Reynier ni á Oudinot sobre nuestra espalda. Desembocando las columnas de Bulow de Niedergorsdorf, muy pronto encontraron á los dos batallones del regimiento 13.º, que Morand habia apostado á la izquierda sobre una cumbre, para servir de apoyo á nuestra línea de batalla. Estos dos batallones se mantuvieron firmes, pero agobiados por el número á la postre, se vieron obligados á ceder el terreno en que se hallaban establecidos. Situada nuestra artillería algo detrás y de la parte de arriba, protegiólos, abrumando á los prusianos de metralla. Ney, convertido de general en gefe en general de division, tomó dos batallones del regimiento 8.º, tambien pertenecientes á la division de Morand, los llevó adelante, y reconquistó el terreno, que á pesar suyo habian perdido los dos batallones del regimiento 13.º

Al mismo tiempo despachó oficiales tras oficiales á Reynier y á Oudinot para acelerar su llegada. Desplegóse todo el cuerpo de Bulow, pero empeñada toda la division de Morand sucesivamente hizo cara á todas las fuerzas del enemigo. Estrechada por oleadas de caballería, las recibió en cuadro, y formóse alrededor un baluarte de ginetes enemigos, muertos ó desmontados. Asi se sostuvo por quince mil hombres contra unos cuarenta mil el combate.

Empezada á medio dia esta desigual lucha, ya hacia tres horas que duraba con eventualidades diversas, sin poder conseguir que abandonasemos el desfiladero que mas allá del arroyo de Dennewitz habiamos conquistado. No obstante, se descubria distintamente al ejército ruso y sueco avanzando á marchas forzadas sobre la aldea de Golsdorf situada á nuestra izquierda, mas acá del arroyo que habiamos cruzado, y formando un angulo recto con dicha corriente. Ya tenia allí Bulow un destacamento, y si continuaban los progresos del enemigo podian quedar interceptadas las comunicaciones entre nuestras tropas comprometidas y las que aun estaban en marcha. Oyendo el cañoneo Reynier y Oudinot, á quienes por un enorme yerro dejó Ney á muy larga distancia de Bertrand, bien que, habiéndolo oido ya el dia antes, y envueltos por una nube de polvo que les impedia ver los objetos, no se creyeron en la obligacion de acelerar el paso. Avisados finalmente, se dieron mas prisa, y tomando el cuerpo 7.º la delantera al 12.º, llegó á disminuir la desigualdad de fuerzas bajo que iba á sucumbir el 4.º

Segun las órdenes de Ney, reducidas á formar-

se en horca sobre nuestra izquierda, para contener á Bulow y hacer cara á los suecos y á los rusos que se estaban aproximando, detenido Reynier un instante por los bagages del 4.º cuerpo, empujó por delante á la division francesa que le infundia mas confianza, la de Durutte, y situóla detras de Dennewitz mas aca del arroyo. Apostada allí esta division sobre un ribazo, podia hacer gran uso de su artillería, y lo hizo en efecto. Reynier dirigió la division sajona de Lecoc sobre Golsdorf, y mantuvo su segunda division sajona, la de Lestoc, en reserva. Tan luego como se ejecutaron estas disposiciones, trasladándose el general Durutte al seno del angulo trazado por nuestra linea, atajó á los prusianos que desembocaban de Niedergorsdorf. Por su parte la brigada de Mellentin, de la division sajona de Lestoc, penetró en Golsdorf, desalojó de allí á los prusianos, y de esta suerte impidió al enemigo que se estableciera sobre nuestra izquierda. Así se sostuvo la lid con encarnizamiento enmedio de nubes de polvo, que no permitian ver otra cosa que las tropas que se tenian inmediatamente delante.

Al cabo llegó Oudinot, pasó por detrás de los cuerpos que le habian precedido, y descubriendo la tempestad que nos amenazaba hácia la izquierda, pues cuarenta mil suecos y rusos marchaban sobre Golsdorf por este lado, situó detrás de los sajones de Lestoc dos de sus divisiones, y mantuvo en reserva la otra. Merced á este refuerzo, y salvo cualquier accidente, aun era posible que los cincuenta mil hombres de Ney hiciesen cara á los ochenta mil enemigos que se les echaban encima, y que lograsen llegar á Juterbock sin descalabro.

Pero á la sazon un gran esfuerzo de Tauenzien

y de una mitad de Bulow sobre el cuerpo de Bertrand debilitado por una larga lucha, le obligó á que se replegara, y á eso de las cuatro de la tarde cedió terreno, despues de perder tres mil hombres, no repasando el arroyo de Dennewitz, sino apoyándose algo á la derecha hácia Rohrbeck, y permaneciendo siempre delante del arroyo. Demasiado preocupado Ney con lo que tenia delante de los ojos, y no pensando suficientemente en el conjunto de la batalla, temió que Dennewitz quedara al descubierto de resultas del movimiento de Bertrand, y ordenó á Reynier que reemplazara á la division de Durutte en Dennewitz mismo. Al mismo tiempo dispuso que Oudinot se trasladara de Golsdorf, donde servia de apoyo á los sajones, á Rohrbeck, para formar detrás de Bertrand en reserva. Esta era una falta doble, porque despues de aproximarse Bertrand á Rohrbeck, nuestra derecha se hallaba menos en peligro que nuestra izquierda replegada en horca y amenazada por la irrupcion de cuarenta mil enemigos. Al recibir el general Durutte la órden por conducto del general Reynier, abandonó con una de sus brigadas la buena posicion en que se hallaba detrás de Dennewitz, pasó el arroyo, y apoderóse del molino de Dennewitz desamparado por Bertrand. Su segunda brigada reducida á sus propias fuerzas no fué bastante á guardar el seno de nuestro ángulo. En el mismo instante dejó Oudinot su lado izquierdo, de que era apoyo indispensable para ir al lado derecho. Entonces la division prusiana de Borstell, apoyada por una nube de caballería y por toda la artillería rusa y sueca atacó á Golsdorf, quitándoselo á la brigada sajona de Mellentin. Antes de su retirada afanóse Oudinot

por ayudar á los sajones á recuperar á Golsdorf, si bien obligado á seguir su movimiento, los abandonó muy luego á su suerte. Los sajones, que por honor se habian portado bien hasta ahora, aunque el odio estuviera pronto siempre á acallar el honor en su alma, creyéndose abandonados por los franceses, á pesar de batirse por su causa, viendo delante avanzar la masa de los suecos y de los rusos, empezaron á retroceder sobre el terreno. Al descubrir pérfidos alarmistas las oleadas de polvo, que levantaban las tropas de Oudinot en su movimiento de Golsdorf á Rohrbeck, dijeron ser la caballería enemiga que habia rebasado á las tropas francesas. Ante este susurro se desbandaron los sajones á pesar de los esfuerzos de Reynier, desertaron de Golsdorf, dejaron nuestra izquierda enteramente al descubierto, se lanzaron atropelladamente sobre Oudinot y pasaron por entre sus filas. Desgraciadamente se habian acumulado todos los parques y bagages en lo interior del ángulo formado por nuestra línea de batalla. Horrorosa confusion hubo entonces, y por todas partes empezó una verdadera derrota. Sin embargo, obligada la division de Durutte á evacuar á Dennewitz, retiróse ordenadamente. Oudinot, sobre quien se replegó de tropel la izquierda no se movió un paso, y Bertrand pudo repasar sano y salvo por la aldea de Rohrbeck el arroyo tan disputado. Asi y todo estaba perdida la batalla, pues se habia cedido el terreno del combate, el camino de Juterbock se hallaba cerrado, y de consiguiente quedaba por conseguir el objeto. Siete ú ocho mil de los nuestros y ocho ó nueve mil de los contrarios yacian tendidos sobre la llanura. Pero, huyendo á todo correr diez ó doce mil de nuestros

soldados, sobre todo bávaros y sajones, iban á propalar junto al Elba que el ejército francés se encontraba derrotado y aun destruido. Tal era el desórden muy acrecentado por la circunstancia fatal del denso polvo que, oyendo muchos batallones sajones galopar en rededor suyo y juzgando ser la caballería francesa, no se pusieron en defensa, y solo echaron de ver su error cuando ya no tuvieron tiempo de formarse en cuadros. Algunos fueron acuchillados, los mas cogidos. Para estos era la libertad en vez del cautiverio, y fuerza es quejarse mas bien de su fidelidad que de su arrojo, pues se batieron perfectamente, hasta la hora en que pudieron abandonarnos para irse á las filas en donde estaban sus afecciones. Una mitad del cuerpo sajon y otra porcion igual de la division bávara se marcharon aquella noche y al dia siguiente. Ocultándose los sajones en las aldeas, retornaron sin gran trabajo á su pais que estaba cerca Hácia el Elba corrieron los bávaros para volver en guisa de merodeadores á su patria. Ya no habia medio de replegarse hácia Wittenberg dejado siete ú ocho leguas á la izquierda en la marcha del ejército sobre Juterbock, ni habia mas retirada posible que sobre Torgau, punto que se debia hallar á la espalda al retroceder junto al Elba. Alli se retiró pues el mariscal Ney bastante ordenadamente, bien que despues de perder veinte bocas de fuego á causa de morir los caballos, y quince mil hombres y mas, entre los cuales pasaban de la mitad los desertores. Se hallaba reducido á treinta y dos mil combatientes. Fieles continuaban los italianos segun costumbre, y se habian batido á maravilla. Los wurtembergueses conservaron su apostura militar excelen-

te. Entre los desbandados se contaban á la verdad algunos reclutas franceses, si bien en número escaso, y no alejándose mucho del ejército que en aquellos paises distantes era su verdadera patria.

Bajo el cañon de Torgau hallóse el mariscal Ney el 8 de setiembre con todas sus tropas Segun debia esperarse, entre los diversos estados mayores reinaba acrimonia extremada. Ney se quejaba de la lentitud de Reynier y de Oudinot, pero sobre todo de la débil ayuda del primero, cuyas divisiones sajonas flaquearon en lo mas crítico del lance. Reynier, defendiendo á los sajones, acusaba al mariscal Ney de haberlo comprometido todo de resultas de la falsa maniobra, que habia llevado las divisiones de Oudinot de izquierda á derecha. Oudinot, el menos acre de los tres, manifestaba que habia marchado tan presurosamente como se le previno, y achacaba la falta de su lentitud al general en gefe, que no habiendo sabido prever la batalla, no tuvo aquel dia sus cuerpos de tropas bastante inmediatos unos á otros.

Al alcance de todos se halla lo que puede haber de verdad en estas tristes recriminaciones con el simple relato de los hechos precedentes. La cita en Baruth señalada por Napoleon de una manera general, y tomada demasiado á la letra por el mariscal Ney, que se apresuró á ejecutar un movimiento de flanco aventurado y prolongado sobremanera: este movimiento, bien ejecutado el primer dia, no tanto el segundo, y sin precauciones bastantes: la lenta llegada de los cuerpos, imputable al general en gefe, y algo tambien á sus lugartenientes, que por su parte debieron preveer una batalla y tenerla por segura al oir el cañoneo; la fatal circunstancia del viento y del polvo, que levantaba entre todos los cuerpos una nube impenetrable á la vista; el ardor de Ney en el fuego, que le impulsó á absorberse en el mando de un cuerpo solo, en vez de atender al conjunto; la órden sensible dada á Oudinot para dejar la izquierda por la derecha; y por último, la inclinacion de los aliados á desbandarse; tales fueron las causas de la pérdida de esta batalla, algunas de ellas accidentales sin duda, bien que las mas de ellas se enlazaban á las generales, señaladas tantas veces por nosotros, y que amenazaban á nuestras cosas con próxima ruina.

Llegado á Torgau encontró allí Ney lo que llamaba una especie de *infierno*. Además del descontento de los soldados y de las recriminaciones de los gefes que le era forzoso aguantar, además de la barahunda de fugitivos á quienes necesitaba hacer entrar en órden, además de la dificultad de proveer á cuanto hacia falta, sobre todo á la aproximacion del enemigo que ya estaba casi á las mismas puertas de Torgau, le asaltaba á Ney el recelo de ver insurreccionarse á los sajones. Enfrenándolos poco Reynier, que mal humorado abogaba por ellos en demasía, le amenazaban con la defeccion sin rebozo. Se habia prescripto llevar ganado á la orilla derecha del Elba, para abastecer la plaza de Torgau y al ejército mismo. No solo se negaron los sajones á ejecutarlo, sino que se apoderaron de un parque recien reunido y distribuyeron las cabezas de ganado á los paisanos sajones del contorno. De semejante desobediencia á la rebelion, no habia mas que un paso. Por lo demás no movia á estrañeza que en un ejército compuesto de tan diferentes elementos produjesen este quebranto moral dos

batallas perdidas en el curso de doce dias; antes bien asombrara que pasasen de otra manera las cosas. Ney, á semejanza de Macdonald y de Oudinot, escribió al emperador para suplicarle que le exhonerara del mando.—Prefiero, decia noblemente, ser granadero á ser general en tales condiciones: pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansío que sea con provecho (1).—Apoyado sobre

(1) Véase esta curiosa carta, que pinta la situacion mejor que cuanto pudiera decirse.

El príncipe de la Moskowa al mayor general.

Wurtzen, 10 de setiembre de 1813.

«Deber mio es declarar á V. A. S. que es imposible sacar buen partido de los cuerpos de tropas 4.°, 7.° y 12.° en el estado de organizacion que tienen actualmente. Por derecho estos cuerpos están juntos, si bien no lo están de hecho: cada uno de los generales en gefe obra poco mas ó menos segun cumple á su seguridad propia; y me es dificilísimo obtener una situacion en el punto á que las cosas han llegado. Singularmente quebrantada se encuentra la moral de los generales y de casi todos los oficiales; mandar de este modo no es mas que mandar á medias, y preferiria ser granadero. Os ruego, señor mio, que alcanceis del emperador ó que sea ya solo general en gefe, teniendo á mis órdenes nada mas que generales de division de ala, ó que se digne apartarme de este infierno. Juzgo que no necesito hablar de mi adhesion; pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansío que sea con provecho. En el actual estado únicamente la presencia del emperador podria restablecer el conjunto, porque todas las voluntades ceden á su genio, y todas las pequeñas vanidades desaparecen ante la magestad del trono.

»Tambien debe estar V. A. S. enterado de que manifiestan malísimo espíritu las tropas extrangeras de todas las naciones, y de que ofrece dudas, si la caballería que aquí tengo es mas nociva que provechosa.»

Torgau y sobre el Elba, podia Ney embarazar algunos dias el paso del rio, aunque no disputarlo por largo tiempo, al menos sin nuevos socorros, y especialmente contra la reunion de fuerzas que era fácil prever hácia esta parte de nuestra línea de defensa.

Mientras ocurrian estos sucesos, vuelto Napoleon á Dresde el 7 por la noche, fué llamado de nuevo el 8 por la mañana cerca del mariscal Saint-Cir al campo de Pirna, para hacer cara á los rusos y á los prusianos, que al parecer insistian en el ataque hasta el extremo de hacer verosímil una empresa séria. Napoleon deseaba que asi fuera; mas ¡ah! que no lo esperaba. Su grande tacto militar no le permitia creer que cuando hubiera una operacion formal se intentara por Dresde, tras de lo acontecido durante los dias 26 y 27 de agosto. No creia mas que en una simple demostracion por tanto: sin embargo, dirigióse á Pirna con su Guardia y una porcion de la caballería de reserva, de vuelta de Bautzen aquella misma mañana, y trasladóse otra vez al lado del mariscal Saint-Cir para concordar lo que se debia hacer á vista de esta nueva ocurrencia.

No habiendo descubierto los rusos y los prusianos ni la Guardia, ni la caballería de reserva, que señalaban la presencia del emperador de contínuo, persistieron en su movimiento ofensivo, y Saint-Cir que retrocediendo habia llegado hasta las márgenes del riachuelo Muglitz cerca de Mugeln, no queria repasarlo. Este riachuelo, nacido en las montañas de Bohemia, va á desaguar cerca de Mugeln en el Elba. Repasándolo se abandonaban definitivamente las alturas y del todo se quedaba

repelido hácia el llano. Con la mira de tornar á la ofensiva muy pronto, quiso el mariscal Saint-Cir mantenerse mas allá del Muglitz y defendió la orilla con quedarse en Dohna. Llegando Napoleon el dia 8 por la mañana, mucho antes que los refuerzos que debian seguirle, pensó al modo que el mariscal Saint-Cir, que con la certidumbre de ser apoyado muy luego, el cuerpo 14.° podia avanzar en masa contra el enemigo sin dejar ninguna reserva. Con efecto, se formaron al punto las tres divisiones del cuerpo 14.° en columnas de ataque, y empujaron vigorosamente de abajo á arriba á las tropas de Wittgenstein y de Kleist. De un lado recuperóse la meseta de Gieshubel en el camino de Peterswalde, y de otro fueron arrolladas en direccion de Liebstadt las masas que se tenian al frente por el camino de Furstenwalde. No obstante, los coaligados se replegaron sin precipitacion alguna, y de manera de dejar duda sobre la actitud que tomarian al dia siguiente. ¿Se retiraban ó se mantendrian firmes? Tal era la cuestion que ni Napoleon ni el mariscal Saint-Cir se hallaban en disposicion de resolver todavia. Por lo demás resueltísimos á marchar enérgicamente contra el enemigo á la otra mañana, si pensaba hacerles cara, pasaron juntos el dia y comieron en union de Murat y Berthier á uso de guerra, ó por decirlo asi, del bivaque.

En este momento, el 8 por la noche se supo la noticia de la pérdida de la batalla de Dennewitz por conducto de un ayudante. Este era el cuarto suceso infausto despues de las dos grandes victorias de Dresde, pues contábamos ya el del Katzbach, el de Gross-Beeren, el de Kulma y el de Dennewitz, sin

un solo triunfo para compensar estos duplicados golpes de la fortuna. Sobre todo este último tenia gravedad inmensa, porque además del efecto moral creciente, con la serie de desgracias, situaba en peligro la parte inferior del Elba, y nos exponia á ver cruzado este rio por nuestra izquierda, al par que, bajando del Erz-Gebirge el ejército de Bohemia sobre nuestra derecha, amenazara definitivamente rebasarnos, y juntarse al cuerpo que por Wittenberg hubiese pasado el Elba. Al punto se le alcanzó á Napoleon la trascendencia de este suceso. Sin embargo, permaneció tranquilo, y ni á los ojos maliciosamente escudriñadores del mariscal Saint-Cir dejó que se trasluciera la mas leve señal de alteracion ni de enojo contra el mariscal Ney. Sin duda fuera disculpable un momento de arrebato: con todo, en esta expansion familiar de militares que hablaban entre sí de la profesion de las armas, no apareció que juzgara lo que acababa de acontecer sino bajo el aspecto del arte.—¡Dificilísimo oficio es el nuestro! exclamó varias veces, y como penetrado de las dificultades de este grande arte, al cual solo el de gobernar supera; expuso con admirable exactitud de crítica y sin severidad alguna las faltas cometidas durante esta corta campaña de tres dias, empezada en Wittenberg y concluida en Torgau tan pronto. Jamás quiso ver en estas faltas otra cosa que una prueba de las dificultades del oficio; á menudo repitió que la guerra era una cosa singularmente árdua, que se necesitaba de mucha indulgencia respecto de los que se dedicaban a este ejercicio, y personalmente acreditó la mas rara equidad, como si un presentimiento sobrehumano le advirtiera entonces que muy

luego necesitaria él mismo de esta justicia indulgente que reclamaba para los generales desafortunados. Arrastrado por el fuego de la conversacion, en que era deslumbrador siempre que se entregaba á ella, dijo que los generales no dedicaban suficiente reflexion á sus operaciones; que, si llegaba á tener tiempo, se proponia escribir un libro, donde se les enseñaran los principios de la guerra, de modo que la aplicacion fuese clara y fácil para todos, y habló de este proyecto de escribir un dia, como si previera que pasaria los seis últimos años de su vida en un cruel destierro, reducido á escribir sobre una roca del Océano. El mariscal Saint-Cir, á quien hacia á veces paradojista su propension á llevar la contraria, sostuvo que el general nacia y no se hacia, que los generales en envejecer en el ejercicio de su profesion ganaban poco, y que el mismo Napoleon habia hecho su mas hermosa campaña á los veinte y seis años. Napoleon concedióle que sin duda, cuando los generales no se hallaban dotados por la naturaleza con ciertas facultades, les aprovechaba poco la experiencia, y engolfándose en lo pasado, dijo.—Solo hay uno, que meditando continuamente sobre su oficio, ha ganado en envejecer, y es Turena...—

Asi despues de una noticia terrible, que variaba su posicion de una manera considerable, pasaba Napoleon la velada disertando sobre su arte, y embelesando á sus oyentes, á pesar de no ser benévolos todos. ¡Hombre singular y prodigioso, que, no habiendo nacido flemático, llegaba por virtud del poder de su talento á sacudirse de sus negocios presentes, á darlos al olvido, á desdeñarlos, á juzgarlos desde la altura del águila, que de un raudo

vuelo se escapa de la tierra para cernerse en las eminencias del cielo!

Sin embargo, no se forjaba ilusiones, y discurriendo que en su vasto imperio todo se habia previsto para la conquista y nada para la defensa, quiso que de un modo indirecto llegara al ministro de la Guerra la órden de dedicar la atencion á las plazas del Rhin. Escribir personalmente al duque de Feltre, que empezaba á dudar de la posibilidad de mantenerse en Alemania, era una confesion costosa y sobre todo preñada de peligros, pues la emocion del que recibiese esta confidencia podria muy bien dar márgen á que fuera divulgada. Por consiguiente ideó aquella misma noche que Mr. de Basano escribiera al ministro Clarke una carta en cifra y concebida en los términos siguientes:

8 de setiembre de 1813.

«De tal modo se atropellan los sucesos, que, aun dejando á S. M eventualidades felices y brillantes, exige la prudencia que se prevean contrarias. Creo propio de mi deber, querido duque, explicarme con vos confidencialmente.

»No es el ejército ruso nuestro mas peligroso enemigo. Ha experimentado pérdidas de monta, no está reforzado, y exceptuando su caballería, que es bastante numerosa, no representa mas que un papel secundario en la lucha en que se halla metido. Pero la Prusia hace grandes esfuerzos. Una exaltacion llegada al mas alto punto ha favorecido por extremo al partido que ha abrazado su monarca. Sus ejércitos son considerables, sus ge-

nerales, sus oficiales, sus soldados, están muy animosos. Con todo, Rusia y Prusia no hubieran ofrecido mas que obstáculos débiles á nuestras huestes, pero la accesion de Austria ha complicado la cuestion de una manera extraordinaria.

»Aun es nuestro ejército brillante y numeroso, por mucho que le hayan costado las victorias adquiridas; pero cansados los generales y los oficiales de la guerra, no tienen ya aquel movimiento que les impulsaba á dar cima á grandes cosas. Se halla demasiado extendido el teatro. Siempre que el emperador se presenta, sale triunfante; pero no puede estar en todas partes; y pocas veces corresponden a sus esperanzas los gefes que mandan aislados. Ya sabeis lo que le pasó al general Vandamme. El duque de Tarento ha experimentado reveses en Silesia, y el príncipe de la Moskowa acaba de ser batido al marchar sobre la capital de Prusia.

»En tales circunstancias y con el genio del emperador aun se puede, mi querido duque, esperarlo todo. Pero tambien cabe en lo posible que las eventualidades contrarias influyan de una manera funesta sobre los negocios. No se debe temerlo demasiado, pero si considerarlo posible y no descuidar nada de lo que exige la prudencia.

»Os presento este cuadro á fin de que lo sepais todo y de que obreis en consecuencia.

»Bien haríais en velar para que las plazas se pusiesen en buen estado y se juntase dentro mucha artillería, pues tenemos á menudo pérdidas muy ensibles de esta clase. Secretamente deberíais entenderos con el director general de provisiones, para hacer en las plazas del Rhin acopios extraordinarios, y últimamente para aprestar de antemano cuanto conviene, á fin de que en circunstancias extraordinarias no experimente S. M. nuevos embarazos y de que no os coja desprevenido.—Ya conoceis que, al escribiros de este modo, he reflexionado bien sobre todo lo que pasa á mi vista, con la seguridad de que en nada de esto hago cosa que á S. M. pueda servir de disgusto. Quizá un gran triunfo lo cambie todo, y vuelva á poner los asuntos en el estado próspero en que la inmensa ventaja conseguida por S. M. los tenia ya colocados.

»Acusadme, si os place el recibo de esta carta.»

Al dia siguiente 9 se dirigió Napoleon desde muy temprano sobre el terreno, para observar con sus propios ojos los movimientos del enemigo, y prescribir en consecuencia sus disposiciones. A la mano tenia el primer cuerpo, recien organizado por el conde de Lobau, y apostado delante de Zehist sobre el camino de Peterswalde, el 14.º alineado á las órdenes del mariscal Saint-Cir delante de Dohna, sobre el camino de Furtenswalde. Algo detrás en Mugeln, si bien en disposicion de obrar, tenia las tres divisiones de la Jóven Guardia á las órdenes del mariscal Mortier, y la caballería ligera de la Guardia á las de Lefebvre Desnoette. Se hallaban en Dresde el resto de la Jóven y la Vieja Guardia, el cuerpo de Marmont, y la caballería de Latour-Maubourg, para atender á los accidentes imprevistos. Bastante lejos hácia la derecha, á algunas leguas soare el camino de Freyberg, vigilaba el mariscal Victor los pasos de Bohemia á Leipsick al frente de su cuerpo de tropas. Los cuerpos 1.º y 14.º y las tres divisiones de la Jóven Guardia podian ascender á unos cincuenta y cinco mil hom-

bres, fuerza bastante para abrumar al enemigo que se tenia delante, sobre todo si se supiera que los austriacos acababan de cometer la falta de retroceder en Bohemia hasta Tetschen y Leimeritz, y que solo Wittgenstein y Kleist estaban al frente. Pero imposible era saberlo de positivo, y al no ver á los austriacos, solo cabia andar en conjeturas sobre cual seria su paradero. A mas Kleist y Wittgenstein permanecian en buen continente, y aun no se mostraban dispuestos á emprender la retirada.

De consiguiente en Zehist y en Dohna se estaba á la vez sobre dos caminos, por un lado sobre el de Peterswalde, que pasaba por Zehist y Gieshubel á Peterswalde, calzada nueva ancha y toda expedita para la artillería, y por otro lado el de Liebstadt que pasaba por Furtenswalde, calzada vieja, practicable para la artillería solo hasta este último punto, y cruzando desde allí la alta montaña del Geyersberg por senderos inaccesibles para los carros grandes. Este último camino fué el que siguió Kleist en la fatal jornada de Kulma hasta Furtenswalde, dejándolo despues á fin de ganar por un rodeo á la izquierda la calzada de Peterswalde y caer sobre Kulma de improviso. El mariscal Saint-Cir, inteligente como el que mas en el arte de aprovecharse del terreno, propuso tomar el camino viejo de Bohemia, trasladándose velozmente con el cuerpo 14.º y la Jóven Guardia hácia Liebstadt y Furtenswalde, lanzarse acto continuo sobre el flanco de la columna enemiga, que habia tomado el camino de Peterswalde, y cortar asi una porcion mas ó menos gruesa de esta columna, y aun cruzar el Geyersberg, luego que se llegara á Furtenswalde, y obstruir la retirada del enemigo á Bohemia.

En su dictámen, no perdonando esfuerzos, empleando muchos zapadores, se acabaria por abrir un camino á la artillería y por arribar al respaldo del Geyersberg, esto es sobre las espaldas del enemigo, con bastante cantidad de cañones.

Napoleon aprobó inmediatamente este plan ingenioso, aun ignorando si se podria pasar el Geyersberg con la artillería; pero en todo caso siempre habia mas probabilidades de causar daño al enemigo, yendo á lo largo de la posicion suya que atacándole directamente por el camino real de Peterswalde. Asi mientras el conde de Lobau se adelantaba con el primer cuerpo de Zehist sobre Gieshubel, de Gieshubel sobre Peterswalde, empujando al enemigo de frente, manteniéndose Napoleon cerca de la columna de Saint-Cir en persona, avanzó lateralmente y á paso bastante presuroso con el cuerpo 14.º y la Jóven Guardia. De esta manera marchóse todo el dia 9.

Sin descubrir Kleist y Wittgenstein los refuerzos llevados por Napoleon, muy luego echaron de ver su presencia al simple aspecto de sus tropas, é inmediatamente se declararon en retirada. Sin embargo, se replegaban sin precipitacion alguna, y caminando Napoleon paralelamente á ellos por el camino viejo de Bohemia y viéndolos siempre de flanco, aunque no les llevara bastante delantera para cortarlos, sin mas que lanzarse de un camino á otro, se lisonjeaba de cogerlos de revés al dia siguiente, si llegado á la falda de las montañas, les podia cruzar con su artillería. Se bivaqueó la noche del 9 en Furtenswalde.

A otro dia 10 de setiembre por la mañana, se fué por Ebersdorf hácia una garganta, desde don-

de se divisaba el triste teatro de los sucesos de Kulma. A la derecha se veian las alturas de Geyersberg, á la izquierda las del Nollenberg, á lo largo de las cuales se desarrollaba el camino real de Peterswalde para bajar á Bohemia. Napoleon traspuso esta garganta acompañado del mariscal Saint Cir y sus tropas ligeras, y á cierta distancia sobre su izquierda vió á las tropas enemigas, apresurándose á volver á pasar las montañas y amenazadas de no conseguirlo, si se lograba cruzar la garganta con medios suficientes de artillería. Tomando entonces una buena posicion sobre una de las alturas que dominaban el camino, se podia reducir al contrario á operar por senderos casi impracticables una retirada desastrosa, y alcanzar un brillante desquite de lo de Kulma.

Llena la artillería de ardimiento empeñose bizarramente enmedio de las rocas. Soldados y zapadores pusieron manos á la obra, si bien no lograron elevar sus cañones hasta la altura de la garganta y asi vióse detenida la artillería por obstáculos insuperables. Se necesitaran veinte y cuatro horas para vencerlos, y en este espacio de tiempo debia el enemigo haber desfilado del todo. No cruzando el Geyersberg hasta el dia siguiente, ó yendo por un rodeo á la izquierda á ganar de nuevo el camino de Peterswalde, se pudiera sin duda estrechar bastante de cerca á los prusianos y á los rusos, para darlos alcance y acometerlos atrevidamente, si se supiera que estaban separados de los austriacos. Pero este partido ofrecia muchos riesgos á que la prudencia aconsejaba no aventurarse. Con efecto la ausencia de los austriacos no era mas que una conjetura: no se les habia descubierto hácia esta parte de las montañas, pero podian estar hácia la otra; y con cincuenta y cinco mil hombres no fuera cuerdo atacar á ciento treinta mil enemigos. Sin contar á los austriacos, Kleist y Wittgenstein debian tener cerca de setenta mil hombres, incluyendo las guardias prusiana y rusa dejadas al otro lado de las montañas, y aunque bien apostados cincuenta y cinco mil hombres les podian causar mucho daño, se resintiera de harto imprudente el bajar detrás de ellos á la llanura, sobre todo cuando exigian que se tornara á Dresde muchas razones graves, tales como la pérdida de la batalla de Dennewitz, una nueva agresion de Blucher contra Macdonald, y finalmente la aparicion de muchos partidarios en todos los caminos. Siendo imposible cruzar el Geyersberg para cortar el camino real en el espacio de dos horas, ya no se podia intentar cosa de provecho, y Napoleon que, abarcando todas las fases de una situacion de una sola ojeada, no perdia tiempo en resolverse, abrazó el partido de hacer alto. Sin embargo, como le importunaba la noticia esparcida á menudo de la irrupcion de los partidarios en Sajonia, quiso que permanecieran en posicion sus tropas, con el mariscal Saint-Cir en Geyersberg, el conde de Lobau en Nollenberg, y ambos hácia el desemboque de las montañas. Si estos partidarios figuraban como precursores de otros cuerpos de mayor monta, iniciando hacia Leipsick una operacion que siempre habia creido probable, su designio se cifraba en retenerlos algunos dias, intimidándolos con su presencia mas arriba de Kulma, lo cual le daba tiempo de tomar las disposiciones proporcionadas á este nuevo peligro.

Por tanto, sobre aquel terreno erizado de rocas, donde los soldados y los zapadores se agotaban en inútiles esfuerzos para hacer que pasara la artillería, Napoleon cogió aparte al mariscal Saint-Cir y le declaró que renunciaba á esta tentativa, sin expresarle todas sus razones, harto numerosas para ser detalladas, y además no todas ellas para dichas. Le ordenó que mas arriba de Toeplitz se mantuviera dos dias por lo menos en una posicion amenazadora, y despues dejóle lleno de sorpresa y disgusto al ver abandonar un proyecto de que estaba prendado y de que se prometia gran fruto (1).

(1) De nuevo, aplicados como estamos á buscar la verdad rigorosa, citaremos aqui un pasage de las Memorias del mariscal Saint-Cir, quien pintando á su modo en el tomo IV, página 157 y siguientes, los hechos de que se acaba de dar noticia, refiere con sorpresa y enojo el repentino cambio de resolucion de Napoleon, y deplora no haber hallado en su persona aquel dia al grande hombre, á quien tiempos antes no pudo intimidar ni detener el monte San Bernardo. Aunque fuera positivo, y no lo es de ningun modo, que en estas últimas campañas se echara de menos al grande hombre de Rívoli y de Marengo, no seria en esta coyuntura. Ante todo existen hechos que el mariscal Saint-Cir ha exagerado, y otros que no llegaron á su noticia. Pretende que era facil hacer practicable el paso del Geyersberg: ahora bien, una carta de Napoleon á Mr. de Basano, que, afortunadamente para la historia, toma en cuenta esta circunstancia, dice de una manera terminante que era imposible abrir el camino; y tanto interés y aun deseo tenia Napoleon en efectuarlo que, á ser posible, en corto número de horas como se necesitaba, no dejara de ponerlo por obra. Mucho hincapié hace tambien el mariscal en la falta de no aprovechar la ausencia de los austriacos, para abrumar á Kleist y á Wittgenstein; ahora bien, esta ausencia por él sospechada, pero del todo desconocida y poco presumible entonces, no se ha convertido en certidumbre hasta despues de muchas publicaciones históricas, y por tanto el juicio del mariscal viene á ser póstumo y fundado sobre datos inexactos refiriéndose, á las circunstancias del momento. Finalmente Saint-Cir ignoraba todo lo que acababa de saber Napoleon, quien nada le dijo de la situacion de Macdonald, ni de la de Ney, ni de la aparicion de los partidarios en Sajonia, aparicion alarmante y que podia ser interpretada de muchas maneras. Por consiguiente este mariscal ha emitido un juicio erróneo, por no conocer bien todos los hechos ó por no quererlos interpretar de un modo equitativo; y esta divergencia de pareceres entre dos hombres presentes á una misma hora sobre el terreno y competentísimos ambos, es una nueva prueba de la dificultad de juzgar bien sobre sucesos de esta naturaleza, y por tanto de escribir con toda verdad la historia.

Napoleon fué por Breitenau á Hollendorf á dar al conde de Lobau las mismas instrucciones, y á prescribirle de consiguiente que conservara una actitud amenazadora en el desemboque de las montañas; y despues volvió á pernoctar á Breitenau. Todo el dia 11 dedicólo á revisar las posiciones de esta comarca, tanto sobre la meseta de Pirna como sobre la de Gieshubel, y torno el 12 á la capital de Sajonia.

De vuelta en este punto, le daba harto asunto de reflexiones la situacion, muy grave sin duda, y que empezaba á resentirse de alarmante. Evidentísimo y seguido con funesta constancia era el plan acordado en Trachenberg de marchar todos juntos en su contra, esquivando el encuentro cuando acaudillara sus ejércitos en persona, y avanzando con resolucion si los capitaneaban no mas que sus lugartenientes, de agotarle asi en inútiles correrías, y luego de aspirar á envolverle, cuando se

encontrara muy debilitado para sofocarle; plan, que exigia una condicion perfectamente satisfecha hasta ahora, el conjunto y la perseverancia de los esfuerzos, y la resignacion á las pérdidas aunque fuesen enormes. Napoleon descubrialo á maravilla, y sin caer en el desaliento, á las claras veia formarse en torno suyo el círculo de hierro dentro del cual se procuraba encerrarle. Cuatro batallas se habian perdido en donde no se hallaba presente y por las faltas ya indicadas, faltas que accidentalmente se deben achacar á sus lugartenientes, y fundadamente á su persona. Estas batallas del Katzbach, de Gross-Beeren, de Kulma, de Dennewitz, habian excedido en importancia á la victoria de Dresde: cuando Napoleon quiso remediarlas, corrió inútilmente estos dias sobre Gorlitz, y hoy sobre Peterswalde, y vió escaparsele de continuo la ocasion de una gran batalla, con la cual esperaba repararlo todo. Esta situacion revelaba el único defecto de su plan de guerra concéntrica en torno de Dresde, el de haber extendido de sobra el radio, llevándolo hácia la izquierda hasta Berlin, de frente hasta Lowenberg, al par que hácia la derecha se veia obligado á prolongarlo hasta Peterswalde, lo cual hacia que estuviera muy distante de sus lugartenientes para dirigirlos y socorrerlos, y que las correrías que alternativamente se hallaba en la necesidad de ejecutar en persona le quitaran el tiempo, y a su muy jóven tropa el valor y la fuerza. Napoleon conocia este defecto ahora, y constreñido por la evidencia, y sobre todo por la triste situacion de sus soldados, formó el proyecto de atraer cerca de sí á sus lugartenientes. Con estos designios tomó la vuelta de Dresde, y sus nuevas órdenes

fueron calcadas y expedidas á tenor de ellos.

A la vuelta de las hostilidades tenia Napoleon cerca de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas junto al Elba, desde Dresde hasta Hamburgo, sin incluir ni las guarniciones del Elba, del Oder y el Vistula, ni el cuerpo de Augereau destinado á Baviera, ni el del príncipe Eugenio dedicado á Italia. No le quedaban mas que doscientos cincuenta mil soldados despues de los sucesos de que se acaba de dar noticia. En vez de ochenta mil hombres apenas tenia Macdonald cincuenta mil con los cuerpos 3.°, 5.°, y 11.°, y sesenta mil si se contaba á Poniatowski. En vez de setenta mil apenas conservaba treinta y dos mil el cuerpo de Oudinot trasferido á Ney. Tambien la caballería habia perdido muchos ginetes y caballos en sus idas y venidas continuas. Pérdidas habian experimentado asimismo los cuerpos dejados en torno de Dresde menos considerables sin duda, por no sufrirlas de resultas del desbandamiento, consecuencia la mas formal de las derrotas: sin embargo, las habian tenido muy notables, y, segun acaba de verse, nuestras tropas, aun contando el cuerpo de Davout, no pasaban de doscientos cincuenta mil hombres, los cuales representaban nuestras fuerzas disponibles desde Dresde hasta Hamburgo. De consiguiente habia una pérdida de mas de cien mil hombres, debida al fuego, á las fatigas, a la desercion de las banderas, desercion grandísima entre nuestros aliados, mucho menor entre los franceses y de distinta naturaleza, si bien efectiva á pesar de todo. Al enemigo se pasaban los aliados, ó vestidos de paisanos se huian á sus casas, practicándolo asi los bávaros y los sajones: por supuesto que

los franceses nunca iban á engrosar las filas contrarias, ni aspiraban á retornar hácia el Rhin mas que en numero escaso, aunque ya se descubriesen algunos merodeadores por el camino de Maguncia, sino que en torno del ejército andaban errantes y sin armas, agotando los recursos de las aldeas donde encontraban un abrigo. Esta disposicion triste á desbandarse, que el cansancio, el frio y especialmente el hambre habian desarrollado de una manera desastrosa en el ejército de Rusia, comenzaba á reaparecer en nuestro ejército de Alemania hasta el extremo de inspirar inquietudes, y toda nueva marcha, todo suceso incierto y con particularidad toda derrota la acrecentaban sobremanera. Acerca de este punto se habia dispertado la atencion de Napoleon singularmente, y entre otros desvelos ocupábale mucho el de las subsistencias, que iban escaseando; tantos miles de hombres vivian desde el mes de mayo en torno de la capital de Sajonia y en un radio de veinte y cinco leguas.

Tales fueron las reflexiones que asaltaron á Napoleon á su vuelta á Dresde, reflexiones de que no le consolaban los males experimentados por el enemigo. Si efectivamente habian sufrido pérdidas los coaligados, procedentes eran del fuego, y de ningun modo de la desercion ni de las privaciones. Un ardor inaudito entre los alemanes les traia nuevos soldados á cada hora por medio de alistamientos de voluntarios; y grandes esfuerzos administrativos de parte de los rusos les proporcionaron reclutas esperados por largo tiempo. Hasta se hablaba de un ejército de reserva que á las órdenes del general Benningsen venia por Polonia, y los austriacos, cuyas filas se habian aclarado mucho en Dresde, se resarcieron con llevar á remate sus aprestos, no terminados aun á la vuelta de las hostilidades. Entre ellos abundaban los comestibles, gracias á la concurrencia de las poblaciones, á los subsidios británicos y á un papel-moneda sostenido por la buena voluntad universal. Asi los coaligados no tenian menos, sino mas soldados que los que entraron en sus conjeturas; y lejos de bajar su efectivo de quinientos mil hombres, casi á seiscientos mil subia ahora. A esta masa formidable debia hacer cara Napoleon con doscientos cincuenta mil soldados, reducidos a doscientos veinte mil, segregando el cuerpo de Davout relegado á Hamburgo, soldados jóvenes, muy cansados, no tan bien alimentados ya como al principio de la campaña, sorprendidos aunque no desalentados por los muchos reveses consecutivos; y por lo demás, aun cuando contaran menos con la fortuna de su gefe, teniendo siempre entera fé en su genio

Sin pensar todavia Napoleon en evacuar el Elba por el Rhin, sacrificio que no se debia esperar de su persona; sin pensar tampoco en trasferir á Berlin el centro de sus operaciones, vasto proyecto que las dos batallas perdidas sobre el camino de esta capital hacian á la sazon impracticable, determinó únicamente restringir su posicion en torno de Dresde, y concentrarse alli para tener que andar menos camino cuando se hubiese de dirigir á uno de los puntos de la circunferencia, y para estar dispuesto, con circunscribir el círculo que guardaran sus tropas, á juntar una reserva mas fuerte bajo su mano.

Obligado se vió el mariscal Macdonald á abandonar el Sprea y á Bautzen de resultas de un mo-

vimiento intentado por Blucher contra Poniatowski, arrojando á éste desde Zittau sobre Rumburgo. A situarse habia ido delante de Dresde á lo largo de un riachuelo llamado el Wesstnitz, que corre trasversalmente hácia la capital sajona haciendo numerosos recodos, y hácia la derecha va á desaguar en el Elba á la altura de Pirna. Napoleon estableció á Macdonald con sus antiguos cuerpos y con Poniatowski á lo largo de este riachuelo y algo á la espalda; á Poniatowski en Stolpen con el cuerpo 8.°, á Lauriston en Dtobnitz con el 5.°, á Gerard en Gchmiedefeld con el 11.°, á Souham en Radcberg con el 3.° Dentro de una hora podia recibir noticia de todos, dentro de dos estar á su cabeza, y dentro de seis enviar los cuarenta mil hombres de la Guardia en auxilio del que fuera atacado.

Además aplicóse Napoleon á enlazar la posicion de Macdonald situado mas allá del Elba con la de Saint-Cir apostado mas acá de este rio, y nada iguala al arte y á la profundidad de cálculo con que lo dispuso todo á tenor del nuevo objeto que se proponia. Antes que nada no queria estar obligado á acudir en persona á cada alternativa de aquel juego de idas y venidas, á que seguia entregándose el enemigo, lo cual era fatigante al par que irrisorio, y adoptó sus disposiciones de modo que, si el contrario volvia á bajar por Peterswalde sobre Pirna, se viese precisado á ganar posiciones fuertes en extremo, y constreñido por tanto á empeñarse formalmente, en cuyo caso valia la pena de marchar en su busca. De consiguiente Napoleon hizo atrincherar todas las avenidas de las mesetas de Pirna y de Gieshubel, sobre las cuales debia

desembocar necesariamente el enemigo que avanzara por Peterswalde. Hácia Langen-Hennersdorf era abordable la meseta de Pirna superior á la de Gieshubel. Allí dispuso Napoleon la construccion de muchos reductos, y situó en su custodia á la division 42.ª perteneciente al cuerpo de Saint-Cir y mandada por Mouton-Duvernet que guardaba al mismo tiempo los fuertes de Liliensteiu y de Koenigstein sobre el Elba. Por la meseta de Gieshubel cruzaba el camino de Peterswalde: igualmente hizo Napoleon construir allí numerosos reductos, enviando á las tres divisiones del primer cuerpo á las órdenes del conde de Lobau en su guarda. A fin de dar unidad á la defensa, la division 42.ª separada del cuerpo 14.° á que pertenecia, fué puesta bajo el mando del conde de Lobau, quedando éste bajo el del mariscal Saint-Cir, que asi lo tenia todo bajo su mano. Para el caso en que hácia su borde exterior fuesen forzadas las dos mesetas, dispuso Napoleon que se atrincherara el castillo de Sonnenstein á la extremidad de la meseta de Pirna, y el Kohlberg á la extremidad de la de Gieshubel, de modo que el enemigo tuviera que tomar una segunda línea de obras defensivas. Finalmente, á la derecha de estas dos posiciones, en frente del camino viejo de Toeplitz, que daba por Liebstadt sobre Borna, apostó Napoleon al mariscal Saint Cir con las otras tres divisiones del cuerpo 14.°, y le previno levantar los reductos armados con poderosa artillería, de suerte que ya no pudiera ser pura ficcion una nueva tentativa contra estas posiciones bien atrincheradas y defendidas por siete divisiones.

A mayor abundamiento preparólas Napoleon

una reserva, y la hizo consistir en dos divisiones de la Jóven Guardia situadas en la ciudad de Pirna. Como de costumbre quedaron en Dresde el resto de la Jóven Guardia y toda la Vieja. No se atuvo Napoleon á estas dos precauciones: por un cálculo de los mas sábios, quiso crear un vínculo secreto é ignorado entre estas posiciones, de Macdonald mas allá del Elba, y de Saint Cir mas acá de este rio. Entre los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein habia dos puentes, segun se ha visto; otro mandó echar junto á Pirna, de modo que la Jóven Guardia y una porcion del cuerpo de Saint-Cir, pudieran pasar de improviso el Elba, y caer sobre la izquierda del enemigo que atacara á Macdonald, y de modo que Poniatowski pudiera por su parte echarse encima con una porcion de las fuerzas de Macdonald sobre la derecha del enemigo que atacara á Saint-Cir. Gracias á estas combinaciones podia esperar Napoleon no verse en la necesidad de correr tanto, ó al menos de no hacerlo sin ningun fruto contra cuerpos que se divirtieran en perturbarle, sin voluntad de venir á formal pelea.

El mariscal Victor debió permanecer en Freyberg, desde donde observaba los demás desemboques todavía mas á la espalda de Dresde, y los cuales permitian que, por el camino de Commotau á Chemnitz, se dirigiera á Leipsick el contrario. No interceptaba precisamente en Freyberg este camino, pero lo podia hacer al cabo de una ó de dos marchas, y al mismo tiempo: no se hallaba tan avanzado que no le fuera fácil retroceder hasta la posicion del mariscal Saint-Cir, si por Toeplitz desembocaba el enemigo sobre Peterswalde ó sobre Altenberg.

Respecto de los partidarios, que se descubrian en número no corto, no solamente por el camino de Commotau á Leipsick, si no tambien por el de Carlsbad á Zwickau, ocupóse Napoleon en destinar á perseguirlos cierta porcion de caballería, á fin de darles caza sino eran mas que partidarios lanzados á la ventura, ó de descubrir su destino si formaban la vanguardia de un ejército que marchara sobre Leipsick. De Dresde destacó á Lefebvre Desnoette, y le hizo retrogradar sobre el punto citado con tres mil hombres de caballería ligera. Este bizarro general debia recibir en el concepto de prestada momentáneamente la caballería ligera del mariscal Victor, que se hallaba en Freyberg, la del mariscal Ney, que se habia aproximado mucho despues de la batalla de Dennewitz, y tambien debia tomar prestados del general Margaron dos mil hombres de infantería, teniendo en Leipsick muchos batallones de marcha, y todo para caer al frente de estas fuerzas juntas sobre los partidarios que infestaban la Sajonia y habian interceptado algunos de nuestros convoyes. Estos partidarios aparecian dirigidos por el general sajon Thielmann, el mismo que se habia pasado algunos meses antes al enemigo, y que, con la infantería austriaca y con los cosacos de Platow, se presentaba para cortar nuestras comunicaciones, y procurar al mismo tiempo insurreccionar la Sajonia á nuestras espaldas. A la cabeza de siete ú ocho mil ginetes y de dos mil infantes, Lefebvre Desnoette estaba encargado de perseguirle sin tregua. Véase por último lo que Napoleon ordenó acerca del mariscal Ney, replegado sobre Torgau actualmente. Ante todo, para dar mas unidad á su ejército, decretó la

disolucion del cuerpo 12.º, puesto bajo el mando especial de Oudinot, y llamó á este mariscal á su lado. Despues distribuyó las dos divisiones francesas de este cuerpo entre el 4.º y el 7.º, á fin de proporcionarles mas consistencia, y dedicó el resto de la division bávara á la custodia de los grandes parques, pues no cabia emplear mas seguramente á esta division delante del enemigo. De los tres ó cuatro mil hombres perdidos por Ney de resultas de esta distribucion nueva, indemnizóle con la excelente division de Dombrowski, que se habia portado y se iba aun á portar heróicamente. Parte habia formado de la division activa de Magdeburgo, salida á las órdenes del general Girard de esta plaza y condenada ahora á la inaccion por tiempo indefinido. Reforzado el mariscal Ney algo en el número y mucho en la calidad de sus tropas, no teniendo ya bajo sus órdenes mas que tenientes generales, fué establecido entre Wittenberg y Torgau, á fin de detener ó á lo menos de contrariar mucho al primer cuerpo enemigo que intentara cruzar el Elba. Contando cerca de treinta y seis mil hombres, entre los cuales no habia ya mas alemanes que algunos miles de sajones bien rodeados, sin duda no podia hacer cara á un grande ejército que resueltamente aspirase á pasar el Elba, pero si disputarle el paso hasta que se le diera ayuda, lo cual se habia hecho fácil desde que Napoleon concentró tan hábil como tardíamente sus fuerzas en torno de la capital de Sajonia. Provisionalmente adoptó una providencia para asegurar al mariscal Ney los socorros de que necesitara, providencia combinada como todas las suyas, de modo de atender á la vez á mas de un objeto. En Grossenhayn,

algo mas allá del Elba y á mitad de camino de Dresde á Torgau, situó al mariscal Marmont con diez y ocho mil hombres de infantería, y al general Latour-Maubourg con seis mil hombres de caballería. Además de estar prontos á alargar la mano al mariscal Ney estos veinte y cuatro mil hombres, debian proteger la navegacion desde Hamburgo hasta Dresde, que no dejaba de ofrecer dificultades desde que el enemigo victorioso hácia la izquierda se aproximaba á las márgenes del Elba. Ahora bien, se debe hacer memoria de que nuestra principal fuente de alimentacion se hallaba en Hamburgo. Esta ciudad se habia redimido por medio de una contribucion de cincuenta millones de francos, pagados en gran parte en trigo, en arroz, en carnes saladas, en bebidas espirituosas, en cueros, en caballos. Una porcion de estos abastos se habia llevado y consumido en Dresde: otra fué llevada á Torgau, donde ya se necesitaba de ella, pues á pesar de los constantes desvelos de monsieur Daru, á pesar de la habilidad que acreditaba para el mantenimiento de las tropas, apenas lograba salir airoso, especialmente desde que los partidarios interceptaban los caminos de Leipsick á Dresde, é impedian la ejecucion de las ventas ajustadas con los habitantes. Por tanto el cuerpo acantonado en Grossenhayn debia asegurar los envíos que se hicieran por el Elba, asi como las evacuaciones de heridos y de enfermos que Napoleon habia ordenado sobre Torgau, Wittenberg y Magdeburgo.

Tales fueron las disposiciones tomadas por Napoleon al volver á mediados de setiembre a la capital de Sajonia. Con cuatro cuerpos reunidos á las

órdenes de Macdonald en las inmediaciones del Elba y hácia adelante, con los cuerpos de Lobau, de Victor y de Saint-Cir, detrás de este rio, apoyados unos y otros en buenas trincheras y comunicándose por muchos puentes, con Ney en custodia del Elba inferior hácia Torgau, con Marmont y Latour-Maubourg situados entre Torgau y Dresde, para proteger los envios que se hicieran por el Elba y flanquear á Macdonald, ó bajar en auxilio de Ney; finalmente, con toda la Guardia concentrada en la capital de Sajonia, y pronta á suministrar un socorro de cuarenta mil hombres á aquel de nuestros generales que se hallara en peligro, sin contar siete ú ocho mil ginetes que á nuestras espaldas corrian detrás de los partidarios. Napoleon juzgaba su posicion bastantemente restringida, y hasta si llegaban comestibles, se lisonjeaba de pasar allí el invierno, sin necesidad de agotarse en correrías vanas para resistir á demostraciones engañosas. En adelante pensaba no moverse sino para tentativas formales, que valieran la pena que le costasen sus maniobras. Solo un inconveniente habia en este nuevo modo de tomar asiento, el de la perdida probable de las plazas del Oder y del Vístula, cuyas numerosas guarniciones, bloqueadas ya hacia ocho meses, de seguro no se mantendrian mas allá del otoño. Dejadas lejos estas guarniciones con la esperanza de tornar sobre el Vístula despues de ganada una batalla, era un sacrificio hecho al deseo quimérico de restablecer en una sola jornada su fortuna. Ya Napoleon no contaba con esto, y pesaroso veia sacrificadas aquellas tropas excelentes; pero el mal ya no tenia remedio, y ahora solo pensaba en mantenerse sobre el Elba, cosa que, mientras permaneciese en tal puesto, venia á ser para las mismas guarniciones, un motivo de confianza y una razon para perseverar en su defensa. Despues de todo, nada auguraba que al cabo de un feliz suceso no se pudiera obtener un nuevo armisticio cuyas condiciones esenciales se dirigieran á revituallar las plazas del Oder y del Vístula.

Mientras se entregaba á estas ideas en la capital de Sajonia, un nuevo acto del enemigo volvióle á llamar de repente hácia Pirna. Los austriacos no se habian alejado mas que por un momento de los prusianos y de los rusos, para reorganizarse algun tanto detrás del teatro de la guerra, y para precaver alguna tentativa sobre Praga, que se pudiera recelar al ver á Napoleon en marcha sobre Bautzen y Gorlitz, como en los dias 4 y 5 lo estuvo. Tranquilizados sobre esto, á causa de su retorno á la capital de Sajonia, repuestos de la ruda sacudida de las jornadas del 26 y del 27 de agosto, volvieron á Toeplitz, conociendo á las claras que era una falta grave la de dejar á Kleist y á Wittgenstein solos delante del grande ejército de los franceses. Apenas Wittgenstein tuvo noticia de su vuelta, determinó la mañana del 13 de setiembre pasar de nuevo las montañas, y asomar otra vez delante de los campos de Pirna y de Gieshubel. No tenia que esforzarse mucho para arrastrar al prusiano Kleist, y juntos volvieron á la carga contra Saint-Cir y Lobau, y en particular contra el postrero. Desgraciadamente las obras ordenadas por Napoleon el 11 en Largen-Hermersdorf, en Borna, en Gieshubel, no podian estar concluidas el 13, y el conde de Lobau se vió obligado á replegarse hacia el último punto, como se habia hecho con frecuencia. Con-

tra su gusto y sin prometerse ningun resultado, hubo Napoleon de operar un nuevo movimiento sobre las montañas de Bohemia, para repeler una vez mas al otro lado de las montañas á los molestos y cansados visitadores que le venian á perturbar de continuo. Sin embargo, habiendo dejado parte de la Guardia en Pirna, solo tenia que poner en movimiento su persona, que no contemplaba lo mas leve, y volvió allí con la vaga esperanza á que se abandonó poco, si bien no la pudo desechar de su mente del todo, de castigar otra vez mas al enemigo taimadísimo que tenia sobre su derecha y ya algo sobre su espalda. Aspirando apasionadamente á una gran batalla, único medio de salir de su posicion desventajosa, á pesar suyo cedia á la esperanza de encontrarla en el camino, puesto que avanzaba el contrario.

Así poniéndose el dia 15 á la cabeza de sus tropas, hizo que se empujara al enemigo de Gieshubel á Peterswalde, a donde fué repelido en desórden. Pero algunos hombres prisioneros ó dejados fuera de combate fueron aun el único resultado de este movimiento. Con todo, los contrarios se mantuvieron arrogantemente delante de los desfiladeros de Hollendorf, á la falda de la cumbre que separa la Sajonia de la Bohemia. Al cielo se suplicaba que siguiesen con la misma arrogancia á otro dia, sin confianza de lograrlo. A pesar de lo horrible del tiempo se puso en marcha Napoleon el 16 de setiembre hácia el desfiladero de Hollendorf, mientras el mariscal Saint Cir á su derecha se dirigiese desde Furtenswalde sobre la garganta del Geyersberg, que el dia 16 no pudo ser cruzada. Calorosamente perseguióse á los prusianos y á los

rusos, y traspuestas ya las gargantas, cayendo sobre ellos al galope los lanceros rojos de la Guardia, los pincharon y los cogieron en número no escaso. En una de las tales cargas el coronel Blucher, hijo del general de este nombre, cayó en nuestras manos herido de muchas lanzadas. Se le trató con exquisitas contemplaciones, y en su lenguaje se pudo traslucir que tenia unidos á los coaligados la necesidad, y no el afecto ni la confianza. Por lo demás poco importaba el sentimiento que los unia, si bastaba para hacerlos aun marchar juntos una ó dos campañas. A la caida de la tarde se llegó á las inmediaciones de Kulma, y hallóse á todo el ejército de Bohemia establecido en fuertes posiciones, donde era difícil atacarle con buen suceso. Allí sumaba por lo menos ciento veinte mil hombres despues de la vuelta de los austriacos, y Napoleon solo tenia sesenta mil consigo. Se necesitara que desguarneciera las márgenes del Elba para juntar mas tropas, y verdaderamente la ocasion no era tan propicia que debiera exponerse al riesgo de dejar los puntos mas importantes de su línea al descubierto.

Al dia siguiente 17 empleó la mañana en cañonear á los rusos, y en matarles así alguna gente, pero una tempestad horrorosa, mezclada de lluvia, de granizo y de nieve, exponiendo al soldado á graves padecimientos, era sobrada razon para retirarse. Por tanto volvió á pasar las cordilleras de las montañas, despidióse de aquellas llanuras de la Bohemia, que ya no debia ver nunca, y fué á situarse en Pirna, cerca del puente que habia mandado construir en secreto, á fin de que el enemigo no sospechara la masa de fuerzas que sobre

te la falta de perseverar sobre el Elba, no á causa del mismo rio, sino de todo lo que habia la pretension de defender a sus orillas, casi condenaba á permanecer junto á ellas ó á sufrir la muerte. A mayor abundamiento distaba mucho Napoleon de creerse reducido á una extremidad semejante. Siempre entreveia ó una pequeña guerra de idas y venidas, en la cual no pensaba ya gastar mas las piernas de sus soldados, y que le permitiria llegar sano y salvo al invierno, ó una empresa de monta sobre sus espaldas, partiendo de la Bohemia ó del Elba inferior, que trajera consigo una batalla decisiva. Esta última eventualidad era la que mas acariciaba en su mente, y con efecto parecia la mas próxima á realizarse, si bien en condiciones que no eran las que habia esperado siempre.

Sin duda los coaligados estaban dispuestos á terminar por medio de un choque directo con Napoleon la campaña. Su táctica, reducida á evitarle para caer sobre sus lugartenientes, no podia ser eterna, y habia bastado para reducirle á tal desproporcion de fuerzas, que ya era la de dos y muy pronto iba á ser la de tres contra uno. Pero se necesitaba al cabo llegar al momento, deseado al par que temido, de echársele encima en masa para abrumarle. Desearlo era sencillo, sobre todo comenzando á avanzar la estacion. El grande ejército de Bohemia, mucho mas fuerte y mejor compuesto que los otros, casi repuesto desde Kulma de la terrible sacudida experimentada bajo los muros de Dresde, estimulado además por la presencia de los soberanos impacientes de llegar á un resultado definitivo, se hallaba pronto á efectuar un nuevo descenso de Bohemia á Sajonia sobre las espaldas de Napoleon, si bien no tan cerca, y volvia á la primitiva idea de trasladarse por Commotau y Leignitz á Leipsick. Los numerosos partidarios, lanzados entre el Elster y el Saale á las órdenes de Thielmann y de Platow, eran como los corredores de vanguardia destinados á abrirles camino. Sin embargo, antes de ensayar tan vasta empresa, que iba á producir un desafio á muerte con Napoleon, deseara que de los tres ejércitos activos marcharan dos juntos, por ejemplo el de Bohemia y el de Silesia. Para esto anhelara que el ejército ruso de reserva, preparado ya hacia largo tiempo á las órdenes del general Benningsen en Polonia, y trasladado á Breslau actualmente, viniera á ocupar el puesto de Blucher delante de la capital de Sajonia, y que, aprovechándose éste de la coyuntura para ocultarse á la vista, fuera por Zittau á operar su union con el príncipe de Schwarzemberg en Bohemia, y luego marcharan sobre Leipsick todos juntos. Solo bajo esta condicion osaba el gran estado mayor de los tres soberanos concebir la idea da arriesgar una segunda batalla de Dresde, no en Dresde sino en Leipsick.

Fácilmente se conoce que entre Blucher y sus amigos no debia fermentar con menos fuerza el pensamiento de hacer que viniera á parar la campaña actual en un resultado próximo y decisivo. Orgullosísimos Blucher y sus oficiales de haber repelido á los franceses del Bober al Elba ardian en deseos de llegar á un desenlace, y estaban dispuestos á arrostrarlo todo por conseguido. Desde principios de setiembre habia enviado Blucher á Bohemia un personage de confianza, para sondear á los oficiales prusianos que rodeaban al monarca, y

suscitar entre ellos la idea de una operacion vasta sobre las espaldas de Napoleon. Este emisario hallólos propensísimos á acabar pronto, si bien llenos del pensamiento recien emitido y consistente en traer al mismo Blucher a Bohemia, para descender sobre Leipsick los dos ejércitos de Bohemia y de Silesia juntos. Pero Blucher y sus amigos del *Tugend-Bund* de quienes se hallaba rodeado, amaban de sobra la independencia para que por su gusto se pusieran bajo la autoridad directa del estado mayor de los soberanos. Sin embargo, para resistir á la propuesta citada, les asistian razones mas válidas que su amor a la independencia. Con efecto era difícil que el ejército de Silesia llegara á ocultar á Napoleon tan completamente su marcha, que pudiera remontarse á Bohemia, cruzar las montañas, y seguir á lo largo de su falda hasta Toeplitz, sin traerse encima un golpe formidable. No obstante, como tarde ó temprano se necesitaria qué Blucher, á no querer consumirse sin fruto delante de Dresde, ejecutara una maniobra atrevida sobre el bajo ó el alto Elba, no carecia de réplica la razon alegada. Aun dió otra mas fuerte el estado mayor de Silesia, y á la cual era difícil que se respondiese. Poco satisfactorias eran las noticias que se tenian del ejército del Norte. Asi los oficiales rusos como los prusianos, y mas los últimos todavía, puestos bajo las órdenes del príncipe real de Suecia, se quejaban de su inacion durante las batallas del Gross-Beeren y de Dennewitz. Formalmente le acusaban ó de una prudencia muy próxima á la debilidad, ó de una infidelidad muy próxima á la traicion. Sostenian que en estas dos ocasiones se lo habia dejado hacer todo á los generales prusianos, y que sabiendo sus apuros, se apresuró poco á sacarlos de ellos, y que habiendo podido destruir al ejército francés, no quiso ó no se atrevió á ponerlo por obra. Esta última suposicion era exacta. No habia arriesgado sino temblando su falso renombre, y así su excesiva prudencia hizo que su energía militar ó su lealtad se pusieran en duda. Ahora mismo, no teniendo delante mas que á Ney reducido á treinta y seis mil hombres, permanecia como aplanado bajo el cañon de Magdeburgo, y fingia preparativos de pasar el Elba, sin ningun deseo de ponerlos en planta. De consiguiente Blucher decia que, de poner en movimiento al ejército de Silesia para hacerle operar con el de Bohemia ó el del Norte, mas valia reunirle á éste, que de seguro no obraria sino arrastrado ó dominado por otro. Así, en vez de dirigirse á Bohemia, propuso enviar allí el ejército de Benningsen, que, penetrando por Zittau y cubierto por él durante su marcha, nada tendria que temer y se incorporaria al príncipe de Schwarzemberg en Toeplitz sin ningun peligro. Para cuando se llevase á cabo este movimiento ofrecia ejecutar un ataque simulado sobre el campo atrincherado de Dresde, dejar luego en su puesto algunas tropas de caballería para engañar á los franceses, y descender con sesenta mil hombres al Elba inferior, y obligar á Bernadotte á pasarlo hácia Wittenberg, y remontar seguidamente en su compañía el Mulda hasta Leipsick a la cabeza de ciento veinte ó de ciento treinta mil hombres, mientras el príncipe de Schwarzemberg aumentado con Benningsen bajara allí con mas de doscientos mil soldados. Así se tendrian sobre las espaldas de Napoleon trescientos veinte mil hombres por lo menos,

y se le obligaria á una batalla general, desastrosa para él si la perdia, y poco dudosa para los soberanos, dándola con tanta superioridad de fuerzas.

Este plan, que, sin una gran profundidad de concepcion, tenia en el poder del número y en la pasion de los coaligados verdaderas eventualidades de buen suceso, pareció con razon muy preferible al ideado en Bohemia, y fué adoptado, verificándose que el ardiente deseo de triunfo hiciera callar el amor propio de todos. Por consiguiente se convino en que el general Benningsen con su ejército de reserva, que constaba de unos cincuenta mil hombres y ya habia cruzado la Silesia, se encaminara al desfiladero de Zittau no custodiado ya por Poniatowski, penetrara en Bohemia, pasara el alto Elba al abrigo de las montañas entre Leitmeritz y Tetschen, y se incorporara al príncipe de Schwarzemberg en Toeplitz; en que, contando este entonces doscientos mil hombres, se pondria en marcha y limitandose á ocultar el desfiladero de Peterswalde, desembocaria por Commotau y sobre Chemnitz en Sajonia, en que, ejecutando Blucher al mismo tiempo vivas demostraciones contra Dresde, se esconderia á la vista mediante un rápido movimiento sobre la derecha, iria á pasar el Elba por Wittenberg, y obligaria á Bernadotte á cruzarlo por Roslau; en que uno y otro se remontarian por entre el Mulda y el Saale sobre Leipsick, mientras el príncipe de Schwarzemberg descendiera al mismo punto, siguiendo el curso de estos dos rios; y en que todos propenderian á juntarse en los alrededores de Leipsick para dar una batalla de gigantes. El peligro evidente de esta maniobra, muy bien comprendido por tales discípulos y

enemigos de Napoleon, consistia en que éste los acometiera antes de la union general de las fuerzas de la coalicion. Pero, inflamando el estado mayor de Blucher á todos en la pasion de que se sentia animado, se determino arrostrar cualquier peligro, pues al cabo se necesitaria exponerse á uno grande, para venir á parar á un gran resultado. Solo si ofrecióse en la marcha peligrosa que se iba á emprender una extremada prudencia, y una desesperada energía luego que se empeñase la batalla.

Tales eran el saber militar y el odio implacable á que Napoleon habia empujado á todo el mundo, hollando con sus plantas á Europa ya hacia catorce años.

Una vez adoptado el plan, se procedió á su ejecucion sin demora. El general Benningsen penetró en las gargantas de Zittau el 17 de setiembre, y del 22 al 23 ya estuvo en Toeplitz. Blucher habia informado secretamente á los generales Tauenzien y Bulow de sus proyectos, estrechándoles á ocupar mucho á los franceses delante de Wittenberg, Torgau y Grossenhayn, y personalmente se agitó de continuo en torno de Dresde para ocultar el gran movimiento que preparaba por su derecha hácia el bajo Elba.

Esta agitacion incesante sobre nuestro frente, las apariciones de los corredores de Thielmann y de Platow sobre nuestra derecha y nuestra espalda, los preparativos de paso hácia el Elba inferior mas abajo de Torgau, y finalmente, la estacion avanzada, señales eran mas que suficientes para inspirar á Napoleon la idea de sucesos graves y cercanos. Siempre habia creido que, no pudiéndosele

acometer de frente en su posicion de la capital de Sajonia, se aspiraria á rebasarlo ó por su derecha desembocando de Bohemia, o por su izquierda cruzando el Elba inferior, o quizá por ambos puntos á un mismo tiempo. Tanto deseo experimentaba de un acontecimiento decisivo, que habia llegado á ansiar maniobras semejantes, no imaginando que una batalla en que se hallara personalmente y con todas sus reservas pudiera ser otra cosa que un desastre para sus enemigos, y no hallando peligrosa mas que aquella táctica de idas y venidas, que tanto habia ya agotado á sus tropas, y mermado algun tanto su inmenso prestigio. Ello sí, de continuo tenia abiertos los ojos, á fin de que no se le sorprendiera, y de caer á tiempo sobre el primer temerario que se aventurase á su espalda.

Fuertemente conmovió su atencion el 22 de setiembre una porcion de pequeños sucesos. Segun se ha visto, el mariscal Marmont, engrosado con la caballería de reserva del general Latour-Maubourg, fué situado en Grossenhayn para proteger los convoyes de víveres que subian hácia Dresde, y los convoyes de heridos que bajaban de este punto. Esta precaucion obtuvo muy buen resultado: un cargamento de harinas llegó á la capital de Sajonia, y numerosos heridos fueron trasladados á Torgau sin ningun accidente. Pero de pronto la caballería ligera del general Chastel fué atacada por la gruesa caballería del general Tauenzien y vivamente repelida. Al propio tiempo el general Bulow, que bombardeaba á Wittenberg, hizo ademan de echar un puente en los alrededores de esta plaza; y mas arriba el general ruso Sacken, que formaba la derecha de Blucher delante de Dresde, operó

diversos movimientos muy aparentes. Adivinando Napoleon desde luego el plan de los coaligados, figuróse que toda aquella agitacion de Dresde á Wittenberg ocultaba una tentativa de Blucher sobre el bajo Elba, y al instante se puso en guardia. Desde sus últimas marchas sobre Kulma durante los dias 15, 16 y 17 de setiembre, se habia quedado en acecho y pronto á lanzarse sobre la orilla derecha ó sobre la orilla izquierda del Elba, segun asomára algun temerario por la una ó por la otra. Inmediatamente dejó su puesto, fué á Dresde, y mandó á Macdonald que practicara con sus tres cuerpos un reconocimiento á fondo, y empujara á todo trance al enemigo sobre Harta y aun sobre Bautzen, para saber si Blucher estaba allí ó no á punto fijo. Napoleon puso en noticia de Macdonald que le seguiria en persona con una porcion de la Guardia, á fin de operar vigorosamente contra el ejército de Silesia, si aun se hallaba en las mismas posiciones.

Por tanto se dirigió allí personalmente, y este reconocimiento de todos los cuerpos franceses del ejército de Macdonald contra los diversos cuerpos del ejército de Blucher, comenzado el 22 de setiembre y seguido el 23 hasta Bischofswerda, reveló la presencia de Blucher con las mismas fuerzas en los mismos lugares. Efectivamente, se capturaron prisioneros pertenecientes á los tres cuerpos de Langeron, de York y de Sacken; y Napoleon dedujo que se habia dado demasiada prisa á atribuir designios audaces á sus enemigos, y casi dudó de ellos á causa de suponerlos harto pronto. El general Blucher usó de una ficcion inútil para engañarle, y fué la de enviar á las avanzadas, por medio

de un parlamentario y para su hijo prisionero, una carta escrita de su puño y fechada en Bischofswerda (1). De esta suerte esperó persuadir mejor á Napoleon de que nada habia sufrido cambio en las disposiciones de los coaligados, y que nada lo sufriria. No fué esta carta, a la cual no se dió importancia alguna, sino otra circunstancia mas seria, la presencia en Bischofswerda de los tres cuerpos del ejército de Silesia, la que, sin inducir á Napoleon á engaño, sin impedirle que creyera en el plan que habia adivinado al golpe, le dispuso simplemente á juzgar su ejecucion menos próxima que lo estaba sin duda. Hallando aun á Blucher los dias 22 y 23 de setiembre por delante, no dedujo que permaneceria allí siempre, sino que no partiria tan pronto, y adoptó disposiciones menos inmediatas, aunque igualmente juiciosas, que las

(1) Mr. de Muffling en sus interesantes Memorias, aplaude esta ficcion sobremanera, y cree que la vigilancia de Napoleon se adormeció con la feliz idea de esta carta. Este es un error craso, y la correspondencia militar prueba que, si Napoleon padeció engaño, aunque en muy corta medida, fué por la presencia de los tres cuerpos del ejército de Silesia, que aun no habian abandonado su posicion en los dias 22 y 23 de setiembre. Esta es una nueva demostracion de los azares de la guerra, puesto que un acto de alta prevision por parte de Napoleon produjo el resultado que pudiera producir la imprevision misma, segun se verá en breve. No es este un motivo para estimar y practicar menos la vigilancia, pero sí para decir que, aun duplicando la atencion y el celo, existe una Providencia superior que desbarata á veces los cálculos mas profundos, y aun para buscar en causas mas altas, en la justicia ó la injusticia de la causa que se defiende, el secreto del mal éxito del genio á la hora en que despliega sus mas eminentes facultades.

adoptara en otro caso. Asi determinó restringir su posicion mas todavía, y dejar delante de Dresde al 11.º cuerpo solo, que el mariscal Marmont habia mandado directamente de contínuo, y satisfacer á este mariscal descargándole del mando del 3.º, del 5.º y del 8.º Envió al 3.º del general Souham á Meissen, pequeña ciudad situada junto al Elba mas abajo de la capital de Sajonia. A Marmont con el 6.º cuerpo y á Latour-Maubourg con la gruesa caballería trasladólos desde Grossenhayn, al mismo punto, á fin de que estuvieran mas á la mano para llevar socorros á Ney, en el caso de que hácia Wittenberg ó Torgau se intentara pasar el rio. Al 5.º cuerpo de Lauriston le trajo á Dresde, y encaminó el 8.º de Poniatowski hacia la calzada de Waldhein y de Leipsick para que ayudara a Lefebvre Desnoette contra los corredores de Thielmann y de Platow, y formara la cabeza de columna del ejército, si convenia caer á la espalda sobre las fuerzas enemigas procedentes de la Bohemia. Asi Napoleon tomó sus precauciones en el verdadero sentido de los designios de los coaligados, aunque sin darse prisa, segun se ha dicho, por no creer que estuviesen tan próximos á su realizacion como lo estaban realmente.

A estas providencias añadió otras demostrativas de que un vago presentimiento le advertia de que tal vez la guerra se trasladaria junto al Rhin muy pronto, ó al menos junto al Saale. Con efecto, prescribió al general Rogniat, quien dirigia el arma de ingenieros del grande ejército desde la captura del general Haxo; que reedificara las defensas del Saale sobre Mesenburgo, y estableciera allí puentes, para tener segura en este rio una línea

de retirada. Ordenó que de Dresde á Leipsick, de Leipsick á Erfurt, de Erfurt á Maguncia, se practicaran las evacuaciones de todos los heridos y enfermos que pudieran ser conducidos por tierra, y tambien quiso que á los oficiales heridos y con medios de emprender la marcha á su costa, se les hicieran ciertas insinuaciones para decidirles á que tomaran la vuelta del Rhin, si bien dedicando sumo esmero á no dar visos de alarmantes á estas instrucciones. Previendo que la guerra seria larga y encarnizada, redacto un decreto para la recluta de ciento veinte mil hombres entre las clases anteriores á los años de 1812, 1811 y 1810, y otro para el alistamiento de ciento sesenta mil sobre la conscripcion de 1815, anticipada así en dos años. Ya estaba en los depósitos entera la de 1814. Con los refractarios, á quienes las columnas movilizadas estaban dando caza, calculaba elevar este alistamiento á trescientos mil hombres, y ejecutándolo por el otoño, esperaba tenerlo disponible en el invierno y pronto á pelear para la primavera. Tambien redactó el discurso que la emperatriz regente debia dirigir en esta ocasion al senado, recomendándola que fuera en persona, y celebrara así una especie de solio de justicia, inútil de seguro para sojuzgar á un cuerpo, cuya sumision no debia de faltar hasta la caida del imperio. Finalmente, comunicó órdenes directas al ministro de la Guerra para que pusiera en estado de defensa las plazas del Rhin y sobre todo las de Italia. No obstante, aun prescribiendo estas medidas de prudencia sobre sus fronteras, dió contraórden relativamente á los vastos acopios de víveres que mandó hacer el duque de Feltre en el Rhin á tenor de la carta de

Mr. de Basano, citada antes, obrando así con el objeto de ahorrar á las poblaciones funestas alarmas, prematuras en su concepto.

Mientras Napoleon adoptaba estas disposiciones, los coaligados ejecutaban mas pronto que lo supuso su doble movimiento sobre Leipsick por el Elba inferior y por la Bohemia. Haciendo el príncipe de Schwarzemberg que le precediera una columna austriaca, marchaba de Toeplitz á Commotau, y Blucher, despues de permanecer inmóvil delante de Napoleon los dias 22, 23 y 24 de setiembre, se ocultaba de pronto para descender el Elba desde Dresde hasta Wittenberg. A fin de disimular mejor su movimiento, llevó adelante su derecha, formada por el general Sacken, y le ordenó que dirigiera un fuerte ataque contra Meissen, proponiéndose desfilar con su centro y su izquierda por detrás de esta derecha presentada tan aparentemente y cortar á Wittenberg de este modo. Luego pensaba retirar su derecha y reunirla delante de Wittenberg, por donde queria cruzar el Elba.

Emprendió la operacion el 25 de setiembre, y mientras Sacken acometia á las avanzadas de Macdonald por un lado y á las de Marmont por otro, se puso en marcha hácia el Elba inferior. Para reemplazarle delante de Dresde dejó el cuerpo ruso de Sherbatow, fuerte de ocho mil hombres, así como la division ligera austriaca de Bubna, fuerte de diez mil y encargada de la custodia de Zittau, cuando el príncipe Poniatowski se hallaba sobre este punto. Este cuerpo de diez y ocho mil hombres era bastante para engañar á los ojos mas experimentados, sobre todo despues de un reconocimiento co-

mo el del 22 y 23 de setiembre, que debió parecer á Napoleon completamente demostrativo. De este modo logró el general Blucher sustraerse á nuestras miradas, y durante los dias 26, 27 y 28 de setiembre se encaminó á Wittenberg sin ser visto. Al pronto el ataque vivísimo de Sacken se tuvo por inexplicable, y fué interpretado como un medio de tantear la izquierda de Macdonald, y quizá como el indicio de una próxima tentativa contra el campo atrincherado que teníamos delante de Dresde. Napoleon ordenó reforzar esta izquierda para ponerla á cubierto de todos los esfuerzos del enemigo.

Pero, coincidiendo la marcha del general Blucher con otros movimientos de los generales Tauenzien y Bulow, y del mismo príncipe de Suecia, no se pudo escapar á la vigilancia del mariscal Ney, contra quien iban dirigidas todas estas operaciones. Vió á Bulow echar un puente en Wartenburgo y mantenerlo allí muchos dias, á los otros cuerpos del príncipe de Suecia preparar los medios de efectuar el paso ora por Barby, ora por Roslau, y no osando oponerse á estas diversas tentativas con treinta y seis mil hombres, de miedo de atraerse no menos de ochenta mil encima, se contentó con resistir mas particularmente al paso intentado cerca de Wartenburgo, por ser el mas próximo a Dresde y de consiguiente el que importaba impedir con mas empeño. Al punto escribió á Napoleon para enterarle del estado de las cosas, y anunciándole como ejecutándose entonces ó próximo á ejecutarse dentro de pocos dias el paso del Elba entre Wittenberg y Magdeburgo por fuerzas considerables.

No eran menos significativos los sucesos á la parte de la Bohemia. El general Lefebvre Desnoette

habia emprendido con algunos miles de ginetes la persecucion de Thielmann, quien, entrado en Sajonia por el desemboque de Carlsbad á Zwickau, dirigióse sobre Weissenfels cual si quisiera cortar nuestras comunicaciones con el Saale. Al pronto el general Lefebvre Desnoette le hizo sufrir muchos descalabros y le repelió hasta Altenburgo. Pero, desembocando Platow en este momento con sus cosacos y con cinco mil austriacos, tres mil de ellos de caballería, atacó de frente á Lefebvre Desnoette con mas de diez mil hombres, mientras que á beneficio de un movimiento rápido le cogia Thielmann por la espalda. No pudo salir Lefebvre Desnoette del apuro mas que replegandose sobre Leipsick y sacrificando algunos centenares de hombres. Este descalabro fué reparado muy luego por el príncipe Poniatowski, quien repasando el Elba y retrocediendo hasta Frohburgo con el 8.º cuerpo y el 4.º de caballería, cayó sobre Thielmann y Platow á su turno, les mató cuatrocientos hombres y les cogió prisioneros trescientos. Estos diversos choques alternativamente venturosos ó desgraciados, tuvieron la ventaja de ilustrarnos perfectamente acerca de la marcha del enemigo, y pudimos ver sobre los desemboques de Commotau á Chemnitz, de Carlsbad á Zwickau, fuerzas muy distintas de las de los partidarios, pues en estas dos direcciones reconocimos las cabezas de columnas del grande ejército de Bohemia, compuestas á la vez de rusos, de austriacos y de prusianos. Además el anuncio de su aproximacion se hallaba divulgado en toda Sajonia. Si Napoleon pudo concebir algunas dudas, no sobre la esencia de los proyectos del enemigo, sino sobre la época de su ejecucion,

ya no debia tener la mas pequeña segun estas noticias, procedentes al mismo tiempo del bajo Elba y de las fronteras de Bohemia. Evidente era que sobre su izquierda el ejército del Norte, reforzado por Blucher acaso, cruzaba el Elba inferior á fin de remontarse hácia Leipsick á lo largo del Mulda; que sobre su derecha el ejército de Bohemia, cruzando las montañas de esta comarca, descendia hácia Leipsick siguiendo tambien el curso del Mulda, y que á continuacion de trasladarse los dos ó los tres á la orilla izquierda del Elba, iban á procurar cogerle por la espalda. Por lo que hace al ejército de Silesia, que a la sazon representaban el general ruso Sherbatow y el general austriaco Bubna delante de Dresde, se podia creer que aun no habia abandonado su posicion, y que se mantenia delante de la capital de Sajonia para detenernos sobre este punto.

Pero Napoleon no se dejó engañar por estas falsas apariencias, y al punto empezó un doble movimiento para dirigir sus fuerzas sobre los dos puntos que el enemigo amenazaba al mismo tiempo, de modo de situarse con sus reservas entre los dos ejércitos coaligados, y de caer sobre uno ó sobre otro, segun el que estuviera mas a su alcance. Ya habia enviado al príncipe Poniatowski detrás de Dresde, sobre el camino de Leipsick por Waldhein y Frohburgo, desde donde le fué dado contener á Thielmann y á Platow. Igualmente llevó detrás al 5.° cuerpo de Lauriston, ya disponible á consecuencia de no quedar mas que el cuerpo 11.° de Macdonald delante de Dresde, y dirigióle sobre Mittweyda, para servir de apoyo á Poniatowski. Tiempo hacia que el 2.° cuerpo del mariscal Victor se hallaba en Freyberg, vigilando los desembo-

ques de Bohemia en Sajonia. Napoleon le envió todavia mas lejos, haciéndole avanzar hasta las inmediaciones de Chemnitz. Estos tres cuerpos, á los cuales estaba agregado el 4.° de caballería, apostados á una marcha unos de otros, se podian reunir velozmente, y presentar al enemigo una primera masa de cerca de cuarenta mil hombres. Napoleon añadióles el 5.° de caballeria, que acababa de confiar al general Pajol, á fin de que tuviesen medio de tomar lenguas á mayor distancia, y los puso á todos bajo las órdenes de Murat. Retrogradando hácia la Thuringia, debian seguir á lo largo de la falda de las montañas de Bohemia, y avanzar con precaucion de modo de hallarse entre el grande ejército del príncipe de Schwarzenberg y Leipsick de continuo. El mariscal Marmont, establecido en Meissen, mas abajo de Dresde, con el 6.° cuerpo y el 1.° de caballeria, recibio órden de volver á pasar el Elba y de replegarse sobre Leipsick, dejando en Meissen el tercer cuerpo del general Souham, que fué enviado sobre este punto desde que se verificó la concentracion en torno de Dresde. Apostado asi el mariscal Marmont en Leipsick con mas de treinta mil hombres de infantería y caballería, podia en caso necesario ir al lado de Murat ó bien unirse á Ney junto al bajo Elba, si apremiaba mas el peligro por este lado. Una marcha necesitaba para incorporarse á Murat y dos para dar á Ney la mano. Si con sus treinta mil hombres acorria a Murat subieran á setenta mil sus fuerzas; y á igual número se llevarian las de Ney que, con las de Dombrowski juntaba cuarenta mil hombres, si Marmont le llevaba el socorro; y de esta manera se

iban á preparar dos reuniones considerables contra los ejércitos de Bohemia y del Norte, siendo Leipsick el centro de interposicion entre ambos. Cuando los movimientos del enemigo, aun confusos, se vieran en claro del todo, dejando á Saint-Cir y al conde de Lobau en la capital de Sajonia, queria Napoleon retrogradar personalmente con los cuarenta mil hombres de la Guardia, con Macdonald, con Souham, que desde Meissen se le incorporaria en el camino, y marchar asi con un refuerzo de setenta y cinco mil hombres en apoyo de una ú otra de sus dos principales reuniones. Si el peligro amenazaba mas del lado de Murat correria á su lado, juntando asi una masa de ciento cuarenta mil hombres; si arreciaba del lado de Ney iria en su auxilio y reuniria igual porcion de tropas. En ambos casos tenia bastantes en su concepto para obtener sobre una ú otra hueste, y aun quizá sobre las dos una despues de otra, una victoria decisiva. Si evacuando á Dresde, salvo el volver allá despues del triunfo, se atraia los treinta mil hombres de Saint-Cir y de Lobau podian casi igualar en fuerzas al ejército de Bohemia y reunir contra los del Norte y Silesia una superioridad abrumadora. Tales eran sus cálculos y en el estado presente de las cosas era imposible formarlos mas hábiles ni mejor entendidos.

Habiendo sido encaminados los cuerpos de Poniatowski, de Lauriston, de Victor y el 4.º y el 5.º de caballería á las órdenes de Murat en direccion de Mittweida y de Frohburgo, y los cuerpos de Marmont y de Latour-Maubourg en direccion de Leipsick, estuvo pronto Napoleon á juntarse á los unos ó á los otros á la primera señal con setenta y

cinco mil hombres. Algunos meses de sueldo hizo pagar á los oficiales que padecian mucho, y proporcionó el dinero necesario de su tesoro, hallándose el del ejército exhausto Hizo dar zapatos á los soldados, preparar sus parques de municiones, y disponerlo todo en suma para un movimiento general. A Leipsick habia llegado una columna de ocho ó nueve mil hombres de batallones y escuadrones en marcha; y dispuso que se quedara allí para guardar la ciudad en union de los destacamentos que ya tenia el general Margaron en ella; y por último llamó además al cuerpo de Augereau, que al principio fué destinado á tranquilizar y á contener á la Baviera amenazada por un cuerpo austriaco. Este cuerpo de Augereau, que debia constar de mas de treinta mil hombres, fué sucesivamente debilitado para enviar destacamentos hácia el Elba. Ya no ascendia mas que á doce mil hombres, tres mil de ellos antiguos dragones de España. Asi y todo, la presencia de este cuerpo en Wurzburgo fué de algun efecto sobre Baviera, á la cual procuraba Austria atraer á la coalicion entonces, ora con amenazas, ora con halagos. Pero, conociendo Napoleon que en los campos de Leipsick se decidiria la suerte de la guerra, y que allí todas las fidelidades serian definitivamente consolidadas ó rotas, no vaciló en llamar á Augereau á este punto. Habiendo dictado estas disposiciones durante los dias 28, 29 y 30 de setiembre, aguardó con los ojos y los oidos abiertos sobre cuanto iba á pasar en torno suyo.

Entretanto los coaligados llevaban adelante la ejecucion de sus designios. Habiendo dejado Blucher, segun se ha visto, á los generales Sherbatow

y Bubna para figurar en su lugar delante de Dresde, y habiendo hecho desfilar su centro y su izquierda por detrás de su derecha, que fingia un ataque sobre Meissen, llegó delante de Wittenberg el 30 de setiembre. Allí reemplazó al cuerpo de Bulow, partido para incorporarse al ejército del Norte, y sin demora aceleró sus preparativos de paso. Al propio tiempo envió á decir á Bernadotte, apostado á una ó dos marchas mas abajo, que se debia aprestar á cruzar el Elba, pues él esperaba estar á la orilla izquierda dentro de dos dias. No habiendo cesado de pertenecer Wittenberg á los franceses, mal podia operar por allí el paso. De consiguiente se previno á echar un puente algo mas arriba, esto en Elster, en el mismo punto, donde el general Bulow lo habia intentado algunos dias antes. Allí hizo conducir barcas el 1.° de octubre, y habiendo establecido un puente, desembocó el dia 2 sobre la orilla izquierda. Pero necesitaba tomar la posicion de Wartenburgo, y era difícil forzarla, pues ya el general Bulow habia encontrado tal resistencia que se vió obligado á recoger su puente, no creyendo que pudiera servirle y no queriendo abandonarlo á los franceses.

Advertido el mariscal Ney por sus reconocimientos de la presencia del enemigo sobre la orilla izquierda del Elba, apresurose á enviar allí al general Bertrand con el cuerpo 4.°, á fin de impedir el éxito de esta tentativa de paso, como lo hizo poco tiempo antes. No habiendo aun recibido el 4.° cuerpo la division de Guilleminot que le tocaba en la distribucion del cuerpo 12.° se hallaba compuesto solamente de la division francesa de Morand, de la division italiana de Fontanelli y de la

division wurtemberguesa de Franquemont, no formando en totalidad mas de doce mil hombres. Pocos eran contra los sesenta mil que tenia Blucher bajo su mando; pero á menudo son capaces de compensar todas las desigualdades del número el terreno, la habilidad y la sangre fria. Un ejemplo memorable hubo de esta verdad en la presente coyuntura.

Al aproximarse el Elba á Elster forma un recodo muy pronunciado, y envuelve así un terreno bajo y pantanoso, situado á la orilla izquierda. Sobre este terreno se halla el viejo castillo de Wartenburgo. A fin de ponerle á cubierto de las inundaciones, levantóse tiempos antes un dique, apoyado en los dos lados del Elba á semejanza de la cuerda de un arco. Habiendo cruzado el enemigo por Elster el Elba, si trataba de pasar mas lejos, tenia que seguir un camino que iba á parar perpendicularmente al seno del dique. Situado el general Morand en el castillo de Wartenburgo, y en el punto en que se unen el camino y el dique, le tocaba naturalmente la tarea mas árdua. Algo mas á la derecha se hallaban los italianos, y del todo á la derecha en la aldea de Bleddin los wurtembergueses.

El general Morand, uno de los tres héroes del cuerpo de Davout, cuando existia este cuerpo glorioso, tomó sus disposiciones con una sagacidad admirable. A sus cuatro ó cinco mil franceses situólos detrás del dique, donde estaban cubiertos hasta la cabeza como detrás de un parapeto, y á la izquierda sobre la eminencia arenosa del castillo de Wartenburgo, dispuso toda su artillería. Así aguardaba, á semejanza de un cazador en acecho, la presencia de los prusianos.

Con efecto, en la mañana del 3 de octubre desembocaron por el puente echado en el Elster el dia antes, y avanzaron bizarramente por el camino sin prever el terrible recibimiento que les estaba reservado. Se les dejó llegar cerca, y cuando ya estaban á tiro de fusil muy corto, les asaltó de improviso y les diezmó cruelmente un fuego que partia de todos los puntos del dique y abarcaba su columna entera. Al par agregóse al fuego de la fusilería el de la artillería, y fueron arrollados en desórden sobre el puente.

No se podian detener ante este obstáculo con las pasiones que les animaban ni los generales ni los soldados. A la carga tornaron y siempre fueron acogidos del mismo modo y derribados en número bastante, sin que ni siquiera lograran llegar al dique. Blucher obstinóse y no consiguió mas que hacer morir una porcion mas considerable de soldados suyos. Molestado por el fuego de la artillería establecida sobre nuestra izquierda, ideó contrabatirla con otra situada á la orilla opuesta del Elba. No por esto se desconcertó nuestra artillería, antes bien asestó parte de sus piezas contra la batería prusiana, la redujo al silencio, y de nuevo se puso á disparar sobre el camino, trasformado muy luego en un verdadero campo de matanza.

Este combate duró cerca de cuatro horas, y cinco mil enemigos yacian sobre aquella pantanosa llanura, cuando al cabo el general Blucher tuvo la idea de dirigir sobre nuestra derecha un ataque vigoroso contra la aldea de Bleddin, defendida por los wurtembergueses. Habiendo remontado la columna de ataque la orilla del rio al amparo de algunos árboles, asaltó á Bleddin con furia, como que

era el solo camino que podia abrirse al ejército de Silesia, y acabó por arrebatársela á los wurtembergueses, que no pasaban de dos mil hombres. Al verlo el general Bertrand lanzó á la brigada de Hullot de la division de Morand sobre el flanco de la columna enemiga. Esta brigada arrolló á tres batallones y los hizo pedazos, si bien para salvar á Bleddin llegó demasiado tarde, pues ya se encontraba allí establecido el enemigo. De consiguiente el general Hullot vióse obligado á tornar junto á la division de Morand y detrás del dique.

A no ser por este último ataque al descubierto, nuestras pérdidas no pasaran de unos cien hombres; pero la tal salida nos costó de doscientos á trescientos. Por su parte los wurtembergueses, defendiendo á Bleddin con denuedo, perdieron cierto número de soldados. A pesar de todo solo tuvimos quinientos hombres fuera de combate, al par que tuvo de cinco á seis mil el enemigo. Este soberbio lance, uno de los mas notables de nuestras largas guerras, y que honraba mucho á los generales Bertrand, Morand y Hullot, no podia impedir sin embargo, que desembocara el ejército de Silesia, caída ya la aldea de Bleddin en sus manos. Así el general Bertrand hubo de retrogradar sobre Kemberg, para acercarse á Reynier y á la division de Dombrowski, establecidos desde Duben hasta Dessau á lo largo del Mulda. Por los prisioneros se supo que se acababa de tener encima á todo el ejército de Silesia, que de esta suerte habia pasado el Elba, y se hallaba sobre la derecha de Ney. Otros reconocimientos nos revelaron que el ejército del Norte habia empezado á pasar el Elba por mas abajo de Wittenberg, de Roslau á Barby, y que por

consiguiente Ney le tenia sobre su izquierda. Véase cual era la configuracion de los lugares, donde estos dos ejércitos propendian á juntarse contra el cuerpo del mariscal citado.

El Elba, que desde Dresde á Wittenberg corre oblícuamente del Sudeste al Noroeste, desde Wartenburgo á Roslau, y casi hasta Barby, corre del Este al Oeste, ó de nuestra derecha á nuestra izquierda con relacion á la posicion recien tomada por nosotros. Desde Wittenberg á Barby recoge el Elba primeramente al Mulda, que desagua hácia Dessau, y despues al Saale que desagua cerca de Barby mismo. Asi el mariscal Ney tenia sobre su derecha el Elba, corriendo lateralmente hasta Wittenberg, por el frente al mismo Elba, declinando hácia este punto y pasando por delante, y luego á su izquierda el Mulda deslizándose hácia Dessau para desaguar en el Elba. Por tanto Ney se hallaba entre Blucher, que habia pasado el Elba sobre su derecha por Wartenburgo, y Bernadotte, que, habiendo cruzado el Elba por mas abajo de la confluencia del Mulda, remontaba este rio sobre su izquierda. Verdad es que tenia la ventaja de poseer todos los puentes del Mulda, pues habia conservado á Duben, á Bitterfeld y á Dessau, y de estar asi en aptitud de maniobrar sobre las dos márgenes de este rio, y de poderse cubrir á su amparo, ora contra Blucher, ora contra Bernadotte Por desgracia apenas contaba cuarenta mil hombres, al par que Blucher tenia sesenta mil bajo su mando, y que Bernadotte reunia algo mas de este número, aun despues de dejar á Tauenzien en custodia de sus puentes. Entre estas dos masas se condujo con prudencia suma, procurando maniobrar de modo de mantener-

las separadas, y de poder retrogradar velozmente hácia Leipsick remontando el Mulda. Durante este tiempo Blucher y Bernadotte aspiraron á verse, y se vieron al cabo para concertar su plan de operaciones, y concordaron en abandonar las márgenes del Elba tan luego como lo pudieran hacer sin peligro, para trasladarse detrás del Mulda, ó remontarlo hasta Leipsick. Pero uno y otro, despues de cruzar el Elba delante de los franceses, se querian proporcionar una puerta de salida, construyendo el uno en Wartenburgo y el otro en Roslau cabezas de puente sólidas del todo, á fin de volver á pasar con seguridad el Elba, si se mostraba adversa á las armas de la coalicion la fortuna. Para atender á estos cuidados de primera necesidad les hacian falta de tres á cuatro dias.

Mientras sobrevenian estos sucesos entre el Elba y el Mulda, el mariscal Marmont, á quien autorizaban sus instrucciones para acudir al punto donde el peligro le pareciese mas inminente, apresuróse al primer llamamiento del mariscal Ney á abandonar á Leipsick y á descender el Mulda con su cuerpo de ejército y con la caballería del general Latour-Maubourg. Se detuvo en Eylenburgo, detrás del mariscal Ney que se habia replegado sobre Duben.

Por su parte Murat, encargado de observar los desemboques de la Bohemia, avanzó con Poniatowski, Lauriston, Victor, y el 4.º y el 5.º de caballería desde Mittweida hasta Frohburgo, siguiendo á lo largo de la falda del Erz-Gebirge, y cubriendo á Leipsick. A la sazon se veian claramente las cabezas de columna del ejército de Bohemia, y desembocaban en dos masas principales de Commotau

sobre Chemnitz, y de Carlsbad sobre Zwickau. Ney, Marmont, Murat, comunicaron á Napoleon exactamente cuanto pasaba ante sus ojos.

Napoleon recibió el 5 de octubre por la mañana el parte del excelente combate de Wartenburgo, y en el curso del propio dia el pormenor de todos los movimientos operados por sus diversos cuerpos de tropas. Como se le decia que la masa, que se habia presentado en Wartenburgo y conseguido cruzar por allí el Elba, la formaba el ejército de Silesia, al punto hizo ejecutar un nuevo reconocimiento delante de Dresde, esto es, mas allá del Elba, y supo que la seguridad fundada sobre los reconocimientos del 22 y del 23 de setiembre se resentia de engañosa, pues Blucher acababa de desfilar del 25 al 30 para trasladarse á Wittenberg. Desde entonces era notorio que solo se tenia delante en Dresde una cortina de tropas, y que, juntos sobre el Elba inferior los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lo habian cruzado para remontar unidos las orillas del Mulda hasta la altura de Leipsick, interin el grande ejército de Bohemia iba á bajar allí por las montañas, lo cual debia traer consigo dentro de breve plazo la muy prevista reunion de todas las fuerzas de la coalicion sobre nuestras espaldas.

Napoleon no apareció ni conmovido ni turbado. Este era el anuncio de lo que deseaba ardientemente, es decir, de una batalla general, y en su confianza no temia mas que una cosa; que los coaligados, despues de tan atrevido movimiento, carecieran de valor para persistir en la empresa y trataran de ocultarse á la vista. No era dudoso que para marchar sobre ellos se necesitaba retrogradar

de Dresde. Solo surgia la cuestion de averiguar sobre cual de las dos masas caeria primero, á fin de batir á una tras otra, y tampoco le hizo vacilar un instante. No estaba próximo á llegar á Leipsick el ejército de Bohemia; y por otra parte Murat con cuarenta mil hombres, debiendo hallar en Leipsick doce mil poco mas ó menos, y recibir los doce mil de Augereau muy pronto, de cuyo modo juntaria en totalidad sesenta mil hombres, podia cubrir á Leipsick en posiciones sucesivas y ganar algunos dias de esta suerte, interin Napoleon, que solo necesitaba tres marchas para trasladarse á Duben, junto al Mulda, tuviera tiempo de lanzarse entre Blucher y Bernadotte, de abrumar á uno y á otro, y de revolver luego sobre el ejército de Bohemia y de batirle á su turno. Si no le esperaba este ejército que tantas veces habia asomado solo para ocultarse casi al instante, y se apresuraba á tornar á Bohemia, en vez de correr en su busca, se daria á perseguir á Bernadotte y á Blucher vencidos, los acosaria con la punta de la espada hasta la capital de Prusia, realizaria asi su proyecto favorito de alargar una mano auxiliadora á las guarniciones del Oder y del Vistula, y probablemente en este caso transferiria el teatro de la guerra al bajo Elba, donde tenia los dos poderosos puntos de apoyo de Magdeburgo y de Hamburgo.

Estas eran las eventualidades mas felices, y aunque todavía se mostraba Napoleon muy confiado, no estaba tan ciego que no admitiera tambien las eventualidades adversas, y sobre todo al ver el encarnizamiento de los coaligados. Con esta prevision envió al general Rogniat á Mersenburgo, para proporcionarse allí medios seguros de retira-

da sobre el Saale. Si los sucesos eran no funestos, mas si indecisos, se replegaria sobre el Saale y estableceria allí su nueva línea de operaciones por mas ó menos tiempo, segun los medios de resistencia que allí encontrara.

En estos diversos casos todo parecia propender á la evacuacion de Dresde y de la parte del Elba comprendida entre Torgau y Koenigstein. Con efecto, si despues de vencer al ejército de Silesia ó del Norte, se iba Napoleon á establecer del todo sobre el bajo Elba, ó si se veia obligado á pasar el Saale de nuevo, por haber experimentado reveses en Sajonia, de uno ó de otro modo debia renunciar á Dresde. Bien es verdad que, si despues de batir á los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lograba asimismo vencer al de Bohemia, se hacia dueño de la campaña hasta el extremo de no serle necesario evacuar punto alguno. Pero este era el caso mas favorable, y la prudencia no permitia que se contara bastante con su realizacion, hasta hacerlo base de los calculos para las operaciones. Napoleon dispuso las cosas de modo de hacer su movimiento completo y de evacuar hasta la ciudad de Dresde. De consiguiente la mañana del 6 de octubre hizo partir a toda la Jóven y Vieja Guardia hácia el bajo Elba, esto es, hácia Meissen. Sobre Torgau habia marchado el tercer cuerpo de Souham al primer rumor del combate de Wartenburgo. Igualmente mandó á Macdonald que partiera del campo de Dresde á Meissen, yendo á lo largo de la orilla derecha, lo cual no ofrecia peligro, no estando ya el ejército de Silesia en los alrededores, y proporcionaba además la ventaja de no obstruir la orilla izquierda. Cerca de setenta y cinco mil

hombres contaban la Guardia y los cuerpos de Souham y de Macdonald, que al cabo de dos dias iban á estar próximos á Ney, y de tres sobre el enemigo. En Dresde quedaban el primer cuerpo del conde de Lobau, el 14.º de Saint-Cir con siete divisiones y cerca de treinta mil hombres; fuerza considerable que en las diversas hipótesis que acabamos de enumerar no se necesitaba en la capital de Sajonia, y que sobre uno de los dos campos de batalla, donde se esperaba trabar la pelea, podia y debia decidir la victoria. Napoleon hizo llamar al mariscal Saint-Cir, y le causó una gran satisfaccion al exponerle sus miras, pues, ademas de que este mariscal opinaba lo mismo que Napoleon ahora, se mostraba aprensivo de que se le dejara en Dresde. De seguida trazole cuanto debia ejecutar para el abandono de este punto. Ante todo evacuaria sucesivamente á Koenigstein, Lilienstein y Pirna, levantaria todos los puentes establecidos en estos diversos parages, reuniria todas las barcas que los habian formado, conservaria parte de ellas en Dresde, para el caso de que allí se tornara, y enviaria á Torgau las demás cargadas de víveres, de municiones y de heridos. Aun practicando estas cosas tan semejantes á una evacuacion definitiva, habia de decir el mariscal Sain-Cir en alta voz que no se pensaba en abandonar á Dresde, y que se iba á establecer allí por el contrario, valiéndose de este lenguaje para apartar á los moradores de la veleidad de agitarse. Terminadas estas disposiciones y mantenidos en pie sus treinta mil soldados, á la primera señal debia levantar el campo y de incorporarse á Napoleon por Meissen. Tales fueron las instrucciones dadas á este caudillo. ¡Y ojala

fueran observadas! ¡Probablemente cambiara la suerte de Francia y del mundo!

Aun faltaba explicarse con la córte de Sajonia. Sin caer en la inhumanidad, y verosímilmente tampoco sin peligro, no se podia dejar en Dresde y en medio de tantos riesgos á esta córte tan tímida y tan poco habituada á los horrores de la guerra. De esta suerte se la expondria á ser testigo de un ataque formidable y rechazado por medios extremos, ó si se la llevaba consigo, quizá se la haria asistir á alguna horrible batalla, como jamas la habian visto los hombres. Cruel era la alternativa. Napoleon dejó á su eleccion el continuar en Dresde ó el acompañarle al cuartel general. El buen rey Federico Augusto, que ya no veia otro arbitrio que el de enlazarse á la fortuna de Napoleon, prefirió su compañía á la de uno de sus lugartenientes, y estar en medio de doscientos mil hombres mejor que en medio de treinta mil tan solo. Así expresó el deseo de seguir á Napoleon adonde quiera que fuese. Habia, pues, que resolverse á llevar tras de sí á esta córte numerosa, llena de viejos, de mugeres, de niños, porque habia hermanos, hermanas, sobrinos, personas dignas y respetables y acostumbradas á la vida mas apacible y mas arreglada, levantándose, comiendo, acostándose y encomendándose á Dios siempre á las mismas horas, y trayendo á la memoria, salvo el escándalo, la sencillez, la ignorancia y la timidez de los Borbones de España. Napoleon quiso que marcharan en plena seguridad en cuanto fuera posible, con todos los honores correspondientes, y esto no era fácil en medio de seiscientos mil hombres, de tres mil bocas de fuego, y de veinte mil carros de guerra, que iban á circular durante quince dias á algunas leguas unos de otros. Decidió que, partiendo el 7 de octubre con lo que llamaba el pequeño cuartel general, esto es, con Berthier, con sus ayudantes de campo, con uno ó dos secretarios y con algunos criados, el gran cuartel general, compuesto de administraciones del ejército y de la cancilleria de Mr. de Basano, con los parques generales, y con la escolta de cuatro mil hombres, se pusiera en marcha al dia siguiente 8 de octubre. Protegido el rey de Sajonia por una division de la Guardia, se le debia unir con sus numerosos carruages. Mr. de Basano, acostumbrado á la vida de los campamentos, y habiendo aprendido de su soberano á no temer nada, tuvo el encargo de seguir al rey de Sajonia para acompañarle, y tenerle al corriente de las noticias, y pintárselo todo de color de rosa, sucediera lo que sucediere. De continuo debia ir un oficial de la Vieja Guardia al estribo de su coche, para enterarse de sus menores deseos y satisfacerlos al punto. De esta suerte y por entre los embarazos de los ejércitos mas numerosos que se han visto nunca, embarazos entre los cuales no era el menor que el excelente rey de Sajonia iba á viajar á jornadas cortas, oyendo misa todas las mañanas, viviendo en suma como en Dresde, detrás de su terrible aliado, que marchaba de dia y de noche, comia de prisa y dormia poco, y trabajaba casi sin interrupcion alguna, aun cuando hubiera echado ya el vientre de uno de aquellos príncipes enervados de las viejas dinastías. Pero un alma de hierro, un genio portentoso y un orgullo satánico animaban aquel cuerpo ya doliente y pesado y le movian como el de un jóven.

Habiendo hecho partir el 6 de octubre á una parte de sus tropas, y el 7 á la otra parte, se puso personalmente en marcha la tarde de este dia, y despues de detenerse en Meissen algunas horas, avanzó hasta Seerhausen sobre el camino de Wurtzen. Su larga experiencia de la guerra le habia enseñado que á media noche ó á la una de la madrugada llegaban las noticias mas importantes, porque los generales situados a diez ó quince leguas comunicaban á la caida de la tarde lo acontecido durante el dia por conducto de oficiales, que en cinco ó seis horas hacian la travesía á caballo, lo cual proporcionaba el conocimiento de los sucesos á media noche y á veces a la una de la madrugada. Despachando al punto la respuesta, llegaban al dia siguiente por la mañana las órdenes indispensables, todavía á tiempo de ser ejecutadas, y de esta suerte cuerpos situados á gran distancia obraban bajo la inspiracion de Napoleon como si estuvieran á su lado. De este modo la noche, indispensable para el descanso de las tropas, bastaba para pedir instrucciones y obtenerlas. Pero esta prodigiosa máquina no podia recibir impulso mas que á condicion de que el genio, motor principal, estuviera siempre de pie y despierto, al menos en el momento esencial para el despacho de las órdenes. De consiguiente, y con especialidad desde esta última campaña, se acostaba Napoleon á las seis ó las siete de la tarde, se levantaba á media noche y dictaba su correspondencia hasta la mañana. Con efecto, este era el caso de velar de continuo, teniendo que mover inmensas masas en medio de otras masas inmensas, y que moverlas con exactitud rigorosa. Llegado Napoleon á Seerhausen leyó

algunas cartas, despachó algunas respuestas, tomó de seguida algun descanso, y volvio á partir durante la noche para Wurtzen, adonde llegó el 8 bastante temprano para dictar sus órdenes.

Allí estaba sobre el Mulda, casi á la altura de Leipsick sobre el Pleisse, y en proporcion de dirigirse á Leipsick ó á Duben en el mismo espacio de tiempo. Su proyecto, al salir de Dresde, fue aplazar hasta Wurtzen sus resoluciones definitivas. Desde allí debia encaminarse á Leipsick sin demora, si empujado Murat vivamente no se podia mantener firme contra el ejército de Bohemia, ó bajar el Mulda hasta Duben, si Murat tenia medios de sostenerse aun algunos dias, y desembarazarse de los ejércitos de Silesia y del Norte, lanzándolos mas allá del Elba. Tambien debia dar al mariscal Saint-Cir la señal esperada para la evacuacion de Dresde.

Durante todo el camino recibió noticias ya de los desemboques de la Bohemia, esto es, de su izquierda desde que daba la espalda á Dresde y el frente á Leipsick, ya del Elba y del Mulda inferior, esto es, de su derecha. Todas concordaban en presentar el peligro como mas inminente hacia este lado, porque Blucher y Bernadotte juntos estaban próximos á caer sobre Ney, al par que Murat, aun viendo desembocar distintamente de Commotau sobre Chemnitz, y de Zwickau sobre Altemburgo, dos fuertes columnas, no se hallaba estrechado bastante de cerca para que pudiera inspirar temores. Ademas una fatal desavenencia sobrevenida entre Ney y Marmont añadia una razon harto urgente para ir adonde se hallaban estos dos caudillos. Véase lo que habia pasado. Habiendo retro-

cedido Ney hasta Duben despues del combate de Wartenburgo, é instado á Marmont para que acudiera en su socorro, lo cual acababa éste de poner por obra trasladándose á Erlenburgo, de pronto abandono su posicion y pasó por detrás de Marmont, para acercarse mas al Elba en la direccion de Torgau. Asi Marmont, en vez de servir de punto de apoyo, se hallaba á la cabeza y bastante comprometido, y ademas, por consecuencia del movimiento á que se le habia instado, quedaba Leipsick expuesto á las empresas de Bernadotte y de Blucher. El motivo que habia impulsado á Ney á este movimiento inexplicable, no era otro que el deseo de atraer el tercer cuerpo de Souham á su lado. No creyéndose capaz de ejecutar gran cosa con los cuerpos 4.° y 8.° de Bertrand y de Reynier quiso recoger personalmente y lo mas pronto posible el tercer cuerpo, que por largo tiempo habia mandado, y en el cual tenia gran confianza. No sabiendo qué pensar Marmont de la conducta de Ney y temiendo por Leipsick, retrogradó á su turno á Taucha.

De consiguiente, para lanzarse á la derecha sobre el Mulda, habia el doble motivo de atacar á Bernadotte y á Blucher, ya que habia tiempo, y de concordar á lugartenientes desavenidos. Al momento abrazó Napoleon su partido, resolviendo marchar de Wurtzen a Eilenburgo, esto es, bajar con los setenta y cinco mil hombres que llevaba el Mulda, empujando á Ney y á Marmont hácia adelante. Asi, caminando entre el Elba y el Mulda tan lejos como fuera necesario, esperaba ganar en celeridad a Bernadotte y á Blucher, y encontrarlos antes de que pudieran volver á pasar el Elba. Habiéndolos visto siempre alejarse tan luego como asomaba, su zozobra no consistia en eludirlos, sino en darlos alcance, pues temia que muy pronto tuvieran miedo de lo que habian intentado, y aspiraran á huir á su aproximacion como de costumbre. Por desgracia no estaban de tal pensamiento, y muchas ventajas alcanzadas una tras otra sobre sus lugartenientes les habian envalentonado hasta el extremo de temerle mucho menos que antes.

Batidos Blucher y Bernadotte, se proponia Napoleon revolver sobre el principe de Schwarzemberg, si éste persistia en avanzar con el ejército de Bohemia, ó perseguir á Blucher y á Bernadotte quizá hasta la capital de Prusia, si el principe de Schwarzemberg se replegaba al saber la noticia de la pérdida de una batalla.

Por tanto previno al mariscal Ney que siguiera adelante con Reynier, Bertrand, Dombrowski, Souham y la caballeria de Sebastiani, 2.° de reserva, agregada á su ejército para reemplazar á la del duque de Pádua. Le ordenó que bajara entre el Mulda y el Elba, con la izquierda al primero y con la derecha al segundo, cubriéndose con su caballería para no ser sorprendido, y antes bien para sorprender todos los movimientos del contrario. Tambien dirigió á Marmont hácia adelante, de modo que marchara por la orilla izquierda del Mulda, casi á la altura de Ney que estaba sobre la orilla derecha, y caminó en persona con toda la Guardia y con Macdonald detrás de sus lugartenientes.

Al mismo tiempo comunicó á Murat lo proyectado contra los dos ejércitos reunidos del Norte y de la Silesia; le recomendó que no se empeñara en ningun lance; que, sin tropezar con el enemigo

que desembocara de Bohemia, le siguiera sobre el flanco; que se mantuviera siempre entre él y Leipsick, donde hallaria veinte ó veinte y cuatro mil hombres de refuerzo, lo cual le proporcionaria mas de setenta mil combatientes. Con efecto Napoleon habia situado al duque de Pádua en Leipsick con parte del tercer cuerpo de caballería, distraido del ejército de Ney para correr detrás de los partidarios, dándole además los batallones en marcha y procedentes de Maguncia y la antigua division de Margaron. Esta reunion podia formar unos doce mil hombres de tropas activas, y veinte y cuatro mil con Augereau, que ya estaba cerca. A estos les previno Napoleon que se mantuvieran en guardia, sobre todo hácia el bajo Mulda, recelando que Bernadotte y Blucher se ocultaran é hicieran contra Leipsick alguna tentativa. Por desgracia á todas estas instrucciones bien calculadas añadió Napoleon una resolucion justificable en el momento, si bien infinitamente sensible, y fué la de suspender la evacuacion de Dresde, para la cual se hallaba el mariscal Saint-Cir ya pronto. No dió contraórden precisa, pero dispuso que se dilatara, por la razon de que, empeñándose el enemigo á fondo, ya por el lado de la Bohemia, ya por el del Mulda y el Elba, la batalla deseadísima se haria segura, tambien la victoria, y entonces tendria á dicha la conservacion de Dresde, adonde volveria el cuartel general á muy poco de haber salido. Evidentemente, porque se aproximaba la gran batalla, convenia que reconcentrase todas sus fuerzas; pero Napoleon razonaba respecto de Dresde, como habia razonado respecto de Danzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, con la esperanza temeraria de rehacer de un

solo golpe una fortuna comprometida por causas superiores y casi ya insuperables.

Habiendo pasado en Wurtzen la noche del 8 y el dia 9, á fin de dar lugar á que entraran en línea sus tropas, salió de allí Napoleon de noche, y llegó á Eilenburgo el dia 10 á las cuatro de la mañana. Se puso al frente de la caballería ligera de la Guardia, y rodeado de todos sus cuerpos marchó sobre Duben, punto esencial donde debia encontrar al enemigo, y aun quizá la batalla que deseaba con ardimiento. En estos supremos instantes Napoleon se presentaba enmedio de sus tropas, y frecuentemente á vanguardia. Con cerca de cuarenta mil hombres avanzaba en el órden siguiente. A la cabeza Ney, con lo que le quedaba de la caballería del duque de Pádua, 3.º de reserva, y con el cuerpo de Sebastiani, 2.º de reserva, descendia hácia Duben, teniendo á la izquierda a Reynier mas allá del Mulda, en el centro á Dombrowski y á Souham junto á este rio, á la derecha á Bertrand marchando casi á igual distancia del Mulda y del Elba. Napoleon seguia exactamente en el mismo órden, llevando la caballería de la Guardia y de Latour-Maubourg á la cabeza, á Marmont á la izquierda á un lado del Mulda, á la Guardia en el centro sobre este mismo rio, y á Macdonald á la derecha entre el Elba y el Mulda. Dos jornadas detrás iba el gran cuartel general con todos los parques, y especialmente con los buenos príncipes sajones, caminando al paso que se acomodaba á sus costumbres. Napoleon les enviaba noticias á cada instante. Jamás se habia hecho en guerra alguna marcha mas profundamente calculada ni mas vasta. Se avanzaba con precaucion suma, esperando ver asomar al

enemigo de un momento á otro, y deseándolo vivamente. Con efecto, se le descubria en todas direcciones, si bien replegandose, y esta vez pudo asimismo recelar Napoleon ver eludir sus golpes á los coaligados, tornando á empezar la táctica de ofensiva contra sus lugartenientes y de retirada ante su persona. Véase no obstante lo que acontecia entre ellos.

Blucher y el príncipe de Suecia en una entrevista que tuvieron el 7 de octubre, delante de los principales oficiales de los dos estados mayores, convinieron en marchar sobre Leipsick juntos, en la inteligencia de que solo con los mariscales Ney y Marmont tendrian que venir á las manos. El movimiento de los ejércitos del Norte y de Silesia debia comenzar tan luego como se aseguraran con fuertes cabezas de puente los medios de volver á pasar el Elba, en el caso en que se vieran obligados á pronunciarse en retirada. Mucho distaban estos dos caudillos de simpatizar uno con otro. El orgullo, la impetuosidad, la desconfianza ofensiva de Blucher habian agradado poco á Bernadotte, y la timidez de Bernadotte, oculta bajo una singular taciturnidad, no habia excitado la estimacion ni la confianza de Blucher Apenas disimularon frias contemplaciones su reciproca antipatía, bien que se despidieran prometiéndose un comun acuerdo, tanto mas indispensable cuanto se hallaban empeñados en las operaciones mas peligrosas. Noticias secretas y procedentes del pais mismo informaron á Blucher y á Bernadotte el dia 9 de la aproximacion de Napoleon con todas sus reservas. Esto bastaba para turbar al futuro rey de Suecia, y para inducirle á la resolucion de volver á pasar el Elba. Blucher, que

no opinaba de tal modo, envió uno de sus oficiales al campo sueco, á fin de ventilar este nuevo incidente. Bernadotte apresuróse á declarar que se trasladaria detras del Elba, con el objeto de ahorrarse un desastre á no ser que el ejército de Silesia se le juntara mas allá del Mulda, para reunir en una sola masa los ejércitos de Silesia y del Norte (1). Juicioso era el dictamen y el general mas adocenado lo concibiera y lo adoptara sin disputa. Asi el general Blucher apresuróse á abrazarlo, aun cuando este movimiento tenia la contrariedad de hacerle perder su puente de Wartenburgo. De consiguiente acordóse que en el curso del dia 10 el general de

(1) En un atlas formado para la inteligencia de sus campañas, y acompañado de leyendas históricas minuciosas, ha dicho el príncipe de Suecia que el 7 de octubre provocó una entrevista con el general Blucher, y que, al primer aspecto de la distribucion de las tropas sobre el mapa, descubrió el peligro en que se encontraba este gefe, y le aconsejó que se le juntara pasando el Mulda, consejo que salvara á los coaligados. Despues de esta publicacion Mr. de Muffling en sus interesantes Memorias, selladas con el carácter de la veracidad, por mas que respiren las pasiones del tiempo, ha suministrado el medio de completar y de rectificar los asertos del príncipe de Suecia. Al celebrarse la entrevista del 7 de octubre, se ignoraba la aproximacion de Napoleon, que solo el mismo dia salió de Dresde, y por consiguiente el peligro de Blucher. No se suscitó la cuestion de trasladarse á Leipsick este dia 7 de octubre. Solo el 9 se supo la llegada de Napoleon con sus reservas, y al instante envió Blucher un oficial de su confianza para ponerse de acuerdo con el príncipe de Suecia. Este oficial halló al príncipe muy alterado de resultas de la aproximacion de Napoleon, y dispuestísimo á volver á pasar el Elba sin demora, si el ejército de Silesia no se le iba á juntar mas allá del Mulda, á fin de guarecerse detrás del Saale de seguida. Blucher consintió en

York, que formaba la derecha del ejército de Silesia pasaria el Mulda por Jesnitz; que el general Langeron, que formaba el centro, lo pasaria por Bitterfeld, y por último que el general Sacken, que constituia la izquierda, lo pasaria por Duben. De esta suerte se hallaban todos los cuerpos del ejército de Silesia en movimiento, desfilando por delante de nosotros de nuestra derecha á nuestra izquierda, á lo largo del recodo que de Bitterfeld á Duben traza el Mulda. Para pasar á Jesnitz el cuerpo de York no tenia que dar mas que un paso. Solo necesitaba andar el de Langeron de Duben á Bitterfeld cuatro leguas. Por el contrario Sacken, que se hallaba en Moseknha entre el Mulda y el Elba, tenia que recorrer mucho mas camino para llegar á Duben, y sobre todo que maniobrar muy cerca de los franceses, por lo cual su travesía era singularmente peligrosa.

Mientras en el curso del 10 de octubre, á caballo sobre el Mulda, lo descendia el ejército francés hácia Duben, marchando el mariscal Ney á la cabeza, chocó vivamente con el cuerpo de Langeron, que se habia quedado atrás para esperar el cuerpo

ello, porque no podia haber dos dictámenes sobre este punto, ni aun para un subalterno de buen sentido, y acto contínuo se puso en marcha para cruzar el Mulda. No hubo pues lugar á cuestion de ninguna clase, ni á consejo alguno capaz de salvar á los coaligados. Sin duda hubo divergencias á los dias siguientes, y en la relacion de monsieur de Muffling resalta que los dictámenes decisivos para el triunfo de la coalicion no fueron sugeridos por el príncipe de Suecia, y que por el contrario, para conseguir que los adoptara, se necesitaron grandes esfuerzos por parte del general Blucher y del ministro de Inglaterra.

de Sacken y entregarle el puente de Duben. Rechazóle muy impetuoso, y le quitó un parque de treinta carros. Estrechadísimo por las tropas del general Bertrand, que caminaran entre el Mulda y el Elba, se retiró Sacken como pudo, y hallando á Duben ocupado por nuestra vanguardia, operó un gran rodeo para ir á pasar por Raguhn el Mulda.

Llegado Napoleon á Duben á eso de las dos de la tarde, se apresuró á interrogar á los prisioneros cogidos, y supo que tenia á la vista á todo el ejército de Silesia, que habia desfilado y seguia desfilando por delante de nosotros, para ganar el Mulda hácia nuestra izquierda. Napoleon resolvió perseguirle sin tardanza y en todas direcciones. Dispuso que el mariscal Ney se trasladara con Souham á Grafenhaynchen, camino de Dessau, tres leguas sobre la izquierda, que los generales Dombrowski y Reynier se encaminaron á la derecha sobre Wittenberg á orillas del Elba; que el general Bertrand, con su 4.º cuerpo y la caballeria de Sebastiani, se dirigiera sobre Wartenburgo, tambien á orillas del Elba, para destruir allí los puentes del enemigo; y por último que Macdonald fuera en apoyo de Bertrand. Todos debian arrollar á los cuerpos de Blucher que, sorprendidos en la marcha, no podian oponer resistencia, y quitarles donde quiera los medios de pasar el Mulda y el Elba, á fin de apropiárnoslos exclusivamente. Napoleon se quedó en Duben con la Guardia, con la caballeria de Latour-Maubourg y con el cuerpo del mariscal Marmont, para combinar allí sus movimientos ulteriores.

Al ver la manera con que se presentaban las cosas, le desvelaba sobremanera un cuidado. Sabia que el ejército del Norte estaba sobre su iz-

quierda detrás del bajo Mulda, ocupando los puentes de este rio y los del Elba mas abajo de la confluencia de ambos, y teniendo por consiguiente suma facilidad de volver a pasar el Elba y de sustraerse á nuestra persecucion. Sabia que el ejército de Silesia, despues de cruzar el Elba sobre nuestra derecha por Wartenburgo, acababa de desfilar á lo largo de nuestro frente, para cruzar el Mulda sobre nuestra izquierda y juntarse al ejército del Norte. No habia gran inverosimilitud en suponer que iban á comenzar de nuevo aquella táctica evasiva, que tanto nos habia agotado de fuerzas, y á pasar otra vez cuando nos acercáramos hácia Acken ó Roslau el Elba. Para Napoleon, que tenia necesidad de una batalla decisiva y que á cada paso sembraba el camino de jóvenes enfermos ó despechados, fuera esta una verdadera desdicha. De recelar era asimismo que, despues de operar inútilmente una larga travesia para dar alcance a los ejércitos de Silesia y del Norte, y con el designio de recaer luego sobre el ejercito de Bohemia, ya hubiera pasado la coyuntura de alcanzarle. Su marcha sobre nuestras espaldas anunciaba sin duda proyectos mas atrevidos que de costumbre, pero tambien podia significar el deseo de no combatir mas que cuando los tres ejércitos se hallaran confundidos en uno solo. Ahora bien, por darles el valor de esperarnos, no podia sin embargo, Napoleon dejarles la ventaja de reunirse, pues los colocara respecto de nosotros en la proporcion de dos contra uno, superioridad numérica harto peligrosa para exponerse á ella; y con todo, mientras persistiera en interponerse entre las dos masas enemigas, una bajando y otra subiendo el Mulda, lo presumible parecia que, amenazada individualmente cada una de ellas, procurara ocultarse á la vista. En esta perplejidad, no queriendo permitir que se juntaran una á otra, y obligado á elegir la primera contra quien habia de venir á las manos, abrazó el partido de caer á todo trance sobre la masa formada por los dos ejércitos de Silesia y del Norte, y para alcanzarlos, sin perder el medio de retornar mas tarde sobre el ejército de Bohemia, imaginó de pronto uno de los proyectos mas atrevidos y mas sábios que haya concebido jamás capitan alguno y que recibia una grandeza inaudita de la proporcion de las fuerzas con que iba á intentarlo (1). apoleon determinó perseguir sin tregua á los ejércitos de Silesia y del Norte, pasar detrás de ellos el Mulda y el Elba, destruir todos los puentes, excepto los que estaban en nuestras manos, esforzarse asi por poner á estos dos ejércitos en completa derrota; y como durante este espacio de tiempo, continuando el descenso del Mulda, habria empujado el príncipe de Schwarzemberg á Murat sobre Leipsick con viveza y aun quizá mas abajo, para entonces tenia decidido remontar el Elba en persona, sin abando-

(1)) Mucho se ha hablado de este proyecto sin conocerlo, y casi se ha ridiculizado a fuerza de las suposiciones aventuradísimas que se han hecho, por no estar al corriente del verdadero pensamiento de Napoleon. Gracias á su correspondencia, cotejada con la de los generales que militaban á sus órdenes, podemos fijar su pensamiento verdadero, dia por dia, hora por hora, y se verá que en vísperas de la mayor desventura, y aun añadiremos que la mas motivada por sus faltas políticas, su genio militar se desplegó con mas empuje y grandeza que nunca.

nar la orilla derecha, remontarlo hasta Torgau ó hasta Dresde, volverlo á pasar por uno de estos dos puntos, y caer sobre el ejército de Bohemia, separado de las montañas y cogido de este modo en un verdadero callejon sin salida, entre el Mulda y el Elba, cuyos puentes serian nuestros. Indudablemente se necesitaba mucha fortuna, suma precision de movimiento y muy excelentes instrucciones para que esta combinacion se lograse, por ser tan vasta como complicada; pero podia acontecer que, despues de proporcionar á Napoleon el medio de batir á los ejércitos de Silesia y del Norte, le facilitara tambien el de coger en un mal paso y destruir completamente al ejército de Bohemia. Prodigiosos resultados eran estos, seguros con los soldados y los generales de Austerlitz y de Friedland, dudosos ahora, si bien posibles todavía, aun con soldados jovenes y con generales desconcertados.

Inmediatamente expidió Napoleon sus ordenes al efecto, y escribiólas en cifra, recomendando á todos que fueran depositarios de su secreto, y lo guardaran cuidadosamente, porque, segun su dicho, seria durante tres dias *el secreto del ejército y la salvacion del Imperio*. Prescribio á Murat que obrara con prudencia suma; que contuviera y atrajera al enemigo á un mismo tiempo; que se replegara sobre Leipsick, donde encontraria al duque de Padua y verosimilmente á Augereau; que se mantuviera allí lo mas posible, pues habia un interés político al par que moral y militar en conservar la ciudad aquella, si bien antes de exponerse á una desigual lucha, debia retroceder sobre Torgau ó Wittenberg, donde hallaria asilo detrás del Elba, mientras tornando á pasar Napoleon este

rio por Torgau ó Dresde, fuera á caer como el rayo sobre el ejército de Bohemia, condenado á perecer en el lazo á que se dejara arrastrar de este modo. Napoleon mandó al duque de Padua que reuniera cuanto hubiera en Leipsick de víveres, municiones, de vestuario, de zapatos, y por último, de material precioso; que formara con todo un vasto convoy, y que lo dirigiera por el camino de Torgau, donde el general Lefebvre Desnoette iria á recogerlo mediante un movimiento retrógrado para escoltarlo hasta Torgau mismo. De esta suerte, si habia necesidad de abandonar á Leipsick, no se perderia allí nada. Además, previno Napoleon al duque de Padua que escribiera á Erfurt y á Maguncia, que se estaba en plena maniobra; que los movimientos iban á ser muy complicados; que por tanto no habia que alarmarse aun cuando se supiese que Leipsick era ocupada por el enemigo, y que semejante suceso podia muy bien efectuarse, bien que por resultado de las combinaciones, que terminarian verosimilmente *como la caida de un rayo*.

Llegado á Dessau en persecucion de Blucher y de Bernadotte, abrigaba Napoleon el proyecto de no permitirse respiro hasta que lograra darlos alcance: sin embargo, si despues de batirlos del todo, convenia, para seguirlos de nuevo, perder la eventualidad de caer sobre el ejército de Bohemia, se hallaba resuelto á dejarles arrastrar sus reliquias hasta la capital de Prusia, y á remontar personalmente la orilla derecha de Elba para llevar á remate su gran designio, cuyo éxito se haria asi muy probable, pues el rio, que pondria entre sus tropas y el ejército de Bohemia, cubriria su movimiento,

mantendria á este ejército ignorante de lo que se le preparaba, y no le permitiria saberlo, hasta que ya no fuera hora de retroceder camino hácia Bohemia.

No obstante, esta combinacion profunda tenia un inconveniente, uno solo, pero grave, el de resolver de una manera definitiva en punto á la evacuacion ó conservacion de la capital de Sajonia. Con efecto, se hacia necesario conservarla, puesto que, despues de pasar el Elba detrás de Blucher y de Bernadotte, fuerza era cruzarlo de nuevo para sorprender al ejército de Bohemia, y en lo posible cabia que se necesitara remontarlo hasta Torgau y aun quizá hasta Dresde. Por este motivo ordenó Napoleon al mariscal Saint-Cir, en contraposicion de lo prescripto antes, que se mantuviera definitivamente y se estableciera bien en la capital de Sajonia, y esperara con confianza, pues probablemente muy pronto le veria volver á asomar bajo sus muros, no por la orilla izquierda, sino por la orilla derecha, despues de realizados grandes designios, y en pos de designios todavía de mayor bulto. Desgraciadamente, si no se realizaban estos designios, si no se podia prescindir de pelear sobre el terreno á la sazon ocupado, esto es, entre Duben y Leipsick, treinta mil hombres faltarian capaces de decidir la victoria, al efectivo de nuestras fuerzas, y si despues de una batalla indecisa ó perdida, se necesitaba pasar el Saale de nuevo, se agregarian treinta mil hombres á todos los que, encerrados en las plazas del Elba, del Oder y del Vístula, no podrian retornar á Francia, y se verian obligados á capitular sin remedio.

Despues de engendrar tan vastas concepciones,

determinó Napoleon detenerse en Duben un dia, y dos acaso, para saber noticias, ora de Murat, ora de los diversos cuerpos enviados en persecucion de Blucher y de Bernadotte, porque se trataba de averiguar si debia buscar á los dos ejércitos de Silesia y del Norte detrás del Mulda, pasando este rio entre Duben y Dessau, ó bien mas alla del Elba, pasando por Wittenberg de una orilla á otra. Hacia un tiempo horrible, se caminaba por entre un espeso lodo, desleido por continuas lluvias, lo cual aumentaba sobremanera las penalidades del soldado, y Napoleon se veia en la precision de aguardar los reconocimientos practicados sobre un castillejo, rodeado de agua, en medio de bosques ya destrozados por el otoño y por la mala estacion. Esta inaccion forzada se hacia muy cuesta arriba á su impaciencia, y aunque todavía muy confiado, no dejaba de tener algunos vagos presentimientos que le sumergian á veces en cierta especie de tristeza. No le quedaba otro recurso que platicar con el mariscal Marmont, cuyo espíritu fácil, abierto, culto, le era grato, y con quien tuvo en otro tiempo las relaciones familiares de un general con su ayudante de campo. Toda la noche del 10 al 11 de octubre, pasóla en discurrir sobre la situacion tan extraordinariamente complicada de los ejércitos beligerantes, entre el Elba, el Mulda y las montañas de Bohemia, y aunque se viera metido en esta situacion, no por confusion de su talento, el mas claro del mundo, sino por confusion de las cosas, y aunque supiera reconocerse á maravilla, no se hallaba exento de toda zozobra al verse engolfado en semejante laberinto, y asi exclamo repetidas veces:—¡Qué hilo tan enredado este! ¡Yo solo puedo

desenredarlo, y aun no lo conseguiré sin trabajo sumo!—Asi pasó aquella noche, hablando de todo, hasta de literatura y de ciencias, dejando al mariscal Marmont rendido de cansancio, y no experimentando ninguno su persona.

Al otro dia los partes de los lugartenientes anunciaron los siguientes resultados. Trasladado el general Bertrand con el 4.º cuerpo sobre Wartenburgo, encontró allí la gran cabeza de puente empezada por Blucher, y acometió la empresa de destruirlo, pues estaba acordado no conservar mas medio de paso que los de las plazas de Wittenberg y de Torgau, que eran nuestras. De los alrededores de Wittenberg, desalojaron los generales Dombrowski y Reynier á las tropas que bloqueaban esta plaza, metiéronse dentro, y desembocando á la orilla derecha del Elba, corrieron sobre los destacamentos prusianos. El mariscal Macdonald fué á situarse en Kemberg, detrás de Wittenberg, para servir á los generales Dombrowski y Reynier de apoyo. Por último, á la izquierda Ney aproximóse á Dessau, y arrolló á todos los destacamentos enemigos sobre la orilla derecha del Mulda. Asi los prisioneros cogidos como los movimientos descubiertos eran de índole propia á sumergir á Napoleon en la mayor incertidumbre. Con efecto, en Wartenburgo, sobre nuestra derecha, en Wittenberg sobre nuestro frente, en Dessau sobre nuestra izquierda, se vieron no solo destacamentos, sino cuerpos enteros é inmensos convoyes, de modo que era imposible determinar si, de resultas de aproximarnos, tornaba á pasar el enemigo á la orilla derecha del Elba, ó si se detenia detrás del Mulda, aguardando para darnos batalla á que nos

atreviéramos á pasar este rio en su presencia. Tambien podia acontecer que los dos ejércitos del Norte y de Silesia reunidos detrás del Mulda, remontasen este rio para operar en los alrededores de Leipsick su incorporacion con el ejército de Bohemia. Este último movimiento por su parte nos exponia al gravísimo peligro de tener á la vez á toda la coalicion encima. Por tanto, aspirando á abrumar á Blucher y á Bernadotte ante todo, se necesitaba maniobrar de manera de estar siempre entre ellos y el príncipe de Schwarzemberg, esto es, entre la masa que remontaba del bajo Elba y la que descendia de Bohemia. Con esta mira Napoleon hizo pasar el puente de Duben al mariscal Marmont, y dándole una fuerte division de caballería, le trasladó á la orilla opuesta del Mulda, hacia Dolitzch. Marmont se iba á encontrar detrás de un brazo desprendido del Mulda, que corre de Leipsick á Jesnitz, ya formando balsas de agua, ya deslizándose en un hilo delgado, para unirse al brazo principal en Bitterfeld. En esta posicion se hallaba Marmont bastante á cubierto: con su caballería ligera lanzada á lo lejos podia explorar los movimientos del enemigo, y si sabia que, remontando detrás del Mulda, se dirigian sobre Leipsick el ejército del Norte ó el de Silesia, le era fácil ir allí en algunas horas, y tomarles la delantera. Incorporándose á Murat con veinte y cinco mil hombres, elevaria á noventa mil el total de sus fuerzas, muy suficientes para dar tiempo á que Napoleon retornara, y para mantenerse de continuo entre las dos masas que pretendian abrumarle. Tomada esta precaucion tan útil como sábia, Napoleon hizo todo lo necesario para que no se malograra su gran

designio, si como esperaba, el movimiento de Blucher y de Bernadotte sobre Leipsick se resentia de una simple quimera. A los generales Dombrowski y Reynier les previno que desembocasen de Wittenberg para correr sobre todos los cuerpos enemigos que encontraran mas allá del Elba; que bajaran á lo largo de la orilla derecha para destruir los puentes de Bernadotte en Roslau y Barby, lo cual en cualquier caso venia á ser para los coaligados de sumo perjuicio, pues si habian vuelto á pasar á la orilla derecha del Elba para refugiarse hácia la capital de Prusia, se les quitaba todo medio de volver en ayuda del ejército de Bohemia, y si habian permanecido á la orilla izquierda, se les encerraba en un callejon sin salida, donde Napoleon iba á cogerlos ó á destrozarlos. A Ney mandó que se arrojara en Dessau sobre los puentes del Mulda y se apoderara de ellos. Dejó á Macdonald en Kemberg, para sostener á Reynier y á Dombrowski en caso necesario, á Bertrand en Wartenburgo, para terminar allí la destruccion de la cabeza de puente de Blucher; y por último, reconcentró en Duben á Latour-Maubourg y á la Guardia, pronto á seguir á Ney para caer á la parte de Dessau y mas allá del Mulda sobre los ejércitos del Norte ó de Silesia, ó á remontar por detrás hácia donde Marmont se hallaba, si convenia retroceder camino á la parte de Leipsick Véase en qué perplejidades, en qué cálculos profundos y no interrumpidos pasó el dia 11, que muchos críticos le han echado en cara como perdido, ignorando el secreto de sus ideas.

Segun su costumbre se levantó el 12 entre media noche y la una de la madrugada, y se apresuró á enterarse de cuanto se le comunicaba de todas las direcciones. Dos indicaciones ya muy pronunciadas desde el dia antes, se pronunciaban todavía mas segun las apariencias. Por lo que de ellas resultaba, uno de los dos ejércitos del bajo Elba, el de Bernadotte, habia vuelto á pasar á la orilla derecha de este rio, y por el contrario el otro, el de Blucher, se habia quedado á la orilla izquierda, con propension de remontarse hácia Leipsick por detrás del Mulda. Los movimientos ordenados el dia antes, y con especialidad el de Marmont, correspondian á esta indicacion á maravilla. Por último, una nueva importante, la de un combate feliz dado por Murat á Wittgenstein el 10 de octubre, era de índole propia á confirmar á Napoleon en su disposicion de lanzarse de seguida sobre los ejércitos del Norte y de Silesia. Véase lo que á la parte de Murat habia pasado. Habiéndose trasladado con Poniatowski, Lauriston, Victor y los cuerpos 4.° y 5.° de caballería sobre Frohburgo, consiguió interceptar el camino que por Commotau y Chemnitz lleva á Leipsiek, pero no tuvo tiempo de interceptar el que por Carlsbad y Zwickau conduce al mismo punto. Aprovechándose de la via que asi quedaba abierta, pudo Wittgenstein ocupar á Borna, y Murat se halló el 10 de octubre con los austriacos sobre su izquierda en Penig, y con los rusos sobre su derecha en Borna. No queriendo permanecer en posicion semejante, y sobre todo no queriendo permitir que la cabeza de una de las columnas enemigas le tomara sobre Leipsick la delantera, recayó denodadamente sobre su derecha, y atacó á Borna con el mayor empuje. Valerosamente se defendieron los rusos, pero Poniatowski y Lauriston

los asaltaron aun con mas bizarría, y se apoderaron de Borna á la bayoneta. Este combate, que costó á Wittgenstein de tres á cuatro mil hombres, nos hizo dueños del camino de Leipsick, y volvió á colocar á Murat en su situacion natural, la de cubrir á Leipsick contra las dos columnas de Schwarzemberg que desembocaban de la Bohemia. A juzgar por las primeras apariencias, se veia á Wittgenstein rechazado de Borna en retirada, y nuestra caballería creia haberle descubierto en traza de tomar la vuelta de Bohemia. Al escribir, pues, á Napoleon le enviaba Murat á decir que juzgaba al ejército de Bohemia en retirada, y le recomendaba que no descuidase cosa alguna para destruir ó los dos ejércitos de la Silesia y del Norte. Estas noticias tenian la fecha del dia 11 á las once y media de la mañana.

Recibiendo Napoleon estos detalles en la madrugada del dia 12, torno á pensar que el ejército de Bohemia no tenia gran prisa de comprometerse; que los coaligados mostraban de continuo la misma inclinacion á evitarle; y que de consiguiente urgia empezar por echarse encima de los ejércitos de Silesia y del Norte, y perseguirlos mas allá del Elba, y remontar inmediatamente este rio por la orilla derecha, y sorprender al ejército de Bohemia, pasando de improviso á la orilla izquierda. Napoleon confirmó sus primeras órdenes hasta las diez de la mañana, é hizo sus preparativos para pasar el Mulda, á fin de caer sobre Blucher que se presentaba por nuestra izquierda, y despues sobre Bernadotte, que al parecer se mantenia firme á nuestra derecha, á caballo sobre el Elba. Aun aproximó á la Guardia imperial á Duben, para poderse

juntar á Marmont y marchar directamente contra Blucher mas allá del Mulda.

Pero á las diez de la mañana mudó de súbito el estado de las cosas. Una segunda carta de Murat, escrita asimismo el dia antes, esto es, el 11 de octubre, bien que á las tres de la tarde, comunicaba noticias del todo diferentes. En lugar de ver al enemigo en retirada, se le habia descubierto en plena marcha sobre Leipsick. Prosiguiendo su movimiento por el camino de Chemnitz, continuaba avanzando la columna austriaca hácia Frohburgo y Borna, y despues de replegarse un momento la columna de Wittgenstein por el camino de Zwickau hasta Altenburgo, volvió de seguida á emprender su marcha sobre Leipsick atrevidamente. Murat anunciaba que retrocedia sobre este punto, ante todo por no dar batalla con fuerzas muy desproporcionadas, y además por cubrir la importante ciudad de continuo. Se iba á establecer á algunas leguas de Leipsick en una buena posicion, esperaba mantenerse en ella con los refuerzos que le estaban aguardando, é instaba á Napoleon á no soltar la presa, si estaba seguro de dar alcance á los ejércitos de Silesia y del Norte, prometiendo por si dedicarse entretanto á la tarea mas ingrata y mas peligrosa, la de luchar contra un enemigo superior tres ó cuatro veces. En el mismo instante los reconocimientos de Marmont divisaron al ejército de Blucher abandonando las orillas del Mulda por las del Saale, que corre paralelo al Mulda, aunque á mayor distancia, y remontándolo hacia Halle, con marcada tendencia sobre Leipsick.

Al saber Napoleon estas noticias, con la celeridad del hombre eminentísimo en la guerra, cam-

bió sin vacilar todos sus planes. Asi abandonó su gran combinacion, consistente en correr primero sobre Blucher y Bernadotte, para retornar acto contínuo sobre el ejército de Schwarzemberg por la orilla derecha del Elba, y decidió trasladarse inmediatamente á Leipsick por el camino mas corto. Mientras pudo esperar mantenerse entre las dos masas, procedentes de Bohemia la una y del Elba inferior la otra, con la facultad de lanzarse á su antojo sobre cualquiera de ellas, se debia calificar de hábil y sábio su proyecto de ocupar por medio de Murat á la de Bohemia, interin comenzaba personalmente por acometer á la del Elba. Pero ahora que era evidente la tendencia de la una hácia la otra; que no estaba seguro de que Murat pudiese contener muchos dias consecutivos al ejército de Bohemia, como tampoco lo estaba de poder dar alcance en persona á los ejércitos de Silesia y del Norte, manteniéndolos separados de Leipsick, la maniobra mas urgente consistia en oponerse á la union general de los tres ejércitos coaligados, y en correr á Leipsick á pelear contra el de Bohemia cuanto antes á fin de lograrlo. No habia otro medio de salir de la dificultad, dado que porfiar en lanzarse por Dessau sobre los ejércitos de Silesia y del Norte, cuando no se tenia la certeza de hallarlos juntos, ya que el uno se remontaba al parecer hácia Leipsick y el otro volvia á pasar el Elba; exponerse de este modo á no dar alcance mas que á uno, mientras el otro fuera á unirse en Leipsick al ejército de Bohemia, y á que abrumaran á Murat los dos juntos, no era conducta admisible para un capitan como Napoleon, y justo es admirar la prontitud increible con que pasó de seguida de

uno de estos proyectos al otro. Pero su posicion era menos buena desde este instante, pues teniendo poco antes la esperanza fundada de batir sucesivamente á los ejércitos enemigos, y quizá de hacerlos sufrir una catástrofe, se hallaba amenazado á su turno con la reunion de fuerzas abrumadoras, y su mayor triunfo iba á consistir, no en causar un desastre á sus enemigos, sino en evitarlo. Verdad es que tenia la eventualidad de agobiar á Schwarzemberg antes de que Blucher asomase, y quizá al mismo Blucher antes de que Bernadotte se le incorporara; pero para obtener estos dos resultados se necesitaban una exactitud y una rapidez en los movimientos sobradamente árduos con soldados cansados por las marchas continuas y por un temporal espantoso.

Al punto, esto es, el 12 de octubre á cosa de las diez y media de la mañana, hizo sus cálculos y dictó las órdenes consiguientes. Murat, que habia visto el dia 11 volver á empezar el movimiento ofensivo del ejército de Bohemia, podia emplear en replegarse sobre Leipsick todo el dia 12, y defenderse allí el 13, el 14 y aun el 15, con los socorros que le iban á llegar sucesivamente. Con efecto, Marmont, ya trasladado á Dolitzsch, no estaba separado de Leipsick mas que por una marcha, y despachándole inmediatamente la órden de trasladarse á dicho punto, debia llegar allí el 12 por la noche y á mas tardar el 13 por la mañana. Unido este refuerzo de veinte y cinco mil hombres, inclusa la caballería, al de Augereau, cuya llegada se anunciaba, proporcionaria á Murat para el dia 13 muy cerca de noventa mil hombres. Manteniéndose en torno de Duben Latour-Maubourg y la Guardia,

podian replegarse allí durante el dia para pasar el Mulda y encaminarse á Leipsick. Si no se necesitara pasar por este único puente del Duben con inmensos convoyes de artillería y de bagages, la Guardia y Latour-Maubourg hubieran podido estar al otro lado del Mulda aquella misma noche, y tener hecha sobre Leipsick una marcha, lo cual les permitiera llegar allí la noche siguiente. Contando la Guardia treinta y ocho mil hombres de todas armas, despues de las fatigas que acababan de sufrirse, y Latour-Maubourg seis mil ginetes, á pesar de ser los efectivos sobre el papel muy superiores, sumaban cuarenta y cuatro mil hombres que el 13 por la noche ó el 14 por la mañana iban á reforzar la reunion de Murat, á elevarla á ciento treinta y cuatro mil combatientes, y á formar un muro impenetrable entre el ejército de Silesia y el de Bohemia. Quedaban Bertrand cerca de Wartenburgo ocupado en arruinar las obras de Blucher, Macdonald enviado á los alrededores de Wittenberg, para apoyar á Reynier y á Dombrowski. Conducidos Bertrand y Macdonald á Duben el 13 de octubre, podian estar en Leipsick el 14 por la noche y lo mas tarde el 15, y elevar de este modo á ciento sesenta mil hombres el grande ejército que se formaba en aquel punto. Finalmente, Dombrowski con cinco mil hombres, Reynier con quince mil, Sebastiani con cuatro mil caballos fueron enviados mas allá del Elba para destruir hasta Barby todos los puentes de este rio, y Ney con quince mil hombres estuvo encargado de apoderarse de los del Mulda, para alejar definitivamente al ejército del Norte, que parecia resuelto á mantenerse mas allá del Elba. Treinta y ocho ó

treinta y nueve mil hombres sumaban todos, que, llevados á Leipsick, debian elevar la concentracion general de nuestras fuerzas á un total de doscientos mil combatientes. En la posicion concéntrica donde estos doscientos mil combatientes se iban á hallar en medio de los ejércitos coaligados, habia de sobra para dar una batalla, que seria formidable sin duda, pero que podia ser venturosa, aun cuando sumas entrescientos mil y mas los enemigos, cosa muy posible.

Napoleon despachó sus órdenes á las diez y media á las diversas masas que se debian reunir en Leipsick, debiendo emprender la marcha Marmont desde Dolitzsch, la Guardia y Latour-Maubourg desde Duben, Bertrand y Macdonald desde las cercanías de Wittenberg. Por lo que hace á la última porcion de treinta y ocho mil hombres, empeñados los unos mas allá del Elba por Wittenberg y los otros mas allá del Mulda por Dessau, calculó Napoleon que aun llevándolos á Duben al otro dia, no podrian pasar allí el puente del Mulda, á causa de la aglomeracion de hombres y de material; de consiguiente dejóles dar cima á la tarea que les estaba confiada. Teniendo razones para suponer que el ejército del Norte habia vuelto á pasar el Elba, quiso ponerle fuera de juego del todo, no dejándole medio alguno de cruzar el rio. Por tanto prescribió á Reynier, á Dombrowski y á Sebastiani, que terminaran cuanto antes la operacion de que estaban encargados contra los puentes de Roslau, de Acken, de Barby, y á Ney que se apoderara de los de Dessau, y á todos en fin, que nada omitiéran para quitar á Bernadotte, á quien se suponia mas allá del Elba, la facultad de pasarlo de nuevo.

Asi con estas órdenes tan profundamente calculadas proveyó á todo, en cuanto es lícito á la prevision humana. De esta suerte al dia siguiente 13 de octubre iba á tener Murat en Leipsick noventa mil hombres, y ciento treinta y cuatro mil el 14, con la persona de Napoleon, lo cual imposibilitaba toda incorporacion de las masas enemigas. Por último, en los dias 15 y 16, el grande ejército elevado sucesivamente á doscientos mil hombres, se iba á hallar situado con todas sus fuerzas entre los ejércitos coaligados. No restaba mas que batirse con denuedo y con fortuna; que fuera con denuedo lo esperaba Napoleon fundadamente de sus soldados; que fuera con fortuna lo esperaba tambien de su genio y de ella.

Resolvió esperar en Duben hasta la ejecucion de las órdenes que habia dado. Efectivamente, importaba poco su presencia en Leipsick mientras no estuviesen reunidas allí sus tropas, y por el contrario en Duben vigilaba el desfile de sus cuerpos de ejército y la realizacion de las providencias prescriptas para desembarazarse de Bernadotte, que parecia siempre trasladado á la orilla derecha del Elba. Durante este dia 12, habiendo cruzado por Wittenberg dicho rio Dombrowski y Reynier, precedidos por la caballería de Sebastiani, ahuyentaron por delante á los prusianos, y aun cogieron algunos prisioneros á la division de Thumen, que siempre habia formado parte de las fuerzas de Bernadotte. Nueva razon era esta para temer por segura la vuelta del ejército del Norte á la orilla derecha del Elba. Dombrowski y Reynier torcieron de seguida á la izquierda para destruir el puente de Roslau, y tropezaron con las tropas del general

Hirchsfeld, pertenecientes de igual modo al ejército del Norte. No siguieron mas abajo, porque al parecer habia allí reunidas fuerzas considerables Al mismo tiempo, operando Ney sobre el Mulda, apoderóse de los puentes de Dessau, situados muy cerca de la confluencia del Mulda y del Elba. Un poco antes de Dessau y hácia la derecha, esto es, en Worlitz, se hallaba un destacamento enemigo. Sobre Worlitz dirigió Ney la caballería del general Fournier con algunas tropas de infantería del tercer cuerpo, y con el resto de éste se precipitó sobre Dessau mismo. De pronto fueron arrollados los enemigos hácia el puente, donde la infantería y la caballería se refugiaron en confusion espantosa. Allí se cogieron unos mil prisioneros y muchas piezas de artillería. En esto, acometido tambien con vigor sumo el destacamento prusiano que ocupaba á Worlitz, fué arrollado hácia Dessau ya poseido por nosotros, cogido entre dos fuegos, y capturado ó acuchillado por la caballería del general Fournier. Estos lances costaron al enemigo cerca de tres mil hombres y no escaso número de bocas de fuego Las tropas allí encontradas eran las del cuerpo de Tauenzien, que sin pertenecer á Bernadotte, habia servido habitualmente bajo su mando Al parecer replegóse hácia el Elba. No se empeñó el mariscal Ney á mas distancia, prescribiéndole sus instrucciones que estuviera pronto á retroceder camino.

Estos diversos encuentros confirmaban del todo la suposicion de que el ejército del Norte se habia quedado á la derecha del Elba, porque la division de Thumen, el cuerpo del general Hirchsfeld y el de Tauenzien, no habian cesado de pertenecerle. Lo mas verosímil era que se mantenia junto

al Elba para cubrir á la capital de Prusia, mientras el ejército de Silesia, habiéndose trasladado del Mulda al Saale, para operar su movimiento al amparo de los rios, se remontaba hácia Halle y Leipsick á fin de juntarse al ejército de Bohemia. Dada esta hipótesis habia sin duda que explicar muchas contradicciones, pues no se comprendia por qué á costa de los mayores peligros, se habian unido los ejércitos de Silesia y del Norte y pasado el Elba para separarse de seguida, ni por qué Blucher no habia ido simplemente á incorporarse al príncipe de Schwarzemberg por entre la Bohemia, en vez de andar el inmenso rodeo de Bautzen á Dessau, de Dessau á Leipsick. Pero no era esta la primera vez que se habia visto á los generales coaligados ejecutar maniobras extrañas, y corroborando todos los reconocimientos la separacion de los dos ejércitos de Silesia y del Norte, fuerza era rendirse ante unánimes testimonios. De consiguiente se tuvo por cierto que habria que venir á las manos con Schwarzemberg reforzado por Blucher tan solo, en el caso de que éste lograra juntarse al generalísimo por entre las masas de la hueste francesa.

Estas apariencias fueron confirmadas nuevamente el 13 de octubre por los reconocimientos practicados en todas direcciones, y así Napoleon persistió en la opinion que habia formado, y que además nada importaba con relacion á las medidas que debian tomarse, porque en todos los casos convenia la reconcentracion en torno de Leipsick y operada cuanto antes y lo mas completamente posible. Habiendo remontado Marmont con la caballería del general Deforge el Mulda, entre el

brazo principal y el pequeño brazo que pasa por Dolitzscht, siguió de continuo paralelamente a las tropas de Blucher que efectuaban el propio movimiento á lo largo del Saale, y se encaminaban á Halle como nosotros á Leipsick. En la noche del 13 fué Marmont a establecerse detrás de Leipsick, en la posicion de Breitenfeld, que da frente al camino de Halle. Así estaba en posicion de impedir que Blucher entrara en Leipsick. Murat se replegaba ordenadamente el mismo dia al lado opuesto de la ciudad misma y contenia al grande ejército del príncipe de Schwarzemberg. Augereau, despues de encontrar mas allá de Weissenfels, no lejos de las llanuras de Lutzen, a las tropas ligeras de Lichtenstein y de Thielmann, atropellólas y les quitó dos mil hombres. Acostumbrados los dragones de España á manejar el sable recto, hicieron gran matanza en la caballería enemiga. Augereau estaba á la misma entrada de Leipsick hácia Lindenau, lo cual presentaba un nuevo obstáculo á la incorporacion de Blucher con Schwarzemberg. Así el 13 por la noche ya estaban reunidos en Leipsick noventa mil hombres, de modo de interponerse entre las masas enemigas.

Sobre el camino de Duben el movimiento de concentracion fué el mismo durante el dia 13. Habiendo cruzado la Guardia y Latour-Maubourg el dia antes el puente del Mulda, á pesar de una aglomeracion funesta, siguieron las huellas del mariscal Marmont y marcharon en el propio órden, cuidando de guardarse hácia el lado de Blucher de la caballería ligera. Bertrand y Macdonald se aproximaron á Duben, para cruzar allí el Mulda por la noche ó al dia siguiente. Ney desanduvo camino

de Dessau á Duben, para cruzar detrás de ellos. Reynier, Dombrowski, Sebastiani, se volvieron hácia Wittenberg. No cesando la lluvia, se encontraban los caminos en el mas deplorable estado, y por desgracia muchos soldados, harto jóvenes para tales fatigas, se rezagaban y obstruian los pasos. El gran cuartel general, compuesto de la córte de Sajonia, de los parques de ingenieros y de artillería, y de los trenes de puente, lo cual sumaba por lo menos dos mil carros, siguió á Napoleon hasta Eilenburgo sobre el Mulda. Este cuartel general iba escoltado por cuatro mil hombres, y formaba un convoy inmenso. Se hallaba á mitad de camino entre Leipsick y Torgau. Napoleon dispuso que todo lo perteneciente á la artillería se dirigiera sobre Leipsick, y que se encerrara en Torgau todo el resto. Se dejó libre para elegir entre Leipsick y Torgau á la córte de Sajonia. En Torgau tenia que temer un asedio y funestas enfermedades, en Leipsick una batalla. Pero guiada por una confianza instintiva en Napoleon, juzgó que se hallaria mas segura á su lado, y optó por Leipsick á riesgo de asistir al mas horrible conflicto que jamás se haya visto entre las naciones civilizadas. Por consiguiente este era un nuevo embarazo añadido á los otros en aquellos caminos atestados de gente y llenos de lodazales. Sobre el puente de Eilenburgo estuvieron á pique de venir á las manos los soldados del parque de artillería y los del tren de puente.

Despues de velar toda la noche acerca de la ejecucion de sus órdenes, se preparó Napoleon á partir en persona hácia Leipsick el 14 por la mañana. En el momento de su partida, una noticia adquirida por el mariscal Ney muy cerca del enemigo, le puso en duda relativamente á la posicion tomada por el ejército del Norte. Ya no parecia sobre la derecha del Elba, sino sobre la izquierda y detrás del bajo Saale, siempre muy solícito por evitar un encuentro con nosotros. De esta suerte se encontraba muy abajo de Blucher sobre el Saale, y mucho mas lejos de Leipsick que éste, pero mientras se remontara hácia Halle, esto es hácia Leipsick, podia seguir su movimiento, aunque no fuese mas que á larga distancia, en cuyo caso era posible que tambien le tuviéramos encima, lo cual produciria que necesitáramos pelear contra tres y no contra dos huestes. Sin embargo, hallándose Leipsick ocupado por nosotros, siempre quedaba un obstáculo muy difícil de superar entre ellos. Al recibir Napoleon esta última noticia, despachó nuevas órdenes á Reynier, á Dombrowski, á Ney, á Sebastiani, que tenian que andar mas camino, y les recomendo que se dieran prisa, pues cuantos mas contrarios se preveia hallar delante, mas urgia que se concentraran para hacerles cara. De seguida partió de Duben para entrar en Leipsick el mismo 14 por la noche. Al paso halló al rey de Sajonia, ya muy conmovido de cuanto presenciaba, le tranquilizó y le fascinó como tenia de costumbre con su vigor y su donaire, y se fué á apear al arrabal de Reudnitz, á media legua de Leipsick y hácia donde Murat se encontraba. Hospedóse en una casa particular que se le habia preparado.

Allí se encontraba con Berthier, Murat, Marmont y diversos oficiales de su casa, y mostró una inmensa confianza á todos. Sin embargo, la posicion no era tranquilizadora. Echando por largo podia contar á lo sumo en torno de Leipsick ciento

noventa mil soldados, al par que juntaba doscientos diez mil ocho dias antes, y trescientos sesenta mil hácia dos meses. Veinte mil hombres le habian hecho perder en ocho dias las marchas y los diversos choques, y treinta mil se hallaban paralizados en Dresde. Si Bernadotte se incorporaba á Blucher, podia tener que habérselas con trescientos veinte ó trescientos cincuenta mil hombres; lucha muy terrible para sostenida contra enemigos muy exaltados. Se iba á ver cercado y obstruido en cierto modo hácia el Este y el Sur de Leipsick por el ejército del príncipe de Schwarzemberg, al Norte por los ejércitos de Blucher y de Bernadotte, tambien quizá envuelto al Oeste y cortado de Maguncia, si Blucher por medio de las tropas ligeras de Thielmann conseguia alargar la mano á Schwarzemberg por entre la llanura de Lutzen. Asi esta situacion era grave por extremo, aunque tuviera grandes recursos en la indomable bravura de sus soldados, en su genio, y en la posicion concéntrica, que le permitiria contener á los unos mientras peleaba contra los otros, y de vencerlos asi sucesivamente. Por lo demás no habia cesado de esperarlo.

Los sucesos políticos de que le llegaban noticias eran harto tristes, y propios á someter su carácter á una nueva prueba. De subito se habia desmoronado el reino de Westfalia á la sola aparicion de una tropa de cosacos. Fácil era de prever este accidente; pero no por esto dejaba de ser el golpe muy sensible y de siniestro agüero Efectivamente, despues de las batallas del Gross-Beeren y de Dennewitz, Bernadotte llegado hasta el Elba, del cual habia ocupado muchos puntos desde Wittenberg hasta Magdeburgo, tomando siempre á su cargo de buena voluntad las obras mas crueles para Napoleon y mas deshonrosas para él, complacióse en lanzar sobre el Hesse á Czernicheff al frente de alguna infantería ligera y de muchos cosacos, con el designio de derrocar el trono de Gerónimo. Estos corredores, mientras Thielmann y Liechenstein invadian la Sajonia y la Thuringia, se apresuraron á invadir el Hesse y de trasladarse á Cassel, donde no podia menos de producir gran sensacion el derrocamiento de una de las dinastías que Napoleon habia fundado. Favorecidos donde quiera por la poblacion toda, bien acogidos, bien informados, bien alimentados, llegaron á los puertas de Cassel sin dificultad alguna. Para defenderla no tenia el rey Gerónimo mas que un batallon de granaderos, dos regimientos de coraceros westfalianos y además algunos húsares franceses. Estos últimos acababan de ser formados para suministrarle una guardia segura, y debian ascender á mil doscientos. Pero apenas sumaban todavía setecientos ú ochocientos, recientemente llegados de Francia, y muchos de ellos ni eran aun capaces de tenerse á caballo. A la aproximacion de los partidarios de Czernicheff todos los ánimos se conmovieron vivamente, y casi les sublevó la esperanza de desembarazarse entonces de una dinastía extrangera. Contenidas por la disciplina militar las tropas poco numerosas y westfalianas en su mayoría, se abstuvieron de manifestar sus sentimientos, bien que dejándolos adivinar fácilmente. Por tanto Gerónimo se encontraba en una situacion horrorosa: no obstante arrostro la tempestad, dirigióse al duque de Valmy a Maguncia para obtener el socorro de tres ó cuatro mil

franceses, y entretanto procuró hacer una salida á la cabeza de su batallon de granaderos, y de cuatrocientos húsares franceses cogidos entre los que sabian montar á caballo. Al principio fué esta salida venturosa, y los húsares franceses atacaron bizarramente al enemigo, que se replegó por un momento. Pero creciendo dentro de Cassel la agitacion de los ánimos en breve, desertando la mayor parte de las tropas westfalianas, y no permitiendo la grave situacion de las cosas al duque de Valmy desprenderse de tres mil franceses sin una órden formal de Napoleon, vióse obligado el rey Geróni-mo á abandonar su capital y á retirarse a Coblentza. De este modo entró Czernicheff en Hesse el 30 de setiembre, y quedó abolido el reino de Westfalia.

A estas noticias siguióse otra no menos funesta. Baviera estaba á punto de abandonarnos, y hasta se llegaba al extremo de esparcir el rumor de que ya habia firmado un tratado de adhesion á la coalicion europea. A la verdad nos tenia predispuestos á un suceso de esta clase. No cesando el monarca de quejársenos de estar entregado á sus propias fuerzas, dijo y repitió que su ejército situado á las márgenes del Inn y bajo el mando del general de Wrede no podia resistir al ejército austriaco; que, si no se le enviaba inmediatamente un cuerpo de treinta mil hombres, se veria en la necesidad de ceder á las intimaciones de las potencias coaligadas, al mal espíritu de sus tropas y á la opinion unánime de su pueblo. Nuestro ministro, Mr. Mercy d'Argenteau, que se portaba en Munick con mucho zelo y suma prudencia, no pudo responder á estas quejas mas que con promesas siempre desmentidas por los hechos, y muchas veces

avisó á Mr. de Basano del peligro que nos amenazaba por esta parte. La marcha del mariscal Augereau hácia Leipsick fué la señal de la defeccion, y cedió Baviera, firmando un tratado de alianza con nuestros enemigos. De resultas, para el caso de que nos viésemos obligados á retirarnos, debíamos contar que á nuestras espaldas hallaríamos un ejército de treinta mil austriacos y de treinta mil bávaros dispuestos á cerrarnos la retirada. Asi convenia que en Leipsick quedáramos victoriosos á toda costa, bajo pena de un desastre, no ya mas trágico sino mas irremediable que el de Moscou (1).

(1) Los tristes aduladores, que contribuyeron á perder á Napoleon durante su reinado, y que despues de su caida han comprometido mas de una vez su memoria, atribuyen todos los desastres que señalaron el fin de la campaña de 1813 á la defeccion de Baviera. A su decir Napoleon sucumbió porque volvió sobre Leipsick en lugar de descender sobre Magdeburgo y Hamburgo, á fin de tomar posicion junto al bajo Elba. Al sostenerlo asi prueban que no han conocido la parte mas importante de los documentos de entonces, ni interpretado segun su verdadero sentido los documentos que tuvieron ante los ojos. No volvió Napoleon de Duben á Leipsick por causa de la defeccion de Baviera; pues fuera motivo muy liviano para un capitan de su estatura; segun hemos referido, volvió para quedar siempre interpuesto entre el ejército de Bohemia y los ejércitos de Silesia y del Norte, y no podia lograrlo mas que trasladándose á Leipsick antes de que Blucher llegara á este punto. Aparte de estas razones, que son de simple buen sentido, en las mismas cartas de Napoleon existen otras de hecho é invencibles. De determinacion mudó renunciando al movimiento sobre la capital de Prusia por el movimiento sobre Leipsick el dia 12 por la mañana: ahora bien, aun no conocia el dia 13 la defeccion de la Baviera, pues, contando a Mr. de Basano el arresto del secretario de Mr. Pozzo di Borgo y su conversacion con este

Esta situacion, que parecia tomar un aspecto mas siniestro de hora en hora, no se ocultaba á Napoleon de ningun modo, si bien distaba mucho de perturbarle. La idea de ser vencido por los soldados y por los generales de la coalicion no podia entrar en su cabeza. Batidos habian sido sus generales cuatro veces en esta campaña, y Napoleon nunca, ni en esta ni en ninguna otra. Despues de dar mas de cincuenta batallas campales, cosa sin ejemplar en ningun capitan antiguo ni moderno, no habia perdido ni una sola. Sin duda hallaba á

secretario, le dijo que los coaligados contaban mucho con Baviera, sin que á pesar de todo estuvieran seguros de haberla atraido á su causa. Por tanto Napoleon aun ignoraba el dia 13 lo acontecido en Baviera, y sus órdenes para marchar sobre Leipsick fueron expedidas el 12 de octubre. Además por la correspondencia diplomática de monsieur Mercy d'Argenteau está comprobado que este ministro no conoció hasta el 9 de octubre el tratado firmado en Munich el dia antes, y que fueron interceptados y no llegaron á manos de Napoleon los despachos en que comunicaba esta noticia. Aun no ocurriendo semejante contratiempo, como para llegar al grande ejército debian ir los tales despachos hasta Francfort y Maguncia, á causa del estado de las comunicaciones, no se recibieron en Duben antes del 12 de octubre. Estos son hechos positivos é incontestables. Aun no se tenian el 14 en Leipsick mas que rumores vagos, procedentes de los coaligados, que sabian lo acontecido entre ellos y Baviera, y lo divulgaban con la alegria que experimentaban de resultas. De suerte que Napoleon no se pudo trasladar á Leipsick á causa de la defeccion de la Baviera, ignorándola del todo. Para esparcir esta falsedad ha servido de fundamento un aserto del *Monitor* de aquella época, donde se supone que Napoleon se vió obligado á volver sobre Leipsick á consecuencia de la defeccion de la Baviera. Por las pruebas recien alegadas se adquiere la conviccion de que el aserto es radical-

sus soldados muy jóvenes para las fatigas, pero nunca los habia visto mas valerosos: conocia su perspicacia prodigiosa, que tanta ventaja le daba sobre sus enemigos, al modo que se conoce la excelencia de la vista á fuerza de ejercitarla sobre los objetos; no dudaba pues de ganar una, y hasta dos y tres batallas. Su esperanza era vencer ante todo á Schwarzemberg el primer dia, luego á Blucher el segundo, y salir asi de la especie de red en que se

mente falso. Pero véase ahora el motivo que tuvo Napoleon para disimular la verdad en tal coyuntura. Buscando para el público una explicacion palpable de la maniobra que le atrajo sobre Leipsick, y cuyo resultado vino á ser tan desastroso, imaginó la razon de la defeccion de la Baviera, que era de bulto para los ignorantes, y que le servia para ocultar lo que se podia creer una falta, al modo que respecto del año de 1812 imaginó lo de que el frio dió margen á nuestros infortunios, y respecto de Kulma lo de que Vandamme se separó de sus instrucciones. Pero, justificándose Napoleon de esta manera con los ignorantes, se calumniaba á los ojos de las gentes de luces. Si en realidad era cierto que el camino de Maguncia se iba á cerrar por consecuencia de la defeccion de Baviera, aqui habia una razon mas para descender sobre Magdeburgo y Hamburgo en vez de remontarse hácia Leipsick, puesto que asi se aseguraba el camino de Wessel mucho mejor y aun expedito. Pero, desesperando Napoleon de conseguir que la masa del público comprendiera como se vió forzado á retornar sobre Leipsick despues de las mas sábias maniobras, adoptó un aserto especioso, al alcance de todo el mundo, y diólo entre las noticias oficiales á expensas de la verdad y de su propia gloria. Afortunadamente al cabo triunfa la verdad con el tiempo, pues hay personas que la aman y saben hallarla, y unas veces condena y otras hasta justifica á los que incurrieron en la torpeza de dejarla oculta. Con efecto á menudo la verdad vale mas para ellos que las mentiras que forjaron para justificarse.

trataba de encerrarle. Sin embargo, su inferioridad numérica relativamente al enemigo le parecia de monta, pues no se podia lisonjear de reunir doscientos mil combatientes, y mas de trescientos mil debian tener sus adversarios si lograban juntarse. Previendo la dificultad esta, dispuso una cosa en que habia pensado muchas veces, y fué la de colocar en dos filas en vez de tres á la infantería. Manifestaba que la tercera fila no servia para los fuegos, ni para las cargas á la bayoneta, y no se queria confesar á si propio que, si la tercera fila no servia para disparar los fusiles ni para cargar á la bayoneta, sostenia sin embargo, á la primera y á la segunda, comunicábales solidez, y en una accion mortífera llenaba sus huecos. Pero en el presente apuro la cosa era buena para ensayada, ya que no para profesada

Encerrado aquella noche en un cuarto donde se quemaba leña, segun la costumbre alemana y apoyado en una gran estufa, tuvo con Berthier, Murat, Marmont y varios de sus generales una conversacion larga, familiar y significativa. Sostuvo la formacion de la infantería en dos filas, y dijo que al menos para el dia siguiente seria de grande efecto, pues daria al ejército francés la apariencia de ser una tercera parte mas fuerte, ignorando el enemigo la nueva disposicion que acababa de ser prescripta. Se divertó sobre este asunto, luego se habló de la posibilidad de calcular á golpe de ojo la fuerza de un ejército sobre el terreno, y Napoleon afirmó que con su antigua experiencia no estaba seguro de no engañarse en una cuarta parte por lo menos. De pronto anunciósele á Augereau, á quien no habia aun visto, pues apenas acababa de llegar

este mariscal al cuartel general.—¡Ah! héos aqui, esclamó, llegad pues, mi viejo Augereau; os habeis hecho esperar mucho.—Luego sin acritud ni censura, antes bien con tono amistoso, pero triste, le dijo.—Ya no sois el Augereau de Castiglione.—Si, respondió el mariscal, aun sere el Augereau de Castiglione, con tal de que me deis los soldados de Italia.—Esta réplica no irritó á Napoleon, si bien insistió en lo mismo, quejándose de cierta especie de desaliento general en torno suyo Por una inclinacion harto comun entre los hombres de atribuir sus desventuras de mejor grado á los demás que á si propios, acusó á todo el mundo, bien que muy suavemente. Comenzó por sus hermanos, como si fueran exclusivamente culpables de lo que sucedia en sus Estados, y no entrase él por nada en sus desdichas. Se quejó de Luis, que desde Suiza adonde se habia retirado, le volvia á pedir la Holanda; de Gerónimo, que acababa de perder á Cassel; de José, que acababa de perder la España. Luego añadió que su desgracia consistia en haber hecho demasiado por su familia; que su suegro el emperador Francisco se lo habia echado mas de una vez en cara; y que lo reconocia ahora, aunque ya tarde.—¿Vos mismo, dijo entonces Napoleon dirigiéndose á Murat con singular franqueza de lenguaje, si bien la hacia soportable la absoluta ausencia de acrimonia, no habeis estado á punto de abandonarme?—Murat rechazó esta imputacion de una manera rotunda, diciendo que siempre habia tenido enemigos ocultos, aplicados á malquistarle con su cuñado.—Si, si, respondió Napoleon con un tono tan afirmativo que daba á entender á las claras que lo supo ó lo adivinó todo; habeis estado á

punto de imitar al Austria, pero os perdono; sois bueno, teneis un fondo de amistad hácia mi persona, y sois un valiente; solo erré en elevaros á monarca. Si me limitara á haceros virey como á Eugenio, hubiérais seguido su conducta; pero en calidad de monarca, pensais en vuestra corona mas que en la mia.—Estas verdades, suavizadas por el tono conmovieron mucho á los presentes, y formaron el asunto de la conversacion hasta muy avanzada la noche. Despues, con cierta especie de resignacion y con muestras afectuosas, despidió Napoleon á sus lugartenientes, diciéndoles que convenia que se prepararan á batirse bien todos, pues al dia siguiente habria que apretar los puños, como que la próxima batalla decidiria de su suerte, de la de sus generales y de la de Francia.

Este triste recuerdo de lo pasado fué la única señal dada por Napoleon de sus sombrios presentimientos pues por lo demás estaba reposado, tranquilo, resuelto, como si las circunstancias fueran las mismas que precedieron á las jornadas de Austerlitz ó de Friedland (1).

(1) No necesito repetir, despues de haberlo dicho tantas veces, que solo refiero las conversaciones de Napoleon cuando tengo la prueba auténtica de su perfecta exactitud; y solo reproduzco esta porque me parece de una singular significacion en la víspera de la batalla de Leipsick. Ella prueba que ya nacia en el alma de Napoleon una tristeza confusa. Esta conversacion tuvo un testigo, Monsieur Jouanne, uno de los secretarios de confianza de Napoleon, hombre respetable y fidedigno que, hallándose para escribir ciertas órdenes dictadas por Napoleon, oyó la conversacion que acabamos de referir y la trasladó al papel de seguida. A tenor de este documento, conservado por Mr. Jouanne, he bosquejado la conversacion citada,

A la mañana siguiente montó Napoleon á caballo desde muy temprano, á fin de inspeccionar el campo de batalla, no queriendo tomar la iniciativa de la accion á causa de haber quedado atras algunos de sus cuerpos de tropas, y calculando que, de no tomarla personalmente, tampoco la tomaria el enemigo. Semejante cuidado era urgente, porque este campo de batalla, inmortalizado por nuestro denuedo y por nuestras desventuras, requeria ser estudiado en su extension inmensa, para que, con cabal conocimiento de los lugares, pudiera Napoleon mandar hasta donde no se hallara en persona. Desde luego trasladóse al Sur de Leipsick, hácia el lado en que Murat se encontraba establecido al retirarse del ejército de Bohemia.

Asi el Pleisse y el Elster como el Saale y el Mulda bajan de las montañas de Bohemia, cruzan toda la Sajonia, corriendo casi en la direccion misma, hasta que, separados ó confundidos, van á desaguar en el Elba, que los recoge al paso. Algo mas arriba de Leipsick, el Pleisse y el Elster, bastante cercanos uno á otro, y divididos en una porcion de brazos, acaban por juntarse mas abajo de la ciudad aquella; luego tuercen un poco á la izquierda, y desaguan en el Saale, con cuyo raudal corren hacia el Elba, siguiendo una direccion casi paralela al curso del Mulda. Véase pues cual era el movimiento de las diversas huestes. Habiendo

resumiendo las cosas, y limitándome á darles la forma del estilo histórico, que no admite todas las familiaridades del lenguaje, y que para ser verdadero no necesita reproducir las expresiones soldadescas, al modo que lo pueden hacer las memorias particulares.

desembocado el príncipe de Schwarzemberg de las montañas de Bohemia con el grande ejército de los tres soberanos, llegó á Leipsick bajando por entre el Mulda, el Pleisse y el Elster. Por el contrario, viniendo Napoleon á su encuentro desde el bajo Elba, remontó estos rios hasta Leipsick mismo. El príncipe de Schwarzemberg tenia su izquierda en el Pleisse y el Elster, y su derecha en las llanuras de alrededor de Leipsick con ligeros accidentes de terreno. Napoleon tenia su izquierda en estas mismas llanuras, y su derecha en los dos citados rios. Fuertemente adherido á la ciudad y ocupándola perfectamente, pretendia mantener á Blucher y aun á Bernadotte enteramente separados de Schwarzemberg. Con efecto, no pudiendo atravesar Blucher á Leipsick, estaba forzado á torcer á la derecha ó á la izquierda para unirse al grande ejército de Bohemia. Para torcer á su derecha necesitaba cruzar Blucher un obstáculo de gran importancia, el del Pleisse, el Elster y el Saale reunidos, cubriendo con sus mil brazos un valle atestado de matorrales, de mas de una legua de anchura, y detrás del cual podia encontrar á los franceses, especialmente á Augereau, que avanzaba por el camino de Lutzen, despues de batir á Platow y á Thielmann. Si por el contrario aspiraba á torcer á su izquierda, encontraria en la vasta llanura de Leipsick al ejército francés procedente de Duben, y se expondria á los mayores peligros Por tanto, entre sus tropas y las de Schwarzemberg tenia al ejército francés como una muralla. Bastaba pues que Napoleon contuviera á Schwarzemberg al Sur de Leipsick y á Blucher al Norte, para impedir que se juntasen, y si conseguia batir al uno y caer despues sobre el otro, posible era que triunfara alternativamente de ambos, sobre todo hallándose Bernadotte muy lejos, y no augurando nada su arribo. Sabiendo Napoleon que Schwarzemberg se hallaba mas cerca que otro alguno, con su ejército queria venir primeramente á las manos, reservando la lucha contra Blucher para el dia siguiente.

Asi empezó por el Sur su revista, esto es por el campo de batalla, donde esperaba encontrar al príncipe de Schwarzemberg. El Pleisse y el Elster, ya separados y ya confundidos, abarcando un ancho terreno, pantanoso y lleno de matorrales, corrian, segun hemos dicho, de Bohemia á Leipsick, esto es, del Sur al Norte. Naturalmente Napoleon debia apoyar allí su derecha, como Schwarzemberg su izquierda, y sólido era el apoyo, por no ser fácil el paso de los dos rios. Ademas, despues de cruzados, aun habria que trepar á un terreno de bastante altura para desembocar en el llano de Leipsick por detrás de nuestra derecha. Napoleon tenia al frente por campo de batalla un terreno con pocos accidentes, y cuyos medios defensivos apenas formaban algunas aldeas. Partiendo de Mark-Klebeer sobre el Pleisse, pasando por Wachau y yendo á terminar á Liebert-Wolkwitz, una ligera depresion del terreno, por donde corrian las aguas hácia el rio citado, separaba nuestra línea de la del enemigo. Este valle, si se le puede dar semejante nombre, era el obstáculo de terreno que íbamos á disputar con encarnizamiento. Finalmente á su izquierda tenia Napoleon la vasta llanura de Leipsick, sembrada de grandes aldeas, y surcada apenas por un riachuelo, el Partha, que, naciendo á alguna distancia de Liebert-Wolkwitz, despues de

dar numerosos rodeos, iba á caer en el Pleisse detrás de nosotros por entre un arrabal de la ciudad. Hácia este lado casi carecia Napoleon de apoyo, pero la presencia de sus columnas procedentes de Duben debia contener al enemigo é impedir que se aventurara en este punto. Habiendo tomado Murat posicion al Sur, estableció en Mark-Kleeberg á Poniatowski, en Wachau á Victor, en Liebert-Wolkwitz á Lauriston, y en los huecos al 4.° cuerpo de caballería polaca, y al 5.° á las órdenes de Pajol y en el cual se habian refundido los dragones de España.

Al otro lado de esta especie de valle se descubria en frente de nosotros á Kleist y á Wittgenstein entre Gross-Posnau, Gulden-Gossa y Crobern, con los guardias rusos y prusianos por reservas. Parte del ejército austriaco se hallaba á nuestra derecha entre el Pleisse y el Elster, avanzando entre el ángulo formado por estos dos rios y amenazando el puente de Dolitz, parte á nuestra izquierda, delante de un valle denominado de la Universidad, frente por frente de Liebert-Wolkwitz, y debiendo alargar mas tarde la mano hácia Blucher por entre la llanura de Leipsick, si perdiámos terreno y lo ganaban los coaligados.

Napoleon aprobó completamente la posicion tomada por Murat. Resolvió defender enérgicamente la línea de Liebert-Wolkwitz á Wachau y Mark-Kleeberg, duplicar los tres cuerpos de Murat con este objeto, situando á Augereau á la derecha cerca de Mark-Kleeberg, á la Guardia y la caballería de Latour-Maubourg hácia el centro en Wachau, y á Macdonald con la caballería de Sebastiani á la izquierda mas allá del Liebert-Wolkwitz, con el objeto de estorbar que nuestra ala izquierda fuese rebasada, y aun de probar, segun se verá en breve, á rebasar la derecha del enemigo. Avanzando los austriacos entre el Pleisse y el Elster sobre el puente de Dolitz, para no ser Napoleon rebasado por su derecha, situó allí á la brigada de Lefol, sacada de las tropas que formaban la guarnicion de Leipsick. Despues de los combates dados, de las marchas hechas por entre el lodo, los cuerpos de Victor, de Lauriston, de Poniatowski, de Pajol, llevados por Murat, podian subir á treinta y ocho mil hombres, Augereau y Lefol á doce mil, la Guardia á treinta y seis mil, Latour-Maubourg á seis mil, Macdonald y Sebastiani á veinte y dos mil, que sumarian entre todos de ciento catorce á ciento quince mil hombres, opuestos á ciento sesenta mil contrarios. Pero, maniobrando perfectamente, batiéndose con energía, cosas ambas en que no habia que poner duda, sirviéndose por ejemplo de algunos cuerpos de tropas, que habian quedado á las órdenes de Ney á la espalda, se podia reforzar á Macdonald con veinte y cinco ó treinta mil hombres, y caer en masa por la izquierda sobre la derecha de Schwarzemberg, y precipitarle en el Pleisse de resultas. Efectivamente este era el proyecto de Napoleon, si los cuerpos á la sazon en marcha no se hacian indispensables contra Blucher y Bernadotte hácia el Norte.

Acabada esta inspeccion del terreno ya decididas todas las disposiciones, volvió Napoleon al arrabal de Reudnitz por la izquierda. Acto continuo recorrió las márgenes del riachuelo Partha, que, segun hemos dicho, arrastra su escaso caudal por una cavidad de terreno apenas perceptible, y pa-

sando por Taucha y Scholfen, va á desaguarlo en el Pleisse al Norte de Leipsick y hácia el arrabal de Halle. Si la concentracion se efectuaba mas de cerca, algo detrás de nuestra izquierda se podia presentar un nuevo campo de batalla; pero no habia que ocuparse de tal cosa, no osando aun el enemigo asomar por aquel punto, y no teniendo nosotros que poner allí mas que caballería.

No bastaba con haberlo prevenido todo para resistir al grande ejército de Bohemia; se necesitaba pensar asimismo en hacer cara á Blucher, debiéndose esperar que apareciera por el Norte de Leipsick de un instante á otro. Por fortuna, cruzando el Partha, se hallaba hácia este lado una posicion bastante ventajosa, extendiéndose de la aldea de Mockern á la de Euteritzsch, obstruyendo el camino de Halle á Leipsick, y presentando un terreno ancho, elevado, apoyado á la una parte en el Pleisse y el Elster, á la otra en un gran barranco, y donde un cuerpo de tropas se podia desplegar con holgura, dominando al enemigo que llegara de Halle en gran manera. Para el caso de que fuera forzoso abandonar esta posicion, se tenia el recurso de replegarse detrás del Partha, é irse á apoyar en Leipsick delante del arrabal de Halle.

Allí habia ido á situarse Marmont para combatir en caso de necesidad á Blucher, á quien no cesó de observar durante la marcha de nuestras tropas. Napoleon aprobó la posicion que Marmont habia tomado, y recomendóle que se mantuviese en ella, Ney, con Bertrand, Souham, Reynier, Dombrowski, retrasados todos por la destruccion de los puentes del Mulda y del Elba, se debia situar á la derecha de Marmont, replegandose á medida que llegara en torno de Leipsick, del Norte al Sur, y enlazándose con la izquierda de Murat por entre la llanura que riega el Partha. Llegadas estas últimas tropas, el círculo en torno de Leipsick quedaria enteramente cerrado.

Aun faltaba guardar bien la misma ciudad de Leipsick, y no solamente la ciudad, sino el camino real del Rhin, que, despues de cruzar el Pleisse y el Elster por una larga série de puentes, desembocaba por Lindenau en la llanura de Lutzen, iba á pasar por Weissenfels, Erfurt y Maguncia. Indispensable era guardar especialmente el camino, porque formaba nuestra única línea de retirada, y porque, ocupándolo nosotros, impediamos que Blucher y Schwarzemberg se comunicaran entre sí por mas allá del Pleisse y el Elster. En Leipsick dejó Napoleon á la division de Margaron, compuesta de las tropas en marcha, con encargo especial de defender los puentes del Pleisse y del Elster y la gran aldea de Lindenau, que forma el desemboque en la llanura de Lutzen. Con tal de que se defendiesen bien aquella aldea y la ciudad, bastaba que la llanura de Lutzen estuviera ocupada por algunas tropas ligeras que avisasen de lo que allí pasara, á fin de que se pudiera acudir á tiempo. Napoleon agregó á las tropas de Margaron al general Bertrand, que habia marchado con Macdonald y acababa de llegar á Leipsick. Segun la necesidad lo exigiera, debia apoyar ó á Margaron en la defensa de la ciudad y del desemboque de Lindenau, ó á Marmont en la defensa de la posicion de Mockern. Como ya lo hemos dicho, las tropas que fueran llegando, se debian situar detrás de Marmont para enlazarle con Murat. Así el primer

dia, para la batalla que se iba á dar al Sur de Leipsick, tenia Napoleon ciento quince mil hombres contra los ciento sesenta mil de Schwarzemberg. Si al mismo tiempo se empeñaba la lucha hácia el Norte, contra los sesenta mil hombres de Blucher tenia á Marmont con veinte mil, á Bertrand con diez mil, sin contar los diez mil de Margaron, que guardaban á Leipsick y el camino real del Rhin. Ney, con Souham, Reynier y Dombrowski, nos traia un refuerzo de treinta y cinco mil hombres, y alternativamente podia socorrer á Marmont ó á Napoleon mismo. Con el total de nuestras fuerzas debia juntar ciento noventa mil hombres; pero convenia darse prisa á ganar el triunfo, porque, si Ney elevaba nuestras fuerzas á este guarismo, en el mismo espacio de tiempo cabia que el contrario viera ascender las suyas á trescientos veinte ó trescientos treinta mil hombres, de resultas de la llegada probable de Bernadotte, que se habia quedado detras de Blucher, y de Benningsen, dejado á la espalda de Schwarzemberg. Por lo demás Napoleon pensaba en asegurarse de los resultados decisivos desde el primer dia, porque esperaba tener la cabeza de columna de Ney cuando menos, juntarla á Macdonald y lanzar á uno y á otro sobre la derecha de Schwarzemberg, para que le empujaran sobre el Pleisse de pronto. Estas disposiciones eran cuanto se podia esperar de la situacion y de su genio, y despues de emplear todo el dia 15 en reunir sus tropas, determinó no dar mas espera, y atacar á Schwarzemberg á otro dia. Doble confianza y aun benevolencia manifestó respecto de sus lugartenientes, queriéndolos disponer mejor á derramar hasta la última gota de su sangre. A mayor abundamiento, aun experimentando serias inquietudes y desaprobando su política, todos estaban determinados á portarse como deseaba y sin reserva. Vencer ó morir era el sentimiento que animaba á todos.

Por su parte los coaligados no permanecieron ociosos, y para operar su reunion bajo los muros de Leipsick hicieron enormes esfuerzos. Segun se ha visto, á la aproximacion de Napoleon se refugiaron Blucher y Bernadotte detrás del Mulda, y desde que se vieron juntos no cesaron de altercar sobre la conducta que debia seguirse. Ante todo Bernadotte quiso que el ejército de Silesia fuera á tomar posicion mas arriba que el del Norte sobre el Mulda, esto es, que se situara entre las tropas de su mando y Leipsick, á fin de tener en caso de desastre mas prontos y seguros medios de evasion hácia el Elba. Blucher, adivinando las razones de Bernadotte, deseara por el contrario, situarse mas abajo, para tenerle encerrado entre sus tropas y Leipsick, y forzarle de este modo á marchar contra el enemigo. Pero negándose Bernadotte á semejante disposicion de los dos ejércitos de una manera rotunda, y alegando por pretesto el cuidado de sus comunicaciones con Suecia, Blucher se vió obligado á ceder por evitar una ruptura. Despues de este altercado suscitóse otro. Bernadotte queria que al remontarse hácia Leipsick, se operara el movimiento, no detrás del Mulda, sino detrás del Saale á fin de poner dos rios entre sus tropas y las francesas. Al revés queria Blucher que se cubriera solo el Mulda, para llegar á Leipsick mas pronto. Sin embargo, cedió otra vez mas, y siempre con la intencion de precaver un lance ruidoso. Pero con

su habitual impaciencia, no llevó detrás del Saale mas que á uno de sus cuerpos de tropas, y á la cabeza de los otros dos caminó por delante de este rio, sobre la calzada de Halle y muy cerca del mariscal Marmont, que no le perdia de vista. Finalmente, otra disputa surgió de pronto entre los dos caudillos de los ejércitos de Silesia y del Norte, disputa que llevó su desacuerdo á colmo. A la vista de los franceses, ocupados mas allá del Elba en destruir los puentes, figurándose Bernadotte un movimiento de Napoleon sobre la capital de Prusia, quiso volver á pasar el Elba, para no quedar cortado del Norte de Alemania, donde tenia su base de operaciones. Todo su estado mayor, compuesto en gran parte de rusos y de prusianos, inclinóse a este dictámen contra su costumbre. Asi hizo valer la autoridad eventual con que estaba investido respecto del ejército de Silesia, para intimar á Blucher que le siguiera sobre la orilla derecha del Elba. Al recibir esta órden, negó Blucher el movimiento de Napoleon sobre la capital de Prusia, alegó en apoyo de su opinion las fuerzas considerables dejadas en torno de Leipsick, además respondió con una formal desobediencia, y dirigió á los oficiales prusianos y rusos del ejército de Bernadotte la invitacion de no abandonar la orilla izquierda del Elba. Pero un hecho independiente de la voluntad de todos, la destruccion completa de los puentes por Ney y Reynier, puso fin al debate, y privado Bernadotte de los medios de paso, se quedó á la fuerza á la orilla izquierda del Elba, si bien no siguiendo á Blucher mas que á larga distancia. Con todo, las divisiones de Thumen y de Hirchsfeld se quedaron al otro lado del

rio, y asi causaron el error de Napoleon, quien creyó que todo el ejército del Norte habia resuelto mantenerse á la orilla derecha del Elba y en el camino de la capital de Prusia.

De este modo habian ocupado Blucher y Bernadotte el tiempo que Napoleon empleó en volver sobre Leipsick. Blucher se hallaba el dia 15 en el camino de Halle, a cuatro ó cinco leguas al Norte de aquel punto, sintiendo gran deseo de aproximarse, no osando alargar la mano al príncipe de Schwarzemberg por entre la llanura de Lutzen, porque necesitara pasar el Pleisse y el Elster, inclinandose mucho a efectuarlo hácia el lado opuesto, por entre la vasta llanura de Leipsick, bien que no atreviéndose tampoco, á la vista de los franceses que marchaban en la direccion esta, y renovando sus instancias á Bernadotte, para que se le reuniera, porque juntos debian formar un ejército de ciento veinte mil hombres, que nada tenia que temer de nadie. Entretanto previno enviar un oficial al príncipe de Schwarzemberg para anunciarle su presencia al Norte de Leipsick y á corta distancia de sus tropas, y pronto a marchar en su ayuda tan luego como sonara cañoneo al Sur de la ciudad citada.

Mucho mayor habia sido la concordia en el ejército de Bohemia, gracias al espíritu conciliador de Alejandro, á la autoridad suavemente ejercitada por el príncipe de Schwarzemberg, y sobre todo á la evidencia de lo que se debia poner por obra. Se quiso bajar sobre Leipsick para unirse á los dos ejércitos de Silesia y del Norte, y por tanto no habia que seguir mas que una conducta, y consistia en empujar á Murat vivamente, y mas

viéndose que no figuraba sino como una cortina destinada á cubrir el movimiento de los franceses sobre el Elba, y que de no rasgar muy pronto la tal cortina, se daria tiempo á Napoleon para abrumar á los dos ejércitos de Silesia y del Norte. De esta suerte llegóse el dia 14 delante de Liebert-Wolkwitz y de Wachau, y se perdieron mil doscientos hombres en un combate de caballeria empeñado contra Murat imprudentemente.

Todo el dia 15 se ocupó en juntarse, en ponerse en línea, en deliberar sobre el plan de ataque, asunto gravísimo y único que podia engendrar debate. Nadie ponia en duda que se necesitaba dar batalla, aun á riesgo de quedar vencidos, porque, si se dejaba á Napoleon un dia mas y aun una hora, la aprovecharia para destruir á los dos ejércitos del Norte y de Silesia. Batirse enérgicamente á la desesperada y acto continuo era el dictámen que la situacion inspiraba é imponia á todo el mundo. Aun faltaba determinar el plan de la batalla. Acerca de este punto habia gran divergencia entre los generales austriacos por una parte, y los generales prusianos y rusos por otra. Asi en la guerra como en todo, la opinion de cada cual es generalmente dictada por la posicion que ocupa. Habiendo desembocado directamente los rusos y los prusianos á las órdenes de Barclai de Tolly sobre Liebert-Wolkwitz, Vachau y Marck-Kleeberg, delante de Murat, hácia la orilla derecha del Pleisse y del Elster, querian que se diera el ataque por este sitio, y que se tomara resueltamente y casi con la totalidad de las fuerzas. Apenas admitian que se hiciera una diversion á su derecha por Gross-Posnau y Seyffertshayn, para rebasar nuestra izquierda, y

alargar la mano á Blucher por entre la llanura de Leipsick. Tambien admitian que á su izquierda, entre el Pleisse y el Elster, se ejecutasen algunas demostraciones para alargar la mano á Blucher por entre la llanura de Lutzen, si afortunadamente intentaba penetrar por este lado. Pero no querian mas que una simple demostracion tampoco.

Llevados los austriacos por los caminos que habian seguido á desembocar sobre el Pleisse y el Elster en gran parte, asentian sin duda á que se dirigiera un ataque vigoroso contra Liebert-Wolkwitz, Wachau y Mark-Kleeberg, si bien esperaban poco de este ataque de frente, y solicitaban que se llevara al ángulo formado entre el Pleisse y el Elster el grueso de las fuerzas, y que protegidas por los dos lados del ángulo éste, cuyo seno se hallaba en Leipsick, se metieran dentro procurando ganar el puente de Dolitz á fuerza de hombres, puente situado detrás de Mark-Kleeberg y á la derecha de los franceses. A su decir se encontrarian allí grandes dificultades sin duda, como que cortado el Pleisse en mil brazos, requeria que se forzaran puentes, casas de campo y tapias, y ademas que se trepara un terreno escarpado; pero que, vencidos obstáculos tales, se hallarian á espaldas de los franceses, no seria sostenible la posicion de estos, y si conseguian retirarse sanos y salvos á Leipsick se podria tener á prodigio. Asi los generales austriacos querian que en esta operacion se emplease no solo el ejército de su patria, sino tambien las reservas de Barclai de Tolly, compuestas de la guardia imperial rusa y de la guardia real prusiana, encargando de maniobrar sobre el Pleisse y el Elster á una y á otra. Sin duda se podian

alegar á favor de este plan algunas razones; pero tambien ocurrian dificultades que oponerle; siendo la primera que Napoleon podria detener á mucha gente en la posicion de Dolitz con poca, y la segunda, que al ver cuán poco considerable era la masa encargada de atacarle de frente, se arrojara sobre ella por la izquierda y la precipitara al Pleisse. Ahora bien, cuando aniquilara como en Dresde una tercera parte del ejército coaligado por lo menos, evidentemente quedaria resuelta la cuestion á favor suyo

Sin embargo, para que se renuncie á una opinion cualquiera, no basta que existan en contra excelentes razones. Despues de adoptarla de buena fé y á causa de la posicion que se ocupa, se persiste en ella por amor propio, y por rareza se efectúa que una opinion lógicamente destruida figure como una opinion abandonada. Se discutió vivamente, y transigióse como es costumbre, buena en política, y peligrosa á menudo en la guerra. Se distribuyeron con cierta igualdad las fuerzas todas. Reforzado el cuerpo austriaco de Giulay por las tropas ligeras de Litchenstein y de Thielmann, debió trasladarse mas allá del Pleisse y del Elster sobre Lindenau, para apoderarse de las comunicaciones de los franceses con Lutzen, esto es, con Maguncia. Este cuerpo, fuerte de veinte á veinte y cinco mil hombres, podia alargar la mano á Blucher por entre la llanura de Lutzen, si maniobraba con fortuna. El grueso del ejército austriaco, de muy cerca de cuarenta mil hombres, formado por el cuerpo de Merfeld, y de todas las reservas así de caballería como de infantería del príncipe de Hesse-Homburgo, se debia meter en el ángulo del

Pleisse y el Elster, esforzándose con el objeto de desembocar sobre Dolitz á espaldas de los franceses. De frente á estos, á la derecha de los dos rios y delante de las posiciones de Mark-Kleeberg, Wachau y Liebert-Wolkwitz, apoyando los ejércitos prusiano y ruso con todas sus reservas, y presentando una fuerza de cerca de sesenta mil hombres, debian caer sobre la línea formada por Napoleon, interin el general austriaco Klenau, á la cabeza de unos veinte y cinco mil hombres con el refuerzo de una brigada prusiana y de la caballería de Platow, desembocara mas allá de Liebert-Wolkwitz por la llanura de Leipsick, y aspirara á rebasar nuestra izquierda, y á tender de este modo la mano á los ejércitos de Blucher y de Bernadotte.

Tal fué el plan adoptado el 15 por la noche para ejecutarlo á otro dia y desde las nueve de la mañana. Procuróse trasmitir á Blucher, de cuya llegada al Norte de Leipsick ya se tenia noticia, el aviso de que el 16 se iba á dar el ataque, para que si oia el cañoneo, se trasladara al fuego en persona y no dejara ociosos á los franceses mas que el menor número posible de tropas.

De consiguiente el 16 de octubre era el dia elegido por los dos ejércitos para esta grande y terrible lucha, de la cual iba á depender el imperio del mundo. Ya desde el dia antes habia dispuesto Napoleon sus tropas. Macdonald y Sebastiani habian llegado, y dirigiólos sobre Hobshausen á la izquierda de Liebert-Wolkwitz, á fin de hacer cara á Klenau. Ney y Reynier no se debian encaminar á Leipsick hasta la madrugada del 16 el primero y del 17 el segundo. No asomando aun

Blucher por el camino de Halle, cosa natural pues se requeria que el cañoneo le atrajese al campo de batalla, para que se aventurara á todo, supuso Napoleon que tal vez no le tendria encima durante aquella jornada, y previno a Marmont que abandonara su posicion al Norte de Leipsick y cruzara el arrabal de Halle, y se fuera á situar á espaldas del grande ejército, con el designio de coadyuvar á la maniobra decisiva contra la derecha de Schwarzemberg, por la cual se esperaba asegurar el buen logro de la batalla. A Ney le prescribió que ocupara la posicion que Marmont dejaba asi vacante, y que de acuerdo con Bertrand estuviera pronto á atajar al enemigo que por el Norte de Leipsick se presentase Dadas estas órdenes, se hallaba Napoleon á caballo desde la punta del dia en medio de su Guardia, sobre una alta cumbre, en el corral de ovejas de Meusdorf, desde donde dominaba el campo de batalla, y veia á su izquierda á Liebert-Wolkwitz, en el centro y algo hácia el fondo á Wachau, á su derecha á Mark-Kleeberg tambien hácia el fondo, y finalmente, mas á la derecha el Pleisse y el Elster, entre los cuales avanzaban los austriacos para forzar el puente de Dolitz. Segun se ha dicho, tenia ciento sesenta mil hombres delante, y unos ciento quince mil para combatirlos, inclusos Macdonald y Sebastiani. El resto del ejército francés se hallaba dos leguas á la espalda, á fin de proveer á las eventualidades qne pudieran ocurrir sobre otros puntos.

Tres cañonazos disparados en el campo de los aliados á las nueve de la mañana fueron la señal de un cañoneo espantoso. De Mark-Kleeberg á Liebert-Wolkwitz avanzaron los enemigos sobre

nuestro frente en tres fuertes columnas, precedidas por doscientas bocas de fuego. Tuvieron la idea muy bien entendida de mezclar juntas las tropas de las diversas naciones, para que compartieran por igual los peligros, y para que la vecindad excitase la emulacion entre todos. A nuestra derecha el general Kleist, con la division prusiana del príncipe Augusto de Prusia, con muchos batallones rusos y los coraceros de Levachoff, marchó por Crobern y Costrewitz sobre Mark Kleeberg. Hácia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg, con la division rusa que mandaba y la division prusiana de Klux, marchó sobre Wachau. A nuestra izquierda y á la derecha de los coaligados el príncipe Gortschakoff, con su cuerpo y la division prusiana de Pirch, marchó sobre Liebert-Wolkwitz, que trataba de rebasar Klenau por Seyffertshayn con una cuarta columna. Resueltamente avanzaban estas diversas masas como gentes resueltas á superar los obstáculos todos. Nuestra artillería, muy numerosa y puesta en batería sobre el declive del terreno, les cubrió de proyectiles; pero no les detuvo, y sin vacilar llegaron hasta el pié de nuestras posiciones.

En breve la columna de Kleist, dirigida sobre Mark-Kleeberg á nuestra derecha, vióse empeñada con Poniatowski, y á pesar de la resistencia de éste, consiguió apoderarse de la aldea citada sobre el Pleisse. No ascendia á menos de diez y ocho mil hombres; al par que solo contaba ocho ó nueve mil Poniatowski. Este se vió forzado á retirarse al terreno algo dominante, que formaba la extremidad derecha de nuestra línea. Empujado entonces Augereau hácia adelante, vino á apoyar á Po-

niatowski. Una fuerte artillería se dirigió contra Kleist, que aspiraba á trepar el terreno sobre el cual nos habiamos replegado. Hacia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg, con su infantería rusa y la division de Klux, llegó delante de Wachau por entre una granizada de metralla, é intentó penetrar en su recinto. Pero, ocupando el mariscal Victor esta aldea, le opuso una resistencia obstinada. Finalmente, á nuestra izquierda, arrancando Gortschakoff de Stounthal, punto de partida mas lejano que el de las otras columnas, aun se hallaba á alguna distancia de Liebert-Wolkwitz, que estaba pronto Klenau á rebasar con los austriacos de Mohr. Pero en Liebert-Wolkwitz se hallaba el cuerpo de Lauriston, favorecido por la elevacion del terreno, y que muy en breve debia ser apoyado por Macdonald que desembocaba de Holzhausen.

Esta primera marcha de los coaligados fué firme y resuelta, y ejecutóse por entre una granizada de balas disparadas por las trescientas bocas de fuego, que teníamos desde Mark-Kleeberg hasta Liebert-Wolkwitz. De una parte y otra era tan violento el cañoneo, que nadie, ni aun entre los generales veteranos, recordaba haberlo oido semejante, y que Napoleon, aun cuando situado algo á la espalda en el corral de Meusdorf, vió caer en torno suyo á una porcion de oficiales y de caballos. Con su habitual aplomo permaneció impasible, y dejó que se empeñara todavia mas la batalla antes de tomar ninguna resolucion decisiva. A la izquierda Liebert-Wolkwitz, construida sobre una eminencia y defendida por Lauriston vigorosamente, aun se podia sostener largo tiempo. Hácia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg no parecia en estado de superar la resistencia de las tres divisiones de Victor. Solo á la derecha, la necesidad en que Poniatowski se habia hallado de abandonar á Mark-Kleeberg y de ceder algun terreno, dió márgen á que nuestra línea se doblase ligeramente hácia la espalda. Ya la division de Semelé del cuerpo de Augereau habia acudido en socorro de Poniatowski. Napoleon ordenó que se empleara la numerosa y excelente caballería situada hácia este lado, la de los polacos y la de Pajol, 4.° y 5.° cuerpos, á fin de atajar á la infantería de Kleist sobre el declive del terreno, adonde aspiraba á trepar afanosa.

El general Kellermann, gefe de los cuerpos 4.° y 5.° en este dia, lanzóse con sus dragones sobre la infantería del príncipe Augusto de Prusia y la contuvo. Pero soltados los coraceros de Levachoff habilmente y en sazon oportuna, cruzaron un barranco que estaba al pié de nuestras posiciones, cogieron de flanco á los dragones de Kellermann, y los hicieron perder terreno. Acogidos á su turno por el fuego de arriba á abajo de nuestra artillería, se vieron obligados los coraceros de Levachoff á desandar camino. Se contuvieron recíprocamente, no ganando los prusianos mas terreno que el conquistado al primer empuje, y no pudiendo nosotros recuperar a Mark-Kleeberg, si bien quedando sobre los puntos dominantes que teníamos ocupados. Una artillería formidable atajaba al enemigo, y aunque nuestra línea no estuviese recta, al parecer ya no se debia doblar en adelante.

A la izquierda, esto es, en Wachau, hácia el centro, esto es, en Liebert-Wolkwitz, no cesaba de ser tenaz y sangriento el combate. Muchas ve-

ces el príncipe de Wurtemberg y el general Kleist penetraron en Wachau, que estaba en el fondo; pero, cayendo siempre sobre ellos las divisiones de Victor en columnas cerradas, los repelieron de continuo. Durante dos horas fué perdida y recuperada esta aldea hasta cinco veces. Ya no presentaba mas que un monton de cadáveres y de ruinas. Acometido Lauriston de frente en Liebert-Wolkwitz por Gortschakoff y hácia la izquierda por Klenau, recibiólos de modo de no dejarles gana de volver al ataque. Habiéndose presentado Klenau el primero con la brigada de Spleny por la izquierda, le cargó y le arrolló el general Rochambau, mientras se cañoneaba a Gortschakoff todavía distante y siguiendo á lo largo del bosque de la Universidad. Despues de acribillar á balazos á los rusos de Gortschakoff y á los prusianos de Pirch, el generrl Maison les hizo trepar el terreno saliente, donde se elevaba Liebert-Wolkwitz, despues cargólos bizarramente y arrojó parte de ellos sobre el bosque de la Universidad á la izquierda, y parte sobre Gulden-Gossa á la derecha, y siempre que asomaron de nuevo los cubrió de metralla.

A medio dia ya habian sucumbido diez y ocho mil hombres de una y otra hueste, bien que dos terceras partes de la de los enemigos, é invencible nuestra línea por todos lados no debia ser forzada segun las apariencias, salvo hácia la derecha, donde se habia doblado ligeramente, como queda dicho.

En este momento retumbó de pronto el cañon hácia el Norte, y muy luego oyóse en otras direcciones, lo cual anunciaba que estábamos acometidos á la vez por todas partes. Con efecto, ayudantes de campo llegados al galope comunicaron de un lado que Margaron á la derecha de Leipsick se hallaba atacado en Lindenau por Giulay, que nos queria quitar nuestra línea de comunicacion con Lutzen; y que á la izquierda, esto es, al Norte de Leipsick, estaba Marmont empeñado contra Blucher, llegado de Halle á fin de tomar parte en la general batalla. Marmont enviaba a decir que no podia ejecutar la órden de trasladarse á espaldas de Napoleon, porque necesitaba hacer cara á Blucher y aun solicitaba socorros. Por fortuna en este instante aparecia Ney con la division de Dombrowski y el cuerpo de Souham, é hizo que se dijera á este mariscal, que ademas de apoyar á Marmont, convenia que detrás de Macdonald y en apoyo del grande ejército, enviara aquella de sus divisiones que tuviese disponible. Ney mandaba al mismo tiempo el 4.º cuerpo de Bertrand, el 3.º de Souham, el 7.º de Reynier y además la division de Dombrowski. A Bertrand le tenia en Leipsick para apoyar á Margaron: le llegaban Dombrowski y Souham para sostener á Marmont y acudir al lado de Napoleon. Con Reynier no podia contar hasta el dia siguiente.

Habiéndose desarrollado á medio dia mas á las claras la batalla, pensó al cabo Napoleon en abandonar la defensiva para tomar una ofensiva vigorosa. Resolvió desembocar al mismo tiempo de Liebert-Wolkwitz y de Wachau, á fin de aplastar al centro enemigo, mientras desembocando Macdonald á la extrema izquierda de Holzhausen por mas allá del Liebert-Wolkwitz rechazara á Klenau y le rechazara á la mayor distancia posible, y declinando despues de izquierda á derecha, se preci-

pitara sobre el centro del enemigo, atacado ya de frente por Liebert-Wolkwitz y por Wachau. Para la ejecucion de este movimiento, Napoleon hizo bajar por un lado á dos divisiones de la Jóven Guardia á las órdenes de Mortier, á fin de que reunidas á Lauriston cayesen sobre Gortschakoff, y por otro á otras dos divisiones de la misma Jóven Guardia á las órdenes de Oudinot, para que con Victor cayera sobre el príncipe Eugenio de Wurtemberg. Entre estas dos columnas debia avanzar la reserva de artillería de la Guardia, formando una batería de ochenta cañones, para apoyarlas con sus fuegos. A la espalda fué dispuesta la artillería de Latour-Maubourg, á fin de apoyar este movimiento y de aprovechar las ocasiones de dar cargas. Kellermann, con los cuerpos 4.° y 5.°, se mantuvo igualmente prevenido sobre la derecha. La Vieja Guardia, compuesta de las divisiones de infantería de Curial y de Friant y de la caballería de Nansouthy, fué á ocupar la posicion que la Jóven Guardia y Latour-Maubourg dejaron vacante. Todo se agitó, pues, de resultas de este movimiento ofensivo, en el mismo instante en que Alejandro, ya al cabo de lo que pasaba ante sus ojos, habia enviado á uno de sus oficiales alemanes, á Mr. de Wobzogen, para suplicar al príncipe de Schwarzemberg, que renunciara á su ataque entre el Pleisse y el Elster, y se ocupara mas acerca de lo que entre Liebert-Wolkwitz y Wachau tenian encima los ejércitos ruso y prusiano.

Apenas se dió la señal avanzaron nuestras dos columnas de ataque, teniendo entre ellas la formidable artillería de la Guardia dirigida por Drouot, y de la cual el bravo coronel Griois mandaba treinta y dos piezas de á doce. Espantoso era el fuego, y tal, que no parecia que lo pudiera resistir tropa alguna. A un lado el mariscal Mortier, precedido por la division de Maison, bajó de Liebert-Wolkwitz, se echó encima de Gortschakoff, y repelióle entre el bosque de la Universidad y la aldea pantanosa de Gulden-Gossa. A otro lado Oudinot y Victor desembocando de Wachau, rechazaron al príncipe Eugenio de Wurtemberg, le hicieron volver á pasar la especie de valle que nos separaba á unos de otros, y le arrollaron hácia el corral de Avenhayn, que se hallaba á la derecha de la aldea de Gulden-Gossa. Mientras se avanzaba asi victoriosamente por el centro de nuestra línea, engolfándose Macdonald á la izquierda mas allá del Liebert-Wolkwitz, arremetió contra Klenau, y le obligó á ceder una gran extension de terreno. Al paso llegó delante de un viejo reducto, llamado de los suecos, desde donde llovian olas de metralla, cubriólo por medio de la division de Charpentier, y con las divisiones de Ledrú y de Gerard tomó á Seyffertshayn. Con denuedo se defendia el enemigo; pero fué rechazado de una parte sobre Kleiss-Possmau, y de otra sobre Goss-Possnau y el bosque de la Universidad. Favorecido allí por las dificultades locales, se detuvo y nos hizo cara. Si, apoyando entonces á Macdonald un cuerpo de reserva, llegara á ayudarle á declinar de izquierda á derecha, se hubiera podido arrollar á Klenau sobre Gortschakoff, á uno y otro sobre el príncipe de Wurtemberg y Kleist, y sobre el Pleisse á todos juntos. Pero Marmont se las habia á la sazon con Blucher, y Margaron con Giulay: Bertrand entre ambos, se hallaba reservado para socorrer al que

estuviera en mas peligro. Ney no osaba disponer de Souham, tan violentamente se le presentaba Marmont atacado, dejaba á Dombrowski á la derecha de Marmont, para hacer frente á las masas que se veian confusamente á lo lejos, y por último, aguardaba á Reynier todavía. De consiguiente se necesitaba que Napoleon alcanzase la victoria con las fuerzas que tenia á mano.

Despues de perder los enemigos toda la anchura del campo de batalla, disputaban palmo á palmo el límite extremo. Klenau resistia ora en Gross-Possnau, ora á la cabeza del bosque de la Universidad. Gortschakoff, rechazado á la otra parte de este bosque, se defendia allí tenazmente, y al mismo tiempo aspiraba á apoyarse en la aldea de Gulden-Gossa, que, hallándose en una hondonada, y presentando una série bastante prolongada de bosques y de charcos de agua, se prestaba sobremanera á la defensiva. Situado muy cerca el príncipe Eugenio de Wurtemberg, en el corral de Avenhayn procuraba mantenerse allí con las reliquias de su cuerpo. A la vista del peligro que les amenazaba, se sentian sumamente perplejos los soberanos coaligados. Segun hemos dicho, Mr. de Wolzogen fué enviado al príncipe de Schwarzemberg, y agregándosele el general Jomini, de resultas de las vivas observaciones de ambos, y de reconocer el príncipe lo árduo de tomar á Dolitz para desembocar sobre nuestras espaldas, y el peligro apremiante de los ejércitos prusiano y ruso, consintió en hacer que pasara á la orilla derecha del Pleisse la reserva del príncipe de Hesse-Homburgo, fuerte de mas de veinte mil hombres. Pero estos socorros no podian llegar antes de las tres de la tarde. Entretanto se decidieron los soberanos á comprometer sus reservas todas, seguros como estaban de remplazarlas muy en breve con una parte del ejército austriaco. Por el pronto se lanzaron los coraceros rusos sobre nuestra infantería, interin se pusieron en línea los diez mil granaderos de Rajeffski, de los cuales fué dirigida una columna á Gulden-Gossa y otra al corral de Avenhayn.

Tales eran los sucesos á la parte del enemigo. Lauriston y Mortier á nuestra izquierda hácia Gulden-Gossa, Victor y Oudinot á nuestra derecha hácia el corral de Avenhayn, recibieron en cuadros á los coraceros rusos, y con un fuego imperturbable los derribaron sobre los cuerpos muertos de sus caballos. Distribuidos los diez mil granaderos de Rajeffski entre el corral de Avenhayn, la aldea de Gulden-Gossa y el bosque de la Universidad, llegaron á situarse como un largo muro, sostenido de trecho en trecho por cañones. El bravo Drouot, que se habia quedado con su formidable batería entre nuestras dos columnas de ataque, ideó dirigir todas sus bocas de fuego contra esta magnífica infantería, descuidando la artillería contraria, por mucha importancia que atribuyera á apagar sus fuegos. Aunque ya estaba muy cerca del enemigo, avanzó mas todavía, y se puso á disparar á metralla sobre los granaderos rusos, que caian como los lienzos de un muro bajo el fuego de nuestros cañones. Cuando ya aparecieron bastante quebrantados, destacándose la division de Dubreton del cuerpo de Victor á nuestra derecha, ejecutó una carga á la bayoneta sobre el corral de Avenhayn y lo hizo suyo. A la izquierda el general Maison, formando la cabeza de Lauriston, se arrojó sobre

Gulden-Gossa, y penetró en este punto. Pero, amparados los granaderos de Rajeffski por las tapias de las haciendas, por los bosques y por los charcos de agua, se defendieron allí con teson extremado. Llevóse parte de la guardia rusa en su socorro, y mientras Maison mantenia una extremidad de la aldea, los rusos sustentaban la otra, y no querian abandonarla. Herido Maison por muchas balas, cubierto de sangre, cambió tres veces de caballo, y condujo á sus soldados á la aldea de Gulden-Gossa, que no podia quitar á los rusos, y que los rusos tampoco podian arrancarle. A la izquierda, rebasando Macdonald á Klenau por Seyffertshayn, repelió sobre Gross-Posnau á la brigada prusiana de Zeithen, á las brigadas austriacas de Spleny y de Schoffer, y á la division austriaca de Meyer; pero el reducto sueco, situado á la izquierda de Liebert-Wolkwitz, habia continuado inaccesible. Napoleon, que andaba de un punto á otro, viendo al regimiento 22.° de ligeros al pié del reducto, preguntó qué regimiento era el que se encontraba delante de la posicion aquella, y al responderle que era el 22.° de ligeros, dijo.—No es posible, el 22.° de ligeros no se estaria bajo la metralla de ese modo, sin correr sobre la artillería que le abrasa. Conducido este regimiento por el coronel Charrás, trepó la altura á paso de carga, mató á los artilleros enemigos á bayonetazos y apoderóse del reducto. Ganado el punto que detenia al mariscal Macdonald, continuó éste su movimiento hasta la mitad del bosque de la Universidad sobre nuestra izquierda.

A la sazon eran las tres de la tarde: arrinconado donde quiera el enemigo hasta detrás de su primera posicion aparecia dispuesto á cedernos la victoria. Solo á nuestra izquierda, frente por frente de Liebert-Wolkwitz se defendia en el bosque de la Universidad. Rechazado en el centro del corral de Avenhayn, disputaba al general Maison á Gulden-Gossa, favorecido por la configuracion de esta aldea, que presentaba una hilera de bosques y de pantanos A nuestra derecha no habia retrocedido detrás de Mark-Kleeberg á pesar de los heroicos esfuerzos del príncipe Poniatowski.

Napoleon conocia la necesidad de vencer á toda costa, porque no podia aplazar el triunfo. No vencer hoy con la muchedumbre de enemigos que se iban acercando, equivalia solo á no ser vencido y á exponerse á quedar destrozado. De consiguiente abrazó el partido de lanzar toda su caballería contra la línea de los coaligados. Murat hácia la izquierda bajó por entre Liebert-Wolkwitz y Wachau con diez regimientos de coraceros. A la derecha Kellermann bajó por entre Wachau y Mark-Kleeberg con la caballería polaca, los dragones de España y los dragones de la Guardia á las órdenes de Letort. En este momento Pajol, á la cabeza de los dragones de España, fué arrebatado á sus soldados por una bomba que, reventando sobre el vientre de su caballo, le produjo una espantosa conmocion sin privarle de la existencia.

De este modo avanzaron doce mil ginetes en dos masas, una á la izquierda, otra á la derecha, y llenas del recuerdo de la victoria de Dresde, que les era debida. Lanzado por Murat el general Bordessoulle con sus coraceros cargó á la caballería de Pahlen y dispersóla, de seguida cayó sobre los granaderos y los guardias rusos, quienes, despues

de quedar dueños de Gulden-Gossa, se desplegaron delante de esta aldea y los destrozó y cogióles hasta veinte y seis bocas de fuego. A la derecha los dragones de España y los de la Guardia cargaron á los coraceros de Teodchoff, y les hicieron expiar su triunfo de aquella mañana. Este primer choque salió bien hácia todas partes, y no se necesitaba mas que un esfuerzo para penetrar definitivamente en el centro enemigo, y arrojar á la derecha á Kleist y al príncipe Eugenio de Wurtemberg sobre el Pleisse, y á la izquierda á Gortschakoff sobre el bosque de la Universidad. Pero ya eran las tres de la tarde. De repente y sobre nuestra derecha se descubrieron espesas masas procedentes del otro lado del Pleisse. Era la reserva austriaca de Hesse Homburgo, cuya cabeza, formada por los coraceros de Nostitz, precedia á los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf. Con efecto, desembocando los coraceros de Nostitz al galope, encontraron á los coraceros de Kellermann en el desórden de la persecucion, los cogieron de flanco y los repelieron de pronto. Con los dragones de la Guardia cargó el bravo Letort á su vez á los coraceros de Nostitz, y los contuvo. Pero, en lugar de ser decisivo el movimiento de nuestra caballería sobre la derecha, no fué mas que alternativo, pues avanzábamos unas veces y retrocedíamos otras. Hácia el centro, luego de arrollarlo todo Murat á la primera acometida, incurrió en el yerro de comprometer todos sus escuadrones, con la esperanza de ser apoyado, y además adelantóse por un terreno, cuyo reconocimiento no pudo practicar antes, ignorando por tanto su forma. Desde lejos no permitia ver la aldea de Gulden-Gossa mas que algunos grupos de árboles; pero

ya cerca, descubrió Murat una gran hondonada, y en esta hondonada caseríos, trozos de bosque y charcos de agua, y detrás de cada obstáculo bien apostada la infantería. Al llegar á la aldea vióse obligada su caballería á hacer alto y á permanecer en línea bajo el fuego. Entonces el emperador Alejandro consintió en que se mandase cargar á cuantos tenia á la mano, hasta á los húsares y á los cosacos de su Guardia. Pasando estos por las aberturas practicables de Gulden-Gossa, señoreada aun por los rusos, improvisamente cayeron sobre el flanco de la caballería de Murat, le cogieron de sorpresa y le obligaron á que se replegara, no llevándose mas que seis de las veinte y seis piezas conquistadas momentos antes. Al bizarro Latour-Maubourg se le llevó el muslo una bala. Lanzados estos húsares y estos cosacos al galope, cercaron por todas partes á la gran batería de la Guardia, que habia permanecido incontrastable enmedio del campo de batalla. Atrayendo entonces Drouot las dos extremidades de su línea de cañones sobre sus flancos, opuso por decirlo así un cuadro de artillería á la caballería contraria, y cuando esta pasó á la vuelta al alcance de sus bocas de fuego, cubrióla de metralla.

De consiguiente no quedó decidida la batalla por esta accion general de nuestra caballería, aunque nos perteneciera gran parte del campo. Efectivamente á la derecha casi teníamos bloqueado á Kleist en Mark-Kleeberg: hácia el centro no habia cesado Victor de ocupar el corral de Avenhayn: en el centro y declinando á la izquierda, Lauriston, la batería de la Guardia y la caballería de Latour-Maubourg estaban delante de Gulnen-Gossa: á la

izquierda, dueño Macdonald del reducto sueco y de Seyffertshayn, por todas partes se hallaba junto al linde del bosque de la Universidad; pero se mantenia firme el enemigo, aun cuando hubiese retrogradado. Entonces Napoleon quiso tentar un supremo esfuerzo. Rehizo sus columnas de ataque: Mortier con Lauriston y Oudinot con Victor recibieron órden de volverse a formar en columnas y de comprometerse de nuevo. Les debieron dar apoyo, comprometiéndose tambien en caso necesario, las dos divisiones de la Vieja Guardia, compuestas de unos diez mil hombres, y única reserva que ya nos quedase. Toda la caballería fué alineada en masa detras de esta infantería: vencer ó morir era su encargo. Pero de repente se oyó gran vocerío á nuestra derecha. Llegados los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf detrás de los coraceros de Nostitz habian cruzado el Pleisse, relevado en la aldea de Mark-Kleeberg á Kleist rendido de fatiga, y trataban de obligar a ceder a Poniatowski, el cual no habia cesado de oponer una resistencia invencible a todos los ataques. Finalmente á la espalda y hácia la derecha, en aquel puesto de Dolitz que el príncipe de Schwarzemberg se habia lisonjeado de ganar con sus tropas, haciendo el general Merfeld una vigorosa tentativa forzó todos los pasos del Pleisse, y estaba pronto á trepar á la altura, que forma la barga de este rio. A la vista del peligro contuvo Napoleon el movimiento de su Vieja Guardia, y dirigió sobre Dolitz á la division de Curial. Destinado fué Oudinot á hacer cara á los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf. Pero, gracias al teson de Poniatowski y de la division de Semelé del cuerpo de Augereau fueron

contenidos los granaderos austriacos. Ejecutando Curial hácia la espalda un movimiento trasversal de izquierda á derecha, precipitóse sobre Dolitz. Ante todo lanzó á los granaderos de Turin y de Toscana sobre los bosques que rodean este punto, y despues con los fusileros de la Guardia se dirigió á Dolitz mismo, para entrar allí a la bayoneta. Habia que cruzar un brazo del Pleisse, y luego habia que empeñarse en una série de haciendas contiguas, dependientes de un viejo castillo. Con tanto empuje dió esta carga que cruzó el Pleisse, atravesó por entre las haciendas una tras otra, mató á bayonetazos á cuantos le opusieron resistencia, y tomando la delantera al contrario hasta en el mismo castillo, cogió prisioneros á todos los que halló al paso. De esta suerte capturó al general Merfeld con dos mil hombres.

Ya eran las cinco y se aproximaba la noche. Despues de proveer Napoleon á este accidente de su derecha, no se podia resolver á no intentar un postrer esfuerzo sobre el centro del enemigo. Aun se mantenia Victor en Avenhayn, y de consiguiente solo faltaba apoderarse de Gulden-Gossa. Imperturbable Lauriston enmedio de un horrible fuego, experimentó pérdidas enormes: sin embargo, le quedaba el general Maison, herido de muchas balazos, no teniendo mas que las reliquias de su division en torno suyo, si bien insaciable de peligros hasta conquistar á Gulden-Gossa. Seguido de Mortier entró Maison en esta fatal aldea. Su triunfo podia decidirlo todo, cuando avalorando Barclai de Tolly el peligro, lanzó allá la division prusiana de Firch, apoyada por la Guardia rusa. Esta, á impulsos de un esfuerzo desesperado, recuperó á

Gulden Gossa. Una vez mas trató Maison de penetrar en su recinto; pero una oscuridad profunda separó al fin á los combatientes. Quedando fuera Maison como un leon rugiente, estaba allí privado de las cinco sextas partes de su division, cubierto de heridas, y desconsolado á causa de detenerle la noche. A la otra mañana, dijo estas nobles palabras á sus soldados.—¡Hijos mios, hoy es el último dia de Francia; forzoso es que hayamos perecido para la noche!—Estos hijos heróicos satisficieron su compromiso, pues no sobrevivieron mil de ellos. Tal fué el último alto de la batalla del 16 de octubre, batalla terrible y llamada de Wachau. Muertos ó moribundos sembraban la tierra cerca de veinte mil hombres de los nuestros y treinta mil de los coaligados.

Pero no se limitaba á esto la horrible efusion de sangre humana. Otras dos batallas se dieron el mismo dia, una al Oeste y otra al Norte de Leipsick, una sobre nuestra derecha en Lindenau, y otra á la espalda en Mockern. En Lindenau se las hubo el general Margaron con Giulay, y salió airoso, aunque sin otra ventaja que la de repeler al enemigo y quedar dueño del campo de batalla.

En esta aldea de Lindenau presentaba el terreno una meseta, rematada hácia el Elster de pronto, si bien inclinada en forma de glasis hácia la llanura de Lutzen. Posible era de consiguiente defenderla con bastante ventaja, sobre todo teniendo seguros los puentes del Elster y del Pleisse situados á la espalda. Solo se corria el peligro de ser rebasados por la derecha hácia la aldea de Lentzsch, por la izquierda hácia la de Plagwitz, situadas á orillas del Elster la una y la otra. Efectivamente,

los brazos de este curso de agua se hallan tan divididos hácia aquel lado y tan mermados por su division misma, que eran de facilísimo paso, cabiendo en lo posible engolfarse de este modo por entre los pantanos y los bosques, y rebasar por tanto el puente de Lindenau, lo cual hacia caer la posicion toda. Así Giulay, ejecutando un ataque directo sobre la meseta delante de Lindenau con la caballería de Thielmann y la infantería de Litchtenstein, dirigió ataques laterales por Lentzsch de un lado y por Plagwitz del otro. Aun penetró en estas dos aldeas, y lanzó mas allá del Elster á los tiradores por los bosques. Pero, manteniéndose Margaron con su artillería y cuatro batallones sobre la meseta, encaminó ora hácia Lentzsch, ora hácia Plagwitz columnas de infantería que, cargando sucesivamente á la bayoneta, recuperaron las aldeas y libertaron sus dos alas. Ocho ó nueve mil hombres contuvieron á veinte y cinco mil enemigos, y quizá acabaran por sucumbir á pesar de todo, si la vista de la division de Morand del cuerpo de Bertrand, alineada entre Lindenau y Leipsick, no intimidara al enemigo y atajara sus empresas. Este combate nos costó mil hombres y lo menos el doble á los austriacos. Quedando dueños de Lindenau, podiamos siempre tornar á abrir el camino de Lutzen.

En Mockern fué mas formal la lucha, sobre todo por el número de los combatientes y por la extension de la matanza. Sospechando el general Blucher que iba á empezar la batalla decisiva, y no queriendo dejar expuesto al príncipe de Schwarzemberg á que la diera solo, no pudo permanecer quieto desde que oyó el cañoneo el dia 16 por la mañana, y marchó por el camino de Halle, que

desemboca hácia el Norte de Leipsick. Al partir envió oficiales tras oficiales á Bernadotte para enterarle de la situacion de las cosas y darle prisa á que llegara. Sus relaciones particulares con los estados mayores prusiano y ruso le daban además grande influencia sobre aquella tropa, y le hacian esperar que al cabo responderia á su llamamiento. Pero no se podia verificar el 16 de octubre: asi solo avanzó con cautela, recelando, á pesar de reconocer distintamente la artilleria del príncipe de Schwarzemberg no distante mas de tres leguas hácia el Sur, que la mayor parte del ejército francés se le echara encima. Contaba cerca de sesenta mil combatientes, pero, si tropezaba con ochenta ó noventa mil contrarios, le podia salir muy funesto el lance. Le inspiraba temores la vista de nuestras columnas remontando el Duben á Leipsick, y cuidó de situar en observacion al general Langeron sobre el camino de Dolitzsch. En el centro colocó el cuerpo ruso de Wacken entre el camino de Dolitzsch y el de Halle, y sobre este, que llevaba en derechura al Norte de Leipsick, puso el cuerpo prusiano de York, el mas animado de todos porque era aleman y prusiano. Estas precauciones originaron que no diera vista á Leipsick hasta las once de la mañana, no pudiendo distinguir de la batalla que se daba al Sur cosa alguna, y oyendo solo un formidable cañoneo. Delante tenia cerca de veinte mil hombres, retirándose de Breitenfeld y Lindenthal sobre Leipsick muy despacio. Era el cuerpo del mariscal Marmont ejecutando la órden que se le dió por la mañana de retirarse sobre Leipsick y de cruzar esta ciudad, para ir á formar la reserva del grande ejército. No obstante, esta órden era condicional y subordinada á lo que aconteciera sobre el camino de Halle. Presentándose allí el enemigo con bastante fuerza, quedaba anulada la órden de hecho, y resistir al ejército de Blucher venia á ser el deber indicado, deber que el mariscal Marmont estaba dispuesto á llenar en toda su amplitud.

Ardua era la posicion para el mariscal Marmont á causa de la inferioridad del número y de ciertas circunstancias locales. Ante todo no tenia mas que veinte mil hombres á la mano, y escasamente contaba con los socorros que le podian ser enviados, viendo cuanto necesitaba hacer cada cual por su parte. A lo sumo fundaba alguna esperanza en la ayuda de la division de Dombrowski, que Ney habia dirigido hácia Euteritzsch para flanquearle. Además la altura sobre donde se habia situado entre Mockern y Euteritzsch, apoyada á un lado en el Elster y el Pleisse, y á otro en el barranco de Rietschke, aunque bastante fuerte por sí misma, ofrecia un inconveniente grave, y era el de tener á la espalda este mismo barranco de Rietschke, el cual despues de seguir á lo largo el flanco de la posicion iba á caer por detrás en el Pleisse y en Dohlis. Posible era que allí fueran lanzados en el caso de ser repelidos. Así el mariscal hubiera querido cruzarlo para irse á alinear detras del Partha. No tuvo tiempo de hacerlo por su fortuna, pues si hubiese cometido la falta de abrigarse demasiado pronto detrás del Partha, nos hubiéramos visto muy apretados en Leipsick, y especialmente privados de comunicacion con aquellas de nuestras tropas que aun estaban en marcha. Sea como quiera, en esta posicion bastante dominante de Mockern, fué donde se trabó la tercera batalla dada en este fúnebre

dia, y con una pasion digna de la acreditada en Wachau.

Entre once y doce de la mañana comenzó la lucha, desde que Blucher entró en línea. Preocupado con la vista de las últimas tropas de Souham y del parque de artillería, que remontaba de Duben á Leipsick, dejó Blucher en observacion todo el cuerpo de Langeron delante de Breitenfeld, y no dirigió sobre Marmont mas que el cuerpo de York y parte del de Sacken, sumando en totalidad mas de treinta mil hombres. Al pronto se dirigió á Mockern, para tomar esta aldea, sobre la cual se apoyaba la izquierda de Marmont, y atacóla con el encarnizamiento que señalaba esta funesta guerra. Marmont la defendió con encarnizamiento semejante. Allí tenia el 2.º regimiento de marina de la division de Lagrange, algo mas á la espalda la division esta, en el centro y sobre el declive de la meseta á la division de Compans, á la derecha y hácia atrás á la division de Friederichs, y por último de reserva á la caballería wurtembergnesa del general Normann, y á la caballería francesa de Lorge. Ochenta y cuatro bocas de fuego cubrian su frente; y este dia componian el número efectivo de sus combatientes cerca de veinte mil hombres.

Por largo tiempo fué disputada la aldea de Mockern, y rechazado muchas veces el regimiento 2.º de marina de las humeantes ruinas de esta aldea, volvió á entrar á la bayoneta en su recinto. Agobiado á la postre por el número se vió obligado á abandonarla. Entonces el regimiento 4.º de marina y el 35.º de ligeros, formando la segunda brigada de Lagrange, ejecutaron á la bayoneta una carga furiosa, desordenaron á una de las cuatro divisiones

del cuerpo de York y recuperaron á Mockern. Viendo Blucher que nada ganaba en querernos arrancar este apoyo de nuestra izquierda, hizo avanzar dos divisiones para acometer al descubierto la meseta inclinada sobre la cual se hallaba la division de Compans. Valerosamente se desplegaron delante de Marmont las dos divisiones prusianas, pero abrasadas por nuestras ochenta y cuatro bocas de fuego experimentaron pérdidas crueles, y vieron caer á la tercera parte de sus soldados. Una carga de caballería lo podia decidir todo, y Marmont ordenola al punto. Por desgracia la caballería wurtembergnesa, mal dispuesta, viendo delante y sobre la derecha los seis mil caballos de reserva de Blucher, cargó tarde y débilmente, y aun á la vuelta atropelló y puso en desórden á un batallon de marina.

Así se sostuvo la pelea durante media tarde, cuando, tranquilo Blucher respecto de las tropas que habia divisado á lo lejos, sabiendo que el grueso del ejército francés no estaba sobre su flanco izquierdo, dirigió el cuerpo de Langeron hácia Dombrowski para tenerle á raya, atrajo á sí el cuerpo de Sacken, y atacó la línea de Marmont con tres divisiones prusianas, apoyadas por todas las divisiones rusas del general citado. Al verlo, avanzó Marmont sobre el enemigo con la division de Compans mandada por este en persona. Entonces se trabó á ciento cincuenta pasos una lucha terrible y de las mas mortíferas de esta guerra. Marmont recibió una herida en una mano, una contusion en un hombro, muchas balas en su uniforme, y perdió tres ayudantes de campo. Heroica firmeza acreditaron los regimientos de Compans, y diezmando de nuevo su formidable artillería las filas de los prusianos,

cubrióse de una línea de cadáveres la tierra. Un triunfo completo coronara esta resistencia, si al caer una bomba enmedio de una de nuestras baterías, y al hacer saltar las arcas de municiones, no produjera desórden en aquel punto. Aprovechándose el enemigo de tal circunstancia, echóse encima de la batería y tomóla, mientras, cayendo en el mismo instante muchos miles de caballos sobre la division de Compans ya abrumada por la metralla, la obligaron á replegarse. En su ayuda corrió la division de Friederichs, pero, siendo tomada Mockern en este momento, faltándonos este apoyo de la izquierda, estando amenazada la derecha por Langeron, que se hallaba á punto de envolver a Dombrowski, le pareció prudente á Marmont emprender la retirada. Replegose en buen órden y sin accidente, gracias á la precaucion que tomó de hacer echar durante la batalla muchos puentes de caballetes sobre el barranco de Rietschke. Socorrido Dombrowski por una division de Souham, se retiró tambien sano y salvo, despues de caberle el honor de detener en Euteritszch á todo el cuerpo de Langeron. Asi veinte y cuatro mil hombres tuvieron á sesenta mil en jaque, á pesar de ser de los mas valientes y encarnizados. Segun confesion propia del enemigo, este combate le costó de nueve á diez mil hombres. Seis mil nos costó á nosotros, con veinte bocas de fuego pérdidas de resultas de la esplosion.

Tal fué esta horrorosa jornada del 16 de octubre, compuesta de tres batallas, que nos arrebataron de veinte y seis á veinte y siete mil hombres y cerca de cuarenta mil al enemigo. ¡Triste y cruel sacrificio que cubria á nuestro ejército de inmortal

honra, pero que debia cubrir de luto á nuestra infeliz patria, cuya sangre corria á torrentes para asegurar, no su grandeza, sino su caida!

Forzados en nuestra posicion no lo habiamos sido por ningun punto: conservado habiamos el terreno hácia el Sur entre Liebert-Wolkwitz y Wachau, y en Lindenau hácia el Oeste; lo habiamos abandonado, si bien casi de voluntad propia hácia el Norte, y para mejorar de puesto. Pero, no habiendo podido rechazar lejos uno de otro á Schwarzemberg y á Blucher, de manera de no permitir que se vieran ya juntos, no estaba pérdida la batalla, si bien muy pronto se podia convertir en desastre. A la sazon se aproximaba Bernadotte con sesenta mil hombres, se anunciaban cincuenta mil con Benningsen, y á nosotros solo nos llegaban con Reynier quince mil soldados, diez mil de los cuales se hallaban á punto de sernos traidores. Por tanto, no habiendo ganado una victoria brillante, se nos podia trocar la situacion en horrorosa. ¿Hubo medio de obtener un resultado decisivo en esta primera jornada del 16 de octubre? He aqui lo que ha agitado á todos los historiadores especiales, lo negado por los unos y lo afirmado por los otros. Quizá, si despues de colocarse Napoleon en una situacion extrema, llevara la audacia al último grado, y no dejando en Leipsick mas que á Margaron para defender la ciudad tan solo, reduciéndose además á dejar al Norte de Leipsick á Marmont y á Dombrowski sobre el Partha para contener á Blucher, atrajera á sí á Ney y á Bertrand para reforzar a Macdonald con treinta mil hombres, con los cincuenta mil combatientes de Macdonald, de Bertrand y de Ney lanzados de nuestra izquierda sobre la dere-

cha del príncipe de Schwarzemberg, se pudiera abrumarle y precipitarle en el Pleisse. Ganada una gran victoria hácia este lado, pronto se volvieran á abrir nuestras comunicaciones con Lutzen y Maguncia, y á otro dia se castigara rudamente á Blucher por los progresos que hubiera podido llevar á cabo. En lugar de esto, las tropas de Bertrand permanecieron en Leipsick casi ociosas, y las divisiones de Souham, ora encaminadas hácia Napoleon, ora vueltas hácia Marmont, perdieron el dia todo en inútiles idas y venidas. De esta suerte en el principal teatro de la accion faltó una fuerza decisiva. Pero estos raciocinios, exactos sin duda, se han hecho despues del suceso. Se necesitaba que Napoleon preveyera que Lindenau no iba á ser objeto de una principal acometida, y que Bernadotte no llegaria con Blucher al Norte y al Este de Leipsick; se necesitara en fin que el cuerpo de Reynier no se hallara detrás y tan lejos. Justo es censurar á Napoleon, no por haber dado mal la batalla, que nadie diera mejor de seguro, sino por haberse colocado en una posicion, donde, acometido á la vez por todas partes, obligado á hacer cara á toda clase de enemigos, no podia adivinar exactamente á cada instante fijo cuál seria el mas apremiante y exigiria el empleo particular de todas sus fuerzas disponibles. Su conducta general, y no su conducta particular en esta jornada, es la que hay que censurar con severidad ahora como tantas otras veces (1).

(1) Algunos escritores, que admitirian que nuestros generales fueron cobardes ó traidores y que se portaron mal nuestros soldados, mas bien que atribuir una falta, han culpado á todo el mundo, excepto á él, del resultado

Sea como quiera, de repente la posicion de Napoleon se hizo por extremo peligrosa, no habiendo rechazado lejos al ejército de Bohemia, con el fin de caer a otro dia sobre el de Silesia y el del Norte. Sin duda podia decirse que el enemigo habia padecido cruelmente, y que acaso sus pérdidas le quitarian el valor de volver á empezar el combate. Posible era en rigor, y hasta verosímil, si no hubieran de sobrevenir nuevos refuerzos; pero, con el ardimiento que animaba á los coaligados, con la aparicion segura de Bernadotte al cabo de uno ó dos dias, con la llegada probable del ejército de Benningsen, la ligera esperanza de que no volve-

de la jornada del 16 de octubre. A darles crédito, ya Murat le hácia traicion en Leipsick, y por esto dió mal la gran carga de caballería ordenada por Napoleon. Ahora bien el pobre Murat, agitado sin duda durante el invierno todo, y dispuesto un instante á seguir el impulso del Austria, se volvió á Napoleon por completo desde que se halló en su presencia, y por otro lado era incapaz de una traicion sobre el campo de batalla. A mayor abundamiento, el sobrino de lord Cathcart, testigo ocular de la carga de Murat, y avaluando el terreno mejor que se podia hacer desde nuestro lado, ha explicado en sus Memorias, publicadas posteriormente, la causa de que fracasara la tal carga. Esta causa no fué otra que la forma del terreno á lo largo de la aldea de Golden-Gossa, bastando verla para comprender cómo debió ser detenida allí nuestra caballería. Despues de Murat, se ha querido acriminar á los otros dos lugartenientes de Napoleon, esto es á Ney y á Marmont. Se pretende que Marmont debió volver á pasar el Partha, y que Ney no debió dejar en Leipsick á Bertrand ocioso. Ahora bien, Bertrand se estuvo en Leipsick por órden de Napoleon, y Marmont no se pudiera retirar detras del Partha aunque lo intentara, teniendo ya al enemigo encima, y con un solo puente para desfilar al otro lado. Napoleon fué quien puso á Marmont entre Brietenfeld y

rian á empezar esta batalla horrible, no venia á ser mas que la débil rama á que se ase el infeliz que rueda á un abismo. Mientras los coaligados estaban casi seguros de recibir cien mil hombres, apenas aguardaba Napoleon doce mil á las órdenes de Reynier, sajones las dos terceras partes y muy dudosos, los cuales debian elevar sus fuerzas, ya reducidas en veinte y seis ó veinte y siete mil hombres por la jornada del 16 de octubre, á ciento sesenta y cinco mil hombres presentes, y á ciento cincuenta mil seguros; y cayéndole encima trescientos mil enemigos encarnizados y batiéndose con furia ¿se

Lindenthal, creyendo que Blucher estaba todavía lejos: si supiera que se hallaba tan cerca, desde el dia antes le situara sobre el mismo Partha, y de este modo fuera la concentracion bastante y se operara oportunamente. Verdad es que en este caso pudiera ser cerrado el camino de Duben al resto del cuerpo de Souham y al de Reynier; pero, si por esta consideracion, no hay que culpar a Napoleon de nada, tampoco es justo que se censure á Marmont por haber permanecido mas allá del Partha, encontrándose de órden superior en aquel punto. Por lo que hace á nosotros, no buscamos sino la verdad, y Napoleon en esta campaña sobresale tan eminente hombre de guerra, aun despues de horrorosas desventuras, que no se comprende cómo se trata de hacer a sus generales cobardes ó traidores, mas bien que reconocerle una falta. No sabemos que pueda ganar con esto la Francia en fuerza ante el mundo, sabiendo el mundo que Napoleon ha muerto y que no ha de volver a la vida. Algo hay que no muere y que no debe morir nunca, y es la Francia: su gloria importa mas que la misma gloria de Napoleon. Esto deberian tener presente los que aspiran á dar su infalibilidad por sentada, aun cuando no hubiera para ellos como para nosotros una razon superior á todas las consideraciones patrióticas, la de la verdad, que conviene investigar y dar á luz ante todo.

podia lisonjear de hacerles cara con ciento cincuenta mil soldados, heróicos sin duda, si bien teniendo al frente á contrarios, á quienes el patriotismo hacia iguales suyos en el fuego?

No era posible que Napoleon se disimulara una situacion semejante. Esperando todavia la víspera de esta jornada, que despues de batir al principal ejército de los coaligados, de los otros dos daria buena cuenta, debió experimentar una sensacion muy amarga al ver á la caida de la tarde una batalla indecisa, que, en vez de librarle, le encerraba por el contrario en los brazos de una especie de pólipo compuesto de enemigos de todas clases. No obstante, para que creyera en una situacion tan nueva y tan desconsoladora, se necesitaba que, considerara la cosa aun mas de cerca. Despues de tomar apenas algunas horas de descanso, montó la mañana del 17 á caballo, á fin de recorrer el campo de batalla. Lo halló horrible, á pesar de que en el curso de su existencia los habia contemplado muy espantosos. En todos los semblantes se retrataba una frialdad taciturna. Murat, el mayor general Berthier y el mismo Daru iban en su compañía. Nuestros soldados habian perecido en su puesto, pero tambien los del enemigo, y si habia certidumbre de que no retrocederiamos en una segunda batalla, casi igual la habia de que tampoco retrocederian los coaligados. Ahora bien, una nueva lucha donde permaneciéramos en nuestro puesto, y donde no ganáramos otra cosa que mantenernos firmes, viendo estrecharse cada vez mas el círculo de hierro formado en rededor de nosotros, y cerrarse una tras otra las avenidas abiertas hasta el presente; una nueva lucha en tales condiciones, no nos de-

jaba mas perspectiva que la de las Horcas Caudinas. A todos se les alcanzaba esto, y nadie se atrevia á decirlo. Murat, cuyo corazon excelente buscaba un consuelo que ofrecer á Napoleon, repitió muchas veces que el terreno se hallaba cubierto de cadáveres austriacos, prusianos y rusos, y que nunca, excepto en el Moskowa, se habia hecho semejante matanza de enemigos, lo cual era exacto. Pero quedaban muy bastantes, y sobre todo iban á venir de sobra para reparar las brechas de esta muralla viva, que se elevaba poco á poco alrededor nuestro. De consiguiente no quedaba otro arbitrio que el de la retirada inmediata por el camino de Lutzen, para no dar lugar á que la avenida de Lindenau se cerrase muy pronto. Paseandose Napoleon á pié con sus lugartenientes, bajo un cielo triste y lluvioso, en medio de los tiradores que apenas disparaban algunos tiros, rendidos como estaban por el cansancio de una parte y otra, pronunció personalmente y antes que otro alguno la palabra de retirada, que no se atrevia á proferir nadie. Se le dejó decir entre un silencio que esta vez equivalia á la aprobacion mas evidente. Con todo, tambien la retirada ofrecia graves inconvenientes. Sin mentir, tanto como nuestros enemigos podiamos calificar de victoria la batalla dada, pues de contínuo habiamos repelido y arrollado á los coaligados sobre el terreno y hasta les habiamos quitado parte del mismo. No obstante, le daria su verdadero significado, como en Lutzen y Bautzen, la aptitud que se tomara al dia siguiente. Si nos retirabamos, la batalla seria calificada de derrota. Esto era como confesar de repente á la faz del mundo que se nos habia vencido en una decisiva jornada, cuando al revés habiamos abrumado al enemigo en todas partes. De cruel se resentia esta confesion á todas luces; y no paraba aqui todo. ¿Qué iba á ser con efecto de los ciento setenta mil franceses dejados en Dresde, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, Glogau, Custrin, Stettin, Leipsick, como base de un edificio de grandeza, que se habia hecho gala de poder levantar en una batalla? Entre el número se contaban muchos enfermos, muchos tullidos; pero era posible sacar de estas plazas de ciento á ciento veinte mil excelentes soldados, que, unidos á los que aun quedaban de nuestros combatientes, harian la frontera del Rhin invencible. ¿Podrian agruparse y formar sucesivamente una masa, capaz de volver á abrir por Hamburgo y Wesel el camino de Francia? Esta era la cuestion magna, ¿tendria bastante talento para concebir este plan y bastante osadia para ejecutarlo, el general que mandaba en Dresde, siendo el único que se hallaba en proporcion de iniciar este movimiento?

Asi lo de declarase en retirada equivalia á añadir á la confesion de una derrota una pérdida irreparable, pérdida emanada de una falta enorme, la de haber querido conservar hasta el extremo los elementos de una grandeza imposible de restablecimiento, pérdida en fin desconsoladora, cualquiera que fuese su causa. No se puede censurar á Napoleon por haber consumido en horrorosas perplejidades el dia 17 de octubre, sin juzgar muy superficialmente de los movimientos del corazon humano. Declararse vencido á sí propio en un general encuentro, abandonar de seguida á ciento setenta mil franceses metidos en las plazas del Norte, sin algunas horas de meditacion, de sentimiento, de

esfuerzos intelectuales, para ver de hallar otra salida, constituia un sacrificio que fuera poco justo pedir á un carácter cualquiera. Ademas, otro sacrificio cruelísimo habia que hacer retirándose sin demora, y era el de Reynier, que á la sazon marchaba cercado de enemigos, y que no podia llegar sino en el curso del 17 de octubre. Por tanto urgia necesariamente contemporizar durante la mayor parte de este dia. Entonces, despues de pasar delante de los ejércitos de los coaligados veinte y cuatro horas, se podria decir que se les habia esperado largo tiempo como en un desafio, y que, habiéndolos esperado sin fruto, se habia levantado el campo á fin de volver á ganar una linea mas ventajosa. Por otra parte, convenia sobremanera conceder algo de descanso á los soldados rendidos de fatiga: convenia sobremanera dar algun conjunto á los cuerpos desorganizados por el combate, aprovisionar con el gran parque los parques de los diversos cuerpos exhaustos de municiones, cosas indispensables todas, si se tenia encima al enemigo en la retirada. De consiguiente la sola conducta que acomodaba á Napoleon y que se debia aconsejarle, era la de esperar un dia y levantar por la noche el campo, si bien á condicion de abrazarla resueltamente y de prevenirlo todo para que la retirada empezara á la caida de la tarde, y de manera que en la mañana del 18 no tuvieran delante los coaligados mas que fugaces retaguardias.

Desgraciadamente las perplejidades de Napoleon fueron excesivas. Un inmenso orgullo sometido á la mas terrible prueba, y apoyándose a mayor abundamiento para su resistencia en muy fuertes razones, le retuvo todo el dia y sin prescribir casi

nada. Unas veces solo, otras acompañado de Murat, del príncipe Berthier, de Mr. Daru, se paseaba mústio, caviloso, repitiendo dolorosamente á cada instante que no habia otro arbitrio que el de emprender la retirada, si bien no resolviéndose á ponerlo por obra, y complaciéndose en creer que el enemigo inmoble durante el 17 de octubre, tampoco le atacaria al dia siguiente, y que el príncipe de Schwarzemberg, á tenor de una máxima antigua y muy en boga entre los cuerdos capitanes diria que *á enemigo que huye, puente de plata*. Entonces podria desfilar por medio de Leipsick de un modo imponente, cambiando su base de operaciones, sin ser vencido. ¡Vana esperanza, de que su espíritu sentia necesidad suma y que le alimentó durante algunas horas!

En tal estado ideó hacer que se le presentara Mr. de Merfeld, cogido prisionero en Dolitz el dia antes, y á quien conocia de antiguo, y que era oficial de gran talento. Con arte le queria sonsacar las disposiciones de los coaligados, dirigirle ciertas insinuaciones enderezadas á la paz, encargarle hasta de una proposicion de armisticio, y despues volverle á enviar libre al campo de los soberanos, para inducirles quizá á perder un dia en vacilaciones y provocar de su parte alguna abertura admisible. ¡Vease á qué extremo habia venido por consecuencia de negarse á dar oidos á Mr. de Caulaincourt dos meses antes, cuando se negociaba en Praga!

A eso de las dos de la tarde recibió á Mr. de Merfeld, á quien habia devuelto su espada (1). Re-

(1) A pesar de hallarse en el cuartel general, ha su-

cibióle con cortesía, y le cumplimentó relativamente á la tentativa hecha contra el puente de Dolitz, aunque no con buena fortuna; luego le dijo que en memoria de su mérito, de sus antiguas relaciones con el cuartel general frances, le iba á soltar bajo su palabra, lo cual el general austriaco le agradeció sobremanera. Haciendo girar de seguida la conversacion sobre el asunto que le interesaba, preguntóle Napoleon, si á la hora del ataque sabian que se hallaba presente en aquellos lugares. Habiendo respondido Mr. de Merfeld afirmativamente, le dijo Napoleon al punto.—¿Con que esta vez me queriais dar batalla?—De nuevo respondió monsieur de Merfeld, con respeto, si bien con energía, en tono afirmativo, porque estaban resueltos á terminar mediante una accion sangrienta y decisiva aquella larga lucha.—Napoleon repuso de seguida. —Pero os engañais respecto de mis fuerzas. ¿De

puesto Mr. Fain que Napoleon llamó á Mr. de Merfeld y le restituyó su libertad el 16 de octubre por la noche. Otros muchos escritores han reproducido este error porque suministra una explicacion y una excusa naturalísima en punto á la pérdida del dia 17. En tal caso Napoleon habria esperado durante este dia una respuesta á sus proposiciones. Ahora bien, la publicacion de la conversacion de Mr. de Merfeld, debida á Mr. de Westmoreland, todavia recientemente embajador en Viena, y entonces empleado en la legacion británica cerca de los coaligados, hace que este error se destruya. En el documento publicado menciona Mr. de Merfeld el dia y la hora, y fija su entrevista el 17 de octubre á las dos de la tarde. Como no se puede presumir que tuviera interés en alterar semejante circunstancia, la suposicion de los que dan por tenida esta conversacion el 16 de octubre por la noche, queda destruida con todas las consecuencias que pretenden sacar de ella.

cuántos soldados creeis que dispongo?—De ciento veinte mil á lo sumo, replicó Mr. de Merfeld al instante.—Pues ved ahí el engaño; mas de doscientos mil cuento.—Por lo precedente se conoce cuanto se engañaban ambos interlocutores, bien que por ignorancia el uno y por cálculo el otro.—¿Y vosotros, añadió Napoleon, cuántos soldados teneis?—Trescientos cincuenta mil, dijo Mr. de Merfeld.—No distaba mucho de la verdad este guarismo. Habiendo confesado Napoleon que no les suponia tantos, lo cual explicaba sin duda la situacion en que se habia puesto, añadió con sangre fria y aire de buen humor:—¿Y mañana pensais atacarme?—Mr. de Merfeld contestó con igual aplomo que los coaligados lidiarian infaliblemente al otro dia, resueltos como estaban á comprar su independencia al precio de toda su sangre.—Disimulando Napoleon la impresion que le hizo esta especie, varió el giro de la conversacion, y dijo á Mr. de Merfeld.—Muy seria se hace esta lucha. ¿No la hemos de poner término? ¿No pensaremos en celebrar la paz?—¡Ojalá V. M. la quiera, exclamó el general austriaco. ¡Nosotros no queremos otro galardon de nuestros esfuerzos! ¡Por la paz combatimos tan solo! Si V. M. la deseara, ya la hubiera tenido en Praga desde hace dos meses.—Alegando aqui Napoleon falsas excusas, supuso que en Praga no se le trató con franqueza; que se obró sutilmente, aspirando á encerrarle en un círculo fatal; que esta manera de tratar no le pudo convenir de ningun modo; que Inglaterra no queria la paz; que llevaba de la mano á Rusia y á Prusia; que lo mismo llevaria al Austria, y que á esta potencia cumplia trabajar por la paz, si la anhelaba sinceramen-

te.—Despues de expresar Mr. de Merfeld que hablaba por su cuenta y sin mision que le autorizara, lo cual era exacto, si bien esto no impedia que se hallara al cabo de todo, sostuvo que Inglaterra deseaba la paz; que necesitaba de ella; y que si Napoleon sabia hacer los sacrificios necesarios á la felicidad del mundo y de Francia, la paz se celebraria sin demora.—Sacrificios, exclamó Napoleon, estoy pronto á hacerlos, y para dar á entender que solo habia mostrado empeño por conservar ciertas porciones de Alemania, á título de rehenes, y para asegurarse de la restitucion de sus colonias, añadió estas palabras: Restitúyame Inglaterra mis colonias, y le restituiré el Hannover.—Habiendo indicado Mr. de Merfeld que esto no era bastante, soltó Napoleon una especie que, pronunciada en el congreso de Praga, cambiara su suerte y la nuestra, diciendo.—Restituiré las ciudades anseáticas, si es necesario...—Desgraciadamente ya era tarde. Kulma, el Katzbach, Gross-Beeren, Dennewitz, Wachau, habian hecho insuficiente este sacrificio. Mr. de Merfeld expresó la opinion de que, para obtener la paz de Inglaterra, habria que consentir en el sacrificio de Holanda. Napoleon alteróse mucho, manifestando que en manos de Inglaterra seria Holanda un medio de despotismo marítimo, pues sabia de fijo que Inglaterra le queria obligar á reducir el número de sus naves.—Quiza cruzó por algunos espíritus tan singular idea, pero nunca el gabinete británico la consideró formalmente como proponible —Señor, dijo Mr. de Merfeld, si pretendeis juntar á las vastas riberas de Francia las de Holanda, España é Italia, como ninguna potencia marítima igualaria asi á la vuestra, podria

acontecer que se pensara en imponer un límite á la extension de vuestras escuadras; pero V. M., tan delicado en puntos de honra, sin duda querrá mejor abandonar territorios de que no necesita, que someterse á una condicion, de la cual comprendo que rechace hasta la idea.

De esta entrevista pudo Napoleon sacar en claro que, si dos meses antes estuvo en su mano obtener la paz, sacrificando solo el ducado de Varsovia, el protectorado del Rhin y las ciudades anseáticas, ahora necesitaria abandonar ademas la Holanda, la Westfalia, la Italia, si bien esta última á condicion de que fuera tan independiente del Austria como de Francia. Sin duda con el Rhin, los Alpes y los Pirineos, aun quedaba Francia bastante hermosa, y tanto como podia desearse. Al parecer admitió Napoleon acerca de todos estos objetos que, al celebrarse la paz general, habia que consentir en grandes sacrificios, y hasta manifestóse mas inclinado á concederlos que lo estaba realmente. Pero la paz le ocupaba mucho menos que la esperanza, vaguísima por desdicha, de un armisticio. A esta conclusion hubiera querido traer al general austriaco.—No trato, dijo á Mr. de Merfeld, de hablaros de armisticio, porque pretendeis que soy aficionado á ellos, y que constituyen mi táctica militar en parte. Sin embargo, ya ha corrido mucha sangre, y va á correr mucha mas todavia, y si diéramos un paso atras todos, los rusos y los prusianos hasta el Elba, los austriacos hasta las montañas de Bohemia, los franceses hasta el Saale, dejariamos respirar á la pobre Sajonia, y podriamos tratar formalmente de la paz desde esta distancia. —Mr. de Merfeld respondió que los aliados no ad-

mitirian el Saale por línea del armisticio, porque esperaban ir hasta el Rhin en el próximo otoño.—¡Retirarme hasta el Rhin! repuso Napoleon con arrogancia; para eso se necesitaria que hubiese perdido una batalla, y aun no he perdido ninguna. Sin duda podra sucederme, porque la suerte de las armas es variable, muy bien lo sabeis, Mr. de Merfeld (este fué á implorar armisticios despues de Loeben y de Austerlitz); pero aun no me ha sucedido tal desventura, é interin no pierda una batalla, no os abandonaré la Alemania hasta el Rhin... —Marchad, añadió Napoleon, os concedo la libertad bajo vuestra palabra; es un favor que otorgo á vuestro mérito, á nuestras antiguas relaciones, y si de lo que os he dicho podeis sacar algo para promover una negociacion, ó al menos una suspension de armas que deje respirar á la humanidad, me hallareis dispuesto á escuchar vuestras proposiciones.—

Esta singular entrevista, en que se ve el arte que Napoleon tenia para dominarse cuando queria, tuvo por objeto, segun se adivina, saber á punto fijo lo que podia esperar de los coaligados al dia siguiente, y dar origen, si era posible, á alguna vacilacion entre ellos, pronunciando palabras respecto de la paz que nunca habian salido de su boca. Si estuvieran maltratados como Napoleon los suponia, y maltratados lo estaban mucho, aunque quebrantados de ningun modo, podian hallar en tales palabras los coaligados una razon para entrar en parlamentos, y Napoleon el tiempo necesario para cambiar de posicion.

No hizo el fin del dia mas que reflejar sobre esta situacion nuevas y tristes luces. Se vieron aparecer fuertes columnas por el camino de Dresde, engrosándose las filas del ejército de Schwarzemberg de una manera considerable. Desde lo alto de las torres de Leipsick se distinguió á las claras al ejército de Bernadotte, que llegaba por el lado del Norte. Se hallaba el horizonte inflamado por mil fuegos. Casi estaba cerrado el círculo en rededor de nosotros al Sur, al Oeste y al Norte. Ya no habia mas que una salida abierta, y era la del Este, por entre la llanura de Leipsick, á causa de que hasta entonces no habia logrado Blucher extender su brazo hácia el príncipe de Schwarzemberg por este punto. Pero la tal salida, única que teníamos expedita, llevaba al Elba y á Dresde, donde no era tiempo de ir ahora. Haciendo Napoleon un postrer esfuerzo sobre sí propio, abrazó al fin el partido de la retirada, partido que le mortificaba cruelmente, no solo bajo el aspecto del orgullo, sino bajo otro aspecto de mayor monta, el del cambio de aptitud, y sobre todo el del sacrificio de ciento setenta mil franceses, dejados sin socorro y casi sin medios de salvacion junto al Elba, el Oder y el Vistula.

Por desgracia se decidió demasiado tarde y de una manera harto incompleta. En lugar de una retirada francamente resuelta, y calculada por tanto en todos sus pormenores, debiendo empezar la noche del 17 y hallarse terminada el 18 por la mañana, quiso una retirada imponente, que casi no lo fuera, y se ejecutara á la luz del dia. Acordó que á mitad de la noche, esto es, á las dos de la madrugada, se retrogradara concéntricamente sobre Leipsick y en el espacio de una legua; que Bertrand con su cuerpo y Mortier con una parte de la Jóven Guardia fueran por Lindenau á asegurarse del ca-

mino de Lutzen; que á la punta del dia desfilara por dentro de Leipsick un cuerpo tras otro, rechazando enérgicamente al enemigo que se atreviera á atacar á nuestras retaguardias. Semejante marcha, sacándonos de una situacion falsa, tendria asi el aspecto mas bien de un cambio de línea que de una retirada.

Aun se creia Napoleon tan imponente que no imaginaba que se pudiera perturbar tal retirada. Aun lo era mucho sin duda, pero contra la pasion embriagada de repentinas esperanzas, nada hay imponente, y una pasion de esta clase era la que á la sazon animaba á los coaligados. Tales fueron las resoluciones de Napoleon para la noche del 17 al 18 de octubre.

Lo acontecido durante el dia entre los coaligados, no correspondia á las ilusiones con que habia lisonjeado su desventura. Su primera intencion fué pelear sin tregua, hacer morir hombres sin tasa, hasta que se lograse vencer la resistencia de los franceses, y con tal propósito ni aun motivo habia para estarse quietos. No obstante, las noticias que lograron del Norte de Leipsick, les revelaron que el príncipe de Schwarzemberg podia entrar en línea, si se le proporcionaba un dia mas de tiempo. Otra noticia no menos importante les llegó de los alrededores de Dresde. Delante de esta ciudad se habian dejado á la division rusa de Sherbatow y la division austriaca de Bubna sobre la derecha del Elba, y todo el ejército de Benningsen con el cuerpo de Colloredo, á la orilla izquierda del propio rio. Cerca de setenta mil hombres eran muy inutilmente empleados en contener á un cuerpo francés, al cual bastaba observar y de quien no

habia que temer cosa alguna. Habiéndose aprovechado de las lecciones de Napoleon, que enseñó á todos los generales del siglo el arte de reunir sus tropas en el punto donde eran de mas provecho, se previno al general Benningsen que dejara el cuerpo de Tolstoy delante de la capital de Sajonia, y marchara sobre Leipsick con el suyo. Igual órden se comunicó al cuerpo de Colloredo y á la division de Bubna. Para la caida de la tarde se anunciaba el arribo de estos cincuenta mil hombres. Cincuenta mil por este lado y sesenta mil por el de Bernadotte, componian un refuerzo de ciento diez mil soldados, de los cuales fuera imprudentísimo privarse. De consiguiente no habia para que mostrarse avaros del tiempo que tan provechoso debia ser para los aliados y tan poco para los franceses, y nada se podia hacer mejor que dilatar un dia mas el ataque decisivo. Los soldados, que tan valerosamente lidiaron el dia 16, tomarian algun descanso el 17, y no aprovecharia este descanso á los soldados de Napoleon, harto inteligentes para no comprender el peligro cada vez mas creciente en torno de ellos, y á quienes mas debia afectar que reponer la prolongacion de una situacion semejante. Por estas razones, todas excelentes para nuestras desventuras, determinóse aplazar hasta el 18 la última batalla (1). La llegada de Mr. de Merfeld

(1) Los escritores decididos á no ver en los reveses de Napoleon otra cosa que la traicion de sus aliados ó la debilidad de sus lugartenientes, como si la traicion de los aliados y la debilidad de los lugartenientes no emanaron de faltas graves, han supuesto que los generales de la coalicion no querian pelear el 17 ni el 18, si bien se determinaron á ello la noche de este dia, al saber la proyecta-

por la tarde, sus relaciones minuciosas no conmovieron á nadie, y antes bien revelaron á todos la penuria que habia arrancado á Napoleon especies tan nuevas. No detenerse hasta el Rhin fué la resolucion general.

Aunque, no tomadas al Norte de Leipsick las determinaciones tan de concierto, no propendieron menos á igual designio. Acosado el príncipe de Suecia por los violentos cargos del ministro de Inglaterra, que tachaba su inaccion de perfidia; por las manifestaciones de sus diversos estados mayores, y especialmente por las instancias de los oficiales suecos, en quienes los campos de Leipsick dispertaban patrióticas memorias, acabó por emprender la marcha el 17 de octubre y por tomar posicion detrás de Blucher, á quien pidió una entrevista. Excusóla éste, sabiendo lo que el príncipe deseaba que hiciera, y determinado á no consentirlo. Se trataba de pasar atrevidamente el Partha, á fin de completar la embestida contra los franceses, y el que lo cruzara antes de dar al príncipe de Schwarzemberg la mano, podria muy bien sufrir un recio choque. Ahora bien, el príncipe de Suecia, en esta ocasion como junto al Mulda algunos dias antes, queria que Blucher ocupara el puesto mas peligroso. Cansado Blucher, no de peligros, sino de condescendencias respecto de un aliado, de cuya fidelidad se sospechaba tanto como de su energía, respondió que, agotadas por el combate del 16, sus tropas no estaban tan en disposicion de soportar una posicion árdua como las del ejército del Norte, y exigió que Bernadotte fuera á cruzar el Partha sobre la izquierda del ejército de Silesia, y arriesgarse en la llanura de Leipsick delante de Napoleon. Al mismo tiempo se entendió secretamente con los generales prusianos y rusos, que mandaban los diversos cuerpos del ejército del Norte, y les prometió pasar con ellos el Partha al dia siguiente, para pelear contra Napoleon á todo trance, pues Blucher estaba personalmente muy resuelto á tener participacion en la última lucha, pero queria forzar á Bernadotte á tomar una posicion de combate de donde le fuera imposible el retroceso (1). Así todo estaba dispuesto para que

da traicion de los sajones, en cuyo caso hubiera calculado Napoleon con exactitud infalible. Efectivamente, permaneciendo un dia mas en posicion, se retirara sano y salvo en aptitud de vencedor, y solo la traicion de los sajones pudo impedir que este cálculo se realizara. Semejante suposicion tiene tan poco fundamento como todas las demás de la misma clase. Mres. de Wolzogen y Cathcart, presentes en los cuarteles generales de los coaligados, nos han revelado el pormenor de las resoluciones de ellos, y hoy se sabe que estaba determinado el ataque para el 17, y que solo se aplazó hasta el 18 por la llegada de nuevos refuerzos. Además, si de antemano se conocia la traicion de los sajones, solo seria en el cuartel general de Bernadotte, donde la prepararon los sajones que allí tomaron refugio; pero se ignoraba por completo en el cuartel general de los tres soberanos. Estas invenciones, cuyo objeto no se dirige á probar el genio prodigioso de Napoleon, que nadie puede poner en duda, sino su infalibilidad, son, pues, contrarias á la verdad y carecen de todo fundamento.

(1) Citamos el pasage siguiente de Mr. de Wolzogen, donde se describe lo que acontecia en los estados mayores de Blucher y de Bernadotte. Las relaciones de Mr. de Muffling, testigo ocular, son aun de mayor bulto y mas amargas.

«Ya el príncipe Guillermo, hermano del rey de Pru-

Napoleon tuviera encima trescientos mil hombres. Efectivamente, los coaligados contaban de doscientos veinte á doscientos treinta mil el 17 de octubre: si habian perdido cuarenta mil en esta jornada, llegándoles cincuenta mil con Benningsen y sesenta mil con Bernadotte, su número total se debia aproximar á trescientos mil combatientes. Por lo que hace á Napoleon, que incluyendo á Reynier, tenia ciento noventa mil tan solo antes de la batalla del 16 de octubre, segun hemos dicho, no debia conservar mas de ciento sesenta ó ciento sesenta y cinco mil el 18, aun contando á los aliados poco seguros que estaban en sus filas.

Por lo demás, conociendo Napoleon esta situacion, abrazó á la caida de la tarde del 17 el partido de retirarse. Por desgracia, segun hemos dicho igualmente, no queria ejecutar una de aquellas retiradas nocturnas, que autoriza el arte de la guerra cuando hay necesidad de que un ejército se libre de un enemigo que le supera, sino una retirada á la luz del dia y á pasos lentos, de modo de

sia, habia decidido al príncipe vacilante á tomar parte formal en la batalla, y dispertado amistosamente su atencion sobre el punto de que la opinion de las tropas rusas y prusianas que militaban á sus órdenes le era muy desfavorable, y llegaban hasta el extremo de dudar de su valor personal, y de su leal voluntad de obrar eficazmente en interés de la causa comun de los aliados. Esta confidencia, así como las observaciones del general Aderkreutz, su gefe de estado mayor general, sobre que los suecos, lejos de quedarse á la espalda, querian sostener su antiguo renombre sobre los campos donde Gustavo Adolfo habia peleado tan gloriosamente, ejercieron una influencia decisiva sobre la resolucion de Cárlos Juan, segun se tiene por seguro.»

conservar una aptitud imponente, y de cruzar el largo desfiladero de Leipsick á Lindenau sin estorbo, desfiladero que consistia en una porcion de puentes echados sobre los brazos divididos del Pleisse y del Elster. Con efecto, ya estaba en pié á las dos de la madrugada, expidiendo sus órdenes que fueron las siguientes. Todos los cuerpos que habian peleado al Sur, esto es, Poniatowski, Augereau, Victor, Lauriston, Macdonald, la Guardia y el 1.°, 2.°, 4.° y 5.° de caballería, debian retroceder una legua é ir á formar en torno de Leipsick sobre la meseta de Probstheyda un círculo mas estrecho, y por consiguiente casi invencible. Si les seguia el enemigo, se le echarian encima y le arrollarian á lo lejos. Al Norte y al Este, Marmont, que despues del combate de Mockern, habia vuelto á pasar el Partha, se reconcentraria de Schonfeld á Sellerhausen. Ney, que con Reynier llegado la tarde del 17, formaba la prolongacion de la línea de Marmont, debia replegar su derecha á la espalda hasta que encontrase la izquierda de Marmont por entre la llanura de Leipsick, y cerrara así el círculo que iba á describir el ejército de los franceses. Entonces el enlace solo existente entre Ney y Macdonald por medio de la caballería, se estableceria con una línea continua de tropas de todas armas, ocupando las aldeas de Paunsdorf, Melckau, Holzhausen y Liebert-Wolkwitz. Desde este instante el círculo extendido á cinco ó seis leguas, se reduciria á dos á lo sumo y muy sólido por todas partes. Al Este y al Norte se debia retroceder como al Sur despacio, destrozar al enemigo que apretara mucho, é irá deslizarse por dentro de Leipsick á la calzada de Lindenau, en el caso de no ser per-

seguidos. Pero habia que abrirse esta calzada. Durante el dia 16 habia conservado Margaron la aldea de Lindenau, situada á la extremidad de los puentes del Pleisse y del Elster. Napoleon confió al general Bertrand el cuidado de cruzar por Lindenau, de desembocar en la llanura de Lutzen, de atropellar á todo enemigo que hallara al paso, y de penetrar asi hasta Weissenfels sobre el Saale. De refuerzo le dió la division francesa de Guilleminot, puesta antes á las órdenes de Reynier, en union de la division de Durutte, con el designio de colocar á los sajones entre dos divisiones francesas. El general Rogniat tuvo órden de marchar con los ingenieros de la Guardia, á fin de ir á echar nuevos puentes sobre el Saale por mas abajo de Weissenfels. Margaron y Dombrowski fueron encargados de la defensa de Leipsick, tocando lo interior al primero, y la parte de afuera hasta Schonfeld, donde se hallaba Marmont y donde empezaba por consiguiente la línea de Ney, al segundo. Como Margaron podia no ser bastante, privóse Napoleon de la division de la Jóven Guardia, mandada por Mortier, y la envió á Leipsick mismo. Los parques y los bagages inútiles recibieron la órden de emprender inmediatamente la marcha, para que ya hubiesen desfilado cuando las columnas del ejército llegaran á los puentes. Todo estaba en movimiento a las tres de la madrugada con un tiempo oscuro y lluvioso, y los cajones que se quemaban ó se hacian saltar por falta de tiros para llevarlos, añadian siniestros fulgores y mas siniestras detonaciones á esta retirada. Nada probaba mas de lleno que no se queria hacer una retirada clandestina, y que siempre nos quedaba en medio de la derrota el orgullo mal en-

tendido de la victoria, bien que la derrota no fuese del campo de batalla, mas si de la campaña, cosa por desgracia todavía mas grave.

Despues de expedir Napoleon sus órdenes, fué en persona al arrabal de Reudnitz al lado de Ney, para explicarle de viva voz sus designios (1). Entre otras instrucciones le dejó la de proveer á la seguridad del gran cuartel general, que se habia quedado atrás en el camino de Duben á Leipsick. Este gran cuartel general, que comprendia todas las administraciones, y el tesoro del ejército sobre todo, el parque de ingenieros, parte del parque general de artillería, el tren de puente, habia sido llevado hasta Eilenburgo, y habiendo querido seguir á Reynier luego, se lo impidió la presencia del enemigo. Napoleon le envió á decir que, si no podia incorporarse, se replegara sobre Torgau y se encerrara en esta plaza; triste recurso que no debia retardar su pérdida mas que algunos dias, á no ser que un armisticio llegara á salvar á las guarniciones de las plazas.

Expedidas estas órdenes, trasladóse Napoleon á Leipsick, donde comunicó sus miras a sus otros generales, y muy de mañana retornó á su bivaque, al centro de las filas de su ejército principal, que de muchos dias atrás no habia abandonado.

Grande impresion hizo al coronel de ingenieros Montfort, que reemplazaba al general Rogniat en-

(1) Con brevedad, si bien con exactitud, tenemos consignadas estas intenciones en una carta del mariscal Ney al general Reynier, fechada á las cinco de la mañana, y en la cual dice el mariscal que Napoleon habia ido á obrar y á mandar á su lado, esto es á Reudnitz, donde tenia su cuartel general.

viado á Weissenfels, la dificultad de hacer que desfilara todo el ejército por un solo puente de longitud inmensa, el que conduce de Leipsick á Lindenau. De consiguiente propuso al príncipe Berthier que mas arriba y mas abajo se echaran puentes accesorios para el paso de la infantería, á fin de reservar la calzada principal á la artillería, á la caballería y á los bagages. Ya fuese que Berthier, poseido aun de la pesadumbre que se tuvo en hablar á Napoleon de retirada, no se atreviese á hablarle de nuevo, ya, y esto es lo mas probable, que se atuviese á la costumbre inveterada de dejarlo á su prevision todo, rechazó al coronel diciendo que convenia saber ejecutar las órdenes del emperador, y no tener la presuncion de superarlas. Quizá se habia fijado tambien Napoleon en este caso, y no habia querido mandar cosa alguna que anunciase muy de antemano su retirada. Sea como quiera, se redujo de voluntad propia al solo puente de Lindenau, lo cual en ciertos casos podia ser de sumo peligro (1).

(1) Ningun incidente de esta campaña ha dado origen á mas debate que el de la existencia de un solo puente para operar la retirada de Leipsick. Los escritores, cuyo tema ordinario es que Napoleon no cometió ni una falta, ni una omision en toda su vida, pretenden que Napoleon previno á Berthier que se echaran muchos puentes por mas arriba y mas abajo de Lindenau, y que Berthier no cumplió esta órden tan importante, no descuidando las órdenes mas accesorias. Este nuevo aserto pudiera ser admitido, por inverosímil que sea suponiendo por Berthier, cansado, afligido, enfermo, como lo estaba entonces, olvidara las prescripciones de Napoleon. Pero contra esta hipótesis existe por desgracia el aserto del coronel Monfort, quien despues del suceso ha declarado que dirigió á Berthier las mas vivas instancias, para que le autorizara á echar puentes accesorios, cosa que debiera ser bastante para refrescar la memoria del mayor general si tenia necesidad de recuerdo. Verdad es que se pudiera acusar al coronel Monfort, sometido posteriormente á juicio por este lance, de haber inventado este aserto á fin de excusarse. Pero, además de la buena fé del coronel, que nadie que le haya conocido puede poner en duda, poseo de este aserto y de su exactitud otra prueba. El mismo dia del embarazosísimo paso del puente de Lindenau, esto es el 19 de octubre, hablando el coronel Monfort con el coronel de ingenieros Lamare enmedio de la muchedumbre que se agolpaba sobre el puente, le dijo con pena que el dia antes habia dirigido las mas vivas instancias á Berthier para que le autorizara á echar otros puentes, y que le habia respondido que era necesario aguardar las órdenes del emperador. Así en el instante mismo, y no teniendo el coronel Monfort que justificarse ante un consejo de guerra, y sin que aun le pudiera ocurrir tal cosa, reproducia el hecho con una sinceridad y una espontaneidad evidentes. De consiguiente no cabe poner el tal hecho en duda. ¿Y cómo suponer ahora que, teniendo Berthier órdenes de Napoleon, no las hu-

Apenas volvió Napoleon á Probstheyda, donde habia tenido su bivaque, desde lo alto de una cumbre en que se hallaba situado, divisó tres grandes columnas, mas fuertes hoy que el dia antes, marchando concéntricamente sobre su nueva línea de batalla. Hácia nuestra derecha y apoyándose, no ya en Mark-Kleeberg, sino algo mas á la espalda en Dolitz, era el príncipe de Hesse-Homburgo, que con los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf, con la caballería de reserva de Nostitz, con el cuerpo de Colloredo y la division ligera de Aloys-Lichtenstein, avanzaba contra Poniatowski y Augereau. En el centro eran Kleist y Wittgenstein, juntos hoy en una sola columna de ataque, y seguidos de las guardias prusiana y rusa, que marchaban desde

Wachau y Liebert-Wolkwitz sobre Probstheyda, donde se hallaban Victor y la Guardia. Finalmente á la izquierda eran Klenau, Benningsen y Bubna, que desde el bosque de la Universidad y Seyfertshayn se dirigian sobre Zeickelhausen y Holzhausen contra Macdonald. Plegando su derecha en torno de nuestra línea esta última columna, iba por entre la llanura de Leipsick á amenazar la posicion de Ney, si bien con circunspeccion suma, dado que, para empeñarse, aguardaba á que Bernadotte hubiese pasado el Partha. Estas tres columnas podrian constar de cincuenta y cinco á sesenta mil hombres cada una, excepto la de Benningsen que se aproximaba á setenta mil soldados. Para hacer frente á estos ciento ochenta mil combatientes, Napoleon tenia, como el dia antes, á Poniatowski, Augereau, Victor, Lauriston, Macdonald, la Guardia,

biese ejecutado? Esta inverosimilitud pasa de raya, pues se necesitara que el mayor general pecase de estúpido y de traidor; y consta que este antiguo camarada de Napoleon, bien que fatigado, se mostraba tan adicto como hábil. No hay pues mas que una suposicion posible, y es la de que, no habiendo pensado Napoleon en ello, ó lo que es mas probable, queriendo hacer una retirada á su antojo, por decirlo de esta manera, sin apretar el paso, creyó el puente de Lindenau suficiente. Tambien queria sin duda evitar que los preparativos indicantes de una retirada precipitada afectasen la moral de los soldados. De todos modos esta es la única suposicion que no ofende al buen sentido. Verdad es que en este caso habria que convenir en que Napoleon cometió un yerro. Pero por lo á que nosotros hace, aun mirándole como uno de los genios mas eminentes de la humanidad, pedimos licencia, no á sus admiradores, entre cuyo número nos contamos, sino á sus adoradores, á los cuales no pertenecemos, para creer que en el curso de su vida le aconteció engañarse.

los cuerpos 1.º, 2.º, 4.º y 5.º de caballería, presentando á la sazon una masa total que excedia algo de ochenta mil hombres En el angulo formado por el Elster y el Pleisse habian dejado los coaligados el cuerpo de Merfeld, y mas alla del Elster hácia Lindenau á Giulay, reuniendo entre los dos mas de veinte y cinco mil hombres. Finalmente Bernadotte y Blucher contaban cien mil entre ambos. Para oponérseles tenia Ney á Marmont reducido á doce ó trece mil hombres, á Reynier á igual número poco mas ó menos, á Souham a catorce mil á lo sumo. Margaron no juntaba mas de doce mil con el duque de Padua y Dombrowski. Por consiguiente eran ciento treinta mil contra trescientos mil entre todos. Bertrand estaba en camino por Weissenfels con diez y ocho mil hombres. Mortier le apoyaba con dos divisiones de la Jóven Guardia.

Al retirarse todas las columnas de Napoleon dejaron fuertes retaguardias esparcidas en tiradores, que disputaban el terreno palmo á palmo, y no lo cedian sino despues de causar grandes pérdidas al enemigo. Detrás de Wachau y de Liebert-Wolkwitz en el corral de Meusdorf situado delante de Probstheyda, no se retiraron sin cubrir la tierra de cadáveres prusianos y rusos. En Zuckelhausen y en Holzhausen, donde se hallaba el cuerpo de Macdonald, se hizo cara á la division prusiana de Zeithen y á los austriacos de Klenau, y se les mató mucha gente antes de retroceder sobre Stotteritz. Una vez tomada esta ultima posicion por Macdonald, nuestra nueva línea de batalla era la siguiente. Desde las orillas del Pleisse, esto es, desde Dolitz á Probstheyda, formaba una línea continua, se doblaba en ángulo recto hácia Probstheyda, se remon-

taba al Norte hasta las márgenes del Partha por Stotteritz, Melckau y Scholfen, donde se encontraban Macdonald, Reynier y Marmont.

Por tanto Probstheyda era el ángulo saliente que debia tomar el enemigo, y donde Napoleon estaba determinado á hacerse firme con pertinacia. Además de Victor, que guardaba á Probstheyda, tenia detrás á Lauriston, que se enlazaba á Macdonald, á la Guardia y á la caballería. Hasta el momento en que llegaron á la línea de las posiciones, que Napoleon queria conservar, los coaligados no encontraron mas que retaguardias que disputaban el terreno, si bien concluian por abandonarlo. Llegados delante de Dolitz, de Probstheyda, de Stotteritz, encontraron líneas inmóviles, imponentes y segun todas las apariencias muy poco inclinadas á ceder el puesto. Sin embargo, probaron á ahuyentarlas con cierta especie de energía desesperada.

La columna del príncipe de Hesse-Homburgo se echo sobre Dolitz, lo tomó, lo perdió, lo recuperó y lo perdió de nuevo. Este punto lo defendian Poniatowski y Augereau muy agotados, y sin contar mas de diez mil hombres entre uno y otro. Gravemente herido salió el príncipe de Hesse-Homburgo, y reemplazóle al punto el general Bianchi. A pesar de todo nos vimos forzados á ceder algun terreno y á irnos á situar en Connewitz detrás de una línea de agua, alternativamente estancada y corriente, que desde Probstheyda iba á Connewitz á lanzarse en el Pleisse. Antes de que se retirara nuestra caballería ejecutó allí soberbias cargas, rechazó muchas veces la de los austriacos, y luego se replegó con la infantería detrás del riachuelo citado. Ya en Connewitz se establecieron Poniatowski y Augereau in-

venciblemente. Oudinot con las dos divisiones restantes de la Jóven Guardia, pues se ha visto que las otras dos estaban en Leipsick á las órdenes de Mortier, se apostó detrás del riachuelo entre Connewitz y Probstheyda, con la caballería alineada en los huecos dejados por la infantería. Parte de la artillería de la Guardia se puso en batería, y abrasó con sus fuegos á las masas contrarias. Muchas veces probaron los austriacos á superar el obstáculo este, y siempre se les hizo morir al pie de la posicion. El cuerpo de Merfeld, mandado por Séderer y situado al otro lado del Pleisse, sobre el terreno bajo y lleno de matorrales que cruzan el Pleisse y el Elster en todas direcciones, renovaba los ataques de la antevíspera contra nuestra izquierda, con intencion de rebasarla. No pudieron enviarnos mas que balas de cañon que se le devolvieron con usura.

Medio dia era y retumbaba el cañon hácia el Norte, claro anuncio de que Blucher y Bernadotte entraban en accion, con lo cual se daban á la vez tres batallas. Casi se puede decir que estaba empeñada otra, porque sobre nuestra derecha, mas allá del Pleisse y del Elster y en la llanura de Lutzen, se oia el cañon de Bertrand al habérselas con Giulay para abrirse camino por Weissenfels. Esta espantosa extension de matanza no alteraba mas el semblante de Napoleon que el corazon de nuestros soldados, exaltados por decirlo asi ante esta solemnidad de una batalla sin par en la historia, porque hacia tres dias que en las llanuras de Leipsick se disputaban quinientos mil hombres el imperio del mundo. Nunca se habia visto semejante número de hombres sobre un mismo campo de batalla

Para el príncipe de Schwarzemberg fué el cañon de Blucher y de Bernadotte la señal de un ataque furioso contra el punto decisivo de Probstheyda. Ya Kleist y Wittgenstein, formando la columna del centro, habian avanzado, Kleist con las tres divisiones prusianas de Klux, Pirch y el príncipe Augusto, Wittgenstein con las dos divisiones rusas del príncipe Eugenio de Wurtemberg y de Gortschakoff, seguidos de las reservas. Llegados delante de la posicion, los prusianos, que siempre disputaban la cabeza de los ataques, por la razon muy honrosa para ellos de tratarse en esta lucha terrible de la emancipacion de Alemania, se arrojan á paso de carga sobre Probstheyda antes que todos. Alineado Drouot delante de Probstheyda, los aguarda con la caballería de la Guardia, y Victor con su infantería. Se necesitaba trepar un terreno inclinado en forma de glasis. Drouot los deja llegar á este declive, luego los cubre de metralla y los precipita confusamente unos sobre otros. No obstante, animados de una verdadera rabia patriótica, se vuelven á poner en línea, segunda vez marchan contra Probstheyda, y logran penetrar en su recinto. Pero con sus diezmadas divisiones, los carga Victor á la bayoneta, y los contiene. Despues de haberlos atajado, los empuja y nuestra artillería los ametralla de nuevo. Maltratadas horriblemente las tres divisiones prusianas, van á rehacerse á alguna distancia, debajo del glasis sobre el cual se alza Probstheyda. Napoleon hace avanzar á Lauriston, y bajo una granizada de balas de cañon alinea personalmente por detrás en muy espesas columnas a las dos divisiones de la Vieja Guardia, de Curial y Friant, única reserva que le queda. Estos

granaderos excelentes, con sus enormes gorras de pelo, inmóviles entre las balas, son puestos como dos arbotantes poderosos detrás de Lauriston y de Victor. Se espera un nuevo ataque, y todos se prometen recibirle como el pasado.

Con efecto, habiendo tomado aliento un instante, y estrechado sus filas las tres divisiones prusianas, se les incorporan las divisiones rusas de Wittgenstein y avanzan á impulsos de un mismo movimiento, siempre abrumadas por la metralla de Druot. Juntas se arrojan sobre Probstheyda, lo envuelven y se meten dentro, y al parecer deben ahora señorearlo. Pero Victor, á pesar de estar agotadas sus tropas, Lauriston con las suyas reducidas en dos terceras partes de resultas de la batalla del 16 de octubre, caen sobre los rusos y los prusianos á la bayoneta, pelean cuerpo á cuerpo, y merced á un esfuerzo supremo, arrollan fuera de la aldea a los asaltadores, y los acosan en el declive del terreno, donde, aprovechándose de esta nueva ocasion nuestra artillería, los cubre otra vez de metralla.

Mientras se resiste asi de frente, otro enemigo se presenta por la izquierda, y es la division prusiana de Zeithen, que, habiendo hecho con los austriacos de Klenau una tentativa infructuosa sobre Stotteritz, declina sobre Probstheyda. Pero parte de la artillería de Drouot, establecida sobre el lado izquierdo de la aldea, la recibe de flanco y la rechaza solo con el fuego de sus cañones.

Teniendo despues de tales tentativas mas de doce mil hombres fuera de combate, no podia lisonjearse el príncipe de Schwarzemberg de señorear una posicion que hacia inexpugnable el va-

lor de nuestros soldados. Decidióse como la antevíspera á obrar contra el ejército francés por via de estrechamiento sucesivo. Se habia estrechado a Napoleon sobre Leipsick el 16 de octubre, y forzósele el 18 á retirarse una legua mas á la espalda. Se acabaria el 19 por arrinconarle en Leipsick mismo, alargando á Blucher y á Bernadotte la mano. Desde entonces resolvió el príncipe generalísimo emplear por su parte la jornada en un combate de artillería, y para sostenerlo con menos desventaja, retrocedió algunos centenares de pasos hácia un terreno elevado ligeramente, y cuya elevacion daba cara á la de Probstheyda. Allí frente por frente de los franceses, se puso á cruzar con ellos uno de los cañoneos mas espantosos que se hayan oido nunca.

Durante este tiempo, Benningsen, opuesto á nuestra izquierda, que desde Probstheyda se remontaba á Leipsick hácia el Norte, probó á acometer á Melckau, si bien menos atrevidamente que Schwarzemberg, porque esperaba á Bernadotte y á Blucher antes de empeñarse formalmente. En cuanto á estos, véase lo que les pasaba.

Tras de negarse Blucher á una entrevista con Bernadotte, acabó por acceder á ella á las ocho de la mañana, y convinieron en pasar el Partha; pero no lo consintió Bernadotte sino á condicion de que Blucher le prestaria treinta mil hombres, y este otorgólo, poniéndose á la cabeza de este número de soldados que eran los que Langeron mandaba. Efectivamente, mientras Sacken y York, establecidos al otro lado del Partha, y al Norte de Leipsick del todo, cruzaban con Margaron y Dombrowski balas de artillería, Blucher paso el Partha

mas cerca, esto es, por Neutzsch, y trasladándose luego al Este de Leipsick, bajó sobre Stolfen, donde la segunda division de Marmont se hallaba establecida. Marmont con sus otras dos divisiones, Ney con Souham y con Reynier operaron una conversion hácia la espalda para ir por Sellerhausen á enlazar su derecha con Macdonald, que se hallaba en Stotteritz. Por lo que hace á Bernadotte, ejecutando un largo rodeo para cruzar el Partha lo mas lejos posible de los franceses, fué á pasarlo por Taucha, y con los prusianos á la cabeza, avanzó hácia el frente de Reynier por Heiterblick. Tales fueron los movimientos de unos y otros en el curso de la mañana, durante el terrible combate de Probstheyda.

Delante de Sellerhausen, donde se encontraba Reynier, habia una aldea formando punta saliente en la llanura y bastante dominante, la de Paunsdorf, que Ney hubiera deseado ocupar, porque desde este punto se podia interponer entre el ejército de Bohemia y del Norte, y aun quizá impedir que se incorporaran uno á otro. Reynier no participaba de este dictámen por un motivo muy prudente. Desconfiaba de los sajones, que no cesaban de murmurar y de amenazar con desertarse. Encajonados hasta ahora entre las dos divisiones francesas de Guilleminot y de Durutte, habian permanecido fieles; pero desde la partida de Guilleminot solo estaban flanqueados por un lado, y Reynier rehusaba empujarlos hácia adelante para exponerlos á la tentacion de abandonarnos. Mas atrevido Ney los hizo avanzar en columna hacia Paunsdorf, cuidando de colocar detrás de ellos á la division de Durutte para apoyarlos y contenerlos. Pero no bien

divisaron las insignias de Bernadotte, con cuyo estado mayor se hallaban en comunicaciones secretas, por un homenage, que no era el de la fidelidad á la fidelidad, marcharon de súbito hácia sus filas. Desertó la caballería la primera, y la siguió la infantería. El mariscal Marmont, situado á su izquierda, creyó que se dejaban arrebatar por demasiado ardimiento, y corrió detrás de ellos; pero se desengañó muy pronto, y ¡oh traicion indignal tan luego como se hallaron á algunos pasos de nuestra línea de batalla, volvieron sus cañones contra nosotros, disparando á la division de Durutte, con la cual estaban sirviendo ya hacia dos años. Sin duda Napoleon habia violentado sus sentimientos, encadenado sus corazones y sus brazos á una causa que no amaban de ningun modo; derecho les asistia para abandonarnos, pero no sobre el campo de batalla; y por lo demás, si Dios nos castigaba en este momento por haber pesado excesivamente sobre la Europa, muy pronto les preparaba á ellos un terrible y justo castigo, el del fraccionamiento de su patria.

Ney acudió á la vista de este espectáculo para auxiliar á la division de Durutte, que asaltada de repente por el cuerpo de Bulow, se esforzaba por mantenerse firme con trabajo. Cinco mil hombres lucharon contra veinte mil durante mas de una hora, y lucharon heróicamente. No obstante, hubo que ceder y que replegarse hácia Sellerhausen. Ney les llevó la division de Delmás para impedir que fueran agobiados en su movimiento retrógrado. Delmás, el veterano de la república, murió noblemente al ir con su division en socorro de Durutte. Mientras á la derecha de Ney peleaban Durutte y Delmás entre Paunsdorf y Sellerhausen, Marmont á la izquierda sostenia en la hermosa aldea de Schonfeld un combate furioso. Schonfeld era el punto esencial donde, remontándose nuestra línea al Norte, se iba á apoyar en el Partha, y era el punto que Blucher queria tomar con los soldados de Langeron. En el espacio de algunas horas la division de Lagrange perdió esta aldea y la recupero hasta siete veces. Por último, iba á sucumbir cuando Ney llego a reforzarle con una de las divisiones de Souham, la de Ricard. Por última vez recupero á Schonfeld. Entre este punto y Sellerhausen Marmont con las divisiones de Compans y de Friederichs formadas en cuadro, resistia á todos los asaltos de la caballeria prusiana y rusa. Pero veinte y ocho mil hombres no podian luchar contra noventa mil largo tiempo, y cediéronse Schonfeld y Sellerhausen para aproximarse á Leipsick, con el temor de ver á Bernadotte y á Bubna, ya reunidos en la llanura de Leipsick, penetrar por la brecha que habia abierto en nuestra línea la defeccion de los sajones.

Por fortuna llegaba al galope un refuerzo considerable de caballeria y de artilleria. Era Nansouty con la caballería y la artillería de la Guardia que acudia guiado por el emperador en persona. Resonando hasta en el cuartel general el ruido de la defeccion de los sajones, sublevó los corazones de todos, y dejando Napoleon á Murat en Probstheyda, para que le reemplazara en la batalla del Sur, convertida ya en cañoneo, fué á toda prisa á reparar esta imprevista desventura que ponia colmo á nuestras calamidades.

Al verlo por un lado Bulow y por otro Bubna,

ya prontos á darse la mano, formaron cada uno gancho á la espalda, para presentar un flanco á la caballería de Nansouty. Este les cargó de muerte, ora á la derecha, ora á la izquierda, sin poder trastornar su espesa masa. Pero atajó sus progresos, y allí, como en los tres frentes de este inmenso campo de batalla, desde Leipsick hasta Schonfeld, hácia el Norte, desde Schonfeld hasta Probstheyda hácia el Este, desde Probstheyda hasta Connewitz, un cañoneo de dos mil bocas de fuego puso término a esta batalla, justamente llamada *de Gigantes*, y hasta ahora la mayor sin duda de todos los siglos.

Mientras se vieron unos á otros, disparóse con cierta especie de furia, bien que sin esperanza por parte de los coaligados de hacer abandonar á los franceses la línea en que se habian establecido. Nuestros soldados permanecieron inmobles, como fijos en límites que no podia traspasar ningun poder humano. De admiracion estaban poseidos los corazones de sus mismos contrarios á pesar de lo sañudos, y sañudos con razon, pues se trataba de emancipar su patria. Mentiria la historia si quisiera afirmar puntualmente lo que costo esta batalla. Solo se puede calcular con arreglo a los hombres que se hallaron útiles á los dias siguientes en los ejércitos beligerantes. Cerca de veinte mil hombres por nuestra parte y treinta mil por la de los coaligados, expuestos á fuegos dominantes y bien dirigidos, fueron el número de víctimas de esta tercera jornada Asi en tres dias cayeron bajo el fuego mas de cuarenta mil franceses y mas de sesenta mil alemanes y rusos. ¡Ah, digámoslo muy alto ante tan horrible matanza, la guerra, cuando

no es absolutamente necesaria, no es otra cosa que una criminal locura.

Por gloriosa que fuese la resistencia de nuestro ejército no le quedaba mas arbitrio que el de retirarse acto continuo despues de tan horrorosa jornada, y mas valiera de seguro levantar el campo el 17 por la noche, que arriesgar la terrible batalla del 18, para conservar algunas horas mas una aptitud victoriosa. No por esto urgia menos retirarse hoy lo mas pronto posible, á riesgo de sufrir pérdidas enormes al cruzar una ciudad como Leipsick con un ejército que, despues de haber sido inmenso en personal y en material, lo era en material todavía, y no tenia para libertar lo que le quedaba mas que un solo puente, el de Lindenau, de media legua de largo, abarcando bosques, pantanos, y muchos brazos de rios.

Aunque sufriendo Napoleon cruelmente en el fondo del alma, ocultando sus padecimientos bajo la impasible altaneria de su semblante, abandonó su puesto de Probstheyda por la tarde, y dirigióse á Leipsick á fin de disponerlo todo para una retirada inmediata. Tras de rehusar veinte y cuatro horas antes el amparo de las sombras de la noche, necesitaba aceptarlo ahora, y sustraer al enemigo lo mas posible de nuestros embarazos antes del ataque fácil de prever para el dia siguiente. Napoleon bajó á una simple hosteria situada en el centro de la ciudad, y allí expidió sus órdenes todas. Prescribió á los estados mayores de los diversos cuerpos que desfilaran toda la noche con el material, los heridos que pudieran ser trasladados, la artillería que se habia conservado entera, excepto solo veinte piezas que de resultas de una explosion

se perdieron en el combate de Mockern. Ordenó que los cuerpos de ejército se retiraran seguidamente unos detrás de otros, llevando á la cabeza á la Guardia, dos de cuyas divisiones habian pasado ya á las órdenes del general Bertrand. Cruzado el puente, debia formar la Guardia en batalla sobre la meseta de Lindenau que domina el Elster, y presentar así al enemigo una retaguardia invencible. Como era probable que, al ver los coaligados nuestra partida, quisieran arrojarse sobre nosotros, á fin de añadir á nuestro paso por medio de Leipsick todas las dificultades de una sangrienta lucha, prescribió al 7.° cuerpo del general Reynier, compuesto á la sazon de la única division de Durutte, que disputara el arrabal de Halle al Norte de la ciudad. Le debia ayudar la division de Dombrowski en tan peligrosa tarea. Marmont con las reliquias de su 6.° cuerpo y una division del 3.° de Souham, debia defender el Este de la ciudad, donde iban á apretarse Blucher y Bernadotte. Finalmente, Macdonald, cuyo cuerpo habia sufrido menos que los otros el dia 18, enlazándose con Marmont por su izquierda y en union de Lauriston y de Poniatowski, debia proteger el lado del Sur contra el grande ejército de Bohemia. Mientras la Guardia, toda la caballería y los restos de Victor, de Augereau y de Ney levantaban el campo, tenian encargo estos cuerpos de disputar los arrabales á todo trance, de barrear como pudieran sus calles, y de desfilar despues ellos mismos por una ancha rambla guarnecida de árboles que rodeaba á la ciudad y la separaba de los arrabales. Replegándose unos tras otros por esta via, tres ó cuatro veces mas ancha que una calle, debian seguir por el lado

de Poniente, ganar el puente de Lindenau y cruzar sucesivamente el Pleisse y el Elster. Llamado el coronel Monfort al lado de Berthier, no para el establecimiento de puentes accesorios, pues ya no era tiempo de pensar en tal cosa, sino para ciertas precauciones de seguridad, recibió órden de disponer una mina debajo del arco mas próximo á la ciudad, para hacerlo saltar en el momento en que el último cuerpo francés lo hubiera pasado; órden muy fácil de dar, pero sujeta en la ejecucion á sabe Dios cuantos riesgos. ¿Seria bastante largo el combate de los arrabales para dar lugar á que desfilasen los hombres y las cosas? ¿Y tendrian tiempo de retirarse á su turno y de librarse de manos del enemigo los cuerpos encargados de sostener aquel combate? ¿No era finalmente de temer que, penetrando los coaligados por algunos puntos, llegaran al puente antes que los últimos cuerpos franceses? ¿Cómo contener en este caso la persecucion de los unos sin impedir tambien la retirada de los otros? Napoleon no experimentó zozobra por ninguna de estas cuestiones, y no podia experimentarla tampoco, pues en la extremidad á que habia llevado las cosas, solamente el acaso debia decidir de las consecuencias. Por otra parte, aun absorbido al parecer en expedir órdenes, se ocupaba asimismo en penetrar con siniestra mirada en las sombrías profundidades de lo venidero, donde ya podia ver no solo batallas perdidas, sino imperios desmoronados, y su misma persona precipitada con las ruinas en un abismo.

A estas instrucciones para la retirada de Leipsick añadió otras destinadas á los cuerpos dejados junto al Elba, y reducidas á capitular todos, si no

les volvia á abrir las puertas de Francia, cerradas entonces, un milagro de energía y de presencia de ánimo que los juntara al mariscal Davout sobre el bajo Elba. Al gran cuartel general, del que permaneció separado, le previno que se encaminara á Torgau con los parques. Despachó emisarios á Dresde, á Torgau, á Wittenberg, para indicar un medio de salvacion, consistente en que el mariscal Saint-Cir, que aun mandaba treinta mil hombres, y que, de no perder tiempo, se hallaba en disposicion de arrollar cuanto hallara al paso, saliera de Dresde y se dirigiera á Torgau, de allí á Wittenberg y de allí á Magdeburgo, y allegando sucesivamente las guarniciones todas, se fuera á incorporar á Davout con setenta mil hombres. Contando cien mil entre ambos, aun podian salvar á algunas guarniciones del Oder y tornar de seguida á Francia por Wesel a la cabeza de ciento veinte mil soldados. ¡Pero qué de milagros se tenian que operar para que tal órden llegara, se pusiera por obra y saliera á medida del deseo! ¡Apenas se hubiera podido esperar semejante milagro de soldados y de oficiales que tuvieran el ímpetu y la confianza de la victoria! ¡Y en este caso, qué de miles de heridos, cuarenta mil quiza y no menos entregados á la barbarie de un vencedor cegado por cierta especie de fanatismo patriótico hasta el extremo de inducirle á creer que el patriotismo dispensa de mostrarse humano!

Toda la noche del 18 al 19 duró el desfile de los diversos cuerpos, y fué especialmente retardado por el paso de la artillería, que era muy numerosa y habia conservado valerosamente sus piezas. Casi todos los infelices heridos de la jornada del 18 eran sacrificados de antemano, siendo absoluta la imposibilidad de llevarlos consigo. Pero hubo tiempo de juntar algunos de los de la jornada del 16, y seguian detrás sobre carros pequeños que se pudieron haber á la mano. Esta serie de cañones, de arcas, de carros con heridos, formaba un hacinamiento enorme y retardaba sobremanera el desfile de las columnas. Pretendiendo pasar tan luego como llegaba y pisando á menudo á la muchedumbre inerme que obstruia los puentes, aumentaba el tumulto la Guardia, que se habia batido denodadamente, pero que tenia el espíritu de dominacion de los cuerpos de preferencia, y asi provocaba gritos de odio en su contra. El triste orgullo de llevarse cinco ó seis mil prisioneros, cogidos en Dresde unos y en Leipsick otros, ocasionó un nuevo embarazo, pues ocuparon el puesto de idéntico número de soldados útiles ó de heridos. Cuando asomó el dia, se hizo aun mayor la afluencia, porque todos pensaban en la fuga despues de tomar algunas horas de reposo, y se apresuraban á ganar el tiempo consumido en el sueño. Esfuerzos inauditos se hacian para entrar en aquel angosto torrente que corria hácia Lindenau y que en ciertos momentos acababa por detenerse, como se detienen por falta de espacio los témpanos de nieve que arrastra un rio próximo á helarse. Cada tropa nueva que se queria meter entre aquella apiñada muchedumbre, daba márgen á resistencias, á gritos y á verdaderos combates. Añádase á este lúgubre espectáculo el estampido de mil bocas de fuego, que volvieron á empezar á tronar desde por la mañana, y apenas se tendrá exacta idea de nuestra horrible partida de Alemania.

Desde que comenzó á alumbrar el dia, se fué á despedir Napoleon de la familia real de Sajonia. ¡Un momento habia realizado el sueño de sus mayores dándole la corona de Polonia, pero á este precio le habia perdido, contra su voluntad sin embargo, como se habia perdido á sí propio! ¡Y para colmo de miseria, de la gloria, cosa única para él imperecedera, nada dejaba á esta infeliz familia, al par que dejaba parte de honor inmortal á los polacos, á quienes tambien habia perdido! Con efecto, la honrada y tímida córte de Sajonia habia pasado los diez últimos años al pié de los altares, asi como otros los pasaron sobre los campos de batalla. Nopoleon tenia que sufrir grandes cargos del anciano monarca, y por su parte podia hallar materia de cargos no menos graves de resultas de la conducta observada la víspera por los soldados sajones, pero tenia demasiado orgullo para emplear de este modo los cortos instantes que podia dedicar á su aliado. Le manifestó su sentimiento de entregarle asi á toda la ira de la coalicion sin defensa; le comprometió á tratar con ella, á separarse de Francia, y le afirmó que en ningun tiempo le ocurriria quejarse de tal conducta. Irguiendo con arrogancia su rostro grave, mas no abatido, le expresó la esperanza de volver formidable detrás del Rhin muy pronto, y prometiole no estipular paz alguna en que fuese sacrificada Sajonia. Despues de recíprocos abrazos, dejó á aquella buena é infeliz familia, espantada al verle permanecer tan tarde enmedio de los peligros que le amenazaban por todos lados.

Ya fuera de la mansion del monarca, en vano trató Napoleon de abrirse paso por entre las calles

de Leipsick. Se vió obligado á ir á la ronda por un rodeo, y á seguir hasta el puente, donde la apretura cedió ante su persona, pues, aunque ya empezara á inspirar sentimientos amargos, todavía eran completas la admiracion, la fé en su genio y la obediencia. Cruzó los puentes y se encaminó á Lindenau, para esperar al otro lado del Pleisse y del Elster á que el ejército desfilara ante sus ojos.

Durante este tiempo trabóse en torno de Leipsick un nuevo combate. Los soberanos y los generales coaligados no podian creer en su fortuna, porque era la primera victoria que hubiesen alcanzado sobre Napoleon desde principios del siglo, y aun no era victoria la que les acababa de costar tanta sangre y tantas angustias, sino una serie de acciones violentas, cuyo carácter solo iba á decidir la postrera. Este cuarto dia esperaban un conflicto espantoso, cuyos horrores estaban resueltos á sobrellevar como verdaderos mártires de su causa. ¡Pero cuales no fueron su sorpresa y su alegría, cuando, disipada la niebla de otoño entre ocho y nueve de la mañana, divisaron al ejército francés, apretándose sucesivamente en torno de Leipsick, y deslizándose por entre el interminable puente de Lindenau á las llanuras de Lutzen! Dieron gracias al cielo de un resultado que apenas se habian atrevido á esperar, y al punto ordenaron á sus soldados que se arrojaran sobre el recinto de Leipsick, para procurar que fuera mas árdua y mortífera la retirada de los franceses. Marchando cada cual en el órden del dia antes, la columna del príncipe de Hesse-Homburgo, que formaba la izquierda de los coaligados, persiguió á Poniatowski por el arrabal correspondiente á la puerta de Peters-Thor. La co-

lumna del centro, de Kleist y Wittgenstein, se presentó delante del arrabal mismo, pero en una barrera situada algo mas á la derecha, la de Windmuhlen. La columna de la derecha, de Klenau y Benningsen, se presentó en la barrera del Hospital, que va á parar á la antigua puerta de Grimma. Bulow, del cuerpo de Bernadotte, se dirigió sobre el arrabal situado entre las puertas de Grimma y de Halle, y se encargó al general York, que habia descansado el dia antes, trasladarse por el Norte á las orillas del Elster y del Pleisse, para contrariar lo mas posible el desfile de nuestras columnas. Pero donde quiera encontraron una resistencia tenaz los coaligados. Nuestros soldados irritaronse á su vez tanto como sus enemigos, y les humillaba tanto la pretension de batirlos como á los alemanes nuestra pretension de dominarlos. Orgullosos de su conducta en estas jornadas, se hallaban bajo el peso del infortunio, no de la derrota, y estaban decididos á hacer pagar á caro precio su retirada ó su vida. Al Norte y al Este de Leipsick, en el arrabal de Halle, los restos de los cuerpos 3.°, 6.° y 7.° repelieron vigorosamente á las tropas de Sacken y de Langeron. Apostados estos valientes en un vasto edificio mataron á dos ó tres mil hombres antes de evacuarlo y aun hicieron una espantosa carnicería algunas compañías ligeras del 6.° cuerpo, cayendo sobre las tropas que atacaban el edificio. Marmont con una division del tercer cuerpo y otra del 6.° defendió contra Bulow el frente del Este, y habiendo penetrado en la ciudad algunos cabezas de columnas, lanzó sobre ellas el regimiento 142.° de línea y el 23.° de ligeros, que las destrozaron casi del todo. Macdonald, Lauriston, Poniatowski, con

sus tropas exasperadas, recibieron de igual manera las columnas enemigas que se presentaban delante de los arrabales del Sur. Donde quiera fué cruelmente castigada la impaciencia de los vencedores, y con pocas pérdidas hicimos experimentar estragos inmensos á los coaligados. Sin embargo, habia que renunciar á sostener por largo tiempo este combate, no por la impotencia de resistir, sino por la de concertar nuestros movimientos. En la imposibilidad de comunicarse de una calle á otra, y de distinguir la direccion de los fuegos enmedio de un cañoneo horroroso, que abarcaba á la ciudad por sus cuatro frentes, no se sabia si por todas partes era igualmente feliz la resistencia, y si manteniéndose por mas tiempo, se corria el peligro de que tomara la delantera el enemigo victorioso. Aumentaban la confusion algunos sajones y badeses, que se habian quedado dentro de la ciudad y disparaban sobre nuestros soldados en retirada. En las filas de Marmont, esto es, hácia el Este, creyóse que del lado de Lauriston y de Macdonald, esto es, hácia el Sur, habia sido forzada la línea de los arrabales: á ambos lados creyóse lo mismo respecto del Norte donde peleaban Reynier y Dombrowski. Con este recelo se pusieron casi simultáneamente en retirada, desembocando sobre la ronda que separaba los arrabales de la ciudad. Entonces la apretura fué allí tan grande como en el puente. A todas las calles de los arrabales llegaban columnas que se replegaban combatiendo y que acrecentaban el hacinamiento hasta el punto de que ni los enemigos se pudieran abrir paso á la bayoneta. Obligado Marmont á retirarse á su turno no logró sin enorme trabajo penetrar entre la apiñada muchedumbre

que henchia la ronda. Por su fortuna, habiéndole reconocido algunos oficiales de su cuerpo, cogieron la brida de su caballo, y abriéndole camino á cuchilladas le introdujeron en aquel espeso torrente que corria con lentitud hácia los puentes.

A este punto se llegaba de la espantosa evacuacion de Leipsick, cuando sobrevino una catástrofe horrible, fácil de prever de sobra, y que excitó á la desesperacion á los que por la salvacion comun se sacrificaban a la defensa de los arrabales de Leipsick. A la columna de ingenieros de Monfort se le habia mandado que minara el primer arco de aquel puente contínuo, que tan pronto es puente como una elevacion de terreno, y abarca los numerosos brazos del Pleisse y del Elster, segun hemos dicho. Este arco se hallaba situado á la extremidad de Leipsick correspondiente á Lindenau y construido sobre el principal brazo del Elster. Minádolo habia el coronel Monfort, apostando allí algunos zapadores al mando de un cabo de escuadra, los cuales aguardaban la señal con la mecha en la mano. Pero su perplegidad era grande, pues del lado del arrabal de Halle, y por entre los bosques que cubren esta parte de las afueras de la ciudad, se oia cada vez mas cerca el fuego de la fusileria. De un instante á otro se esperaba ver desembocar al enemigo confundido en tropel con nuestros soldados, y se ignoraba si mas allá quedaban aun tropas francesas empeñadas en el combate. Asi el coronel Monfort preguntaba á cuantos iban llegando, si aun habia muchos cuerpos á la espalda, en qué órden se sucedian unos á otros, cuál seria el postrero, y no sabiendo apenas cada uno lo que inmediatamente pasaba á sus ojos, nadie era capaz de responderle. En este

apuró ideó el coronel pasar al otro extremo del puente, esto es, á Lindenau, donde Napoleon se encontraba, para lograr que se le dieran luces acerca de lo que debia poner por obra, y alejándose por un instante, previno al cabo de zapadores que no prendiera fuego á la mina sino cuando, en lugar de los franceses, viera aparecer á los enemigos. Apenas dió algunos pasos por entre la apiñada muchedumbre que colmaba el puente, se le alcanzó la imposibilidad de ir adonde se hallaba Napoleon y de volver al punto de partida. Esfuerzos vanos hizo por tornar á su puesto, como que en el puente que habia abandonado momentos antes ocurria la escena mas tumultuosa. Persiguiendo algunas tropas de Blucher á las reliquias del cuerpo de Reynier por entre el arrabal de Halle, se presentaron en las inmediaciones del puente confundidos en tropel con los soldados del 7.° cuerpo. Ante esta perspectiva gritaron espantadas voces: —¡Prended fuego, prended fuego!—El cabo, á quien se repetia de todas partes que se necesitaba destruir el puente, creyo que ya era llegada la hora, y puso fuego á la mina. Al punto retumbó una explosion horrorosa: volando por los aires los pedazos del puente, y volviendo á caer sobre ambas orillas, causaron víctimas á una parte y otra. Pero este deplorable error tuvo muy distintas consecuencias al cabo de algunos instantes. Aun se hallaban en la ronda de Leipsick el general Reynier con un resto del 7.° cuerpo, Poniatowski con los polacos que habian sobrevivido, Lauriston y Macdonald con las reliquias del 5.° y del 11.° cuerpo, oprimidos entre doscientos mil contrarios y muchos brazos de rios, sobre los cuales estaban destruidos los medios de paso. De esta

suerte se hallaban condenados mas de veinte mil soldados franceses con sus generales á perecer ó á quedar prisioneros de un enemigo, á quien la exasperacion de esta guerra hacia inhumano. Se creyeron vendidos y exhalaron gritos de furia, y en las alternativas de la especie de desesperacion que les dominaba ya entonces, ora revolvian á bayoneta calada sobre los que los iban persiguiendo, ora tornaban hácia el Pleisse y el Elster para cruzarlos á nado. Despues de una refriega confusa y sangrienta se rindieron los unos, se lanzaron á los rios los otros, logrando algunos pasarlos á nado, y siendo muchos arrastrados por la corriente. Los generales con mando de tropas, entre los cuales figuraban dos mariscales, no querian dejar tan excelentes trofeos al enemigo, y procuraron ponerse en salvo. Poniatowski, ascendido por Napoleon á mariscal el dia antes en recompensa de su heroismo, no vaciló en meterse dentro del Elster á caballo. Ya en la orilla opuesta, hallóla escarpada, y vacilante de resultas de muchas heridas, desapareció en el seno de las aguas, sepultado en su gloria, con la caida de su patria y la nuestra. Mac-donald imitó su ejemplo, y tocando en la opuesta orilla, encontró allí soldados que le ayudaran á treparla, y logró quedar salvo. Cercados Reynier y Lauriston antes de que pudieran intentar la fuga, fueron conducidos ante los soberanos de Rusia, Prusia y Austria, en cuya presencia no habian aparecido de largo tiempo atrás mas que como vencedores. Al reconocer Alejandro al general Lauriston, á aquel embajador sensato, que tantos esfuerzos hizo por impedir la guerra de 18 2, le alargó la mano, reconviniéndole por haber aspirado á sustraerse á su estima. Nada omitió para que fueran contemplados los generales franceses, prisioneros suyos; delante de ellos disimuló su orgullo satisfecho á maravilla, pero quiso que asistieran á todo el esplendor de su triunfo. Con efecto, en la plaza mayor de la ciudad estaban reunidos los príncipes victoriosos y los generales, felicitándose unos á otros, cumplimentándose recíprocamente por lo que habian hecho, delante de los moradores de Leipsick que, pálidos aun á causa del terror de los tres dias anteriores, salian de las cuevas de sus casas, y aclamaban á una á los soberanos libertadores. Entre estos personages agitados se hacia notar Bernadotte, persuadido de que el solo habia decidido la victoria llegando el postrero, siendo el único que lo creia, pero bien acogido por Alejandro, quien en su fina política aspiraba á mantener bajo su influjo al futuro rey de Suecia. Mientras Alejandro agasajaba sobremanera á este francés combatiente en contra de Francia, se mostraba durísimo respecto de un príncipe aleman á quien calificaba injustamente de traidor á Alemania. Este príncipe era el infeliz rey de Sajonia. De su parte fueron oficiales dos veces en el curso de la mañana á pedir un momento de entrevista sin que se les prestara oidos. A la sazon habia un tercero que, con el sombrero en la mano, suplicaba al emperador Alejandro que permitiera al anciano monarca ofrecerle sus homenages. A algunos pasos de allí se encontraba el infeliz soberano, implorando una mirada del vencedor sin fruto. Fuerza es reconocer que, mas acostumbrado á la victoria, Napoleon habia tratado mejor á los reyes vencidos. Cedendo Alejandro á un sentimiento poco digno de su persona, envió á decir al rey de Sa-

jonia, que no queria verle, que se le habia cogido con las armas en la mano, y que por tanto era prisionero de guerra; que los soberanos aliados decidirian de su suerte, haciendo que se le notificara el fallo. Asi no habian comprado el perdon de su rey los sajones al abandonarnos sobre el campo de batalla.

Fijémonos en el ejército francés de nuevo, retirándose mutilado por entre los numerosos brazos del Pleisse y del Elster y dejando aun este dia veinte mil de sus soldados prisioneros, ó moribundos sobre las calles de Leipsick, ó ahogados en las ensangrentadas aguas del Pleisse y del Elster. Esta última de las cuatro jornadas nefastas de Leipsick, elevó las pérdidas del ejército francés entre muertos, heridos, prisioneros, ahogados ó extraviados, á muy cerca de sesenta mil hombres. No habia perdido el enemigo menos número de soldados bajo el fuego; pero sus heridos debian ser y eran objeto de los cuidados del patriotismo aleman agradecido. ¿Y qué iba á ser de los nuestros?

Desde Lindenau donde se encontraba, oyó Napoleon una explosion violenta: muy pronto conoció su causa y sus consecuencias, por extremo airado mostróse contra todos aquellos á quienes se podia culpar de tan funesto accidente, y aparentó voluntad de encontrar criminales, cuando no los habia, y si habia alguno, solo era su persona, como autor de esta horrible guerra.

Tal fué la larga y trágica batalla de Leipsick, una de las mas sangrientas, y de seguro la mayor de todos los siglos, y que terminó tan desastrosamente la campaña de Sajonia, empezada en Lutzen y Bautzen con tanta fortuna. Sin duda se pregun-

tará cómo despues de cálculos tan profundos, de maniobras tan sábias, de esperanzas tan lisonjeras, pudo ser conducido Napoleon á catastrofe semejante, y no se comprenderá en efecto sino dándose cuenta de todos los móviles que le hicieron que obrara, y trasformaron en espantosos reveses las mas hermosas concepciones que figuran entre el número de las de su vida. Supongase un general menos grande, pero colocado en una situacion sencilla, no teniendo ni toda una fortuna que rehacer de un solo golpe, ni tantos motivos de orgullo para disimularse la verdad, no estando acostumbrado tampoco á buscar resultados extraordinarios en combinaciones atrevidas y complicadas, y ciertamente obrára de otro modo, y segun todas las verosimilitudes, aun cuando no alcanzára triunfos insignes, al menos evitara un desastre. Al menor amago de un movimiento sobre sus espaldas por el Elba inferior ó por la Bohemia, sin perder instante levantara el campo de Dresde, no dejando allí mas que los enfermos que no se pudiera llevar consigo. De este modo lograra poner en franquia, no solo á los doscientos mil soldados que aun contaba entonces, sino á los treinta mil dejados en la capital de Sajonia, y verosimilmente á los otros treinta mil de Meissen, Torgau y Wittenberg, y de reunir sobre el Saale una masa compacta, que no debilitaran ni las marchas excesivas, ni los destacamentos obligados sobre el Elba. Si en esta situacion, uno de los dos ejércitos enemigos, el de Bohemia ó el del Elba, cometiera la falta de preceder un dia en Leipsick al otro, sin duda le aplastara, y de seguida cayera sobre el segundo. Supongase que no se le ofreciera la ocasion de triun-

fo tan señalado, al menos tornara á ganar sano y salvo las márgenes del Saale, y si no pudiera ser defendida esta línea corta y fácil de rebasar por todos lados, de nuevo tomara el camino del Rhin con cordura, y por medio de instrucciones dirigidas oportunamente a todas las guarniciones de las plazas del Elba inferior, les mandara replegarse unas sobre otras hasta Hamburgo, adonde de positivo llegaran sin accidente, hallándose atraidos en persecucion del grande ejército los contrarios. De este modo formaran con el mariscal Davout un excelente ejército de ochenta mil hombres, que hubiera vuelto á las márgenes del Rhin por Wesel, con lo cual se hallaran cerca de trescientos mil hombres en buen estado sobre la frontera del imperio y opusieran a la invasion una barrera invencible. Pero por carácter, por orgullo, por costumbre y necesidad de resultados extraordinarios, se hizo imposible para Napoleon tan sencilla conducta.

A la noticia de una doble marcha de sus enemigos sobre Leipsick, bajando los unos de la Bohemia, subiendo los otros del Elba á lo largo del Mulda, no pensó en su seguridad ni un instante. Acostumbrado á verlos ocultarse de contínuo, solo tuvo la zozobra de que se le pudieran escapar nuevamente, y en vez de ir á Leipsick en derechura por el camino mas corto, lo cual salvara doce ó quince mil hombres dejados en los lodazales del otoño, bajó el Elba en direccion de Duben, para coger á Blucher y á Bernadotte á golpe hecho, siempre convencido en su orgullo de que estaban mas prontos a la fuga que á la pelea. Apenas en marcha, y siempre en pos de combinaciones capaces

de producir vastos resultados, ideó lanzarse sobre los huellas de Blucher y de Bernadotte, seguirlos á todo trance mas allá del Elba, arrollarlos sobre el camino de la capital de Prusia, y remontar luego la orilla derecha del Elba hasta Torgau ó Dresde, cruzar este rio nuevamente por dichos puntos, y caer improvisamente sobre la espalda del ejército bajado de Bohemia. Sin duda la combinacion era tan profunda como atrevida, y con los soldados, el ardimiento y la fortuna de Austerlitz, diera de sí resultados prodigiosos. Pero para esta quimérica esperanza convenia resignarse á dejar treinta mil hombres en Dresde, y Napoleon no vaciló en dejarlos. Llegado á Duben sobre el bajo Mulda, muy luego pudo echar de ver que, lejos de huirle, Blucher y Bernadotte aspiraban á tomarle en Leipsick la delantera, para juntarse al príncipe de Schwarzemberg y abrumarle. Al punto abrazó su partido, retrocedió hácia la ciudad aquella, y con la seguridad habitual de su golpe de vista, situóse del único modo adecuado á impedir la union de sus enemigos. Pero tornaba á Leipsick despues de una marcha inútil de cincuenta leguas: tornaba privado de treinta mil combatientes dejados en la capital de Sajonia, de una porcion igual dejada en Wittenberg, en Torgau, en Meissen, y marchaba en una larga columna, cuya tercera parte por lo menos no podia asistir á la primera y mas decisiva batalla. Obligado á hacer cara á todos sus enemigos, no presentes aunque podian estarlo, le fué imposible tener consigo á Ney y á Bertrand el 16 de octubre, y lanzarlos con Macdonald sobre el flanco de Schwarzemberg para agobiarle, y no quedando por tanto vencedor de una manera fulmi-

nante el primer dia, de súbito se vió colocado en una posicion horrorosa, donde estaba condenado á sucumbir en los dias siguientes bajo una reunion abrumadora de fuerzas. Abrazar acto continuo el partido de la retirada, ejecutarla ya que no el 17, pues aguardaba a Reynier todavía, al menos durante la noche del 17 al 18, volver á ganar lo mas pronto posible por Lindenau, Lutzen y Weissenfels sus comunicaciones amenazadas, establecer con este objeto los puentes necesarios sobre el Pleisse y el Elster, era la única conducta indicada, la conducta sencilla del capitan cauto, mas ocupado en salvar su ejército que en conservar su prestigio. Pero hacer una retirada arrogante, imponente, á la luz del dia, echándose encima del enemigo que se atreviera á apretar mucho, y no con el fin de ponerse en salvo, sino de mantener la aptitud de victorioso, fué y debia ser el pensamiento del conquistador mimado de muy atrás por la fortuna, del conquistador que no supo salir de Moscou á tiempo, y asi resultó la funesta batalla del 18, y la retirada aun mas funesta del 19, ejecutada con un solo puente. La confusion á que dió márgen inevitablemente en el último instante, á causa de este modo de dirigir las cosas, produjo la explosion del puente del Elster, que marcó con el sello de la fatalidad esta horrorosa batalla de cuatro dias.

Este resúmen de los hechos demuestra, pues, la verdadera causa de todas las desventuras de que acabamos de dar noticia. No hay que buscar aqui, á la manera que tampoco en Moscou, en la decadencia de los talentos del capitan el origen de tan deplorables resultados, porque el capitan nunca se mostró mas fecundo, ni mas atrevido, ni

mas tenaz, ni mas soldado; sino en las ilusiones de su orgullo, en la necesidad de volver á ganar de un solo golpe su inmensa fortuna perdida, en la dificultad de confesarse bastante pronto su derrota, finalmente, en todos los vicios, que en pequeño y en plena fealdad se descubren en el jugador ordinario, cuando locamente aventura riquezas locamente adquiridas, y que se echan de ver en grande y en todo su horror en el jugador gigantesco que juega con la sangre de los hombres, como otros con el dinero. Al modo que los jugadores pierden su fortuna en dos veces, la primera por no saber limitarla, y la segunda por quererla reponer de un solo golpe, Napoleon comprometió la suya en Moscou por quererla demasiado grande, y en la campaña de Dresde por quererla rehacer toda. Siempre obraban las mismas causas, la alteracion, no del genio, sino del carácter echado á perder por la omnipotencia y por la victoria.

Tras de tales reveses no quedaba á Napoleon otro arbitrio que tomar la vuelta del Rhin sin demora. Despues de contar no menos de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas al comenzar de nuevo las hostilidades, sin incluir las guarniciones; despues de tener todavía doscientos cincuenta mil dos semanas antes, y de dejar treinta mil en Dresde, un número casi igual en el camino de este punto á Duben, y de Duben á Leipsick; despues de perder sesenta ó setenta mil en las diversas batallas de Leipsick, y un número que no se puede puntualizar con la defeccion de los aliados, conservaba de ciento á ciento diez mil soldados á lo sumo y en el estado mas deplorable. La única cosa que aun tenia en cantidad considerable

y de calidad excelente, aunque difícil de acarrear por desgracia, era la artillería. Tenía la muy buena, servida perfectamente, habituada á poner su honor en salvar sus cañones, y que solo habia perdido los que la destruccion del puente del Elster impidió trasladar en tiempo oportuno de una orilla á otra. Lo que de artillería quedaba entonces, se hallaba en doble proporcion de los soldados. Si servia de embarazo, al menos era un recurso y de los mas preciosos para un dia de combate.

Napoleon pasó con las reliquias de su ejército en torno de Lutzen la noche del 19 al 20 de octubre. Bertrand y Mortier habian arrollado á Giulay, y llegados á Weissenfels se aseguraron de la posesion del Saale. En la mañana del 20 corrió Napoleon á Weissenfels para dirigir la retirada en persona, y tomar la delantera á todos los cuerpos enemigos en los pasos esenciales. Si seguia á la izquierda, entendiéndose de vuelta al Rhin, por el camino real de Weissenfels, se encontraba el famoso desfiladero de Kosen, donde el mariscal Davout se habia cubierto de gloria, defendiendo la llanura de Awerstaedt, y donde se corria el riesgo de hallar á Giulay, que, rechazado por Mortier y Bertrand, podia ir muy bien á buscar el desquite. Napoleon, con su prevision no alterada por la desventura, imaginó dar un rodeo á la derecha, y en vez de pasar el Saale por Naunburgo, cruzarlo por Weissenfels, cuyos puentes poseia, ganar de seguida a Freyburgo, para cruzar por allí el Unstrutt, desembocar en la llanura de Weimar y de Erfurt, mientras, llevado Bertrand por un movimiento rápido hácia la izquierda al desfiladero de Kosen, procurara preceder al enemigo en este punto, y

defenderse allí contra el grande ejército del príncipe de Schwarzemberg el mas largo tiempo posible. Apenas concebido este plan de marcha, lo puso Napoleon por obra. Bertrand, cuyo 4.° cuerpo se habia aumentado con la division de Guilleminot, segun se ha visto, fué encaminado de seguida sobre Freyburgo, con Mortier que mandaba dos divisiones de la Joven Guardia, con la caballería ligera de Lefèbvre-Desnoette y con el segundo cuerpo de caballería del general Sebastiani. Batiendo por donde quiera el campo esta caballería numerosa y acuchillando á los cosacos, debia preceder y flanquear á la vanguardia, y luego que Bertrand llegara á Freyburgo, y ocupara la ciudad y los puentes sobre el Unstrutt, debia correr á Kosen, quedándose Mortier en Freyburgo para proteger el paso de las tropas.

Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Bertrand llegó el 21 por la noche á Freyburgo con los diversos cuerpos que escoltaban su marcha. No habia en esta ciudad mas que algunas tropas ligeras enemigas, que fueron expulsadas de ella. Señoreóse un puente de piedra sobre el Unstrutt, sólido aunque angosto. Se echó allí uno de madera durante la noche para facilitar el paso de la hueste, y mientras Mortier se entregaba á estos cuidados, trepando Bertrand las alturas hácia la izquierda, fué á tomar posicion en Kosen, y llegó allí antes que el enemigo.

Resueltas á tiempo y ejecutadas con vigor tales medidas, produjeron el resultado que debia esperarse. Despues de deslizarse por entre las llanuras de Lutzen, llegó el ejército el 21 por la noche á Weissenfels, donde cruzó el Saale, sin que le per-

siguieran mas tropas que los corredores de los contrarios. Schwarzemberg y Bernadotte se habian quedado en Leipsick, ocupado el uno en rehacer su ejército agotado por tres batallas, y el otro en pasar revistas. Solo Giulay marchaba por el camino de Naunburgo y de Kosen. Del infatigable ejército de Silesia no mas que el cuerpo de York podia seguirnos, y habiendo sido destruidos en Leipsick sobre el Pleisse y el Elster los medios de paso, vióse obligado el mismo Blucher á dar un rodeo, y á descender mucho mas abajo de Leipsick para cruzar estos dos rios. Le teniamos á nuestra derecha, pero á la espalda, mientras á nuestra izquierda veiamos á Giulay, obligado á forzar el desfiladero de Kosen para darnos alcance.

Cruzado el Saale el 21, fué el ejército á pernoctar á Freyburgo, donde estaban preparados los medios de pasar el Unstrutt, segun acaba de verse. Libertados fueron por la caballería contraria los pocos miles de prisioneros que Napoleon quiso llevar consigo. Esta era una mortificacion de amor propio mas bien que una pérdida verdadera, pero que probaba por qué masas de tropas de á caballo éramos perseguidos, pues se nos habia hecho tal afrenta entre Bertrand, Mortier, Sebastiani y Lefèbvre-Desnoette. Esta caballería tenia pocos inconvenientes contra los cuerpos organizados, pero la desbandada, que se vió comenzar en los cuerpos de Macdonald, de Oudinot y de Ney, por consecuencia de los reveses del Katzbach, de Gross-Beeren y de Dennewitz, se hizo muy general despues de la espantosa batalla de Leipsick en toda la hueste. El primer pretexto para salir de las filas lo proporcionaban las heridas ligeras, que obligaban

á marchar sin armas á la cola de las columnas: el segundo era el hambre, que autorizaba á correr de aqui para allá en busca de comestibles. Ya fuera de las filas no se tornaba á ellas. Con efecto los hábitos militares eran harto recientes entre nuestros reclutas, para que se pudiesen alejar impunemente de sus banderas. Una vez dejado el cuadro, el despecho, las penalidades, la aficion al merodeo, la inclinacion natural á ahorrarse nuevos peligros, impedian que cada cual volviese á su puesto. De los ciento á ciento diez mil hombres, que aun tenia Napoleon bajo su mando, se contaban mas de veinte mil que, llevando unos vendas en los brazos, cojeando otros, fingiéndose los mas heridos sin estarlo, ó fingiendo que habian perdido sus armas, despues de haberlas tirado, marchaban entre las columnas armadas ó á su cola, de noche se derramaban por las aldeas, ejercitando allí la rapiña, y sin prestar ningun servicio devoraban los recursos con que hubieran podido vivir los cuerpos organizados. Lo peor era el ejemplo, que amenazaba hacerse contagioso, y contra el cual se resentian de impotentes las represiones de la caballería. No habia aflojado ni un momento el valor entre aquellos reclutas, pero con las costumbres militares muy poco arraigadas, no se supieron mantener contra una gran derrota, y casi olvidaron que eran soldados. La caballería, que por lo comun persigue esta clase de vicio y lo refrena, padecia de lo propio, y entre la masa desbandada se veian muchos ginetes á pie y aun algunos montados. Sobre esta porcion del ejército hicieron presa los corredores del enemigo. Dispersaban á estos merodeadores como á tímidas bandadas de pajaros, y cogianlos en nú-

mero considerable, lo cual proporcionaba á los coaligados la ocasion de decir que hacian los prisioneros á millares. Cañones abandonados por falta de caballos y merodeadores capturados en las aldeas les suministraban trofeos imaginarios, mucho mas perjudiciales para nosotros que gloriosos para ellos. Necesitose toda la noche del 21 y el dia 22 para hacer que desfilase esta masa de hombres armados y desarmados por los dos puentes de Freyburgo. Se logró no obstante, por virtud de la enérgica resistencia que el mariscal Oudinot opuso junto á las margenes del Unstrutt á los prusianos del cuerpo de York. Desde Leipsick habia protegido este mariscal la retirada con dos divisiones de la Joven Guardia, mientras Mortier con las otras dos y Bertrand con el 4.º cuerpo tenian á cargo despejar el camino. Oudinot perdió algunos centenares de hombres en tan tenaz lucha, pero mató muchos mas al cuerpo prusiano, y no abandonó aquel puesto hasta que el ejército hubo desfilado del todo. En esto el general Bertrand, llegado á Kosen en tiempo oportuno para tomar la delantera á Giulay, dióle un violento combate, con la espalda vuelta á Awerstaedt y el frente hácia el Saale. Durante un dia entero fué acometido por los austriacos, y repelíolos siempre con la bizarra division de Guilleminot, precipitándolos desde las cumbres de Kosen á las hondas gargantas del citado rio. Cuando Bertrand supo que Oudinot habia evacuado á Freyburgo, y que habian desfilado sobre Erfurt todas nuestras columnas, abandonó su puesto, receloso de que el enemigo se le adelantara, y le cortase del resto del ejército, yendo á pasar el Saale por Jena. En diversas aldeas entre Apolda, Buttelstet y Weimar,

se acampó el 22 por la noche. A otro dia todo el ejército fué á las cercanías de Erfurt, batiendo la caballería en rededor la campaña, para protegerle contra los cosacos.

Apoyado Napoleon en la plaza de Erfurt, que contenia grandes recursos, quiso dar al ejército dos ó tres dias de descanso. Tenia extrema necesidad de esto, ya para reponerle, ya para ordenar algo sus filas. En Erfurt existian muchos destacamentos procedentes de batallones y escuadrones en marcha, y habia abundancia de vestuario, de zapatos y de municiones de boca y guerra. Se distribuyeron entre los diversos cuerpos los destacamentos que se hallaban en Erfurt, y á quienes habia impedido dirigirse al Elba la dificultad de las comunicaciones. Reducido el cuerpo de Augereau á la sola division de Semelé y á mil seiscientos infantes, en vez de ocho mil que contaba la víspera de la batalla de Leipsick, fué elevado á cuatro mil por este medio, y debió marchar con la division de Durutte, única reliquia del 7.º cuerpo. No ganaron los demas en proporcion semejante, como que á lo sumo el depósito de Erfurt ascenderia á nueve ó diez mil hombres. Se repartieron los vestuarios, los zapatos, los comestibles, reparáronse de nuevo los parques de artillería, y con el cebo de las distribuciones procuróse que los merodeadores empuñaran otra vez los fusiles. Bajo este aspecto no fué el éxito grande, á causa de que protegido por la estacion el vicio del merodeo, y tambien por el tiempo desapacible y por la edad de nuestros soldados, ya habia cundido mucho.

Napoleon se aprovechó de estos dos dias de holgura para escribir á París, y comunicar su situa-

cion á los miembros principales de su gobierno. Aun paliando sus reveses, y buscando causas imaginarias para explicarlos, no disimulaba las necesidades, y reclamaba, además de los doscientos ochenta mil hombres ya pedidos, nuevos alistamientos, si bien de hombres ya formados y sacados de las conscriciones atrasadas. «No puedo, decia, defender a Francia con niños.... *Nada iguala á la bravura de nuestra juventud, pero al primer suceso dudoso acredita el carácter de su edad.*» — Sin duda hablaba Napoleon con fundamento, pero hombres ya formados, que llevaran tan escaso tiempo en las filas, y a quienes por estreno se sujetara a pruebas de esta especie, no las soportaran mucho mejor de seguro, y solo suministraran menos enfermos á los hospitales.

Al modo que pedia *hombres y no niños* demandaba tributos, esto es dinero, y no queria papel bien ó mal hipotecado sobre posesiones del Estado. Quinientos millones de francos exigia por medio de céntimos de guerra cargados á todas las contribuciones directas é indirectas. En el punto á que eran llegadas las cosas, nada mejor que lo que proponia.

A las impresiones dolorosas del momento se vino á añadir la partida de Murat. Aun censurando Napoleon la ligereza de su cuñado, admiraba su heróica bravura, su golpe de vista sobre el terreno, y además era sensible á la excelencia de su corazon. Sabia cuanto habia pasado en el alma de Murat mejor que Murat mismo: sabia todos los conflictos de que habia sido víctima el infortunado rey de Nápoles entre el deseo de conservar su corona y el de ser fiel a su protector. Para partir a egaba Murat la necesidad de defender la Italia amenaza-

da, la esperanza de suministrar al príncipe Eugenio treinta mil napolitanos bien organizados, y por último la utilidad de proporcionar á los ejércitos francés é italiano, colocándose á su cabeza, un caudillo muy de otra manera experimentado que el príncipe Eugenio. Napoleon admitia todas estas razones, como tambien admitia que, si continuaban los reveses, se pudiera efectuar que el rey de Nápoles cediera al general impulso, é imitara á aquellos príncipes alemanes aliados nuestros, que despues de ser colmados por nosotros durante diez años de las riquezas de la Iglesia alemana, se suponian víctimas de la Francia. Pero Napoleon, á pesar de que aun se forjaba algunas ilusiones, á pesar de las postreras mentiras de los que le llenaban de lisonjas, conocia en lo íntimo de su corazon que habia abusado de las cosas y de los hombres. Sabiendo hacerse justicia, se la hacia tambien á los otros, y previendo la próxima defeccion de Murat se la perdonaba por decirlo asi de antemano. Al despedirle y al recibir sus protestas de fidelidad como sinceras hasta lo sumo, le abrazó muchas veces y con el corazon oprimido en cierto modo. Efectivamente se le figuraba que ya no tornaria á ver á este antiguo compañero de armas de Italia y de Egipto. ¡Ah, si la prosperidad ciega, por el contrario la adversidad proporciona en determinados momentos una extraordinaria perspicacia, cual si la Providencia remuneradora rasgara todos los velos de lo porvenir para poner colmo al castigo! Napoleon despidióse pues de Murat como si supiera que no le veria ya nunca; y Murat partió con sentimiento del ejército entero, porque en esta campaña de otoño se habia mostrado tan hábil como

bizarro, y á pesar de las ligerezas de detalle en que incurria á menudo, habia prestado inmortales servicios á nuestras armas.

Entretanto convenia levantar el campo, como que las tropas de los coaligados avanzaban por todas partes, y además se anunciaba la presencia de un nuevo enemigo á nuestras espaldas, pronto á cerrarnos el camino de Francia. Este enemigo no era otro que el ejército bávaro, nuestro compañero durante muchos años, y ansioso de hacerse perdonar de su larga alianza con nosotros, mediante una defeccion que se aproximara lo mas posible a la de Bernadotte y á la de los sajones. Napoleon acababa de saber no solamente la defeccion de Baviera, que habia conocido en globo al llegar á Leipsick, sino tambien la manera de ser fraguada. Véase lo acontecido en Munich durante esta segunda parte de la campaña de Sajonia.

Débil el monarca y muy adicto á Napoleon que le habia colmado de bienes, apoyado por un ministro agudo y ambicioso, que habia buscado su engrandecimiento personal y el de su pais en la alianza de Francia, se hallaba contrariado en esta política por su esposa, princesa vana, tenaz, hermana de la emperatriz de Rusia y de la difunta reina de Suecia, participando de las pasiones de la difunta reina de Prusia, y teniendo tambien algo de su belleza. Igualmente se hallaba contrariado por su hijo, príncipe mas amante de las artes que de la guerra, á quien Napoleon tuvo á su servicio y trató duramente. Dentro de palacio ponia en juego su oposicion la reina. Retirado a Inspruck el hijo del monarca fomentaba personalmente el espíritu insurreccional de los tiroleses contr a Baviera.

Mientras Francia apareció victoriosa rióse el soberano de los humos aristocráticos de su esposa y de su hijo, dejándoles decir á uno y á otro, y tomando lo que Napoleon le daba al término de cada guerra, como bueno de tomar ante todo y tambien como bueno de presentar á los detractores de su política para cerrarles la boca. Despues de lo acontecido en Moscou, la duda suscitada sobre el poderío de Napoleon, el grito de las poblaciones, la noticia de las pérdidas sufridas por los bávaros, las sugestiones del Austria y el contagio del espíritu germánico quebrantaron al monarca, á quien las victorias de Lutzen y Bautzen reanimaron por un momento. Pero la vuelta á las hostilidades, el carácter cada vez mas triste de los sucesos, las pérdidas recientes del cuerpo bávaro en la batalla de Dennewitz, comunicadas á Munich y allí exageradas, los esfuerzos de las tres córtes de Austria, de Prusia y de Rusia, pusieron mas que nunca en cuestion la fidelidad de Baviera respecto de Francia. Sobre todo contribuyó á hacer esta situacion crítica por extremo la llegada á Munich de un nuevo personage. El general de Wrede, carácter bullicioso y sin consistencia, oficial bizarro, si bien de escaso juicio, lleno de excesivo amor propio, habia tornado á su patria ofendido hasta lo sumo por los desdenes del mariscal Saint-Cir, á cuyas órdenes habia servido durante la campaña del Dwina. Trayendo á Munich todas sus desazones y poniéndolas imprudentemente de manifiesto, se habia vuelto no obstante á aproximar á nosotros despues de Lutzen y Bautzen á semejanza de su soberano, revelándonos personalmente el secreto de la defeccion medio consumada de la córte de Baviera, á fin de que Na-

poleon le volviera á admitir en su gracia. Conociendo Mr. de Argenteau la necesidad de captarnos su afecto, pidió que se le condecorara con el gran cordon de la Legion de Honor, vacante por la muerte del respetable general Des Roys, y Napoleon que ya habia dado al general de Wrede títulos y riquezas, no creyó que debia añadir la distincion pedida ahora. Nuevamente descontento el general de Wrede de resultas, quedóse en Baviera y adquirió de pronto una gran importancia obteniendo el mando del ejército bávaro situado sobre el Inn y enfrente del ejército austriaco del príncipe de Reuss. Si Augereau llegara á juntársele allí con unos veinte mil hombres, se le mantuviera sin duda, y Mr. de Argenteau insistió mucho á fin de que se tomara esta precaucion como necesaria. Pero Napoleon tenia que ocupar á Augereau en otro punto, y no estando los bávaros apoyados ni contenidos cedieron muy luego al sentimiento comun á todos los alemanes. En lugar de hacer cara al príncipe de Reuss, entró el general de Wrede en parlamentos con este caudillo. A nombre de la coalicion prometieron los austriacos al general de Wrede el mando de los dos ejércitos bávaro y austriacos reunidos sobre el Inn, y al monarca la conservacion de sus Estados, salvo un equivalente así en poblacion como en renta por lo tocante al Tirol y á las márgenes del Inn, provincias que se proponian recuperar en la lucha ó las negociaciones. Comprendiendo el mismo Mr. de Mongelas que no se podia mantener en su puesto, si no cambiaba de política sin demora, acogió las proposiciones de las potencias coaligadas, con la esperanza de que, conservando su engrandecimiento la Baviera, tambien

conservaria el de su persona. Solo que habia cambiado, no como cambia la fuerza, que es lo que Mr. de Metternich puso por obra, sino como cambia la debilidad, y adhirióse á la coalicion sin avisarnoslo siquiera. Nos abandonó protestando de su fidelidad de continuo. Teniendo el rey en contra á su esposa, á su hijo, á su pueblo, á su ministro, al general de sus tropas, no era de carácter propio a resistir á tantos contradictores, y cuando llegaron á decirle que conservaria sus Estados, y sobre todo cuando le añadieron que si desechaba las propuestas tendria que abandonar su capital como en 1805 delante de un ejército austriaco, para irse á echar en los brazos de Napoleon, no ya victorioso sino vencido, no anduvo en vacilaciones, y firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la coalicion el 8 de octubre. Extraordinarias demostraciones de regocijo produjo esta noticia en toda Baviera, demostraciones que le confirmaron en la resolucion tomada.

Nada era impulsado por causas masirresistibles que este cambio, pero al menos el decoro exigia que Baviera, á la cual habiamos dotado ricamente, al abandonarnos por su seguridad, dejara por su honor á otros el cuidado de destruirnos. No fué así de ningun modo; antes bien el gobierno bávaro por volver á entrar en la gracia de los soberanos coaligados, y el general de Wrede por ganarse el baston de mariscal, llevaron el ejército austro-bávaro del Inn al alto Danubio, y del Danubio al Main a toda prisa. Este ejército, compuesto por mitad de austriacos y de bavaros y fuerte de sesenta mil hombres, marchó con celeridad tanta, que ya corria la voz de que estaba en Wurzburgo,

y pronto á cortar hácia los alrededores de Francfort el camino de Maguncia.

Ante esta noticia, sonrióse Napoleon de desprecio, bien que conoció el error de su política respecto de Alemania, política que en lugar de limitarle á dar algun apoyo á los Estados secundarios, se habia extendido hasta el extremo de quererlos convertir en súbditos de Francia. Urgente le pareció, pues, dejar á Erfurt para tomar el camino de Maguncia. No le asustaba el ejército austro-bávaro ni por asomo, pero teniendo detrás de sí á doscientos mil hombres, debia contar con extremada exactitud los dias y las horas.

Despues de permanecer en Erfurt tres dias, salió para Estenach con el fin de cruzar antes que los coaligados los desfiladeros de la selva de Turingia. El general Sebastiani con el 2.º cuerpo de caballería, y el general Lefèbvre-Desnoette con la caballería ligera de la Guardia y el 5.º de caballería formaban la vanguardia, y cubrian los flancos del ejército batiendo la campaña á derecha é izquierda. Con las reliquias de los cuerpos 2.º y 11.º les seguian Victor y Macdonald, y detrás marchaban Marmont, que reunia los restos de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º bajo su mando, y Durutte y Semelé que guiaban sus divisiones, únicas reliquias de los cuerpos 7.º y 16.º Teniendo Napoleon bajo su mano la Vieja Guardia, el primer cuerpo de caballería, y la gruesa caballería de la Guardia, formaba el núcleo principal de la hueste. Oudinot y Mortier con las cuatro divisiones de la Jóven Guardia, Bertrand con el 4.º cuerpo aumentado por la division de Guilleminot y el 4.º de caballería, componian la retaguardia. No subia el total de estas

tropas á mas de sesenta mil hombres con fusil al hombro, tanto se habia propagado de Leipsick á Erfurt la desbandada Ademas iban treinta ó cuarenta mil hombres sin armas, siempre entre los cuerpos organizados, molestándolos en la pelea y devorando sus víveres en el bivaque.

Tras de pasar en Leipsick dos ó tres dias los ejércitos coaligados, empleandolos ora en ostentar el triunfo, ora en reponerse de tan ruda lucha, fueron distribuidos de nuevo modo, y se encaminaron seguidamente á su ulterior destino. Enviado fué con su cuerpo de tropas el general Klenau sobre Dresde, á procurar la rendicion de esta plaza y de las tropas francesas que habia dentro. Ya destacado el general Tauenzien del ejército del Norte, tuvo á cargo porfiar en la rendicion de Torgau y Wittenberg; y despachóse al general Benningsen con el ejército llamado de Polonia sobre Magdeburgo y Hamburgo, á fin de bloquear estas plazas, y de conquistarlas si era posible. Dirigido fué el ejército del Norte sobre Cassel, para llevar á remate la destruccion de la monarquía del rey Gerónimo, sino estaba ya consumada. De seguida debia revolver sobre Westfalia, Hannover y Holanda. Finalmente, Blucher y el príncipe de Schwarzemberg se lanzaron á perseguir á Napoleon con unos ciento sesenta mil hombres, estrechándole de cerca á impulsos de la esperanza de cogerle entre dos fuegos, debiéndole atacar de Wrede por la cabeza, mientras ellos le acometian por la cola. Elevado Blucher á la dignidad de mariscal por su soberano, y habiendo merecido las recompensas de la coalicion mas que otro alguno, fué encaminado sobre Eisenach para dirigirse desde este punto, no á

Francfort, sino á Wetzlar, con el objeto de impedir que cortado Napoleon del camino de Maguncia, se lanzara al de Coblentza. Dividido en dos el ejército de Bohemia, debia marchar parte por Eisenach, Fulda y Francfort sobre Maguncia, y parte por Gotha, Smalkalden y Schweinfurt sobre Wurtzburgo. Por un cálculo fácil de adivinar enviaba el príncipe de Schwarzemberg sobre Francfort á los austriacos, al par que sobre Wurtzburgo á los prusianos y á los rusos. Aun cuando el emperador Francisco y su ministro hubiesen renunciado á la corona imperial germánica muy cuerdamente, bajo una forma cualquiera aspiraban á la supremacía en Alemania, y su presencia en Francfort, ciudad de la eleccion imperial, podia hacer que allí estallaran manifestaciones provechosas, de que se valdrian para recuperar algo de su dominacion antigua, ó para conseguir que resaltara su desinterés.

Hecha así la distribucion de fuerzas, cada cual siguió al ejército de los franceses. Con efecto, Sebastiani y Lefèbvre Desnoette hallaron en los alrededores de Eisenach á porcion de cosacos y de corredores de todas clases, tanto á pié como á caballo, y los dispersaron á todos, obligándolos á esconderse en la selva de Turingia. Sin gran dificultad desfiló por allí el ejército durante los dias 26 y 27 de octubre: con todo, la retaguardia de Oudinot y de Mortier, compuesta de la Jóven Guardia, vióse acometida por el impetuoso Blucher, á quien resistió briosamente. De una y otra parte se perdieron mil hombres; pero el enemigo cogió numerosos rezagados, que en sus boletines, mucho mas inexactos que los nuestros, presentaba como prisioneros hechos sobre el campo de batalla.

Napoleon pernoctó el 26 en Vach, mas allá de los desfiladeros de Turingia, el 27 en Hunfeld, y el 28 en Schluchtern. Una vez llegados á la vertiente de la selva de Turingia que da cara al Rhin, fuimos perseguidos con menos viveza, porque Blucher torció á la derecha para encaminarse por Wetzlar al citado rio, y porque los prusianos y los rusos tiraron á la izquierda para dirigirse á Wurtzburgo. Desde entonces no habia de consiguiente detrás de nuestras huellas mas que los austriacos, contenidos por Mortier, Oudinot y Bertrand vigorosamente. Sobre todo habia que lidiar contra los cosacos y en general contra toda la caballería enemiga, que, cogiendo á los rezagados, nos causaba todo el daño que podia hacernos. Desgraciadamente este daño era enorme, pues la rapidez de las marchas y la dificultad de las subsistencias hacian salir de las filas á los soldados á millares. Por ejemplo, la division de Semelé, que despues de reorganizada en Erfurt, contaba cerca de cuatro mil hombres, se hallaba reducida á mil ochocientos mas allá de las montañas de Turingia. Tocadas las divisiones de la Jóven Guardia de igual contagio vinieron á parar cada una desde Leipsick de tres á dos mil hombres. Los enfermos y los heridos, que al principio formaban la poblacion flotante y desarmada, habian muerto por los caminos de fatiga ó bajo la lanza de los cosacos. Reemplazados estaban por los hambrientos, por los disgustados del servicio y por los malos, cuyo número crecia á vista de ojo. Afortunadamente el frio no era el de Rusia y se hallaba cerca Maguncia, porque los soldados de 1813, muy inferiores á los de 1812, no sostuvieran las mismas pruebas de seguro.

Desde el 27 de octubre se supo en Schulchtern la presencia del general de Wrede en Wurtzburgo, ocupado en cañonear esta plaza, que el general Thareau rehusaba rendirle. Solo tenia que dar el general de Wrede un paso para cortar el camino de Hanau á Maguncia. Se hizo partir á cuantos rezagados y equipages se pudieron juntar con una vanguardia, á fin de quitarse de encima lo mas embarazoso. Ya algunas tropas ligeras del ejército bávaro habian llegado hasta Hanau, pequeña plaza medio fortificada en la confluencia del Kinzig y del Main, que domina con su cañon el camino real de Maguncia. Estas vanguardias bávaras no eran bastante fuertes para interceptar el camino, y además el general Preval, enviado por el duque de Valmy al encuentro del grande ejército, acababa de llegar á Francfort con cuatro ó cinco mil hombres. Este habia tomado posicion entre Francfort y Hanau sobre el Nidda, á fin de que el enemigo no pudiera oponernos el obstáculo de este rio é impedir que el grande ejército pasara. Merced á esta precaucion, ya traspuesta Hanau, nuestros soldados desbandados encontraban una fuerza que los recogiera y los amparara hasta Maguncia. Diversos destacamentos destilaron el 27 y al 28 de octubre, obligando á refugiarse á Hanau á las tropas ligeras del enemigo, y salvando siempre á algunos miles de aspeados, de enfermos ó de vagabundos. De quince á diez y ocho mil pasaron de este modo; pero el dia 29 hallóse completamente cerrado el camino, porque, desesperando el general de Wrede de vencer la resistencia del general Thareau, dejó un simple destacamento para bloquear á Wurtzburgo, y trasladóse á Hanau con sesenta mil hombres, mitad bávaros y mitad austriacos. Llegado á este punto destacó una division sobre Francfort, y situóse con el grueso de sus fuerzas delante de Hanau, en la selva de Lamboy, que atraviesa la gran calzada.

Habiendo venido Napoleon el 29 á pernoctar en Langen-Sebold, supo que la cabeza del ejército estaba arrollada sobre su tropa, y que los austro-bávaros pretendian obstruirle el camino del Rhin en número de cincuenta á sesenta mil hombres. Indignado de tal imprudencia, si bien no importándole nada, pues estaba resuelto á hacer sentir el peso de su indignacion al temerario que se le atravesara de por medio, determinó acelerar el paso el 30 de octubre, para abrirse calle en persona con su Vieja Guardia. No contaba con sus fuerzas numéricas, sino con el sentimiento de sus soldados, pues, aunque fueran diez mil tan solo, atropellaran al adversario, que, despues de ser por largo tiempo aliado suyo, se mostraba tan codicioso de su libertad y de su sangre. ¡Ah! ya no quedaban sobre las armas sino cuarenta ó cincuenta mil hombres, tanto cundia la desorganizacion despues de las postreras marchas, y de estos cuarenta ó cincuenta mil hombres no podia Napoleon juntar el dia 30 mas de la tercera parte bajo su mano. No tenia en la vanguardia mas que á Sebastiani con los cuerpos 2.° y 5.° de caballería, á Lefèbvre-Desnoette con la caballería ligera de la Guardia, lo cual sumaba cerca de cuatro mil caballos, á Macdonald y á Victor con cinco mil hombres de infantería, á la Vieja Guardia, fuerte de cuatro mil granaderos y cazadores, á la gruesa caballería de la Guardia, conservando de dos á tres mil ginetes montados, y por último, á la reserva de artillería de Druot, en

totalidad de diez y séis á diez y siete mil hombres. Marmont, con los restos de los cuerpos 3.°, 5.° y 6.°, Semelé y Durutte con sus divisiones, Mortier y Oudinot con la Jóven Guardia. Bertrand con el 4.° cuerpo se hallaban detrás, y estos á dos jornadas. Sin embargo, Napoleon no vacilo en caer sobre el ejército bávaro para que se arrepintiera de su temeraria conducta. Importaba forzar el paso, para no consentir que se engrosara y fortaleciera el obstáculo que se alzaba delante de nosotros.

Partióse de Langen-Sebold y se marchó en direccion de Hanau el dia 30 de octubre por la mañana.

A alguna distancia se encontró la division de vanguardia del general de Wrede, y la division de Lamotte, apostada en Ruckingen De pronto fué acometida y arrollada sin grande esfuerzo. Se le siguió vivamente, y encontróse al ejército austro-bávaro delante de la selva de Lamboy, por donde pasa el camino real de Maguncia. Véase cuáles fueron las disposiciones adoptadas por el general de Wrede.

Extendíase la selva de Lamboy de izquierda á derecha, desde el Kinzig hasta las montañas del pais de Darmstadt. Mas allá de la selva aparecia despejado el terreno, si bien se encontraba el obstáculo del Kinzig, riachuelo que va á desaguar en el Main y que envuelve antes á Hanau. Despues de cruzar el camino la espesura de la selva, desembocaba en un llano, tocaba en el Kinzig cerca del punto donde este rio se junto al Main, pasaba de seguida á la derecha bajo el cañon de Hanau, y por último continuaba hasta Francfort y Maguncia entre el Main y las montañas. Delante y sobre el lin-

de de la selva habia situado el general de Wrede sesenta bocas de fuego, bien servidas y bien apoyadas, habia llenado lo interior de la selva de una muchedumbre de tiradores, y alineado su ejército en la llanura del otro lado, con la espalda al Kinzig, la derecha en el puente de Lamboy sobre el mismo rio, y la izquierda delante de Hanau. Se habia cubierto por diez mil ginetes. De esta manera disponia de unos cincuenta y dos mil hombres, descontando los destacados sobre Francfort y los dejados en frente de Wurtzburgo. Los corredores de Thielmann y de Litchenstein se le habian incorporado.

Acudiendo Napoleon personalmente á la cabeza de su vanguardia, reconoció y juzgó las disposiciones del enemigo. No tenia á la mano mas que la caballería de la vanguardia, y los cinco mil infantes de Macdonald y de Victor. Le seguia la Vieja Guardia.

A la derecha y á las órdenes del general Charpentier hizo que se alineara la infantería de Macdonald, y á la izqvierda y á las órdenes del general Dubreton la de Victor, y prescribió á uno y á otro que desparramaran tiradores por los bosques. Con toda su caballeria se mantuvo sobre el camino real y en presencia de la artilleria bávara, hasta que se le incorporó la artilleria de la Guardia. Apenas dada la señal, nuestros diestros tiradores lanzados á la selva, con la audacia y la inteligencia que les distinguian, penetraron en su espesura. Rompiendo un multiplicado tiroteo de fusileria en medio de los bosques, muy pronto los iluminó con mil fuegos. Nuestros tiradores ganaron sucesivamente terreno sobre el flanco de las tropas que sos-

tenian la artillería contraria, y obligáronlas á desandar camino. Establecida convenientemente poco despues una porcion de nuestra artillería, cañoneó con viveza á la de los bávaros, ya privada del apoyo de su infantería, y la obligó á replegarse. De este modo se empujó á los bávaros á lo interior de la selva, y se cruzó detrás de ellos la mayor parte de la espesura, siempre disparando sobre sus flancos. Llegando entretanto la division de Curial perteneciente á la Vieja Guardia, Napoleon dirigió dos de sus batallones sobre la columna en retirada, y acabóla de lanzar de la selva al llano. Ya en el linde de los bosques, descubrió cincuenta mil hombres en batalla, con la espalda vuelta al Kinzig, apoyándose hácia un lado sobre el puente de Lamboy en frente de nuestra izquierda, y hácia otro sobre la ciudad de Hanau en frente de nuestra derecha. Delante se hallaba la excelente y numerosa caballería de los contrarios. Para desembocar en la llanura, aguardó Napoleon á que llegaran la artillería, asi como la infantería y la caballería de la Vieja Guardia. Cuando los bávaros, que habian servido honrosamente en nuestras filas, y estaban muy al cabo de lo que valia la Guardia, la vieron aparecer en línea, se conmovieron hondamente, y sobre todo el general de Vrede, quien comprendió la falta que habia cometido, situándose delante de tales tropas con un rio á la espalda. Creyó que el grande ejército llegaria tan acosado por los coaligados, que su tarea se reduciria á coger prisioneros.

Al ver Napoleon aquellas disposiciones, dijo con ironía.—¡Pobre de Wrede, le pude hacer conde, pero no general!—Al punto alineó ochenta bocas de fuego de la Guardia el linde del bosque, extendió á la izquierda los granaderos de la division de Friant y á la derecha á la caballería de Sebastiani, de Lefèbvre-Desnoette y de Nansouty.

Despues de algunos instantes de un violento cañoneo, maniobró primero por su derecha, y lanzó toda su caballería sobre la del general de Wrede. Nuestros granaderos y nuestros cazadores de á caballo de la Guardia ardian en impaciencia por hollar con sus pies á los infieles aliados, que les acababan de obstruir imprudentemente el camino de Francia. De un solo choque fueron repelidos los escuadrones bávaros sobre los escuadrones austriacos. Estos cargaron á su turno, pero la exasperacion de nuestra caballería habia llegado á colmo, y derribó cuanto se le puso por delante, y arrolló sobre el Kinzig y sobre Hanau la izquierda del ejército austro-bávaro. Hácia el centro las olas de la caballería contraria, en las idas y venidas de tan repetidas cargas, se llegaron á lanzar un instante sobre las ochenta bocas de fuego de la Guardia. Drouot hizo que se apretaran sus piezas unas contra otras, y colocando delante á sus artilleros con las carabinas, detuvo á los escuadrones enemigos, y al replegarse los acribilló de metralla. Ya estaba á salvo, cuando nuestra infantería acudió en su socorro.

Acorralado el general de Wrede sobre el Kinzig, no vió otro recurso que el de llevar su ejército hácia la derecha sobre el puente de Lamboy, para volver á pasar el rio. Con el fin de proteger este movimiento y de lograr el espacio que le hacia falta, intentó un ataque sobre nuestra izquierda; pero cabalmente los granaderos de Friant se hallaban á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta parte, y aquellos valientes, cuyo denuedo se habia encadenado á menudo, participaban de la exasperacion de toda la hueste. Apoyados por la cabeza de las tropas de Marmont que acababa de llegar entonces, se pusieron en movimiento y acometieron á los bávaros á la bayoneta, empujándolos sobre las tropas ocupadas en pasar el Kinzig, y matándoles setecientos ú ochocientos hombres á bayonetazos. Desordenadamente pasó de Wrede el Kinzig de nuevo, dejando de diez á once mil hombres, muertos, heridos ó prisioneros en nuestras manos. A lo sumo costónos tres mil hombres este encuentro brillante, y la magestad del ejército francés quedó muy dignamente vengada.

Sin embargo, convenia no perder tiempo en contar nuestros trofeos, pues replegado de Wrede detras del Kinzig con cuarenta mil hombres, podia descubrir el escaso número de nuestras tropas, y desembocar de Hanau para interceptarnos el camino. Orgulloso Napoleon, no por sí mas por sus soldados, de esta nueva batalla del Berezina, se puso en marcha el 31 de octubre con Sebastiani, Lefèbvre-Desnoette, Macdonald, Victor y la Vieja Guardia, á fin de abrir nuevamente el camino de Maguncia, si estaba obstruido en alguna parte. A Marmont dejóle para que siguiera á lo largo del Kinzig, é impidiera que el enemigo desembocase de Hanau, cuyo cañon dominaba la calzada.

En la mañana del 31 de octubre dispuso el mariscal Marmont tomar á Hanau, que aterrorizado el enemigo habia evacuado casi del todo, y partiendo á cosa de medio dia, confió la custodia de este puesto al general Bertrand que le seguia en la marcha. Allí pasó el general Bertrand la noche, siempre con

la intencion de enfrenar á los bávaros y de impedirles que cortaran el camino. Queriendo de Wrede tomar algun desquite el dia 1.° de noviembre por la mañana, y lisonjeándose de no encontrar ya por delante mas que alguna débil retaguardia, sobre la cual se resarciria de su derrota, probó á desembocar del Kinzig por el puente de Lamboy hácia nuestra izquierda, tratando de recuperar á Hanau hácia nuestra derecha. Delante del puente de Lamboy habia situado Bertrand á la division de Guilleminot, en el centro á la division de Morand, que podia cañonear á Hanau por encima del Kinzig, y delante de Hanau á la division italiana, parte en la ciudad y parte á lo largo de dicho rio, con encargo de proteger la carretera.

Al despuntar el dia asaltó de Wrede en Hanau á los italianos, les tomó una de las puertas, penetró en la ciudad, y arrollólos sobre el puente del Kinzing, hacia donde corrió para capturarlos y ocupar de seguida el camino. Pero, disparando Morand por encima del Kinzig sobre el flanco de la columna contraria, la cubrió de proyectiles. Cobrando brios los italianos volvieron á la carga, é hicieron que los bavaros se metieran dentro de Hanau. De Wrede recibió una herida en el bajo vientre, y tan grave que se le tuvo por muerto.

Entonces mismo hácia nuestra izquierda intentaron los austro-bávaros pasar el Kinzig por encima de los caballetes de Lamboy medio quemados. Guilleminot dejó pasar á cierto número de ellos, y acto continuo precipitólos en el Kinzig á la bayoneta. Libres al cabo nuestros cañones de correr por el camino de Maguncia encontraron allí tantos cadaveres que, segun el dicho de un testigo ocular

ilustre, rodaban sobre un lodo de carne humana (1). ¡Fúnebre y terrible retorno del grande ejército á Francia!

El cuerpo del general Bertrand tomó el camino de Hanau el postrero. Enterado el mariscal Mortier con la Joven Guardia de las dificultades que se encontraban por esta via, dió un rodeo á la derecha, y llegó á Francfort sano y salvo. En Maguncia acabó de entrar el 4 de noviembre el grande ejército tristemente triunfante. Solo quedó fuera la caballería para recoger á nuestros rezagados mas morosos. Cerca de cuarenta mil pasaron en el espacio de algunos dias.

De este modo tornamos al Rhin, despues de tantas victorias seguidas ahora de tantos reveses, al Rhin, que habiamos tenido esperanza fundada de volver á pasar tranquilamente, despues de una paz general y gloriosa. Asi pudo ser en efecto, pero el indomable orgullo de Napoleon no permitió que se realizase tal esperanza.

A la sazon se encontraba Napoleon en Maguncia, pudiéndose convencer por sus propios ojos de toda la extension de sus faltas. De tal manera habia llegado á ser el Rhin propiedad nuestra, que lo de contentarnos con poseerle se considerara seis meses atrás como una gran prueba de moderacion por nuestra parte, y ahora era dudoso lo de que pudiéramos defenderle. Tanto habia pensado Napoleon en la conquista y tan poco en la defensa que el territorio del Imperio casi se hallaba al descubierto del todo. Salvo en Italia, perteneciente asimismo á

(1) Expresion del mariscal Gerard, á quien la oí de su propia boca.

la conquista, nada se habia hecho en las plazas de la frontera. Ya habia empezado Napoleon á pensar sobre este punto, si bien en época en que ya no quedaba tiempo suficiente para que las órdenes expedidas se pusieran en planta. Hasta los grandes acopios promovidos por conducto de Mr. de Basano despues de la batalla de Dennewitz, deliberados y resueltos entre los principales ministros de París, fueron anulados por Napoleon á causa de lo dispendiosos, y especialmente á causa de la alarma que temia esparcir á las márgenes del Rhin de resultas. Asi á lo largo de esta frontera, que debiera haber sido objeto principal de nuestros cuidados, se hallaba todo en un estado deplorable. Se habian agotado municiones y armas de todas clases para Erfurt, Dresde, Torgau, Magdeburgo, Hamburgo, y vacíos estaban los arsenales franceses. Aun no estaban hecho los acopios de madera ordenados muchos dias antes, y lo propio acontecia respecto de los acopios de sitio (1). Aun era mas insuficiente el personal que el material. En Strasburgo, Landau, Metz, Coblentza, Colonia, Wesel, no habia mas que algunas compañías de guardias nacionales levantadas á toda prisa por los prefectos, y que apenas sabian disparar los fusiles. Solo Maguncia, vasto depósito de reclutas que no hubo tiempo de enviar á campaña, de merodeadores sucesivamente llegados, de enfermos, de heridos trasladados segun se pudo, centro en fin de reunion para nuestros restos de toda especie, contenia medios de defensa. Pero se necesitaba de un ejército en esta

(1) Hablo á tenor de los partes de los generales destinados al Rhin con mando.

plaza, y aunque al grande pertenecian cuantos iban entrando, apenas se contarian cuarenta mil hombres en estado de pelea. Ocho mil hombres sumaban á la vuelta de las hostilidades las divisiones de la Jóven Guardia, que se habian portado bizarramente, tres mil tenian aun despues de Leipsick, y ahora se hallaban reducidas unas á mil y otras á mil y cien soldados. En idéntica proporcion se encontraban disminuidos todos los cuerpos.

Queriendo Napoleon reservar en Maguncia, lo mejor que habia traido, dejó allí á las órdenes del general Bertrand el cuerpo 4.°, destinado a formar la vanguardia del ejército que pensaba reunir para la campaña venidera. Ademas de la division de Morand siempre suya, constaba de la de Guilleminot recientemente agregada, y de las divisiones de Durutte y de Semelé, únicas reliquias de los cuerpos 7.° y 16.°, segun se ha dicho. Aun despues de algunos dias de descanso no presentaban estas cuatro divisiones quince mil soldados. Napoleon ordenó que con los desbandados, á quienes se detenia al paso del Rhin, fuesen reorganizadas sin demora. Dedicada fué la caballería de la Guardia á recoger estos hombres á muchas leguas mas arriba y mas abajo de Maguncia. Pero los vestuarios, los zapatos, los fusiles, los víveres que les eran distribuidos, no alcanzaban á contrarestar la influencia de las malas costumbres contraidas, y aunque la mayor parte de ellos se portaron á maravilla algunas semanas antes, ya era dudoso que se les pudiera hacer figurar como buenos soldados. A lo interior desertaban tan luego como se les quitaba ojo. Excelentes proseguian los cuadros, y segun todas las muestras, mas fácil seria crear soldados

con conscritos procedentes de sus hogares, que con hombres á quienes se acababa de exponer harto pronto, y muy de improviso, y sin el estímulo de la victoria á las mas crueles extremidades de la guerra.

Con todo, al cabo de algunos dias elevóse á mas de veinte mil hombres este cuerpo 4.°, última representacion del ejército que en Lutzen, Dresde y Leipsick habia lidiado. Se le agregó á Lefèbvre-Desnoette con la caballería ligera de la Guardia y con los dragones veteranos del 5.° cuerpo, componiendo en totalidad de tres á cuatro mil ginetes. Dotósele con una buena artillería. A los tres mariscales Marmont, Victor y Macdonald se confió la custodia del rio. Encargado fué el mariscal Marmont de guardar desde Landau hasta Coblentza con las reliquias de los cuerpos 3.°, 5.° y 6.° de infantería, y 1.° y 5.° de caballería. A sus órdenes debia tener al general Bertrand y á Maguncia, procediendo á la recomposicion de las tropas comprendidas en el territorio de su mando. Situada fué la Joven Guardia un poco detrás de Maguncia para reorganizarse bajo la vigilancia del mariscal Mortier, y con la caballería de la Guardia se hizo lo propio. A Colonia fué enviado el mariscal Macdonald con el cuerpo 11.°, que habia de recomponer igualmente. Se le dió el 2.° cuerpo de caballería para velar en custodia del Rhin é impedir que lo cruzaran los cosacos. Todos los polacos, que aun quedaban de infantería o caballería, fueron enviados á Sedan, antiguo depósito de estas tropas aliadas, á recibir allí una organizacion nueva. Establecido fué el mariscal Victor en Strasburgo con el 2.° cuerpo, que bajo sus órdenes habia hecho la campaña de 1813, y cubrírtose en ella de gloria. Con estos debian guar-

dar la frontera del Imperio los tres mariscales. Los gendarmes y los aduaneros, vueltos de todos los paises que habiamos ocupado, detenian á las márgenes del Rhin á todos los hombres rezagados que iban llegando, y procuraban hacerlos ingresar nuevamente en sus cuerpos. Gracias á este recurso, cuyo valor ya se ha puntualizado, se esperaba completar las tropas acantonadas sobre la frontera. Por desdicha, además de sus malas disposiciones morales, recientemente habian sido atacadas de un contagio físico espantoso. A nuestro paso por dondequiera, y ya hasta junto á las márgenes del Rhin se habia propagado la calentura hospitalaria, nacida en nuestros vastos depósitos del Elba, y originada por el hacinamiento de hombres, el cansancio, el mal alimento, las continuas lluvias de los dos últimos meses, y las tristes pasiones que afligian á nuestros heridos y á nuestros enfermos. De cuantas plagas nos cayeron encima, no se contaba otra mas tremenda. De penetrar acababa en Maguncia y de hacer allí notables destrozos, anunciándolos aun mas terribles. Desde este punto cundió á lo largo del Rhin por la parte de arriba y la de abajo. De esta suerte parecia que ninguna calamidad nos perdonaba por entonces.

Despues de atender Napoleon á lo mas urgente, mediante la permanecia de una semana en Maguncia, salió con direccion á Paris el dia 7 de noviembre, para trasladarse al centro del gobierno de que era motor indispensable, y de preparar los medios de una nueva y postrera campaña. Mientras se ocupaba en hacer esfuerzos inauditos por sacar de la Francia agotada los recursos que aun tenia, y por atajar sobre la frontera del Rhin á enemigos, á

quienes una larga opresion habia hecho implacables, del Rhin al Vístula, entre veteranos y reclutas, y actualmente asediados ó bloqueados por las legiones de la Europa coaligada, le quedaban soldados para formar uno de los mejores ejércitos que habia reunido nunca. Tres mil hombres le quedaban en Modlin, igual número en Zamosc, veinte y ocho mil en Danzick, ocho mil en Glogau, cuatro mil en Custrin, doce mil en Stettin, treinta mil en Dresde, veinte y seis mil en Torgau, tres mil en Wittenberg, veinte y cinco mil en Magdeburgo, cuarenta mil en Hamburgo, seis mil en Erfurt y dos mil en Wurzburgo, lo cual sumaba una fuerza total de ciento noventa mil hombres, útiles para el servicio casi todos, no habiendo sido inclusos en este cálculo ni los heridos ni los enfermos, aguerridos ó instruidos todos, mandados por excelentes oficiales, y conteniendo especialmente incomparables soldados de artillería y de ingenieros. Nunca habia militado mas hermoso ejército bajo la bandera de Francia, si por milagro se pudiesen reunir sus desparramadas reliquias, y recuperar el conjunto, que les hizo perder su aislamiento en puestos distantes. Segun hemos visto, Napoleon alimentó la esperanza de volverse á hallar junto al Oder y al Vístula de resultas de una sola batalla, y quiso conservar sus fortalezas, de modo de tornarse á situar de pronto en su posicion antigua. Por este motivo destinó á las plazas fuertes del Oder y del Vístula unos sesenta mil hombres. Durante el armisticio pudo allegarlos todos, y reforzar su línea del Elba; pero, seducido por la esperanza propia, insistió en igual falta, y la acababa de agravar por extremo, abandonando el Elba, sin retirar sus guar-

niciones. Así fueron sacrificados estos ciento noventa mil hombres tan preciosos y muy bastantes para formar la próxima primavera el fondo de un soberbio ejército de cuatrocientos mil soldados. Verdad es que, entre estos ciento noventa mil hombres, se contaban treinta mil extrangeros, impacientes por retornar á sus hogares desde que sus soberanos rompieron con Francia; pero, si figuraban entre ellos veinte mil alemanes ó ilirios, con los cuales no se podia contar de ningun modo, tambien habia diez mil polacos, ya tan valerosos y siempre tan leales como los soldados de nuestro ejército antiguo. Siempre resultaba la pérdida segura de ciento setenta mil hombres, debida á una ciega confianza en la victoria y á la funesta pasion de restablecer en una jornada una grandeza destruida por muchos años de faltas irreparables.

Dicho dejamos que un milagro podia restituir aquellas tropas a Francia. Con efecto, si un hombre de intrepidez y de osadía, y sobre todo de fortuna, hallándose á la cabeza de una de las guarniciones, saliese de la plaza ocupada, forzando el bloqueo establecido en torno de sus muros, se fuera a unir á la guarnicion mas inmediata, y yendo de esta manera de una á otra, juntara toda una hueste, atendidas las pocas fuerzas dejadas por los coaligados á sus espaldas, lo probable era que pudiese llegar al Elba y al Rhin, y retornar al frente de una gran fuerza á Francia. ¿Pero en cuál de las plazas bloqueadas se podia consumar tal milagro? No de seguro en las mas distantes. Por ejemplo, las guarniciones de Modlin y de Zamosc, compuestas de lituanios y de polacos, poco inclinados á salir de su territorio, se hallaban á mucha distancia

una de otra, y eran harto escasas para ensayar atrevidas concentraciones. Sin duda pudiera hallar escape, arrollando á los que intentasen cerrarlo el paso, la guarnicion de Leipsick, compuesta aun de mas de veinte mil hombres, á pesar de las enfermedades traidas de Rusia; pero fuera acosada de muerte por fuerzas muy superiores, y quizá destruida, antes de llegar al Oder, donde á la verdad la aguardaban nueve mil franceses ó aliados en Stettin y cuatro mil en Custrin, si allí se presentaba ya en salvo. Ademas de la dificultad procedente de las distancias, de las mismas instrucciones de Napoleon se originaba otra Al general Rapp habia ordenado que no entregara á Leipsick sino en virtud de órden firmada de su puño, y que se hiciera matar mas bien que rendirse, y privado este gefe de noticias, no debiendo dar asenso a las del contrario, se hallaba en la imposibilidad de conocer la situacion á punto fijo, para considerarse autorizado á alterar instrucciones tan terminantes y tan formales como las que Napoleon le habia dado. Aunque mas próximas al Elba las tres guarniciones del Oder, esto es, las de Stettin, Custrin y Glogau, todavía distaban mucho unas de otras, y eran de escaso bulto, y estaban muy vigiladas, para que intentasen reuniones de fuerzas que les permitieran volver al Rhin con algunas probabilidades de buen suceso.

En aptitud se hallaban de tomar la iniciativa y de restituir á Francia no menos de cien mil hombres, con gefes tal ilustres como Saint-Cir y Davout las guarniciones del Elba, esto es, las de Hamburgo, Magdeburgo, Wittenberg, Torgau, Dresde, que formaban reuniones de veinte á treinta mil

hombres, y estaban cerca unas de otras, y para tornar á Francia solo tenian que cruzar la Westfalia á la sazon libre de la presencia del enemigo. Entre estas plazas fuertes del Elba se contaban evidentemente las dos extremas de Dresde y Hamburgo, con mariscales á su cabeza y mas de treinta mil hombres cada una, que pudieran probar á hacer una concentracion repentina; y por último, de la guarnicion de la capital de Sajonia se debia esperar esta operacion con mas fundamento.

Para que un caudillo, á la cabeza de una fuerza de monta y encargado de un punto importante, se decidiera á evacuarlo espontáneamente, con ánimo de tomar la vuelta del Rhin, se requeria que las ideas, á que se le habia acostumbrado, le autorizaran á seguir tal conducta. No se hallaba el mariscal Davout en este caso. Sabia que Hamburgo era la causa principal de la ruptura de las negociaciones de Praga; que Napoleon tenia empeño en mantenerla hasta el punto de haber arrostrado una guerra mortal por no renunciarla; que Hamburgo era el apoyo de las guarniciones del Oder y de Danzick, el baluarte de Westfalia y de Holanda, el punto de enlace con Dinamarca; y que de consiguiente su abandono constituia una resolucion capital, y perteneciente no mas que al mismo gefe del Estado. Hé aqui un conjunto de consideraciones nada adecuadas á inspirarle el pensamiento de evacuar á Hamburgo, á menos de una necesidad apremiante. Pero se agregaban otras razones decisivas para apartarle de tal idea. En Hamburgo poseia todos los medios de sostenerse, como lo probo antes de mucho; y asi no tenia ninguna obligacion inmediata de cambiar de posicion. Además,

suponiendo que se le alcanzara la necesidad de tomar la vuelta de Francia á la cabeza de las guarniciones dejadas fuera, no podia cargar con la responsabilidad de subir el Elba hasta Torgau y Dresde, pues de este modo se metiera en un callejon sin salida, no siéndole posible la retirada, como que se hallaba la coalicion toda entre Dresde y Maguncia. Por tanto, aun concibiendo la idea de una concentracion espontanea, debia esperar á pié firme á que le fuesen á buscar las guarniciones de Dresde, de Torgau, de Magdeburgo, y entonces por Westfalia y Wesel tornara á Francia á la cabeza de cien mil hombres. Asi, aparte de que el órden de ideas en que se le habia mantenido no le debiera inspirar la evacuacion de Hamburgo, tampoco se presentaba como practible la concentracion del bajo al alto Elba, sino del alto al bajo.

Estas sencillas reflexiones demuestran que en la capital de Sajonia debiera nacer la resolucion de juntar las guarniciones vecinas, y de componer una fuerza cada vez mas creciente para tomar la vuelta de Francia. A la verdad todo debia inducir á tal conducta al mariscal Saint-Cir, caudillo en Dresde, ora atendiera á las ideas anteriores que llenaron su mente, ora á la urgencia de la situacion, ora á los recursos que tenia á mano. Ante todo no era plaza la capital de Sajonia donde pudiera mantenerse, sino un puesto militar para conservarlo algunos dias tan solo, puesto que Napoleon no habia pensado guardarla mas que muy transitoriamente, y cuya evacuacion casi habia ordenado sin prescribirla de una manera terminante, al decir en sus instrucciones, que si circunstancias imprevistas impedian al mariscal Sain-Cir permanecer en

Dresde, se debia retirar á Torgau. Asi el pensamiento natural y que era imposible que no se ocurriera, se reducia á evacuar la capital de Sajonia, al saber que Napoleon se habia retirado sobre el Rhin con su hueste. Además esta plaza indefendible por mas de ocho dias, ya despues de la partida del grande ejército no tenia importancia alguna, no cubria nada, se quedaba simplemente al aire, y no contenia el menor recurso en materia de comestibles. De consiguiente urgia abrazar un partido respecto de Dresde, y no pudiendo tornar á Francia por medio de la Sajonia, pues se necesitara arrollar á los ejércitos coaligados, con evidencia resaltaba que á Torgau convenia replegarse. Para llegar allí solo habia dos jornadas, y se encontraran veinte y seis mil hombres, diez y ocho mil de ellos franceses y útiles para el servicio, juntándose asi cuarenta y ocho mil soldados, fuerza muy superior á cuanta reunia la coalicion á las margenes del Elba. Al paso se recogieran en Wittenberg tres mil hombres, y á los dos dias se lograra otro refuerzo de diez y ocho á veinte mil útiles para el servicio en Magdeburgo. Por tanto se formara de seguida un ejército de sesenta mil combatientes, ejército que podia estar seguro de no encontrar entres semanas hasta las orillas del mar quien se le igualase. En Hamburgo acabara por reunir ciento diez mil excelentes soldados. ¿Y entonces, quién podria estorbar que ganaran el Rhin estos valientes?

Claro es, pues, que si de alguna parte debia partir el primer impulso para operar concentraciones espontáneas, habia de ser de Dresde y del mariscal que ejercia allí el mando. Fuerza es añadir que en el mariscal Saint-Cir no cabia la escusa,

muy efectiva entonces y alegada á menudo, de la falta de independencia y de espontaneidad de los lugartenientes de Napoleon, acostumbrados á obedecer siempre y á no mandar nunca. Independiente este caudillo por fuerza de espíritu y por indocilidad de caracter, no admirando á nadie, ni á Napoleon siquiera, criticando cuantas instrucciones recibia, no se hallaba en el caso que otros de explicar su falta de resolucion por la sumision puntual á órdenes superiores, y ordenes que por otra parte, despues de la retirada del ejército, sonaban mas bien en el sentido de la evacuacion que de la conservacion de la capital de Sajonia. De consiguiente si los ciento setenta mil franceses dejados por una deplorable falta de Napoleon sobre el Vistula, el Oder y el Elba, tenian alguna eventualidad de verse en salvo, en número de cien mil á lo menos, solo á una determinacion espontánea del mariscal Saint-Cir podian ser acreedores de tal ventaja. No tomó resolucion tan importante, y los mismos hechos van á revelar si se halla suficientemente justificado de no tomarla.

Apenas se trasladó Napoleon de Dresde á Duben, se ejecutaron en torno de la ciudad movimientos incesantes de tropas, apareciendo evidentemente que se transferia á otro punto el interés de los coaligados, pues no habian dejado delante de la capital de Sajonia mas que algunas fuerzas insignificantes, sobre las que era fácil el triunfo para acometer alguna saludable empresa. En el mismo instante de la batalla de Leipsick, cuando Bubna, Colloredo y Benningsen levantaron el campo, á fin de juntarse al grande ejército del príncipe de Schwarzemberg, notóse su desaparicion al

punto, y un general tan afortunadamente atrevido como Richepanse lo fué en Hohenlinden, quizá probara á seguir á este cuerpo de tropas, y si apareciera el dia 18 sobre sus espaldas, de seguro cambiara inmensamente nuestro destino. Verdad es que esta resolucion se resintiera de temeraria hasta lo sumo, y fuera difícil de conciliar con las instrucciones de Napoleon de guardar á Dresde, instrucciones dadas al concebir el gran proyecto de marchar detrás de Bernadotte y de Blucher sobre la capital de Prusia, para revolver por Dresde sobre las espaldas del ejército de Bohemia. No hay, pues, fundamento para dirigir al mariscal Saint-Cir un cargo por no tomarla. Harto pronto supo la desaparicion de las principales fuerzas acantonadas delante de Dresde, y proporcionóse la satisfaccion muy legítima y muy laudable de hacer sufrir un descalabro al débil cuerpo de bloqueo, allí dejado; pero se atuvo á esto. Algunos dias mas tarde, no sabiendo nada, no viendo llegar á nadie comenzó á experimentar zozobras, que cundieron en torno suyo, pues todos se preguntaban qué habia sido del grande ejército de los franceses. Permanecer metido en aquel encierro, donde no habia comestibles ni municiones sino en porcion escasa, en medio de una poblacion tranquila, si bien poco benévola y sirviendo de mucha carga; permanecer en tan mal paso, repugnaba á todos, y á cada instante surgia la idea de irse, pues estaba al comun alcance, que ya nada habia que hacer en Dresde mas que exhalar el último aliento. Hallándose en todas las cabezas este pensamiento de retirarse, convocó el mariscal Saint-Cir un consejo de guerra, compuesto del conde de Lobau, del general Durosnel, del general Mathieu Dumas y de algunos otros. Con su habitual sagacidad dijo el conde de Lobau que no habia que intentar mas que una cosa, y era emprender la retirada sobre Torgau, donde se encontrarian una guarnicion numerosa, y víveres, y abierto en todo caso el camino de Magdeburgo. Espantados quedaron los demás generales de la responsabilidad que se echarian encima al pronunciarse en retirada, y dijeron que aun no habia llegado la hora de creerse abandonados y de abrazar de resultas una resolucion extrema. A la verdad aun era lícita la duda el dia 21 de octubre, no habiéndose efectuado la evacuacion de Leipsick sino dos dias antes. Sin embargo, muy luego la alegría no disimulada de los sajones, y las comunicaciones del enemigo interesado en desesperarnos, nos enteraron del desastre de Leipsick y de la retirada forzada de Napoleon sobre el Rhin. Ya entonces se veia á las claras la urgencia de abrazar un partido y sin la mas leve demora, antes de que estuviesen cerrados todos los caminos. A la sazon conviniera convocar un consejo de guerra y obligar á cada uno á que deliberara en vista del desastre comprobado del grande ejército y de la notoria imposibilidad de recibir socorros.

Adoptando los cálculos mas cortos, se podian poner sobre las armas veinte y cinco mil hombres en cabal estado de servicio, y todo induce á creer que á la hora de la partida se contaran treinta mil con el fusil al hombro. No se tenian delante veinte y cinco mil soldados, y aun cuando fueran en número doble, como sin duda se hallaban distribuidos á las dos márgenes del Elba, habia certidumbre de abrirse paso, rompiendo por un punto cual-

quiera el extensísimo círculo que se veian obligados á trazar en torno de la plaza. Finalmente, se mostraba segura la perspectiva de morir de hambre y de miseria, sin poderse honrar con una defensa que las fortificaciones de la ciudad no hacian posible, y de ser muertos ó prisioneros, cuando las tropas enemigas encaminadas á Leipsick estuviesen de vuelta sobre la capital de Sajonia. Si alguna vez hubo urgencia de decidirse, con evidencia del partido que debia ser abrazado, fué en la presente coyuntura.

El mariscal Saint-Cir tenia gran talento, en el fuego figuraba como bizarrísimo soldado, además le distinguia una verdadera independencia de carácter, y sin embargo á la sazon dió pruebas de que estas dotes relativas no son las que inspiran las grandes resoluciones en determinadas circunstancias. Nada resolvió, nada hizo, y dejó correr el tiempo en sensibilísimas vacilaciones. Le ocurrió la singular idea de enviar un agente secreto al gobernador de Torgau, para saber si tendria comestibles que darle, en caso de que se replegara sobre esta plaza. Inútil era la pregunta, pues, ademas de que siempre habiamos sacado de Torgau nuestras provisiones de granos, y de que se poseia al excelente general Mathieu Dumas, muy al cabo de todos los recursos con que el ejército contaba por la índole de sus funciones, no se trataba de ir á Torgau para fijar alli la residencia, sino de paso, lo cual variaba mucho. Alli penetró el agente, se le dijo que habia comestibles, y que de buen grado los partirian con sus vecinos de Dresde, si tenian la buena inspiracion de ir á aquel punto; pero no pudo subir el Elba y fue detenido. Asi se permaneció

sin respuesta y sin determinar cosa alguna, no solo á fines de octubre, sino á principios de noviembre. Dos semanas habian trascurrido, y estrechándose el cordon de bloqueo de hora en hora, y habiéndose desvanecido toda esperanza de socorro, abrazó por último el mariscal Saint-Cir un partido, si bien por desgracia un partido medio y el mas peligroso de cuantos pudieran ocurrirle. Como no habia que intentar mas que una cosa, y era la retirada á Torgau, no ideó acometer otra, y resolvió enviar al conde de Lobau con catorce mil hombres en direccion de esta plaza, hacerle bajar el Elba por la orilla derecha, y seguirle despues con el resto del ejército si lograba penetrar por aquel punto. No se comprende que un hombre, despues de acreditar suma sagacidad en la guerra, pensara en tentativa semejante. Si alguna eventualidad habia, y no habia una sino ciento, de romper la línea de bloqueo, solo estribaba en marchar todos juntos, sin dejar detrás á nadie. Con efecto era imposible que embistiendo á esta línea, débil por necesidad á causa de lo extensa, no se lograra verla rota. Para salir de Ciudad-Rodrigo el general Brenier el año de 1811, tuvo que correr muy otros peligros, y los superó á pesar de todo.

Sea como quiera, el mariscal Saint Cir fió al conde de Lobau el cuidado de bajar por la orilla derecha á Torgau al frente de catorce mil hombres. Este hizo la observacion muy exacta de que la tal empresa, segura quince dias antes con todo el cuerpo de tropas, se hacia dudosa al presente solo con la mitad de las fuerzas. No obstante obedeció al punto, y salió el 6 de noviembre de la capital de Sajonia Consigo llevaba un lugarteniente de méri-

to insigne, el general Bonnet, tan entendido como bizarro. A algunas leguas de Dresde y sobre la orilla derecha, se encontraron los primeros puestos enemigos y se les atropelló de golpe. Mas lejos hallóse una posicion bien defendida, que de seguro no se podia tomar sin copiosa efusion de sangre, pero que nada presentaba invencible. Además se veia al enemigo debilitarse sobre su frente, y reforzarse sobre sus alas para correr detrás de nosotros, é interceptarnos el regreso á la capital de Sajonia. Este movimiento probaba á las claras que, con el deseo natural de no permitirnos volver a Dresde, nos iba a abrir el enemigo el camino de Torgau por sí propio. Si todo el ejército se hallara junto, nada mejor se pudiera desear que ver al contrario ejecutar semejante maniobra, puesto que la dificultad no estaba á la espalda sino al frente. Pero, habiendo quedado la mitad de las fuerzas en la capital de Sajonia, este movimiento venia á ser muy alarmante, y así hubo que darse prisa a desandar camino para no quedar separados de las tropas alli permanentes.

Este resultado era la demostracion mas palmaria de la falta cometida, falta extraña en uno de los militares mas distinguidos de aquella grande época belicosa. Vuelta la columna á Dresde, se tuvo esta falsa marcha por condenacion formal de toda empresa sobre Torgau, y como no habia que proponer otra, esperóse á que llegara esta situacion á su extremidad con honda tristeza. Aunque emprendedor por carácter el general Klenau, enviado delante de Dresde, habia resuelto aguardar la rendicion voluntaria de los treinta mil hombres metidos dentro de la plaza. Ocho dias de paciencia tan solo

bastaban para ahorrarle que vertiera torrentes de sangre Asi contemporizó segun se propuso, y se le colmó la satisfaccion muy en breve.

Afligidos se hallaban todos los franceses, como que escaseaban los comestibles, y el horroroso contagio propagado del Elba al Rhin hacia estragos. Sumisos los habitantes, bien que exasperados por la prolongacion de nuestra permanencia, nos suplicaban que emprendiéramos la retirada, y aunque alemanes, se habian mostrado tan poco hostiles, que eran acreedores á que se les ahorraran padecimientos. Ya no habia esperanza alguna, ni aun la de una muerte gloriosa. Se entró pues en tratos y capitulóse el 11 de noviembre. No se podia hacer otra cosa, pues ya no habia medio de marchar, ni de permanecer, ni de batirse. Por consiguiente no hay que censurar la capitulacion, sino la conducta observada.

Ademas las condiciones eran á medida del deseo. La guarnicion debia deponer las armas y tornar á Francia por jornadas de etapa, con facultad de servir despues de cangeada. Asi habia esperanza de conservar á Francia estos treinta mil soldados, experimentados en una campaña terrible, y con ellos muchos heridos y enfermos, que sin una capitulacion se contaran perdidos. Los que la firmaron se podian lisonjear de haber salido de situacion tan desastrosa de una manera no muy nociva para ellos ni para Francia, á la cual estarian en proporcion de defender todavía. Sin duda lo de capitular aflige, pero consuela la imposibilidad de obrar de otro modo, y regocija la idea de volver á la patria dentro de pocos dias. Se hicieron los preparativos de marcha, y entonces se vio cuantas

fuerzas se hubieran juntado hácia el bajo Elba, si se emprendiera antes, pues cuando se trató de la partida, se presentaron en las filas mas de treinta mil hombres.

Empezóse pues la marcha aun con mas esperanza que tristeza. Pero á poca distancia de Dresde vino una noticia horrorosa á consternar todos los corazones. A vueltas de muchas excusas hizo saber el general Klenau que el emperador Alejandro no sancionaba la capitulacion y exigia que la guarnicion se constituyese prisionera de guerra, sin permiso de volver á Francia. Esta resolucion fué para todos como un rayo y amargo asunto de pesadumbre. Entonces se pudo avalorar la falta cometida, al ponerse á merced de un enemigo, honrado sin duda, pero sin fé de resultas de las pasiones. Altiva y enérgicamente reclamó el mariscal Saint-Cir contra semejante providencia. Se le respondió con ironía cruel que si queria volverse á colocar en la situacion en que se hallaba poco antes dentro de Dresde, se le consentiria de buen grado; como si tal vuelta fuera posible enmedio de los moradores contentísimos de verse libres de nosotros y poco propicios á recibirnos de nuevo, y con medios de defensa destruidos ó divulgados. Aun puso el mariscal de manifiesto la indignidad de tal conducta, y no se le replicó mas que con la misma proposicion irrisoria, y hubo necesidad de someterse y de ir á expiar en el cautiverio una carrera de veinte años de gloria.

Sin duda la violacion de la capitulacion fué un acto indigno, consumado á pesar de todo por gentes honradas, pues hombres de bien eran el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el emperador de Austria, á quienes la historia debe tachar por su conducta en este lance. De aquí se saca una leccion especialmente para las mismas personas honradas, y es que se deben guardar de las pasiones políticas, pues les pueden conducir mal de su grado á actos abominables. La pasion concebida en aquella época contra Francia se asemeja mucho á las pasiones políticas que sienten respecto de sus adversarios los partidos que dividen á un mismo pais y que todo se lo creen permitido unos contra otros. Así, despues de una dominacion larga, nos habiamos atraido una guerra extrangera, con toda la violencia de las guerras civiles. ¡Tiempo triste aunque grande! ¡Tiempo triste, tan glorioso como abundante en sinrazones é inhumano!

No habiendo partido el impulso de Dresde, único sitio donde existia una fuerza considerable y un caudillo de graduacion elevada, de capacidad reconocida, y puesto por sus anteriores instrucciones en la pendiente de la retirada hácia el bajo Elba, cada una de nuestras guarniciones debia expirar tristemente en su plaza, y acabar miserablemente de hambre, ó de tifus, ó entre el fuego ó en el cautiverio. Muy cerca de Dresde, en Torgau, se hallaban á las órdenes del brillante conde de Narbonne veinte y seis mil hombres por lo menos, incluso el cuartel general que el general Durrieu habia allí conducido. Entre estos veinte y seis mil hombres se contaban unos tres mil cuatrocientos sajones, hesseses, wurtembergueses, que murieron ó salieron de aquel punto. Se componia el resto de franceses, pertenecientes muchos de ellos á las tropas especiales agregadas á los grandes parques de artillería y de ingenieros. De consiguiente existia una

fuerza que, unida á la de Dresde, proporcionara de pronto un ejército de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, capaz de arrollar cuanto se le pusiera por delante desde Torgau hasta Magdeburgo. Bastante fuerte era la plaza, hallándose situada á la orilla izquierda y protegida por una obra de excelente defensa, llamada el fuerte de Zinna. Inmensas porciones contenia de granos, de bebidas espirituosas y de carnes saladas; y la casualidad de una caida del caballo, le proporcionó una de las mas útiles adquisiciones, la del general Bernard, ayudante de campo del emperador y uno de los primeros oficiales de ingenieros de aquel tiempo. Repuesto en breve, agregóse al conde de Narbonne con el celo patriótico de que estaba animado, y ambos prometian ilustrarse con una tenaz resistencia. Aprovechándose de los numerosos brazos de que disponian y de los recursos pecuniarios que con el cuartel general se habian introducido, hicieron ejecutar grandes trabajos, y la plaza estaba en disposicion de defenderse briosamente. Pero metióse en ella un enemigo formidable, el tifus, que hacia víctimas numerosas, habiéndose llevado ya mil doscientos de nuestros infelices soldados en setiembre, y cuatro mil novecientos en octubre. Asi los sitiadores no tenian mas que dejar que obrara la plaga, muy bastante por sí á abrirles las puertas de la plaza en breve. Hasta entonces limitóse pues el enemigo á un bombardeo, que causaba grandes destrozos entre los moradores y muy pocos entre nuestros soldados. Solo si habia acontecido que, cayendo bombas sobre los carros que conducian los muertos al cementerio, y huyendo los sepultureros sin querer ejercitar su oficio, se

llenaron los hospitales de cadáveres, que no podian ser sepultados y que exhalaran un hedor horroroso á no petrificarlos el hielo. A todas las circunstancias, cuyo lugubre cuadro se ve obligada á trazar nuestra pluma, se vino á añadir la mas triste. Habiéndose hecho el conde de Narbonne una ligera contusion en la cabeza al caer del caballo, una herida insignificante se le trasformó en ataque de tifus, y murió con gran pesadumbre de la guarnicion y de cuantos le habian conocido. Asi acabó este hombre tan interesante que, juntando á la agudeza de la aristocracia francesa del siglo XVIII los conocimientos positivos de un administrador ilustrado, la sagacidad de un diplomático y los nobles sentimientos de un gran señor liberal, para desgracia suya se habia adherido al Imperio por admiracion hácia su gefe, cuando solo habia que asistir á las inconveniencias de nuestra diplomacia y á los desastres de nuestras tropas. Al conde de Narbonne habia reemplazado el general Dutaillis en el mando de Torgau, y se portaba allí bizarramente. Por lo demás solo le tocaba ser testigo de la larga agonía de una guarnicion que habia igualado casi á un ejército entero

En Wittenberg el general Lapoype, quien nada mas que con tres mil hombres habia defendido con denuedo y durante la campaña de la primavera la plaza contra la primera aparicion de los coaligados, ya comenzada la campaña del otoño, se habia apoderado del espíritu de su guarnicion escasa, y preparóla á una briosa resistencia contra los sitiadores del cuerpo de Tauenzien. No podia ejercer influencia sobre los sucesos con su perseverancia, pero sí esclarecer su renombre. Lo habia hecho, y dis-

puesto se hallaba á continuar por el mismo rumbo. Víveres tenia bastantes; y no habiendo acogido, al modo que la plaza de Torgau, los restos de ejércitos batidos, contaba enfermos en número escaso; grande era el de los extrangeros. Los contenia con su energía, y parecia dispuesto á sostener un largo sitio.

El general Lemarois, ayudante de campo del emperador, investido con toda su confianza y acreedor á ella, recibió el gobierno de Magdeburgo. Ninguna razon le podia autorizar á que evacuara espontáneamente una fortaleza tan importante, tan capaz de resistencia, y dominando hácia la mitad el curso del Elba y el centro de Alemania. Solo le pudiera arrastrar á salir de allí el interés de una grande concentracion en que no le tocaba tomar la iniciativa, y de la cual nadie llegaba desgraciadamente á proporcionarle la coyuntura. Por tanto se hallaba exento de cavilar sobre la cuestion grave de la evacuacion, y encerróse tranquilamente en su fortaleza, donde con víveres abundantes, con una guarnicion numerosa, con pujantes muros, con pocos enfermos, á causa de permanecer lejos de la mortandad pestilencial de Sajonia, por largo tiempo le era dado hacer cara á los ejércitos de los coaligados y lograr el doloroso honor de sobrevivir á la misma Francia.

En Hamburgo se hallaba el intrépido é imperturbable Davout, á quien Napoleon, por disgustos referentes á la campaña de Rusia y tambien por estimacion á su carácter inflexible, habia situado en una posicion distante, con gran detrimento de las operaciones de esta guerra, pues se habia privado así del único de sus generales á quien pudiera fiar cien mil hombres, despues de la muerte de Lannes y de la desgracia de Massena. Habiendo partido el mariscal al frente de treinta y dos mil soldados de Hamburgo, para iniciar un movimiento sobre la capital de Prusia, que las batallas de Gross-Beeren y de Dennewitz hicieron imposible, tornó al mismo punto al saber las desventuras de Sajonia, muy resuelto á sostener con sus treinta mil hombres, y con otros diez mil dejados en custodia de las obras de la plaza, un largo sitio, que fué mas bien una verdadera campaña defensiva, y de naturaleza propia á cubrir la baja Alemania, la Holanda y el Rhin Inferior. Tambien Davout, separado del emperador y de Francia, impasible enmedio de todos los desastres, previéndolos sin zozobra, se proponia figurar como el último de los hombres de guerra de aquel reinado que entregara á la coalicion su espada.

Sobre el Oder las plazas de Stettin, de Custrin, de Glogau, se sustentaban todavía, si bien solo por el honor de las armas. Stettin tenia por gobernador al general Grandeau, reemplazado algun tiempo por el general Dufresse, aquel que hizo tan poco caso de los disparos de fusil hechos contra Bernadotte durante el armisticio. Tenia víveres, doce mil hombres de guarnicion, tres mil de ellos tullidos en Rusia, y nueve mil útiles para el servicio. Su autoridad se extendia sobre Stettin y la plaza de Damm, que domina las vastas lagunas dependientes del Grosse-Haff. El general Ravier sustentaba á Damm, y lo hacia con gran denuedo. Además del ejército prusiano, tenia que haberselas con las escuadrillas inglesas procedentes del Oder. Admirable habia sido el vigor de la defensa, reduciéndose á

los sitiadores á rodear las dos plazas con unos veinte reductos, dentro de los cuales parecian mas bien atentos á guardarse contra los sitiados que á acometerlos. Dejaban á las escuadrillas inglesas el cuidado de bombardear á la guarnicion, que, no experimentando gran zozobra de resultas, se sonreia en cierto modo de un medio de ataque, funesto solo á los infelices habitantes prusianos. Sin embargo con esta impasibilidad se podia muy bien resistir al fuego del enemigo, pero no á las angustias del hambre. Acercándose el momento en que iban á faltar los víveres, pues duraba ya el bloqueo cerca de un año, el general Grandeau, de acuerdo con su consejo, entró en parlamentos con el enemigo, á fin de no verse obligado á rendirse á discrecion, si trataba cuando ya no tuviera ni un pedazo de pan. Se le propuso declarar su guarnicion prisionera de guerra, porque la coalicion estaba resuelta á no dejar volver á Francia á ninguno de los soldados que pudieran defenderla, objeto en que perseveraba, segun se ha visto, por medio de bloqueos no interrumpidos contra las guarniciones que oponian resistencia, y de violaciones de fé contra las guarniciones que ya habian capitulado. El general Ravier, con las tropas de Damm y casi todas las de Stettin, insurreccionóse al saber las condiciones ofrecidas, negándose á obedecer al general Grandeau. Esta guarnicion queria mantener flotante hasta el postrer momento la bandera de Francia sobre Alemania. Aun no estaba decidido nada á fines de noviembre.

En Custrin el general Fournier de Albe, contando apenas mil franceses en medio de tres mil suizos, cróatas y wurtembergueses, á quienes refrenaba con vigor sumo, se mantenia firme contra todos los esfuerzos del enemigo. Sin embargo de padecer cruelmente su guarnicion á causa del escorbuto, no indicaba la mas leve disposicion á rendirse.

En Glogau el general Laplane, despues de sostener por la primavera gloriosamente un asedio, sostenia otro con igual brio. Teniendo ocho mil hombres, víveres y obras bastante bien armadas, hasta el presente habia resistido los ataques todos. Pero aquellos valientes de Stettin, de Custrin, de Glogau, sin esperanza de incorporarse á la hueste francesa, ni de que esta fuese en su ayuda, se defendian por sostener el honor de la bandera. Lo que les acontecia, se verificaba en Danzick aun en mayor grado, si es posible, pues su heróica guarnicion bloqueada de continuo desde el mes de enero, no habia recibido mas que una vez noticias de Francia, y solo habia vivido de su valor y de su industria. Al retirarse á la plaza por el mes de diciembre de 1812, á consecuencia de la retirada de Rusia, el general Rapp, gobernador y defensor de Danzick, encerróse allí con cerca de treinta y seis mil hombres y algunos miles de enfermos. Esta guarnicion, mezcla de tropas de todas clases, y en su mayoría de tropas francesas y polacas, trajo consigo otra plaga distinta que la que devoraba á Torgau y á Maguncia, aun cuando no menos funesta, y era *la fiebre de congelacion*, nacida del frio, al par que la fiebre hospitalaria emanaba de la humedad y del aire mal sano. Aquella fiebre que arrebató á los generales Eblé y Lariboisière la vida, redujo la guarnicion en cerca de cuatro mil hombres. Sin embargo, las tropas que allí quedaban eran exce-

lentes, y estaban muy bien mandadas, pero no eran bastantes para las inmensas obras de Danzick, consistentes en la plaza, en un campo atrincherado y en la ciudadela de Weichselmunda situada en la embocadura del Vistula. Apenas entrado en la plaza, no armada todavía, hallóse Rapp al principio en extremado apuro. Con efecto, las aguas del Vistula, que rodean todas las obras de Danzick y forman la principal defensa, estaban heladas, y se corria el peligro de ver á los soldados rusos del cuerpo de Barclai de Tolly pasar los fosos y las inundaciones por encima del hielo y tomar á Danzick por escalada. Necesario fué romper un hielo de dos ó tres pies de espesor en cinco leguas á la redonda, montar la artillería en los baluartes, y hacer frente á un contrario atrevido, embriagado por sus inesperados triunfos, y con prisa de apoderarse de Leipsick, porque temia ver de nuevo á Napoleon sobre el Vistula del propio modo que Napoleon lo esperaba. Despues de atender la guarnicion á todos los trabajos preparatorios de la defensa, rechazó lejos al enemigo, destrozándole donde quiera que asomaba. Luego pensó en proporcionarse comestibles, forrageando en la isla de Nogat. En abundancia poseia granos, carnes saladas, bebidas espirituosas y municiones de guerra, pues habia heredado los acopios hechos para la campaña de Rusia, y que se quedaron almacenados por falta de medios de trasporte; pero carecia de carne fresca y de forrages. Hallólos en las islas del Vistula, gracias á la osadía de sus excursiones. Así empleó en hacerse temer la estacion del invierno, y en desesperar al enemigo, que ya no se lisonjeaba de salir airoso de resultas de un ataque en regla.

Firmado el armisticio, no recibió mas que la quinta parte de los víveres que debiera; pero tornó á comenzar sus excursiones á las islas del Vistula, y dió la última mano á las obras todavía no rematadas. A la vuelta de las hostilidades se encontraba descansada, bien atrincherada y resuelta. Aun quedaban por esta época cerca de veinte y cinco mil hombres en estado de menear las armas y de resistir las fatigas de un asedio.

Vigorosamente disputadas y perdidas al cabo fueron las obras exteriores, como siempre acontece hasta en las plazas mejor defendidas. Pero con el auxilio de hábiles oficiales de ingenieros, construyó el general Rapp algunos reductos bien establecidos y bien armados, que cogiendo de revés las trincheras del enemigo, se las hicieron inhabitables.

En torno de estos reductos acreditóse el mayor denuedo de una parte y otra, ora para defenderlos, ora para atacarlos. Desesperando el enemigo de plantar allí su bandera, ideó recurrir como en otros puntos al espantoso árbitrio del bombardeo. No careciendo de municiones ni de bocas de fuego, merced al mar que permitia á los ingleses llevárselas en abundancia, asestóse contra Danzick la mas formidable artillería que haya jugado nunca en contra de una plaza sitiada. Mas de cien lanchas cañoneras inglesas llegaron á juntar sus fuegos á los de las baterías de tierra. Todo el mes de octubre se empleó sin tregua y sin piedad en el mas abominable bombardeo de que se haga mencion en los sangrientos anales del siglo. Avezados nuestros soldados á cañoneos como el del Moskowa, y despreciando el riesgo casi nulo á sus ojos

del estallido de una bomba en una ciudad espaciosa, no experimentaban inquietud de resultas de este género de ataque, considerándolo como un fuego de fusilería fuera de tiro, y se limitaban á compadecer á los inofensivos moradores, mucho mas expuestos á la lluvia de fuego que sobre su ciudad caia. Los sitiadores hicieron un cálculo abominable, el de embarazarnos mucho, prendiendo fuego á la mucha madera que dentro de Danzick habia hacinada. Con efecto, el 1.º de noviembre prendió el fuego en los arsenales de Danzick y estalló un incendio horroroso. Aturdidos los moradores se fugaron o se escondieron en las cuevas de sus casas, no atreviéndose á ir á apagar el incendio bajo el estallido de las bombas. Nuestros soldados lo intentaron por su cuenta, y no lo consiguieron sino cuando aquellos vastos depósitos de madera estaban consumidos en las tres cuartas partes. Por encima de la desdichada ciudad de Danzick no cesaban de elevarse inmensos torbellinos de llamas, en medio del rugido de un trueno continuo, sin que apareciesen dispuestos á rendirse nuestros soldados. No tratando Rapp de adivinar en qué vendria á parar la guerra despues del desastre de Leipsick, creyendo que habia prodigios de los cuales no habia que desesperar con Napoleon nunca, se atenia á sus instrucciones que le mandaban no rendir á Danzick mas que en virtud de una órden escrita y firmada por la mano imperial. Asi, teniendo aun diez y ocho mil hombres para defenderse, algunos bueyes del Nogat para alimentarse, dejaba que dispararan contra Danzick los ingleses y que se incendiaran las maderas, y para rendirse esperaba que la órden de Napoleon

llegase, ó que Francia estuviese destruida, ó que el enemigo se metiese por la brecha. Despues de cumplir su deber Modlin y Zamosc habian ya capitulado, siendo llevadas en cautiverio las guarniciones polacas.

Véase cómo junto al Elba, el Oder y el Vístula vivian ó morian los ciento noventa mil soldados dejados á tanta distancia del Rhin, cuyas márgenes pudieron hacer invencibles. Véase como terminó esta campaña de 1813, que estaba destinada á reparar los desastres de la de 1812, y que los reparara sin duda, si Napoleon supiera poner límite á sus deseos.

Esta grande y terrible campaña, sin igual hasta el presente en la historia de los siglos por la inmensidad de la lucha, por la variedad de las peripecias y de las combinaciones, por la horrible efusion de sangre humana, se caracteriza en lo concerniente á Napoleon por un rasgo particular y significativo, que ya hemos señalado, el de haberlo concluido de perder todo, al querer ganar de un solo golpe todo lo perdido. Infaliblemente saliera Napoleon triunfante con la sola voluntad de detener al enemigo en su vuelo victorioso, de restablecer el prestigio de nuestras armas, y de transigir sobre bases que dejaban á Francia aun mas grande que le convenia, luego que se obtuviese este resultado. Efectivamente, si tras las jornadas de Lutzen y Bautzen, donde nuestras armas tornaron á quedar vencedoras por su genio y la bizarría inexperta de sus reclutas, sin aceptar el armisticio de Pleiswitz, empujara hasta el Vístula á los rusos y á los prusianos, los separara de los austriacos y de seguro pusiera á la coalicion en una completa der-

vota. Pero, para hacerlo impunemente, se necesitaria que estuviera pronto á dar una respuesta satisfactoria al Austria, que le estrechaba á explicarse sobre las condiciones de la paz de seguida. Por larga que esta trágica relacion haya sido, se hace memoria del motivo que le detuvo, y fué, segun hemos dicho, el de aprestar un ejército contra el Austria, y estar en aptitud de no someterse á sus mas moderadas condiciones. Por tan triste motivo se detuvo, y deliberadamente dejó á Rusia y Prusia á alcance de Austria, con proporcion de alargarla la mano y unirse á ella.

Durante este armisticio funesto, se ha visto asimismo, sacrificando el ducado de Varsovia, que no podia sobrevivir á la campaña de Rusia, renunciando al Protectorado del Rhin, que no era mas que un inútil ultrage á Alemania, cediendo finalmente las ciudades anseáticas, que no podiamos sustentar ni hacer servir con ventaja á nuestro comercio, cuán facil fuera para Napoleon conservar el Piamonte, la Toscana y Roma en calidad de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardia y Nápoles en calidad de reinos tributarios del gran imperio. Hamburgo, posesion imposible para nosotros, el Protectorado del Rhin, título vano sobre cuanto puede ponderarse, fueron las causas de una ruptura insensata. No obstante, adoptada la resolucion de proseguir la guerra, llegado era el caso de aprovecharse del armisticio, para sacar de Zamosc, de Modlin, de Danzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, los sesenta mil hombres, que ya no teniamos razon alguna política y militar de mantener en estos puntos, siendo el Elba clave de nuestras operaciones y su límite al par que su apoyo. Nuevamente ahora, á impulsos del deseo y de la esperanza de ser conducido junto al Oder y el Vistula de resultas de una sola victoria persistió Napoleon en este sacrificio deplorable, que debia acarrear tantos otros. A fin de poder alargar la mano á sus guarniciones extendió el círculo de esta guerra concéntrica, que tan perfectamente le salió junto al Adige tiempos antes, restringiéndola en torno de Verona; y lo extendió á cuarenta leguas hácia Goldberg, á cincuenta hácia Berlin; alcanzó la insigne victoria de Dresde, pero en el instante de recoger el fruto en Kulma, fué llamado por los desastres de sus lugartenientes establecidos á enormes distancias; quiso volar en su ayuda y llegó demasiado tarde; fatigóse durante dos meses en inútiles correrías; vió desvanecerse el prestigio de sus victorias de Lutzen, de Bautzen y de Dresde; y al poco tiempo no tuvo en su rededor mas que soldados extenuados, generales desconcertados, enemigos exaltados por inesperados triunfos; y finalmente, al par que una simple retirada sobre Leipsick le salvara de nuevo, sin brillo aunque con certidumbre, queriendo siempre restablecer sus cosas por medio de un brillante golpe, intentó sobre Duben maniobras sábias, admirablemente concebidas, si bien pecando por los medios de ejecucion no correspondientes á la osadía de las empresas, hallóse como cogido en el lazo de sus propias combinaciones, y sucumbio en los campos de Leipsick despues de la mas terrible batalla conocida, siendo horrible manifestar que en ella perecieron mas de ciento veinte mil hombres, y luego volvió á entrar en la línea del Rhin con cuarenta mi hombres armados y sesenta mil desarmados, de-

jando junto al Vistula, el Oder y el Elba ciento setenta mil franceses, condenados á defender murallas extrangeras sin fruto, mientras solo habia ya brazos impotentes de resultas de la tierna juventud ó de la decrépita vejez para la defensa de las murallas de su patria.

Justo es repetir que en estos dias fatales, de ningun modo se mostró Napoleon menos fecundo en vastas combinaciones, ni menos enérgico é imperturbable en el peligro, bien que siempre se vió al ambicioso, cuyo inmenso genio perturbaban y pervertian sus deseos insaciables. Por aspirar á lo imposible sufrió el año de 1812 un revés de monta. Por no limitarse á reparar este revésel año de 1813 y por quererlo borrar del todo y de un solo golpe, se atrajo otro de no menos monta y mas irreparable, porque este ultimo se llevaba hasta la esperanza. Asi el primer revés por consecuencia de aspirar á exceder el límite de lo posible, y el segundo por empeñarse en reparar totalmente el otro, tales eran los sucesivos escalones por donde descendia al abismo. Ya no le faltaba mas que uno para llegar al fondo. ¿Se detendria Napoleon en esta fatal pendiente? Inmóviles desde que llegaron á las márgenes del Rhin los coaligados, trémulos á la idea de traspasar este límite formidable, le ofrecian la Francia, la verdadera Francia, la que tan poderosamente encierran y protegen el Rhin y los Alpes, la que la revolucion le habia legado, y con la cual se contentó despues de Marengo y de Hohenlinden. ¿Se contentaria en 1814? Tal era la última cuestion que la esfinge del destino iba á someter á su orgullo. Segun la respuesta que diera, le tocaba terminar sobre el mas encumbrado trono,

ó caer al mas hondo abismo. Olvidemos por un instante esa historia de 1814 á 1815, que conocemos todos y de manera de no olvidarla; borremos de nuestra memoria el ruido que hizo en nuestros oidos, juveniles entonces, la caida de aquel trono glorioso; fijémonos en diciembre de 1813: tratemos de ignorar lo acontecido en 1814, y asentemos la pregunta que á Napoleon iba á ser dirigida. ¿Quién de nosotros puede dudar de la respuesta, despues de leidas las campañas de Rusia y de Sajonia? ¡Ah! los hombres llevan en su carácter un destino, que buscan en torno suyo y por encima de ellos, por todas partes en suma, excepto dentro de sí propios, donde realmente existe, destino que, segun ceden á sus pasiones ó á su razon, les pierde ó les salva, obren como quieran y por mucho genio de que hagan alarde. ¡Y cuando están perdidos echan la culpa á sus soldados, á sus generales, á sus aliados, á los hombres, á los dioses, y se suponen vendidos por todos, no siéndolo mas que por sí mismos!

FIN DEL TOMO DIEZ Y SEIS

INDICE.

PAGS.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

DRESDE Y VITORIA.

Napoleon se da poca prisa á llegar á Dresde, á fin de dilatar su encuentro con Mr. de Bubna.—Sus disposiciones para el campamento, el bienestar y la seguridad de sus tropas mientras durara el armisticio.—Su vuelta a Dresde y su establecimiento en el palacio Marcolini.—Apenas llegado, le presenta Mr. de Bubna una nota para declarar que, estando aceptada la mediacion de Austria por las potencias beligerantes, se insta á Francia á que nombre sus plenipotenciarios y haga conocer sus intenciones.—En respuesta a esta nota suscita apoleon dificultades de forma sobre la aceptacion de la mediacion, y elude explicarse relativamente al deseo manifestado por Mr. de Metternich de ir a Dresde.—Conducta del gabinete austriaco al recibir esta respuesta.—Mr. de Metternich se dirige cerca de los soberanos aliados, á fin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de concertarse sobre todo lo relativo á mediacion con ellos.—Obtiene la aceptacion formal de esta mediacion, y parte nuevamente, despues de adquirir el conocimiento puntual de las intenciones de los aliados.—Segun lo habia previsto Mr. de Metternich, al saber Napoleon esta entrevista, quiere verle y le invita á ir a Dresde.—Llegada de Mr. de Metternich á esta ciudad el 25 de junio.—Discusiones preliminares con Mr. de Basano sobre la mediacion, sobre su forma, su duracion y la manera de conciliarla con el tratado de alianza.—Entrevista con Napoleon tan célebre como tempestuosa.—Sintiendo Napoleon los arrebatos imprudentes á que se ha entregado, encarga á Mr. de Basano que anude con Mr. de Metternich las pláticas interrumpidas.—Nueva entrevista en la cual, acreditando Napoleon tanta flexibilidad como antes violencia, consiente en la mediacion, si bien arrancando á Mr. de Metternich una prolongacion de armisticio hasta el 17 de agosto, única cosa á que se atiene en interés de sus aprestos militares.—Aceptacion formal de la mediacion austriaca y señalamiento del 5 de julio para la reunion de los plenipotenciarios en Praga.—Regreso de Mr. de Metternich á Gitschin, cerca del emperador Francisco.—La necesidad de entenderse con Rusia y con Prusia, acerca de la prolongacion del armisticio y del envio de los plenipotenciarios á Praga, produce un nuevo retar-

do, primero hasta el 8 y despues hasta el 12 de julio.—Napoleon, á quien convienen estas dilaciones, se regocija de ellas afectando sentirlas, y engendra otras partiendo personalmente para Magdeburgo.—Su partida el 10 de julio.—Sabe en el camino los sucesos de España.—Lo acontecido en este pais desde que los ingleses fueron expulsados de Castilla, y desde que los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal se hallaron juntos.—Proyectos de lord Wellington para la campaña de 1813.—Se propone marchar sobre Castilla la Vieja con setenta mil anglo portugueses y veinte mil españoles.—Proyectos de los franceses.—Posibilidad de hacer cara á los ingleses y aun de repelerlos á Portugal en obrando con tino.—Nuevos conflictos entre la autoridad de Paris y la de Madrid y funestas instrucciones que dan por resultado.—De estas instrucciones y de la lentitud de José en evacuar á Madrid se sigue una nueva dispersion de las fuerzas francesas.—Se torna á las operaciones en mayo de 1813.—Habiendo sido enviadas al general Clausel al Norte de la Península cuatro divisiones, José que hubiera podido reunir contra lord Wellington setenta y seis mil hombres, no tiene mas que cincuenta y dos mil que oponerle.—Retirada sobre Valladolid y Burgos.—La falta de víveres precipita nuestra marcha retrógrada.—Dos opiniones en el ejército, una consistente en retirarse sobre Navarra á fin

de contar mas segura la union al general Clausel, y otra en mantenerse siempre sobre el camino real de Bayona, á fin de cubrir la frontera de Francia.—Ordenes reiteradas de Paris inclinan á José y á Jourdan á este último dictámen.—Numerosos avisos despachados al general Clausel, para instarle á que se incorpore al ejército entre Burgos y Vitoria.—Retirada sobre Miranda de Ebro y Vitoria.—Esperanza de que el general Clausel se incorpore en este punto.—Desgraciada inaccion de José y Jourdan durante los dias 19 y 20 de junio.—Funesta batalla de Vitoria el 21 de junio, y ruina completa de las cosas de los franceses en España.—¿A quién se pueden imputar estos deplorables sucesos?—Irritacion violenta de Napoleon contra su hermano José, y órden de que se le prenda si va á Paris.—Envio del mariscal Soult á Bayona, para reunir el ejército y tomar nuevamente la ofensiva.—Regreso de Napoleon á Dresde al cabo de una excursion de algunos dias á Torgau, Wittenberg, á Magdeburgo y á Leipsick.—Se siguen las negociaciones de Praga.—Mres. de Humboldt y de Anstetz nombrados representantes de Prusia y de Rusia en el congreso de Praga.—Llegados allí estos negociadores el 11 de julio, se quejan amargamente de no ver llegar el dia convenido á los plenipotenciarios franceses.—Sentimiento y pena de Mr. de Metternich.—Vuelto Napoleon á Dresde el 15, despues

de dilatar el nombramiento de los plenipotenciarios franceses bajo diversos pretextos, designa al fin á Mres. de Narbonne y de Caulaincourt.—Una falsa interpretacion dada al convenio que prolonga el armisticio le suministra un nuevo pretexto para aplazar la partida del último plenipotenciario.—Al ganar tiempo su esperanza es que se dilate hasta el 1.º de setiembre la vuelta á las hostilidades.—Acrecentamiento de las quejas por parte de los plenipotenciarios, y declaracion de Mr. de Metternich de que no se concederá un dia mas que el 10 de agosto para la denuncia del armisticio, y que el 17 para la vuelta á las hostilidades.—Resuelta la dificultad suscitada acerca del armisticio, despacha Napoleon á Mr. de Caulaincourt con instrucciones que originan cuestiones de formas casi insolubles.—Durante este tiempo sale de Dresde el 15 de julio, para ir á ver á la emperatriz en Maguncia.—Hacienda y policía del Imperio durante la guerra de Sajonia: asuntos de los seminarios de Tournay y de Gante, y del jurado de Amberes.—Vuelta de Napoleon á Dresde el 4 de agosto, despues de pasar revista á los nuevos cuerpos que se encaminan á Sajonia.—Vanas dificultades de forma, por cuyo medio se ha llegado á impedir hasta la constitucion del congreso de Praga.—Por última vez declara Mr. de Metternich que si no se han asentado las bases de la paz el 10 de agosto á media noche, será

denunciado el armisticio, y se unirá á la coalicion el Austria.—Pensamiento verdadero de Napoleon en este momento decisivo.—No lisonjeándose ya de impedir que Rusia y Prusia volvieran á las hostilidades el 17 de agosto, desearia mediante una negociacion formal con el Austria, retardar la entrada en accion de esta.—Efectivamente entabla con Austria una negociacion secreta, que debe ser seguida por Mr. de Caulaincourt é ignorada por Mr. de Narbonne.—Abertura de Mr. de Caulaincourt á Mr. de Metternich el 6 de agosto, cuatro dias antes de la expiracion del armisticio.—Sorpresa de Mr. de Metternich.—Su respuesta á las cuarenta y ocho horas y declaracion auténtica de las intenciones de Austria dada en nombre del emperador Francisco.—Ventajas ofrecidas á Napoleon é inesperadas del todo.—Nobles esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para decidir á Napoleon á aceptar la paz con que se le brinda.—Contra-proposicion de éste, no enviada hasta el 10 de agosto y juzgada inaceptable por Austria.—Habiendo pasado el dia 10 sin que se adopten las bases propuestas, Austria declara disuelto el congreso de Praga antes de que se instale, y proclama su adhesion á la coalicion.—Experimentando Napoleon un instante de sentimiento, manda á Mr. de Caulaincourt, si bien inútilmente, que prolongue su permanencia en Praga.—Habiendo precedido el emperador de Rusia al rey de Prusia en

Bohemia y conferenciado con el emperador Francisco, declara inaceptables las últimas proposiciones de Napoleon en nombre de los soberanos aliados.—Vuelta y noble afliccion de Mr. de Caulaincourt.—Partida de Napoleon de Dresde el 16 de agosto.—Su confianza y sus proyectos.—Profundidad de sus concepciones para la segunda parte de la campaña de 1813.—Toma el curso del Elba por linea de defensa, y se propone maniobrar concéntricamente en torno de Dresde, á fin de batir una tras otra á todas las masas enemigas que le quieran atacar de frente, de flanco ó por la espalda.—Proyectos de la coalicion y fuerzas inmensas operantes en esta guerra gigantesca.—Emprendiendo primeramente el movimiento el ejército de Silesia, mandado por Blucher, Napoleon marcha en su contra para repelerle sobre el Katzbach.—Combates del 20, del 21 y del 22 de agosto, á consecuencia de los cuales se ve obligado Blucher á replegarse detras del Katzbach.—Napoleon sabe el 22 por la noche la aparicion del grande ejército de los coaligados á espaldas de Dresde.—Su vuelta precipitada á este punto.—Se detiene en Stolpen, y forma el proyecto de desembocar por Koenigstein para coger de revés al ejército coaligado y lanzarle al Elba.—Los terrores de los habitantes de Dresde y las vacilaciones del mariscal Saint-Cir en esta circunstancia desvian á Napoleon de la mas bella y fecunda de sus

concepciones.—Su regreso á Dresde, é inútil ataque de esta ciudad el dia 26 por los coaligados.—Célebre batalla de Dresde dada el 27 de agosto.—Completa derrota del ejército coaligado y muerte del general Moreau.—Posicion del general Vandamme en Peterswalde á espaldas de los aliados.—Nuevo y vasto proyecto sobre Berlin, que aparta á Napoleon de las operaciones en torno de Dresde.—Desastre del general Vandamme en Kulma, producido por la mas singular concurrencia de circunstancias.—Consecuencias de este desastre.—Renacimiento de confianza entre los coaligados y agravacion de la situacion de Napoleon, cuyas últimas victorias se hallan anuladas.—Su situacion el 0 de agosto de 1813. 5

LIBRO CINCUENTA.

LEIPSICK Y HANAU.

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlin durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde.—Fuerzas é instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleon del Bober sobre el Elba.—Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, habia movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto.—Lanzándose el general Blucher sobre la division de Charpentier y la caballería de Sebastiani,

destrozólas sobre la meseta de Janowitz.—Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrental de muchos dias lo hizo casi desastroso.—Captura y destruccion de la division de Puthod.—El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres.—Su movimiento retrógrado sobre el Bober.—Sucesos hácia la parte de Berlin.—Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.°, 7.° y 12.°—Composicion y fuerza de estos cuerpos.—Ejército del príncipe real de Suecia.—Llegada delante de Trebbin.—Primeras posiciones del enemigo tomadas en los dias 21 y 22 de agosto.—Aislamiento en el dia 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.° cuerpo en Gross-Beeren.—Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg.—Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados.—La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleon se volviera de Pirna á Dresde el 28 de agosto y apartara su atencion de Kulma.—No sabiendo aun lo acontecido á Vandamme, habia formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania.—Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto.—Obligado Napoleon á restringir sus miras al saber el desastre de Kulma, reorganiza el cuerpo de Vandamme y confia el mando al conde de Lobau, y envia al mariscal Ney para que reemplace al mariscal Oudinot á la ca-

beza de los tres cuerpos retirados á Wittenberg, y se propone establecerse con sus reservas en Hoverswerda, á fin de empujar por un lado al mariscal Ney sobre Berlin y de tomar por otro una posicion amenazadora sobre el flanco del general Blucher.—Partida de la Guardia hácia Hoyerswerda.—Noticias inquietadoras de Macdonald, que apartan una vez mas á Napoleon de la ejecucion de su último proyecto, y le obligan á trasladarse á Bautzen sin demora.—Llegada de Napoleon á Bautzen el 4 de setiembre.—Pronta retirada de Blucher durante los dias 4 y 5 de setiembre.—No bien Napoleon ha restablecido al mariscal Macdonald sobre el Neisse, se ve en la necesidad de volver á Dresde por consecuencia de la segunda aparicion del ejército de Bohemia sobre la calzada de Petersswalde.—Su entrevista con el mariscal Saint-Cir el dia 7 en las avanzadas.—Proyecto para el 8 de setiembre.—En este intérvalo recibe Napoleon la noticia de una nueva desgracia acontecida sobre el camino de Berlin.—Habiendo llegado al mariscal Ney una órden para trasladarse á Baruth, hubo de hacer el 5 de setiembre un movimiento de flanco delante del enemigo con los cuerpos 4.°, 7.° y 12.°—Este movimiento, feliz el 5, no se logra el 6 y produce la desgraciada batalla de Dennewitz.—Retirada el 7 de setiembre sobre Torgau.—Desbandamiento de parte de los sajones.—Napoleon recibe esta noticia con

calma, pero empieza á concebir inquietudes acerca de su situacion.—Aviso indirecto, dado por conducto de Mr. de Basano al ministro de la Guerra, para que las plazas del Rhin sean armadas y abastecidas.—A tenor del plan acordado con el mariscal Saint-Cir el dia 7, Napoleon empuja vivamente el dia 8 á los prusianos y á los rusos, á fin de repelerlos á Bohemia.—Por consejo del mariscal Saint Cir se sigue el 9 y el 10 el camino viejo de Bohemia, el de Furstenwalde, por el cual se tiene esperanza de rebasar al enemigo.—La imposibilidad de que pase la artillería por el Geyersberg estorba dar cima al movimiento proyectado.—Ignorando que en este momento se hallan separados los austriacos de los prusianos y los rusos, y estrechado á reparar los desastres de sus lugartenientes, se detiene Napoleon y torna á Dresde.—Evidencia del plan de los coaligados, consistente en correr sobre los ejércitos franceses tan luego como Napoleon se aleja, y en retirarse cuando acude, en cansar de este modo sus tropas, con el fin de envolverle mas tarde y de abrumarle cuando se le juzgue suficientemente debilitado.—Deplorable realizacion de estas miras.—De trescientos sesenta mil quedan reducidos á doscientos cincuenta mil hombres las fuerzas de Napoleon en tropas activas sobre el Elba.—Considerando tal estado de cosas, estrecha Napoleon el círculo de sus operaciones, trae á Macdo-

nald con los cuerpos 3.°, 5.°, 8.° y 11.°, cerca de Dresde, establece al conde de Lobau y al mariscal Saint-Cir sobre el campo de Pirna, detrás de excelentes obras de campaña, á fin de que ya no pueda jugar el enemigo con sus apariciones por el cano de Peterswalde, envia un fuerte destacamento de caballería á sus espaldas, para dispersar las tropas de los partidarios, reorganiza el cuerpo de Ney junto al Elba, sitúa al mariscal Marmont y á Murat en Grossenhayn para proteger el arribo de sus provisiones y se concentra en Dresde con toda la Guardia, de manera de no ponerse ya en movimiento á consecuencia de vanas demostraciones del enemigo.—Tercera aparicion de los prusianos y de los rusos sobre Peterswalde.—No estando concluidas las obras mandadas ejecutar entre Pirna, Gieshubel y Dohna, se ve Napoleon obligado de nuevo á acudir al camino de Peterswalde para repeler al enemigo hácia Bohemia.—Pronta retirada de los coaligados.—Vuelta de Napoleon á Pirna y sus desvelos para asentar bien su posicion, con el fin de no agotarse en correrías infructuosas.—Su resolucion de establecerse sobre el Elba, de Dresde á Hamburgo, durante el invierno.—Proyectos del enemigo.—Hallándose Napoleon estrechado por todas partes sobre el Elba y aproximándose el invierno, piensan los soberanos aliados en poner término á la guerra con una tentativa decisiva á espaldas de la posicion

que ocupamos.—Blucher hace prevalecer la idea de emplear en Bohemia la reserva del general Benningsen, y de que, reforzado de este modo, baje hácia Leipsick el grande ejército de los aliados, mientras va él en persona á juntarse á Bernadotte, á pasar unidos el Elba por las cercanías de Wittenberg y á subir hácia Leipsick con los ejércitos del Norte y de Silesia.—Primeros movimientos para llevar á cabo este designio.—Napoleon descubre al punto la intencion de sus adversarios, y hace que todas sus tropas vuelvan á pasar á la izquierda del Elba.—No deja mas que á Macdonald con el cuerpo 11.° á la derecha de este rio, encamina á Marmont y á Souham, al uno por Leipsick y al otro por Meissen, hácia el bajo Elba, á fin de apoyar á Ney, y envia á Lauriston y á Poniatowski por el camino de Praga á Leipsick para sostener á Victor contra el ejército de Bohemia.—Espera de algunos dias con el objeto de que se marquen mas á las claras los proyectos del enemigo.—Habiendo desaparecido Blucher para juntarse á Bernadotte y pasar el Elba por Wurtenburgo, Napoleon sale de Dresde el 7 de octubre con Macdonald y la Guardia, y baja hácia Wittenberg con el designio de batir á Blucher y á Bernadotte ante todo, y de marchar despues contra el gran ejército de Bohemia.—Excelente y profunda concepcion de Napoleon enderezada á arrollar á Blucher y á Bernadotte sobre Berlin y á

sorprender de seguida á Schwarzemberg, remontando la orilla derecha del Elba, para repasar este rio por Torgau ó Dresde. —Movimiento pronunciado de Blucher y de Bernadotte sobre Leipsick, que cambia todos los proyectos de Napoleon.—Viendo éste á los aliados juntarse sobre Leipsick en masa, se apresura á tomarles allí la delantera, para interponerse é impedir que se junten unos á otros.—Vuelta del grande ejército francés sobre Leipsick — Terrible batalla, la mas grande del siglo y probablemente de los siglos, dada bajo los muros de Leipsick durante tres dias.—Retirada de Napoleon sobre Lutzen.—Explosion del puente de Leipsick, que produce la destruccion ó el cautiverio de una parte del ejército francés.—Muerte de Poniatowski.—Marcha sobre Erfurt —Defeccion de Baviera y llegada del ejército austro bávaro á las cercanías de Hanau.— Movimiento acelerado del ejército francés, y batalla de Hanau. — Humillacion del ejército austro-bávaro.—Vuelta de los franceses sobre el Rhin.—Su estado deplorable al llegar á Maguncia.—Operaciones del mariscal Saint-Cir junto al Elba.— Triste capitulacion de Dresde.—Situacion, fuerzas, conducta heroica é infortunios de las guarniciones francesas, inútilmente dejadas sobre el Vistola, el Oder y el Elba.—Carácter de la campaña de 1813.— Espantosos augurios que se pueden sacar de ella. 365

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO
MONTERREY